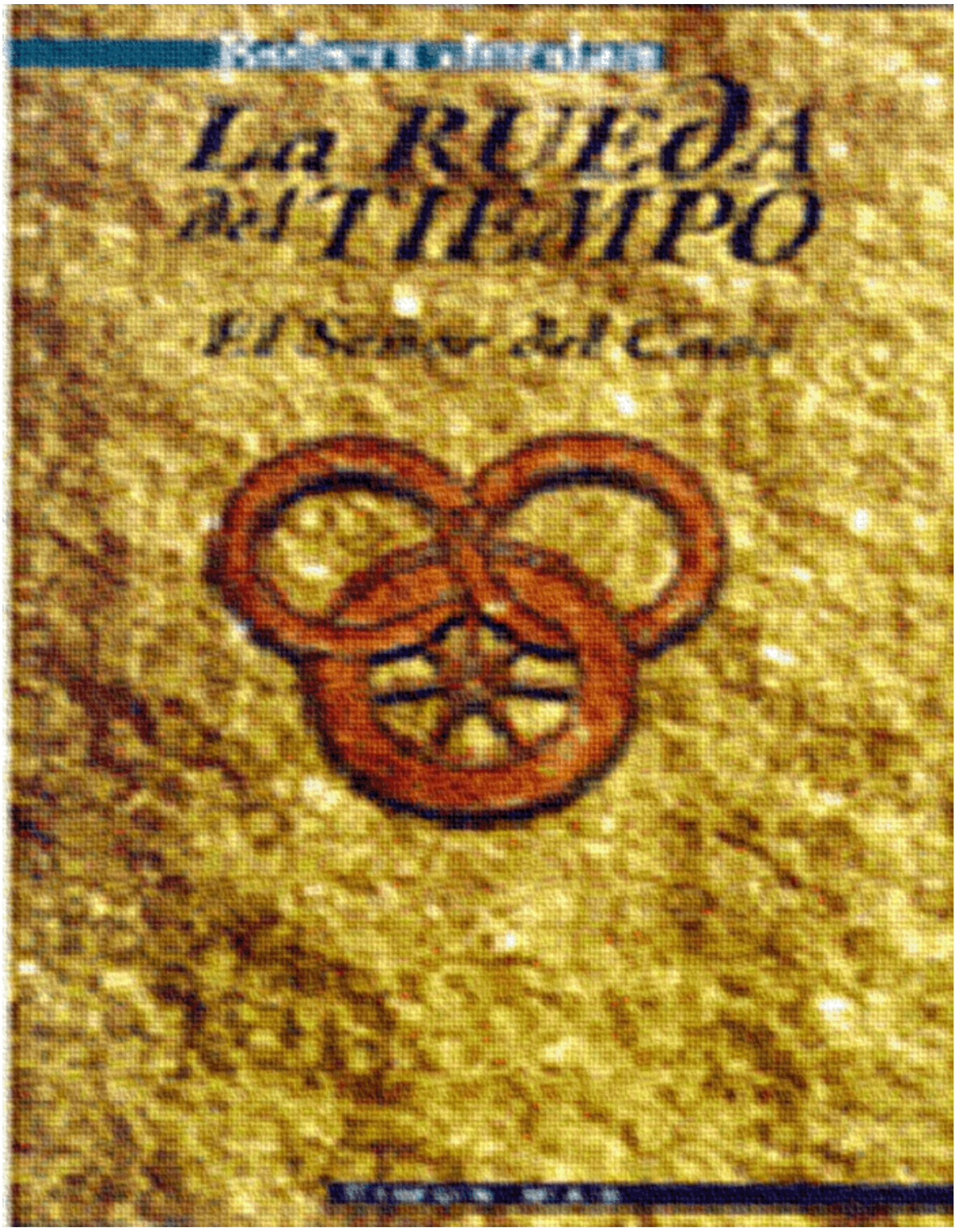
LA RUEDA DEL TIEMPO 8
El Señor del Caos
Robert Jordan



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Para Betsy

«Cantan los leones y se repliegan los montes.
La luna sale de día y el sol de noche.
Mujer ciega, hombre sordo, grajo torpe.
Que el Señor del Caos el mando tome.»

Canción de un juego infantil
escuchada en el Gran Aravalon
Cuarta Era

PRÓLOGO

El primer mensaje

Demandred salió a las negras laderas de Shayol Ghul y el acceso, un agujero en la urdimbre de la realidad, desapareció en un abrir y cerrar de ojos. Arriba, los negros y agitados nubarrones ocultaban el cielo cual un mar invertido de olas cenicientas que rompían perezosamente contra el pico oculto de la montaña. Abajo, luces extrañas relumbraban por el árido valle con descoloridos destellos azules y rojos que no lograban disipar la lóbrega oscuridad que envolvía su origen. Los rayos se descargaban hacia arriba, contra las nubes, y sonaba el lento retumbo de truenos. Humo y vapor escapaban a través de desperdigados conductos abiertos en la ladera, algunos de ellos tan pequeños como la mano de un hombre y otros lo bastante grandes para tragarse a diez personas.

El Renegado cortó la conexión con el Poder Único de inmediato, y junto con la dulzura desapareció la percepción incrementada de los sentidos que lo hacía todo más intenso, más claro. La ausencia del *Saidin* lo dejó vacío, si bien allí sólo un necio querría ver, oler o sentir con demasiada claridad.

En lo que ahora se llamaba la Era de Leyenda, aquello había sido una isla idílica en un mar fresco, un lugar preferido por quienes disfrutaban con lo rústico. A despecho del vapor, ahora el frío era mordiente; Demandred no se permitió sentirlo, pero el instinto lo hizo arrebujarse en la capa forrada con pieles. Un vaho tenue ponía de manifiesto su respiración, aunque apenas duraba antes de que el aire lo absorbiese. Unos pocos cientos de leguas al norte el mundo era puro hielo, pero Thakan'dar estaba siempre tan seco como un desierto a pesar de encontrarse envuelto de manera continua en un invierno perpetuo.

Había agua, o más bien un reguerillo tan oscuro como tinta, que rezumaba por la rocosa ladera abajo, junto a una forja de techo gris. Dentro sonaba el repiqueteo de martillos, y con cada golpe surgía un destello blanco a través de las estrechas ventanas. Una mujer de aspecto harapiento se acurrucaba lastimosamente contra la tosca pared de piedra de la forja, estrechando entre sus brazos a un bebé, y una niña larguirucha ocultaba la cara en sus faldas. Sin duda eran prisioneros tomados durante una incursión a las Tierras Fronterizas. Pero había muy pocos; a buen seguro los Myrddraal estarían rechinando los dientes. Las hojas de sus espadas fallaban al cabo de un tiempo y tenían que reemplazarse aunque para ello hubiese que restringir las incursiones a las Tierras Fronterizas.

Uno de los forjadores salió, una corpulenta figura humana de movimientos tardos que parecía haber sido arrancada a golpes de la montaña. Los forjadores no estaban realmente vivos; si se los sacaba de Shayol Ghul se convertían en piedra o en polvo. Tampoco eran forjadores propiamente dichos, ya que su tarea se limitaba a fabricar espadas. Las manos de éste sostenían una cuchilla con unas tenazas largas, una hoja de acero ya enfriada, pálida como nieve a la luz de la luna. Vivo o no, el forjador actuó con cuidado al sumergir el brillante metal en el oscuro arroyo, ya que por remota que fuera la semblanza de vida que poseía desaparecería al

contacto con aquella agua. Cuando el metal volvió a salir, era completamente negro. Empero, todavía no había terminado el proceso de su creación. El forjador regresó dentro con su pesado caminar y, de repente, se alzó el grito desesperado de un hombre.

—¡No! ¡No! ¡No! —gritó, y el sonido se perdió en la distancia sin menguar de intensidad, como si el que gritaba hubiese sido lanzado con repentina violencia a una distancia inimaginable. Ahora la cuchilla estaba terminada.

De nuevo apareció un forjador —tal vez el mismo o tal vez otro— y puso de pie a la mujer de un tirón. Los tres, la mujer, el bebé y la niña, empezaron a gemir, pero el infante fue arrancado de los brazos de la mujer y puesto bruscamente en los de la niña. Finalmente, la mujer encontró un atisbo de coraje para mostrar resistencia y, mientras sollozaba, empezó a dar patadas y a arañar al forjador, aunque por la ausencia de reacción de éste fue como si hubiese golpeado a una piedra. Los gritos de la mujer cesaron tan pronto como estuvo dentro, y los martillos comenzaron a repicar una vez más, ahogando el llanto de los niños.

Una cuchilla hecha, otra en fabricación y dos más a la espera. Demandred nunca había visto menos de cincuenta prisioneros aguardando a entregar su exigua contribución al Gran Señor de la Oscuridad. Oh, sí, los Myrddraal tenían que estar rechinando los dientes.

—¿Perdéis el tiempo remoloneando cuando habéis sido llamado por el Gran Señor? —La voz sonó como un pedazo de cuero podrido al desmenuzarse.

Demandred se giró lentamente —¿cómo osaba un Semihombre dirigirse a él en aquel tono?—, pero las palabras cortantes que iba a dirigirle murieron antes de salir de su boca. No fue por la mirada sin ojos de su blanquecino semblante; la mirada de un Myrddraal causaba terror a cualquier hombre, pero Demandred había erradicado ese miedo hacía mucho tiempo. Más bien fue por la propia criatura vestida de negro. Todos los Myrddraal tenían la talla de un humano alto, una aviesa imitación de un hombre, tan semejantes entre sí como si hubiesen sido hechos con un molde. Éste superaba la talla media en casi medio metro.

—Os conduciré ante el Gran Señor —dijo el Myrddraal—. Soy Shaidar Haran. —Giró sobre sus talones y empezó a subir la montaña, moviéndose con la sinuosa agilidad de una serpiente. La negra capa colgaba con una inmovilidad antinatural, sin la más leve ondulación.

Demandred vaciló antes de seguirlo. Los nombres de los Semihombres eran siempre en el impronunciable lenguaje de los trollocs, pero «Shaidar Haran» procedía de lo que la gente llamaba ahora la Antigua Lengua, y significaba «Mano del Oscuro». Otra sorpresa, y a Demandred no le gustaban las sorpresas, especialmente en Shayol Ghul.

La entrada a la montaña podría haberse tomado por uno de los desperdigados conductos, salvo que no emitía humo ni vapor. La boca era lo bastante amplia para que cupiesen dos hombres a un tiempo, pero el Myrddraal siguió caminando delante. El trazado del acceso descendía casi de inmediato, con el suelo del túnel tan gastado que semejaba el suave pulido de unas baldosas. El frío fue desapareciendo a medida que Demandred seguía a Shaidar Haran más y más abajo, reemplazado por un calor crecientemente intenso. Demandred era consciente del cambio de la temperatura, pero no permitió que lo afectara. Una luz pálida emanaba de la roca y alumbraba el túnel con más brillantez que el perpetuo crepúsculo del

exterior. Del techo sobresalían agudos salientes cual pétreas fauces listas para asestar una dentellada, o como los dientes del Gran Señor para despedazar a los desleales o los traidores. No eran tal, claro está, pero resultaba muy efectivo.

De repente advirtió algo. Todas las veces que había seguido ese camino aquellas estacas pétreas casi le rozaban la cabeza. Ahora, sin embargo, quedaban a un palmo o más de la cabeza del Myrddraal. Tal hecho lo sorprendió, y no porque la altura del túnel cambiara —lo extraño era corriente allí— sino por el espacio extra otorgado al Semihombre. El Gran Señor daba migajas a los Myrddraal al igual que hacía con los hombres, y aquel espacio extra era un hecho digno de tenerse presente.

El túnel desembocó de repente en una amplia repisa que se asomaba a un lago de roca fundida, el rojo moteado con negro, del que se alzaban llamas altas como un hombre para después morir y surgir otra vez. No había techo, sólo un inmenso agujero que se elevaba a través de la montaña hasta el cielo; a un cielo que no era el de Thakan'dar y que hacía que éste pareciese normal en comparación, con sus nubes violentamente ajironadas que se desplazaban a gran velocidad, como empujadas por los mayores ciclones vistos por el mundo. A este lugar los hombres lo llamaban la Fosa de la Perdición, y muy pocos sabían lo apropiado de tal nombre.

Pese a todas sus visitas —y la primera había tenido lugar hacía más de tres mil años—, Demandred sintió un temor reverencial. Allí podía percibir la Perforación, el agujero horadado mucho tiempo atrás donde el Gran Señor había permanecido confinado desde el momento de la Creación. La presencia del Gran Señor lo colmaba todo. Físicamente, este lugar no estaba más próximo a la Perforación que cualquier otro en el mundo, pero aquí existía una tenuidad en el Entramado que permitía percibirla.

Demandred estuvo más cerca que nunca de esbozar una sonrisa. Qué necios eran quienes se oponían al Gran Señor. Oh, sí, la Perforación estaba obstruida todavía, aunque con menos firmeza que cuando él mismo había despertado de su largo sueño y escapado de su prisión. Obstruida, pero más grande que al despertar él. Empero, no tan grande como cuando había sido arrojado a ella por sus iguales al final de la Guerra del Poder, si bien en cada visita realizada desde su despertar la había hallado un poco más amplia. A no tardar, la obstrucción habría desaparecido y el Gran Señor volvería a tener acceso al mundo. A no tardar llegaría el Día del Retorno, y él gobernaría el mundo para toda la eternidad. Por debajo del Gran Señor, naturalmente. Y, también naturalmente, junto con aquellos de los otros Elegidos que sobreviviesen.

—Ya puedes irte, Semihombre. —No quería que la criatura estuviera presente para ver cómo se apoderaba de él el embeleso. Y el dolor.

Shaidar Haran no se movió.

El Renegado abrió la boca... y una voz estalló dentro de su cabeza.

Demandred.

Denominar voz a ese sonido era como llamar guijarro a una montaña. Casi le aplastó el cerebro contra el interior de su propio cráneo y lo sumió en el éxtasis. Cayó de hinojos. El Myrddraal permaneció en pie, observando impasiblemente, pero sólo una mínima parte del ser de Demandred era consciente de la criatura, con aquella voz llenando su cerebro.

Demandred. ¿Cómo va este mundo?

Nunca estaba seguro de cuánto era lo que el Gran Señor sabía del mundo. Se había sentido sobresaltado tanto por la ignorancia como por el

conocimiento; pero no le cabía ninguna duda sobre lo que el Gran Señor deseaba oír.

—Rahvin ha muerto ayer, Gran Señor. —Hubo dolor. La euforia demasiado intensa se convirtió rápidamente en dolor. Sus brazos y piernas se retorcieron. Ahora estaba sudando—. Lanfear ha desaparecido sin dejar rastro, igual que ocurrió con Asmodean. Y Graendal dice que Moghedien no acudió a la cita acordada con ella. También fue ayer, Gran Señor, y no creo que sea coincidencia.

Los Elegidos disminuyen, Demandred. Los débiles caen. Quien me traiciona sufre la muerte definitiva. Asmodean, descarriado por su debilidad. Rahvin muerto por su orgullo. Me sirvió bien, mas ni siquiera yo puedo salvarlo del fuego compacto. Ni siquiera yo puedo apartarme de la senda del tiempo.

Durante un horrible instante aquella espantosa voz quedó embargada por la ira y por... ¿podría ser frustración? Sólo durante un instante.

Utilizado por mi viejo enemigo, el llamado Dragón. ¿Emplearías el fuego compacto en mi servicio, Demandred?

El Renegado vaciló; una gotita de sudor se deslizó un par de centímetros por su mejilla, pero dio la impresión de que tardó una hora en recorrer esa pequeña distancia. A lo largo de un año durante la Guerra del Poder ambos bandos habían utilizado el fuego compacto. Hasta que descubrieron las consecuencias. Sin mediar acuerdo ni tregua —jamás hubo tregua como tampoco hubo cuartel— ambos bandos dejaron de usarlo. Ciudades enteras perecieron bajo el fuego compacto aquel año, cientos de miles de hilos ardieron y desaparecieron del Entramado; la propia realidad casi se deshilachó, mientras mundo y universo se evaporaban como niebla. Si se esgrimía de nuevo el fuego compacto, puede que no quedara mundo que gobernar.

Había otro punto que lo atosigaba: el Gran Señor ya sabía cómo había muerto Rahvin, y parecía saber más que él respecto a Asmodean.

—Ordenad, Gran Señor, y yo obedeceré. —Puede que sus músculos se crisparan, pero su voz se mantuvo firme como una roca. En las rodillas se le habían empezado a formar ampollas a causa del calor de la piedra, pero por su falta de reacción habríase dicho que no pertenecían a su cuerpo.

Lo harás, sí.

—Gran Señor, es posible destruir al Dragón. —Un hombre muerto no podría usar el fuego compacto otra vez, y tal vez entonces el Gran Señor no consideraría necesario utilizarlo—. Es ignorante y débil, y su atención se dispersa en docenas de direcciones. Rahvin era un necio vanidoso. Yo...

¿Serás tú el Nae'blis?

Demandred se quedó mudo. El Nae'blis. El que estaría sólo un escalón por debajo del Gran Señor, al mando de los demás.

—Sólo deseo serviros, Gran Señor, en lo que pueda. —El Nae'blis.

Entonces presta atención y obedece. Escucha quién morirá y quién vivirá.

Demandred gritó mientras la voz se descargaba en su cerebro. Lágrimas de gozo rodaron por su rostro.

Impasible, el Myrddraal lo observó.

—Estaos quietas. —Malhumorada, Nynaeve echó la larga trenza por encima del hombro—. Esto no funcionará si no dejáis de moveros como chiquillas con azogue en el cuerpo.

Ninguna de las dos mujeres sentadas al otro lado de la desvencijada mesa parecía mayor que ella, aunque le sacaban veinte años o más, y tampoco se estaban moviendo, pero el calor había puesto a Nynaeve con los nervios de punta. Tenía la impresión de que le faltaba el aire en el reducido cuartito sin ventanas. Estaba empapada en sudor, mientras que ellas dos parecían frescas como una lechuga. Leane, con un vestido domani confeccionado con una seda azul excesivamente fina, se limitó a encogerse de hombros; la alta mujer de tez cobriza parecía poseer una paciencia inagotable. Por el contrario, Siuan, de piel clara y constitución robusta, parecía carecer de ella.

Ahora Siuan rezongó mientras se arreglaba la falda con gesto irritado; solía llevar ropas muy sencillas, pero aquella mañana vestía un atuendo de buen lino amarillo con una compleja greca teariana bordada en el filo de un escote al que casi podía tildarse de descarado. Sus azules ojos eran tan fríos como el agua de un pozo profundo. O como sería el agua de un pozo profundo si el tiempo no se hubiese vuelto loco. Su indumentaria habría cambiado, pero no su modo de mirar.

—No funcionará de ninguna forma —espetó. También su modo de hablar seguía siendo el mismo—. No se puede echar parches a la quilla cuando toda la barca ha ardido. En fin, es una pérdida de tiempo, pero lo prometí, así que continúa. Leane y yo tenemos trabajo pendiente que hacer.

Las dos se ocupaban de la red de informadoras de las Aes Sedai allí, en Salidar, las mujeres que enviaban tanto informes como rumores de lo que acontecía en el mundo.

También Nynaeve se alisó la falda. Su vestido era de sencilla lana blanca, con siete bandas de colores en el repulgo, una por cada Ajah. Un vestido de Aceptada. La irritaba más de lo que nunca habría imaginado. Preferiría con mucho llevar el de seda verde que tenía guardado. Estaba dispuesta a admitir su recién adquirido gusto por las ropas buenas, al menos para sus adentros, pero la elección de ese vestido en particular no era sólo por comodidad —era fino, ligero— ni porque el verde fuera el color predilecto de Lan. No, en absoluto. Eso sería una ociosa ensoñación de la peor clase. Una Aceptada que se pusiera cualquier otro atuendo excepto el blanco con bandas no tardaría en enterarse de que se encontraba muy por debajo de las Aes Sedai. Con firmeza rechazó aquellas ideas. No estaba allí para rumiar fruslerías. El azul también le gustaba. ¡No!

Delicadamente, tanteó con el Poder Único primero a Siuan y después a Leane. En cierto sentido no estaba encauzando en absoluto. Era incapaz de encauzar ni una pizca a no ser que estuviese furiosa; ni siquiera podía percibir la Fuente Verdadera. No obstante, se trataba de lo mismo. Finos filamentos de *Saidar,* la mitad femenina de la Fuente Verdadera, examinaron cuidadosamente a las dos mujeres al tejerlos, sólo que no se originaban en ella.

En la muñeca izquierda Nynaeve llevaba un estrecho brazalete, una sencilla banda de plata segmentada. Bueno, de plata principalmente, y de un origen especial, aunque tal cosa no tenía importancia. Era la única joya que lucía aparte del anillo de la Gran Serpiente; a las Aceptadas se las disuadía de llevar joyas en exceso. Un collar a juego se ceñía en torno al cuello de la cuarta mujer, sentada en una banqueta junto a la pared toscamente encalada y con las manos enlazadas en el regazo. Vestida con ropas de granjera de burda lana marrón, el robusto y ajado rostro de campesina, no sudaba ni una gota. Tampoco movía un solo músculo, pero

Librodot

sus oscuros ojos no perdían detalle de nada. Para Nynaeve, el brillo del *Saidar* envolvía a la mujer, pero era ella la que dirigía el encauzamiento. El brazalete y el collar creaban un vínculo entre ambas de manera muy parecida al modo en que las Aes Sedai podían coligarse para combinar su poder. Tenía que ver con algo así como «matrices absolutamente idénticas», según había explicado Elayne, tras lo cual su explicación se volvió totalmente incomprensible. A decir verdad, Nynaeve no creía que Elayne comprendiera ni la mitad de lo que fingía entender. En cuanto a ella, Nynaeve no entendía nada, excepto que podía sentir todas las emociones de la otra mujer, a la propia mujer, pero apartada en un rincón de su mente, y que todo el *Saidar* que la otra mujer era capaz de absorber lo controlaba ella. A veces pensaba si no habría sido mejor que la mujer de la banqueta estuviese muerta. Desde luego, habría sido más sencillo. Y más limpio.

—Hay algo desgarrado o cortado —masculló Nynaeve al tiempo que se enjugaba el sudor de la cara sin darse cuenta. No era más que una vaga sensación, apenas perceptible, pero también era la primera vez que había notado algo más que vacío. Podía ser imaginación suya, así como el desesperado deseo de encontrar algo, cualquier cosa.

—Seccionar —dijo la mujer de la banqueta—. Así era como se llamaba a lo que ahora denomináis neutralizar en el caso de las mujeres y amansar en el de los hombres.

Tres cabezas giraron en su dirección, y tres pares de ojos le asestaron una mirada furibunda. Siuan y Leane habían sido Aes Sedai, hasta que las habían neutralizado en el golpe de mano dado en la Torre Blanca que había puesto a Elaida en la Sede Amyrlin. Neutralizadas. Una palabra que causaba escalofríos. No volver a encauzar jamás; pero recordándolo siempre y siendo consciente de la pérdida. Percibir siempre la Fuente Verdadera y saber que una no podía volver a tocarla nunca. La neutralización era tan imposible de curar como la muerte.

O, al menos, eso era lo que todo el mundo creía, pero Nynaeve era de la opinión de que el Poder Único tenía que ser capaz de curarlo todo salvo la muerte.

—Si tienes algo útil que añadir, Marigan, di lo que sea —instó con aspereza Nynaeve—. Si no, guarda silencio.

La mujer se echó hacia atrás, contra la pared, los ojos relucientes fijos en Nynaeve. El miedo y el odio bulleron a través del brazalete, pero siempre lo hacían en mayor o menor grado. Las personas cautivas rara vez apreciaban a sus captores, aun cuando supieran que merecían la cautividad e incluso algo peor (o quizá precisamente por ello). El problema era que Marigan también aseguraba que el seccionamiento —la neutralización— no podía curarse. Oh, claro que alardeaba afirmando que cualquier cosa salvo la muerte podía curarse en la Era de Leyenda y que lo que el Ajah Amarillo llamaba Curación sólo era un burdo y chapucero trabajo practicado con prisas a pie batalla; pero, si se intentaba hacerle concretar puntos específicos o incluso un indicio del cómo, no había nada que hacer. Marigan sabía de Curación tanto como Nynaeve sobre trabajos de herrería, lo que se reducía a saber que se metía un trozo de metal en carbón al rojo vivo y luego se lo golpeaba con un martillo. Ciertamente, no era bastante para hacer una herradura. Ni para curar algo más grave que una contusión.

Girándose en la silla, Nynaeve observó a Siuan y a Leane. Varios días haciendo esto cada vez que podía arrancarlas de sus otras tareas, y hasta ahora no había descubierto nada. De repente se dio cuenta de que estaba

dándole vueltas al brazalete en su muñeca. Fuera cual fuese el provecho que sacaba de ello, detestaba estar vinculada con la mujer. La intimidad entre ambas le ponía la carne de gallina. «Al menos podré aprender algo —pensó—. Y no puedo tener peores resultados que lo que he tenido con todo lo demás que he intentado.»

Con cuidado, desabrochó el brazalete —el broche no podía encontrarse a menos que se supiera dónde buscarlo— y se lo entregó a Siuan.

—Ponte esto. —Perder contacto con el Poder resultaba amargo, pero tenía que hacerlo. Y dejar de percibir las emociones de la otra mujer era como darse un baño. Los ojos de Marigan siguieron la fina pulsera de plata como si estuviese hipnotizada.

—¿Por qué? —demandó Siuan—. Dijiste que esta cosa sólo funciona…

—Deja de preguntar y póntelo, Siuan.

La otra mujer la miró con obstinación un instante —¡Luz, qué terca podía ser!— antes de ponerse el brazalete en la muñeca. Una expresión de estupor asomó a su semblante de inmediato y después sus ojos se estrecharon para mirar escrutadoramente a Marigan.

—Nos odia, pero eso ya lo sabía. Y hay miedo en ella, y… conmoción. Ni el menor atisbo en su cara, pero está impresionada de la cabeza a los pies. Me parece que tampoco ella creía que yo pudiera utilizar esta cosa.

Marigan rebulló con inquietud. Hasta el momento dos de las que sabían quién era podían usar el brazalete. Cuatro proporcionarían más oportunidades para hacer preguntas. De cara al exterior parecía estar cooperando totalmente, pero ¿cuánto estaba ocultado? Todo lo que pudiera, de eso no le cabía duda a Nynaeve.

Siuan suspiró y sacudió la cabeza.

—No puedo. Tendría que ser capaz de tocar la Fuente a través de ella, ¿no es así? Bueno, pues me es imposible. Un puerco conseguiría trepar por los árboles antes. Me han neutralizado, y no hay más que hablar. ¿Cómo se quita esto? —Manoseó torpemente el brazalete—. ¿Cómo demonios se quita?

Nynaeve posó suavemente su mano en la de Siuan, sobre el brazalete.

—¿No te das cuenta? El brazalete no funciona con una mujer que no puede encauzar como tampoco funcionaría el collar en ella. Si se lo pongo a una de las cocineras no será más que un bonito adorno para ella.

—Con cocineras o sin ellas, el hecho es que no puedo encauzar —manifestó fríamente Siuan—. He sido neutralizada.

—Pero hay algo factible de curar —insistió Nynaeve—, o de otro modo no sentirías nada a través del brazalete.

Siuan se soltó el brazo de un tirón y adelantó bruscamente la muñeca.

—Quítamelo —instó.

Nynaeve la complació al tiempo que sacudía la cabeza. ¡A veces Siuan podía ser tan zoquete como un hombre!

Cuando tendió el brazalete a Leane, la domani levantó la muñeca con ansiedad. Leane simulaba tomarse su neutralización con tanto optimismo como Siuan —o como Siuan fingía tomárselo— pero no siempre tenía éxito. Se suponía que el único modo de sobrevivir a la neutralización durante muchos años era encontrar algo que diera sentido a la vida, que llenara el vacío dejado por el Poder Único. Para Siuan y Leane ese algo era dirigir su red de informadoras y, lo más importante, intentar convencer a las Aes Sedai de Salidar de que respaldaran a Rand al'Thor como el Dragón Renacido sin que ninguna de ellas se diera cuenta de lo que se proponían. La cuestión era si bastaba con eso. La amargura plasmada en el rostro de Siuan y el placer

Librodot

que se reflejaba en el de Leane apuntaban que quizá nada sería suficiente nunca.

—Oh, sí. —Leane tenía un modo de hablar enérgico y apocopado. Salvo cuando hablaba con hombres, mejor dicho; al fin y al cabo era domani y últimamente estaba recuperando el tiempo perdido en la Torre—. Sí, está realmente anonadada, ¿verdad? Aunque ya empieza a controlarse. —Durante unos instantes guardó silencio, estudiando a la mujer de la banqueta. Marigan le sostuvo la mirada con desconfianza. Finalmente, Leane se encogió de hombros—. Tampoco puedo tocar la Fuente. Y he intentado hacer que sintiera la picadura de un tábano en el tobillo. Si hubiese funcionado, tendría que haber mostrado alguna reacción.

Ése era otro truco del brazalete: conseguir que la mujer que llevaba el collar tuviera sensaciones físicas. Sólo sensaciones, ya que no dejaba marca nada de lo que se hiciera, ningún daño real, pero el mero sonido de un par de golpes de vara había bastado para convencer a Marigan de que cooperar era la mejor decisión que podía tomar. Eso y también la otra alternativa: un rápido juicio seguido de una ejecución.

A despecho de su fracaso, Leane observó atentamente cómo Nynaeve desabrochaba el brazalete y volvía a cerrarlo en torno a su muñeca. Al parecer, ella al menos no había renunciado definitivamente a la esperanza de volver a encauzar algún día.

Recobrar el Poder era maravilloso. No tanto como absorber el *Saidar* por sí misma, henchirse con él, pero incluso tocar la Fuente a través de otra mujer era como redoblar la fuerza vital que corría por las venas. Sentir el *Saidar* dentro de sí significaba desear reír y bailar de pura alegría. Suponía que algún día acabaría acostumbrándose a ello; las Aes Sedai debían de estarlo. Puesto en una balanza, el hecho de tener que estar vinculada a Marigan era un precio pequeño.

—Ahora que sabemos que existe una posibilidad, creo… —empezó.

La puerta se abrió violentamente, y Nynaeve se puso de pie sin darse cuenta de lo que hacía. Nunca pensaba en utilizar el Poder; habría gritado de no tener la garganta constreñida por el sobresalto. Y no fue ella la única que reaccionó así, pero apenas reparó en que Siuan y Leane se incorporaban con igual precipitación. El miedo que penetró a oleadas a través del brazalete era fiel reflejo del suyo propio.

La joven que cerró tras de sí la puerta de tosca madera no advirtió la conmoción que había causado. Alta y espigada con el blanco vestido con bandas de Aceptada, y los dorados rizos cayendo sobre sus hombros, parecía fuera de sí por la rabia. Empero, a pesar de que su rostro estaba tenso a causa de la ira y sudoroso, de algún modo se las ingeniaba para seguir pareciendo hermosa; era un don innato en Elayne.

—¿Sabéis lo que están haciendo? Envían una delegación… ¡a Caemlyn! ¡Y se niegan a dejarme ir a mí! Sheriam me prohibió volver a mencionarlo. ¡Me prohibió hablar de ello!

—¿No vas a aprender nunca a llamar antes de entrar, Elayne? —Nynaeve enderezó la silla y volvió a sentarse. Más bien se dejó caer en ella, pues le temblaban las rodillas de alivio—. Creí que eras Sheriam. —La mera idea de que la descubrieran le producía un vacío en el estómago.

Elayne tuvo el buen juicio de ponerse colorada y se disculpó de inmediato. Sin embargo, lo echó a perder al añadir:

—Pero no entiendo por qué razón estás hecha un manojo de nervios. Birgitte sigue fuera y sabes que te avisaría si alguien se acercara. Nynaeve,

tienen que dejarme ir.

—No tienen por qué —repuso Siuan de malhumor. Ella y Leane también se habían vuelto a sentar, Siuan muy derecha, como siempre, pero Leane se recostó pesadamente, tan desmadejada como la propia Nynaeve. Marigan estaba apoyada en la pared, respirando agitadamente, con los ojos cerrados y las manos apretadas contra el enjalbegado. Oleadas de alivio y puro terror se transmitían a través del brazalete con violentos impulsos alternativos.

—Pero...

Siuan no permitió que Elayne dijese una palabra más.

—¿Crees que Sheriam o cualquiera de las otras van a dejar que la heredera del trono de Andor caiga en manos del Dragón Renacido? Muerta tu madre...

—¡Eso no lo creo! —espetó Elayne.

—No crees que Rand la matara —prosiguió Siuan inexorablemente—, lo que no es lo mismo. Tampoco yo lo creo. Pero si Morgase estuviese viva se habría manifestado públicamente reconociéndolo como el Dragón Renacido. O, si lo considerara un falso Dragón a pesar de las pruebas, habría presentado resistencia. Ninguna de mis informadoras ha oído el menor rumor respecto a lo uno o a lo otro. Y no sólo en Andor, sino tampoco aquí, en Altara, ni en Murandy.

—Sí que han oído algo —replicó Elayne—. Hay rebelión en el oeste.

—Contra Morgase. Contra ella. Eso, si no se trata también de un mero rumor. —La voz de Siuan tenía un tono definitivo—. Tu madre ha muerto, muchacha. Más vale que lo admitas así y llores su pérdida de una vez.

Elayne levantó la barbilla, una costumbre muy irritante que tenía; era la viva imagen de una fría arrogancia, aunque la mayoría de los hombres parecían encontrar ese gesto atractivo por alguna extraña razón.

—No dejáis de protestar por lo mucho que tardáis en poneros en contacto con todas vuestras informadoras —adujo fríamente—, aunque no tomaré en cuenta la posibilidad de que os haya llegado ya toda la información que hay o no. Tanto si mi madre está viva como si no, mi sitio está ahora en Caemlyn. Soy la heredera del trono.

El sonoro resoplido de Siuan hizo que Nynaeve diera un brinco de sobresalto.

—Llevas siendo Aceptada el tiempo suficiente para saber que las cosas no funcionan así.

Elayne tenía un potencial como no se había conocido en mil años. No tanto como Nynaeve si ésta aprendía alguna vez a encauzar a voluntad, pero aun así lo suficiente para hacer que los ojos de cualquier Aes Sedai se iluminaran. Elayne encogió la nariz; sabía muy bien que, aunque hubiese estado ocupando el Trono del León, las Aes Sedai la habrían hecho ir con ellas para instruirla, pidiéndoselo si con eso bastaba o metiéndola en un barril si se hacía preciso. Abrió la boca, pero Siuan no dejó que metiera baza.

—Cierto, no pondrían pegas a que ocupases el trono, mejor antes que después, ya que hace muchísimo tiempo que no ha habido una reina que fuera Aes Sedai de manera tan notoria. Sin embargo, no te dejarán marchar hasta que seas una hermana de pleno derecho, e incluso entonces, por el hecho de que eres heredera del trono y serás reina muy pronto, no te permitirían acercarte al maldito Dragón Renacido hasta que estén seguras de hasta dónde pueden fiarse de él. Sobre todo después de esa... amnistía suya. —La boca se le torció en un gesto amargo al pronunciar la palabra, y

Leane se encogió.

También Nynaeve sintió un regusto amargo en la lengua. Había crecido aprendiendo a temer a cualquier hombre capaz de encauzar, condenado a volverse loco y a traer la destrucción y el horror a cuantos lo rodeaban, antes de que la mitad masculina de la Fuente, infectada por la Sombra, lo matara de un modo espantoso. Pero Rand, a quien había visto crecer, era el Dragón Renacido, nacido tanto como una señal de que la Última Batalla estaba próxima como para luchar contra la Sombra en esa batalla. El Dragón Renacido; la única esperanza de la humanidad... y un hombre que podía encauzar. Peor aun: habían llegado rumores de que estaba intentando reunir a otros como él. Claro es que no podía haber muchos. Cualquier Aes Sedai perseguiría a alguien así; de hecho, el Ajah Rojo no hacía mucho más aparte de eso. No obstante, encontraban muy pocos, muchos menos que antaño, de acuerdo con los registros.

Empero, Elayne no estaba dispuesta a rendirse. Había en la joven un rasgo admirable: nunca se daría por vencida aunque tuviese la cabeza en el tajo y el hacha estuviera descendiendo sobre su cuello. Permaneció plantada allí, con la barbilla alta, sosteniendo la mirada de Siuan, cosa que en ocasiones a Nynaeve le costaba un esfuerzo ímprobo.

—Hay dos razones claras para que vaya allí. En primer lugar, sea lo que sea lo que le haya ocurrido a mi madre, lo cierto es que ha desaparecido y, como heredera del trono, está en mi mano tranquilizar al pueblo y asegurar que la sucesión no corre peligro. En segundo lugar, estoy en una posición inmejorable para hablar con Rand porque confía en mí. Sería mucho mejor interlocutora que cualquiera que la Antecámara elija.

Las Aes Sedai de Salidar habían establecido su propia Antecámara de la Torre o, más bien, una Antecámara en el exilio. Se suponía que estaban reflexionando respecto a la elección de una nueva Sede Amyrlin, una Amyrlin legítima para disputar a Elaida el derecho al título y a la Torre, pero Nynaeve no había visto señales que apuntaran algún progreso en esa dirección.

—Muy amable de tu parte sacrificarte, muchacha —comentó Leane en tono seco. La expresión de Elayne no varió, pero sus mejillas enrojecieron de ira; excepto Nynaeve, pocas personas fuera de aquel cuarto, y ninguna Aes Sedai, sabían que lo primero que haría Elayne al llegar a Caemlyn sería quedarse a solas con Rand y besarlo hasta dejarlo sin aliento—. Con tu madre... desaparecida, si Rand al'Thor te tiene a ti y a Caemlyn, tendrá Andor, y la Antecámara no permitirá que se apodere de Andor, o de cualquier otro lugar, si puede evitarlo. Tiene a Tear y a Cairhien en el bolsillo, así como a los Aiel, al parecer. Añade Andor, y Murandy y Altara, con nosotras en este último país, caerán en su poder con que chasquee los dedos. Se está haciendo demasiado poderoso, y con demasiada rapidez. Podría decidir que no nos necesita. Con Moraine muerta, no hay nadie cerca de él en quien podamos confiar.

Aquello hizo que Nynaeve se encogiera. Moraine era la Aes Sedai que los había sacado a Rand y a ella de Dos Ríos, y había cambiado así sus vidas. A ella, a Rand y Egwene y Mat y Perrin. Llevaba tanto tiempo deseando hacer que Moraine pagase por lo que les había hecho que perderla era como perder una parte de sí misma. Pero Moraine había muerto en Cairhien, llevándose con ella a Lanfear; se estaba convirtiendo rápidamente en una leyenda entre las Aes Sedai exiliadas al ser la única Aes Sedai que había matado, no ya a uno de los Renegados, sino a dos. Lo único positivo que Nynaeve veía en lo

ocurrido era que ahora Lan se había liberado de ser el Guardián de Moraine. Si es que podía encontrarlo alguna vez.

Siuan retomó de inmediato el hilo de la conversación donde Leane lo había dejado:

—No podemos permitirnos el lujo de dejar que el chico largue velas y navegue sin ninguna guía. ¿Quién sabe lo que podría hacer? Sí, sí, ya sé que estáis dispuestas a abogar por él, pero no me interesa escuchar lo que tengáis que decir. Estoy intentando sostener en equilibrio sobre mi nariz un cazón vivo, muchachas. No podemos permitir que se torne demasiado poderoso antes de que nos haya aceptado, y, sin embargo, tampoco nos atrevemos a reprimirlo de manera excesiva. Estoy intentando que Sheriam y las otras sigan convencidas de que deben apoyarlo cuando, en secreto, la mitad de la Antecámara no quiere tener nada que ver con él y la otra mitad piensa, en lo más profundo de su corazón, que debería amansárselo, sea o no el Dragón Renacido. En cualquier caso, sean cuales sean vuestros argumentos, sugiero que hagáis caso a Sheriam. No conseguiréis hacerlas cambiar de opinión, y Tiana no tiene a muchas novicias aquí que la mantengan ocupada.

El semblante de Elayne se puso tenso por la ira. Tiana Noselle, una hermana Gris, era Maestra de las Novicias allí, en Salidar. Para que una Aceptada fuera enviada ante Tiana tenía que sobrepasar el límite mucho más que una novicia, pero por la misma razón la visita era siempre mucho más humillante y dolorosa. Tiana mostraría algo de amabilidad con una novicia, aunque sólo un poco; en cambio, consideraba que las Aceptadas tenían que saber a qué atenerse y por lo tanto se aseguraba de que se sintieran avergonzadas mucho antes de que abandonaran el cuartito que utilizaba como estudio.

Nynaeve había estado observando atentamente a Siuan y ahora le vino una idea a la cabeza.

—Sabías lo de esa... embajada o lo que quiera que sea, ¿verdad? Vosotras dos siempre estáis cuchicheando con Sheriam y su pequeño círculo. —La Antecámara podía tener toda la supuesta autoridad hasta que se eligiese una Amyrlin, pero Sheriam y el puñado de las otras Aes Sedai que habían organizado en primer lugar las cosas allí, en Salidar, todavía conservaban el verdadero control—. ¿A cuántas envían, Siuan?

Elayne dio un respingo; saltaba a la vista que no había pensado en ese detalle. Ello ponía de manifiesto lo alterada que estaba. Por lo general, era ella la que captaba matices que se le escapaban a Nynaeve.

Siuan no negó nada. Desde que la habían neutralizado podía mentir como cualquier mercader de lanas; pero, cuando decidía ser sincera, lo era tanto como una bofetada.

—A nueve. «Suficientes para honrar al Dragón Renacido.» ¡Tripas de pescado! ¡Una embajada a un rey rara vez sobrepasa el número de tres! «Pero no bastantes para atemorizarlo.» Si es que ha aprendido lo suficiente para asustarse.

—Más os vale que sea así —adujo fríamente Elayne—. Porque, si no, entonces ocho de esas nueve podrían ser demasiadas.

Trece era el número peligroso. Rand era fuerte, quizá más que cualquier hombre desde el Desmembramiento, pero trece Aes Sedai coligadas podrían superarlo, aislarlo con un escudo del *Saidin,* y tomarlo prisionero. Trece era el número asignado cuando se amansaba a un hombre, aunque Nynaeve había empezado a pensar que esa asignación era más una costumbre que

una necesidad. Las Aes Sedai hacían muchas cosas porque siempre las habían hecho.

La sonrisa de Siuan distaba mucho de ser agradable.

—Me pregunto por qué a nadie más se le ocurrió eso. ¡Piensa, muchacha! Sheriam lo hace, y también la Antecámara. Sólo una se aproximará a él al principio, y ninguna más hasta que se sienta cómodo con ello. Pero sabrá que van nueve, y alguien sin duda le dirá qué gran honor significa algo así.

—Entiendo —musitó Elayne—. Debí darme cuenta de que alguna de vosotras pensaría en ello. Lo lamento. —Eso era otra cosa buena que tenía la joven. Podía ser tan testaruda como una mula bizca, pero cuando se daba cuenta de que estaba equivocada lo admitía tan delicadamente como cualquier campesina, algo muy poco habitual en una noble.

—Min irá también —dijo Leane—. Su... talento podría serle útil a Rand. Las hermanas no sabrán esa parte, naturalmente. La chica sabe guardar bien sus secretos.

Como si eso fuera importante.

—Entiendo —repitió Elayne, esta vez con un tono cortante. Hizo un esfuerzo para dar un timbre más alegre a su voz, aunque resultó un rotundo fracaso—. Bueno, veo que estáis muy ocupadas con... Marigan. No era mi intención interrumpiros. Disculpadme, por favor. —Se marchó antes de que Nynaeve tuviese oportunidad de abrir la boca, y cerró de un portazo al salir.

Nynaeve se volvió, furiosa, hacia Leane.

—¡Creí que Siuan era la que hacía el papel de mala en vuestro equipo, pero eso ha sido mezquino!

—Cuando dos mujeres aman al mismo hombre, significa problemas, y cuando ese hombre es Rand al'Thor... —respondió Siuan—. Sólo la Luz sabe hasta qué punto está cuerdo aún o hacia dónde podrían empujarlo. Si va a haber tirones de pelo y arañazos, que se enzarcen ahora y aquí.

De manera inconsciente, la mano de Nynaeve encontró la trenza y, con un fuerte tirón, se la echó hacia atrás.

—Tendría que... —empezó. El problema era que ella podía hacer muy poco o nada al respecto, y, en cualquier caso, no cambiaría nada—. Continuaremos donde lo dejamos cuando entró Elayne. Sin embargo, Siuan... Si volvéis a hacerle algo así —«o a mí», pensó—, haré que lamentéis haber... ¿Adónde demonios vais?

Siuan había retirado la silla y se había incorporado, y Leane, tras una mirada de la otra mujer, hizo otro tanto.

—Tenemos trabajo pendiente —repuso cortante Siuan, que ya se encaminaba hacia la puerta.

—Prometisteis estar asequibles para mis estudios, Siuan. Sheriam os lo dijo.

Sheriam pensaba, como Siuan, que era una pérdida de tiempo, pero Nynaeve y Elayne se habían hecho merecedoras de algunas concesiones y cierta tolerancia. Como por ejemplo que Marigan fuera su doncella y así disponer de más tiempo para sus estudios como Aceptadas.

Siuan le lanzó una mirada divertida desde la puerta.

—Si quieres, ve a quejarte a ella. Y de paso le explicas cómo llevas a cabo tus investigaciones. Quiero disponer de Marigan un rato esta noche. Tengo más preguntas que hacerle.

—Sería estupendo, Nynaeve —dijo Leane tristemente mientras Siuan salía—, pero cada cual hace lo que puede. ¿Por qué no lo intentas con

Logain? —Y se marchó.

Nynaeve frunció el ceño. Examinar a Logain le había descubierto aun menos que examinar a las dos mujeres. Ya no estaba segura de obtener de él algún resultado. De todos modos, lo último que deseaba hacer era curar a un hombre amansado. Además, la ponía nerviosa.

—Os mordéis unas a las otras como ratas en una caja cerrada —dijo Marigan—. Por los indicios, no pareces tener muchas posibilidades. A lo mejor deberías considerar... otras opciones.

—¡Cierra tu asqueroso pico! —Nynaeve le asestó una mirada iracunda—. ¡Ni una palabra, así te consuma la Luz! —El brazalete todavía le transmitía temor, pero había algo más, algo casi demasiado débil para existir. Una tenue chispa de esperanza, quizá—. ¡Así te abrase la Luz! —rezongó.

El verdadero nombre de la mujer no era Marigan, sino Moghedien. Una de las Renegadas, atrapada por su propio orgullo arrogante y retenida prisionera en medio de Aes Sedai. Sólo cinco mujeres en el mundo lo sabían, y ninguna era Aes Sedai, pero guardar el secreto de Moghedien era pura necesidad. Los crímenes de la Renegada garantizaban su ejecución tan seguro como que el sol saldría cada mañana. Siuan se había mostrado de acuerdo; por cada Aes Sedai partidaria de esperar, si es que había alguna, diez exigirían hacer justicia de inmediato. Y con ella se irían a una tumba anónima todos sus conocimientos sobre la Era de Leyenda, cuando con el Poder se llevaban a cabo cosas hoy impensables. Nynaeve no estaba segura de creer todo lo que la mujer le contaba de esa Era, y desde luego no entendía ni la mitad.

Sacarle información a Moghedien no era tarea fácil. A veces era como la Curación; la Renegada nunca se había interesado por lo que no le reportara ventajas a ella, preferiblemente con métodos rápidos y fáciles. No era de esperar que dijese la verdad, pero Nynaeve sospechaba que había sido una estafadora o algo por el estilo antes de entregar su alma al Oscuro. A veces Elayne y ella no sabían qué preguntas hacer, simplemente, y, por supuesto, Moghedien rara vez revelaba algo por propia voluntad. Aun así, habían descubierto muchas cosas, la mayoría de las cuales las transmitieron a las Aes Sedai; como si fuesen resultados de sus investigaciones y estudios como Aceptadas, ni que decir tiene. Así habían obtenido mucho mérito.

Elayne y ella habrían guardado para sí el secreto de la identidad de Moghedien de haber podido, pero Birgitte lo supo desde el principio, y tuvieron que decírselo a Siuan y a Leane. Siuan sabía lo suficiente de las circunstancias que habían llevado a la captura de la Renegada para exigir una explicación detallada, y tenía los resortes para conseguirla. Elayne y Nynaeve conocían algunos de los secretos de Siuan y Leane, y éstas parecían saberlo todo sobre ellas, excepto la verdad acerca de Birgitte. Había pues un equilibrio precario, con ventaja para Siuan y Leane. Además, algunas de las revelaciones de Moghedien estaban relacionadas con supuestas maquinaciones de Amigos Siniestros así como indicios sobre lo que los otros Renegados se traían entre manos. El único modo de pasar estos datos era hacer que parecieran provenir de las informadoras de Siuan y Leane. Nada sobre el Ajah Negro —un tema que no se quería sacar a la luz y cuya existencia se negaba por costumbre— aunque era lo que más interesaba a Siuan. Los Amigos Siniestros la asqueaban, pero la mera idea de unas Aes Sedai juramentándose con el Oscuro bastaba para convertir la ira de Siuan en una helada furia. Moghedien afirmaba que le había dado miedo acercarse a cualquier Aes Sedai, lo que tenía bastantes visos de ser verdad. El temor

formaba parte integrante de la mujer; no era de extrañar que se hubiese ocultado en las sombras el tiempo suficiente para que se la apodara la Araña. En resumen, era un tesoro oculto demasiado valioso para entregárselo al verdugo, aunque la mayoría de las Aes Sedai no lo verían así, y seguramente rehusarían utilizar cualquier información obtenida a través de ella.

Nynaeve se sintió acometida por un sentimiento de culpabilidad y repulsión, y no por primera vez. ¿Había algún conocimiento, por poderoso que fuera, que justificara el ocultar a una Renegada impidiendo que recibiera su merecido? Entregarla significaba un castigo, seguramente terrible, para todas las personas involucradas, no sólo para ella, sino para Elayne, Siuan y Leane. Desenmascararla significaba que el secreto de Birgitte saldría a la luz. Y la pérdida de todos esos conocimientos. Puede que Moghedien no supiese nada sobre Curación, pero le había proporcionado a Nynaeve una docena de indicios respecto a lo que era posible, y tenía que haber más datos en su cabeza. Con ellos para guiarla, ¿qué podría acabar descubriendo?

Nynaeve deseó darse un baño, y no debido al calor.

—Hablaremos del tiempo —dijo amargamente.

—Sabes más que yo acerca de controlar los fenómenos atmosféricos. —El tono de Moghedien sonaba cansado, y un reflejo de ello se transmitió a través del brazalete. Habían sido abundantes las preguntas sobre ese tema—. Lo único que sé es que lo que está ocurriendo es obra del Gran... del Oscuro. —Tuvo el coraje de esbozar una sonrisa obsequiosa para congraciarse por su desliz—. Ningún simple mortal es lo bastante fuerte para cambiar eso.

Nynaeve tuvo que hacer un esfuerzo denodado para no rechinar los dientes. Elayne sabía más que nadie en Salidar respecto al funcionamiento del tiempo, y decía exactamente lo mismo; incluida la parte sobre el Oscuro, aunque cualquiera excepto un tonto sabría eso, teniendo en cuenta el fuerte calor que hacía cuando las nieves deberían estar ya próximas, y la falta de lluvia y la creciente sequía.

—Entonces hablaremos sobre cómo utilizar diferentes tejidos para curar enfermedades distintas. —La Renegada decía que se tardaba más que en lo que se hacía ahora, pero que toda la fuerza procedía del Poder Único, no del paciente ni de la mujer que encauzaba. Por supuesto, afirmaba que de hecho los hombres habían sido mejores en ciertos tipos de Curación, cosa que Nynaeve no estaba dispuesta a creer—. Tienes que haberlo visto hacer alguna vez al menos.

Se dispuso a extraer las pepitas de oro de la escoria. Ciertos conocimientos tenían un gran valor, aunque le habría gustado no sentirse como si estuviese rebuscando entre cieno.

Elayne no vaciló un momento una vez que hubo salido; se despidió de Birgitte con un gesto y siguió caminando. Birgitte, con el dorado cabello peinado en una compleja trenza, larga hasta la cintura, estaba jugando con dos niños pequeños mientras vigilaba el estrecho callejón, con el arco apoyado contra la valla inclinada que había a su lado. O, más bien, intentaba jugar con ellos. Jaril y Seve observaban fijamente a la mujer con los amplios pantalones amarillos y corta chaqueta de color oscuro, pero no mostraban ninguna otra reacción. Nunca lo hacían, y jamás hablaban. Se suponía que eran los «hijos de Marigan». Birgitte se sentía feliz jugando con

ellos, pero también un poquito triste; siempre le había gustado jugar con críos, especialmente con niños pequeños, y siempre se sentía así cuando lo hacía. Elayne conocía los sentimientos de la mujer tan bien como los suyos propios.

Si supiera que Moghedien tenía algo que ver con el estado de los pequeños... Pero la Renegada afirmaba que ya estaban así cuando los había recogido en Ghealdan para reforzar su disfraz, unos huérfanos en la calle, y algunas de las Amarillas decían que sencillamente habían presenciado demasiados horrores en los disturbios de Samara. A Elayne no le costaba trabajo creer que era así considerando lo que ella misma había visto en aquel lugar. Las hermanas Amarillas aseguraban que el tiempo y los cuidados los ayudarían, y Elayne confiaba en que ocurriera así. Confiaba en no estar permitiendo que la responsable escapara a la justicia.

Ahora no quería pensar en Moghedien. En su madre. No, tampoco quería pensar en ella. Min. Y Rand. Tenía que haber algún modo de afrontar eso. Sin apenas reparar en el breve cabeceo de respuesta de Birgitte, se apresuró callejón adelante y salió a la vía principal de Salidar bajo un cielo de mediodía, despejado y ardiente.

Salidar había estado abandonado durante años, antes de que las Aes Sedai que habían escapado del golpe de mano de Elaida empezaran a reunirse allí, pero ahora el bálago cubría el techo de las casas, la mayoría de las cuales mostraban reparaciones recientes y numerosas, así como alguno que otro parche, del mismo modo que los tres grandes edificios que antaño habían sido posadas. Algunos llamaban a uno de ellos, el mayor, la Torre Chica; allí era donde se reunía la Antecámara. Ni que decir tiene que sólo se había reparado lo estrictamente necesario; muchas ventanas tenían los cristales rotos o carecían de ellos. Había asuntos mucho más importantes de los que ocuparse que reconstruir mampostería o dar nuevas manos de pintura. Las calles de tierra estaban abarrotadas; no sólo de Aes Sedai, naturalmente, sino de Aceptadas con sus vestidos de bandas en los repulgos y de novicias todas de blanco corriendo de allí para aquí, de Guardianes moviéndose con la letal agilidad de leopardos ya fuesen delgados o corpulentos, de sirvientes que habían seguido a las Aes Sedai desde la Torre. Incluso había algunos niños. Y soldados.

La Antecámara se preparaba para imponer sus pretensiones contra Elaida por la fuerza de las armas si era preciso y tan pronto como hubiesen elegido a una verdadera Sede Amyrlin. El lejano repicar de martillos, que llegaba a través del murmullo de la multitud desde las forjas situadas a las afueras del pueblo, hablaba de caballos que se herraban y de armaduras que se arreglaban. Un hombre de rostro cuadrado y con el oscuro cabello muy canoso venía por la calle cabalgando despacio; llevaba una chaqueta de color de ante y un peto abollado. Mientras se abría paso lentamente entre la multitud observaba a los grupos de hombres que marchaban con largas picas al hombro o arcos. Gareth Bryne había accedido a reclutar el ejército de la Antecámara de Salidar, aunque a Elayne le habría gustado saber todo el cómo y el porqué. Tenía algo que ver con Siuan y Leane, aunque no lograba imaginar exactamente qué, puesto que estaba haciéndoles sudar tinta a ambas, sobre todo a Siuan, a costa de algún juramento que Elayne tampoco tenía muy claro. Aparte de que Siuan no dejaba de protestar amargamente sobre tener que ocuparse de mantener limpios su cuarto y sus ropas encima de todas sus otras tareas. Protestaba, pero lo hacía; debía de ser un juramento muy serio.

Los ojos de Bryne pasaron sobre Elayne sin apenas detenerse. El hombre se había mostrado fríamente cortés y distante desde que la joven había llegado a Salidar, a pesar de que la conocía desde que estaba en su cuna. Hasta hacía menos de un año había sido el capitán general de la Guardia Real, en Andor. En un tiempo Elayne creyó que su madre y él se casarían. ¡No, no iba a pensar en su madre! Min. Tenía que encontrar a Min y hablar con ella.

Empero, no bien hubo entrado en la abarrotada y polvorienta calle la abordaron dos Aes Sedai. No tuvo más remedio que pararse y hacer una reverencia mientras la muchedumbre pasaba alrededor de ellas. Las dos mujeres estaban radiantes, sin sudar una sola gota. Elayne sacó un pañuelo de la manga para enjugarse la cara mientras deseaba que ya le hubiesen enseñado ese conocimiento en particular del acervo de las Aes Sedai.

—Buen día tengáis, Anaiya Sedai, Janya Sedai.

—Buen día a ti, pequeña. ¿Tienes algún descubrimiento más para nosotras hoy? —Como era habitual en ella, Janya Frende habló como si le faltase tiempo para pronunciar las palabras—. Habéis hecho grandes adelantos, tanto Nynaeve como tú, sobre todo considerando que sois Aceptadas. Todavía no consigo entender cómo lo logra Nynaeve teniendo como tiene tantas dificultades con el Poder, pero he de decir que estoy encantada.

A diferencia de la mayoría de las hermanas Marrones, que a menudo estaban absortas en sus libros y estudios, Janya Sedai tenía una apariencia cuidada, el corto y oscuro cabello peinado esmeradamente en torno al rostro intemporal que revelaba a una Aes Sedai que ha trabajado largo tiempo con el Poder. Pero el aspecto de la esbelta mujer sí apuntaba a qué Ajah pertenecía. Su vestido era de una fuerte lana de color gris —las Marrones rara vez prestaban atención a sus ropas excepto como ropajes para cubrirse decentemente— e incluso cuando hablaba con alguien tenía el entrecejo ligeramente fruncido, como si escudriñara otra cosa completamente distinta a través de uno. Habría resultado hermosa de no ser por ese ceño.

—Ese modo de envolveros en luz para haceros invisibles es extraordinario —continuó Janya—. Estoy segura de que alguien descubrirá cómo detener las ondulaciones para así poder moverse envuelta en ello. Y Carenna está realmente excitada respecto a ese pequeño truco de Nynaeve para escuchar a escondidas. Una picardía por su parte ocurrírsele algo así, pero muy útil. Carenna cree saber cómo adaptarlo para hablar con alguien a distancia. ¿Os imagináis? ¡Hablar con alguien que está a un kilómetro de distancia! O a dos o incluso a...

Anaiya le tocó el brazo, y Janya enmudeció mientras miraba, parpadeando, a la otra Aes Sedai.

—Estás dando grandes pasos, Elayne —expresó sosegadamente Anaiya. La mujer de rostro campechano siempre se mostraba calmada. «Maternal» era el término que la describía, y reconfortante por lo general, bien que sus rasgos de Aes Sedai hacían imposible calcularle la edad. También era una de las pocas que formaban parte del círculo de Sheriam que realmente tenía el poder en Salidar—. Mucho más de lo que esperaba cualquiera de nosotras, y esperábamos mucho. Eres la primera en crear *ter'angreal* desde el Desmembramiento. Es extraordinario, pequeña, y quiero que lo sepas. Deberías sentirte muy orgullosa.

Elayne tenía los ojos fijos en el suelo. Dos críos pasaron corriendo entre la multitud haciendo quiebros y riendo. Ojalá no hubiese nadie lo bastante

cerca para que escuchara esto; en realidad, las personas que pasaban junto a ellas no les prestaban atención. Con tantas Aes Sedai en el pueblo, ni siquiera las novicias hacían reverencias a menos que una Aes Sedai se dirigiese a ellas, y todo el mundo tenía tareas que hacer que deberían haber estado terminadas el día anterior.

Elayne no se sentía orgullosa en absoluto, considerando que sus «descubrimientos» procedían de Moghedien. Había habido muchos que empezaban con «inversión», de modo que un tejido no podía verlo nadie excepto la mujer que lo había realizado, pero no las había hecho partícipes de todos. Por ejemplo, de cómo ocultar la capacidad de encauzar. Sin eso, Moghedien habría sido descubierta en cuestión de horas —cualquier Aes Sedai a dos o tres pasos de una mujer así podía percibir si estaba o no capacitada para encauzar— y, si hubiesen aprendido eso, también habrían podido descubrir cómo penetrarlo. Y cómo disfrazarse; invertir tejidos era lo que había permitido que «Marigan» no se pareciese en absoluto a Moghedien.

Algunas cosas que la mujer sabía eran simplemente demasiado repugnantes. Por ejemplo, la Compulsión, con la que doblegaba la voluntad de las personas y de la que se servía para implantar instrucciones en la mente de la víctima de modo que ni siquiera recordaba las órdenes cuando las llevaba a cabo. Y cosas peores. Demasiado repulsivas y quizá demasiado peligrosas para confiárselas a nadie. Nynaeve decía que debían aprenderlas a fin de saber cómo contrarrestarlas, pero Elayne no quería hacerlo. Estaban guardando tantos secretos, diciendo tantas mentiras a amigos y a gente que estaba de su parte, que casi deseaba poder prestar los Tres Juramentos sobre la Vara Juratoria sin esperar a ser ascendida a Aes Sedai. Uno de ellos obligaba a no pronunciar una sola palabra que no fuese verdad y de un modo tan íntimo como si formara parte de la propia carne.

—No lo he hecho tan bien como podría con los *ter'angreal,* Anaiya Sedai. —Eso, al menos, sí era obra suya y sólo suya. El primero había sido el brazalete y el collar (algo guardado muy en secreto, ni que decir tiene) pero eran una copia alterada de una detestable invención, el *a'dam,* que los seanchan habían dejado atrás cuando su invasión fue rechazada en la costa de Falme. El disco verde que permitía pasar inadvertida a cualquiera que no fuera lo bastante fuerte para ejecutar el truco de la invisibilidad —y no eran muchas las que lo eran— había sido idea suya desde el principio. No disponía de *angreal* ni *sa'angreal* para investigar, de modo que había sido imposible crearlo hasta el momento; e, incluso teniendo la facilidad de disponer del artilugio seanchan para copiarlo, resultó que crear *ter'angreal* no era tan sencillo como había imaginado. Éstos utilizaban el Poder Único en lugar de aumentarlo, y lo usaban para un propósito específico, para hacer una única cosa. Algunos los podían utilizar incluso personas incapaces de encauzar, hasta hombres. Tendría que haber resultado más sencillo. Puede que su función lo fuera, pero no su creación.

Su comentario modesto desató un torrente de palabras en Janya:

—Tonterías, pequeña. Vaya, pero si no me cabe duda de que tan pronto como estemos de vuelta en la Torre y podamos someterte a la prueba adecuadamente y ponerte la Vara Juratoria en la mano serás ascendida al chal al igual que al anillo. Estoy segura. Realmente estás cumpliendo todas las expectativas que teníamos puestas en ti. Y más. ¡Nadie habría imaginado...!

Anaiya volvió a tocarle el brazo; parecía una señal acordada de antemano, porque de nuevo Janya calló y parpadeó.

—No es menester hinchar en exceso el orgullo de la muchacha —dijo Anaiya—. Elayne, no voy a permitirte que te enfurruñes. Hace mucho que tendrías que haber superado eso. —La madre podía ser firme al igual que afable—. No quiero verte mohína por tener unos pocos fracasos, en especial cuando has alcanzado un éxito tan maravilloso. —Elayne había hecho cinco intentos con el disco de piedra. Dos de ellos no surtieron ningún efecto, y otros dos hacían que la persona pareciese una imagen borrosa, además de revolverle el estómago. El que funcionó fue el tercer intento. En opinión de Elayne, eso era algo más que unos pocos fracasos—. Todo lo que has hecho es maravilloso. Tú y también Nynaeve.

—Gracias —repuso Elayne—. Gracias a las dos. Trataré de no estar mohína. —Cuando una Aes Sedai decía que una estaba mohína, no se le podía decir que no lo estaba—. Con vuestro permiso, tengo entendido que la embajada a Caemlyn parte hoy y deseo despedirme de Min.

La dejaron marchar, aunque Janya habría tardado media hora en hacerlo si Anaiya no hubiese estado allí. Ésta miró a Elayne de manera penetrante —seguramente estaba enterada de las palabras que había tenido con Sheriam— pero no dijo nada. A veces los silencios de una Aes Sedai eran tan explícitos como cualquier palabra.

Jugueteando con el anillo de la serpiente que llevaba en el dedo corazón de la mano izquierda, Elayne reanudó su camino a buen paso, casi corriendo, con los ojos prendidos en la distancia de manera que, llegado el caso, pudiese afirmar que no había visto a cualquier otra persona que intentara detenerla para felicitarla. Tal vez funcionara o tal vez su treta acabase con una visita a Tiana; tratarlas con mano blanda como recompensa por un buen trabajo tenía sus límites. En ese preciso momento habría preferido con mucho la visita a Tiana que unas alabanzas que no merecía.

El anillo de oro era un ofidio mordiéndose la cola, la Gran Serpiente, un símbolo de Aes Sedai, pero que también llevaban las Aceptadas. Cuando se pusiera el chal, con los flecos del color del Ajah que escogiera, llevaría el anillo en el dedo que quisiera. Sería el Ajah Verde por fuerza; sólo las hermanas Verdes tenían más de un Guardián, y ella quería tener a Rand. O, al menos, todo lo que pudiera tenerlo. La dificultad radicaba en que ya había vinculado a Birgitte, la primera mujer que se convertía en Guardián. Ésa era la razón de que pudiese percibir los sentimientos de Birgitte y que supiera que la arquera se había clavado una astilla en la mano aquella mañana. Sólo Nynaeve estaba enterada del vínculo. Los Guardianes eran para las Aes Sedai; a una Aceptada que se extralimitara con ese vínculo no habría trato de favor que pudiera salvarle el pellejo. En su caso había sido necesario hacerlo, no un capricho, o de lo contrario Birgitte habría muerto; empero, Elayne no creía que ello influyera en las consecuencias. Quebrantar una regla con el Poder podía resultar fatal para una misma y para otros, y, para que tal cosa quedara bien grabada en la mente de todas, las Aes Sedai rara vez permitían que quienquiera que rompía una regla por la razón que fuese escapara sin castigo.

Allí, en Salidar, había muchos subterfugios. No sólo lo de Birgitte y Moghedien. Uno de los Juramentos impedía que una Aes Sedai mintiera, pero se evitaba decir mentiras sobre algo si no se hablaba de ello. Moraine sabía cómo tejer un manto de invisibilidad, puede que del mismo modo que habían aprendido de Moghedien; Nynaeve había visto a Moraine hacerlo en una ocasión, antes de que la antigua Zahorí supiese algo del Poder. Sin

embargo, nadie más en Salidar conocía este truco o, al menos, nadie lo admitía. Birgitte le había confirmado lo que Elayne empezaba a sospechar: casi todas tenían sus propios trucos secretos. Dichos conocimientos podían terminar convirtiéndose en una práctica generalizada que se enseñaba a novicias o Aceptadas si había suficientes Aes Sedai que los sabían, o podían morir con la Aes Sedai que los practicaba. En dos o tres ocasiones le había parecido vislumbrar un brillo en los ojos de alguien cuando hizo demostraciones de algo. Carenna se había interesado en la escucha de conversaciones a escondidas con una rapidez que resultaba sospechosa. Sin embargo, no era ésta precisamente la clase de acusación que una Aceptada podía hacer contra una Aes Sedai.

Saber estas cosas no hacía más llevaderos sus propios engaños, pero sí que ayudaba un poco. Eso y recordar la necesidad. Pero ojalá dejaran de felicitarla por cosas que no había hecho.

Sabía dónde podía encontrar a Min. El río Eldar corría a menos de cinco kilómetros de Salidar, y un pequeño arroyo fluía a las afueras del pueblo, en su curso hacia el río a través del bosque. La mayoría de los árboles que habían crecido dentro de la aldea se habían talado cuando las Aes Sedai empezaron a llegar, pero quedaba un pequeño soto a la orilla del arroyo, detrás de las casas, en una franja de tierra demasiado estrecha para ser de utilidad. Min afirmaba que le gustaban más las ciudades, pero a menudo iba a sentarse entre aquellos árboles. Era un modo de escapar de la compañía de Aes Sedai y Guardianes, cosa que era casi esencial para Min.

Efectivamente, cuando Elayne giró en la esquina de la casa de piedra hacia la estrecha franja de tierra y al arroyuelo, encontró a Min sentada allí con la espalda recostada en un árbol, contemplando el discurrir del agua entre las piedras; el mínimo caudal que quedaba, se entiende. El arroyo fluía por un cauce de barro seco el doble de ancho que la propia corriente. Los árboles conservaban unas pocas hojas allí, aunque la mayoría del bosque circundante empezaba a estar completamente desnudo de follaje. Incluso los robles.

Una ramita seca se partió al pisarla Elayne, y Min se incorporó de un brinco. Como era habitual en ella, vestía una chaqueta de hombre de color gris y calzones, pero llevaba pequeñas flores azules bordadas en las solapas y en los costados de las ajustadas perneras. Cosa extraña, ya que, aunque había contado que las tres tías que la habían criado eran costureras, ella no parecía distinguir un extremo de una aguja del otro. Miró intensamente a Elayne, se encogió y se pasó los dedos por el oscuro cabello, que ya le llegaba a los hombros.

—Lo sabes —fue cuanto dijo.

—Pensé que debíamos hablar.

Min volvió a pasarse los dedos por el pelo.

—Siuan no me lo dijo hasta esta mañana y desde entonces he estado intentando reunir el valor suficiente para contártelo. Quiere que lo espíe, Elayne. Para las hermanas de la embajada; y me dio nombres de Caemlyn, gente que puede enviarle mensajes desde allí.

—Pero no lo harás, naturalmente —manifestó Elayne sin el menor atisbo de pregunta en su tono, por lo que Min le dedicó una mirada agradecida—. ¿Por qué te daba miedo hablar conmigo? Somos amigas, Min, y prometimos que ningún hombre se interpondría entre nosotras. Ni siquiera aunque las dos lo amemos.

La risa de Min era algo ronca; Elayne suponía que a muchos hombres

eso les resultaría atractivo. Y era guapa a su modo, con ese aspecto de pilluelo. Y tenía varios años más que ella; ¿estaría eso a su favor o en su contra?

—Oh, Elayne, lo dijimos cuando estaba a una distancia segura de las dos. Perderte sería como perder a una hermana, pero ¿y si una de nosotras cambia de opinión?

Mejor no preguntar cuál de ellas se suponía que cambiaría. Elayne intentaba no pensar en el hecho de que si ataba y amordazaba a Min con el Poder e invertía el tejido, podría mantenerla oculta en un sótano hasta mucho después de que la embajada hubiese partido.

—No lo haremos —se limitó a aseverar. No, no podía hacer eso a Min. Quería a Rand sólo para ella, pero era incapaz de hacer daño a Min. Quizá debería pedirle a la otra mujer que no se marchara hasta que pudiesen hacerlo las dos. Sin embargo, preguntó—: ¿Te ha liberado Gareth de tu juramento?

En esta ocasión, la risa de Min sonó como un ladrido.

—Ni hablar. Dijo que me haría saldarlo con el trabajo antes o después. En realidad a quien quiere retener aquí es a Siuan, sabe la Luz por qué.

Un leve gesto de tensión en su cara le hizo pensar a Elayne que allí había involucrada una de sus visiones, pero no preguntó. Min nunca hablaba de esas cosas salvo a quien le concernían directamente.

Poseía una habilidad conocida por muy pocas personas en Salidar. Elayne, Nynaeve, Siuan y Leane; nadie más. Birgitte lo ignoraba, aunque, en correspondencia, tampoco Min sabía lo de Birgitte. O lo de Moghedien. Cuántos secretos. Pero el de Min le concernía sólo a ella. A veces veía imágenes o halos alrededor de la gente, y en ocasiones sabía lo que significaban. Cuando lo sabía, nunca se equivocaba; por ejemplo, si decía que un hombre y una mujer se casarían, entonces antes o después acababan casados, aunque en aquel momento se odiaran profundamente. Leane lo llamaba «lectura del Entramado», pero no tenía nada que ver con el Poder. La mayoría de la gente sólo tenía imágenes o halos de vez en cuando, pero en el caso de las Aes Sedai y de los Guardianes eran permanentes. Los retiros de Min a este rincón se debían a la necesidad de escapar a aquella plétora de imágenes.

—¿Querrás llevarle a Rand una carta mía?

—Por supuesto.

La respuesta afirmativa de la otra mujer fue tan rápida y la expresión de su rostro tan franca que Elayne enrojeció y continuó hablando muy deprisa. No estaba segura de que ella hubiese aceptado, si la situación hubiese sido la inversa.

—No debes contarle lo de tus visiones, Min. Me refiero a las que nos conciernen. —Una de las cosas que Min había visto sobre Rand era que tres mujeres se enamorarían perdidamente de él, que estarían atadas a él para siempre, y que una de esas mujeres era ella. La segunda resultó que era Elayne—. Si sabe lo de la visión, podría decidir que no es eso lo que queremos nosotras sino el Entramado o que se debe a que es *ta'veren.* Podría decidir actuar noblemente y salvarnos impidiendo que ninguna de nosotras se acerque a él.

—Tal vez —repuso, dubitativa, Min—. Los hombres son raros. Lo más probable es que, si sabe que las dos iremos corriendo cuando se tuerza un dedo, se lo tuerza a propósito. No podrá remediarlo. He visto actuar así a los hombres. Creo que tiene algo que ver con tener barba y pelo en el pecho.

Su expresión era tan perpleja que Elayne no supo discernir si era una broma o no. Min parecía saber mucho sobre los hombres; había trabajado en establos principalmente ya que le gustaban los caballos, pero una vez mencionó haber sido camarera en una taberna.

—En cualquier caso —continuó Min—, no se lo contaré. Tú y yo nos lo repartiremos como un pastel, y puede que dejemos que la tercera coja un trocito cuando aparezca.

—¿Qué vamos a hacer, Min? —Elayne no tenía intención de decir aquello y mucho menos con un tono gemebundo. Una parte de ella deseaba dejar muy claro que no correría si Rand chasqueaba los dedos, y otra parte deseaba que los chasqueara. Parte de ella quería decir que no compartiría a Rand de ningún modo y con nadie, ni siquiera con una amiga, y que las visiones de Min podían irse a la Fosa de la Perdición; otra parte deseaba abofetear a Rand por hacerles esto a Min y a ella. Todo era tan infantil que sintió ganas de esconder la cabeza, pero al mismo tiempo era incapaz de desenredar la maraña de sentimientos que la abrumaban. Dando un timbre más firme a su voz respondió a su propia pregunta antes que Min—: Lo que vamos a hacer es sentarnos un rato aquí y charlar, pero no sobre Rand. —Dicho y hecho, eligió un lugar donde la capa de hojas muertas era particularmente espesa y el tronco de un árbol resultaba un buen respaldo—. Voy a echarte de menos, Min. Es muy agradable tener una amiga en quien confiar.

La otra joven tomó asiento a su lado, cruzada de piernas, y se puso a coger piedrecillas y a arrojarlas al arroyo.

—Nynaeve es tu amiga. Confías en ella. Y desde luego Birgitte parece serlo también; incluso pasas más tiempo con ella que con Nynaeve. —Un ligero ceño arrugó su frente—. ¿De verdad cree que es la Birgitte de las leyendas? Lo digo por el arco y la coleta, que se mencionan en todos los relatos, aunque su arco no sea de plata, y me cuesta creer que le pusieran ese nombre al nacer.

—Pues es su verdadero nombre —repuso Elayne con cuidado. En cierto modo, era cierto. Mejor cambiar el rumbo de la conversación hacia otro tema—. Nynaeve no ha decidido todavía si soy una amiga o alguien a quien tiene que convencer por la fuerza para que haga las cosas del modo que ella considera correcto. Y recuerda demasiado a menudo que soy la hija de la reina. Creo que a veces lo utiliza en mi contra. Tú nunca haces eso.

—Quizá porque tal circunstancia no me impresiona demasiado. —Min sonreía, pero estaba hablando en serio—. Nací en las Montañas de la Niebla, Elayne, en las minas. El mandato real de tu madre es casi inexistente tan lejos al oeste. —Su sonrisa de desvaneció—. Lo siento, Elayne.

La heredera del trono sofocó la chispa de indignación que afloraba dentro de sí — ¡Min era tan súbdita del Trono del León como Nynaeve!— y recostó la cabeza en el tronco del árbol.

—Hablemos de algo alegre.

El sol estaba alto y sus ardientes rayos pasaban a través del ramaje; el cielo era un limpio manto azul, sin asomo de nubes. Siguiendo un impulso, Elayne se abrió al *Saidar* y dejó que la llenara, como si todo el gozo de la vida en el mundo hubiese sido destilado y cada gota de sangre en sus venas fuese reemplazada con esa esencia. Si fuera capaz de crear una sola nube, sería la señal de que todo saldría bien: su madre estaría viva; Rand la amaría; y Moghedien... Bueno, tendría su merecido, de algún modo. Urdió un tenue tejido en el cielo hasta donde alcanzaba a ver, utilizando Aire y Agua,

buscando la humedad para formar una nube. Si pudiera esforzarse lo suficiente... La dulzura se tornó de repente en algo muy próximo al dolor, la señal de peligro; absorber demasiado Poder podía tener como consecuencia que se neutralizara a sí misma. Sólo una nube pequeña.

—¿Algo alegre? —repitió Min—. Bueno, sé que no quieres hablar de Rand; pero, aparte de su relación con nosotras, sigue siendo el tema más importante en el mundo ahora mismo. Y el más alegre. Los Renegados mueren cuando aparece él, y las naciones hacen fila para rendirle pleitesía. Las Aes Sedai de aquí están dispuestas a apoyarlo. Lo sé, Elayne; no tienen más remedio. Vaya, pero si lo próximo será que Elaida le entregue la Torre. La Última Batalla será un paseo para él. Está venciendo, Elayne. Estamos venciendo.

La heredera del trono interrumpió el contacto con la Fuente y encorvó los hombros. Contempló fijamente el cielo, con un repentino desánimo. No era preciso poder encauzar para advertir la mano del Oscuro en lo que ocurría, y si podía alcanzar de ese modo al mundo, incluso si sólo tenía acceso a él...

—¿De veras? —dijo, aunque demasiado bajo para que Min pudiese oírla.

La casona todavía no estaba acabada, con los altos paneles de madera del gran salón de tono pálido sin pulir, pero Faile Bashere t'Aybara celebraba audiencia todas las tardes, como era lo correcto para la esposa del señor, en un enorme sillón de respaldo alto con halcones tallados, delante de una chimenea apagada que tenía una réplica exacta al otro extremo de la estancia. El sillón vacío que había a su lado, con tallas de lobos y una gran cabeza de lobo coronando el respaldo, debería haber estado ocupado por su esposo, Perrin t'Bashere Aybara, Perrin Ojos Dorados, Señor de Dos Ríos.

Naturalmente, la casona no era más que una granja grande cuyo salón apenas superaba los quince pasos —¡qué cara puso Perrin cuando ella insistió en que fuera tan grande!; todavía seguía considerándose un herrero o incluso un aprendiz de herrero— y su nombre de pila era Zarina, no Faile. Pero estas cosas carecían de importancia. Zarina era un nombre apropiado para una mujer lánguida que suspiraba trémulamente con los poemas compuestos a su sonrisa. Faile, el nombre que había elegido tras su juramento como cazadora del Cuerno de Valere, significaba halcón en la Antigua Lengua. Nadie que mirase bien su rostro, con la enérgica nariz, los altos pómulos y los oscuros ojos sesgados que centelleaban cuando estaba furiosa, dudaría que le iba mucho más. En cuanto al resto, las intenciones contaban mucho. Al igual que lo adecuado y correcto.

En ese momento sus ojos chispeaban. No tenía nada que ver con la testarudez de Perrin, y muy poco con el calor reinante, tan impropio de la estación. Aunque, a decir verdad, tener que estar moviendo un abanico de plumas de faisán para combatir el sudor que le humedecía las mejillas tampoco ayudaba a mejorar su malhumor.

A esa hora avanzada de la tarde quedaban pocas personas de la multitud que había acudido para que mediara en sus disputas. De hecho, habían ido para que Perrin diera el dictamen, pero la idea de emitir un juicio sobre asuntos de personas entre las que había crecido lo aterrorizaba. A menos que Faile se las ingeniara para acorralarlo, su marido desaparecía como un lobo en la niebla cuando llegaba la hora de la audiencia diaria. Por fortuna, a la gente no le importaba cuando los atendía lady Faile en lugar de

lord Perrin. O no le importaba a casi nadie, y esos pocos eran lo bastante listos para disimularlo.

—De modo que eso es lo que queréis que dirima —manifestó en voz fría. Las dos mujeres sudorosas que estaban plantadas delante de su sillón rebulleron con inquietud, sin apartar los ojos de las tablas enceradas del suelo.

Las opulentas curvas de la cobriza Sharmad Zeffar estaban cubiertas, aunque ni mucho menos ocultas, por un vestido domani de seda con cuello alto pero apenas opaco, de color dorado pálido y gastado en el repulgo y los puños, todavía con pequeñas manchas de viaje imposibles de quitar; la seda era seda, al fin y al cabo, y rara vez se lucía allí. Las patrullas que entraban en las Montañas de la Niebla, a la caza de los supervivientes trollocs de la invasión del verano pasado, habían encontrado pocas de estas criaturas bestiales —y ningún Myrddraal, gracias a la Luz—, pero sí hallaban refugiados casi a diario: diez aquí, veinte allí, cinco en alguna otra parte. La mayoría venía del llano de Almoth, pero bastantes procedían de Tarabon y, como en el caso de Sharmad, de Arad Doman, todos huyendo de países destruidos por la anarquía además de la guerra civil. Faile no quería pensar cuántos habrían muerto en las montañas; sin calzadas o incluso senderos, la cordillera no era un territorio fácil por el que viajar ni siquiera en las mejores condiciones, y las actuales estaban lejos de serlo.

Rhea Avin no era refugiada a pesar de que llevaba puesto un vestido de estilo tarabonés de un fino tejido de lana, con los suaves pliegues grises moldeando y resaltando sus formas casi tanto como el atuendo más revelador de Sharmad. Quienes sobrevivían al largo viaje por las montañas traían consigo rumores muy inquietantes, habilidades desconocidas en Dos Ríos y manos para trabajar las tierras despobladas por los trollocs. Rhea era una mujer bonita, de rostro redondo, que había nacido a menos de cuatro kilómetros de donde ahora se alzaba la casona; llevaba el oscuro cabello peinado en una gruesa trenza que le llegaba a la cintura. En Dos Ríos, las chicas no se trenzaban el pelo hasta que el Círculo de Mujeres decía que eran lo bastante mayores para casarse, ya tuvieran quince años o treinta, aunque muy pocas llegaban a los veinte antes de poder trenzárselo. De hecho, Rhea debía de ser por lo menos cinco años mayor que Faile y llevaba sus buenos cuatro años con el cabello trenzado, pero, a juzgar por su actitud en aquel instante, habríase dicho que todavía lo llevaba suelto sobre los hombros y que acababa de darse cuenta de que lo que le había parecido una idea maravillosa en su momento en realidad era lo más estúpido que podía haber hecho. A decir verdad, Sharmad parecía incluso más avergonzada aunque le sacaba uno o dos años a Rhea; para una domani debía de ser humillante encontrarse en una situación como ésa. Faile tenía ganas de darles buenos bofetones a las dos, pero ése no era el comportamiento de una señora.

—Un hombre —continuó con el tono más impasible que consiguió adoptar— no es un caballo ni un campo. Ninguna de las dos puede poseerlo, y pedirme que decida yo cuál de vosotras tiene derecho a él... —Inhaló lentamente—. Si pensara que Wil al'Seen os ha estado engañando a las dos con falsas esperanzas, entonces tendría algo que opinar al respecto. —A Wil se le iban los ojos tras las mujeres; y los de las mujeres tras él (tenía buenas pantorrillas), pero jamás hacía promesas. Sharmad parecía deseosa de que el suelo se la tragara; las domani tenían reputación de tener a los hombres comiendo de su mano, no al contrario—. Pero, no siendo ése el caso, éste es

mi dictamen: las dos os presentaréis ante la Zahorí y le explicaréis el asunto sin dejar fuera nada. Ella se encargará del asunto. Espero tener noticias de que os ha visto antes de la caída de la noche.

Las dos mujeres se encogieron. Daise Congar, la Zahorí de Campo de Emond, no toleraba esta clase de tonterías. De hecho, llegaría mucho más allá de no tolerarlo simplemente. Empero, hicieron una reverencia al tiempo que musitaban un triste «sí, milady» al unísono. Muy pronto, si no ya, lamentarían amargamente hacerle perder tiempo a Daise.

«Y a mí», pensó firmemente Faile. Todo el mundo sabía que rara vez Perrin atendía en audiencia; en caso contrario, estas mujeres jamás habrían llevado allí su absurdo «problema». Si su marido hubiese estado donde le correspondía, Rhea y Sharmad se habrían escabullido en lugar de airearlo delante de él. Faile esperaba que el calor tuviese a Daise de un humor de perros. Lástima no poder poner a Perrin en manos de la Zahorí.

Cenn Buie reemplazó a las dos mujeres casi antes de que éstas hubiesen salido arrastrando los pies. A despecho de ir apoyado pesadamente en un bastón tan nudoso como él, se las ingenió para hacer una florida reverencia que después echó a perder al pasarse los huesudos dedos entre el cabello lacio y escaso. Como siempre, daba la impresión de que hubiese dormido con la burda chaqueta marrón puesta.

—Que la Luz brille sobre vos, mi señora Faile, y sobre vuestro venerado esposo, lord Perrin. —Las grandilocuentes palabras sonaban raras con su voz rasposa—. Permitidme añadir a los del Consejo mis mejores deseos de constante felicidad. Vuestra inteligencia y belleza alegran nuestras vidas, como lo hace la justicia de vuestros dictámenes.

Faile tamborileó los dedos en el brazo del sillón sin poder evitarlo. Floridas alabanzas en lugar de sus habituales rezongos agrios. Recordándole que él formaba parte del Consejo de Pueblo de Campo de Emond y, por ende, que era un hombre con influencia, digno de respeto. Y buscando despertar compasión con ese bastón; el techador era tan ágil como cualquier hombre con la mitad de edad que él. Quería algo.

—¿Qué asunto me traéis hoy, maese Buie?

Cenn se puso erguido, olvidando apoyarse en el bastón; y olvidando no dar el habitual tono agrio a su voz.

—Se trata de todos esos forasteros que llegan en avalancha y nos traen todo tipo de cosas que no queremos aquí. —Por lo visto había olvidado que ella también era forastera; la mayor parte de Dos Ríos lo había olvidado—. Costumbres raras, milady. Ropas indecentes. Las mujeres os hablarán sobre la forma en que esas descaradas domani se visten, si es que no os lo han dicho ya. —Algunas lo habían hecho ya, en efecto, aunque un fugaz brillo en los ojos de Cenn reveló que el viejo lo sentiría si ella accedía a las demandas de las mujeres del pueblo—. Forasteros quitándonos la comida de la boca, arrebatándonos nuestros medios de vida. Ese tipo tarabonés y su absurda fabricación de baldosas y tejas, por ejemplo. Dando ocupación a peones a los que se podría poner a hacer un trabajo útil. Le importa un pimiento la buena gente de Dos Ríos. Vaya, pero si...

Faile siguió abanicándose y dejó de escucharlo aunque en apariencia le prestaba gran atención; era una habilidad que su padre le había enseñado, necesaria en momentos como ése. Por supuesto. Las tejas de maese Hornval competirían con el techado de bálago de Cenn.

No todo el mundo opinaba lo mismo que Cenn respecto a los recién llegados. Haral Luhhan, el herrero de Campo de Emond, se había asociado

Librodot

con un cuchillero domani y un estañador del llano de Almoth, y maese Aydaer había contratado a tres hombres y dos mujeres que sabían fabricar muebles, así como tallar y dorar madera, aunque ciertamente no había oro por allí para tal menester. Los sillones de Perrin y de ella eran obra de ellos, un trabajo fino como cualquiera de los que Faile había visto. De hecho, el propio Cenn había cogido media docena de ayudantes, y no todos eran oriundos de Dos Ríos; muchos tejados habían ardido cuando los trollocs atacaron, y se estaban levantando casas nuevas por doquier. Perrin no tenía derecho a dejarla sola para escuchar estas tonterías.

Las gentes de Dos Ríos lo habían proclamado su señor —cosa lógica después de que los hubiese conducido a la victoria sobre los trollocs— y él estaba empezando a darse cuenta de que no podía cambiarlo, algo que quedaba muy claro cuando hacían reverencias y lo llamaban lord Perrin en su cara nada más haberles dicho que no lo hicieran, pero todavía se negaba en redondo a dejarse enredar en la parte incómoda que conllevaba ser un señor, todas esas cosas que la gente esperaba de sus lores y ladis. Y, lo que era peor, rehusaba ocuparse de sus deberes como señor. Faile sabía mucho de eso al ser la hija menor de Davran t'Ghaline Bashere, señor de Bashere, Tyr y Sidona, Defensor de la Tierra Interior, mariscal de la reina Tenobia de Saldaea. Cierto, ella había escapado para convertirse en cazador del Cuerno de Valere, y posteriormente renunció a ello por un esposo, lo que a veces todavía la asombraba, pero recordaba bien esas obligaciones. Perrin la escuchaba cuando se las explicaba e incluso asentía en los momentos adecuados, pero intentar que hiciese cualquiera de estas tareas era como intentar hacer que un caballo bailara el *sa'sara.*

Finalmente a Cenn se le acabó su retahíla de protestas farfulladas, y sólo en el último momento se tragó el improperio que tenía en la punta de la lengua.

—Perrin y yo elegimos tejado de bálago —manifestó sosegadamente Faile y, mientras Cenn asentía con satisfacción, añadió—: Todavía no lo habéis terminado. —El viejo dio un respingo—. Al parecer os habéis hecho cargo de más tejados de los que podéis abarcar, maese Buie. Si el nuestro no está acabado pronto, me temo que tendremos que pedirle a maese Hornval que lo haga con sus tejas. —La boca de Cenn se movió sin dar voz a su protesta. Si la señora ponía tejas en la casona, otros seguirían su ejemplo—. He disfrutado con vuestra conversación, pero estoy segura de que preferiréis terminar mi tejado que perder el tiempo con charlas ociosas, por agradables que sean.

Con los labios apretados, Cenn se tornó ceñudo un instante y luego hizo una reverencia apenas esbozada. Mascullando algo ininteligible excepto un forzado «milady» al final, salió de la estancia con aire ofendido y dando golpes en el suelo con su bastón. ¡Qué cosas se inventaba la gente para hacerle perder el tiempo! Perrin cumpliría con su parte en esto aunque para ello tuviera que atarlo de pies y manos.

Las otras peticiones no fueron tan enojosas. Una mujer antaño fornida, a la que el vestido zurcido y con flores bordadas le colgaba como un saco, que venía desde Punta de Toman, más allá del llano de Almoth, deseaba dedicarse a preparar remedios y hierbas curativas. El fornido Jon Ayellan, rascándose la calva cabeza, y el delgaducho Thad Torfinn, retorciendo las solapas de la chaqueta, se disputaban los límites de sus tierras. Dos atezados domani, con largos chalecos de cuero y barbas muy recortadas, eran mineros que creían haber encontrado indicios de que hubiese oro y

Librodot

plata en las cercanías, cuando venían a través de las montañas; y también hierro, aunque en eso estaban menos interesados. Y, por último, una enjuta tarabonesa, que cubría su estrecho semblante bajo un velo transparente y llevaba peinado el cabello rubio con multitud de finas trenzas, que afirmaba haber sido una maestra tejedora de alfombras y que sabía cómo organizar un telar para fabricarlas.

A la mujer interesada en las hierbas Faile la mandó al Círculo de Mujeres local; si Espara Soman, que así se llamaba, conocía realmente este tema, la pondrían a cargo de alguna de las Zahoríes del pueblo. Con tanta gente nueva que llegaba para instalarse, la mayoría en malas condiciones tras el viaje, las Zahoríes de Dos Ríos contaban al menos con una o dos aprendizas, y todas estaban a la expectativa para tener más. Tal vez no era exactamente lo que Espara deseaba, pero sí como debía empezar. Unas cuantas preguntas dejaron claro que ni Thad ni Jon recordaban exactamente dónde estaban los límites de sus tierras —por lo visto llevaban discutiendo por ello desde antes de que Faile hubiera nacido— de modo que les mandó que dividieran la diferencia; cosa que, aparentemente, era lo que ambos habían pensado que decidiría el Consejo del Pueblo y la razón de que hubiesen mantenido la disputa entre ellos durante tanto tiempo sin sacarla a la luz.

A los otros les dio el permiso que pedían. En realidad no lo necesitaban, pero era mejor dejarles claro desde el principio en qué manos estaba la autoridad allí. A cambio de su consentimiento y suficiente plata para comprar suministros, Faile consiguió que los dos domani accedieran a entregar a Perrin la décima parte de lo que encontraran, así como que localizaran la veta de hierro mencionada de pasada. A Perrin no le haría gracia, pero en Dos Ríos no había impuestos, y de un señor se esperaba que hiciese y proporcionase cosas para las que hacía falta dinero. Y el hierro sería tan útil como el oro. En cuanto a Liale Mosrara, si resultaba que la tarabonesa no era tan diestra en su oficio como presumía, entonces su actividad no duraría mucho, pero en caso de que lo fuera... Tres tejedoras de paños ya aseguraban que los mercaderes encontrarían algo más que lana en bruto cuando acudiesen desde Baerlon el año próximo, y unas alfombras buenas representarían otro artículo para comerciar que reportaría más dinero para la región. Liale prometió la primera y mejor pieza que saliera de sus telares para la casona, y Faile aceptó con un elegante gesto de cabeza el regalo; la tejedora de alfombras saldría ganando, ya que cuando sus creaciones empezaran a producirse, si se producían, la casona necesitaría más puesto que los suelos había que cubrirlos. En resumen, que todos parecieron quedar razonablemente satisfechos. Incluso Jon y Thad.

Mientras la tarabonesa retrocedía hacia la puerta haciendo reverencias, Faile se puso de pie, satisfecha de haber terminado las audiencias, y entonces quedó parada cuando cuatro mujeres entraron por una de las puertas que flanqueaban la chimenea, todas ellas sudorosas y con los toscos y oscuros vestidos de lana de Dos Ríos. Daise Congar, tan alta como muchos hombres e igualmente corpulenta, sobresalía por su talla entre las otras Zahoríes y se abrió paso a codazos para situarse a la cabeza del grupo ya que estaban a las afueras de su pueblo. Edelle Gaelin, de Colina del Vigía, esbelta y con la trenza canosa, dejó claro con su gesto estirado y la postura tiesa de la espalda que pensaba que debería estar en la posición ocupada por Daise aunque sólo fuese por edad y el largo tiempo que llevaba ejerciendo el oficio. Elwinn Taron, la Zahorí de Deven Ride, la más baja, era

una mujer oronda con una afable sonrisa maternal que no se borraba de su rostro ni cuando obligaba a la gente a hacer algo que no quería. La última, Milli al'Azar, de Embarcadero de Taren, cerraba la marcha; la más joven, casi lo suficiente para ser hija de Edelle, siempre parecía encontrarse insegura entre las demás.

Faile permaneció de pie, abanicándose lentamente. De verdad deseaba que Perrin ahora estuviese allí. Y mucho. Esas mujeres tenían tanta autoridad en sus pueblos como el alcalde —a veces, en ciertos aspectos, más todavía— y había que tratarlas con sumo cuidado y con el respeto y la dignidad debidos. Eso hacía difíciles las cosas. Estando con Perrin se convertían en unas muchachitas tontas, sonrientes y deseosas de agradar, pero con ella... En Dos Ríos no había habido nobles desde hacía siglos, ni se había visto siquiera un representante de la reina durante siete generaciones. Todo el mundo seguía intentando decidir cómo actuar con un señor y una señora, incluidas estas cuatro mujeres. A veces olvidaban que era lady Faile y sólo veían a una joven cuyo matrimonio había presidido Daise unos pocos meses antes. Podían estar haciendo una reverencia tras otra y repitiendo «sí, por supuesto, milady» en un momento y de repente le decían lo que debía hacer exactamente respecto a algo sin que les pareciese en absoluto incongruente.

«No vas a volver a dejar esto para mí sola, Perrin», decidió para sus adentros.

Hicieron una reverencia con mayor o menor acierto y, hablando a la vez, saludaron:

—Que la Luz os ilumine, milady.

Dejando a un lado las formalidades, Daise tomó la palabra antes de volver a estar erguida.

—Tres chicos más han huido, milady. —Su tono era un término medio entre el respeto implícito de la frase y su «ahora escúchame bien, jovencita» que utilizaba a veces—. Dav Ayellan, Ewin Finngar y Elam Dowtry. Han huido para ver mundo a causa de los relatos de lord Perrin sobre lo que hay ahí fuera.

Faile parpadeó, sorprendida. Los tres jóvenes nombrados distaban mucho de ser unos chiquillos. Dav y Elam tenían la misma edad que Perrin, y Ewin era como ella. Y los relatos de Perrin, que los contaba rara vez y a regañadientes, no eran precisamente la única fuente por la que los jóvenes de Dos Ríos se enteraban de cosas sobre el mundo exterior ahora.

—Puedo pedirle a Perrin que hable con vosotras si queréis.

Las mujeres rebulleron, Daise buscándolo expectante con la mirada, Edelle y Milli arreglándose los pliegues de las faldas de manera automática, y Elwinn echándose la coleta sobre el hombro y atusándosela en un gesto igualmente inconsciente. De repente se dieron cuenta de lo que hacían e interrumpieron sus gestos bruscamente, sin mirarse entre sí. Ni a ella. La ventaja de Faile era que sabían el efecto que su marido causaba en ellas. Cuántas veces había visto a una u otra recobrando la compostura tras mantener una reunión con Perrin mientras era obvio que juraban para sus adentros no permitir que volviera a ocurrir; cuántas veces había visto que tales resoluciones quedaban completamente olvidadas nada más verlo. Ninguna estaba segura de si prefería tratar con él o con ella.

—No será necesario —dijo Edelle al cabo de un momento—. Los chicos que huyen son un problema, pero no importante. —Su tono estaba más distante del respeto intermedio que el «milady» utilizado por Daise.

Librodot

La oronda Elwinn esbozó una sonrisa que era propia de una madre hacia su joven hija.

—Ya que estamos aquí, querida, en realidad podríamos tratar otro asunto. El agua. Algunos están preocupados, ¿comprendéis?

—Hace varios meses que no ha llovido —añadió Edelle, y Daise asintió con la cabeza.

Esta vez Faile parpadeó. Eran demasiado inteligentes para creer que Perrin podía hacer algo al respecto.

—Los manantiales fluyen todavía, y Perrin ha ordenado excavar más pozos. —En realidad sólo lo había sugerido, pero había tenido igual resultado que una orden, afortunadamente—. Y, mucho antes de que llegue la época de siembra, los canales de irrigación conectados con el Bosque de las Aguas estarán terminados. —Esto último era idea de ella; la mitad de los campos de Saldaea utilizaban sistemas de irrigación, pero en Dos Ríos nadie tenía noticias de dicha práctica—. De todos modos, las lluvias han de llegar antes o después. Los canales son sólo una medida de urgencia si llega el caso.

Daise volvió a asentir, lentamente, así como Elwinn y Edelle, aunque todo aquello lo sabían tan bien como ella.

—No es la lluvia —intervino Milli—. Es decir, no exactamente. Este tiempo no es natural. Ninguna de nosotras puede Escuchar el Viento, ¿comprendéis? —Se encogió ante las miradas que las otras le asestaron. Era obvio que había hablado más de la cuenta, además de revelar secretos. Se suponía que todas las Zahoríes podían predecir el tiempo con el don de «Escuchar el Viento»; por lo menos decían que todas podían. Empero, Milli no se arredró y prosiguió obstinadamente—: ¡Es verdad que no podemos! En cambio observamos las nubes y el comportamiento de los pájaros, las hormigas, las orugas y…

Inhaló profundamente y se puso erguida, pero siguió evitando los ojos de las otras Zahoríes. Faile se preguntó cómo se las arreglaría para imponerse al Círculo de Mujeres de Embarcadero de Taren, y mucho menos al Consejo del Pueblo. Claro que sus miembros eran tan recientes en el cargo como Milli en el suyo; la localidad había perdido a toda su población al llegar los trollocs y ahora todo el mundo era nuevo allí.

—No es natural, milady —continuó Milli—. Las primeras nieves tendrían que haber caído hace semanas, pero diríase que estamos en pleno verano. ¡No estamos preocupados, milady, sino asustados! Si nadie más quiere admitirlo, yo sí. Me paso despierta casi todas las noches. Hace un mes que no duermo como es debido, y…

Dejó la frase en el aire y enrojeció al comprender que quizás había ido demasiado lejos. Se suponía que una Zahorí conservaba el control en todo momento, que no iba corriendo por ahí admitiendo que estaba asustada.

Las demás desplazaron la mirada de ella a Faile. No dijeron nada, y sus rostros se mantuvieron tan inexpresivos como los de cualquier Aes Sedai.

Ahora lo entendía Faile. Milli había dicho la pura verdad. El tiempo no era natural, sino todo lo contrario. También ella permanecía despierta a menudo, rogando para que llegaran las lluvias o, mejor aun, la nieve, procurando no pensar en lo que acechaba tras el calor y la sequía. Sin embargo, se suponía que una Zahorí debía tranquilizar a los demás, de modo que ¿a quién podía acudir cuando era ella quien necesitaba que la tranquilizaran?

Puede que estas mujeres no supieran lo que estaban haciendo, pero

habían acudido al lugar indicado. Parte del pacto entre el noble y el plebeyo, arraigado en Faile desde su nacimiento, era que el primero proporcionaba seguridad y protección. Y una parte de la seguridad proporcionada era recordarle al pueblo que los malos tiempos no duraban para siempre. Si las cosas iban mal hoy, entonces mañana irían mejor, y si no mañana, entonces el día siguiente. Deseó poder tener esa certeza, pero le habían enseñado a prestar fortaleza a los que estaban a su cargo aunque a ella misma le faltase, a apaciguar sus temores, no a incrementarlos con los suyos propios.

—Perrin me habló de la gente de su comarca antes de que yo viniese aquí —comenzó. Su marido no era un hombre al que le gustase alardear, pero ciertas cosas salían a la luz por sí mismas—. Cuando el granizo arrasa vuestros cultivos, cuando el invierno acaba con la mitad de vuestros rebaños, redobláis vuestros esfuerzos y seguís adelante. Cuando los trollocs devastaron Dos Ríos, los combatisteis, y una vez que acabasteis con ellos os pusisteis a reconstruir vuestros hogares a renglón seguido. —Jamás lo habría creído de no haberlo visto con sus propios ojos, considerando que eran sureños. Estas gentes habrían encajado perfectamente en Saldaea, donde las incursiones de trollocs eran algo natural, al menos en las zonas más septentrionales—. No puedo deciros que el tiempo será mañana como debería ser, pero sí que Perrin y yo haremos lo que sea preciso, lo que esté en nuestras manos. Y no necesito recordaros que afrontaréis lo que traiga cada día, sea lo que sea, y que estaréis preparadas para hacer frente a lo que nos depare el siguiente, porque ésa es la clase de personas que engendra Dos Ríos. De esa estirpe sois.

Verdaderamente eran inteligentes. Si no habían admitido para sus adentros a qué habían ido, ahora tendrían que hacerlo. De ser menos inteligentes, se habrían dado por ofendidas. Pero, aunque antes se hubiesen dicho a sí mismas exactamente lo mismo, las palabras tenían el efecto apetecido cuando provenían de otra persona. Naturalmente, tal cosa conllevaba cierta sensación de empacho. Se produjo la correspondiente reacción de aturdimiento y rostros rojos como la grana mientras sus expresiones hacían patente su deseo de encontrarse en cualquier otra parte.

—Bueno, sí —dijo Daise. Se puso en jarras y miró de hito en hito a las otras Zahoríes, como retándolas a que le llevaran la contraria—. Son exactamente mis mismas palabras, ¿no es verdad? La muchacha habla con sentido común. Es lo que dije desde el primer momento en que puso los pies aquí. Esa chica tiene la cabeza bien puesta sobre los hombros, eso es lo que dije.

—¿Alguien ha dicho lo contrario, Daise? —replicó, envarada, Edelle—. Yo no lo he oído. Lo hace muy bien. —Luego se volvió hacia Faile y añadió—: Lo hacéis estupendamente.

—Gracias, lady Faile —intervino Milli al tiempo que hacía una reverencia—. Les he dicho lo mismo a cincuenta personas, pero viniendo de vos, parece que...

Un sonoro carraspeo de Daise la hizo enmudecer; aquello era hablar más de la cuenta, y Milli se puso más colorada.

—Es una prenda bien confeccionada, milady. —Elwinn se inclinó para tocar con el dedo la estrecha falda pantalón que Faile prefería vestir—. Pero hay una costurera tarabonesa en Deven Ride que podría hacéroslas mejores. Si no os molesta que lo diga. Mantuve una charla con ella y ahora sólo confecciona prendas decentes, excepto para las mujeres casadas. —Aquella sonrisa maternal asomó de nuevo a sus labios, tolerante y férrea a la par—.

Librodot

O si están cortejando. Hace cosas preciosas. Vaya, estaría encantada de trabajar para vos con vuestra tez y vuestra figura.

Daise empezó a sonreír con aire de suficiencia antes de que la otra mujer hubiese terminado de hablar.

—Therille Marza, aquí, en Campo de Emond, ya ha confeccionado media docena de vestidos para lady Faile. Y uno de fiesta precioso.

Elwinn se puso más erguida, Edelle frunció los labios e incluso Milli adoptó una expresión pensativa.

En lo que a Faile concernía, la audiencia había terminado. La modista domani necesitaba mano dura y continua vigilancia para que no la vistiera como si estuviera en la corte de Ebou Dar. Lo del vestido de fiesta había sido idea de Daise y la había pillado desprevenida; aunque tuviese más estilo saldaenino que domani, Faile no sabía dónde iba a poder lucirlo. Tendría que pasar mucho tiempo antes de que en Dos Ríos se celebraran bailes o recitales. Si no lo cortaba a tiempo, las Zahoríes estarían compitiendo a no tardar para ver cuál pueblo la vestía.

Les ofreció té al tiempo que hacía el comentario, aparentemente casual, de que podían discutir cómo animar a la gente respecto al tiempo. Fue como poner el dedo en la llaga después de lo ocurrido en los últimos minutos, y, quitándose la palabra de la boca, todas adujeron obligaciones pendientes que les impedían quedarse.

Las vio salir, pensativa, con Milli cerrando la marcha como era habitual, cual una niña prendida de las faldas de sus hermanas mayores. A lo mejor tenía ocasión de intercambiar unas palabras en privado con algunas de las componentes del Círculo de Mujeres, en Embarcadero de Taren. Todos los pueblos necesitaban un alcalde y una Zahorí de carácter fuerte para que defendieran los intereses de sus convecinos. Sí, unas cuantas palabras medidas y discretas. Cuando Perrin descubrió que había sostenido una conversación con los hombres de Embarcadero de Taren antes de la elección del alcalde —si un hombre tenía buen caletre y cualidades en su opinión y en la de su marido, ¿por qué no podían saber los hombres que iban a votar que dicha persona contaba con el apoyo de los dos?—, cuando lo descubrió... Era un hombre afable, que no se enfurecía fácilmente, pero sólo para estar segura se había atrincherado en el dormitorio de matrimonio hasta que se calmó. Cosa que no ocurrió hasta que le prometió no «entrometerse» otra vez en ninguna elección de alcalde, tanto a las claras como a su espalda. Eso último fue muy injusto por su parte. Y también muy inoportuno. Sin embargo, no mencionó nada sobre las votaciones del Círculo de Mujeres. En fin, lo que no supiera no le haría daño; y sí mucho bien a Embarcadero de Taren.

Pensar en él le recordó la promesa que se había hecho a sí misma. El abanico de plumas se agitó con más rapidez. A pesar de todas las tonterías, aquél no había sido un día de los peores, ni siquiera el peor con la Zahoríes —no habían surgido preguntas sobre cuándo podría esperar lord Perrin un heredero, ¡por la Luz bendita!—, pero quizás el implacable calor había dirigido su irritación hacia el asunto adecuado. O Perrin cumplía con su deber o...

Un trueno retumbó sobre la casona y el relámpago iluminó las ventanas. La esperanza alentó dentro de Faile. Si las lluvias llegaban...

Corrió sin hacer ruido, gracias a las suaves zapatillas, en busca de Perrin. Quería compartir la lluvia con él; pero aún se proponía tener unas cuantas palabras con su marido, o más de unas cuantas si era necesario.

Librodot

Lo encontró donde esperaba, en el tercer piso, en el porche techado que remataba la fachada: un hombre de pelo rizado, de hombros y brazos fornidos, vestido con una sencilla chaqueta marrón. Con la ancha espalda hacia ella, estaba apoyado en una de las columnas del porche, mirando hacia el suelo, a un lado de la casona, no hacia el cielo. Faile se paró en la puerta.

El trueno retumbó de nuevo y el rutilante relámpago azulado surcó el firmamento. Un firmamento completamente despejado. No era un heraldo de lluvia. No habría lluvia que pusiera fin al calor ni llegaría nieve a continuación. El sudor le perlaba la frente, pero la joven se estremeció.

—¿Ha terminado la audiencia? —preguntó Perrin, y ella dio un brinco, sobresaltada. No había girado la cabeza. A veces era difícil recordar lo aguzado que tenía el oído. O el sentido del olfato; confiaba en que fuese su perfume y no el sudor lo que había percibido.

—Pensé que a lo mejor te encontraba con Gwil o Hal.

Ése era uno de sus peores defectos; mientras que ella intentaba instruir sirvientes, para él eran hombres con los que reír y tomar una jarra de cerveza. Al menos no era mujeriego, como ocurría con muchos hombres. En ningún momento se percató de que Cali Coplin había entrado al servicio de la casona porque esperaba hacer algo más por lord Perrin que asear su cuarto y hacerle la cama. Ni siquiera se había dado cuenta cuando Faile echó a Cali persiguiéndola con un palo.

Al acercarse a él vio lo que estaba observando. Dos hombres, desnudos de cintura para arriba, practicaban con espadas de madera allá abajo. Tam al'Thor era un hombre robusto, canoso, y Aram, más esbelto y joven. Aram aprendía deprisa. Muy deprisa. Tam había sido soldado y maestro de esgrima, pero Aram lo estaba poniendo en apuros.

Automáticamente, los ojos de Faile fueron hacia el puñado de tiendas levantadas en un campo cercado que había a poco más de medio kilómetro, en dirección al Bosque del Oeste. El resto de los gitanos estaban acampados en medio de carromatos a medio terminar, semejantes a pequeñas casas sobre ruedas. Ni que decir tiene que ya no reconocían a Aram como a uno de los suyos; no desde que había empuñado esa espada. Los Tuatha'an jamás hacían uso de la violencia, por ningún motivo. Faile se preguntó si partirían como tenían planeado, cuando hubiesen reemplazado los carromatos que los trollocs habían incendiado. Después de agrupar a todos los que se habían escondido en la espesura, su número apenas superaba el centenar. Seguramente se marcharían, dejando atrás a Aram, por propia elección del joven. Que ella supiera, ningún Tuatha'an se había instalado en un lugar fijo nunca.

Claro que la gente de Dos Ríos solía decir que allí no cambiaba nunca nada y, sin embargo, los cambios habían sido muchos desde el ataque de los trollocs. Campo de Emond, a sólo cien pasos al sur de la casona, era más grande que la primera vez que lo vio, ahora reconstruidas todas las casas incendiadas y otras nuevas levantándose. Algunas de ladrillos, otra novedad. Y algunas techadas con tejas. Al paso que se construían nuevas viviendas, la casona se encontraría pronto dentro del pueblo. Se hablaba sobre una muralla, por si acaso regresaban los trollocs. Cambios. Un puñado de niños seguía al altísimo Loial por una de las calles de la población. Sólo unos pocos meses atrás, la apariencia del Ogier, con sus orejas copetudas, su nariz casi tan ancha como su rostro, y un metro más alto que cualquier hombre habría atraído a todos los chiquillos que lo miraban maravillados,

Librodot

habría hecho que sus madres acudieran aterradas para ponerlos a salvo. Ahora esas mismas madres mandaban a sus hijos con Loial para que les leyese relatos. Los forasteros, con sus raros atuendos, caminaban mezclados entre los oriundos del lugar, resaltando casi tanto como Loial, pero no llamaban la atención de nadie, como tampoco los tres Aiel que había en el pueblo, una gente extraña, alta, con ropas pardas y grises. Hasta hacía muy pocas semanas, había habido también dos Aes Sedai allí, e incluso ellas no recibieron más que reverencias respetuosas e inclinaciones de cabezas. Cambios. Los dos astiles de banderas, en el Prado próximo al manantial, se divisaban por encima de los tejados. En uno de ellos ondeaba la cabeza de lobo rojo que se había convertido en la enseña de Perrin, y en el otro el águila carmesí que representaba a Manetheren. Manetheren había desaparecido en la Guerra de los Trollocs, unos dos mil años atrás, pero esta tierra había formado parte de ella, y Dos Ríos enarboló ese estandarte casi por aclamación. Cambios, y no tenían ni idea de su enorme alcance ni de lo inexorables que eran. Perrin los conduciría a salvo a través de lo que quiera que viniese a continuación. Lo haría, sí, con su ayuda.

—Solía cazar conejos con Gwil —dijo Perrin—. Sólo tiene unos pocos años más que yo y a veces me llevaba de caza con él.

Faile tardó unos instantes en recordar de qué hablaban.

—Gwil está intentando aprender a ser un lacayo, y no lo ayudas cuando lo invitas a fumar una pipa contigo en los establos mientras habláis de caballos. —Inhaló lenta y profundamente. Esto no iba a ser fácil—. Tienes un deber con esta gente, Perrin. Por duro que sea, por mucho que te incomode hacerlo, tienes que cumplir con tu obligación.

—Lo sé —repuso suavemente él—. Lo siento tirando de mí.

Su voz sonaba tan extraña que Faile alzó la mano para agarrarlo de la corta barba y hacer que girara la cabeza hacia ella. Sus ojos dorados, tan raros y misteriosos como siempre, denotaban tristeza.

—¿A qué te refieres? No digo que no sientas afecto por Gwil, pero...

—Hablo de Rand, Faile. Me necesita.

El nudo que notaba en el estómago y que había intentado negar que existiera se tornó más tenso y angustioso. Se había convencido a sí misma de que ese peligro había desaparecido con la marcha de las Aes Sedai. Una estupidez por su parte. Estaba casada con un *ta'veren,* un hombre destinado a torcer el curso de otras vidas atrayéndolas hacia él del modo requerido por el Entramado, y había crecido con otros dos *ta'veren,* uno de ellos el mismísimo Dragón Renacido. Era una parte de su marido que ella tenía que compartir; no le gustaba compartir ni un cabello de él, pero las cosas eran como eran.

—¿Y qué piensas hacer? —inquirió.

—Ir con él. —Su mirada se desvió un instante, y los ojos de ella fueron en la misma dirección. Contra la pared estaban recostados un pesado martillo de herrero y un hacha con la hoja en forma de media luna y el mango de más de tres palmos de longitud—. No sabía cómo... —Su voz era apenas un susurro—. No encontraba el modo de decírtelo. Me voy esta noche, cuando todos se hayan dormido. Creo que no queda mucho tiempo y puede ser un viaje largo. Maese al'Thor y maese Cauthon te ayudarán con los alcaldes, si es que lo necesitas. Hablé con ellos. —Procuró dar un tono más ligero a su voz, pero fue un rotundo fracaso—. De todos modos, no deberías tener ningún problema con las Zahoríes. Qué curioso; cuando era pequeño las Zahoríes me parecían siempre aterradoras, y en realidad no

Librodot

plantean dificultades siempre y cuando uno se muestre firme.

Faile apretó los labios. Así que había hablado con Tam al'Thor y con Abel Cauthon, ¿no? Pero con ella no, ¿verdad? ¿Y qué sabía él de las Zahoríes? Le habría gustado que estuviese en su pellejo un día, y entonces vería lo fáciles que eran de tratar las Zahoríes.

—No podemos marcharnos tan pronto. Me llevará un tiempo organizar el séquito adecuado —manifestó.

—¿Marcharnos? —Perrin estrechó los ojos—. ¡Tú no vienes! ¡Será...! —Carraspeó y prosiguió en un tono más suave—: Será mejor que uno de nosotros se quede aquí. Si el señor se marcha, la señora debe quedarse para ocuparse de los asuntos. Es de sentido común. Hay que ocuparse de los refugiados que siguen llegando a diario, y solucionar las disputas que surgen de continuo. Si tú también te vas, será peor que cuando había trollocs por los alrededores.

¿De verdad creía que no se daría cuenta de su torpe rectificación? Había estado a punto de decir que sería peligroso. ¿Y cómo era posible que su deseo de alejarla del peligro la hiciera sentir siempre una agradable calidez interior y al mismo tiempo ponerla tan furiosa?

—Haremos lo que consideres que es mejor —contestó afablemente, y él parpadeó con desconfianza, se rascó la barba y luego asintió.

Ahora sólo quedaba hacerle ver lo que era mejor realmente. Al menos no había dicho de manera tajante que no podía ir, porque, cuando se plantaba, tenía tantas posibilidades de hacerlo cambiar de opinión como de mover de sitio un granero con sus manos; sin embargo, si tenía cuidado podía evitar que se cerrara en banda. Casi siempre.

De repente lo abrazó y enterró el rostro en su ancho pecho. Las fuertes manos de él le acariciaron suavemente el cabello; probablemente creía que estaba preocupada por su marcha. Bueno, por supuesto que lo estaba en cierto sentido, pero no porque se marchase sin ella. Todavía no se había dado cuenta de lo que significaba tener una esposa saldaenina. Les había ido todo tan bien estando lejos de Rand al'Thor... ¿Por que el Dragón Renacido necesitaba a Perrin ahora, con tanta intensidad que su marido lo notaba a través de las muchas leguas que hubiese entre ambos? ¿Por qué quedaba tan poco tiempo? ¿Por qué? La camisa de Perrin se pegaba a su sudoroso torso, y el calor antinatural provocaba que más gotas de sudor resbalaran por la cara de Faile, pero a pesar de ello la joven tuvo un escalofrío.

Con una mano apoyada en la empuñadura de la espada y haciendo saltar sobre la otra palma una piedrecilla, Gawyn Trakand recorrió de nuevo las filas de sus hombres mientras comprobaba sus posiciones alrededor de la colina coronada por árboles. Un seco y abrasador viento que arrastraba polvo a través de las onduladas y marchitas praderas agitó la sencilla capa de color verde que colgaba a su espalda. No se veía nada aparte de hierba seca, alguno que otro soto y parches dispersos de arbustos agostados. Había un frente demasiado amplio que cubrir con los hombres de que disponía si se producía un combate allí. Los había situado en grupos de cinco espadachines a pie, con los arqueros cincuenta pasos más atrás, en la colina. Otros cincuenta hombres aguardaban con lanzas y caballos, cerca del campamento de la cumbre, a que los llamaran si su intervención era necesaria. Gawyn confiaba en que ese día no lo fuera.

Al principio no eran muchos los Cachorros, pero su reputación sirvió

para que hubiese nuevos reclutamientos. El aumento de soldados sería útil; a los reclutas no se les permitía salir de Tar Valon hasta que su preparación era satisfactoria y tenían el nivel exigido. No es que Gawyn esperara que aquel día hubiese más posibilidades de luchar que cualquier otro; pero había aprendido por experiencia que a menudo el conflicto estallaba cuando menos se esperaba. Sólo las Aes Sedai esperarían hasta el último momento para decirle a un hombre algo como lo que iba a ocurrir ese mismo día.

—¿Todo va bien? —preguntó al tiempo que se detenía junto a un grupo de espadachines. A despecho del calor, algunos llevaban la capa verde, de manera que se veía el emblema de Gawyn, un jabalí blanco cargando, bordado en la pechera.

Jisao Hamora era el más joven y su sonrisa seguía siendo la de un muchacho, pero también era uno de los cinco que lucía la pequeña torre plateada en el cuello que los señalaba como veteranos en el combate de la Torre Blanca.

—Perfectamente, milord —respondió.

El grupo llevaba el nombre de los Cachorros con razón. El propio Gawyn, con poco más de veinte años, se contaba entre los mayores. Era una norma no aceptar a nadie que hubiese servido en algún ejército o defendido los colores de ningún lord o lady, ni siquiera que hubiese trabajado como guardia de mercaderes. Los primeros Cachorros habían entrado en la Torre como muchachos y jóvenes a los que adiestraban los Guardianes, los mejores espadachines, los mejores guerreros del mundo, y mantenían una parte al menos de esa tradición, aunque los Guardianes ya no los entrenaban. La juventud no era óbice. Habían celebrado una pequeña ceremonia hacía sólo una semana debido a la primera barba que Benji Dalfor se había afeitado que no era simplemente pelusilla; sin embargo, el muchacho tenía una cicatriz en la mejilla, un recuerdo indeleble del combate en la Torre. Las Aes Sedai habían estado demasiado ocupadas en los días posteriores a la deposición de Siuan Sanche como Amyrlin para practicar la Curación. Posiblemente Siuan seguiría siendo Amyrlin de no ser por la intervención de los Cachorros, que se habían enfrentado a sus instructores y los habían vencido en el recinto de la Torre.

—¿Sirve esto para algo, milord? —preguntó Hal Moir. Era dos años mayor que Jisao y, como otros muchos que no llevaban la torre de plata, lamentaba no haber estado allí. Ya aprendería—. No hay atisbo de los Aiel.

—¿Eso crees? —Sin hacer un solo gesto que sirviera de advertencia, Gawyn arrojó la piedra que tenía en la mano con toda la fuerza que pudo contra el único arbusto, un raquítico matorral, que estaba lo bastante cerca para que llegara el tiro. El susurro de las hojas fue lo único que se oyó, pero el matojo se sacudió un poco más de lo normal, como si una persona, escondida en él de algún modo, hubiese recibido el impacto. Las exclamaciones se alzaron entre los soldados nuevos; Jisao sólo bajó la espada.

»Un Aiel, Hal, puede esconderse en un pliegue del terreno en el que tú ni siquiera tropezarías. —No es que Gawyn supiera más sobre los Aiel de lo que se decía en los libros, pero sí que había leído todos los volúmenes que había encontrado en la biblioteca de la Torre en los que aparecían las experiencias de cualquier hombre que hubiese luchado contra ellos, de cualquier soldado que parecía saber de lo que estaba hablando. Uno tenía que prepararse para el futuro, y al parecer el futuro del mundo era la guerra—. Pero si la Luz quiere, hoy no habrá lucha.

Librodot

—¡Milord! —llegó una llamada desde lo alto de la colina, cuando el vigía avistó lo que él acababa de divisar: tres mujeres saliendo de un pequeño soto situado a unos cuantos cientos de pasos, al oeste, y que se dirigían hacia ellos. Al oeste; sorprendente. Claro que a los Aiel les gustaban las sorpresas.

Había leído que las Aiel combatían al lado de los hombres, pero estas mujeres no podrían luchar con aquellas oscuras y amplias faldas y blusas blancas. Llevaban chales echados sobre los brazos a pesar del calor. Por otro lado, ¿cómo habían llegado a ese soto sin ser vistas?

—Mantened los ojos bien abiertos, y no en ellas —advirtió, y a continuación desobedeció su propia orden al observar con interés a las tres Sabias: las emisarias de los Aiel Shaido, porque allí fuera sólo podían ser eso.

Se aproximaron con paso majestuoso, no como si se dirigieran hacia un grupo numeroso de hombres armados. Tenían el cabello largo, hasta la cintura —Gawyn había leído que los Aiel lo llevaban corto— y sujeto con un pañuelo doblado y ceñido a las sienes. Lucían tantos brazaletes y collares de oro, plata y marfil que el brillo tendría que haber delatado su presencia a más de un kilómetro.

Muy erguidas y con una expresión orgullosa en el rostro, las tres mujeres pasaron ante los espadachines sin apenas dedicarles un vistazo y empezaron a subir la colina. Su líder era una mujer de cabello rubio que llevaba la amplia blusa con las cintas desatadas lo suficiente para dejar a la vista gran parte del moreno escote. Las otras dos tenían el pelo canoso y los rostros curtidos como cuero; la primera debía de tener menos de la mitad de años que las otras.

—No me importaría pedirle un baile a ésa —dijo con admiración uno de los Cachorros cuando las mujeres dejaron atrás su posición. Era como poco diez años más joven que la mujer rubia.

—Yo en tu lugar no lo haría, Arwin —espetó secamente Gawyn—. Podría interpretar mal tu invitación. —Había leído que los Aiel denominaban «la danza» a la batalla—. Además, se tomaría tu hígado para cenar. —Había columbrado fugazmente sus verdes ojos, y jamás había visto una expresión tan dura.

Siguió con la mirada a las Sabias hasta que subieron a la zona de la colina donde media docena de Aes Sedai esperaban con sus Guardianes. Las que tenían Guardianes, se entiende, porque dos de ellas eran del Ajah Rojo, y las hermanas Rojas no los tenían. Cuando las mujeres desaparecieron en una de las altas y blancas tiendas y los Guardianes tomaron posiciones alrededor para montar guardia, Gawyn reanudó su recorrido por las filas en torno a la colina.

Los Cachorros estaban alerta desde que se había corrido la voz de la llegada de las Aiel, cosa que no le gustó. Tendrían que haber estado alerta antes. Hasta la mayoría de los que no llevaban la torre plateada había visto combatir en los alrededores de Tar Valon. Elmon Valda, capitán al mando de los Capas Blancas, había desplazado a casi todos sus hombres hacia el oeste hacía más de un mes, pero el puñado que dejó en la plaza había intentado mantener unidos a los bandidos y bravucones que Valda había reunido. Los Cachorros los habían dispersado; Gawyn hubiera querido creer que también habían echado a Valda de allí —por supuesto, la Torre había mantenido a sus propios soldados lejos de las escaramuzas, a pesar de que la única razón de los Capas Blancas para estar allí había sido ver qué perjuicios podían causar a la Torre—, pero sospechaba que Valda tenía sus propios motivos.

Librodot

Probablemente órdenes de Pedron Niall, y Gawyn habría dado cualquier cosa por saber cuáles eran. ¡Luz, cómo detestaba ignorar algo! Era como caminar a trompicones en medio de la oscuridad.

Tuvo que admitir que la verdad era que estaba irritado. No sólo por lo de los Aiel, sino porque no le hubiesen hablado de esa reunión hasta aquella mañana. Tampoco le habían dicho adónde iban hasta que Coiren Sedai, la hermana Gris que estaba al mando de las Aes Sedai, hizo un aparte con él. Elaida había mantenido una actitud reservada y autoritaria cuando era consejera de su madre en Caemlyn, pero desde que había ascendido a la Sede Amyrlin su modo de actuar hacía que la Elaida de antaño pareciera franca y afable en comparación. Sin duda había hecho hincapié en que fuera él quien estuviera al mando de esta escolta tanto para alejarlo de Tar Valon como por cualquier otra razón.

Los Cachorros se habían puesto de su lado durante la lucha —la anterior Amyrlin había sido despojada de la Vara y la Estola por la Antecámara, de modo que el intento de liberarla había sido un acto contra la ley, pura y simplemente— pero Gawyn ya albergaba sus dudas sobre todas las Aes Sedai mucho antes de oír la lectura de los cargos contra Siuan Sanche. Que ejercían influencia y que hacían bailar a los tronos al son que tocaban era algo que se decía tan a menudo que apenas le había prestado atención, pero entonces vio utilizar esas influencias. Al menos, los efectos, y su hermana Elayne era de las que bailaban a su son y desaparecía de su vista, y, para los efectos, como si hubiese muerto. Ella y otra joven. Había luchado para encarcelar a Siuan y después cambió de parecer y la dejó escapar. Si Elaida llegaba a descubrirlo, ni siquiera el hecho de que su madre fuese una reina le salvaría la vida.

A pesar de todo, Gawyn decidió quedarse porque su madre siempre había apoyado a la Torre y porque su hermana quería ser Aes Sedai. Y porque también quería serlo otra mujer. Egwene al'Vere. No tenía derecho a pensar siquiera en ella, pero abandonar la Torre sería como abandonarla a ella. Por razones tan fútiles un hombre tomaba decisiones que marcaban su destino. Mas saber que eran fútiles no las cambiaba.

Observó con gesto ceñudo las secas praderas barridas por el viento mientras caminaba de una posición a la siguiente. Bien, allí estaba, confiando en que los Aiel no decidiesen atacar a pesar de lo que quiera que fuera lo que las Sabias Shaido estaban hablando con Coiren y las otras, o justamente debido a ello. Sospechaba que había suficientes ahí fuera para superarlos aun con la intervención de las Aes Sedai. Iban de camino a Cairhien y no sabía qué pensar al respecto. Coiren le había hecho jurar que mantendría en secreto su misión e incluso así parecía asustada de lo que estaba diciendo. Y con toda razón. Siempre era mejor examinar con cuidado lo que decía una Aes Sedai, puesto que aun cuando no podían mentir sí podían tergiversar la verdad dándole más vueltas que a una peonza; con todo, no encontró significados ocultos a sus palabras. Las seis Aes Sedai iban a pedir al Dragón Renacido que las acompañase a la Torre, con los Cachorros, al mando del hijo de la reina de Andor, como escolta de honor. Sólo podía haber una razón para hacer esto, una que obviamente impresionaba lo bastante a Coiren para insinuarla solamente. También le impresionaba a él. Elaida se proponía anunciar al mundo que la Torre Blanca apoyaba al Dragón Renacido.

Resultaba casi increíble. Elaida había sido Roja antes de ascender a Amyrlin, y las Rojas detestaban la mera idea de que un hombre encauzase;

no tenían buena opinión de los hombres en general, a decir verdad. Empero, la caída de la antaño invencible Ciudadela de Tear, tal como anunciaba la profecía, demostraba que Rand al'Thor era el Dragón Renacido, e incluso Elaida afirmaba que la Última Batalla se aproximaba. A Gawyn le costaba identificar al joven y amedrentado campesino, que había ido a parar al Palacio Real de Caemlyn, con el hombre descrito por los rumores que llegaban por el río Erinin hasta Tar Valon. Se decía que había hecho ahorcar a Grandes Señores tearianos y que permitió a los Aiel saquear la Ciudadela. Ciertamente había conducido a los Aiel a través de la Columna Vertebral del Mundo, cosa que ocurría sólo por segunda vez desde el Desmembramiento, para causar estragos en Cairhien. Tal vez era a causa de la locura. A Gawyn le había caído muy bien Rand al'Thor y lamentaba que se hubiese convertido en lo que era.

Para cuando volvió a la posición del grupo de Jisao, se divisaba a alguien más viniendo por el oeste: un buhonero tocado con un sombrero flexible que llevaba una mula de carga. Se dirigía directamente hacia la colina; los había visto.

Jisao rebulló y luego volvió a quedarse inmóvil cuando Gawyn le tocó el brazo. Gawyn sabía lo que el joven estaba pensando; pero, si los Aiel decidían matar a ese tipo, no había nada que ellos pudiesen hacer para impedirlo. A Coiren no le haría ninguna gracia que iniciase una batalla con la gente con la que estaba conversando.

El buhonero siguió caminando despacio, despreocupadamente, justo al lado del arbusto al que Gawyn había lanzado la piedra. La mula se puso a triscar desganadamente la marchita hierba mientras el hombre se quitaba el sombrero, esbozaba una reverencia que abarcaba a todos y empezaba a enjugarse el sudor del rostro con un mugriento pañuelo de cuello.

—Que la Luz os ilumine, mis señores. Vais bien preparados para viajar en estos tiempos peligrosos que corren, como cualquiera puede ver, pero si hay alguna cosilla que necesitáis lo más probable es que el viejo Mil Tesen la lleve en sus fardos. No encontraréis precios mejores en quince kilómetros a la redonda.

Gawyn dudaba que hubiese siquiera una granja en un radio de quince kilómetros.

—Unos tiempos peligrosos ciertamente, maese Tesen. ¿No tenéis miedo de los Aiel?

—¿Los Aiel, milord? Están todos en Cairhien. El viejo Mil huele a los Aiel, ya lo creo. En verdad le gustaría que hubiese algunos aquí. Se hacen buenos negocios con ellos. Tienen montones de oro. De Cairhien. Y no molestan a los buhoneros. Todo el mundo sabe eso.

Gawyn se abstuvo de preguntar por qué, si con los Aiel en Cairhien se hacían tan buenos negocios, el hombre no se dirigía hacia el sur.

—¿Qué nuevas hay del mundo, maese Tesen? Venimos del norte y vos quizá sepáis cosas que todavía no nos han llegado allí.

—Oh, grandes acontecimiento en el sur, milord. Supongo que estaréis enterados de lo de Cairhien, ¿no? Lo del fulano que se llama a sí mismo Dragón y todo lo demás. —Gawyn asintió y el hombre continuó—. Bueno, pues ahora ha tomado Andor. O gran parte, en cualquier caso. La reina ha muerto. Hay quien dice que se apoderará de todo el mundo antes de... —El hombre enmudeció y soltó un ahogado chillido antes de que Gawyn cayera en la cuenta de que había agarrado al tipo por las solapas.

—¿Que la reina Morgase ha muerto? ¡Hablad, hombre! ¡Deprisa!

Librodot

Tasen giró los ojos buscando ayuda, pero habló, y rápidamente:

—Es lo que se cuenta, milord. El viejo Mil no lo sabe de seguro, pero creo que es verdad. Todo el mundo lo dice, milord. Todos dicen que lo hizo el Dragón. ¡Cuidado con el cuello del viejo Mil, milord! ¡Milord!

Gawyn retiró las manos como si se hubiese quemado. Se sentía como si estuviera ardiendo por dentro. Era otro cuello el que habría querido tener entre sus manos.

—La heredera del trono. —Su voz le sonaba lejana—. ¿Se sabe algo de ella, de Elayne?

Tesen reculó un par de pasos tan pronto como el joven lo soltó.

—No que el viejo Mil sepa, milord. Algunos dicen que también ha muerto, que él la mató, pero el viejo Mil no lo sabe de seguro.

Gawyn asintió lentamente; aunque tenía la impresión de estar emergiendo del fondo de un pozo. «Derramar mi sangre antes que se derrame la suya. Dar mi vida para salvar la de ella.»

—Gracias, maese Tesen. Yo... —«Derramar mi sangre antes que se derrame la suya.» Era el antiguo juramento que había prestado cuando apenas era lo bastante alto para asomarse a la cuna de Elayne—. Podéis comerciar con... Alguno de mis hombres quizá necesite... —Gareth Bryne había tenido que explicarle lo que significaba, pero incluso entonces supo que debía cumplir el juramento aunque fracasara en todo lo demás. Jisao y los otros lo observaban preocupados—. Ocúpate del buhonero —ordenó secamente a Jisao y giró sobre sus talones.

Su madre muerta; y Elayne. Sólo un rumor, pero los rumores en boca de todos a veces acababan siendo verdad. Subió unos cuantos pasos hacia el campamento de las Aes Sedai antes de darse cuenta de lo que hacía. Le dolían las manos. Tuvo que mirárselas para advertir que las tenía agarrotadas por la fuerza con que aferraba la empuñadura de la espada y hubo de hacer un esfuerzo ímprobo para aflojarlas. Coiren y las otras se proponían llevar a Rand al'Thor a Tar Valon, pero si su madre estaba muerta... Y Elayne. ¡Si estaban muertas, ya se vería si el Dragón Renacido podía vivir con una espada atravesándole el corazón!

Katerine Alruddin se incorporó de los cojines en los que había estado sentada con las otras mujeres en la tienda mientras se ajustaba el chal rematado con flecos rojos. Casi resopló con desprecio cuando Coiren, oronda y pomposa, manifestó:

—Como se ha acordado, así será.

Esto era una reunión con salvajes, no la conclusión de un tratado entre la Torre y un dirigente. Las Aiel no denotaron reacción alguna; sus rostros continuaron tan inexpresivos como cuando habían llegado. Ello resultaba un tanto sorprendente; reyes y reinas delataban sus más recónditos sentimientos cuando se hallaban ante dos o tres Aes Sedai, cuanto más frente a una docena. En consecuencia, unas salvajes ignorantes tendrían que estar temblando visiblemente a estas alturas. Quizás era por eso por lo que apenas había habido reacción. Su cabecilla, cuyo nombre era Sevanna, seguido por algunas tonterías sobre «septiares» y «Aiel Shaido» y «sabia», dijo:

—Está acordado siempre y cuando vea su rostro. —Tenía un gesto avinagrado en la boca, y llevaba la blusa desatada para atraer la mirada de los hombres; el que los Aiel eligieran a alguien como ella de líder demostraba lo primitivos que eran—. Quiero verlo y que él me vea cuando esté derrotado. Sólo así vuestra Torre Blanca está aliada con los Shaido.

Librodot

El atisbo de ansiedad en su voz hizo que Katerine reprimiera una sonrisa. ¿Sabia? La tal Sevanna era realmente una necia. La Torre Blanca no tenía aliados; estaban los que servían a sus fines de manera voluntaria y los que lo hacían a la fuerza, nada más.

Una leve tirantez en las comisuras de los labios de Coiren delataba su irritación. La Gris era una buena negociadora, pero le gustaba que las cosas se hiciesen así, paso a paso, tal como se había planeado.

—Sin duda vuestros servicios merecen lo que pedís.

Una de las Aiel de cabellos grises, una tal Tarva o algo así, estrechó los ojos, pero Sevanna asintió entendiendo con esa frase exactamente lo que Coiren quería que entendiese.

Coiren salió para acompañar a las Aiel hasta el pie de la colina, junto con Erian, una Verde, y Nesune, una Marrón, así como los cinco Guardianes que tenían entre las tres. Katerine llegó hasta el borde de los árboles para observar. A su llegada, a las Aiel se les había permitido subir solas, como las suplicantes que eran, pero ahora se les concedía el honor de hacerles creer que realmente eran amigas y aliadas. Katerine se preguntó si serían lo suficientemente civilizadas para advertir tales sutilezas.

Gawyn estaba allí abajo, sentado en una roca, con la mirada fija en las praderas. ¿Qué pensaría el joven si se enterara de que él y sus chicos habían sido enviados allí sólo para alejarlos de Tar Valon? Ni Elaida ni la Antecámara eran partidarias de tener cerca una manada de lobeznos que se negaban a aceptar la correa. Quizá se pudiera convencer a los Shaido de que eliminaran ese problema. Elaida lo había dado a entender así. De ese modo, su muerte no tendría repercusiones contra la Torre por parte de su madre.

—Si sigues mirando al muchacho más tiempo, Katerine, empezaré a pensar que deberías ser una Verde.

Katerine sofocó el repentino chispazo de rabia e inclinó la cabeza respetuosamente.

—Sólo especulaba cuáles serían sus pensamientos, Galina Sedai.

Su trato respetuoso era el adecuado en un lugar público como aquél, y puede que incluso un poquito más. Galina Casban parecía más joven que la verdadera edad de Katerine a pesar de tener el doble de años que ella, y desde hacía dieciocho la mujer de rostro redondo había sido la cabeza del Ajah Rojo. Algo que, naturalmente, no se sabía fuera del propio Ajah; este tipo de cosas sólo les incumbía a ellas. Ni siquiera era una de las Asentadas de las Rojas en la Antecámara de la Torre; Katerine sospechaba que las superioras de la mayoría de los otros Ajahs sí lo eran. Elaida la habría nombrado líder de esta expedición en vez de a la engreída Coiren de no ser por que la propia Galina hizo notar que una hermana Roja podría despertar sospechas en Rand al'Thor. Se suponía que la Sede Amyrlin pertenecía a todos los Ajahs y a ninguno, renunciando a su anterior lealtad a uno en particular, pero si Elaida mostraba deferencia hacia alguien —lo que en realidad era discutible— esa persona era Galina.

—¿Vendrá voluntariamente, como cree Coiren? —preguntó Katerine.

—Tal vez —repuso secamente Galina—. El honor que le hace esta delegación debería bastar para que un rey llevara su trono cargado a la espalda hasta Tar Valon.

Katerine no se molestó siquiera en asentir con la cabeza.

—Esa mujer, Sevanna, lo matará si se le da ocasión —manifestó.

—Entonces, no habrá que dársela. —La voz de Galina era fría, y sus labios estaban prietos—. A la Sede Amyrlin no le gustaría que le

desbarataran sus planes. Y tú y yo pasaríamos días gritando en la oscuridad antes de que muriésemos.

En un gesto reflejo, Katerine se ajustó el chal a los hombros y se estremeció. Había polvo en el aire; debería quitarse la capa clara. No sería la cólera de Elaida lo que las mataría, aunque su ira podía ser terrible. Hacía diecisiete años que Katerine era Aes Sedai, pero hasta la víspera de su partida de Tar Valon no supo que compartía con Galina algo más que el Ajah Rojo. Llevaba doce años siendo miembro del Ajah Negro, sin sospechar siquiera que Galina también pertenecía a él desde hacía mucho más tiempo. Necesariamente, por seguridad, las hermanas Negras lo mantenían en secreto incluso entre ellas. Sus contadas reuniones se llevaban a cabo con los rostros ocultos y las voces distorsionadas. Antes de Galina, Katerine sólo conocía a otras dos. Las órdenes aparecían en su almohada o en un bolsillo de su capa, escritas con una tinta preparada para que se borrara si otras manos que no fueran las suyas tocaban el papel. Tenía un lugar secreto en el que dejar los mensajes, y órdenes estrictas de no tratar de ver quién iba a recogerlos. Jamás había desobedecido ese mandato. Puede que hubiese hermanas Negras entre las que venían detrás con un día de diferencia, pero no había modo de saberlo.

—¿Por qué? —preguntó. Las órdenes de proteger al Dragón Renacido, aun cuando se lo entregaran a Elaida, no tenían sentido.

—Plantearse interrogantes es sumamente peligroso para quien juró obedecer sin preguntar.

Katerine volvió a estremecerse y se contuvo a duras penas de hacer una reverencia.

—Sí, Galina Sedai —repuso, sumisa. Con todo, no pudo menos de repetir para sus adentros: ¿por qué?

—No saben lo que es el respeto ni el honor —gruñó Therava—. Dejaron que entráramos en su campamento como si fuésemos perros sin dientes y después nos sacaron de él bajo vigilancia, como a unos sospechosos de robo.

Sevanna no miró atrás; no lo haría hasta encontrarse a salvo, de vuelta entre los árboles. Las Aes Sedai estarían observando a la espera de captar algún gesto de nerviosismo.

—Accedieron, Therava —dijo—. Por ahora, eso basta. —Por ahora. Algún día esas tierras estarían a merced de los Shaido para saquearlas. Incluida la Torre Blanca.

—Todo esto se ha planeado mal —adujo la tercera mujer con voz tensa—. Las Sabias eluden a las Aes Sedai; siempre ha sido así. Quizás a ti te parezca bien, Sevanna, ya que siendo la viuda de Couladin y de Suladric actúas como jefe de clan hasta que enviemos a otro hombre a Rhuidean, pero el resto de nosotras no debería tomar parte en ello.

Sevanna tuvo que hacer un ímprobo esfuerzo para no dejar de andar. Desaine se había opuesto a que la eligieran como Sabia, argumentando que no había realizado aprendizaje ni visitado Rhuidean y afirmando que el ocupar el lugar del jefe de clan la descalificaba para el otro cargo. Además, el que fuera la viuda, no ya de un hombre, sino de dos, tal vez significaba que traía mala suerte. Por fortuna, suficientes Sabias Shaido le habían prestado oídos a ella, no a Desaine. Lástima que Desaine contase con tantos partidarios para que fuera aconsejable deshacerse e ella. Se suponía que las Sabias eran intocables, e incluso las traidoras y necias que había en Cairhien iban y venían libremente entre los Shaido, pero Sevanna tenía

intención de hallar un modo de invalidar esa prerrogativa.

Como si las dudas de Desaine hubiesen contagiado a Therava, ésta empezó a mascullar entre dientes, aunque no en voz demasiado baja:

—Lo que se hace con maldad va en contra de las Aes Sedai. Las servimos antes del Desmembramiento y les fallamos, y por eso se nos envió a la Tierra de los Tres Pliegues. Si les fallamos otra vez, nos destruirán.

Eso era lo que todo el mundo creía; era parte de antiguas historias, casi parte de las costumbres. Sevanna no estaba tan segura. Estas Aes Sedai le parecían débiles y estúpidas, viajando con unos pocos cientos de hombres como escolta a través de tierras donde los verdaderos Aiel, los Shaido, podían aplastarlos con millares.

—Ha empezado un tiempo nuevo —adujo, cortante, reiterando una parte de sus discursos a las Sabias—. Ya no estamos vinculados a la Tierra de los Tres Pliegues. Cualquiera puede ver que lo que fue ha cambiado. Nosotros hemos de cambiar o desapareceremos como si nunca hubiésemos existido. —Nunca les había dicho hasta dónde pensaba llegar con el cambio, naturalmente. Las Sabias Shaido no volverían a enviar un hombre a Rhuidean si ella se salía con la suya.

—Tiempo nuevo o viejo —rezongó Desaine—, ¿qué vamos a hacer con Rand al'Thor si conseguimos arrebatárselo a las Aes Sedai? Lo mejor y más fácil sería clavarle un cuchillo en las costillas mientras lo escoltan hacia el norte.

Sevanna no respondió. No sabía qué contestar. Todavía no. Lo único de lo que estaba segura era de que cuando tuviese al llamado *Car'a'carn,* el jefe de los jefes de todos los Aiel, encadenado ante su tienda como un perro rabioso, entonces esta tierra pertenecería realmente a los Shaido. Y a ella. Lo sabía incluso antes de que el extraño hombre de las tierras húmedas la encontrara en las montañas que esta gente llamaba la Daga del Verdugo de la Humanidad. Le había dado una piedra en forma de cubo, cincelada con complejos dibujos, y le dijo lo que tenía que hacer con ella, con la ayuda de una Sabia que pudiese encauzar, una vez que al'Thor estuviese en sus manos. La llevaba en la bolsita del cinturón a todas horas; no había decidido qué hacer con ella, pero hasta ahora no le había contado nada a nadie sobre el hombre ni el cubo. Con la cabeza alta, siguió caminando bajo el abrasador sol en un cielo otoñal.

El jardín de palacio podría haber ofrecido cierta frescura de haber tenido árboles, pero las plantas más altas eran macizos de arbustos podados en caprichosas formas, como caballos a galope u osos realizando acrobacias o cosas por el estilo. Los jardineros, en mangas de camisa, iban y venían con cubos de agua bajo el ardiente sol de la tarde, intentando salvar sus creaciones. Habían dado por perdidas las flores, de modo que habían desbrozado y limpiado todos los arriates para cubrirlos luego con césped que también se estaba secando.

—Lástima que haga tanto calor —dijo Ailron. Sacó un pañuelo de puntillas que guardaba en la manga adornada con chorreras de su chaqueta de seda amarilla y se enjugó delicadamente la cara, tras lo cual lo arrojó a un lado. Un sirviente vestido con librea dorada y roja lo recogió del paseo de grava y volvió a retirarse a un segundo plano; otro hombre de librea dejó un pañuelo de recambio en la mano del rey para que lo guardara en la manga. Ailron no lo agradeció, por supuesto, y ni siquiera pareció advertir el cambio—. Estos tipos por lo general se las ingenian para mantener todo vivo

Librodot

hasta la primavera, pero es posible que se pierda algo, no mucho, este invierno, ya que no parece que vayamos a tener invierno. Aguantan mejor el frío que la sequía. ¿No os parece que están muy bien, querida?

Ailron, Ungido por la Luz, Guardián de la Puerta Meridional, rey y defensor de Amadicia, no era tan apuesto como lo pintaban los rumores; claro que Morgase había sospechado al conocerlo, años atrás, que muy bien podía ser él mismo la fuente de esos rumores. Su oscuro cabello era espeso y ondulado; y, definitivamente, empezaba a retroceder en la frente, dejando evidentes entradas. Tenía la nariz un poco larga, y las orejas, un tanto grandes. Su rostro en conjunto sugería vagamente blandura. Algún día tendría que preguntarle. La Puerta Meridional ¿adónde?

Moviendo el abanico de marfil tallado, Morgase contempló una de las... creaciones de los jardineros. Parecían ser tres grandes mujeres desnudas luchando desesperadamente, a brazo partido, con serpientes gigantescas.

—Son realmente excepcionales —respondió. Cuando una se presentaba como una pordiosera, decía lo que debía decir.

—Sí. En verdad lo son. Ah, parece que los asuntos de Estado me reclaman. Me temo que son temas urgentes. —Una docena de hombres, ataviados con chaquetas de colores tan abigarrados como las flores que ya no había en el jardín, habían aparecido en la corta escalera de mármol que había al otro extremo del paseo, y esperaban delante de una docena de columnas estriadas que no sostenían nada—. Hasta esta noche, querida. Hablaremos más extensamente de vuestros atroces problemas y sobre lo que puedo hacer al respecto.

Se inclinó sobre la mano de la mujer, deteniéndose justo antes de posar los labios en ella, y Morgase respondió con una ligera reverencia mientras pronunciaba las oportunas necedades. Acto seguido, el monarca se alejó, seguido por toda la camarilla de sirvientes, salvo uno, que los había estado acompañando a todas partes.

Una vez que él se hubo marchado, Morgase agitó el abanico con más fuerza de lo que podía en su presencia —el hombre fingía que el calor apenas lo afectaba mientras el sudor le corría a mares por la cara—, y se dirigió de vuelta a sus aposentos. Suyos de palabra; un donativo, como el regalo del vestido color azul pálido que llevaba. Había insistido en el cuello alto a despecho del calor; tenía ideas muy tajantes acerca de los escotes bajos.

El único sirviente que se había quedado la seguía a corta distancia. Y también Tallanvor, por supuesto, casi pisándole los talones e insistiendo en llevar puesta todavía la burda chaqueta verde con la que había viajado hasta allí, y la espada a la cadera como si esperara un ataque dentro del palacio de Seranda, a unos tres kilómetros de Amador. Morgase trató de hacer caso omiso del joven pero, como era habitual, él no se lo permitió.

—Tendríamos que haber ido a Ghealdan, Morgase. A Jehannah.

Había permitido que ciertas cosas se prolongaran demasiado tiempo. Su falda hizo frufrú al girarse bruscamente para mirarlo a la cara, echando chispas por los ojos.

—Durante el viaje era necesaria la discreción, pero los que están a nuestro alrededor ahora saben quién soy. Es algo que deberás tener presente y mostrarás el debido respeto a tu reina. ¡De rodillas!

Él no se movió, para pasmo de Morgase.

—¿Sois mi reina, Morgase? —Al menos bajó la voz para que el sirviente no pudiese escuchar y chismorrear después, pero sus ojos... Casi reculó al advertir el descarnado deseo que traslucían. Y la cólera—. No os abandonaré

a este lado de la muerte, Morgase, pero vos abandonasteis mucho cuando dejasteis Andor en manos de Gaebril. Cuando volváis a recuperarlo me arrodillaré a vuestros pies y podréis arrancarme la cabeza a puntapiés si así lo queréis, pero hasta entonces... Deberíamos haber ido a Ghealdan.

El necio joven habría dado gustoso la vida luchando contra el usurpador incluso después de descubrir que ninguna casa de Andor la apoyaba, y día a día, semana a semana desde que ella había tomado la decisión de buscar ayuda en otro país, se había ido volviendo más insolente e insubordinado. Podría pedirle a Ailron la cabeza de Tallanvor y recibirla sin que el rey le hiciese una sola pregunta. Sin embargo, el que no se las hiciera no significaba que no las pensara. Realmente era una mendiga allí, y no podía permitirse el lujo de pedir un solo favor más que los absolutamente imprescindibles. Además, sin Tallanvor no se encontraría allí. Sería una prisionera —o algo peor— de lord Gaebril. Tales eran las únicas razones de que Tallanvor conservara la cabeza sobre los hombros.

Su «ejército» guardaba las puertas talladas de sus aposentos. Basel Gill era un hombre de mejillas sonrosadas, con el canoso cabello peinado hacia atrás en un fútil intento de tapar la calva. Su coselete de cuero, reforzado con láminas de acero, se ceñía excesivamente sobre su oronda cintura, y llevaba una espada que no había tocado en veinte años antes de que se la colgara del cinturón para seguirla. Lamgwin era corpulento y duro, aunque los gruesos párpados le daban aspecto de estar medio dormido. También portaba una espada, pero las cicatrices de su rostro y la nariz rota en más de un sitio dejaban muy claro que estaba acostumbrado a utilizar los puños o un garrote. Un posadero y un camorrista; aparte de Tallanvor, ése era todo el ejército que tenía hasta ahora para recobrar Andor y su trono de las garras de Gaebril.

Los dos hombres hicieron una torpe reverencia, pero ella pasó rápidamente entre ambos y cerró la puerta en las narices de Tallanvor.

—El mundo sería un lugar mucho mejor sin hombres —manifestó con un gruñido.

—Y, ciertamente, un lugar más vacío —dijo la vieja niñera de Morgase desde la silla colocada junto a la ventana de la antesala. Con la cabeza inclinada sobre el bastidor de bordar, el moño gris de Lini se movió levemente. Delgada como un junco, la anciana no era, ni por asomo, tan débil como aparentaba—. Deduzco que Ailron tampoco estuvo hoy más accesible, ¡me equivoco? ¿O se trata de Tallanvor, pequeña? Tienes que aprender a no dejar que los hombres te alteren. Enrabietarse hace que salgan manchas en la cara.

Lini todavía no aceptaba que Morgase ya no estaba en el cuarto de niños, a pesar de haber sido niñera de su hija.

—Ailron estuvo encantador —repuso cuidadosamente Morgase. La tercera mujer que había en la estancia, puesta de rodillas mientras sacaba sábanas dobladas de un arcón, resopló de manera audible, y sólo con un gran esfuerzo de voluntad evitó Morgase lanzarle una mirada furibunda. Breane era la... compañera de Lamgwin. La mujer baja, con la piel tostada por el sol, iba a donde iba él, pero era cairhienina y Morgase no era su reina, cosa que dejaba bien clara—. Un día o dos más —continuó Morgase—, y creo que obtendré un compromiso por su parte. Por fin hoy se ha mostrado de acuerdo en que necesito tropas del exterior para recobrar Caemlyn. Una vez que Gaebril haya sido expulsado de la capital, los nobles volverán a ponerse bajo mi mando. —Confiaba en que lo hicieran; estaba en Amadicia porque se

había dejado cegar por Gaebril y había maltratado a sus mejores y más viejas amigas entre todas las casas por orden de él.

—«Un caballo lento no siempre llega al final del viaje» —recitó Lini, todavía enfrascada en el bordado. Le encantaban los viejos refranes, algunos de los cuales Morgase sospechaba que se los inventaba sobre la marcha.

—Éste llegará —insistió Morgase. Tallanvor estaba equivocado respecto a Ghealdan; según Ailron, ese país estaba casi sumido en la anarquía a causa de ese Profeta sobre el que los sirvientes hablaban en voz baja, un tipo que predicaba el renacimiento del Dragón—. Me gustaría tomar un poco de ponche, Breane. —La otra mujer se limitó a mirarla hasta que Morgase añadió—: Por favor.

Incluso entonces, Breane se puso a servir la copa con gesto rígido y malhumorado. La mezcla de vino y zumo de frutas tenía hielo y era refrescante con ese calor; la copa de plata le proporcionó una agradable sensación al ponérsela contra la frente. Ailron se hacía llevar hielo y nieve desde las Montañas de la Niebla, aunque era preciso un tráfico de carretas casi ininterrumpido para satisfacer las demandas de palacio. Lini también cogió una copa.

—Respecto a Tallanvor… —empezó, tras dar un sorbo.

—¡Déjalo ya, Lini! —espetó Morgase.

—¿Y qué, si es más joven que vos? —intervino Breane. Se había servido también un ponche. ¡Descarada mujer! Se suponía que era una sirvienta, fuera lo que hubiese sido en Cairhien—. Si lo queréis, tomadlo. Lamgwin dice que os juró lealtad, y he advertido el modo en que os mira. —Soltó una risa ronca—. No rehusará.

El comportamiento de los cairhieninos era vergonzoso, pero al menos la mayoría de ellos no aireaban sus costumbres libertinas. Morgase estaba a punto de ordenarle que saliese de la habitación, cuando sonó una llamada en la puerta. Sin aguardar a que diera permiso, un hombre de cabello blanco, todo él fibra y huesos, entró. La nívea capa llevaba el emblema de un sol llameante en la pechera. Morgase había confiado en eludir a los Capas Blancas hasta que hubiese logrado un acuerdo firme estampado con el sello de Ailron. De repente, la frialdad del vino pareció llegarle a los huesos. ¿Dónde estaban Tallanvor y los demás para que este hombre hubiese entrado sin trabas?

Con los oscuros ojos fijos en ella, el Capa Blanca hizo un mínimo gesto remedando una reverencia. Su rostro estaba envejecido, con la piel tirante sobre los huesos, pero reflejaba tanta debilidad como una maza de guerra.

—¿Morgase de Andor? —inquirió en una voz profunda—. Soy Pedron Niall. —No era un Capa Blanca cualquiera, sino nada menos que el mismísimo capitán general de los Hijos de la Luz en persona—. No temáis, no he venido con la intención de arrestaros.

Morgase adoptó una postura erguida.

—¿Arrestarme? ¿Con qué cargos? No puedo encauzar. —No bien acababa de hablar cuando casi se mordió la lengua de pura rabia. No debería haber mencionado la palabra «encauzar»; que se hubiese puesto a la defensiva era señal de lo aturdida que estaba. Lo que había dicho era cierto, considerando los resultados. Cincuenta intentos para percibir la Fuente Verdadera en una sola ocasión, y, cuando la tocó, otras veinte intentonas para abrirse al *Saidar* a fin de absorber un insignificante hilillo, una vez. Una hermana Marrón llamada Verin le dijo que no era necesario que la Torre la retuviese hasta que aprendiera a manejar con seguridad su mínima

habilidad. Ni que decir tiene que la Torre lo hizo de todas formas. Aun así, incluso esa ínfima capacidad era ilegal en Amadicia, y la pena impuesta por ello era la muerte. El anillo de la Gran Serpiente que lucía en el dedo y que fascinaba tanto a Ailron, ahora parecía estar lo bastante caliente para brillar.

—Fuisteis instruida en la Torre —murmuró Niall—. Eso también está prohibido. Pero, como he dicho, no he venido a hacer un arresto, sino a ofrecer ayuda. Haced que vuestras criadas salgan y hablaremos. —Se puso cómodo, tomando asiento en un sillón mullido, con la capa echada hacia atrás—. Tomaré un poco de ese ponche antes de que se vayan.

Para desagrado de Morgase, Breane le llevó una copa de inmediato, con los ojos bajos y el rostro tan vacío de expresión como un trozo de piedra. La reina hizo un esfuerzo para recobrar el control.

—Ellas se quedan, maese Niall. —No daría a ese hombre la satisfacción de tratarlo con un título. El capitán general no se inmutó—. ¿Qué les ha ocurrido a mis hombres que estaban fuera? Os haré responsable si se les ha ocasionado daño alguno. ¿Y por qué pensáis que necesito vuestra ayuda?

—Vuestros hombres están ilesos —repuso con actitud desdeñosa antes de llevarse la copa a los labios—. ¿Creéis que Ailron os dará lo que necesitáis? Sois una mujer hermosa, Morgase, y Ailron siente debilidad por las mujeres de cabello dorado. Se irá acercando un poco más cada día al acuerdo que buscáis, pero sin llegar del todo a él, hasta que decidáis que quizá, con cierto... sacrificio por vuestra parte, también él cederá. Pero jamás llegará a lo que queréis, le deis lo que le deis. La chusma del que se llama a sí mismo Profeta hace estragos en el norte de Amadicia. Al oeste se encuentra Tarabon, dividido por una guerra civil con diez bandos distintos, bandidos juramentados con el llamado Dragón Renacido, y rumores sobre Aes Sedai y el propio falso Dragón que amedrentan a Ailron. ¿Daros soldados? Daría su alma como prenda para encontrar diez hombres de armas por cada uno que tiene, incluso por cada dos. Por el contrario, yo puedo enviar cinco mil Hijos de la Luz cabalgando hasta Caemlyn con vos a la cabeza sólo con que me lo pidáis.

Decir que estaba estupefacta sería minimizar el estado de ánimo de Morgase. Se dirigió hacia una silla situada delante del hombre con la altivez y majestuosidad debidas, y tomó asiento antes de que le fallasen las piernas.

—¿Por qué querríais ayudarme a expulsar a Gaebril? —demandó. Obviamente, estaba enterado de todo; sin duda contaba con espías entre la servidumbre de Ailron—. Jamás he dado a vuestra institución carta blanca en Andor como buscáis hace tiempo los Capas Blancas.

Esta vez el hombre hizo una mueca. A los Capas Blancas no les gustaba que los llamaran así.

—¿Gaebril? Vuestro amante ha muerto, Morgase. El falso Dragón, Rand al'Thor, ha añadido Caemlyn a sus conquistas.

Lini dio un respingo, como si se hubiese pinchado, pero el hombre mantuvo la mirada prendida en Morgase.

En cuanto a ella, la reina tuvo que aferrar el brazo del sillón para evitar llevarse la mano al estómago. Si no hubiese estado apoyando en el brazo del sillón la copa que sostenía en la otra, sin duda el ponche se habría vertido en el suelo. ¿Gaebril muerto? La había embaucado, había hecho de ella su furcia, usurpado su autoridad, oprimiendo al país en su nombre y, finalmente, se había autoproclamado rey de Andor, que jamás había tenido un monarca varón. ¿Cómo, después de todo eso, era posible este sutil pesar

Librodot

porque no volvería a sentir sus manos? Era una locura; de no estar segura que era imposible, habría creído que Gaebril había utilizado el Poder Único sobre ella de algún modo.

Pero ¿que Rand al'Thor tenía ahora Caemlyn? Eso podía cambiarlo todo. Lo había conocido tiempo atrás en una ocasión, un asustado joven campesino del oeste que intentaba mostrar el debido respeto a su soberana. Sin embargo, también era un joven que llevaba la espada con la marca de la garza de un maestro espadachín. Y Elaida había mostrado prevención contra él.

—¿Por qué lo llamáis falso Dragón, Niall? —Si el hombre se proponía dirigirse a ella por su nombre de pila, ni siquiera merecía que lo tratara con un plebeyo «maese»—. La Ciudadela de Tear ha caído, tal como anunciaban las Profecías del Dragón. Los propios Grandes Señores de Tear lo han aclamado el Dragón Renacido.

La sonrisa que esbozó Niall era burlona.

—Allí donde ha aparecido, siempre ha habido Aes Sedai. Son ellas las que encauzan por él, fijaos bien. No es más que una marioneta de la Torre. Tengo amigos en muchos sitios —lo que quería decir era que tenía espías—, y me informan que hay evidencia de que la Torre ayudó a Logain, el último falso Dragón. Quizá se llenó de ínfulas y tuvieron que poner fin al problema.

—No hay prueba de eso. —Le complacía que su voz sonase firme. Había oído rumores sobre Logain de camino a Amador, pero sólo eran hablillas.

—Creed lo que gustéis —dijo él, encogiéndose de hombros—, pero yo prefiero la verdad a fantasías absurdas. ¿Acaso el verdadero Dragón Renacido habría actuado como lo ha hecho él? ¿Decís que los Grandes Señores lo aclamaron? ¿A cuántos tuvo que colgar antes de que el resto inclinara la cabeza? Permitió que los Aiel saquearan la Ciudadela y todo Cairhien. Dice que Cairhien tendrá un nuevo gobernante, uno que nombrará él, pero el único que posee verdadero poder allí es él mismo. Dice que también habrá una nueva dirigente en Caemlyn. Estáis muerta, ¿no lo sabíais? Se menciona el nombre de lady Dyelin, creo. Se ha sentado en el Trono del León, utilizándolo para celebrar audiencias, pero supongo que era demasiado pequeño ya que se hizo para mujeres. Lo ha guardado como un trofeo de su conquista, reemplazándolo por su propio trono, en el gran salón de vuestro Palacio Real. Claro que no todo le ha salido bien. Algunas casas andoreñas creen que os asesinó; existe compasión hacia vos ahora que estáis muerta. Conserva lo que tiene de Andor con puño de hierro, sin embargo, con una horda de Aiel y con un ejército de rufianes de las Tierras Fronterizas, reclutados por la Torre para él. Pero si pensáis que os dará la bienvenida a Caemlyn y os devolverá el trono…

Dejó de hablar sin acabar la frase, pero el torrente de noticias había acribillado a Morgase como una granizada. Dyelin era la siguiente en la línea de sucesión al trono sólo si Elayne moría sin descendencia. ¡Oh, Luz, Elayne! ¿Seguiría a salvo en la Torre? Era curioso pensar que era tal su antipatía por las Aes Sedai, en buena parte porque habían permitido que Elayne estuviese perdida durante un tiempo, que les había exigido que enviaran de regreso a Elayne cuando nadie osaba exigir nada a la Torre. Sin embargo, ahora confiaba en que mantuviesen a su hija a buen recaudo. Recordó una carta de Elayne después de su regreso a Tar Valon. ¿Habría habido otras? Evocaba con gran incertidumbre muchas cosas ocurridas durante el tiempo en que Gaebril la había tenido subyugada. Sin duda Elayne tenía que estar a salvo. Debería estar preocupada también por Gawyn, y por Galad —sólo la

Luz sabía dónde estarían—, pero Elayne era su heredera. La paz en Andor dependía de una sucesión sin conflictos ni sobresaltos.

Tenía que meditar despacio, con cuidado. Todo encajaba, pero también lo hacían las mentiras bien hiladas, y este hombre era un maestro en ese arte. Necesitaba hechos. Que en Andor se la creyera muerta no la cogía de sorpresa; había tenido que salir a escondidas de su propio reino para eludir a Gaebril y a quienes podrían entregársela a él o a otros que quisieran vengar en ella las injusticias de Gaebril. Si creerla muerta despertaba compasión, podría utilizarlo cuando volviese de entre los muertos. Hechos.

—Necesito tiempo para pensar —contestó.

—Por supuesto. —Niall se incorporó sin brusquedad; ella debería haberse levantado también del sillón para que al estar de pie el hombre no la apabullara con su altura, pero no estaba segura de que las piernas pudiesen sostenerla—. Volveré dentro de un día o dos. Entretanto, quiero asegurarme de que estáis a salvo. Ailron está tan absorto en sus propias preocupaciones que a saber quién podría entrar a hurtadillas, tal vez con ánimo de causaros daño. Por ende, me he tomado la libertad de apostar unos cuantos Hijos a vuestra puerta. Con permiso de Ailron, naturalmente.

Morgase siempre había oído decir que el verdadero poder de Amadicia eran los Capas Blancas, y ahora tenía prueba de que era realmente así.

Niall mostró algo más de cortesía al marcharse que al entrar e hizo una reverencia que habría dedicado a un igual. De uno u otro modo, le estaba dejando claro que no tenía elección.

Tan pronto como el hombre se hubo marchado, Morgase se puso de pie, pero Breane fue más rápida y corrió hacia las puertas. Aun así, antes de que ninguna de las dos mujeres hubiese dado tres pasos, una de las hojas se abrió con violencia, y Tallanvor y los otros dos hombres entraron precipitadamente en la estancia.

—Morgase —exclamó Tallanvor, tragándosela con los ojos—. Temí que…

—¿Temiste? —replicó desdeñosamente. Esto era demasiado; nunca aprendería—. ¿Así es como me proteges? ¡Un muchacho no lo habría hecho peor! Claro que es un muchacho quien lo ha hecho.

Aquella mirada abrasadora permaneció clavada en ella un momento más; después, el joven oficial se abrió paso hacia la puerta, empujando a Basel y a Lamgwin.

—Había al menos treinta, mi reina. —El posadero se retorcía las manos—. Tallanvor habría luchado; intentó gritar para avisaros, pero lo golpearon en la cabeza con la empuñadura de una espada. El viejo dijo que no tenían intención de haceros daño, pero que sólo os necesitaban a vos y que si tenían que matarnos… —Sus ojos fueron hacia Lini y Breane, que estaba mirando fijamente a Lamgwin, de arriba abajo, como para asegurarse de que no había sufrido daño alguno. El hombre parecía igualmente preocupado por ella—. Mi reina, si hubiese creído que con eso habría servido de algo… Lo lamento. Os he fallado.

—«La medicina adecuada siempre sabe más amarga» —recitó quedamente Lini—. En especial a una criatura resentida que monta una pataleta.

Al menos, esta vez no lo dijo en voz alta para que la oyeran todos. Tenía razón, y Morgase lo sabía. Excepto en lo de la pataleta, naturalmente. Basel estaba tan abatido como para aceptar de buen grado que lo decapitaran.

—No me habéis fallado, maese Gill. Puede que algún día os pida que deis la vida por mí, pero sólo si es con un buen propósito. Niall sólo deseaba

Librodot

hablar. —Basel se animó de inmediato, pero Morgase podía sentir los ojos de Lini clavados en ella. Sí, una medicina muy amarga—. ¿Querréis pedir a Tallanvor que vuelva a entrar? Quiero... Quiero pedirle disculpas por las intempestivas palabras que he pronunciado.

—El mejor modo de disculparse con un hombre es salirle al paso en un lugar recóndito del jardín —dijo Breane.

Morgase reaccionó como si la hubiese abofeteado y cuando quiso darse cuenta le había arrojado a Breane la copa, derramando el ponche sobre la alfombra.

—¡Fuera! —chilló—. ¡Todos vosotros, fuera de aquí! Podéis transmitir mis disculpas a Tallanvor, maese Gill.

Breane se limpió calmosamente el ponche de su vestido y después se dirigió sin prisa hacia Lamgwin y enlazó su brazo en el de él. Basel casi los empujó en su ansia por que salieran cuanto antes de allí.

Para sorpresa de Morgase, también se marchó Lini. No era propio de ella; lo más normal era que se hubiese quedado para sermonearla como si todavía tuviese diez años. Morgase no sabía por qué se lo aguantaba; con todo, casi le pidió a la vieja niñera que no se marchara. Sin embargo todos salieron, tas puertas se cerraron y... tenía cosas más importantes de las que preocuparse que la posibilidad de que hubiese herido los sentimientos de Lini.

Paseó de un extremo al otro de la alfombra, tratando de pensar. Ailron exigiría concesiones comerciales —y tal vez el «sacrificio» insinuado por Niall— a cambio de ayuda. Estaba dispuesta a darle las ventajas de comercio, pero temía que Niall tuviese razón respecto del número de soldados de que podría prescindir para ponerlos a su disposición. Las demandas de Niall serían más fáciles de conceder, en cierto sentido. Probablemente, dar libre acceso a tantos Capas Blancas como quisiera. Y libertad para sacar a rastras a los Amigos Siniestros que encontraran en todos los desvanes, para enardecer a las multitudes contra mujeres sin amigos a las que acusaran de ser Aes Sedai, para matar a verdaderas Aes Sedai. Tal vez Niall exigiese incluso una ley contra quienes encauzaran, contra mujeres que fueran a la Torre Blanca.

Sería posible —pero muy difícil y con gran derramamiento de sangre— expulsar a los Capas Blancas una vez que se hubiesen atrincherado en Andor, pero ¿era necesario permitir siquiera que entraran? Rand al'Thor era el Dragón Renacido, estaba segura de eso por mucho que Niall dijese; bueno, casi segura. No obstante, gobernar naciones no era parte de las Profecías del Dragón, que ella supiera. Dragón Renacido o falso Dragón, no podía quedarse con Andor. Empero ¿cómo podía saberlo?

Una tímida llamada a la puerta la hizo girar sobre sus talones.

—Adelante —dijo con tono cortante.

La puerta se abrió lentamente para dejar paso a un sonriente joven vestido con librea dorada y roja que traía una bandeja con una jarra de ponche recién hecho, la plata del recipiente salpicada de gotitas condensadas por el frío. Casi había esperado que fuera Tallanvor. Lamgwin montaba guardia solo en el corredor, por lo que Morgase alcanzó a ver. O, más bien, recostado contra la pared como un guardia de taberna. Indicó con un gesto al joven que soltara la bandeja.

Furiosa —Tallanvor debería haber acudido; ¡tendría que haber acudido!—, reanudó sus paseos de un extremo al otro de la estancia. Basel y Lamgwin podrían enterarse de los rumores que corrían por el pueblo más

Librodot

próximo, pero sólo serían eso, rumores, y quizá propagados por Niall. Lo mismo rezaba para la servidumbre de palacio.

—Mi reina, ¿puedo hablar?

Morgase se volvió, sorprendida. El acento era de Andor. El joven estaba de rodillas, esbozando y borrando su sonrisa a costa del nerviosismo. Habría resultado atractivo de no ser por tener rota la nariz sin que se la hubiesen curado apropiadamente. A Lamgwin le daba un aspecto rudo; este muchacho daba la impresión de que hubiese tropezado y caído de bruces.

—¿Quién eres? —demandó—. ¿Cómo has llegado aquí?

—Me llamo Paitir Conel, mi reina, y soy de Mercado de Sheram. En Andor —añadió, como si ella no supiera tal cosa. Con impaciencia, Morgase le hizo un gesto para que continuara—. Vine a Amador con mi tío Jen, que es un comerciante de Cuatro Reyes. Pensó que podría encontrar algunos tintes taraboneses. Ahora escasean con todos los problemas que hay en Tarabon, pero creyó que quizá fuesen más baratos... —Al ver que Morgase apretaba los labios, prosiguió con precipitación—: Oímos que estabais aquí, en palacio, mi reina, y, dada la ley de Amadicia y que fuisteis entrenada en la Torre Blanca y todo lo demás, pensamos que podríamos ayudaros... —Tragó saliva con fuerza y finalizó con un hilo de voz—: Ayudaros a escapar.

—¿Y contáis con los medios para ayudarme a huir? —No era el mejor plan del mundo, pero siempre le quedaba la posibilidad de cabalgar hacia el norte, a Ghealdan. ¡Cómo se refocilaría Tallanvor! No, no lo haría, y eso sería incluso peor.

Sin embargo, Paitir sacudió la cabeza con pesadumbre.

—Tío Jen tenía un plan, pero ahora hay Capas Blancas por todo el palacio. No sabía qué otra cosa podía hacer excepto presentarme ante vos, como me dijo él. Se le ocurrirá algo, mi reina. Es listo.

—Estoy segura de ello —musitó. De modo que Ghealdan volvía a ser algo intangible—. ¿Cuánto tiempo hace que salisteis de Andor? ¿Un mes? ¿Dos? —El joven asintió—. Entonces ignoráis lo que está ocurriendo en Caemlyn —suspiró.

Paitir se lamió los labios.

—Yo... Estamos alojados en Amador con un hombre que tiene palomas, un mercader. Recibe mensajes de todas partes, entre ellas Caemlyn. Pero son malas las noticias que he sabido, mi reina. Puede que le cueste un día o dos, pero mi tío discurrirá otro plan. Sólo quería que supieseis que hay ayuda en camino.

En fin, era una remota posibilidad. Una carrera entre Pedron Niall y el tío del tal Paitir. Ojalá no estuviese tan segura de quién sería el vencedor.

—Entretanto, puedes contarme hasta qué punto van mal las cosas en Caemlyn.

—Mi reina, se supone que sólo tenía que informaros de lo de la ayuda. Mi tío se pondrá furioso si...

—Soy tu soberana, Paitir —lo interrumpió con firmeza—, y de tu tío Jen también. No le importará que respondas a mis preguntas.

Parecía que el joven estaba a punto de salir corriendo, pero Morgase se acomodó en el sillón y empezó a sonsacarle.

Pedron Niall se sentía muy satisfecho cuando desmontó en el patio principal de la Fortaleza de la Luz y entregó las riendas a un mozo de cuadra. Tenía bien cogida a Morgase; y sin tener que decir un solo embuste. No le gustaba mentir. Todo había sido su propia interpretación de los

acontecimientos, pero estaba seguro de que tenía razón. Rand al'Thor era un falso Dragón y un instrumento de la Torre. El mundo estaba lleno de necios que no sabían pensar. La Última Batalla no sería una especie de lucha titánica entre el Oscuro y un Dragón Renacido, un simple mortal. El Creador había abandonado a la humanidad a sus propios recursos mucho tiempo atrás. No, cuando llegase el Tarmon Gai'don sería como en la Guerra de los Trollocs, hacía más de dos mil años, cuando hordas de estas bestias y otros Engendros de la Sombra salieron en tropel de la Gran Llaga, cruzaron a sangre y fuego las Tierras Fronterizas y estuvieron a punto de ahogar a la humanidad en un mar de sangre. No estaba dispuesto a permitir que la raza humana se enfrentara a algo así sin estar preparada y encontrándose dividida.

Una sucesión de reverencias de Hijos lo siguió en su camino por los corredores de piedra de la fortaleza hasta su sala de audiencias privada. En la antesala, su secretario de rostro consumido, Balwer, se incorporó rápidamente al tiempo que empezaba a recitar una lista de papeles que esperaban la firma del capitán general, pero la atención de Niall estaba puesta en un hombre alto que se levantó ágilmente de una de las sillas colocadas contra la pared; en la pechera de la blanca capa llevaba bordado un cayado de pastor, de color carmesí, detrás del sol radiante, con tres nudos dorados de rango debajo.

Jaichim Carridin, Inquisidor de la Mano de la Luz, ofrecía un aspecto tan duro como siempre, pero con más canas en las sienes que la última vez que Niall lo había visto. Sus ojos, oscuros y hundidos, traslucían un atisbo de preocupación, y no era de extrañar. Las dos últimas misiones que se le habían asignado habían acabado en desastre, algo muy poco prometedor para un hombre que aspiraba a ser Inquisidor Supremo algún día, y tal vez incluso el capitán general.

Echó su capa a Balwer e hizo una seña a Carridin para que lo siguiera a la sala de audiencias, donde las banderas y estandartes capturados en batallas a viejos enemigos colgaban como trofeos en los oscuros paneles de las paredes; un enorme sol radiante incrustado en el suelo contenía suficiente oro para que la mayoría de los hombres lo mirasen boquiabiertos. Aparte de eso, la estancia reflejaba una sobriedad militar, un reflejo del propio Niall. Pedron tomó asiento en un sillón de respaldo alto, bien construido pero sin ornamentos. Los grandes hogares gemelos a ambos extremos de la sala estaban apagados y limpios en una época del año en que deberían albergar un fuego crepitante. Prueba suficiente de que la Última Batalla estaba próxima. Carridin hizo una profunda reverencia e hincó una rodilla en el sol radiante del suelo, pulido a fuerza del roce de pies y rodillas durante siglos.

—¿Habéis pensado en la razón por la que os mandé llamar, Carridin?

Después del llano de Almoth y Falme, después de Tanchico, no podía culparse al hombre si creía que iba a ser arrestado. Empero, si sospechaba tal cosa no lo dejó entrever en su voz. Como siempre, no pudo evitar traslucir que sabía más que nadie. Definitivamente, más de lo que se suponía que debería saber.

—Quizá sea por las Aes Sedai de Altara, señor, justo en nuestras fronteras, a un paso. Una oportunidad de barrer de la faz del mundo a la mitad de las brujas de Tar Valon.

—¿Lo habéis hablado con vuestros amigos? —Niall dudaba que Carridin tuviera ninguno, pero había hombres con los que bebía. Últimamente, con

los que se emborrachaba. Aun así tenía aptitudes. Aptitudes útiles.

—No, capitán general. Sé a qué atenerme para hacer algo así.

—Bien —dijo Niall—. Porque no vais a acercaros siquiera a ese tal Salidar, y tampoco ninguno de los Hijos.

No supo descifrar si la expresión fugaz que asomó al rostro de Carridin era de alivio. En tal caso, no encajaba con su carácter; jamás había mostrado falta de valor. Y ciertamente el alivio no estaba en consonancia con su respuesta:

—¡Pero si están como un dulce esperando que un niño le eche mano! Ésta es la prueba que confirma los rumores de que la Torre está dividida. Podemos destruir a este grupo sin que las otras levanten un dedo. La Torre quedaría lo suficientemente debilitada para que pudiéramos derribarla.

—¿Eso creéis? —inquirió secamente Niall. Enlazó las manos sobre el estómago y mantuvo un tono suave. Los interrogadores (la Mano despreciaba ese apelativo, pero hasta la propia institución lo utilizaba) no veían nunca nada si uno no se lo ponía delante de las narices—. Ni siquiera la Torre puede apoyar abiertamente a ese falso Dragón, al'Thor. ¿Y si se les rebela, como hizo Logain? ¿Sólo un grupo de rebeldes, decís? De ese modo pueden apoyarlo, y la Torre no se manchará las manos ocurra lo que ocurra. —Estaba convencido de que era así. Y, si no, siempre habría medios para profundizar la brecha y debilitar más la Torre, pero creía que estaba en lo cierto—. En cualquier caso, lo que ve el mundo es lo que importa. Y no dejaré que vea una mera lucha entre los Hijos y la Torre. —No hasta que el mundo comprendiese lo que era realmente la Torre: un pozo de Amigas Siniestras manipulando fuerzas que la humanidad no estaba destinada a tocar. Una fuerza que había causado el Desmembramiento del Mundo—. Ésta es una lucha del mundo contra el falso Dragón, al'Thor.

—Entonces, si no voy a Altara, mi señor, ¿cuáles son mis órdenes?

Niall recostó la cabeza al tiempo que suspiraba. De repente se sentía cansado, notando todos los años que tenía y más.

—Oh, sí que vais a Altara, Carridin.

Conocía el nombre y el rostro de Rand al'Thor desde poco después de la supuesta invasión en Falme por gentes del otro lado del océano, un complot de las Aes Sedai que había costado la vida de mil Hijos y que dio pie a que se engrosara el número de los partidarios del Dragón y que el caos se extendiera por todo Tarabon y Arad Doman. Supo lo que era al'Thor y creyó que podía utilizarlo como acicate para forzar la unión de las naciones. Una vez unidas —bajo su liderazgo— acabarían con al'Thor y estarían preparadas para la llegada de las hordas trollocs. Había enviado emisarios a los dirigentes de todos los países para hacerles ver el peligro. Sin embargo, al'Thor se movía más deprisa de lo que nunca hubiese imaginado, ni siquiera ahora. Su intención había sido dejar suelto por las calles a un león rabioso el tiempo suficiente para asustar a todo el mundo, pero el león se había convertido en un coloso que se movía como el relámpago.

No obstante, no todo estaba perdido; tenía que recordárselo a sí mismo constantemente. Hacía más de mil años, Guaire Amalasan se había proclamado a sí mismo el Dragón Renacido, un falso Dragón que podía encauzar. Amalasan había conquistado más naciones que las que ahora dominaba Rand al'Thor cuando un joven rey llamado Artur Paendrag Tanreall se le opuso e inició su propia ascensión al imperio. Niall no se consideraba otro Artur Hawkwing, pero era lo que tenía el mundo.

Ya había empezado a contraatacar el creciente poder de al'Thor.

Librodot

Además de los emisarios a los dirigentes, había enviado hombres a Tarabon y Arad Doman; unos pocos hombres en busca de los oídos adecuados en los que susurrar que todos sus problemas podían achacarse a los partidarios del Dragón, esos necios y Amigos Siniestros que se habían declarado a favor de al'Thor. Y podían achacarse asimismo a la Torre Blanca. Ya llegaban muchos rumores de Tarabon respecto a Aes Sedai involucradas en la lucha; rumores que prepararían los oídos de los hombres para que escucharan la verdad. Ahora era el momento de poner en marcha la siguiente fase de su nuevo plan, de señalar a los indecisos que nadaban entre dos aguas qué bando elegir. Tiempo. ¡Tenía tan poco! Con todo, no pudo menos de sonreír. Hubo quienes, ahora ya muertos, dijeron una vez: «Cuando Niall sonríe, va a lanzarse sobre la yugular».

—Altara y Murandy van a sufrir una plaga de partidarios del Dragón.

La estancia tenía la apariencia de una sala de estar de un palacio, con el abovedado techo de escayola ornamentado, las alfombras de exquisita manufactura sobre el suelo de baldosas blancas, y los paneles de las paredes profusamente trabajados, aunque distaba mucho de ser un palacio. En realidad distaba mucho de cualquier cosa y de cualquier lugar en el sentido en que la mayoría de los humanos podría entender. El vestido de seda bermeja de Mesaana hizo frufrú cuando se desplazó alrededor de una mesa con incrustaciones de lapislázuli, en la que se entretenía colocando fichas de dominó de marfil en hileras con las que formaba una compleja torre, cada nivel más ancho que el inmediato inferior. Se preciaba de hacer esto merced al mero conocimiento de puntos de tensión y apalancamiento, no con la ayuda del Poder. La torre tenía ya nueve niveles.

En realidad, más que entretenerse lo que hacía era eludir la conversación con sus compañeros. Semirhage estaba sentada en un sillón de respaldo alto, tapizado en rojo, haciendo una labor; los largos y delgados dedos daban minúsculas puntadas con destreza para crear un complejo dibujo de florecillas. No dejaba de sorprenderle que a esa mujer le gustase una actividad tan... corriente. Su vestido negro marcaba un fuerte contraste con el sillón. Ni siquiera Demandred se atrevía a sugerirle en su cara que vestía de negro tan a menudo porque Lanfear llevaba ropas blancas.

Por enésima vez, Mesaana intentó analizar por qué se sentía tan incómoda en presencia de la otra mujer. Mesaana conocía muy bien sus puntos fuertes y sus debilidades, tanto en el Poder como en cualquier otro terreno. Estaba bastante a la par con Semirhage en casi todos los aspectos, y, si había en algunos que no, contaba con otras facetas fuertes contra las debilidades de Semirhage. No era por tal razón. Semirhage disfrutaba siendo cruel, sentía un puro placer en infligir dolor, pero sin duda no era ése el problema. Mesaana podía ser cruel cuando la ocasión lo requería y le importaba poco lo que Semirhage hacía a otros. Tenía que haber un motivo, pero no era capaz de descifrarlo.

Irritada, colocó otra ficha de dominó y la torre se vino abajo con un ruidoso repiqueteo, desperdigando fichas de marfil por el suelo. Mesaana chasqueó la lengua y le dio la espalda a la mesa mientras se cruzaba de brazos.

—¿Dónde está Demandred? Hace diecisiete días que se fue a Shayol Ghul, pero hasta ahora no nos ha informado que hay un mensaje y después no aparece.

Ella había estado en la Fosa de la Perdición dos veces en ese tiempo;

había realizado aquel recorrido que destrozaba los nervios, con los colmillos pétreos rozándole el cabello. Y todo para encontrar únicamente a un Myrddraal extraordinariamente alto que se negaba a hablar. La Perforación estaba allí, por supuesto, pero el Gran Señor no había respondido. No se quedó mucho tiempo ninguna de las dos veces. Había creído que estaba más allá del miedo, al menos de la clase que inspiraba la mirada de un Semihombre, pero por dos veces la impasible mirada sin ojos del Myrddraal había conseguido que se marchara a un paso vivo que sólo un férreo autocontrol evitó que se convirtiera en una carrera. Si encauzar allí no hubiese sido un modo seguro de morir, habría destruido al Semihombre o habría salido de la Fosa utilizando el Talento conocido como Viaje.

—¿Dónde está? —repitió.

Semirhage levantó la vista de la labor; los oscuros ojos en su semblante suavemente moreno no parpadearon. Después dejó la labor a un lado y se incorporó con grácil agilidad.

—Llegará cuando sea —manifestó calmosamente. Su sosiego, al igual que su elegante gracia, era un rasgo siempre presente en ella—. Si no quieres esperar, vete entonces.

De manera inconsciente, Mesaana se irguió hasta casi ponerse de puntillas, pero aun así tuvo que alzar la cabeza para mirarla. Semirhage era más alta que la mayoría de los hombres, pero estaba tan bien proporcionada que no se reparaba en ese detalle hasta que se plantaba delante de uno, mirando hacia abajo.

—¿Que me vaya? Es lo que pienso hacer, y Demandred puede...

No hubo advertencia, por supuesto. Nunca la había cuando un hombre encauzaba. Una brillante línea vertical apareció en el aire y después se ensanchó lo suficiente para que Demandred cruzara el acceso; el recién llegado saludó con un gesto de cabeza a cada una de ellas. Iba vestido de gris oscuro, con un encaje pálido en el cuello; se adaptaba bien a las modas y tejidos de la Era presente.

Su perfil, de nariz aguileña, era bastante atractivo, aunque no exactamente del estilo que hace que el corazón de todas las mujeres palpite con más fuerza. En cierto sentido, esos «casi» y «no del todo» eran la historia de la vida de Demandred. Había tenido la desgracia de nacer un día después que Lews Therin Telamon, que se convertiría en el Dragón, mientras que Barid Bel Medar, como se llamaba entonces, pasó años igualando casi los logros de Therin, pero no igualando del todo su fama. Sin Lews Therin habría sido el hombre más aclamado de la Era. De haber sido designado como líder en lugar de serlo el hombre al que consideraba intelectualmente inferior a él, un necio excesivamente cauto que demasiado a menudo se las ingeniaba para evitar el desastre arañando un poco de suerte, ¿se encontraría hoy aquí? En fin, eso sólo eran conjeturas inútiles, aunque no era la primera vez que Mesaana se las hacía. No, lo importante era que Demandred despreciaba al Dragón, y ahora que el Dragón había renacido había transferido todo ese desprecio íntegro.

—¿Por qué...?

Demandred levantó una mano.

—Vamos a esperar hasta que estemos todos, Mesaana, y así no tendré que repetirme.

La Renegada percibió el primer fluido del *Saidar* un instante antes de que la brillante línea apareciese y se convirtiera en un acceso. Graendal salió, por una vez sin la compañía de servidores medio desnudos, y dejó que

la abertura se desvaneciera con tanta rapidez como Demandred había hecho un poco antes. Era una mujer rolliza, con el cabello rubio rojizo peinado en complejos rizos. De algún modo se las había arreglado para encontrar camalina para el vestido de cuello alto; de cuello alto, pero, en consonancia con su naturaleza, el tejido era transparente como niebla. A veces Mesaana se preguntaba si Graendal prestaba realmente atención a lo que no fuera sus placeres sensuales.

—Me preguntaba si estaríais aquí —dijo frívolamente la recién llegada—. Los tres habéis sido tan reservados... —Soltó una alegre risa, algo estúpida. No, sería un craso error juzgar a Graendal por lo que parecía a simple vista. La mayoría de los que la habían tomado por una necia llevaban muertos mucho tiempo, víctimas de la mujer de la que habían hecho caso omiso.

—¿Va a venir Sammael? —preguntó Demandred.

—Oh, no se fía de ti —contestó Graendal mientras agitaba displicentemente una mano repleta de anillos—. Creo que ya no se fía de nadie. —La camalina se oscureció, semejando una niebla encubridora—. Está reuniendo y situando a sus ejércitos en Illian, quejándose de no disponer de lanzas de descarga para equipar a las tropas. Y, cuando no se dedica a eso, está buscando *angreal* o *sa'angreal* utilizables. Algo que tenga una fuerza decente, se entiende.

Todos los ojos fueron hacia Mesaana, quien hizo una profunda inhalación. Cualquiera de ellos habría dado... en fin, casi cualquier cosa por un *angreal* o *sa'angreal* apropiado. Todos eran más fuertes que cualquiera de esas criaturas medio instruidas que en la actualidad se llamaban a sí mismas Aes Sedai, pero si un número suficiente de aquellas chiquillas a medio entrenar se coaligaban entre sí podían aplastarlos a todos ellos. Salvo por que, naturalmente, ya no recordaban cómo hacerlo; y tampoco disponían de los medios para llevarlo a cabo, en cualquier caso. Para los varones se necesitaba una coligación superior a trece, y para más de uno haría falta superar las veintisiete. En realidad, esas chiquillas —las mayores le parecían niñas; había vivido más de trescientos años, aparte del tiempo encerrada en la Perforación, y sólo se la consideraba una mujer de mediana edad—, esas muchachitas no representaban un peligro real, pero ello no aminoraba el deseo de los allí presentes de contar con *angreal* o, mejor aun, los más poderosos *sa'angreal.* Con aquellas reliquias de su propia Era podrían encauzar cantidades de Poder que de otro modo los abrasaría hasta reducirlos a cenizas. Cualquiera de los Elegidos arriesgaría mucho con tal de conseguir uno de esos preciados objetos. Pero no todo. No sin que hubiese verdadera necesidad. Empero, tal circunstancia no atenuaba el deseo.

De manera automática, Mesaana adoptó un tono aleccionador:

—La Torre Blanca tiene ahora centinelas y salvaguardas en los cuartos de seguridad, además de que se cuenta todo cuatro veces cada día. La Gran Reserva, en la Ciudadela de Tear, también está protegida con una salvaguarda, algo muy peligroso que me habría inmovilizado firmemente si hubiese intentado atravesarlo o deshacerlo. No creo que se pueda destejer salvo por quien lo dispuso, y hasta entonces es una trampa para cualquier mujer capaz de encauzar.

—Un revoltijo polvoriento de basura inútil, según tengo entendido —adujo Demandred con desdén—. Los tearianos recogieron cualquier cosa relacionada con el Poder, aunque sólo fuese un rumor.

Mesaana sospechaba que el hombre sabía más de lo que daba a entender y que no estaba basado únicamente en rumores. También

Librodot

sospechaba que había igualmente una trampa para varones en la Gran Reserva o, en caso contrario, a aquellas alturas Demandred tendría su *sa'angreal* y haría mucho que habría arremetido contra Rand al'Thor.

—Sin duda tiene que haber algunos en Cairhien y Rhuidean; pero, aun en el caso de que no toparas con al'Thor, esos dos lugares están llenos de mujeres que encauzan.

—Muchachas ignorantes —resopló desdeñosamente Graendal.

—Si una pinche de cocina te clava un cuchillo en la espalda, ¿estarás por eso menos muerta que si caes en un duelo *sha'je* en Qal? —replicó Semirhage.

—Cierto —convino Mesaana—. Y ello sólo deja lo que quiera que pueda haber enterrado en antiguas ruinas u olvidado en un desván. Si quieres confiar en encontrar algo por casualidad, hazlo, pero yo no. A no ser que alguien conozca el paradero de una cámara estática. —En esta última frase hubo cierto timbre de acritud. Las cámaras estáticas tendrían que haber subsistido al Desmembramiento del Mundo, pero lo más probable es que dicho cataclismo las hubiese sumergido en el fondo de algún océano o enterrado bajo montañas. Era muy poco lo que quedaba del mundo que habían conocido aparte de unos cuantos nombres y leyendas.

—Siempre pensé que tendrías que haber sido maestra —dijo Graendal, toda mieles y sonrisas—. Oh, discúlpame. Lo olvidé.

El semblante de Mesaana se ensombreció. El primer paso en su camino hacia el Gran Señor lo dio cuando le fue negado un puesto en el Collam Daan, tantos años atrás. No apta para la investigación, le dijeron, pero podía seguir enseñando. Y eso fue lo que hizo ¡hasta que halló el modo de darles a todos una lección!

—Aún estoy esperando oír lo que el Gran Señor ha dicho —murmuró Semirhage.

—Sí. ¿Tenemos que matar a al'Thor? —Mesaana advirtió que tenía las manos crispadas agarrándose la falda y aflojó los dedos. Qué extraño. Jamás permitía que nadie la sacara de quicio—. Si todo va bien, dentro de dos meses, tres como mucho, se encontrará donde podré llegar a él sin peligro, y estando indefenso.

—¿Donde podrás llegar a él sin peligro? —Graendal enarcó una ceja en un gesto socarrón—. ¿Dónde has montado tu guarida? Bah, no importa. A pesar de su planteamiento básico, es tan buen plan como cualquiera de los que he oído últimamente.

Demandred permaneció callado, inmóvil, observándolas. A Graendal no; sólo a Semirhage y a ella. Cuando por fin habló, casi para sí mismo, se dirigió a las dos:

—Cuando pienso en la encumbrada posición que habéis alcanzado una y otra no puedo menos de maravillarme. ¿Cuánto es lo que sabe el Gran Señor y desde cuándo? ¿Cuánto de lo que ha ocurrido ha sido por designio suyo desde el principio? —No había respuesta para esas preguntas. Finalmente, manifestó—: Así que queréis saber lo que me dijo el Gran Señor, ¿no? Muy bien, os lo contaré, pero todo quedará entre nosotros, en secreto. Puesto que Sammael prefiere mantener las distancias no se lo hará partícipe de nada. Ni a los otros, estén vivos o muertos. La primera parte del mensaje del Gran Señor era sencilla: «Dejad que el Señor del Caos gobierne», fueron sus palabras exactas.

Las comisuras de sus labios se torcieron levemente, una mueca lo más parecida a la sonrisa que Mesaana había visto en él. A continuación les

contó el resto.

Mesaana se encontró tiritando sin saber si era por la excitación o por el miedo. Podía resultar; podía ponerlo todo en sus manos con sólo extenderlas, como quien coge una fruta madura al caer. Pero se necesitaba suerte, y jugarse algo al azar la ponía nerviosa. Demandred era el jugador. Tenía razón en algo: Lews Therin había forjado su propia suerte como se acuña una moneda. En opinión de Mesaana, Rand al'Thor había hecho lo mismo hasta el momento.

A menos que... A menos que el Gran Señor tuviese otro plan aparte del que había revelado. Y eso la asustaba más que cualquier otra posibilidad.

Un espejo con marco dorado reflejaba la estancia, los inquietantes dibujos de mosaicos en las paredes, los muebles dorados, las finas alfombras, los otros espejos y los tapices. Una estancia palaciega sin una sola ventana... ni una puerta. El espejo reflejaba una mujer vestida con un atuendo rojo oscuro que paseaba de un lado a otro de la habitación, con una combinación de rabia e incredulidad en su bello semblante. Todavía incredulidad. También reflejaba el rostro del observador, y ése le interesó mucho más que el de la mujer. No pudo evitar tocarse la nariz, la boca y las mejillas por centésima vez para asegurarse de que eran reales. No era un rostro joven, pero sí más que aquel que tenía cuando despertó del largo sueño y todas sus interminables pesadillas. Eran rasgos corrientes y vulgares, y él siempre había detestado ser corriente y vulgar. Identificó el sonido en su garganta como una risa en ciernes, una risita nerviosa, y la reprimió. No estaba loco. A despecho de todo, no lo estaba.

Se le había dado un nombre durante este segundo y mucho más horrendo sueño antes de que despertase con ese rostro y ese cuerpo: Osan'gar. Un nombre dado por una voz que conocía y que no osaba desobedecer. Su antiguo nombre, dado con menosprecio y adoptado con orgullo, había desaparecido para siempre. La voz de su señor había hablado y lo había decidido así. La mujer era Aran'gar, y quien había sido ya no era.

Qué interesante elección la de esos nombres. *Osan'gar* y *aran'gar* eran las dagas de mano izquierda y mano derecha en un estilo de duelo que fue fugazmente popular al principio en aquel largo período desde que la Perforación se realizó hasta el comienzo de la Guerra del Poder. Sus recuerdos eran fragmentados, imprecisos —se había perdido mucho durante el largo sueño, y también durante el corto— pero eso sí lo recordaba. La popularidad de este tipo de duelo había sido breve porque casi inevitablemente los dos duelistas morían. Las cuchillas de las dagas estaban impregnadas de un veneno de efecto lento.

Algo pasó como un borrón por el espejo y el hombre se giró, aunque no deprisa. Tenía que recordar quién era y asegurarse de que lo recordaran los demás. Todavía no había puerta, pero ahora había un Myrddraal compartiendo la estancia con ellos. Ninguna de las dos cosas era extraña en aquel lugar, pero el Myrddraal era más alto que todos los que Osan'gar había visto hasta entonces.

No se apresuró y dejó esperar al Semihombre a que él quisiera darse por enterado de su presencia; pero, antes de que tuviese ocasión de decir nada, Aran'gar se adelantó.

—¿Por qué se me ha hecho esto? —espetó—. ¿Por qué se me ha puesto en este cuerpo? ¿Por qué?

La última pregunta casi fue un chillido. Osan'gar habría pensado que

las comisuras de los labios del Myrddraal se curvaban ligeramente de no ser tal cosa imposible, ni allí ni en ninguna parte. Hasta los trollocs tenían cierto sentido del humor, aunque perverso y violento, pero no los Myrddraal.

—A los dos se os dio lo mejor que pudo tomarse de las Tierras Fronterizas. —Su voz sonaba como el deslizarse de una serpiente sobre la hierba—. Es un buen cuerpo, fuerte y sano. Y mejor que la otra alternativa.

Ambas afirmaciones eran ciertas. Era un buen cuerpo, apropiado para una danzarina *daien* de antaño, impecablemente lozano, con verdes ojos en una cara ovalada que enmarcaba una lustrosa mata de negro cabello. Y cualquier cosa mejoraba la alternativa.

Tal vez Aran'gar no lo veía de ese modo. La ira moteaba de manchas rojas su hermoso semblante. Osan'gar sabía que iba a hacer algo temerario; siempre había habido un problema en ese aspecto. En comparación Lanfear parecería cauta. El hombre buscó el contacto con el *Saidin.* Encauzar allí podía ser peligroso, pero no tanto como permitirle a la mujer hacer una verdadera estupidez. Buscó el *Saidin...* y no ocurrió nada. No lo habían aislado con un escudo; lo habría notado, y sabía el modo de eludirlo o romperlo, con el tiempo, si no era demasiado fuerte. Esto era distinto, como si lo hubiesen seccionado. La impresión lo dejó petrificado en el sitio.

No fue el caso de Aran'gar. Quizás había hecho el mismo descubrimiento, pero la había afectado de manera distinta. Chillando como un gato furioso, se abalanzó contra el Myrddraal con las uñas por delante.

Un ataque fútil, por supuesto. El Myrddraal ni siquiera se movió. La agarró despreocupadamente por el cuello y la levantó hasta extender el brazo de manera que los pies de la mujer quedaron colgando en el aire y su grito se convirtió en un gorgoteo mientras aferraba la muñeca del Semihombre con las dos manos. Con la mujer colgando en vilo, volvió aquella mirada sin ojos hacia Osan'gar.

—No se te ha seccionado, pero no encauzarás hasta que se te dé permiso para hacerlo. Y nunca me atacarás. Soy Shaidar Haran.

Osan'gar intentó tragar saliva, pero su boca estaba tan seca como estropajo. Era imposible que la criatura tuviese nada que ver con lo que quiera que le hubiesen hecho. Los Myrddraal poseían ciertos poderes, pero no hasta ese punto. Sin embargo sabía lo que le pasaba. Nunca le habían gustado los Semihombres; había colaborado en la creación de los trollocs, mezclando humanos y animales —estaba orgulloso de ello, de la destreza requerida para llevarlo a cabo, de la dificultad que había entrañado— pero estos vástagos, producto de una regresión de su naturaleza original, lo ponían nervioso en el mejor de los casos.

Shaidar Haran volvió de nuevo su atención hacia la mujer que se retorcía entre sus dedos. El rostro había empezado a adquirir una tonalidad purpúrea y sus pies se sacudían débilmente.

—Te adaptarás, El cuerpo se doblega al alma, pero la mente se doblega al cuerpo. Ya te estás adaptando. Muy pronto será como si nunca hubieses tenido otro. O puedes rehusarlo. Entonces otro tomará tu puesto, y a ti se te entregará a... mis hermanos, bloqueada como estás ahora. —Aquellos finos labios se torcieron levemente de nuevo—. Echan de menos sus diversiones en las Tierras Fronterizas.

—No puede hablar —intervino Osan'gar—. ¡La estás matando! ¿Es que no sabes quiénes somos? ¡Suéltala, Semihombre! ¡Obedéceme!

La criatura tenía que obedecer a uno de los Elegidos, pero el Myrddraal observó impasible la cara de Aran'gar, cada vez más congestionada, durante

unos interminables instantes más antes de bajarla para que sus pies tocasen la alfombra y luego aflojó los dedos.

—Obedezco al Gran Señor. A nadie más —manifestó. La mujer se tambaleó, tosiendo e inhalando aire a bocanadas. Si el Myrddraal hubiese retirado la mano con la que la sostenía, Aran'gar se habría desplomado—. ¿Te someterás a la voluntad del Gran Señor? —No era una exigencia, sólo una pregunta de trámite pronunciada con aquella voz rasposa.

—Lo... lo haré —consiguió responder roncamente, y Shaidar Haran la soltó.

La mujer se tambaleó mientras se frotaba el cuello y Osan'gar se adelantó para ayudarla, pero ella lo amenazó con una mirada furibunda y el puño levantado antes de que la tocara. Él retrocedió, alzando las manos. Ésa era una enemistad que no le convenía. Pero era un buen cuerpo, y un buen bromazo. Siempre se había preciado de su sentido del humor, pero aquello era cómico.

—¿No sentís gratitud? —inquirió el Myrddraal—. Habíais muerto, y ahora estáis vivos. Pensad en Rahvin, cuya alma está más allá de la salvación, más allá del tiempo. Tenéis la oportunidad de servir al Gran Señor otra vez y redimiros de vuestros errores.

Osan'gar se apresuró a afirmar que estaba agradecido, que lo único que deseaba era servir y ganarse la absolución. ¿Rahvin muerto? ¿Qué había ocurrido? Daba igual; un Elegido menos significaba más oportunidades de obtener verdadero poder cuando el Gran Señor estuviese libre. Le escocía tener que humillarse ante una criatura que podía considerarse tan creación suya como los trollocs, pero recordaba la muerte con demasiada claridad. Se arrastraría ante un gusano con tal de no volver a pasar por lo mismo. Advirtió que Aran'gar manifestaba su gratitud con idéntica rapidez a pesar de la ira que había en sus ojos. Saltaba a la vista que también ella recordaba.

—Entonces ha llegado el momento de que retornéis al mundo al servicio del Gran Señor —dijo Shaidar Haran—. Nadie salvo el Gran Señor y yo sabe que estáis vivos. Si tenéis éxito, viviréis para siempre y seréis encumbrados por encima de todos los demás. Si fracasáis... Pero no fracasaréis, ¿verdad?

Entonces sí que sonrió el Semihombre. Y fue como ver sonreír a la muerte.

Librodot

CAPÍTULO 1

El león en la colina

La Rueda del Tiempo gira y las eras llegan y pasan y dejan tras de sí recuerdos que se convierten en leyenda. La leyenda se difumina, deviene mito, e incluso el mito se ha olvidado mucho antes de que la era que lo vio nacer retorne de nuevo. En una era llamada la tercera por algunos, una era que ha de venir, una era transcurrida hace mucho, comenzó a soplar un viento en las colinas de Cairhien. El viento no fue un inicio, pues no existen comienzos ni finales en el eterno girar de la Rueda del Tiempo. Pero aquél fue un principio.

El viento sopló hacia el oeste sobre granjas y pueblos abandonados, muchos reducidos a montones de cenizas y vigas carbonizadas. La guerra había castigado duramente a Cairhien; la guerra y el conflicto civil, la invasión y el caos, e incluso ahora que eso había terminado, en la medida en que podía decirse tal cosa, sólo unos cuantos empezaron a regresar a sus hogares. El viento era seco, y el sol parecía empeñado en agostar lo poco que quedaba en los campos. Allí donde la villa de Maerone se alzaba enfrente de la más grande Aringill, en la orilla opuesta del río Erinin, el viento cruzó hacia Andor. Las dos poblaciones se achicharraban bajo el sol, y, si bien se alzaban más plegarias pidiendo lluvia en Aringill, donde los refugiados de Cairhien se apiñaban dentro de las murallas como peces dentro de un tonel, incluso los soldados amontonados alrededor de Maerone dirigían preces al Creador, a veces aturdidos por la embriaguez y a veces con fervor. El invierno tendría que haber empezado a envolver la tierra con sus gélidos zarcillos, las primeras nieves deberían haber llegado mucho tiempo atrás, y los que ahora sudaban tenían miedo del motivo de que no hubiese ocurrido así, si bien eran pocos los que se atrevían a manifestar en voz alta esos temores.

El viento sopló hacia el oeste, agitó las hojas marchitas de los árboles y rizó la superficie de los menguados arroyos flanqueados por barro recocido. En Andor no había ruinas calcinadas, pero los pueblerinos observaban el hinchado sol con inquietud y los granjeros intentaban no mirar los campos que no habían producido cosechas otoñales. Sopló hacia el oeste hasta pasar sobre Caemlyn e hizo ondear los dos estandartes del Palacio Real, en el corazón de la Ciudad Interior construida por los Ogier. Una de las banderas era roja como la sangre, con un círculo dividido por una línea sinuosa, una mitad blanca y la otra negra. La otra bandera flameaba en el cielo blanca como la nieve. En ella había bordada una figura semejante a un reptil de cuatro patas, crin y ojos dorados y cubierto de escamas escarlatas y oro que parecía cabalgar al viento. Difícil afirmar cuál de las dos despertaba más temor. A veces, el mismo pecho que albergaba el miedo también abrigaba esperanza. La esperanza de salvación y el miedo a la destrucción, nacidos en la misma fuente.

Muchos decían que Caemlyn era la segunda ciudad más bella del mundo, y no lo afirmaban sólo andoreños, quienes a menudo la colocaban la

primera, superando a la mismísima Tar Valon. Altas torres redondas se elevaban a intervalos a lo largo de la gran muralla exterior de piedra gris con vetas blancas y plateadas, y en el interior se erguían torres aun más altas, y cúpulas blancas y doradas que resplandecían bajo el implacable sol. La ciudad se extendía sobre colinas en la zona central, la parte más antigua de la Ciudad Interior, rodeada por su propia muralla blanca y brillante, con sus propias torres y cúpulas púrpuras, blancas y doradas y relucientes mosaicos que se asomaban a la Ciudad Nueva, la cual contaba sus buenos dos mil años.

Al igual que la Ciudad Interior era el corazón de Caemlyn, y no sólo por ser su centro geográfico, el Palacio Real era a su vez el corazón de la Ciudad Interior, unas esbeltas torres, blancas como nieve, y las cúpulas doradas y los trabajos de piedra tallada tan delicados como un encaje que parecían salidos del cuento de un juglar. Un corazón que latía a la sombra de esos dos estandartes.

Desnudo de cintura para arriba y manteniendo fácilmente el equilibrio sobre las punteras de los pies, en este momento Rand era tan inconsciente de encontrarse en el patio de baldosas blancas de palacio como de los espectadores que observaban desde las columnatas que lo rodeaban. El sudor le pegaba el pelo en el cráneo y le corría por el torso. La rosácea cicatriz a medio curar de su costado le dolía terriblemente, pero él rehusaba darse por enterado. Unas figuras iguales a la del estandarte blanco que ondeaba en lo alto se enroscaban en sus antebrazos y emitían un brillo metálico, rojo y dorado. Los Aiel los llamaban dragones, y otros empezaban a adoptar ese apelativo al hablar de ellos. Rand era vagamente consciente de las garzas marcadas en sus palmas, pero sólo porque las notaba contra la larga empuñadura de la espada de prácticas hecha de madera.

El arma y él eran una sola cosa, de manera que Rand pasaba de una posición a otra sin pensar, mientras sus pies se desplazaban suavemente sobre las baldosas del suelo. *El león en la colina* dio paso a *Arco de luna,* que a su vez se convirtió en *Torre de la mañana.* Sin pensar. Cinco hombres sudorosos, con el torso al aire, lo rodeaban y esquivaban cautamente pasando de posición a posición a la par que blandían las espadas de práctica. Rand sólo era consciente realmente de esos hombres. Con rostros severos que traslucían seguridad en sí mismos, eran los mejores que había encontrado hasta ahora. Los mejores desde que Lan se había marchado. Sin pensar, como Lan le había enseñado. Era uno con la espada, con los cinco hombres.

Inesperadamente se movió hacia adelante con rapidez, y los hombres que lo rodeaban se desplazaron al instante para mantenerlo dentro del círculo. Justo en el momento en que el equilibrio parecía a punto de romperse, cuando al menos dos de los cinco hombres habían empezado a moverse con tal propósito, de pronto Rand giró sobre sí mismo y se desplazó en dirección contraria. Ellos intentaron reaccionar, pero era demasiado tarde. Con un sonoro impacto paró el golpe descendente de una espada de práctica interponiendo su propia arma; de manera simultánea su pie derecho asestó un punterazo en el vientre del hombre de pelo canoso que estaba más cerca, quien se dobló por la mitad al tiempo que exhalaba un gruñido. Manteniendo las espadas trabadas, Rand obligó a su oponente, que tenía la nariz rota, a girar y descargó otra patada al hombre doblado mientras realizaba el giro. El tipo canoso se desplomó, boqueando para coger aire. El adversario de Rand intentó recular para utilizar su espada, pero esa

maniobra dejó libre el arma de Rand para hacer un movimiento envolvente en torno a la de él —*La parra enroscada*— y arremeter después con fuerza contra su pecho, lo suficiente para hacerlo caer.

Sólo habían transcurrido unos segundos, tan breves que sólo ahora los tres restantes empezaban a acercarse a él. El primero, un hombre bajo y robusto, muy rápido, lanzó un grito y, en contra de lo que podía esperarse de su corta estatura, saltó por encima del tipo de la nariz rota mientras éste se desplomaba. La espada de prácticas de Rand se interpuso en su camino a la altura de las espinillas, medio tumbándolo, y a continuación se descargó sobre su espalda y lo derribó sobre las losas del pavimento.

Sólo quedaban dos, pero eran los dos mejores, un tipo flexible como una vara verde cuya espada se movía como la lengua de una serpiente, y un hombretón fornido, con la cabeza afeitada, que jamás cometía un error. Se separaron de inmediato para atacarlo por dos flancos, pero Rand no esperó. Se acercó velozmente al tipo delgado; sólo disponía de escasos segundos antes de que el otro rodeara a sus compañeros caídos.

El larguirucho era bueno además de rápido; Rand había ofrecido oro para los mejores, y habían acudido. Era alto para ser andoreño, aunque Rand lo superaba en un palmo, pero la altura tenía poco que ver con la destreza para manejar una espada. A veces la fuerza sí, de modo que Rand lanzó contra él un ataque con toda su potencia; la alargada cara del hombre se puso tensa al tiempo que cedía terreno. *El jabalí baja corriendo la montaña* se descargó violentamente a través de *Partir la seda,* rompió *Rayo de tres púas,* y el manojo de palos atados que hacía las veces de cuchilla se estrelló duramente contra el lateral del cuello del hombre, que cayó exhalando un gruñido ahogado.

De inmediato Rand se zambulló de cabeza hacia la derecha, rodó sobre sí mismo y terminó el giro incorporado sobre las rodillas en las piedras del pavimento al tiempo que ejecutaba con la espada *El río socava la orilla.* El hombre de la cabeza rapada no era veloz, pero de algún modo había previsto la maniobra; y, mientras el arma de Rand pasaba rozando el prominente estómago del tipo, la espada de éste cayó con fuerza sobre la cabeza de Rand.

Rand se tambaleó un instante, sus ojos cegados por infinidad de motitas negras. Sacudió la cabeza en un intento de aclararse la vista y se apoyó en la espada de prácticas para ponerse de pie. Resollando, el hombre de la cabeza afeitada lo observaba con cautela.

—Págale —dijo Rand, y la expresión cauta del tipo se borró en su rostro.

Un recelo en balde; como si no hubiese prometido la paga extra de un día a cualquier hombre que se las ingeniera para alcanzarlo, y el triple a quien lo derrotase en un combate mano a mano. Era un modo de asegurarse de que nadie se refrenara para halagar al Dragón Renacido. Jamás preguntaba sus nombres; y, si se tomaban a mal esa omisión, mejor, si servía para que se esforzaran más. Quería adversarios para probar su preparación, no para hacer amigos. Llegaría el día en que los amigos que tenía maldecirían la hora en que lo habían conocido, si es que no lo hacían ya. Los demás empezaban a moverse; un hombre «muerto» tenía que quedarse quieto donde había caído hasta que todo hubiese terminado, como el obstáculo que realmente representarían unos verdaderos cadáveres. Sin embargo, el hombre achaparrado tuvo que ayudar al de pelo canoso a levantarse, y él mismo tenía ciertas dificultades para mantenerse de pie. El tipo espigado torció la cabeza hacia un lado mientras hacía una mueca de

Librodot

dolor. Ese día no habría más prácticas.

—Págales a todos —ordenó Rand.

Una sarta de alabanzas y quedos aplausos sonó entre los espectadores situados en la columnata, lores y ladies vestidos con coloridos atuendos de seda, profusamente bordados y con numerosos galones. Rand hizo una mueca de desagrado y arrojó la espada de prácticas a un lado. Esos mismos nobles habían sido parásitos aduladores de lord Gaebril cuando la reina Morgase, su soberana, era poco menos que una prisionera en ese palacio. Su palacio. Pero Rand los necesitaba. De momento. «Si aprietas la zarza te clavarás las espinas», se dijo. Esperaba que al menos fuera suyo ese pensamiento.

Sulin, la mujer nervuda de pelo blanco, cabecilla de su escolta de Doncellas Lanceras Aiel y de todas las Doncellas a este lado de la Columna Vertebral del Mundo, sacó un marco de oro de Tar Valon de la bolsita colgada del cinturón y la lanzó con una mueca despectiva que atirantó la fea cicatriz que le cruzaba una mejilla. A las Doncellas no les gustaba que Rand empuñara una espada, ni siquiera una de prácticas; no aprobaban ningún tipo de espada. Ningún Aiel lo hacía.

El hombre con la cabeza afeitada cogió la moneda en el aire y respondió a la intensa mirada de Sulin con una prudente inclinación de cabeza. Todo el mundo se mostraba prudente con las Doncellas, esas guerreras vestidas con chaquetas y polainas de tonos pardos y grises que se confundían con el inhóspito paisaje del Yermo. Algunas habían empezado a añadir tonalidades verdes para que estuviesen acordes con el entorno de lo que llamaban las tierras húmedas a pesar de la sequía. En comparación con el Yermo de Aiel seguían siendo húmedas; pocos Aiel habían visto una corriente de agua que no pudiesen cruzar de una zancada antes de salir del Yermo, donde se originaban sangrientas contiendas por disputarse charcas de dos o tres pasos de anchura.

Como cualquier otro guerrero Aiel, como las otras veinte Doncellas de ojos claros que había alrededor del patio, Sulin llevaba el cabello corto excepto una cola de caballo atada en la nuca. Portaba tres lanzas cortas y una adarga de cuero en la mano izquierda, así como un gran cuchillo en el cinturón. Como cualquier otro guerrero Aiel, hasta los de la edad de Jalani, que con sus dieciséis años todavía tenía trazas de la redondez infantil en las mejillas, Sulin sabía muy bien cómo utilizar esas armas y las usaría a la menor provocación, al menos como lo entendía cualquier persona a este lado de la Pared del Dragón. Salvo ella, todas las Doncellas vigilaban a todo el mundo, todas las ventanas con sus celosías de piedra y balcones blancos, cada sombra. Algunas sostenían arcos cortos de hueso con las flechas encajadas, prestas para disparar, y más flechas asomaban por la boca de las aljabas que llevaban a la cintura. *Far Dareis Mai,* las Doncellas Lanceras, defendían el honor de su profetizado *Car'a'carn,* bien que en ocasiones lo hacían a su peculiar manera, y hasta la última de ellas moriría para salvarle a él la vida. La idea le revolvía la bilis a Rand.

Sulin siguió lanzando el oro con gesto despectivo —a Rand le complacía usar monedas de Tar Valon para saldar esta deuda—, una para cada uno de los que habían tomado parte en el entrenamiento. La mayoría de los hombres de las tierras húmedas les merecían a los Aiel una opinión casi tan mala como las espadas, y en eso entraba todo aquel que no hubiese nacido y crecido entre Aiel. Para gran parte de los Aiel, eso también habría incluido a Rand a pesar de su ascendencia Aiel, pero estaban los dragones de sus

brazos. Uno de ellos lo señalaba como jefe de clan, ganado al arriesgar la vida en una prueba superada a fuerza de voluntad. Tener dos lo señalaba como el *Car'a'carn,* el jefe de jefes, El que Viene con el Alba. Y las Doncellas tenían otras razones para aceptarlo.

Los hombres recogieron espadas de práctica, camisas y chaquetas, le hicieron una reverencia y se volvieron para marcharse.

—Mañana —les gritó Rand—. Temprano.

Hubo otras reverencias más profundas como respuesta. Antes de que los hombres con el torso desnudo desaparecieran del patio, los nobles andoreños salieron de sus posiciones bajo la columnata y se arremolinaron alrededor de Rand como un arco iris de sedas y pañuelos con puntillas con los que enjugaban sus sudorosos rostros. Consiguieron que a Rand se le revolviera más la bilis. «Utiliza lo que tengas y a quien tengas que utilizar o deja que la Sombra cubra el mundo.» Aquello se lo había dicho Moraine. Rand casi prefería la franca y honrada oposición de los cairhieninos y los tearianos al comportamiento de esta gente. Casi lo hizo reír la idea de haber tildado de honrado lo que esas gentes hacían.

—Estuvisteis maravilloso —exclamó Arymilla mientras posaba suavemente una mano en su brazo—. Tan veloz, tan fuerte...

Los grandes ojos castaños de la mujer brillaban más apasionados que nunca. Aparentemente era lo bastante necia para considerarlo sensible a sus encantos: el vestido verde, cubierto de bordados de plata, tenía un escote muy bajo para las costumbres andoreñas, lo que significaba que dejaba ver el inicio de los senos. Era bonita, pero sin duda tenía edad suficiente para ser su madre. Ninguna de las otras era más joven, y algunas incluso tenían más edad, pero todas competían en darle coba.

—Habéis estado magnífico, mi señor Dragón. —Elenia apartó a Arymilla casi a codazos. Aquella sonrisa resultaba chocante en el zorruno rostro de la rubia mujer; tenía reputación de arpía. Aunque no cuando estaba cerca de Rand, naturalmente—. No ha habido un espadachín como vos en toda la historia de Andor. Ni siquiera Souran Maravaile, que era el mayor general de Artur Hawkwing y esposo de Ishara, la primera en ocupar el Trono del León. Incluso él murió cuando se enfrentó a cuatro espadachines.

Rara vez perdía Elenia la ocasión de demostrar sus conocimientos sobre la historia de Andor, sobre todo en cosas respecto a las que se sabía muy poco, como la guerra que había dividido el imperio de Hawkwing a la muerte de éste. Al menos en esa ocasión no había añadido motivos que justificaran su aspiración al Trono del León.

—Sólo un poquito de mala suerte al final —agregó Jarid, el esposo de Elenia, con timbre jovial. Era un hombre robusto, atezado para ser andoreño. Bordados de volutas y jabalíes dorados, la enseña de la casa Sarand, cubrían los puños y los largos picos del cuello de su chaqueta roja, así como los leones blancos de Andor adornaban las mangas y el cuello alto del vestido de Elenia, igualmente de color rojo. Rand se preguntó si la mujer creía que él no sabría reconocer el verdadero significado de los leones. Jarid era Cabeza Insigne de su casa, pero la ambición y la energía que lo impulsaban se generaban en ella.

—Maravillosamente bien hecho, mi señor Dragón —dijo Karind sin rodeos. Su vestido gris satinado, de corte tan severo como su semblante pero recargado de cordoncillos de plata en las mangas y el repulgo, era muy acorde con las hebras que surcaban su cabello oscuro—. Sin duda debéis de ser el espadachín más diestro del mundo.

Librodot

A despecho de sus palabras, su mirada impávida era como un martillazo. De haber tenido una inteligencia acorde con su dureza, habría resultado peligrosa.

Naean era una bella mujer, delgada, de tez pálida con grandes ojos azules y lustroso cabello negro, pero la mirada despectiva que lanzó a los cinco hombres que se alejaban era un gesto permanente en ella.

—Sospecho que lo planearon de antemano para que así uno de ellos lograra golpearos. Se repartirán el dinero extra entre todos.

A diferencia de Elenia, la mujer vestida de azul, con el emblema de la Triple Llave de la casa Arawn bordado en plata a todo lo largo de las mangas, jamás proclamaba su derecho al trono estando presente Rand. Simulaba sentirse satisfecha con su posición de Cabeza Insigne de una antigua casa, lo que era tanto como decir que una leona se conformaba con ser una gata casera.

—¿Acaso puedo contar con que mis enemigos no unan sus fuerzas? —inquirió quedamente Rand. Naean abrió y cerró la boca con sorpresa; no era estúpida ni mucho menos, pero parecía pensar que quienes se le oponían tenían que caer fulminados en el momento que les hacía frente, y por lo visto lo tomaba como una afrenta personal cuando no ocurría así.

Una de la Doncellas, Enaila, pasó entre los nobles haciendo caso omiso de ellos y le tendió a Rand una toalla blanca para que se secara el sudor. Tenía el cabello de un vivo tono rojo y era baja para ser Aiel, de modo que la irritaba sobremanera el que algunas de estas mujeres de las tierras húmedas fuesen más altas que ella. La mayor parte de las Doncellas podían mirar a casi todos los hombres presentes sin tener que levantar la cabeza. Los andoreños también se esforzaron para hacer caso omiso de ella, pero resultó tan evidente el que miraran hacia cualquier otra parte que su intento acabó en un rotundo fracaso. Enaila se marchó como si aquellas personas fueran invisibles. El silenció se alargó unos cuantos segundos.

—Mi señor Dragón es muy sagaz —manifestó lord Lir al tiempo que hacía una breve reverencia y su frente se arrugaba con un leve ceño. La Cabeza Insigne de la casa Baryn vestía una chaqueta amarilla adornada con cordoncillos dorados y era esbelto como una hoja de espada e igualmente fuerte, pero excesivamente untuoso, demasiado melifluo. Nada salvo aquellos infrecuentes ceños alteraba su aparente displicencia, como si no fuera consciente de ese gesto, aunque no era el único que lanzaba miradas raras a Rand. En ocasiones todos contemplaban al Dragón Renacido que tenían entre ellos con pasmada incredulidad—. Los enemigos generalmente se unen más pronto o más tarde para actuar en equipo, y uno debe identificarlos antes de que tengan ocasión de hacerlo.

Más halagos a la sagacidad de Rand llegaron por parte de lord Henren, un tipo recio, calvo y de mirada dura, así como por parte de lady Carlys, con sus rizos canosos, su rostro franco y su mente retorcida; y de la rellena Daerilla, con sus tontas risitas; y del nervioso Elegar, de labios finos; y de casi una docena de otros que habían mantenido la boca cerrada hasta que hubieron hablado los más poderosos.

Los nobles de menor categoría guardaron silencio tan pronto como Elenia volvió a abrir la boca.

—Siempre existe la dificultad de saber quiénes son los enemigos antes de que ellos mismos se den a conocer, y entonces ya es demasiado tarde la mayoría de las veces —manifestó, a lo que su marido asintió en conformidad.

—Siempre digo —intervino Naean— que quien no me apoya está en mi contra. Ha resultado ser una buena regla. Quienes no se definen quizás aguarden a que les des la espalda para clavarte una daga.

No era la primera vez que intentaban asegurar sus posiciones lanzando sospechas sobre cualquier lord o lady que no mantuviera su misma postura, pero Rand habría querido poder cortar en seco sus comentarios diciéndoles que se callaran. Sus intentos de jugar el Juego de las Casas eran ridículos si se comparaban con las astutas maniobras de los cairhieninos o incluso de los tearianos, además de que conseguían irritarlo, pero no quería darles ciertas ideas todavía. Inesperadamente la ayuda llegó por parte del canoso lord Masin, Cabeza Insigne de la casa Caeren.

—Otro Jearom —manifestó mientras exhibía una sonrisa obsequiosa que resultaba forzada en su descarnado y estrecho rostro. Atrajo sobre sí miradas exasperadas, incluso de los nobles de segunda fila, antes de que pudieran reprimirlas. Masin parecía estar un tanto fuera de sus cabales desde que habían tenido lugar los acontecimientos que rodearon la llegada de Rand a Caemlyn. En lugar de la Estrella y la Espada, emblema de su casa, las solapas de la chaqueta azul pálido de Masin estaban adornadas incongruentemente con flores, gotas de luna y nudos de amantes, y en ocasiones llevaba una flor en el ralo cabello, como un muchacho de campo que sale a cortejar. Sin embargo, la casa Caeren era demasiado poderosa para que ni siquiera Jarid o Naean le dieran de lado. La cabeza de Masin se meció arriba y abajo en el escuálido cuello—. Vuestra destreza con la espada es espectacular, mi señor Dragón. Sois otro Jearom.

—¿Para qué? —La pregunta resonó en el patio, poniendo un gesto agrio en los semblantes de los andoreños.

Davram Bashere ciertamente no era andoreño, con sus ojos rasgados, casi negros, una nariz ganchuda y un grueso y largo bigote que caía curvado alrededor de la ancha boca. Era delgado, un poco más alto que Enaila, y vestía una chaqueta corta de color gris, con bordados de plata en los puños y las solapas, y pantalones anchos remetidos por las botas, dobladas a la altura de las rodillas. Mientras que los andoreños habían observado el combate de pie, el mariscal de Saldaea había llevado a rastras un sillón dorado hasta el patio y se había arrellanado en él, con una pierna por encima de un reposabrazos y la espada, con recazo de aros, girada de manera que la empuñadura estuviese fácilmente a su alcance. Su atezado rostro brillaba por la transpiración, pero hacía tan poco caso de ello como de los andoreños.

—¿A qué os referís? —inquirió Rand.

—A todo esto de practicar con la espada —repuso Bashere sin inmutarse—. Y con cinco hombres. Nadie se entrena contra cinco oponentes. Es absurdo. Más pronto o más tarde acabaréis con los sesos esparcidos por el suelo en una refriega así, incluso con espadas de práctica, y sin motivo.

—Jearom derrotó a diez en una ocasión —adujo Rand, que tenía tensas las mandíbulas.

Bashere cambió de postura en el sillón y se echó a reír.

—¿Creéis que viviréis el tiempo suficiente para igualar al espadachín más grande de la historia? —Entre los andoreños se alzó un murmullo iracundo, una ira fingida, de eso no le cabía duda a Rand, pero Bashere hizo caso omiso—. Al fin y al cabo, sois quien sois. —De repente, se movió como un muelle al soltarse, y la daga que desenvainó mientras se incorporaba salió volando directamente hacia el corazón de Rand.

Librodot

Éste no movió un solo músculo. En lugar de ello, abrazó el *Saidin,* la mitad masculina de la Fuente Verdadera; fue cuestión de un segundo. El *Saidin* fluyó dentro de él como un torrente apestoso de metal fundido. Trató de aplastarlo, de arrastrarlo, y Rand aguantó el embate como un hombre manteniendo el equilibrio en lo alto de una montaña que se desploma. Encauzó un simple flujo de Aire que envolvió la daga y la frenó a un metro de su cuerpo. Estaba rodeado por el vacío, flotaba en medio de él, en la nada, todo pensamiento y emoción distantes.

—¡Muere! —gritó Jarid al tiempo que sacaba la espada y corría hacia Bashere.

Lir, Henren, Elegar y todos los lores andoreños tenían las espadas desenvainadas, incluso Masin, aunque éste parecía a punto de dejarla caer. Las Doncellas se habían enrollado los *shoufa* en la cabeza de manera que los velos negros se alzaron y cubrieron sus rostros hasta los ojos azules o verdes mientras enarbolaban las lanzas de largas puntas; los Aiel siempre se velaban el rostro antes de matar.

—¡Alto! —gritó Rand y todo el mundo se quedó petrificado en el sitio; los andoreños parpadeaban desconcertados en tanto que las Doncellas se limitaron a quedarse plantadas de puntillas. Bashere no había hecho ningún otro movimiento aparte de volver a recostarse en el sillón, con la pierna echada sobre el reposabrazos.

Rand asió la daga suspendida en el aire y cortó el contacto con la Fuente. A pesar de la infección que se retorcía en sus entrañas, la corrupción que acababa destruyendo a los hombres que encauzaban, desprenderse del *Saidin* resultaba difícil. Con el Poder dentro de él veía con mayor claridad, oía con más agudeza. Era una paradoja que no comprendía, pero cuando se encontraba flotando en ese vacío aparentemente ilimitado, con las sensaciones corporales y los sentimientos amortiguados de algún modo, la percepción de todos sus sentidos se intensificaba; sin el Poder se sentía sólo medio vivo. Y parte de la infección parecía quedarse dentro de él, pero no la mitigadora gloria del *Saidin.* La mortal gloria que lo mataría si vacilaba un ápice en su lucha contra ella.

Girando la daga en sus manos caminó lentamente hacia Bashere.

—Si hubiese reaccionado una fracción de segundo más tarde ahora estaría muerto —dijo suavemente—. Podría mataros donde estáis sentado, y ninguna ley de Andor o de cualquier otra parte diría que había hecho mal. — Cayó en la cuenta de que estaba dispuesto a hacerlo. Una fría cólera había reemplazado el hueco dejado por el *Saidin.* El que se conociesen desde hacía unas pocas semanas no ponía a cubierto al saldaenino por un acto así.

Los rasgados ojos del mariscal exteriorizaban tanta calma como si se encontrase arrellanado en su propia casa.

—A mi esposa no le gustaría eso. Ni a vos, dicho sea de paso. Seguramente Deira se pondría al mando y reemprendería la persecución de Taim. No aprueba mi acuerdo con vos de apoyaros.

Rand sacudió ligeramente la cabeza, suavizada su ira un tanto por la calmada compostura del hombre. Y por sus palabras. Había sido una sorpresa enterarse que entre los nueve mil jinetes saldaeninos de Bashere todos los nobles habían traído a sus esposas, así como también la mayoría de los otros oficiales. Rand no comprendía cómo podía un hombre meter a su esposa en peligro, pero era una tradición en Saldaea, excepto cuando se iba de campaña al interior de la Llaga.

Evitó mirar a las Doncellas. Eran guerreras de la cabeza a los pies, pero

también mujeres. Y les había prometido no mantenerlas lejos del peligro, aunque fuese de muerte. Pero no había prometido no sentir angustia por ello, y cuando llegaba el momento de ordenarles algo peligroso sentía como si se desgarrase por dentro, pero cumplía sus promesas. Hacía lo que debía hacer aun cuando se odiase por ello. Soltó un suspiro y arrojó la daga a un lado.

—¿Por qué hicisteis esa pregunta? —inquirió educadamente.

—Porque sois quien sois —repuso lisa y llanamente Bashere—. Porque vos, y supongo que también esos hombres que estáis reuniendo, sois lo que sois. —Rand sintió que a su espalda se movían pies con inquietud; por mucho que lo intentaran los andoreños jamás podrían ocultar su horror ante esa amnistía—. Podéis repetir lo que hicisteis con la daga todas las veces que sea preciso —continuó Bashere mientras bajaba la pierna apoyada en el reposabrazos y se echaba hacia adelante—, pero para que cualquier asesino llegue hasta vos antes tiene que salvar la guardia de vuestras Aiel. Y de mis jinetes, dicho sea de paso. Si algo consigue llegar cerca de vos, no será humano. —Extendió las manos y volvió a recostarse en el sillón—. En fin, si queréis practicar con la espada, adelante. Un hombre necesita hacer ejercicio. Y relajarse. Pero sin que acabéis con el cráneo roto. Es mucho lo que depende de vos, y no veo por aquí ninguna Aes Sedai que pueda realizaros una Curación. —El bigote casi ocultó su repentina sonrisa—. Además, si morís no creo que nuestros amigos andoreños mantengan su cálida acogida hacia mí y mis tropas.

Los andoreños habían envainado las espadas, pero sus ojos permanecieron clavados en Bashere con expresión malévola. Y no porque hubiese estado a punto de matar a Rand. Por lo general guardaban buenos modales hacia Bashere, a pesar de que era un general forastero con un ejército forastero en territorio andoreño. El Dragón Renacido quería que Bashere estuviese allí, y aquella pandilla le habría sonreído a un Myrddraal si así lo hubiese querido Rand. Pero si éste se volvía contra él... Entonces ya no hacía falta disimular. Eran buitres que habían estado dispuestos a alimentarse con Morgase antes de que muriera, y harían lo mismo con Bashere si se les daba la más mínima oportunidad. Y con Rand. Éste tenía unas ganas locas de librarse de ellos, de perderlos de vista.

«El único modo de vivir es morir.» La idea acudió a su mente de manera repentina. Le habían dicho eso en una ocasión y de un modo que no pudo menos de creerlo, pero la idea no era suya. «Debo morir. Sólo merezco la muerte.» Le dio la espalda a Bashere mientras se aferraba con fuerza la cabeza.

El mariscal se incorporó al instante y agarró el hombro a Rand aunque le quedaba a la altura de la cabeza.

—¿Qué ocurre? ¿Es que ese golpe os ha abierto realmente la cabeza?

—Me encuentro bien. —Rand bajó las manos; nunca había dolor en esto, sólo la conmoción de tener los pensamientos de otro hombre en el interior de su cerebro.

Bashere no era el único que lo observaba. Casi todas las Doncellas lo miraban tan atentamente como vigilaban el patio, sobre todo Enaila y la rubia Somara, la más alta de ellas. Esas dos seguramente le llevarían alguna clase de tisana tan pronto como hubiesen acabado su turno de servicio y no dejarían de darle la lata hasta que se la tomara. Elenia, Naean y los demás andoreños respiraban agitadamente, agarrando prietamente chaquetas y faldas, observando a Rand con los ojos muy abiertos por el miedo de quien

Librodot

quizás está viendo los primeros síntomas de locura.

—Me encuentro bien —dijo a todos los presentes en el patio. Sólo las Doncellas se tranquilizaron, y Enaila y Somara no mucho.

A los Aiel no les importaba «el Dragón Renacido»; para ellos Rand era el *Car'a'carn,* el que —según estaba profetizado— los uniría y los destruiría. Se lo tomaban con calma, aunque también les preocupaba, y al parecer el hecho de que encauzara y todo lo que conllevaba también lo tomaban con calma. Los demás —«los de las tierras húmedas», pensó secamente— lo llamaban el Dragón Renacido y nunca se planteaban lo que tal cosa significaba. Creían que era la reencarnación de Lews Therin Telamon, el Dragón, el hombre que había sellado el agujero abierto en la prisión del Oscuro y que había puesto fin a la Guerra de la Sombra hacía más de tres mil años. Y que también había acabado con la Era de Leyenda, cuando el último contraataque del Oscuro infectó el *Saidin* y todos los hombres capaces de encauzar empezaron a volverse locos, empezando por el propio Lews Therin y sus Cien Compañeros. Lo llamaban Rand el Dragón Renacido sin sospechar en ningún momento que una parte de Lews Therin podía estar dentro de su cabeza, tan demente como el día en que había dado inicio a la Época de Locura y al Desmembramiento del Mundo, tan demente como cualquiera de esos Aes Sedai varones que habían cambiado la faz del mundo hasta dejarlo irreconocible. Lo había comprendido poco a poco; pero, cuanto más aprendía Rand sobre el Poder Único y más fuerte se hacía con el *Saidin,* más fuerte se volvía la voz de Therin y con más ahínco tenía que luchar Rand para impedir que los pensamientos de un hombre muerto se apoderasen de él. Ésa era una de las razones por las que le gustaba practicar con la espada; la ausencia de pensamientos era una barrera para conservar su propia identidad.

—Hay que encontrar una Aes Sedai —murmuró Bashere—. Si esos rumores son ciertos... Así la Luz me ciegue los ojos, ojalá no hubiese dejado que aquélla se marchara.

Mucha gente había huido de Caemlyn en los días siguientes a que Rand y los Aiel tomaran la ciudad; el propio palacio casi quedó vacío de la noche a la mañana. Había personas que a Rand le habría gustado encontrar, gente que lo había ayudado, pero todos desaparecieron. Todavía había algunos que se escabullían. Una de las que huyeron en esos primeros días fue una Aes Sedai, lo bastante joven para que en su rostro no se viera la habitual intemporalidad de sus iguales. Los hombres de Bashere mandaron aviso cuando la encontraron en una posada, pero cuando se enteró de quién era Rand echó a correr chillando. Literalmente chillando. Rand nunca descubrió a qué Ajah pertenecía. Se rumoreaba que había otra en la ciudad, pero en la actualidad corrían cientos, miles de rumores por Caemlyn, todos ellos inverosímiles, así que no parecía probable que ninguno de ellos los condujera a una Aes Sedai. Las patrullas Aiel habían avistado algunas que iban de paso por Caemlyn, todas encaminándose con prisa a alguna otra parte y ninguna de ellas dispuesta a entrar en una ciudad ocupada por el Dragón Renacido.

—¿Podría confiar en cualquier Aes Sedai? —preguntó Rand—. Además, sólo era un dolor de cabeza. No la tengo tan dura como para que no me duela un poco si le dan un golpe.

Bashere resopló sonoramente y con bastante fuerza para agitar su espeso bigote.

—Tengáis más o menos dura la cabeza, antes o después tendréis que

confiar en las Aes Sedai. Sin ellas nunca reuniréis a todas las naciones bajo vuestro mando a no ser conquistándolas. La gente mira mucho esas cosas. Por muchas que sean las Profecías que hayan oído que habéis cumplido, muchos esperarán hasta que las Aes Sedai estampen su sello sobre vos.

—En cualquier caso no podré eludir la lucha y vos lo sabéis —adujo Rand—. Los Capas Blancas no me darán la bienvenida en Amadicia aunque Ailron accediese, y desde luego Sammael no renunciará a Illian sin ofrecer resistencia. —«Sammael y Rahvin y Moghedien y...» Tuvo que hacer un ímprobo esfuerzo para apartar la idea de su mente. No era fácil. Acudían sin advertencia y nunca resultaba fácil.

Un golpe sordo lo hizo mirar hacia atrás. Arymilla estaba desplomada en las piedras del pavimento. Karind se había arrodillado para bajarle las faldas y frotarle las muñecas. Elegar se tambaleaba como si en cualquier momento fuera a unirse con Arymilla en el suelo, y ni Masin ni Elenia parecían encontrarse en mejor estado. Casi todos los demás daban la impresión de estar a punto de vomitar. La mención del Renegado podía causar esa reacción, sobre todo desde que Rand les había dicho que el tal lord Gaebril en realidad era Rahvin. No estaba seguro de hasta qué punto le creían, pero sólo considerar la posibilidad bastaba para debilitar las rodillas de muchos. Lo que los conmocionaba era preguntarse por qué seguían vivos. Si Rand sospechara que habían servido a Rahvin sabiendo quién era... «No —pensó—. Si lo hubiesen sabido, si todos fueran Amigos Siniestros, aun así los utilizarías.» A veces sentía tanto asco de sí mismo que estaba más que dispuesto a morir.

Al menos él estaba diciendo la verdad. Las Aes Sedai intentaban guardar en secreto que los Renegados estaban libres; temían que hacerlo público ocasionara más caos y pánico. Por el contrario Rand trataba de difundir la verdad. Puede que la gente sufriera pánico, pero dispondría de tiempo para recuperarse. Haciéndolo al modo de las Aes Sedai, el descubrimiento de la verdad y el pánico podrían llegar demasiado tarde para poder recuperarse. Además, la gente tenía derecho a saber a lo que se enfrentaba.

—Illian no aguantará mucho tiempo —dijo Bashere. Rand volvió la cabeza hacia él velozmente, pero el mariscal era un soldado demasiado experimentado para decir en público lo que no debía oírse. Sólo estaba cambiando el tema de conversación para que olvidaran a los Renegados. Aunque si éstos, o cualquier otra cosa, lo ponían nervioso a Davram Bashere Rand, no lo había advertido hasta entonces—. Illian se resquebrajará como una nuez partida por un martillo.

—Mat y vos discurristeis un buen plan. —La idea básica había sido suya, pero Mat y Bashere habían proyectado los mil y un detalles que harían que resultase. Mat más que Bashere.

—Un joven interesante, ese Mat Cauthon —musitó el mariscal—. Estoy deseando volver a hablar con él. Nunca ha mencionado con quién se ha instruido. ¿Con Agelmar Jagad? He oído que los dos estuvisteis en Shienar.

Rand guardó silencio. Los secretos de Mat le pertenecían a él; además, Rand no estaba seguro de que en realidad fueran de su amigo. Bashere ladeó la cabeza mientras se rascaba un lado del bigote con el dedo.

—Es joven para haber estudiado con cualquiera —continuó—. Es de vuestra edad. ¿Encontró alguna biblioteca en alguna parte? Me gustaría echar un vistazo a los libros que ha leído.

—Tendréis que preguntarle a él —repuso Rand—. Yo no lo sé.

Librodot

Suponía que Mat debía de haber leído un libro en alguna ocasión, en alguna parte, pero a su amigo no le interesaban mucho los libros. Bashere se limitó a asentir. Cuando Rand no deseaba hablar de algo, por lo general el saldaenino lo dejaba estar. Por lo general.

—La próxima vez que hagáis una escapada a Cairhien, ¿por qué no os traéis a la hermana Verde que está allí? Egwene Sedai, según creo. He oído a los Aiel hablar de ella; afirman que es de vuestro pueblo natal. En ella sí podríais confiar, ¿no?

—Egwene tiene otras obligaciones. —Rand se echó a reír. Así que una hermana Verde. Si Bashere supiera...

Somara apareció al lado de Rand llevando la camisa de lino y la chaqueta, una prenda de fina lana roja de corte andoreño, con dragones en los largos picos del cuello y apretadas hojas de laurel en las solapas y los costados de las mangas. Era alta incluso para la media Aiel, quizá menos de un palmo más baja que él. Como las demás Doncellas, también se había bajado el velo, pero el *shoufa* parduzco todavía le cubría la cabeza y el cuello.

—El *Car'a'carn* se cogerá un resfriado —rezongó.

Rand lo dudaba. Puede que a los Aiel este calor no les pareciese nada fuera de lo normal, pero a él volvía a correrle el sudor casi tan copiosamente como cuando estaba practicando con la espada. Aun así, se metió la camisa por la cabeza y la remetió entre los pantalones, aunque no anudó los lazos, y a continuación se puso la chaqueta. No creía que Somara se atreviese a ponerle la ropa delante de los demás, pero de este modo se ahorraba sermones de ella y de Enaila y puede que alguna más de las otras, así como una tisana.

Para casi todos los Aiel era el *Car'a'carn,* y lo mismo rezaba para las Doncellas. En público. A solas con estas mujeres que habían elegido rechazar el matrimonio y el hogar en favor de la lanza, las cosas se volvían más complicadas. Suponía que podría ponerle fin —tal vez— pero se sentía obligado a no hacerlo; se lo debía. Algunas ya habían muerto por él y morirían más —¡lo había prometido, así la Luz lo abrasara por ello!— y, si podía dejarlas que hicieran eso, también podía dejarlas hacer todo lo demás. El sudor empapó la camisa de inmediato y empezó a dejar marcas oscuras en la chaqueta.

—Necesitáis a las Aes Sedai, al'Thor —insistió Bashere.

Rand confiaba en que fuese la mitad de tenaz a la hora de luchar; tal era la reputación del mariscal, pero sólo disponía de la reputación de este hombre y de unas cuantas semanas.

—No podéis permitiros el lujo de tenerlas en contra —continuó Bashere—. Y, aunque no lo estuviesen, pensad al menos que tienen unas cuantas cuerdas atadas a vos y podrían ir por ahí. Las Aes Sedai se valen de mañas y uno nunca sabe qué harán o por qué.

—¿Y si os digo que hay cientos de Aes Sedai dispuestas a apoyarme? —Rand se dio cuenta de que los andoreños estaban escuchando; debía tener cuidado de no hablar demasiado. Y no es que supiese mucho. Lo que sabía probablemente era exageración y esperanza. Ciertamente dudaba que fueran «cientos», insinuara lo que insinuara Egwene.

Bashere estrechó los ojos.

—Si es que viene una delegación de la Torre se me debería informar para así... —Su tono de voz bajó a un susurro—. ¿La escisión? ¿De verdad la Torre se ha dividido?

Librodot

Lo dijo como si no pudiese creer las palabras que salían de su boca. Todo el mundo sabía que Siuan Sanche había sido depuesta de la Sede Amyrlin y que la habían neutralizado. Y ejecutado, de dar crédito a los rumores. Empero, para la mayoría de la gente una escisión en la Torre sólo eran conjeturas que muy pocos creían. La Torre Blanca había permanecido unida, como un monolito elevado sobre los tronos, durante tres mil años. Pero el saldaenino era un hombre que tomaba en cuenta todas las posibilidades. Cuando continuó lo hizo en un apagado murmullo y se acercó más a Rand para que los andoreños no pudiesen escucharlo:

—Las rebeldes deben de estar dispuestas a apoyaros. Podríais alcanzar un acuerdo más ventajoso con ellas, ya que os necesitan tanto como vos a ellas y puede que más. Pero las rebeldes, aunque sean Aes Sedai, no tendrán tanto peso como la Torre Blanca. Ciertamente no con ninguna corona. El pueblo llano puede que no comprenda la diferencia, pero los reyes y las reinas sí.

—Siguen siendo Aes Sedai —repuso Rand en un tono igualmente bajo— , sean rebeldes o no.

«Y estén donde estén —pensó, desabrido—. Aes Sedai... Siervos de Todos... la Antecámara de los Siervos se ha roto... roto para siempre... roto... Ilyena, amor mío...» Rechazó violentamente los pensamientos de Lews Therin. En realidad a veces le habían sido útiles al darle información que necesitaba, pero estaban cobrando demasiada fuerza. Si tuviese una Aes Sedai allí —una Amarilla; eran las más diestras con la Curación—, tal vez podría... Había habido una Aes Sedai en la que había confiado, aunque no hasta poco antes de que muriese. Y Moraine le había dejado escrito un consejo sobre las Aes Sedai, sobre cualquier mujer que llevara el chal y el anillo.

—Jamás confiaré en ninguna Aes Sedai —dijo en voz queda, rasposa—. Las utilizaré porque las necesito, pero de la Torre o rebeldes sé que tratarán de utilizarme, porque eso es lo que hacen las Aes Sedai. Nunca confiaré en ellas, Bashere.

El saldaenino asintió lentamente.

—Entonces utilizadlas, si podéis. Pero recordad esto: nadie resiste mucho tiempo siguiendo el camino que ellas marcan. —De repente soltó una carcajada—. Artur Hawkwing fue el primero y el último que lo logró, que yo sepa. Así la Luz abrase mis ojos, quizá vos seáis el segundo.

El sonido de unas botas anunció la llegada de alguien al patio, uno de los hombres de Bashere, un tipo joven de hombros fornidos y nariz afilada, un palmo más alto que su general, con una espesa y brillante barba negra y un bigote igualmente denso. Caminaba como quien está más acostumbrado a la silla de montar que a sus propios pies, pero movió con fácil desenvoltura la espada que llevaba a la cadera cuando hizo una reverencia, más a Bashere que a Rand; puede que el mariscal acatara las decisiones del Dragón Renacido, pero Tumad —Rand creía que se llamaba así, Tumad Ahzkan— obedecía las órdenes de Bashere. Enaila y otras tres Doncellas clavaron los ojos en el recién llegado; no se fiaban de ningún habitante de las tierras húmedas que se acercase al *Car'a'carn.*

—Un hombre se ha presentado en las puertas —informó Tumad con aire intranquilo—. Dice que... que es Mazrim Taim, milord Bashere.

Librodot

CAPÍTULO 2

Llega otro viajero

Mazrim Taim. Antes que Rand otros hombres habían proclamado ser el Dragón Renacido a lo largo de los siglos. En los últimos años se había producido una plétora de falsos Dragones, algunos de los cuales poseían capacidad para encauzar. Mazrim Taim era uno de ellos; había reclutado un ejército y causó estragos en Saldaea antes de que lo prendieran. La expresión de Bashere no cambió, pero aferró la empuñadura de la espada con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos; Tumad lo miraba, a la espera de sus órdenes. Para empezar, la huida de Taim cuando iba de camino a Tar Valon para ser amansado era el motivo de que Bashere hubiese ido a Andor. Hasta ese punto Saldaea temía y odiaba a Mazrim Taim; la reina Tenobia había enviado a su mariscal con un ejército para perseguir al hombre dondequiera que se dirigiese y el tiempo que hiciese falta por mucho que fuera, con tal de asegurarse de que Taim no volvería a ocasionar problemas a Saldaea.

Las Doncellas conservaron la calma, pero el nombre se propagó entre los andoreños como una antorcha arrojada en un pastizal seco. A Arymilla acababan de incorporarla, pero los ojos de la noble se pusieron en blanco otra vez; se habría desplomado de nuevo si Karind no la hubiese sostenido para tumbarla con cuidado en el suelo. Elegar retrocedió tambaleándose hasta la columnata, se dobló por la cintura y vomitó ruidosamente. Los demás reaccionaron con exclamaciones ahogadas y pánico, llevándose pañuelos a la boca y asiendo las empuñaduras de las espadas. Hasta la imperturbable Karind se lamió los labios con nerviosismo.

Rand sacó la mano del bolsillo de su chaqueta.

—La amnistía —dijo, y los dos saldaeninos le asestaron una larga e intensa mirada.

—¿Y si no ha venido por vuestra amnistía? —inquirió Bashere al cabo de un momento—. ¿Y si todavía afirma ser el Dragón Renacido?

Los andoreños rebulleron con inquietud; nadie deseaba encontrarse en las inmediaciones de un lugar donde podría utilizarse el Poder Único en un duelo.

—Si piensa eso —manifestó firmemente Rand—, lo sacaré de su error. —En el bolsillo guardaba un *angreal* muy peculiar, uno creado para ser utilizado por hombres, la figurilla de un hombre gordo con una espada. Por fuerte que fuese Taim no podría hacer frente a algo así—. Pero si ha venido por la amnistía, la tendrá, al igual que cualquier otro.

Fuera lo que fuera lo que Taim había hecho en Saldaea, Rand no podía permitirse el lujo de rechazar a un hombre capaz de encauzar, un hombre al que no sería necesario enseñar desde el principio, empezando por los primeros pasos. Necesitaba a un hombre así. No rechazaría a nadie excepto a uno de los Renegados; no a menos que se viera forzado a hacerlo. «Demandred y Sammael, Semirhage y Mesaana, Asmodean y…» Rand obligó a Lews Therin a recluirse de nuevo en lo más recóndito de su mente; en ese

momento no podía permitirse distracciones.

Bashere hizo de nuevo una pausa antes de hablar, pero finalmente asintió con la cabeza y soltó la espada.

—Vuestra amnistía sigue teniendo vigencia, por supuesto, pero fijaos bien en esto, Rand al'Thor: si Taim vuelve a poner un pie en Saldaea, no vivirá para salir de allí. Hay demasiados recuerdos, y ninguna orden mía ni de la propia Tenobia podría impedirlo.

—Lo mantendré lejos de Saldaea. —Una de dos: o Taim había acudido para someterse a él o sería preciso matarlo. En un gesto inconsciente Rand se llevó la mano al bolsillo y apretó la figurilla del hombre gordo a través del paño—. Traedlo aquí.

Tumad miró a Bashere, pero el breve cabeceo del mariscal asintiendo fue tan inmediato que dio la impresión de que Tumad inclinaba la cabeza obedientemente en respuesta a la orden expresada en voz alta por Rand, que a pesar de su repentina irritación no dijo nada. Tumad salió presuroso con su peculiar forma de caminar, ligeramente bamboleante. Bashere se cruzó de brazos y permaneció de pie con aire relajado. Sin embargo, aquellos oscuros y rasgados ojos, clavados en el lugar por el que Tumad había salido, le daban la imagen de un hombre en alerta y preparado para matar.

De nuevo se produjo el nervioso movimiento de pies entre los andoreños, un indeciso alejarse unos pasos para después desandarlos y volver al mismo sitio. Respiraban como si hubiesen corrido kilómetros.

—Podéis marcharos —les dijo Rand.

—Por lo que a mí respecta, me quedo con vos —empezó Lir justo en el momento en que Naean decía secamente:

—No huiré de...

Querían demostrarle que no tenían miedo aunque estuviesen a punto de ensuciarse encima; deseaban salir corriendo olvidando la poca dignidad que todavía no le habían echado a los pies para que la pisoteara. La elección era sencilla. Él era el Dragón Renacido y ganarse su favor significaba obedecer; además, en este caso obedecer coincidía con sus deseos. Hubo un agitado trajín de reverencias e inclinaciones de cabezas, de apresurados murmullos de «con vuestro permiso, mi señor Dragón» y «como ordenéis, mi señor Dragón» y salieron... no exactamente disparados, pero sí caminando tan deprisa como les era posible sin parecer que salían pitando. Y justo en dirección contraria a la tomada por Tumad; era obvio que querían evitar el riesgo de toparse con Mazrim Taim mientras éste se dirigía hacia el patio.

La espera se hizo más larga con el calor; se tardaba un rato en conducir a un hombre a través de los numerosos pasillos que había desde las puertas principales, pero una vez que los andoreños se hubieron marchado nadie se movió. Bashere seguía con la vista fija en la dirección por la que aparecería Taim. Las Doncellas observaban vigilantes todo, pero siempre lo hacían; y, si daban la impresión de estar prestas a cubrirse con el velo en cualquier momento, también hacían eso siempre. Salvo por los ojos, habríase dicho que eran estatuas.

Finalmente el sonido de botas resonó en el patio. Rand estuvo a punto de aferrar el *Saidin,* pero se contuvo. Ese hombre se daría cuenta de que estaba en contacto con el Poder tan pronto como entrara en el patio, y Rand no podía permitirse el lujo de parecer que le tenía miedo.

Tumad salió primero al patio soleado, seguido de un hombre de cabello negro y algo más alto que la talla media, cuya tez atezada y ojos rasgados lo señalaban como otro saldaenino, aunque iba pulcramente afeitado y vestido

Librodot

como cualquier mercader próspero de Andor que está pasando un mal momento. La chaqueta azul oscuro era de buena lana e iba ribeteada con terciopelo de una tonalidad más oscura, pero el uso había deshilachado los puños, los pantalones le hacían bolsas en las rodillas y las agrietadas botas estaban cubiertas por una capa de polvo. Aun así caminaba con orgullo, una hazaña nada despreciable teniendo en cuenta que otros cuatro soldados de Bashere iban detrás de él con aquellas espadas ligeramente serpentinas desenvainadas y las puntas a escasos centímetros de sus costillas. El calor no parecía afectarlo. Los ojos de las Doncellas siguieron su aproximación.

Rand estudió a Taim mientras el hombre y su escolta cruzaban el patio. Por lo menos era quince años mayor que él, de modo que debía de tener unos treinta y cinco o pocos más. Se sabía poco y se había escrito menos sobre los hombres que podían encauzar, ya que era un tema que evitaba la mayoría de la gente decente, pero Rand había investigado todo lo posible. En la actualidad eran relativamente escasos los hombres que buscaban poseer tal habilidad, y ése era uno de los problemas de Rand. Desde el Desmembramiento, la mayoría de los hombres que encauzaban poseían esa habilidad de manera innata, presta para surgir cuando llegaban a adultos. Algunos se las ingeniaban para mantener la locura a raya durante años antes de que las Aes Sedai los encontraran y los amansaran; otros ya estaban irremediablemente locos cuando daban con ellos, en ocasiones antes de que hubiese transcurrido un año desde la primera vez que tocaban el *Saidin.* Hasta el momento Rand se había aferrado a la cordura durante casi dos años. No obstante, ante él tenía a un hombre que debía de haberlo hecho durante diez o quince; eso por sí solo era importante.

Se detuvieron a unos cuantos pasos de Rand obedeciendo un gesto de Tumad. Rand abrió la boca; pero, antes de que tuviese ocasión de hablar, Lews Therin emergió en su mente con un arrebato de furia:

«Sammael y Demandred me odiaban, les otorgara los honores que les otorgase. Cuanto mayores los honores, mayor su odio, hasta que vendieron sus almas y se pasaron a la Sombra. En especial Demandred. ¡Tendría que haberlo matado! ¡Tendría que haberlos matado a todos! ¡Abrasar el mundo para matarlos! ¡Abrasar el mundo!»

Sin mudar el semblante, Rand luchó para recobrar su propia mente. «Soy Rand al'Thor. ¡Rand al'Thor! ¡Jamás conocí a Sammael ni a Demandred ni a ninguno de los otros! ¡La Luz me consuma, soy Rand al'Thor!» Sonaba como una súplica. Lews Therin desapareció, rechazado de vuelta a cualesquiera que fuesen las sombras en las que residía.

—¿Decís que sois Mazrim Taim? —preguntó Bashere aprovechando el silencio. Su timbre era dubitativo, y Rand lo miró desconcertado. ¿Era o no era Taim? Sólo un demente se identificaría como él si no lo era.

Los labios del prisionero se curvaron levemente en lo que podría haberse tomado por un amago de sonrisa mientras el hombre se frotaba la mejilla.

—Me he afeitado, Bashere. —En su voz se advertía algo más que un indicio de sorna—. Hace calor aquí, tan al sur, ¿o es que no lo habéis notado? Más de lo que sería lógico, incluso en esta zona. ¿Queréis una prueba de que soy quien digo? ¿Deseáis que encauce? —Sus oscuros ojos se desviaron fugazmente hacia Rand y luego volvieron hacia Bashere, cuyo rostro se iba tornando más sombrío de minuto en minuto—. No, eso no sería aconsejable ahora. Os recuerdo. Os estaba derrotando en Irinjavar hasta que aquellas visiones aparecieron en el cielo. Claro que eso es algo que sabe todo

el mundo. ¿Qué podría haber que no supiera nadie excepto vos y Mazrim Taim? —Pendiente por completo de Bashere parecía no advertir a los guardias ni sus espadas, todavía apuntadas a sus costillas—. Me he enterado de que ocultasteis lo que les ocurrió a Musar, Hachari y sus esposas. —Ahora el timbre de sorna había desaparecido; Taim se limitaba a contar lo sucedido—. No debieron intentar matarme utilizando la añagaza de una bandera blanca para parlamentar. Confío en que les hayáis encontrado un buen puesto como sirvientes, ya que lo único que realmente desean ahora es servir y obedecer; no serían felices de otra forma. Podría haberlos matado. Habría estado en mi derecho puesto que los cuatro desenvainaron dagas.

—¡Taim, sois...! —gruñó Bashere mientras su mano volaba hacia la empuñadura de la espada.

Rand se interpuso entre los dos y aferró la muñeca del mariscal cuando el arma estaba ya medio desenvainada. Las espadas de los guardias, así como la de Tumad, tocaban ahora a Taim y probablemente las puntas llegaban a la carne a juzgar por la presión que ejercían contra la chaqueta, pero el prisionero no hizo el menor gesto de dolor.

—¿Habéis venido a verme o a zaherir a lord Bashere? —demandó Rand—. Si volvéis a provocarlo dejaré que os mate. Mi amnistía condona lo que habéis hecho, pero no os autoriza a alardear de vuestros crímenes.

Taim estudió a Rand un momento antes de hablar. A despecho del calor el tipo apenas transpiraba.

—Vine a veros. Sois el de la visión en el cielo. Se dice que era el Oscuro en persona contra quien combatíais.

—El Oscuro no —repuso Rand. Bashere no estaba forcejeando exactamente, pero notaba la tensión en el brazo del mariscal. Si lo soltaba, la espada saldría del todo y atravesaría a Taim en un visto y no visto. A menos que utilizara el Poder. O lo utilizara Taim. Había que evitar tal cosa si ello era posible. Mantuvo los dedos cerrados firmemente en la muñeca de Bashere—. Se llamaba a sí mismo Ba'alzemon, pero creo que era Ishamael. Lo maté posteriormente, en la Ciudadela de Tear.

—Se comenta que habéis acabado con varios de los Renegados. ¿He de llamaros mi señor Dragón? He oído a esta pandilla usar ese título. ¿Os proponéis matar a todos los Renegados?

—¿Conocéis acaso otro modo de ocuparse de ellos? —inquirió Rand—. O mueren o es el mundo el que perece. A no ser que creáis que se los puede convencer de que abandonen a la Sombra del mismo modo que abandonaron la Luz.

Esto estaba tomando un viso ridículo. Aquí estaba, sosteniendo una conversación con un hombre que sin duda tenía clavadas cinco puntas de espada a través de la chaqueta mientras que él frenaba a otro que quería añadir una sexta y no sólo para hacerle sangrar un hilillo. Al menos los hombres de Bashere eran demasiado disciplinados para hacer más sin el permiso de su general. Y al menos Bashere estaba manteniendo la boca cerrada. Admirando la frialdad de Taim, Rand continuó tan rápidamente como le era posible sin parecer que tenía prisa:

—Sean cuales sean vuestros crímenes, Taim, palidecen si se los compara con los de los Renegados. ¿Alguna vez habéis torturado a toda una ciudad, habéis hecho que miles de personas colaboren para destruirse entre sí lentamente, para acabar con sus propios seres queridos? Semirhage hizo eso sin otro motivo que demostrar que podía, por el puro placer de hacerlo.

Librodot

¿Habéis matado niños? Graendal sí. Lo llamó un acto de piedad para que así no sufrieran después de que esclavizara a sus padres y se los llevara. —Sólo esperaba que los otros saldaeninos estuvieran escuchando con la mitad de atención que Taim, quien de hecho se había inclinado ligeramente hacia adelante, interesado. Y esperaba que no le hiciesen muchas preguntas respecto de dónde le venían esos conocimientos.

»¿Habéis entregado personas a los trollocs para que las devoren? Todos los Renegados lo hicieron; así acababan los prisioneros que no se pasaban a su bando. Eso si no se los asesinaba de entrada. Demandred arrasó dos ciudades sólo porque creía que sus habitantes lo habían menospreciado antes de que se pasara a la Sombra, y todos, hombres, mujeres y niños, terminaron en las panzas de los trollocs. Mesaana fundó escuelas en el territorio que controlaba, centros donde se instruía a niños y a jóvenes en las «maravillas» del Oscuro y se les enseñaba a matar a los amigos que no aprendían bien o lo bastante deprisa.

»Podría seguir. Podría empezar desde el principio de la lista pasando por los trece en su totalidad, enumerando un centenar de crímenes igualmente espantosos perpetrados por cada uno de ellos. Sea lo que sea lo que hayáis hecho, no tiene punto de comparación con eso. Y ahora habéis venido para acogeros a mi perdón, para caminar bajo la Luz y someteros a mí, para combatir al Oscuro con más empeño del que hayáis puesto en combatir a nadie. Los Renegados se tambalean; me propongo darles caza a todos y erradicarlos. Vos me ayudaréis en ese cometido y con ello os habréis ganado el perdón. Para seros sincero, probablemente os lo habréis ganado por centuplicado antes de que la Última Batalla haya concluido.

Por fin notó que Bashere relajaba los músculos del brazo y sintió la espada del hombre deslizándose dentro de la vaina. Rand casi no pudo contener un suspiro de alivio.

—No veo razón para vigilarlo tan de cerca ahora —manifestó—. Guardad las armas.

Despacio, Tumad y los otros empezaron a envainar las espadas. Despacio, pero lo estaban haciendo.

—¿Someterme? —dijo entonces Taim—. Yo había pensado en un pacto entre nosotros.

Los soldados saldaeninos se pusieron tensos de nuevo; Bashere seguía detrás de Rand, pero éste notó su tensión. Las Doncellas no movieron un solo músculo a excepción de Jalani, cuya mano se crispó fugazmente, como si la hubiese frenado cuando iba hacia el velo. Taim ladeó la cabeza sin percatarse de nada.

—Yo sería el socio menor, por supuesto —continuó Taim—. Pero yo he dispuesto de más años para estudiar el Poder y hay mucho que podría enseñaros.

La cólera se apoderó de Rand hasta formar un velo rojo en su vista. Había hablado de cosas de las que no debería tener conocimiento, lo que probablemente daría origen a docenas de rumores sobre sí mismo y los Renegados, todo con el fin de hacer menos tenebrosos los actos de este tipo, ¿y encima tenía la desfachatez de hablar de pactos? Lews Therin empezó a despotricar dentro de su cabeza. «¡Mátalo! ¡Mátalo ya! ¡Mátalo!» Por una vez Rand no se molestó en acallar la voz.

—¡Nada de pactos! —bramó—. ¡Nada de socios! ¡Soy el Dragón Renacido, Taim! ¡Yo! Si poseéis algún conocimiento que me pueda ser útil, lo aprovecharé, pero iréis donde diga, haréis lo que diga y cuando lo diga.

Librodot

Sin vacilar un momento Taim hincó una rodilla en el suelo.

—Me someto al Dragón Renacido. Serviré y obedeceré. —Las comisuras de sus labios se curvaron de nuevo en aquel amago de sonrisa mientras se levantaba. Tumad lo miraba boquiabierto.

—¿Tan de repente? —inquirió en voz queda Rand. Su cólera no se había apaciguado, sino todo lo contrario. Si le daba rienda suelta no sabía qué podría hacer. Lews Therin seguía farfullando en su mente. «¡Mátalo! ¡Debes matarlo!» Rand lo rechazó hasta reducir la voz a un murmullo apenas audible. Tal vez no debería sorprenderse por esta claudicación; ocurrían cosas raras en torno a los *ta'veren,* sobre todo con uno tan fuerte como él. Que un hombre cambiase de opinión en un momento, aun en el caso de que su curso estuviera cincelado en piedra, no debería ser una gran sorpresa—. Os proclamasteis el Dragón Renacido, librasteis batallas por todo Saldaea, sólo consiguieron capturaros cuando os dejaron inconsciente de un golpe, ¿y ahora os dais por vencido tan rápidamente? ¿Por qué?

—¿Qué opciones tengo? —Taim se encogió de hombros—. ¿Vagar por el mundo solo, sin amigos y perseguido, en tanto que vos alcanzáis la gloria? Eso suponiendo que Bashere, o vuestras guerreras Aiel, no se las apañan para matarme antes de que pueda salir de la ciudad. Y, si no lo hacen, las Aes Sedai me acorralarán antes o después; dudo que la Torre tenga intención de olvidarse de Mazrim Taim. La otra opción es seguiros; así parte de esa gloria será mía. —Por primera vez miró en derredor, a los guardias, a las Doncellas, y sacudió la cabeza como si no diera crédito a sus ojos—. Podría haber sido yo el profetizado. ¿De qué otro modo podía estar seguro? Encauzo; y soy fuerte en el Poder. ¿Quién podía afirmar que yo no era el Dragón Renacido? Sólo tenía que cumplir una de las Profecías.

—¿Cómo por ejemplo lo de haber nacido en las laderas del Monte del Dragón? —inquirió fríamente Rand—. Ésa era la primera Profecía que había que cumplir.

Los labios de Taim volvieron a curvarse. En realidad no era una sonrisa, ya que el rictus nunca se reflejaba en sus ojos.

—Los vencedores escriben la historia. Si yo hubiese tomado la Ciudadela de Tear, la historia habría demostrado que nací en el Monte del Dragón de una mujer a la que jamás tocó un hombre, y los cielos habrían resplandecido para anunciar mi llegada. Ese tipo de cosas que ahora cuentan sobre vos. Pero conquistasteis la Ciudadela con vuestros Aiel y el mundo os aclama como el Dragón Renacido. Sé a qué atenerme para ir contra eso; sois el anunciado. En resumen, puesto que no puede ser mía toda la hogaza, me conformaré con las rodajas que me toquen.

—Es posible que alcancéis honores, Taim, y puede que no. Si empezáis a reconcomeros por eso, pensad lo que les ocurrió a los otros que hicieron lo mismo que hicisteis vos. Logain, capturado y amansado; corren rumores de que ha muerto en la Torre. Un tipo del que no se conoce ni el nombre, decapitado por los tearianos en Haddon Mirk. Otro quemado vivo en la hoguera por los murandianos. ¡Quemado vivo, Taim! Es lo que los illianos le hicieron también a Gorin Rogad hace cuatro años.

—No es una suerte que me gustaría compartir —manifestó Taim sin alterar el gesto.

—Entonces olvidaos de honores y recordad la Última Batalla. Todo cuanto hago tiene como meta el Tarmon Gai'don. Todo lo que os diga que hagáis tendrá el mismo objetivo. ¡Y será también el vuestro!

—Por supuesto. —Taim alzó las manos—. Sois el Dragón Renacido, no

lo pongo en duda y lo admito públicamente. Marcharemos juntos al Tarmon Gai'don, donde según anuncian las Profecías venceréis. Y la historia dirá que Mazrim Taim estuvo a vuestra derecha.

—Tal vez —repuso Rand cortante. Había vivido demasiadas profecías para creer que alguna de ellas significara exactamente lo que decía. Ni siquiera que aseguraran nada. En su opinión, una profecía marcaba los requisitos que debían concurrir para que algo ocurriera; sólo que el hecho de que se dieran tales requisitos no significaba que tal cosa sucedería, únicamente que podría suceder. Ciertas condiciones estipuladas en las Profecías del Dragón daban a entender que él tenía que morir para tener alguna oportunidad de vencer. Pensar en ello no mejoró precisamente su irritación—. Quiera la Luz que vuestra oportunidad no se presente demasiado pronto. Y bien, ¿qué conocimientos tenéis que me sean útiles? ¿Podéis enseñar a encauzar a los hombres? ¿Podéis hacer pruebas a un varón para saber si se le puede enseñar?

A diferencia de las mujeres, un hombre capaz de encauzar no podía percibir la habilidad en otro. Existían tantas disimilitudes con respecto al Poder Único entre hombres y mujeres como las que había físicamente entre uno y otro sexo; a veces la divergencia era cuestión del grosor de un cabello y otras como la disparidad entre piedra y seda.

—¿Os referís a vuestra amnistía? ¿De verdad existen necios que han acudido para aprender a ser como vos y yo?

Bashere se limitó a mirar con menosprecio a Taim, cruzado de brazos y plantado con los pies bien separados, pero Tumad y los guardias rebulleron con nerviosismo. No así las Doncellas. Rand no tenía idea de lo que opinaban las Doncellas sobre la veintena de hombres que había respondido a su llamada; nunca dejaban entrever lo que pensaban al respecto. Mas, con el recuerdo de Taim como un falso Dragón todavía fresco en sus cabezas, pocos de los saldaeninos pudieron ocultar su inquietud.

—Limitaos a responder, Taim. Si podéis hacer lo que quiero, decidlo. Si no... —Eso lo dijo impulsado por la rabia. No podía deshacerse del hombre aunque cada día tuviera que sostener un pulso de voluntades con él. Sin embargo, por lo visto Taim sí pensaba que lo decía en serio.

—Puedo hacer las dos cosas —se apresuró a aclarar—. He encontrado a cinco durante todos estos años, aunque realmente no los buscaba, pero sólo uno tuvo el valor de ir más allá de la prueba. —Vaciló antes de añadir—: Se volvió loco al cabo de dos años. Tuve que matarlo antes de que él me matara a mí.

Dos años.

—Vos habéis aguantado mucho más tiempo. ¿Cómo? —inquirió Rand.

—¿Preocupado? —preguntó suavemente Taim, que después se encogió de hombros—. En eso no puedo ayudaros porque ignoro cómo. Sólo sé que lo he conseguido. Estoy tan cuerdo como... —Sus ojos buscaron fugazmente al mariscal, haciendo caso omiso de la implacable mirada del otro hombre—. Como lord Bashere.

De repente Rand se planteó una pregunta. La mitad de las Doncellas se había dado media vuelta para vigilar el resto del patio; no enfocaban su atención en un posible peligro de manera que descuidasen otros. El peligro latente era Taim, y la otra mitad de las Doncellas seguía con la mirada prendida en él y en Rand, alertas a cualquier señal de que el peligro era real. Cualquier hombre tendría que haber estado pendiente de ellas, de la posible muerte apareciendo de repente en sus ojos y sus manos. Rand era muy

Librodot

consciente de su amenazadora presencia, y eso que ellas querían protegerlo. Y Tumad y los otros guardias todavía aferraban las empuñaduras de sus espadas, prestos para desenvainarlas de nuevo. Si los hombres de Bashere y las Aiel decidían matar a Taim, al hombre no le iba a resultar nada fácil escapar del patio a pesar de que encauzara, a no ser que Rand lo ayudase. Sin embargo, Taim no les prestaba más atención a los soldados y a las Doncellas de lo que hacía con las columnas que rodeaban el patio o las losas que estaba pisando. ¿Era bravura, real o fingida, u otra cosa? ¿Una especie de locura?

—Todavía no confiáis en mí —dijo Taim al cabo de un momento de silencio—. No tenéis razones para fiaros, claro. Todavía. Con el tiempo lo haréis. Como prueba de esa futura confianza, os he traído un regalo.

De debajo de la gastada chaqueta sacó un paquete envuelto con harapos, un poco más grande que los dos puños de un hombre juntos. Rand frunció el entrecejo y lo cogió; se le cortó la respiración cuando tocó la forma que había dentro. Retiró con precipitación los harapos de diversos colores y dejó a la vista un disco del tamaño de su palma; un disco como el que había dibujado en el estandarte escarlata que ondeaba en lo alto de palacio, la mitad blanco y la mitad negro: el antiguo símbolo de los Aes Sedai antes del Desmembramiento del Mundo. Pasó los dedos sobre las dos mitades en forma de lágrimas encajadas entre sí.

Sólo se habían creado siete como éste, de *cuendillar.* Eran los sellos de la prisión del Oscuro, los que impedían que la Sombra tocara el mundo. Rand guardaba otros dos, cuidadosamente ocultos, celosamente protegidos. Nada podía romper el *cuendillar,* ni siquiera el Poder Único —el borde de una delicada copa hecha con piedra del corazón podía arañar el acero o un diamante— pero tres de los siete se habían roto. Él los había visto fracturados. Había presenciado cómo Moraine cortaba una fina lámina del borde de uno. Los sellos se estaban debilitando, sólo la Luz sabía cómo y por qué. El disco que sostenía ahora en sus manos poseía el tacto terso y duro del *cuendillar,* cual una mezcla de la más fina porcelana con acero bruñido; empero, estaba seguro de que se rompería si lo dejaba caer en las losas del suelo.

Tres rotos. Tres en su posesión. ¿Dónde estaría el séptimo? Sólo había cuatro sellos entre la raza humana y el Oscuro. Cuatro si es que el último seguía indemne. Sólo cuatro, interponiéndose entre la humanidad y la Última Batalla. ¿Hasta qué punto aguantaban todavía, considerando su fragilidad?

La voz de Lews Therin irrumpió como un trueno. «Rómpelo. Rómpelos todos. Tienes que romperlos. Tienes que hacerlo. Debes hacerlo. Rómpelos todos y ataca. Tienes que atacar rápidamente. Ahora. Rómpelo. Rómpelo. Rómpelo…»

Rand temblaba por el esfuerzo de rechazar aquella voz, de despejar la bruma que se adhería a su cerebro como telarañas. Los músculos le dolían como si luchase a brazo partido con un hombre de carne y hueso, un coloso. Puñado a puñado metió la niebla que era Lews Therin en los rincones más recónditos, en las sombras más densas que pudo encontrar en su mente.

De pronto escuchó las palabras que estaba mascullando con voz ronca:

—Hay que romperlo ahora. Romperlos todos. Romperlo. Romperlo.

Súbitamente fue consciente de que tenía las manos levantadas por encima de la cabeza, sosteniendo el sello, dispuesto a estamparlo contra las blancas losas del suelo. Si no lo había hecho ya era porque Bashere, puesto

de puntillas y alzados los brazos, le aferraba las muñecas.

—No sé lo que es eso —dijo quedamente el mariscal—, pero creo que deberíais esperar antes de tomar la decisión de romperlo, ¿eh?

Tumad y los demás ya no vigilaban a Taim; ahora lo contemplaban a él, boquiabiertos y con los ojos desorbitados. Hasta las Doncellas habían vuelto la vista hacia él con expresión preocupada. Sulin dio un corto paso hacia los hombres, y Jalani tenía tendida la mano en dirección a Rand como si no fuera consciente de su gesto.

—No. —Rand tragó saliva; le dolía la garganta—. Creo que no debo hacerlo.

Bashere retrocedió lentamente, y Rand bajó el sello con igual parsimonia. Si Taim le había dado la impresión de ser imperturbable, ahora tenía prueba de lo contrario. La conmoción se plasmaba en el semblante del hombre.

—¿Sabéis lo que es esto, Taim? —demandó Rand—. Tenéis que saberlo o no me lo habríais traído. ¿Dónde lo encontrasteis? ¿Tenéis alguno más? ¿Sabéis dónde hay otro?

—No —contestó Taim con voz insegura. No con miedo, precisamente, sino más bien como un hombre que ha sentido cómo cede bajo sus pies el borde de un acantilado y de repente se encuentra con que está pisando suelo firme de nuevo—. Ése es el único que yo... He oído todo tipo de rumores desde que escapé de las Aes Sedai: monstruos que se materializan de repente en el aire; bestias extrañas; hombres que hablan con animales y éstos les responden; Aes Sedai que se vuelven locas como se supone que nos ocurre a nosotros; pueblos donde todos sus habitantes pierden la razón y se matan entre sí. Algunos pueden ser verdad. La mitad de lo que sé que es cierto no resulta menos demencial. Oí que algunos de los sellos se habían roto. Ése podría romperlo un martillo.

Bashere frunció el ceño y contempló intensamente el disco que sostenía Rand en las manos; entonces soltó una exclamación ahogada. Ahora entendía.

—¿Dónde lo encontrasteis? —reiteró Rand. Si pudiese encontrar el último... ¿Qué? Lews Therin rebulló, pero se negó a escucharlo.

—En el último lugar que podríais imaginar —contestó Taim—, lo que me hace suponer que es el primer sitio donde habría que buscar los otros: en una pequeña granja medio desmoronada, en Saldaea. Me detuve para beber agua y el granjero me lo entregó. Era viejo y no tenía hijos ni nietos a los que dejárselo, y creía que yo era el Dragón Renacido. Aseguraba que su familia lo había guardado durante más de dos mil años, y que eran reyes y reinas durante la Guerra de los Trollocs, y nobles a las órdenes de Artur Hawkwing. Su relato podría ser cierto. No resulta menos increíble que el hecho de encontrar eso en una cabaña a sólo unos cuantos días de camino de la Frontera de la Llaga.

Rand asintió con un cabeceo y luego se agachó para recoger los harapos. Estaba acostumbrado a que a su alrededor ocurriese lo impensable; a veces tenía que ocurrir también en otros lugares. Envolvió de nuevo el sello y se lo entregó a Bashere.

—Guardad esto con gran celo. —«¡Rómpelo!» Ahogó aquella voz sin miramientos—. Que no le ocurra nada malo.

Bashere tomó reverentemente el bulto con las dos manos. Rand no supo con certeza si la inclinación de cabeza del mariscal iba dirigida a él o al sello.

Librodot

—Durante diez horas o diez años, estará a salvo hasta que lo pidáis.

Rand lo observó atentamente un momento.

—Todos esperan y temen que pierda la cordura, pero vos no. Debisteis pensar que finalmente me había ocurrido, pero ni siquiera entonces tuvisteis miedo.

Bashere se encogió de hombros, sonriendo debajo del tupido bigote canoso.

—La primera vez que dormí en la silla de montar, Muad Cheade era el mariscal. Aquel hombre estaba más loco que una cabra. Dos veces al día registraba a su asistente buscando veneno y sólo bebía vinagre y agua, que según él era un eficaz antídoto para el tóxico que el tipo le suministraba, pero se comía todo lo que el hombre preparaba durante todo el tiempo que serví con él. Una vez hizo talar un robledal porque los árboles lo estaban mirando mal, y después insistió en hacerles un funeral como era debido; él mismo dijo la oración. ¿Tenéis idea de lo que se tarda en cavar tumbas para veintitrés robles?

—¿Por que no tomó medidas alguien? ¿Su familia no podía hacer nada?

—Los que no estaban tan chiflados como él, o más, tenían miedo hasta de mirarlo de reojo. De todos modos el padre de Tenobia no habría permitido que nadie tocara a Cheade. Estaría loco, pero superaba en táctica militar a cualquier general. Jamás perdió una batalla. Ni siquiera llegó a estar cerca de la derrota en ningún momento.

Rand se echó a reír sin poderlo remediar.

—¿Así que me seguís porque creéis que puedo superar en táctica militar al Oscuro?

—Os sigo porque sois quien sois —repuso sosegadamente Bashere—. El mundo debe seguiros o quienes sobrevivan desearán estar muertos.

Rand asintió lentamente. Las Profecías anunciaban que destruiría naciones y las uniría. No es que quisiera hacerlo, pero las Profecías eran la única guía que tenía sobre cómo disputar la Última Batalla, cómo ganarla. Incluso sin ellas, era de la opinión que los países debían unirse. No podía creer que la Última Batalla se reduciría a un combate entre el Oscuro y él; si se estaba volviendo loco todavía no lo estaba tanto como para creer que era más que un hombre. Sería la raza humana contra trollocs y Myrddraal y todo tipo de Engendros de la Sombra que la Llaga pudiese vomitar, así como Amigos Siniestros saliendo de sus escondrijos. Habría otros peligros en el camino al Tarmon Gai'don, y si el mundo no estaba unido... «Haces lo que debe hacerse.» No estaba seguro de si ese pensamiento era suyo o de Lews Therin, pero a su entender era verdad.

Mientras caminaba a buen paso hacia el lateral de la columnata más próxima, giró la cabeza para hablar con Bashere.

—Voy a llevar a Taim a la granja. ¿Queréis acompañarme?

—¿A la granja? —repitió Taim.

—No, gracias —rehusó el mariscal con tono seco. Puede que el hombre no se permitiera el lujo de exteriorizar nerviosismo, pero Rand y Taim juntos sin duda eran más de lo que se sentía capaz de aguantar; de hecho evitaba ir a la granja—. Mis hombres se están quedando atrofiados patrullando las calles para vos y me propongo que algunos de ellos vuelvan a las sillas de montar durante unas cuantas horas. Ibais a pasarles revista esta tarde. ¿Ha cambiado el plan?

—¿Qué granja? —insistió Taim.

Rand suspiró, repentinamente fatigado.

Librodot

—No, no ha cambiado. Estaré allí si puedo. —Era un asunto demasiado importante para dejarlo a un lado, aunque nadie salvo Bashere y Mat lo sabía; era primordial evitar que otros sospecharan que se trataba de algo más que un acto intrascendente, una ceremonia inútil organizada para un hombre que estaba cada vez más envanecido de su posición, el Dragón Renacido que desfilaba para ser aclamado por sus soldados. Tenía que hacer otra visita ese mismo día, una que todo el mundo creería que intentaba guardar en secreto. Posiblemente sería un secreto para la mayoría, pero no le cabía duda de que aquellos que le interesaba que lo supieran, se enterarían.

Recogió su espada de donde la había dejado apoyada contra una columna y se abrochó el cinturón por encima de la chaqueta suelta. El cinto era una sencilla correa de piel de jabalí, carente de adornos, al igual que la vaina y la tira que recubría la larga empuñadura del arma; en cambio, la hebilla era ornamentada, un excelente trabajo en acero grabado e incrustaciones de oro que tenía la forma de un dragón. Debería deshacerse de esa hebilla, buscar algo sencillo, pero se sentía incapaz. Era un regalo de Aviendha. Razón por la cual tendría que librarse de la dichosa hebilla. Nunca sabía cómo salir de este círculo vicioso.

Había algo más esperándolo allí: un trozo de lanza de medio metro, con unas borlas verdes y blancas en el punto de unión del astil con la afilada punta. La levantó mientras se volvía hacia el patio. Una de las Doncellas había tallado dragones en el corto astil. Ya había quienes empezaban a llamarlo el Cetro del Dragón, principalmente Elenia y esa pandilla. Rand conservaba el fragmento de lanza para que le recordara que podía tener más enemigos que los que estaban a la vista.

—¿De qué granja habláis? —La voz de Taim adquirió un timbre más duro—. ¿Adónde os proponéis llevarme?

Rand estudió al hombre unos largos instantes. No le gustaba Taim. Había algo en la actitud del hombre que se lo impedía. O quizá fuese algo personal. Había sido durante mucho tiempo el único varón que podía pensar en encauzar sin tener que estar ojo avizor y sudando de miedo por si aparecían Aes Sedai. Bueno, no es que hiciese mucho tiempo pero era la sensación que tenía; y al menos las Aes Sedai no intentarían amansarlo, ahora que sabían quién era. ¿Podría ser algo tan simple? ¿Celos por haber dejado de ser único? Lo dudaba. Aparte de todo lo demás, se alegraría de que otros hombres capaces de encauzar pudiesen ir por el mundo sin que se los persiguiera como alimañas. Por fin dejaría de ser un bicho raro, un fenómeno. No, no llegaría a tanto, considerando que el Tarmon Gai'don estaba en puertas. Él era único; era el Dragón Renacido. Fuera por las razones que fuese, aquel hombre no le caía bien, simplemente.

«¡Mátalo! —gritó Lews Therin—. ¡Mátalos a todos!» Rand rechazó la voz empujándola al fondo de su mente. No tenía por qué gustarle Taim; sólo debía utilizarlo. Y confiar en él. Ésa era la parte difícil.

—Os llevo donde podéis servirme —replicó fríamente.

Taim no se encogió ni frunció el ceño; se limitó a mirar y a esperar mientras las comisuras de sus labios se curvaban un instante en aquel amago de sonrisa.

Librodot

CAPÍTULO 3

Los ojos de una mujer

Apaciguando su irritación —y silenciando los rezongos de Lews Therin— Rand buscó el contacto con el *Saidin,* y se lanzó a la ahora familiar batalla por el control y la supervivencia en medio del vacío que lo envolvía. La infección penetró en él al encauzar; incluso encontrándose en el vacío la percibía como si se filtrara en sus huesos y quizás en su alma. Le era imposible describir lo que hacía salvo que realizaba un pliegue en el Entramado, un agujero que lo atravesaba. Esto lo había aprendido por sí solo, y su maestro no había sido muy bueno explicando siquiera en qué se basaban y lo que subyacía en las cosas que le enseñaba. Una brillante línea vertical apareció en el aire y se ensanchó rápidamente hasta formar una abertura del tamaño de un umbral amplio. En realidad, la impresión que daba era que lo que se veía a través, un soleado claro entre árboles deslucidos por la sequía, giraba hasta detenerse.

Enaila y otras dos Doncellas se alzaron el velo y cruzaron el acceso casi antes de que cesara el movimiento de rotación; las siguieron otras seis, algunas con los arcos prestos. Rand no esperaba que hubiese nada contra lo que protegerse. Había situado en el claro el otro extremo —si es que lo había; no lo entendía, pero a él le parecía que sólo había uno— porque la apertura de un acceso podía ser peligrosa si había gente cerca. Pero decirles a las Doncellas, o a cualquier Aiel, que no era necesario estar alerta era como decirle a un pez que no era necesario nadar.

—Esto es un acceso —le dijo a Taim—. Os enseñaré cómo hacerlo si no lo habéis cogido.

El hombre lo estaba mirando de hito en hito. Si hubiese estado observando con atención habría visto el tejido de *Saidin* realizado por Rand; cualquier hombre capaz de encauzar podía hacerlo.

Taim cruzó junto a él el acceso para salir al claro; Sulin y el resto de las Doncellas los siguieron a continuación. Algunas lanzaron una mirada desdeñosa a la espada que pendía del costado de Rand conforme pasaban a su lado e intercambiaron unos rápidos gestos en el lenguaje de señas que utilizaban entre ellas. Sin duda con asqueado desagrado. Enaila y la avanzadilla de Doncellas ya se desplegaban cautelosamente entre los deslustrados árboles; sus chaquetas y pantalones, el *cadin'sor,* las hacían parecer parte de las sombras tanto si habían añadido tonalidades verdes a las grises y pardas como si no. Estando en contacto con el Poder Rand veía claramente cada aguja muerta de los pinos; había más de éstas que vivas. Olía la savia de los cedros. El propio aire olía caliente, seco y polvoriento. Allí no había nada peligroso para él.

—Aguarda, Rand al'Thor —instó una voz de mujer desde el otro lado del umbral. Era Aviendha.

Rand soltó el tejido y el *Saidin* de inmediato, y el acceso se desvaneció tan rápidamente como había aparecido. Había muchas clases de peligros. Taim lo miró con curiosidad y algunas Doncellas, ya tuvieran el rostro velado

Librodot

o descubierto, le dedicaron breves ojeadas. De reproche. Los dedos de las Doncellas se movieron rápidamente en el lenguaje de señas, pero tuvieron el sentido común de no hacer comentarios en voz alta; Rand había sido tajante respecto a eso.

Haciendo caso omiso de la curiosidad del hombre y del reproche de las mujeres por igual, Rand echó a andar entre los árboles, con Taim a su lado; las hojas muertas y las ramitas secas chascaban bajo sus pies al caminar. Las Doncellas, en un amplio círculo a su alrededor, no hacían el menor ruido con sus suaves botas, atadas hasta las rodillas. La vigilancia acabó enterrando su actitud de censura. Algunas habían hecho este viaje con Rand anteriormente, siempre sin incidentes, pero nada las convencería jamás de que estos bosques no eran un buen lugar para una emboscada. Antes de la llegada de Rand, la vida en el Yermo había sido una sucesión de ininterrumpidos ataques, escaramuzas, pleitos de sangre y guerras durante casi tres mil años.

Indudablemente habría cosas en las que Taim podría instruirlo —aunque ni por asomo tantas como el otro pensaba—, pero el aprendizaje debía ser recíproco y ya era hora de que empezase a enseñar al hombre mayor.

—Antes o después os enfrentaréis con los Renegados al haberos unido a mí. Quizás antes de la Última Batalla. Casi seguro que antes. No parecéis sorprendido.

—He oído rumores. Era cuestión de tiempo que escaparan de su confinamiento.

De modo que se había corrido la voz. Rand sonrió a despecho de sí mismo. A las Aes Sedai no les haría gracia. Dejando a un lado todo lo demás, había cierta satisfacción en pellizcarles la nariz.

—Podéis esperar cualquier cosa en cualquier momento: trollocs, Myrddraal, Draghkar, Hombres Grises, gholams…

Vaciló un instante mientras la palma con la marca de la grulla acariciaba la larga empuñadura de la espada. No tenía idea de qué era un gholam. Lews Therin no se había movido, pero sabía que él era la fuente de donde había sacado ese nombre. De vez en cuando se colaban fragmentos y retazos a través de la sutil barrera que se interponía entre él y aquella voz, y pasaban a convertirse en parte de sus propios recuerdos, generalmente sin datos que los explicaran. Últimamente ocurría más a menudo, y esos retazos eran algo contra lo que no podía luchar, al contrario que la voz. Su vacilación sólo duró un momento.

—No sólo en el norte, cerca de la Llaga —continuó—, sino aquí mismo o en cualquier otro lugar. Están utilizando los Atajos.

Eso era algo de lo que también tenía que ocuparse, pero ¿cómo? Creados al principio con el *Saidin,* los Atajos estaban oscuros ahora, tan corrompidos como la mitad masculina de la Fuente Verdadera. Los Engendros de la Sombra no podían esquivar todos los peligros de los Atajos que mataban a los hombres o les deparaban un destino aun peor, pero todavía se las ingeniaban para utilizarlos, y, si bien no eran tan rápidos como los accesos, el Viaje o incluso Rasar, sí que permitían cubrir cientos de kilómetros en un día. Un problema que tenía pendiente para más adelante. Y sólo era uno más entre los muchos que había aplazado. Eran muchos los que tenía ahora. Irritado, golpeó un cedro con el Cetro del Dragón; cayeron trozos de las anchas y duras hojas, la mayoría marrones.

—Si habéis oído alguna leyenda sobre algo, estad preparado para

encontrarlo —continuó—. Incluso los Sabuesos del Oscuro, aunque, si existe realmente la Cacería Salvaje, al menos el Oscuro no está libre para cabalgar tras ellos. En cualquier caso ya son bastante peligrosos por sí mismos. A algunos se los puede matar del modo que se cuenta en las leyendas, pero otros sólo desaparecen con el fuego compacto; doy fe de ello. ¿Conocéis el fuego compacto? Si no, eso es algo que no os enseñaré. En caso afirmativo, no lo utilicéis contra nada excepto con los Engendros de la Sombra. Y no se lo enseñéis a nadie.

»El origen de algunos de esos rumores que habéis oído podría ser... No sé cómo denominarlo, excepto "burbujas malignas". Imaginadlas como las que a veces emergen a la superficie de un pantano, sólo que éstas surgen del Oscuro a medida que los sellos se debilitan, y en lugar de olores putrefactos están llenas de... En fin, de maldad. Se desplazan por el Entramado hasta que estallan, y cuando lo hacen puede ocurrir cualquier cosa. Cualquier cosa. El propio reflejo de uno puede saltar del espejo e intentar matarlo, creedme.

Si la letanía de peligros desanimó a Taim, éste no lo exteriorizó.

—He estado en la Llaga —se limitó a comentar—. He matado trollocs antes y también Myrddraal. —Apartó una rama baja y la sujetó para que pasara Rand—. Nunca había oído hablar del fuego compacto; pero, si un Sabueso del Oscuro viene por mí, encontraré el modo de matarlo.

—Bien. —Eso hablaba no sólo de la ignorancia de Taim sino también de la confianza en sí mismo. El fuego compacto era un conocimiento que a Rand no le importaría que se perdiera para siempre—. Con suerte no encontraréis nada por el estilo aquí, pero nunca se sabe.

El bosque dio paso de repente al patio de una granja; era una casa deteriorada por la acción de los elementos, con dos pisos, tejado de bálago a medio reparar y varias chimeneas, por una de las cuales salía humo. También había un granero grande que estaba visiblemente ladeado. El tiempo allí no era más fresco que en la ciudad, distante a varios kilómetros, ni el sol resultaba menos abrasador. Varias gallinas escarbaban el polvo, dos vacas pardas rumiaban en un cercado, un rebaño de cabras negras, con las patas atadas para que no escaparan, triscaban afanosamente las hojas de arbustos que tenían al alcance, y a la sombra del granero había una galera de altas ruedas, pero el lugar no tenía aspecto de granja. No se veían campos de labranza; el bosque se extendía todo en derredor de los edificios, interrumpido únicamente por las veredas que serpenteaban en dirección norte y que se utilizaban para las contadas visitas a la ciudad. Y había demasiada gente.

Cuatro mujeres, todas de mediana edad excepto una, tendían la colada en un par de cuerdas y casi una docena de chiquillos, ninguno de ellos mayor de nueve o diez años, jugaban entre las gallinas. También había hombres por los alrededores, en su mayoría dedicados a diversas tareas. Veintisiete, aunque en algunos casos llamarlos hombres era una exageración. Eben Hopwil, el muchacho flacucho que estaba sacando un cubo de agua del pozo, afirmaba tener veinte años aunque resultaba obvio que era cuatro o cinco más joven de lo que decía. Su nariz y sus orejas parecían ser las partes más grandes de su cuerpo. Fedwin Morr, uno de los tres hombres sudorosos que estaban reemplazando el bálago viejo del tejado, era mucho más fornido y tenía bastantes menos erupciones en la piel, pero desde luego no era mayor. Más de la mitad de los hombres tenían sólo tres o cuatro años más que esos dos. Rand habría mandado de vuelta a casa a

algunos, al menos a Eben y a Fedwin, pero recordó que la Torre Blanca tomaba novicias tan jóvenes o incluso más. Las canas asomaban entre los oscuros cabellos de algunas cabezas, y Damer Flinn, con su arrugado rostro, se encontraba delante del granero enseñando cómo manejar una espada a dos hombres más jóvenes utilizando ramas rectas a las que les había pelado las hojas; Damer cojeaba y sólo le quedaba una rala orla de cabello gris. Había servido en la Guardia Real hasta que una lanza murandiana le atravesó el muslo. No era un experto espadachín, pero parecía competente para enseñar a los otros a manejar un arma sin ensartarse un pie por accidente. Los hombres eran andoreños en su mayoría, aunque había unos pocos cairhieninos. Todavía no había llegado ninguno de Tear, aunque la amnistía también se había proclamado allí; de todos modos, si alguien decidía acudir tardaría mucho desde tan lejos.

Damer fue el primero en reparar en las Doncellas; tiró la rama y llamó la atención de sus pupilos hacia Rand. Entonces Eben soltó el cubo a la par que lanzaba un grito, derramándose el agua encima, y todo el mundo empezó a correr y a llamar a voces hacia la casa para de inmediato apiñarse detrás de Damer. De la granja salieron otras dos mujeres con delantales y las mejillas rojas por el fuego de las lumbres, y ayudaron a las demás a reunir a los niños detrás de los hombres.

—Ahí los tenéis —dijo Rand a Taim—. Disponéis de casi medio día. ¿A cuántos podríais hacer la prueba? Quiero saber lo antes posible a quién se puede instruir.

—Esta pandilla parece salida del fondo de una... —empezó Taim con desdén, pero enmudeció y se paró en mitad del patio para mirar a Rand de hito en hito. Las gallinas escarbaban la tierra a sus pies—. ¿No le habéis hecho pruebas a ninguno? ¿Por qué, en nombre de...? No sabéis, ¿verdad? Podéis Viajar, pero no sabéis cómo probar la capacidad para el talento.

—En realidad algunos no desean encauzar. —Rand aflojó los dedos en torno a la empuñadura de la espada. Le desagradaba admitir lagunas en sus conocimientos ante este hombre—. Y otros no han llegado más allá de pensar en tener una oportunidad de alcanzar gloria o riquezas o poder. Pero deseo contar con cualquier hombre con capacidad de aprender, sean cuales sean sus razones.

Los estudiantes —los hombres que serían estudiantes— los observaban a Taim y a él desde la fachada del granero con una actitud muy próxima a la calma. Al fin y al cabo, todos habían ido a Caemlyn confiando en aprender del Dragón Renacido, o eso pensaban. Pero eran las Doncellas, formando un círculo alrededor del patio y registrando la casa y el granero, quienes atraían su mirada con recelosa fascinación, incluso aprensión. Las mujeres apretaban a los niños contra sus faldas, sin quitar ojo a Rand y Taim, con actitudes que iban desde la impasibilidad hasta un nervioso morderse los labios.

—Vamos —dijo Rand—. Es hora de que conozcáis a vuestros estudiantes.

Taim no se movió del sitio.

—¿De verdad es esto para todo lo que me queréis? ¿Que intente instruir a esta patética escoria? Si es que hay posibilidades de enseñar a alguno. ¿Cuántos pensáis encontrar realmente en un puñado que ha acudido empujado por la necesidad?

—Esto es importante, Taim; lo haría yo mismo si pudiera, si tuviese tiempo. —El tiempo era siempre la clave, y siempre le faltaba. Además, había

admitido su incapacidad por mucho que le quemase la lengua decirlo. Comprendió que Taim no le caía nada bien, pero no hacía falta que le gustase. Rand siguió caminando, sin esperarlo, y al cabo de un momento el otro hombre lo alcanzó a grandes zancadas—. Antes mencionasteis la confianza. Confío en vos para esta tarea. —«¡No te fíes!», increpó Lews Therin desde un recóndito recoveco de su mente. «¡No confíes nunca! ¡Confiar es morir!»—. Probadlos a todos y empezad a enseñarles tan pronto como sepáis quién está capacitado para aprender.

—Como ordene el señor Dragón —murmuró irónicamente Taim mientras llegaban hasta el grupo que los aguardaba. Los recibieron con reverencias e inclinaciones de cabeza, ninguna de ellas refinada.

—Éste es Mazrim Taim —anunció Rand. Las bocas y los ojos se abrieron desmesuradamente, por supuesto. Algunos de los más jóvenes los miraban como si creyeran que Taim y él habían ido allí a luchar; unos pocos parecían estar deseando presenciar la pelea—. Dadle vuestros nombres. A partir de hoy, se ocupará de instruiros.

Taim le lanzó una mirada intensa, prietos los labios, mientras los estudiantes se reunían lentamente delante de él y empezaban a presentarse.

A decir verdad, los hombres reaccionaron de distinta manera. Fedwin se abrió paso a empujones, anhelante, para situarse al frente, igual que Damer, en tanto que Eben se quedaba retrasado, en último lugar, con el semblante muy pálido. Las de los demás estaban entremedias: vacilantes, inseguros, pero finalmente pronunciando sus nombres. El anuncio de Rand significaba el punto final a semanas de espera para algunos de ellos, quizás a años de sueños incumplidos. La realidad empezaba ese día, y ello podía significar encauzar, con todo lo que conllevaba tal cosa para un varón.

Un hombre fornido, de ojos oscuros, seis o siete años mayor que Rand, hizo caso omiso de Taim y se apartó de los demás. Jur Grady vestía una tosca chaqueta de granjero; se plantó delante de Rand, apoyando el peso ora en un pie, ora en otro mientras estrujaba una gorra de paño entre sus anchas y ásperas manos. Mantuvo fija la vista en la gorra o en las ajadas botas, alzándola sólo de vez en cuando hacia Rand.

—Eh... mi señor Dragón —empezó—. He estado pensando... eh... Mi padre está cuidando mi pequeña granja, un buen trozo de tierra, y si el arroyo no se seca puede que todavía haya tiempo para que dé una cosecha, si llueve, y... y... —Aplastó la gorra y después volvió a alisarla con cuidado—. He estado pensando en volver a casa.

Las mujeres no se habían acercado a Taim. Agrupadas en silencio, con la preocupación asomando a sus ojos, aferraban a los pequeños contra sí y observaban. La más joven, una mujer rellenita de cabello claro, con cuyos dedos jugueteaba un crío de cuatro años, era Sora Grady. Estas mujeres habían seguido a sus esposos hasta allí, pero Rand sospechaba que la mitad de las conversaciones entre maridos y mujeres terminaba refiriéndose al regreso al hogar. Eran ya cinco los hombres que se habían marchado, y aunque ninguno dio como razón asuntos de matrimonio todos estaban casados. ¿Qué mujer se sentiría a gusto viendo a su esposo esperando a aprender a encauzar? Debía de ser como verlo esperando a cometer suicidio.

Algunos argumentarían que aquél no era lugar para familias, aunque lo más probable era que esos mismos dirían que los hombres tampoco deberían estar allí. En opinión de Rand, las Aes Sedai habían cometido un error al aislarse del mundo. Pocas personas entraban en la Torre Blanca que no fueran Aes Sedai, mujeres que querían ser Aes Sedai y quienes las servían;

Librodot

sólo unos cuantos buscando ayuda y sólo entonces bajo una gran presión a su modo de ver. Cuando las Aes Sedai salían de la Torre la mayoría guardaba las distancias, y había algunas que jamás la abandonaban. Para las Aes Sedai, las personas eran peones en un juego y el mundo el tablero, no un lugar donde vivir. Para ellas sólo la Torre Blanca era real. Ningún hombre podía olvidar el mundo y la gente corriente cuando tenía a su familia ante él.

Esto sólo tenía que durar hasta el Tarmon Gai'don —¿Cuánto? ¿Un año? ¿Dos?—, pero la cuestión era si conseguiría durar hasta entonces. Lo haría, de algún modo. Él se encargaría de ello. Las familias recordaban a los hombres por qué iban a luchar.

Los ojos de Sora estaban clavados en Rand.

—Ve, si es eso lo que quieres —le dijo a Jur—. Puedes marcharte en cualquier momento, antes de que hayas empezado a aprender a encauzar. Una vez dado ese paso, serás como un soldado. Y sabes que necesitamos a todos los soldados que podamos encontrar antes de la Última Batalla, Jur. La Sombra dispondrá de nuevos Señores del Espanto, listos para encauzar; de eso no te quepa duda. Pero la decisión es tuya. Tal vez puedas aguantar en tu granja hasta que acabe el conflicto. Habrá algunos sitios en el mundo que escapen ilesos a lo que se avecina. Espero que sí. En fin, el resto de nosotros haremos cuanto esté en nuestras manos para asegurarnos de que se salve todo lo posible. Sin embargo, al menos podrás dar tu nombre a Taim. Sería una lástima que te marchases antes incluso de saber si estás capacitado para aprender. —Le dio la espalda al desconcertado Jur, evitando los ojos de Sora. «¿Y eras tú el que censuraba a las Aes Sedai por manipular a la gente?», pensó amargamente. Hacía lo que tenía que hacer.

Taim seguía recibiendo los nombres del grupo y continuaba lanzando miradas furibundas, apenas disimuladas, a Rand. De repente la paciencia de Taim pareció llegar a su fin.

—Basta ya; los nombres pueden venir después, los de aquellos que sigáis estando aquí mañana. ¿Quién es el primero para la prueba? —Con idéntica rapidez las lenguas de los hombres parecieron quedarse paralizadas. Algunos se quedaron mirándolo sin siquiera parpadear. Taim señaló a Damer con el dedo—. Puedo empezar por descartarte a ti. Ven aquí.

Damer no se movió hasta que Taim le agarró el brazo y lo apartó unos cuantos pasos del grupo.

Rand se acercó, observando atento.

—Cuanto más Poder se use —le dijo Taim a Damer—, más fácil resulta detectar la resonancia. Por otro lado, una resonancia demasiado fuerte podría hacer cosas desagradables a tu mente, tal vez incluso matarte, así que empezaré con poco.

Damer parpadeó; saltaba a la vista que apenas entendía una palabra salvo, quizá, lo de cosas desagradables y morir. Pero Rand comprendió que la explicación iba dirigida a él. Taim estaba disimulando su ignorancia.

De repente apareció una minúscula llama, de un par de centímetros de altura, titilando en el aire a una distancia equidistante de los tres hombres. Rand podía percibir el Poder en Taim, aunque sólo una pequeña cantidad, y vio el fino flujo de Fuego tejido por el hombre. La llama procuró un sorprendente alivio a Rand; sorprendente porque era la prueba de que Taim podía realmente encauzar. La primera reacción de duda de Bashere debía de habérsele quedado grabada en la mente.

—Concéntrate en la llama —dijo Taim—. Tú eres la llama, el mundo es

la llama; lo único que existe es la llama.

—No siento nada aparte de que los ojos empiezan a dolerme —musitó Damer mientras se limpiaba el sudor de la frente con el dorso de su mano, áspera y callosa.

—¡Concéntrate! —espetó Taim—. No hables, no pienses, no te muevas. Concéntrate.

Damer asintió con un cabeceo; luego parpadeó, frunció el entrecejo y se quedó muy quieto, contemplando en silencio la pequeña llama.

Taim parecía absorto, muy atento a algo, pero Rand no habría sabido decir a qué; daba la impresión de estar escuchando. Una resonancia, había dicho. Rand enfocó su atención en ellos, escuchando, abriendo los sentidos a... algo.

Los minutos se prolongaron sin que ninguno de ellos moviese un solo músculo. Cinco, seis, siete lentísimos minutos en los que Damer ni siquiera parpadeó. El hombre mayor respiraba trabajosamente y estaba sudando tanto que parecía que alguien le hubiese volcado encima un cubo de agua. Diez minutos.

De repente Rand lo percibió. La resonancia. Algo pequeño, un eco diminuto del minúsculo flujo de Poder generado en Taim, pero éste parecía venir de Damer. A eso debía de haberse referido Taim, pero éste no se movió. Tal vez había algo más o quizás esto no era lo que Rand creía.

Pasó otro par de minutos y, finalmente, Taim asintió y cortó el contacto con el *Saidin,* haciendo desaparecer la llama.

—Puedes aprender... ¿Damer, dijiste? —Parecía sorprendido. Por lo visto no había creído que el primer hombre puesto a prueba la superaría, y más siendo un viejo casi calvo. Damer esbozó una débil sonrisa; parecía a punto de vomitar—. Supongo que no debería pillarme de sorpresa si todos estos simplones la pasan —masculló al tiempo que echaba otra mirada a Rand—. Al parecer tenéis la suerte de diez hombres juntos.

Los pies se movieron con nerviosismo entre el resto de los «simplones». Indudablemente algunos abrigaban la esperanza de que fracasarían; ahora ya no podían echarse atrás, pero si no superaban la prueba podrían regresar a casa sabiendo que lo habían intentado sin tener que afrontar lo que conllevaba pasarla.

El propio Rand estaba algo sorprendido. Después de todo, lo único que había ocurrido era aquel débil eco, y él lo había advertido antes que Taim, quien al fin y al cabo sabía lo que estaba buscando.

—Con el tiempo descubriremos hasta qué punto eres fuerte —añadió Taim mientras Damer se retiraba hasta donde aguardaba el grupo. Los otros dejaron un hueco a su alrededor, manteniendo las distancias, y no lo miraron a la cara—. Tal vez resultes ser lo bastante fuerte para estar a mi altura o incluso a la del lord Dragón, aquí presente. —El hueco alrededor de Damer se amplió un poco más—. Sólo el tiempo lo dirá. Presta atención mientras pruebo a los demás. Si eres sagaz, tendrías que pillarlo para cuando haya encontrado cuatro o cinco más. —Una rápida ojeada a Rand apuntó que el comentario iba dirigido a él—. Bien, ¿quién es el siguiente? —Nadie se movió. El saldaenino se frotó la barbilla—. Tú. —Señaló a un tipo amazacotado que estaba más cerca de los cuarenta que de los treinta, un tejedor de cabello oscuro llamado Kely Huldin. En el grupo de mujeres la esposa de Kely gimió.

Realizar otras veintiséis pruebas llevaría el resto del día o puede que más. Por mucho calor que siguiera haciendo, los días iban acortándose como

Librodot

si realmente estuviese llegando el invierno, aparte de que una prueba fallida precisaría varios minutos más que otra superada, para tener plena certeza. Bashere estaría esperándolo y todavía tenía pendiente la visita a Weiramon y...

—Seguid con esto —dijo Rand a Taim—. Regresaré mañana para ver cómo ha salido todo. Recordad la confianza que he puesto en vos.

«No te fíes de él», gimió Lews Therin. La voz parecía salir de una figura encapuchada relegada en un sombrío rincón de la mente de Rand. «No confíes. Confía en la muerte. Mátalo. Mátalos a todos. Oh, morir y acabar con todo de una vez, dormir sin tener sueños, sueños de Ilyena. Perdóname, Ilyena. No hay perdón, sólo muerte. Merezco la muerte...»

Rand se dio la vuelta antes de que su pugna interior se plasmara en su rostro.

—Volveré mañana. Si me es posible.

Taim lo alcanzó antes de que las Doncellas y él hubieran recorrido la mitad del camino de vuelta por el bosque.

—Si os quedáis un poco más podréis aprender a hacer la prueba. —En su voz había un timbre exasperado—. Si en realidad encuentro a otros cuatro o cinco más, lo que no me sorprendería. En verdad parecéis tener la suerte del Oscuro. Deduzco que queréis aprender, a no ser que os propongáis cargarlo todo sobre mis hombros. Os lo advierto: el proceso será lento. Por mucho que le apriete las clavijas el tal Damer tardará días, incluso semanas, en percibir el *Saidin,* cuanto más aferrarlo. Sólo aferrarlo, nada de encauzar ni una pizca.

—Ya he aprendido lo de la prueba —replicó Rand—. No resultó difícil. Y tengo intención de cargarlo todo sobre vuestros hombros hasta que hayáis encontrado más y les hayáis enseñado para que os puedan ayudar a buscar. Recordad lo que os he dicho, Taim. Enseñadles deprisa.

Había peligro en eso. Aprender a encauzar la mitad femenina de la Fuente Verdadera era aprender a fundirse en un abrazo con ella, según le habían contado a Rand, como someterse a algo que después obedecería una vez que uno se rendía a ello. Era guiar una inmensa fuerza que no causaba daño a menos que se utilizase mal. Elayne y Egwene lo consideraban algo natural; para Rand era casi increíble. Encauzar la mitad masculina era una constante guerra por el control y la supervivencia. Si uno se sumergía demasiado en ello, excesivamente deprisa, se sentía como un niño arrojado en medio de una batalla campal contra adversarios armados hasta los dientes. Incluso cuando ya se había aprendido, el *Saidin* podía destruir, matar o destrozar la mente; eso si no consumía, simplemente, la habilidad para encauzar. En un momento de descuido, con que se bajara la guardia un instante, uno mismo podía provocar ese resultado, el mismo precio que las Aes Sedai hacían pagar a los varones que capturaban que tenían el don. Y no es que algunos de los hombres plantados delante del granero no estuviesen más que dispuestos a pagar ese precio en ese mismo momento. La esposa de Kely Huldin, una mujer de rostro lleno y redondo, lo tenía cogido por la pechera de la camisa y le hablaba con aire apremiante. Kely sacudía la cabeza, inseguro, y los otros hombres casados miraban con incertidumbre a sus esposas. Pero aquello era una guerra, y en las guerras había bajas, incluso entre hombres casados. Luz, se estaba volviendo lo bastante cruel para hacer vomitar al más encallecido soldado. Se giró un poco para así no ver los ojos de Sora Grady.

—Llévalos hasta el límite —dijo a Taim—. Enséñales todo lo que puedan

Librodot

aprender tan deprisa como sean capaces de asimilarlo.

Taim había apretado los labios desde que Rand había pronunciado las primeras palabras.

—Todo lo que puedan aprender —repitió con una voz carente de entonación—. Pero ¿qué? Cosas que sirvan como armas, supongo.

—Como armas, sí —confirmó Rand. Tenían que ser armas, todos ellos, incluido él mismo. ¿Acaso unas armas podían permitirse el lujo de tener familia? ¿Podían permitirse amar? Luz ¿a qué venía eso ahora?—. Cualquier cosa que puedan aprender, pero principalmente eso.

Eran tan pocos... Veintisiete, y si había aunque sólo fuese uno más capacitado para aprender aparte de Damer, podía dar las gracias a que su condición de *ta'veren* los hubiese atraído hacia él. Las Aes Sedai sólo capturaban y amansaban a varones que ya encauzaban, pero habían sido muy diligentes en su tarea durante los últimos trescientos años. Algunas de ellas por lo visto creían que habían conseguido algo que nunca se habían propuesto: la extinción selectiva de la capacidad humana de encauzar. La Torre Blanca había sido construida para albergar tres mil Aes Sedai ininterrumpidamente, y muchas más si se presentaba la necesidad de convocarlas a todas, con cuartos para cientos de muchachas en período de aprendizaje. Sin embargo, antes de la escisión sólo había unas cuarenta novicias en la Torre y menos de cincuenta Aceptadas.

—Necesito más hombres, Taim. De un modo u otro, habéis de encontrar más. Enseñadles a éstos a realizar la prueba antes que cualquier otra cosa.

—Es decir, que os proponéis equipararos con las Aes Sedai, ¿no? —Ni el supuesto plan de Rand pareció alterar a Taim, cuyos oscuros ojos permanecieron imperturbables.

—¿Cuántas Aes Sedai hay en total? ¿Un millar?

—No tantas, creo —repuso precavidamente el otro hombre.

La extinción selectiva de seres humanos capaces de encauzar. Así la Luz las consumiera por ello, aunque hubiesen tenido un motivo para hacerlo.

—Bien, en cualquier caso habrá enemigos de sobra.

Eso era algo que no le faltaba, desde luego: el Oscuro, los Renegados, los Engendros de la Sombra y los Amigos Siniestros. Además de los Capas Blancas y probablemente las Aes Sedai, o al menos parte de ellas, como las del Ajah Negro y las que querían controlarlo. A estas últimas las contaba como enemigas aunque ellas no se consideraran tales. E indiscutiblemente habría Señores del Espanto, como antes había dicho. Y otros muchos más. Enemigos suficientes para echar por tierra sus planes y de paso acabar con todo. Sus dedos se cerraron fuertemente sobre el astil tallado del Cetro del Dragón. Su mayor enemigo era el tiempo y al que menos posibilidades tenía de vencer.

—Voy a derrotarlos, Taim. A todos ellos. Creen que pueden echar abajo todo. ¡Siempre lo mismo, destruir en lugar de crear! ¡Pues yo crearé algo, dejaré un legado! ¡Ocurra lo que ocurra, eso lo lograré! Derrotaré al Oscuro. Y limpiaré el *Saidin* para que así los hombres no tengan que temer volverse locos y el mundo no tenga que sentir miedo de varones que encauzan. Yo...

La borla verde y blanca se meció violentamente al sacudir el fragmento de lanza. Era imposible. El calor y el polvo eran la prueba que ridiculizaba sus pretensiones. Había que llevar a cabo parte de ello, pero la totalidad era imposible. Todo lo más que cualquiera de ellos podía esperar era vencer y morir antes de volverse loco, y ni siquiera veía cómo conseguir ese mínimo

Librodot

logro. Lo único que podía hacer era seguir intentándolo. Sin embargo, debía de haber una posibilidad. Si es que había justicia en el mundo, tenía que haber un modo.

—Limpiar el *Saidin* —musitó Taim—. Creo que eso requeriría más poder del que podáis imaginar. —Entrecerró los párpados en un gesto pensativo—. He oído hablar de objetos llamados *sa'angreal.* ¿Tenéis alguno con el que creéis que se podría realmente...?

—Olvidaos de lo que tengo o dejo de tener —espetó Rand—. Enseñad a todo aquel que pueda aprender, Taim. Después encontrad más y enseñadles también. El Oscuro no está a nuestra disposición, no va a esperar a que le demos nuestra venia. ¡Luz! Nos falta tiempo, Taim, pero tendremos que arreglárnoslas. ¡No nos queda más remedio!

—Haré lo que pueda. Pero no esperéis que Damer derribe las murallas de una ciudad mañana.

Rand vaciló un instante antes de hablar.

—Taim, estad alerta por si algún estudiante aprende demasiado deprisa. Si ocurre, hacédmelo saber de inmediato. Cabe la posibilidad de que uno de los Renegados intente infiltrarse entre los aprendices.

—¡Uno de los Renegados! —siseó Taim casi en un susurro. Por segunda vez perdió su actitud flemática; ahora sí que estaba total y realmente estupefacto—. ¿Por qué iba a...?

—¿Hasta qué punto sois fuerte? —lo interrumpió Rand—. Asid el *Saidin.* Vamos, hacedlo. Todo lo que podáis absorber.

Durante un instante Taim se limitó a mirarlo fijamente sin dejar traslucir nada en su expresión; entonces el Poder fluyó dentro de él. No surgió un halo como el que las mujeres veían envolviendo a otra cuando encauzaba, sólo una sensación de fuerza y amenaza, pero Rand lo percibió claramente y pudo calibrarlo. Taim disponía de suficiente *Saidin* para arrasar la granja con todos los que allí había en cuestión de segundos, suficiente para devastar hasta donde alcanzaba la vista. Su capacidad no le andaba muy a la zaga a la del propio Rand sin ayuda. Claro que el hombre podía muy bien estar refrenándose. Rand no percibía esfuerzo y cabía la posibilidad de que no quisiera mostrarle toda su fuerza; ¿cómo saber la reacción que él podría tener?

El *Saidin,* su percepción, desapareció en Taim y por primera vez Rand cayó en la cuenta de que él mismo había estaba henchido de la mitad masculina de la Fuente, un tumultuoso torrente, hasta el último flujo que había podido absorber a través del *angreal* que llevaba en el bolsillo. «Mátalo —masculló Lews Therin—. ¡Mátalo ahora!» Durante un fugaz instante el sobresalto dominó a Rand; el vacío a su alrededor se tambaleó, el *Saidin* penetró a raudales en él, cual un rugiente aluvión. Rand apenas tuvo tiempo de soltar el Poder antes de que los hiciese papilla al vacío y a él. ¿Había aferrado la Fuente él o lo había hecho Lews Therin? «¡Mátalo! ¡Mátalo!»

«¡Cállate!», gritó furioso dentro de su cabeza y, para su sorpresa, la otra voz desapareció.

El sudor le corría por la cara y se lo enjugó con una mano que no tembló gracias a un ímprobo esfuerzo. Había sido él quien había aferrado el *Saidin;* tuvo que ser así. La voz de un hombre muerto no podía haberlo hecho. En su subconsciente no había estado dispuesto a fiarse de Taim para quedar a su merced, indefenso, mientras el hombre disponía de tanto Poder. Ésa era la explicación.

—Estad ojo avizor por si alguno aprende demasiado deprisa, y nada

Librodot

más —rezongó. Tal vez estaba revelándole demasiado a Taim, pero la gente tenía derecho a saber a lo que se enfrentaba. Saber hasta donde fuera necesario que supiera, se entiende. No se arriesgaría a permitir que Taim o cualquier otro descubriese cómo había aprendido gran parte de lo que sabía. Si se descubría que había retenido como prisionero a uno de los Renegados, permitiendo que escapara... Si aquello salía a la luz, los rumores omitirían lo de haberlo tenido prisionero. Los Capas Blancas afirmaban que era un falso Dragón y seguramente un Amigo Siniestro, además; decían lo mismo de cualquiera que tenía acceso al Poder Único. Si salía a la luz lo de Asmodean, muchos más podrían creerlo. Daba igual si él había necesitado que un hombre le enseñara a manejar el *Saidin.* Ninguna mujer podía enseñarle, como tampoco podía ver sus flujos cuando los urdía, y viceversa. Había un viejo dicho en Dos Ríos: «A los hombres les es fácil creer lo peor, y las mujeres sospechan que tras ello se oculta algo aun más siniestro». Él se encargaría personalmente de Asmodean si éste volvía a aparecer.

—Manteneos alerta. Discretamente —repitió.

—Como ordene mi señor Dragón. —Taim hizo una ligera reverencia antes de regresar al patio de la granja.

Rand advirtió que las Doncellas lo estaban observando. Enaila y Somara, Sulin y Jalani y todas las demás; sus ojos traslucían una gran preocupación. Aceptaban bien la mayoría de sus actos, todas esas cosas que a él lo hacían encogerse cuando las ejecutaba, que hacían encogerse a todo el mundo salvo a los Aiel; lo que les ponía carne de gallina eran casi siempre cosas que para él resultaban incomprensibles. Lo aceptaban y se preocupaban por él.

—No debes cansarte —aconsejó en voz queda Somara.

Rand la miró, y la rubia mujer enrojeció. A aquello no se lo podía considerar un sitio público —Taim ya estaba lo bastante lejos para no oírlos— pero el comentario rozaba el límite de lo inadmisible.

No obstante, Enaila tiró de otro *shoufa* que llevaba en el cinturón y a continuación se lo tendió.

—No te conviene que te dé mucho sol —murmuró.

—Necesita una esposa que lo cuide —abundó otra, aunque Rand no supo cuál de ellas. Hasta Somara y Enaila sólo tocaban ese tema a sus espaldas. Pero sí sabía a quién aludía la frase: Aviendha. ¿Quién mejor para casarse con el hijo de una Doncella que otra Doncella que había renunciado a la lanza para convertirse en Sabia?

Refrenando un estallido de ira, se enrolló el *shoufa* en la cabeza; y fue un alivio. El sol caía a plomo, y el paño parduzco desviaba gran parte del calor de los rayos; el sudor lo empapó de inmediato. ¿Sabría Taim algo parecido al truco de las Aes Sedai para impedir que las afectara el frío o el calor? Saldaea estaba muy al norte y sin embargo el hombre parecía transpirar tan poco como los Aiel.

—Lo que no tengo que hacer es quedarme aquí plantado, perdiendo el tiempo —fue el comentario de Rand a pesar de estarles agradecido.

—¿Perdiendo el tiempo? —repitió la joven Jalani en un tono demasiado inocente mientras se enrollaba mejor el *shoufa,* de modo que dejó momentáneamente a la vista un corto cabello tan rojo como el de Enaila—. ¿Cómo es posible que el *Car'a'carn* pierda el tiempo? La última vez que sudé tanto como él suda ahora, había estado corriendo desde el alba hasta la puesta de sol.

Las otras Doncellas esbozaron sonrisas o prorrumpieron en francas

Librodot

carcajadas; la pelirroja Maira, por lo menos diez años mayor que Rand, hasta se palmeó el muslo, en tanto que la rubia Desora ocultaba la sonrisa cubriéndose la boca con una mano, como hacía siempre. Liah, con una mejilla marcada por una cicatriz, brincaba sobre las puntas de los pies mientras que Sulin reía con tantas ganas que estaba doblada por la cintura. En el mejor de los casos, el sentido del humor Aiel era extraño. En los relatos no se hacían chistes a costa de los héroes; y a buen seguro que tampoco ocurría eso con los reyes. Parte del problema radicaba seguramente en el hecho de que un jefe Aiel, incluso el *Car'a'carn,* no era un rey; tendría autoridad en muchos aspectos, pero cualquier Aiel podía plantarse ante un jefe y decirle exactamente lo que pensaba, y lo hacía. En su mayor parte, sin embargo, era otro el origen del problema.

A despecho de haberse criado en Dos Ríos bajo la tutela de Tam al'Thor y de su esposa Kari, que falleció cuando él tenía cinco años, la verdadera madre de Rand había sido una Doncella Lancera que murió al darlo a luz en las laderas del Monte del Dragón. Tampoco ella era Aiel —aunque sí lo había sido su padre—, pero sí una Doncella. Y ahora una tradición Aiel más estricta que una ley lo había alcanzado. No, alcanzado, no; arropado. Ninguna Doncella podía casarse y seguir llevando la lanza, y, a menos que renunciara a ella, las Sabias se encargaban de entregar a otra mujer cualquier hijo que tuviera, de modo que la Doncella jamás sabía quién era esa mujer. Cualquier hijo o hija nacido de una Doncella se creía que traía buena suerte, tanto por sí mismo como para quien lo criara, aunque nadie salvo la pareja que se hacía cargo del recién nacido sabía que no era suyo. A pesar de todo ello, la Profecía de Rhuidean decía que el *Car'a'carn* sería uno de ésos, pero criado por personas de las tierras húmedas. Para las Doncellas, Rand era como recuperar a todos esos niños, el primero de una Doncella que todo el mundo conocía como tal.

En su mayoría, ya fueran mayores que Sulin o tan jóvenes como Jalani, lo acogían como un hermano largo tiempo perdido. En público lo trataban con tanto respeto como a cualquier jefe, por mínimo que resultara en ocasiones, pero si estaba solo con ellas habríase dicho que se encontraban con un hermano, aunque si era un hermano más joven o mayor no parecía tener nada que ver con la propia edad de la mujer. Se alegraba de que sólo un puñado siguiera la pauta de Enaila y Somara; aunque estuviese solo con ellas, resultaba muy irritante tener al lado a una mujer de su misma edad comportándose como si fuera su madre.

—Entonces tendremos que ir a un sitio donde no sude —dijo, logrando esbozar una sonrisa. Se lo debía. Algunas ya habían muerto por él y otras caerían antes de que todo hubiese terminado. Las Doncellas reprimieron de inmediato su jocosidad y se aprestaron a ir a donde dijera el *Car'a'carn,* listas para defenderlo.

La cuestión era adónde. Bashere lo estaba esperando para hacer la visita aparentemente sin importancia aunque cuidadosamente planeada, pero Aviendha se había enterado de ello y era más que probable que estuviera con el mariscal. Rand la había estado evitando todo lo posible, en especial un encuentro a solas con ella. Porque deseaba estar solo con ella. Hasta ahora se las había ingeniado para que las Doncellas no lo supieran; si llegaban a sospecharlo, le harían la vida imposible. Y lo fundamental era mantener alejada a Aviendha. La muerte iba con él como una enfermedad contagiosa, y las personas que estaban cerca acababan muriendo. No le quedaba más remedio que hacer de tripas corazón y permitir que las

Doncellas muriesen por él —¡así la Luz lo abrasara por haber hecho semejante promesa!— pero Aviendha había renunciado a la lanza para estudiar con las Sabias. No estaba seguro de los sentimientos que albergaba hacia ella, pero sabía que si moría por su culpa también moriría algo dentro de él. Por suerte ella no se había implicado emocionalmente en su relación con él. Procuraba estar cerca sólo porque las Sabias querían que lo espiara y porque de algún modo se había comprometido a vigilarlo en nombre de Elayne. Ninguna de esas razones hacían más fácil la situación a Rand, sino justamente lo contrario.

La decisión era pues sencilla. Bashere tendría que esperar y así él evitaría a Aviendha; y la visita a Weiramon, proyectada para empezar en el palacio con fingidos subterfugios que tenían que ser descubiertos, se llevaría a cabo ahora. Una razón absurda para tomar una decisión, pero ¿qué podía hacer un hombre cuando una mujer se negaba a actuar con sentido común? Tal vez la visita tuviese mejores resultados así. Aquellos que se suponía debían enterarse de ella, no dejarían de hacerlo; y quizá darían más crédito a lo que se suponía debían creer porque la visita se hacía con verdadera ocultación. Tal vez la visita a Bashere y los saldaeninos parecería incluso más casual al retrasarla hasta que el día estuviese avanzado. Sí. Enredos sobre enredos que no desentonarían en las maniobras cairhieninas del Juego de las Casas.

Aferró el *Saidin* y abrió un acceso; la línea vertical luminosa se ensanchó y dejó a la vista el interior de una tienda grande, la lona de rayas verdes, que estaba vacía salvo por las alfombras de abigarrados colores, de manufactura teariana a juzgar por los dibujos. No había posibilidad de tender una emboscada en esa tienda, menos incluso que en los alrededores de la granja, pero Enaila, Maira y otras se velaron el rostro y cruzaron velozmente el acceso. Rand hizo un alto para mirar hacia atrás.

Kely Huldin se dirigía hacia la casa de la granja, cabizbajo, y su esposa caminaba a su lado, llevando a los dos pequeños. La mujer no dejaba de darle palmaditas reconfortantes; pero, a pesar de la distancia que lo separaba de ellos, Rand distinguió la expresión alegre de su cara. Evidentemente Kely había fracasado en la prueba. Taim tenía ante sí a Jur Grady, y ambos contemplaban una minúscula llama que titilaba entre los dos. Sora Grady, estrechando a su hijo contra sus senos, no miraba a su marido. Sus ojos estaban prendidos en Rand. «Los ojos de una mujer son más incisivos que un cuchillo»; otro dicho de Dos Ríos.

Atravesó el acceso y esperó a que lo hicieran las demás Doncellas para de inmediato soltar la Fuente. Hacía lo que tenía que hacer.

Librodot

CAPÍTULO 4

Sentido del humor

Dentro de la tienda hacía tanto calor que, en comparación, la temperatura de Caemlyn, situada a unos mil trescientos kilómetros al norte, parecería agradablemente fresca, y cuando Rand apartó la solapa de la entrada no pudo menos de parpadear. Se alegró de llevar el *shoufa* con aquel sol que caía a plomo, como un mazazo.

Una copia del estandarte del Dragón colgaba en lo alto de la tienda de rayas verdes, junto con una de las banderas carmesíes que portaban el antiguo símbolo Aes Sedai. Infinidad de tiendas se extendían a través de la ondulada llanura donde toda vegetación, excepto unas cuantas matas de hierba dura, hacía mucho que se había reducido a polvo por los cascos de caballos y las botas; había tiendas rematadas en pico y otras con el techo plano, en su mayor parte blancas, aunque de un blanco sucio, pero también había muchas de colores o de rayas, coronadas con los estandartes multicolores de los lores. Se había reunido todo un ejército allí, en la frontera de Tear, al borde de los llanos de Maredo, miles y miles de soldados procedentes de Tear y de Cairhien. Los Aiel habían levantado sus propios campamentos bien alejados de los habitantes de las tierras húmedas; había cinco Aiel por cada teariano y cairhienino, y seguían llegando más cada día. Era un ejército para hacer que Illian se sacudiera en sus cimientos, una hueste lo bastante numerosa para aplastar cualquier cosa a su paso.

Enaila y el resto de la avanzadilla ya estaban fuera, bajados los velos, con unos doce hombres Aiel. Los Aiel mantenían constante guardia en la tienda de Rand. Vestidos y armados como las Doncellas, eran tan altos como Rand o más; leones, si las Doncellas eran leopardos, hombres de rostros endurecidos y morenos, fríos ojos de color azul o verde o gris. Ese día eran *Sha'mad Conde,* Hijos del Relámpago, dirigidos por el propio Roidan, que era el cabecilla de la sociedad a este lado de la Pared del Dragón. Las Doncellas defendían el honor del *Car'a'carn,* pero todas las asociaciones guerreras exigían compartir la responsabilidad de hacer guardias.

Una sola cosa diferenciaba el atuendo masculino del de las Doncellas. La mitad de ellos llevaban una banda carmesí anudada a las sienes, con el círculo blanco y negro del antiguo símbolo Aes Sedai en el centro de la frente. Era algo nuevo, visto por primera vez hacía sólo unos meses. Los que lucían la banda se consideraban *siswai'aman,* que en la Antigua Lengua significaba «las lanzas del Dragón». O más exactamente «lanzas propiedad del Dragón». Las bandas, y su significado, hacían sentirse incómodo a Rand, pero poco podía hacer él cuando los hombres rehusaban incluso admitir que las llevaban. No tenía ni idea de por qué las Doncellas no se las habían puesto, al menos ninguna que él hubiese visto. Eran tan reacias a hablar del tema como los hombres.

—Te veo, Rand al'Thor —saludó gravemente Roidan. Había más hebras grises que rubias en su cabeza, pero un herrero habría utilizado el rostro del fornido Aiel como martillo o yunque, y si se juzgaba por las cicatrices que lo

surcaban diríase que más de uno lo había hecho. En comparación, sus ojos azules, fríos como un pedazo de hielo, hacían parecer afable su rostro. Evitó mirar la espada de Rand—. Que encuentres sombra en este día. —Eso no tenía nada que ver con el sol abrasador o el cielo despejado; por cierto, Roidan no parecía estar sudando ni poco ni mucho. En realidad era un saludo entre las gentes de una tierra donde el sol era siempre tórrido y en la que escaseaban los árboles.

—Te veo, Roidan —contestó Rand con igual solemnidad—. Que encuentres sombra en este día. ¿Está por aquí el Gran Señor Weiramon?

Roidan señaló con un gesto de cabeza hacia un gran pabellón con los costados de rayas rojas y el techo carmesí, rodeado por hombres con lanzas largas inclinadas en un ángulo preciso, hombro con hombro, vestidos con petos bruñidos y los uniformes dorados y negros de los Defensores de la Ciudadela. En lo alto de la tienda, la bandera de las Tres Lunas Crecientes de Tear, blancas sobre campo rojo y dorado, así como la del Sol Naciente de Cairhien, oro sobre campo azul, flanqueaban la escarlata de Rand; las tres ondeaban con una brisa que parecía haber salido de un horno.

—Los hombres de las tierras húmedas están todos allí —informó. Luego, mirando directamente a la cara a Rand, añadió—: A Bruan no se le ha pedido que acuda a esa tienda desde hace tres días, Rand al'Thor. —Bruan era el jefe del clan de los Nakai Aiel, el clan de Roidan; los dos pertenecían al septiar Llano de Sal—. Ni tampoco a Han de los Tomanelle ni a Dhearic de los Reyn ni a ningún jefe de clan.

—Hablaré con ellos —contestó Rand—. ¿Querrás decir a Bruan y a los demás que estoy aquí?

Roidan asintió con gesto grave. Enaila, que miraba a los hombres de reojo, se acercó a Jalani y le dijo algo en un susurro que pudo oírse claramente a diez pasos de distancia:

—¿Sabes por qué se llaman los Hijos del Relámpago? Porque hasta cuando están en reposo una sigue alerta mirando al cielo esperando ver algún relámpago.

Las Doncellas prorrumpieron en carcajadas. Un joven Hijo del Relámpago saltó y dio una patada en el aire de manera que el pie subió a una altura superior a la talla de Rand. Era apuesto excepto por la fruncida cicatriz blanca que se extendía por debajo de la tira de tela negra que le cubría la cuenca del ojo vacía. También él llevaba la banda escarlata ciñéndole la frente.

—¿Sabéis por qué las Doncellas utilizan el lenguaje de señas? —gritó cuando estaba en pleno salto y, cuando sus pies tocaron de nuevo el suelo, simuló un gesto de aturdimiento, aunque no dirigido a las Doncellas; les habló a sus compañeros, haciendo caso omiso de las mujeres—. Porque incluso cuando no están parloteando son incapaces de quedarse calladas.

Los *Sha'mad Conde* rieron con tantas ganas como antes habían hecho las Doncellas.

—Sólo los Hijos del Relámpago verían honor en vigilar una tienda vacía —comentó tristemente Enaila a Jalani al tiempo que sacudía la cabeza—. La próxima vez que pidan vino, si los *gai'shain* les traen copas vacías a buen seguro que se embriagan más que si nosotras bebemos *oosquai.*

Por lo visto los Hijos del Relámpago consideraron que Enaila había salido victoriosa en el intercambio de pullas. El joven tuerto y varios más levantaron las adargas de cuero en su dirección y las golpearon repetidamente con las lanzas. Por su parte, Enaila se limitó a escuchar un

Librodot

momento, asintió con la cabeza y luego se unió a las demás, que ya seguían a Rand.

Rezongando entre dientes sobre el humor Aiel, Rand estudió el extenso campamento. El aroma a comida llegaba de centenares de lumbres diseminadas: pan cociéndose en brasas; carne ensartada en espetones; sopa cociéndose en ollas colgadas de trípodes. Siempre que podían, los soldados comían bien y a menudo; hacer campaña generalmente conllevaba comidas escasas. Las lumbres contribuían a la mezcla de aromas con sus propios olores dulzones; en los llanos de Maredo había más excrementos secos de buey para quemar que madera.

Arqueros, ballesteros y piqueros con jubones de cuero reforzados con placas metálicas o simplemente acolchados se movían aquí y allí; pero, dado que los nobles, tearianos y cairhieninos por igual, despreciaban la infantería y alababan la caballería, eran más los jinetes que se veían: los tearianos con yelmos adornados con crestas y petos sobre las chaquetas de mangas voluminosas y rayas de los colores de sus respectivos lores; los cairhieninos con chaquetas oscuras bajo los abollados petos y cascos con forma de campana, cortados de manera que dejaban al aire las caras. Los pequeños estandartes llamados *con,* enganchados a astiles cortos sujetos a la espalda de algunos hombres, señalaban la presencia de la nobleza cairhienina de segunda fila e hijos menores, y a veces simplemente a los oficiales, bien que pocos plebeyos cairhieninos ascendían a un rango. Y otro tanto ocurría con los tearianos, dicho sea de paso. Los hombres de una y otra nacionalidad no se mezclaban entre sí, y mientras que los tearianos solían ir repantigados en la silla y siempre dedicaban una mueca burlona a cualquier cairhienino que estuviera cerca, estos últimos, de talla más baja, montaban muy tiesos en sus caballos como si se esforzaran por alcanzar la máxima altura posible y hacían como si los tearianos no existieran. Habían librado más de una batalla entre ellos antes de que Rand los hiciera cabalgar juntos.

Viejos canosos y muchachos que apenas habían entrado en la pubertad, todos vestidos con toscas ropas, caminaban entre las tiendas hurgando con gruesos palos; de vez en cuando, uno u otro espantaba a una rata a la que perseguía y asestaba un bastonazo para después juntarla con otras que llevaba colgadas del cinturón. Un tipo de nariz grande, vestido con un sucio chaleco de cuero bajo el cual no llevaba camisa, con un arco en la mano y una aljaba a la cintura, soltó una gran sarta de grajos y cuervos atados por las patas sobre una mesa que había delante de una tienda; a cambio recibió una bolsa con dinero de manos de un teariano que estaba sentado detrás de la mesa con aire aburrido, el yelmo quitado. En este territorio tan al sur había pocos que creyeran que los Myrddraal usaban ratas, cuervos y otros carroñeros por el estilo como espías —¡Luz, pero si a excepción de aquellos que los habían visto, allí, en una comarca tan meridional, casi nadie creía realmente que hubiese Myrddraal o trollocs!—, pero si el lord Dragón quería que el campamento estuviese limpio de esos bichos, se alegraban de poder complacerlo, sobre todo teniendo en cuenta que el lord Dragón pagaba con plata cada cadáver.

Sonaron vítores, por supuesto; ningún otro iría caminando por ahí con una escolta de Doncellas Lanceras, además de llevar el Cetro del Dragón.

—¡Que la Luz brille sobre el lord Dragón!

—¡Que la gracia le sea propicia al lord Dragón!

Estas y otras aclamaciones se alzaron por doquier a su paso. Muchas incluso sonaban sinceras, aunque no era fácil asegurarlo con los hombres

aclamándolo a voz en grito. Otros se limitaban a observar con gesto inexpresivo o hacían volver grupas a sus caballos y se alejaban, no muy deprisa. Después de todo, quién sabe en qué momento podía ponerse a descargar rayos o hacer que la tierra se resquebrajara; los hombres que encauzaban se volvían locos y a saber qué se le podía ocurrir hacer a un demente o cuándo. Tomaran o no parte en las aclamaciones, todos observaban cautelosamente a las Doncellas. En realidad muy pocos se habían acostumbrado a ver mujeres manejando armas como los hombres; además, todo el mundo sabía que los Aiel tenían reacciones tan imprevisibles como las de un loco.

No era tanto el ruido como para impedir que Rand escuchara lo que las Doncellas hablaban detrás de él.

—Tiene sentido del humor. ¿Quién es? —Ésa era Enaila.

—Se llama Leiran —contestó Somara—. Un Cosaida de los Chareen. Te parece que tiene sentido del humor porque pensó que tu broma era mejor que la suya. Pero sí que parece tener unas fuertes manos.

Varias de las Doncellas soltaron risitas.

—¿No encuentras divertida a Enaila, Rand al'Thor? —preguntó Sulin, que caminaba a su lado—. No reíste su broma. Nunca te ríes. A veces dudo que tengas sentido del humor.

Rand se frenó en seco y se volvió hacia ellas tan bruscamente que varias se llevaron la mano al velo y otearon en derredor, buscando lo que lo había sobresaltado. Él se aclaró la garganta.

—Un viejo e irascible granjero llamado Hu descubrió una mañana que su mejor gallo había volado hasta un árbol alto que había junto a la charca de la granja y que no podía bajar de allí, de modo que fue a ver a su vecino, Wil, y le pidió ayuda. Los dos hombres nunca se habían llevado muy bien, pero finalmente Wil accedió y ambos se dirigieron a la charca y empezaron a trepar por el árbol, Hu en primer lugar. Pues bien, habían planeado asustar al gallo para que saltara al suelo, pero lo único que consiguieron fue que éste volara a otra rama más alta y a otra y a otra. Entonces, en el preciso momento en que Hu y el gallo llegaban al final del árbol, con Wil justo detrás, sonó un fuerte crujido y la rama en la que Hu estaba encaramado se rompió y el viejo cayó en el estanque salpicando agua y barro por todas partes. Wil descendió tan rápido como pudo y tendió la mano a Hu desde la orilla del agua, pero Hu siguió quieto, tumbado de espaldas, hundiéndose más y más en el barro hasta que sólo su nariz quedó asomando fuera del agua. Otro granjero que había visto lo ocurrido llegó corriendo y sacó a Hu de la charca. «¿Por qué no le diste la mano a Wil», preguntó a Hu. «Podrías haberte ahogado.» «¿Y por qué se la iba a dar ahora?», rezongó. «Hace sólo un momento que pasé junto a él a plena luz del día y no me dirigió la palabra.»

Rand esperó expectante alguna reacción. Las Doncellas se miraron unas a otras, perplejas.

—¿Qué pasó con la charca? —preguntó finalmente Somara—. El agua tiene que ser el quid de esta historia, sin duda.

Rand alzó las manos con gesto exasperado y echó a andar de nuevo hacia el pabellón de rayas rojas. Detrás de él oyó decir a Liah:

—Me parece que se suponía que era un chiste.

—¿Y cómo vamos a reírnos si no sabe lo que pasó con el agua? —opinó Maira.

—Era por el gallo —intervino Enaila—. En las tierras húmedas tienen un sentido del humor raro. Creo que era algo sobre el gallo.

Librodot

Rand trató de no oírlas.

Al verlo acercarse los Defensores se pusieron aun más tiesos de lo habitual, si tal cosa era posible, y los dos apostados delante de la entrada bordeada de flecos dorados se apartaron ágilmente al tiempo que levantaban las solapas. Sus ojos se mantuvieron fijos más allá de las Doncellas.

Rand había dirigido a los Defensores de la Ciudadela en una ocasión, en un combate desesperado contra Myrddraal y trollocs en las salas de la propia Ciudadela de Tear. Aquella noche habrían seguido a cualquiera que hubiese tomado el mando, pero ese alguien había sido él.

—La Ciudadela resiste —dijo en tono quedo. Aquél había sido el grito de batalla adoptado por todos. Unas fugaces sonrisas asomaron a algunos de los rostros de los soldados antes de recobrar la apariencia impasible de un trozo de madera. En Tear los plebeyos no sonreían por lo que decía un lord a menos que estuvieran absolutamente seguros de que el lord deseaba que sonrieran.

La mayoría de las Doncellas se quedaron fuera, puestas en cuclillas y con las lanzas cruzadas sobre las rodillas, una postura en la que podían pasarse horas sin mover un solo músculo, pero Sulin siguió a Rand al interior, junto con Liah, Enaila y Jalani. Aun en el caso de que los Defensores hubiesen sido amigos de la infancia de Rand, las Doncellas habrían actuado con idéntica precaución; sin embargo, los hombres que había dentro no eran amigos ni mucho menos.

El suelo del pabellón estaba cubierto de alfombras multicolores, rematadas por flecos, con los clásicos dibujos laberínticos de Tear y complejos diseños de volutas y espirales, y en el centro había una enorme mesa, profusamente tallada y dorada, con incrustaciones de marfil y turquesas. Que a buen seguro necesitaba una carreta para ella sola cuando se transportaba. La mesa, cubierta de mapas, separaba a una docena de tearianos, sudorosos los rostros, de un número de cairhieninos superior en un tercio a ellos y que acusaban aun más el calor; todos sostenían en la mano una copa dorada que unos discretos sirvientes, uniformados en negro y dorado, rellenaban constantemente con ponche. Todos los nobles vestían sedas, pero los cairhieninos, de rostros afeitados, bajos de estatura, delgados y pálidos en comparación con los hombres situados al otro lado de la mesa, llevaban chaquetas oscuras y sobrias excepto por las brillantes bandas horizontales con los colores de sus casas que les cruzaban el torso; el número de dichas franjas señalaba el rango de la casa, en tanto que los tearianos, en su mayor parte con barbas untadas y recortadas en punta, llevaban chaquetas acolchadas que eran mezclas floridas de rojos y amarillos, verdes y azules, con satenes y brocados, hilos de seda y de oro. Los cairhieninos eran solemnes, incluso adustos, casi todos de mejillas descarnadas y con la parte delantera de la cabeza afeitada y empolvada en lo que había sido moda exclusivamente entre los soldados de Cairhien, no entre los lores. Los tearianos sonreían y olisqueaban sus pañuelos perfumados o pomas de esencias aromáticas que impregnaban el aire cargado de la tienda. Aparte del ponche, lo único que aparentemente compartieron fue la mirada impasible dirigida a las Doncellas, seguida de inmediato por la estudiada actitud con la que fingían no ver a las Aiel.

El Gran Señor Weiramon, la barba untada y el cabello surcado de hebras grises, hizo una profunda reverencia. Era uno de los cuatro Grandes Señores presentes, aunque la actitud afectada y empalagosa era común a todos: el rollizo Sunamon; Tolmeran, cuya barba canosa semejaba una

punta de lanza rematando el astil que era su magro cuerpo; y Torean, con su nariz como una patata y más apariencia de granjero que los propios campesinos. Pero Rand había puesto a Weiramon al mando. De momento. Los otros ocho tearianos eran nobles menores, algunos de ellos con el rostro afeitado aunque igualmente canosos. Estaban allí por sus juramentos de fidelidad a uno u otro Gran Señor, pero todos tenían cierta experiencia en el combate.

Para ser teariano Weiramon no era bajo, pero aun así Rand le sacaba más de un palmo; a Rand le recordaba un gallito de corral, siempre sacando pecho y pavoneándose.

—¡Salve al preclaro lord Dragón, inminente conquistador de Illian! —entonó mientras inclinaba la cabeza—. ¡Salve al insigne Señor de la Mañana!

Los demás corearon lo mismo a renglón seguido; los tearianos, abriendo los brazos, y los cairhieninos, llevándose la mano al corazón. Rand hizo una mueca. El Señor de la Mañana había sido uno de los títulos de Lews Therin, según se decía en los fragmentados relatos. Se habían perdido muchos conocimientos en el Desmembramiento del Mundo, y otro tanto más se convirtió en humo durante la Guerra de los Trollocs y posteriormente en la Guerra de los Cien Años, pero aun así a veces sobrevivían algunos retazos en verdad chocantes. Se sorprendió de que la invocación del título por parte de Weiramon no hubiese provocado el inmediato parloteo de Lews Therin. Ahora que lo pensaba, no había oído esa voz desde que le gritó que se callara. Que él recordara, ésa había sido la primera vez que se había dirigido a la voz que compartía su mente. Las implicaciones que había tras ello le provocaron un escalofrío en la espalda.

—Mi señor Dragón... —llamó Sunamon mientras se secaba el sudor de las carnosas manos. Parecía estar intentando no ver el *shoufa* enrollado en la cabeza de Rand—. ¿Os encontráis...? —Se tragó el resto de la frase y esbozó una sonrisa obsequiosa; preguntar a un potencial demente (potencial como mínimo) si se encontraba bien, quizá no era lo que le convenía decir—. ¿Le apetece al lord Dragón un poco de ponche? Es un reserva Lodanaille mezclado con melón dulce.

Esteban, un larguirucho Señor de la Tierra supeditado a Sunamon, de gesto duro y aun más duros ojos, hizo una seña perentoria; un sirviente corrió a traer una copa de oro de una mesa auxiliar que había junto a uno de los laterales de lona y otro se apresuró a llenarla.

—No —musitó Rand y luego en voz más alta repitió—: No. —Despidió con un gesto al sirviente sin verlo realmente. ¿Lo habría oído Lews Therin? Aquello, de algún modo, empeoraba las cosas. Pero no quería pensar en la posible implicación ahora; para ser sincero, no quería pensar en ello ni poco ni mucho—. Tan pronto como Hearne y Simaan lleguen aquí puede decirse que todo estará a punto. —Estos dos Grandes Señores no tardarían en arribar; comandaban las últimas grandes huestes de soldados tearianos que habían partido de Cairhien hacía más de un mes. Claro que había otros grupos más pequeños de camino al sur, así como más cairhieninos. Y también más Aiel; el ininterrumpido flujo de Aiel prolongaría las cosas—. Quiero ver...

De pronto se percató de que en el pabellón se había hecho un profundo silencio salvo por los ruidos ahogados de Torean quien, con la cabeza echada hacia atrás, intentaba tragarse el resto de su ponche; el noble se limpió la boca con la mano y alargó la copa para que le sirvieran más, pero los sirvientes parecían estar intentando fundirse con la lona de rayas para

desaparecer. Sulin y las otras tres Doncellas se pusieron instantáneamente sobre las puntas de los pies, listas para velarse el rostro.

—¿Qué ocurre? —inquirió Rand quedamente.

Weiramon vaciló antes de responder.

—Simaan y Hearne han… ido a Haddon Mirk. No vendrán aquí.

Torean cogió una jarra de oro que sostenía uno de los sirvientes y se llenó la copa, derramando ponche en la alfombra.

—¿Y por qué han ido allí en lugar de venir aquí? —Rand no alzó la voz. Estaba seguro de saber la respuesta. A esos dos, además de otros cinco Grandes Señores, los había mandado a Cairhien principalmente para que tuvieran sus mentes ocupadas y se olvidaran de conspirar contra él.

Hubo atisbos de sonrisas maliciosas entre los cairhieninos, la mayoría de las cuales se disimularon al llevar rápidamente las copas a los labios. Semaradrid, el superior en rango, con franjas de colores en la chaqueta hasta más abajo de la cintura, no se molestó en ocultar la suya. Era un hombre de cara alargada, con canas en las sienes y unos ojos oscuros capaces de partir piedras; se movía con cierta rigidez debido a las heridas sufridas en la guerra civil de su país, pero la cojera que padecía le venía de combatir contra Tear. La razón principal de que cooperara con los tearianos era que sentía aun más aversión por los Aiel. Claro que también la razón primordial de que los tearianos cooperaran con los cairhieninos era exactamente la misma.

Fue uno de sus compatriotas quien respondió, un joven lord llamado Meneril, que en la pechera de la chaqueta lucía sólo la mitad de franjas que Semaradrid; su mejilla tenía una cicatriz de la guerra civil que le tiraba de la comisura izquierda de la boca forzándola en una perpetua sonrisa sarcástica.

—Traición, mi señor Dragón. Traición y rebelión.

Puede que Weiramon hubiese mostrado incertidumbre respecto a decirle a la cara a Rand esas palabras, pero no estaba dispuesto a permitir que un extranjero hablara en su lugar.

—Sí, rebelión —se apresuró a ratificar mientras asestaba una mirada furibunda a Meneril, aunque su habitual aire pomposo reapareció de inmediato—. Y no sólo ellos, mi señor Dragón. Los Grandes Señores Darlin y Tedosian, así como la Gran Señora Estanda, están también implicados. ¡Así se abrase mi alma, todos estamparon sus firmas en un comunicado de oposición! Al parecer unos veinte o treinta nobles menores también están involucrados. Algunos de ellos no son más que pequeños hacendados con ínfulas. ¡La Luz fulmine a esos necios!

Rand casi sentía admiración por Darlin, que se había opuesto abiertamente a él desde el principio y había huido de la Ciudadela cuando ésta cayó, para intentar organizar un levantamiento entre los nobles del campo. Tedosian y Estanda eran otro cantar. Como Hearne y Simaan, habían hecho reverencias y sonreído, y lo habían llamado lord Dragón mientras conspiraban a su espalda. Así se correspondía a su indulgencia. No era de extrañar que Torean se derramara ponche en la canosa barba mientras bebía; había estado muy implicado con Tedosian. Y con Hearne y Simaan, para colmo.

—En el comunicado no sólo se declaraban en rebeldía —intervino Tolmeran en tono frío—. En el escrito afirmaban que sois un falso Dragón, que la caída de la Ciudadela y el que empuñaseis La Espada que no es una Espada fueron algún tipo de truco de las Aes Sedai. —Se advertía un cierto

Librodot

timbre interrogante en su tono; él no estaba presente en la Ciudadela de Tear la noche en que Rand la había tomado.

—¿Y vos qué creéis, Tolmeran?

Era una afirmación atrayente en un país donde encauzar era un delito hasta que Rand cambió la ley; donde, en el mejor de los casos, se toleraba a las Aes Sedai; y en el que la Ciudadela de Tear había permanecido invicta durante casi tres mil años antes de que Rand la conquistase. Y también una afirmación habitual. Rand se preguntó si encontraría Capas Blancas cuando se les echara el lazo a estos rebeldes. A su entender, Pedron Niall podía ser demasiado listo para permitir algo así.

—Creo que vos empuñasteis a *Callandor* —respondió el enjuto hombre al cabo de un momento—. Creo que sois el Dragón Renacido.

En ambas afirmaciones dio un ligero énfasis a la palabra «creo». Tolmeran tenía coraje. Esteban asintió con la cabeza; lentamente, pero lo hizo. Otro hombre valiente.

Pero ni siquiera ellos plantearon la pregunta obvia: si Rand quería que se diera caza a esos rebeldes. A Rand no lo sorprendió. Para empezar, Haddon Mirk no era un territorio en el que se pudiera atrapar fácilmente a nadie, considerando la amplia y enmarañada extensión boscosa, donde no había pueblos, calzadas y ni siquiera caminos, y la escarpada franja montañosa que se extendía a lo largo de su límite septentrional; en esta última zona un hombre se consideraría afortunado si lograba recorrer un puñado de kilómetros en todo un día, y unos ejércitos podrían maniobrar hasta agotar los víveres sin conseguir encontrarse. Eso por un lado, pero lo principal era que podría interpretarse que aquel que hiciese la pregunta se estaba ofreciendo voluntario para dirigir la expedición, y un voluntario podría ser sospechoso de querer unirse a Darlin, en vez de echarle el lazo. Puede que los tearianos no jugaran al *Da'es Daemar,* el Juego de las Casas, del modo que hacían los cairhieninos —esa pandilla interpretaba en una simple mirada lo que no se ha escrito y entendía en una frase lo que a uno jamás se le había pasado por la mente decir— pero sí maquinaban y se vigilaban unos a otros sospechando intrigas, y estaban convencidos de que todo el mundo obraba igual.

Con todo, de momento a Rand le convenía dejar a los rebeldes donde estaban. Tenía que dedicar toda su atención a Illian; al menos, debía verse que la tenía puesta allí. Sin embargo, tampoco le interesaba dar la impresión de ser tan blando. Estos hombres no se volverían contra él; pero, con la Última Batalla a las puertas, sólo había dos cosas que impedían que tearianos y cairhieninos se tiraran a degüello: se soportaban mejor entre sí que a los Aiel, aunque a duras penas; y temían la ira del Dragón Renacido. Si perdían ese miedo, intentarían matarse los unos a los otros y a los Aiel en menos que canta un gallo.

—¿Alguien quiere hablar en su favor? —preguntó—. ¿Sabéis algo que sirva de atenuante?

Si alguno lo sabía, se lo guardó para sí; contando los sirvientes, casi veinticinco pares de ojos lo contemplaban, esperando. Tal vez los sirvientes con más atención incluso. Por su parte, Sulin y las Doncellas observaban a todos excepto a él. Al cabo de unos instantes de silencio, Rand continuó:

—Están desposeídos de sus títulos, y sus tierras y propiedades quedan confiscadas. Se firmarán órdenes de arresto para cada hombre o mujer involucrados cuyos nombres se sepan. —Esto podía plantear un problema; el castigo por traición en Tear era la pena de muerte. Ya había cambiado

Librodot

algunas leyes, pero no ésa, y ahora era demasiado tarde—. Haced público que quienquiera que mate a alguno de ellos no será inculpado por asesinato y quienquiera que los ayude será acusado con el cargo de traición. A los que se rindan se les perdonará la vida —lo que podría solventar el caso de Estanda, ya que él sería incapaz de dar la orden de ejecutar a una mujer, si se le ocurría cómo arreglarlo—. Pero aquellos que persistan, serán colgados.

Los nobles rebulleron con inquietud e intercambiaron miradas, ya fueran tearianos o cairhieninos. A más de uno se le puso pálido el semblante. Ni que decir tiene que esperaban que anunciara sentencias de muerte —no podía ser de otro modo con una rebelión y con la guerra en perspectiva— pero la desposesión de títulos realmente los dejó conmocionados. A despecho de todas las leyes que Rand había cambiado en ambos países, a pesar de que a los nobles se los llevaba ante los magistrados y se los ahorcaba por asesinato o se los castigaba por agresiones y violaciones, todavía seguían pensando que las diferencias se marcaban en la cuna, cierto orden natural que hacía de ellos leones por derecho y ovejas a los plebeyos. Un Gran Señor que fuera a la horca moría como Gran Señor, pero Darlin y los otros morirían plebeyos a los ojos de estos hombres, una suerte mucho peor que la propia muerte. Los sirvientes permanecieron en sus puestos, con las jarras preparadas para rellenar cualquier copa que hubiera de inclinarse demasiado para poder beber en ella. Aunque sus semblantes seguían tan inexpresivos como siempre, pareció que asomaba cierta alegría en aquellos ojos que antes no había.

—Ahora que ese asunto ha quedado solucionado —manifestó Rand, que se despojó del *shoufa* mientras se dirigía a la mesa—, veamos los mapas. Sammael es más importante que un puñado de necios pudriéndose en Haddon Mirk —Ojalá se pudrieran de verdad. ¡Así la Luz los consumiera!

Weiramon apretó los labios, y Tolmeran se apresuró a suavizar el ceño. El rostro de Sunamon estaba tan impasible que podría haber pasado por una máscara. Los otros tearianos parecían dubitativos, y también los cairhieninos, aunque Semaradrid lo ocultaba bien. Algunos habían visto Myrddraal y trollocs durante el ataque a la Ciudadela y varios habían presenciado su duelo con Sammael en Cairhien, pero aun así creían que su afirmación de que los Renegados estaban libres era un síntoma de locura. Rand había oído rumores de que había sido él quien ocasionó toda la destrucción de Cairhien, arremetiendo dementemente contra amigos y enemigos por igual. A juzgar por el pétreo rostro de Liah, uno de ellos iba a acabar con la lanza de una Doncella atravesándolo de parte a parte como no se guardaran de mostrar esas expresiones.

Se reunieron alrededor de la mesa, sin embargo, mientras Rand tiraba a un lado el *shoufa* y rebuscaba entre los mapas esparcidos unos sobre otros. Bashere tenía razón; los hombres seguirían a locos que vencieran. Siempre y cuando vencieran. En el momento en que encontraba el mapa que quería, un plano detallado del extremo oriental de Illian, llegaron los jefes Aiel.

Bruan de los Nakai fue el primero en entrar, seguido de cerca por Jheran de los Shaarad, Dhearic de los Reyn, Han de los Tomanelle y Erim de los Chareen, todos respondiendo a los cabeceos de Sulin y las otras tres Doncellas. Bruan, un hombretón de tristes ojos grises, realmente era el cabecilla de los cinco clanes que Rand había enviado al sur hasta el momento. Ninguno de los otros se opuso; su temperamento extrañamente plácido contradecía sus habilidades combativas. Vestidos con el *cadin'sor,* los *shoufa* sueltos alrededor del cuello, no estaban armados excepto por los

grandes cuchillos de los cinturones; claro que no podía considerarse desarmado a un Aiel aunque sólo dispusiera de sus manos y sus pies.

Los cairhieninos se limitaron a actuar como si no existieran, pero los tearianos no se privaron de esbozar muecas burlonas y olisquear de manera ostentosa sus pomas y pañuelos perfumados. Tear sólo había perdido la Ciudadela a manos de los Aiel, y eso con la ayuda del Dragón Renacido, según creían —o de Aes Sedai—, pero los cairhieninos habían sido saqueados por ellos dos veces, derrotados y humillados en dos ocasiones.

A excepción de Han, los Aiel hicieron caso omiso de todos ellos. Han, con el blanco cabello y rostro cual un trozo de cuero arrugado, les asestó una mirada asesina. Era un hombre quisquilloso en el mejor de los casos, y no ayudaba a mejorar su genio el hecho de que algunos tearianos fuesen tan altos como él. Para la media Aiel era bajo —lo que significaba bastante más alto que la media de un hombre de las tierras húmedas— y tan susceptible al respecto como Enaila. Y, por supuesto, los Aiel despreciaban a los Asesinos del Árbol, uno de los apelativos que daban a los cairhieninos, más que a cualesquiera otros hombres de las tierras húmedas. El otro epíteto era «quebrantadores de juramentos».

—Los illianos —manifestó Rand en tono firme mientras alisaba el mapa. Utilizó el Cetro del Dragón para sujetar una esquina y un tintero engastado en oro y un cuenco de arena a juego para la otra. Lo único que le faltaba era que estos hombres empezaran a matarse unos a otros. No creía que lo hicieran, al menos mientras él estuviera allí. En los relatos, los aliados al final acababan confiando y sintiendo aprecio entre sí; dudaba que estos hombres llegaran a eso nunca.

Los ondulados llanos de Maredo se extendían un corto tramo dentro de Illian y morían al pie de unas colinas boscosas, no muy lejanas al Manetherendrelle y a su tributario, el río Shal. Cinco cruces hechas con tinta, separadas unos veinte kilómetros entre sí, marcaban las posiciones enemigas en la vertiente oriental de esos montes, las colinas Doirlon. Rand puso el dedo sobre la cruz del centro.

—¿Estáis seguros de que Sammael no ha agregado nuevos campamentos? —Una leve mueca en el rostro de Weiramon logró que Rand espetara con irritación—: Muy bien, lord Brend, si así lo preferís, o el Consejo de los Nueve, o Mattin Stepaneos den Balgar, si os gusta más el propio rey. ¿Siguen como aparecen aquí?

—Eso es lo que aseguran nuestros exploradores —confirmó sosegadamente Jheran. Esbelto en el modo que es esbelta una cuchilla, el cabello con más hebras grises que del color castaño claro original, se mostraba siempre sosegado ahora que el pleito de sangre que había enfrentado durante cuatrocientos años a los Shaarad con los Goshien había terminado con la llegada de Rand—. Los *Sovin Nai* y los *Duadhe Mahdi'in* mantienen una estrecha vigilancia. —Asintió ligeramente con la cabeza en un gesto de satisfacción, al igual que Dhearic. Jheran había sido *Sovin Nai,* un Mano Cuchillo, antes de convertirse en jefe, y Dhearic *Duadhe Mahdi'in,* un Buscador de Agua—. Conocemos los cambios que se producen a los cinco días mediante corredores.

—Mis exploradores lo creen así —respondió Weiramon como si Jheran no hubiese hablado—. Envío una nueva tropa cada semana. Se tarda todo un mes en ir y volver, pero os aseguro que estoy tan al día como lo permite la distancia.

Por la expresión, los rostros Aiel podrían haber estado tallados en

Librodot

piedra.

Rand pasó por alto la interacción. Ya había intentado cerrar las fisuras entre tearianos, cairhieninos y Aiel con anterioridad, y siempre volvían a abrirse de golpe en el momento que les daba la espalda. Era un esfuerzo inútil.

En cuanto a los campamentos... Sabía que seguía habiendo sólo cinco; los había visitado, por decirlo de algún modo. Era un... lugar en el que sabía cómo entrar, un extraño reflejo del mundo real pero en el que no había gente, y había recorrido las empalizadas de madera de aquellas grandes fortificaciones. Conocía las respuestas a casi todas las preguntas que iba a plantearles, pero estaba haciendo malabarismos con los planes del mismo modo que un juglar lo hace con el fuego.

—¿Sammael sigue haciendo avanzar a más hombres?

Esta vez puso énfasis en el nombre. La expresión de los Aiel no cambió; si los Renegados estaban libres no había más que hablar: uno tenía que afrontar las cosas como eran, no como querría que fuesen. Pero los demás le lanzaron aquellas miradas fugaces y preocupadas. Tenían que acostumbrarse a ello antes o después. Tenían que creerle más pronto o más tarde.

—Sí. Se ha movilizado hasta el último hombre de Illian capaz de sostener una lanza sin tropezarse con ella, o eso parece —repuso Tolmeran, cabizbajo. Estaba tan deseoso de luchar contra los illianos como cualquier tearian, ya que los dos países se odiaban desde que se habían escindido del decadente imperio de Artur Hawkwing durante su desintegración; la historia de ambos era una sucesión de guerras provocadas con la más mínima excusa. Tolmeran, empero, no parecía tan propenso como los otros Grandes Señores a creer que todas las batallas podían vencerse mediante una buena carga—. Cada explorador que consigue regresar informa del crecimiento de los campamentos, con defensas cada vez más formidables.

—Deberíamos ponernos en marcha ya, mi señor Dragón —manifestó contundentemente Weiramon—. ¡Por la Luz, puedo pillar a los illianos con el culo al aire! Ellos mismos se han atado. ¡Demonios, pero si casi no tienen caballos! Los haré pedazos y el camino a la ciudad quedará expedito. —En Illian, al igual que en Tear y en Cairhien, «la ciudad» era la capital que había dado nombre al país—. Diantres, habré puesto vuestro estandarte en Illian en un mes, mi señor Dragón. Dos como mucho. —Echó una mirada de soslayo a los cairhieninos y, como si le sacaran las palabras a la fuerza, añadió—: Lo haremos Semaradrid y yo.

El aludido hizo una leve inclinación de cabeza. Muy leve.

—No —espetó Rand de manera cortante.

El plan de Weiramon estaba abocado al desastre. Había alrededor de cuatrocientos kilómetros entre el campamento y los cuetos fortificados, a través de praderas donde un otero de sólo veinte metros de altura se consideraba un cerro alto y una arboleda de tres hectáreas pasaba por ser un bosque. Sammael también tenía exploradores; cualquier rata o cuervo podía ser uno de ellos. Cuatrocientos kilómetros. Con suerte, doce o trece días de marcha para tearianos y cairhieninos. Los Aiel tal vez podrían cubrirlos en cinco si apretaban el paso —uno o dos exploradores solos se desplazaban más deprisa que un ejército, incluso en el caso de los Aiel— pero en los planes de Weiramon no entraban ellos. Mucho antes de que Weiramon llegara a las colinas Doirlon, Sammael estaría preparado para aplastar a los tearianos, no al contrario. Un plan estúpido. Más estúpido

Librodot

incluso que el que Rand les había marcado.

—Sabéis cuáles son mis órdenes. Os quedaréis aquí hasta que Mat llegue para ponerse al mando, y aun entonces nadie avanzará un paso hasta que yo tenga suficientes tropas aquí. Vienen más hombres de camino, tearianos, cairhieninos y Aiel. Me propongo aplastar a Sammael, Weiramon. Aniquilarlo definitivamente y poner a Illian bajo la bandera del Dragón. —Todo eso era cierto—. Ojalá pudiera estar con vosotros, pero Andor requiere todavía mi atención.

El semblante de Weiramon se tornó tenso y avinagrado. El gesto de Semaradrid habría agriado el mejor vino, y el rostro de Tolmeran traslucía una impavidez tal que su desaprobación respecto al plan resultaba tan categórica como un puñetazo en la nariz. En el caso de Semaradrid era el retraso lo que le preocupaba. Había hecho notar en más de una ocasión que si cada día llegaban más hombres al campamento ocurría lo mismo en las fortificaciones de Illian. A buen seguro que el plan de Weiramon era el resultado de sus apremios, aunque él habría podido discurrir otro mejor. Las dudas de Tolmeran se centraban en Mat. A despecho de lo que había oído comentar a los cairhieninos sobre las dotes estrategas de Mat, Tolmeran estaba convencido de que sólo eran halagos de necios a un campesino que daba la casualidad de que era amigo del Dragón Renacido. Sus objeciones eran sinceras y las de Semaradrid tenían su punto de razón... si el plan que les había dado no hubiese sido únicamente otra cortina de humo. Parecía de todo punto improbable que Sammael dependiera exclusivamente de ratas y cuervos para espiar. Además, Rand estaba convencido de que también había espías humanos en el campamento a las órdenes de otros Renegados y probablemente para las Aes Sedai.

—Se hará como ordenéis, mi señor Dragón —respondió Weiramon.

El noble era valiente en la batalla, pero un completo idiota incapaz de ver más allá de la gloria del cargo, su odio a los illianos y su desagrado por los cairhieninos y por los «salvajes» Aiel. Rand estaba convencido de que Weiramon era exactamente el hombre que necesitaba. Tolmeran y Semaradrid no se moverían demasiado pronto mientras Weiramon estuviese al mando.

Siguieron hablando largo rato y Rand escuchó, haciendo preguntas de vez en cuando. No hubo más oposición, ninguna otra sugerencia de que la marcha debería emprenderse ahora, ni la menor discusión referente al ataque. Las preguntas que Rand planteó a Weiramon y a los demás estuvieron relacionadas con carretas y lo que se cargaría en ellas. En los llanos de Maredo había pocos pueblos, muy distantes entre sí, ninguna ciudad a excepción de Far Madding, al norte, y tierras de cultivo apenas suficientes para abastecer a la gente que vivía allí. Un gran ejército necesitaría un ininterrumpido ir y venir de carretas desde Tear cargadas con todo tipo de suministros, desde harina para el pan hasta clavos para las herraduras de los caballos. Excepto Tolmeran, los Grandes Señores eran de la opinión que el ejército podía transportar lo que necesitaba para atravesar las llanuras y después aprovisionarse a costa de Illian; al parecer había cierta complacencia en la idea de despojar las tierras del ancestral enemigo hasta arrasarlas como haría una plaga de langostas. Los cairhieninos tenían otra opinión, en especial Semaradrid y Meneril. Los campesinos no habían sido los únicos que habían pasado hambre durante la guerra civil de Cairhien y el asedio de los Shaido a la capital; sus mejillas hundidas eran prueba elocuente de ello. Illian era una tierra fértil, e incluso en las colinas

Librodot

Doirlon había granjas y viñedos, pero Semaradrid y Meneril no querían confiar en un aprovisionamiento incierto para llenar los estómagos de sus soldados si había otra alternativa. Rand, por su parte, no quería que Illian sufriese más estragos de los estrictamente imprescindibles.

En realidad no presionó a nadie. Sunamon, quien hacía tiempo había aprendido la lección respecto a no decir una cosa a Rand y hacer otra, le aseguró que las carretas estaban acabando de montarse y que se estaba haciendo acopio de provisiones por todo Tear, a pesar de los gestos de impaciencia de Weiramon por todo el asunto y los rezongos y sudores de Torean respecto al coste. Lo importante, sin embargo, era que el plan que les había dado seguía adelante; y que sería obvio para los espías que seguía adelante.

La despedida fue otra exhibición de cháchara grandilocuente y exageradas reverencias mientras Rand volvía a enrollarse el *shoufa* a la cabeza y cogía de nuevo el Cetro del Dragón, a lo que siguió la poco entusiasta invitación de que se quedara para agasajarlo con un banquete y las igualmente falsas ofertas de atenderlo hasta su marcha si no podía quedarse al festín que habían preparado. Tearianos y cairhieninos por igual evitaban la compañía del Dragón Renacido hasta donde era seguro sin perder su favor mientras fingían hacer todo lo contrario. Por encima de todo, deseaban encontrarse en cualquier otro sitio cuando Rand encauzaba. Lo escoltaron hasta la entrada del pabellón y unos cuantos pasos más allá, por supuesto, pero Sunamon soltó un sonoro suspiro cuando los dejó; de hecho, Rand oyó a Torean emitir una risita de alivio.

Los jefes Aiel acompañaron a Rand en silencio, y las Doncellas que habían aguardado fuera se unieron a Sulin y las otras tres para formar un círculo alrededor de los seis hombres mientras se encaminaban hacia la tienda de rayas verdes. En esta ocasión hubo pocos vítores, y los jefes no abrieron la boca; en realidad tampoco habían dicho gran cosa en el pabellón durante la reunión. Rand hizo un comentario al respecto.

—Estos hombres de las tierras húmedas no quieren oír lo que tengamos que decir —manifestó Dhearic. Era un hombre fornido, y su corpulencia compensaba con creces los dos o tres centímetros que le faltaban para igualar la talla de Rand; tenía una nariz enorme y había más cabello blanco que rubio en su cabeza. Sus azules ojos rebosaban desprecio—. Sólo escuchan el aire.

—¿Te contaron lo de esos que se han rebelado contra ti? —preguntó Erim. Era más alto que Dhearic, tenía una mandíbula agresiva y el cabello blanco y pelirrojo a partes iguales.

—Me lo dijeron, sí —contestó Rand, y Han lo miró frunciendo el ceño.

—Si piensas mandar a esos tearianos en persecución de los de su propia clase, es un error. Aun en el caso de que pudiera uno fiarse de ellos, dudo mucho que fueran capaces de conseguirlo. Envía a las lanzas. Con un clan habría más que de sobra.

—No. —Rand sacudió la cabeza—. Darlin y sus rebeldes pueden esperar. Sammael es más importante.

—Entonces déjanos que partamos hacia Illian ahora —intervino Jheran—. Olvídate de esos hombres de las tierras húmedas, Rand al'Thor. Ya hay casi doscientas mil lanzas reunidas aquí. Podemos destruir a los illianos antes de que Weiramon Saniago y Semaradrid Maravin estén a mitad de camino de allí.

Rand apretó los párpados con fuerza un momento. ¿Es que todo el

Librodot

mundo iba a discutir con él? Estos hombres no eran de los que recogían velas sólo porque el Dragón Renacido los mirara ceñudo. El Dragón Renacido era sólo una profecía de las tierras húmedas; ellos seguían e El que Viene con el Alba, el *Car'a'carn,* y ya le dolían los oídos de escuchar repetidamente que ni siquiera el *Car'a'carn* era un rey.

—Quiero que me prometáis quedaros aquí hasta que Mat os diga que os pongáis en marcha. Y quiero la promesa individual de cada uno.

—Nos quedaremos, Rand al'Thor. —La voz engañosamente suave de Bruan tenía un atisbo de tirantez. Los demás dieron su palabra con tonos más duros, bien que lo hicieron.

—Pero es una pérdida de tiempo —añadió Han, torciendo la boca—. Que jamás encuentre sombra si no lo es.

Sus palabras fueron corroboradas por sendos cabeceos de Jheran y de Erim. Rand no había esperado que dieran su brazo a torcer tan pronto.

—De vez en cuando hay que perder un poco de tiempo para ganarlo —manifestó, a lo que Han respondió con un sonoro resoplido.

Cuando llegaron a la tienda de rayas verdes, Rand vio que los Hijos del Relámpago habían levantado los laterales con palos para que la brisa soplara a través del sombreado interior. A pesar del calor seco que hacía dentro, los Aiel actuaron como si lo encontraran agradablemente fresco, pero Rand dudaba que fuera a sudar ni una gota menos que a pleno sol. Se quitó el *shoufa* mientras se acomodaba en las alfombras, con Bruan y los otros jefes enfrente de él. Las Doncellas se unieron a los Hijos del Relámpago en la vigilancia de la tienda; de cuando en cuando las bromas que intercambiaban y las risas llegaban al interior. En esta ocasión parecía que Leiran estaba llevando las de ganar, porque las Doncellas hicieron sonar las lanzas contra las adargas jaleándolo en un par de ocasiones.

Rand no entendió casi nada de lo que decían. Llenó su pipa de caña corta y apretó la cazoleta con el pulgar mientras pasaba la bolsita de piel de cabra para que los jefes cogieran tabaco para las suyas; había encontrado un pequeño barril de la buena hoja de Dos Ríos en Caemlyn. A continuación encauzó para encenderla; los demás mandaron a un Hijo del Relámpago a traer una ramita prendida de una de las lumbres. Una vez que todas las pipas estuvieron encendidas se dispusieron a conversar, chupando y expulsando bocanadas de humo con gesto satisfecho.

La conversación duró tanto como la mantenida con los lores, no porque hubiese mucho que discutir sino porque Rand había estado charlando a solas con los hombres de las tierras húmedas. Los Aiel eran muy susceptibles respecto al honor; sus vidas se regían por el *ji'e'toh,* honor y obligación, basado en reglas tan complejas y extrañas como su sentido del humor. Hablaron de los Aiel que todavía venían de camino desde Cairhien, de cuándo se esperaba la llegada de Mat y de qué se iba hacer, si es que se pensaba hacer algo, respecto a los Shaido. Hablaron de caza y de mujeres, de si el brandy era tan bueno como el *oosquai,* y sobre el humor. Hasta el paciente Bruan acabó alzando las manos en un gesto de rendición y renunció a intentar explicar las chanzas Aiel. ¡Por la Luz bendita! ¿Qué había de gracioso en que una mujer apuñalara accidentalmente a su marido, fuesen cuales fuesen las circunstancias, o en que un hombre acabara casado con la hermana de la mujer con la que quería desposarse? Han rezongó y resopló y se negó a creer que Rand no lo entendía; él sí que rió por lo de la cuchillada fortuita con tantas ganas que casi se cayó de espaldas. De lo que no hablaron fue de la inminente guerra contra Illian.

Librodot

Cuando se marcharon, Rand salió y entrecerró los ojos para observar el sol, que se encaminaba hacia el ocaso. Han iba repitiendo la historia de la cuchillada fortuita, y las risas de los jefes volvieron a sonar mientras se alejaban. Rand golpeó la cazoleta de la pipa contra el pulpejo de la mano y pisoteó el resto del tabaco a medio quemar sobre el polvoriento suelo. Todavía quedaba tiempo para regresar a Caemlyn y reunirse con Bashere, pero volvió al interior de la tienda y desde allí contempló la puesta de sol. Cuando el astro rozaba el horizonte, tornándose rojo como sangre, Enaila y Somara le llevaron un plato de cordero guisado tan rebosante que habría bastado para dos hombres, una rebanada redonda de pan y una jarra de té de menta que había estado metida en un cubo de agua para que se enfriara.

—Comes poco —arguyó Somara al tiempo que le pasaba la mano por el cabello antes de que él tuviese tiempo de apartar la cabeza.

—Si no esquivaras a Aviendha como lo haces —abundó Enaila—, ella se encargaría de que comieras.

—Primero despierta su interés y luego huye de ella —rezongó Somara—. Tienes que ganarte de nuevo su afecto. ¿Por qué no te ofreces a lavarle el cabello?

—No. Eso sería pasarse de la raya —objetó firmemente Enaila—. Pedirle que le deje cepillárselo será suficiente. No le interesa que ella piense que es un atrevido.

Somara expulsó el aire por la nariz en un gesto desdeñoso.

—No puede pensar que es atrevido si la está evitando. Te pasas de recatado, Rand al'Thor.

—Ninguna de vosotras es mi madre. Os dais cuenta, ¿no?

Las dos mujeres intercambiaron una mirada desconcertada.

—¿Crees que esto es otro chiste de las tierras húmedas? —preguntó Enaila a la otra mujer.

—No sé —respondió Somara, encogiéndose de hombros—. Su expresión no parece divertida. —Le dio unas palmaditas en la espalda—. Seguro que es un buen chiste, pero tendrás que explicárnoslo.

Rand aguantó en silencio, rechinándole los dientes, mientras comía vigilado por las dos mujeres. Estuvieron pendientes de cada cucharada, literalmente. Las cosas no mejoraron cuando se fueron con el plato, porque a continuación entró Sulin, quien le dio un consejo, de lo más grosero e indecente, sobre cómo recuperar el interés de Aviendha; entre los Aiel era una especie de favor que una primera hermana podía hacer a un primer hermano.

—A sus ojos debes mostrarte convenientemente recatado —le dijo la Doncella de cabello blanco—, pero no hasta el punto de que te considere aburrido. Pídele que te pase el rascador por la espalda en la tienda de sudar, pero humildemente, con los ojos bajos. Cuando te desnudes para acostarte, ponte a brincar como si estuvieras encantado de la vida; después te disculpas como si de repente cayeras en la cuenta de que ella está delante y te metes de inmediato en tus mantas. ¿Sabes cómo ponerte colorado?

Luz, lo que le tocaba aguantar en silencio. Las Doncellas sabían demasiado y no lo suficiente.

Cuando estuvieron de vuelta en Caemlyn, mucho después de que el sol se hubiese metido, Rand entró de puntillas en sus aposentos, con las botas quitadas, y se encaminó a tientas por la antesala del dormitorio, a oscuras. Aun en el caso de que no hubiese sabido que Aviendha estaría allí, acostada ya en el catre extendido en el suelo, junto a la pared, habría notado su

presencia. En la quietud de la noche podía escuchar su respiración. Por una vez parecía que había conseguido tardar lo suficiente para que se hubiese quedado dormida. Había intentado poner fin a esta situación, pero Aviendha no le hizo ningún caso y las Doncellas se rieron por su «timidez» y «recato». Convenían en que eran buenas cualidades en un hombre cuando estaba solo, siempre y cuando no llegara a la exageración.

Se metía en la cama con una sensación de alivio porque Aviendha estuviese ya dormida —y un tanto irritado por no haberse atrevido a encender una lámpara para lavarse— cuando la joven se giró en el catre. Probablemente había estado despierta todo el tiempo.

—Que duermas bien y que despiertes —fue todo cuanto dijo.

Pensando la idiotez que era sentir esa repentina satisfacción por que una mujer a la que quería evitar le diera las buenas noches, mulló bruscamente la almohada de plumón antes de recostar la cabeza en ella. Seguramente que Aviendha pensaba que aquello era una broma de lo más divertida; lanzar pullas era casi un arte entre los Aiel, y cuanto más hirientes, mejor. El sueño empezó a llegarle por fin, y su último pensamiento consciente fue que tenía preparado un gran bromazo, aunque de momento sólo Mat, Bashere y él lo sabían. Sammael no tenía ni pizca de sentido del humor, pero el colosal martillo que era un ejército esperando en Tear sería la mayor chanza que el mundo hubiese visto nunca. Con un poco de suerte, Sammael habría muerto antes de saber que debería reírse.

Librodot

CAPÍTULO 5

Un baile diferente

El Ciervo Dorado estaba a la altura de su nombre en la mayoría de los aspectos. Por la amplia sala común había repartidas mesas bien pulidas y bancos con tallas de rosas en las patas. Una camarera, con el níveo delantal impoluto, se dedicaba exclusivamente a barrer el suelo blanco de piedra. En la unión de las paredes con el alto techo de vigas se había pintado una ancha orla de volutas azules y doradas, Las chimeneas eran de piedra muy bien labrada, con los hogares decorados con unas cuantas ramas de árboles perennes, y encima de cada dintel había cincelado un ciervo sobre cuya cuerna ramificada reposaba una copa de vino. Encima de una de las repisas se encontraba un reloj alto, con un poco de dorado.

Un puñado de músicos actuaba sobre una pequeña tarima, al fondo de la sala. Dos hombres sudorosos, en mangas de camisa, tocaban flautines; otro par pulsaban vihuelas de nueve cuerdas, y una mujer con un vestido de rayas azules golpeaba suavemente con macillos de madera el salterio que tenía apoyado en las rodillas.

Más de una docena de camareras, uniformadas con delantales y vestidos azules, iban y venían apresuradamente entre las mesas. La mayoría eran bonitas, aunque algunas debían de tener casi los mismos años que la señora Daelvin, la rellena y baja posadera que llevaba recogido el ralo y canoso cabello en un moño bajo. Justo la clase de sitio que le gustaba a Mat; realmente irradiaba bienestar y holgura económica. Había elegido la posada porque se encontraba casi en el mismo centro de la ciudad; pero, si además tenía esas ventajas, miel sobre hojuelas.

No todo estaba a la altura de la segunda mejor posada de Maerone, claro es. De la cocina llegaba otra vez olor a cordero y nabos, así como a la inevitable sopa picante de cebada; los aromas se mezclaban con el tufo a caballos y polvo del exterior. En fin, la comida era un problema en una ciudad atiborrada de refugiados y soldados, además de los que había en los campamentos que rodeaban la población. Voces masculinas entonando estentóreamente marchas sonaban de vez en cuando por la calle, acompañadas por el trapaleo de cascos, el golpeteo de las botas y las maldiciones contra el calor. También hacía calor dentro de la sala, donde no entraba un soplo de aire al estar las ventanas cerradas; de haberlas tenido abiertas el polvo habría dejado rápidamente una capa en todo lo que había dentro y no habría aliviado mucho la cargada temperatura. Maerone era una plancha de asar.

Por lo que Mat había visto, todo el maldito mundo estaba secándose, pero no quería pensar en el porqué. Deseó poder olvidarse del calor, de que estaba en Maerone; olvidarlo todo. Llevaba desabrochada la chaqueta verde de buena calidad, con el cuello y los puños bordados en oro, y la fina camisa de hilo con las lazadas desanudadas, pero aun así sudaba como un cerdo. Seguramente lo habría aliviado un poco quitarse el pañuelo de seda negra que llevaba atado al cuello, pero rara vez lo hacía si había alguien que

pudiera verlo. Apuró el vino, dejó la bruñida copa de peltre a un lado de la mesa y cogió el sombrero de ala ancha para abanicarse con él. Todo lo que bebía no bien había entrado en su cuerpo cuando ya lo estaba sudando.

Como había elegido El Ciervo Dorado para alojarse, los lores y oficiales de la Compañía de la Mano Roja siguieron su ejemplo, lo que significaba que todos los demás se quedaban fuera. Eso no era motivo de desagrado para la señora Daelvin; podría haber alquilado cinco veces las habitaciones que tenía sólo con los lores y señoritingos de la Compañía, además de que era una pandilla que pagaba bien, tenía pocas peleas y generalmente salían fuera a dirimirlas. Aquel mediodía, sin embargo, sólo nueve o diez hombres ocupaban las mesas y de vez en cuando la posadera miraba, parpadeando, los bancos vacíos, se atusaba el moño bajo y suspiraba; no vendería mucho vino hasta la noche. Gran parte de sus ganancias procedía de la bebida. Aun así, los músicos tocaban con brío. Un puñado de lores complacidos con la música —y, en lo tocante a ellos, cualquiera que tuviese oro merecía un respetuoso «milord»— se mostraría más generoso que una sala llena a rebosar de soldados rasos.

Lamentablemente para los bolsillos de los músicos, Mat era el único que estaba escuchando y el joven torcía el gesto en una nota de cada tres. En realidad no era culpa de ellos; la música sonaba bien si uno no sabía lo que escuchaba. Mat sí, porque se la había enseñado él marcando el compás con palmas y tarareándola, pero nadie había oído esa tonada hacía más de dos mil años. El mejor comentario que podía hacerse era que habían cogido bien el ritmo.

Parte de una conversación atrajo su atención. Soltó el sombrero y agitó la copa en el aire para pedir más vino, tras lo cual se recostó en la mesa echándose adelante, hacia donde tres hombres bebían alrededor de la que había al lado.

—¿Qué decíais?

—Estábamos intentando discurrir un modo de ganarte para recuperar parte de nuestro dinero —respondió Talmanes, sin sonreír, mientras se llevaba la copa a los labios. No es que estuviera enfadado: es que nunca sonreía. Era unos pocos años mayor que Mat, y un palmo más bajo que él. A Mat siempre le recordaba un muelle a punto de saltar—. Nadie puede ganarte a las cartas.

El comandante de la mitad de la caballería de la Compañía era un lord cairhienino, pero llevaba la parte frontal de la cabeza afeitada y empolvada, bien que el sudor se había llevado parte. Muchos jóvenes nobles de Cairhien habían adoptado esta moda de los soldados. La chaqueta de Talmanes era también sencilla, sin las bandas de colores que llevaban los nobles aunque por derecho él habría podido lucir unas cuantas.

—De eso nada —protestó Mat. Cierto, cuando tenía la suerte de cara todo salía a pedir de boca, pero seguía unos ciclos, sobre todo con cosas que seguían un orden tan riguroso como un mazo de cartas—. ¡Rayos y centellas! La semana pasada me ganaste cincuenta coronas. —Cincuenta coronas. Poco más de un año antes habría dado volteretas de contento si hubiese ganado una y se habría deshecho en un mar de lágrimas si la hubiese perdido. Poco más de un año antes no poseía una corona para perderla jugando.

—Y eso ¿cuántos cientos por detrás me deja a mí? —inquirió Talmanes con tono seco—. Quiero una oportunidad para poder recuperar algo. —Si alguna vez empezara a ganarle a Mat de forma sustancial, también

Librodot

empezaría a preocuparse. Como la mayoría de la Compañía, consideraba la suerte de Mat como un talismán.

—Y con los malditos dados es igual —intervino Daerid. El comandante de la infantería de la Compañía bebió con ansia e hizo caso omiso de la mueca sólo a medias disimulada tras la barba untada de Nalesean. Casi todos los nobles que Mat conocía pensaban que los dados eran vulgares, propios sólo de plebeyos—. Jamás lo he visto acabar el día perdiendo a los dados. Debe de ser algo sobre lo que todavía no tienes control, no por falta de entrenamiento, ya me entiendes.

Un poco más alto que su compatriota cairhienino Talmanes, Daerid debía de ser quince años mayor que él, y tenía la nariz rota por varios sitios y tres cicatrices blancas cruzándole la cara. El único que no era de noble cuna entre los de la mesa, también llevaba la parte delantera de la cabeza afeitada y empolvada; Daerid había sido soldado toda su vida.

—Pensamos en caballos —intervino Nalesean mientras gesticulaba con la copa de peltre. Era un hombre corpulento, más alto que los dos cairhieninos, y dirigía la otra mitad de la caballería de la Compañía. Considerando el calor que hacía, Mat se había preguntado a menudo por qué seguía llevando la negra y frondosa barba, pero el noble se la recortaba todas las mañanas para mantener la forma en pico. Y, mientras que Daerid y Talmanes llevaban las sencillas chaquetas grises desabrochadas, Nalesean tenía la suya —de seda verde con aquellas amplias mangas al estilo tearianо, acuchilladas y con los puños en satén dorado— abotonada hasta el cuello. Su rostro brillaba por la transpiración, que él fingía no advertir—. Así se abrase mi alma, pero tu suerte no tiene fisuras en la batalla ni en las cartas. Ni en los dados —añadió a la par que hacía otra mueca al mirar a Daerid—. Pero en una carrera de caballos, lo que cuenta es el animal.

Mat sonrió y se acodó en la mesa.

—Buscaos un buen jaco y veremos.

Puede que su suerte no influyera en una carrera de caballos —aparte de los dados, las cartas y otros juegos de azar, nunca estaba seguro de si la fortuna le sonreiría ni cuándo—, pero había crecido viendo a su padre hacer tratos y comerciar con equinos y él mismo tenía muy buen ojo con los corceles.

—¿Queréis o no más vino? No puedo serviros si no llego a vuestra copa.

Mat miró hacia atrás. La camarera que estaba a su espalda, con una brillante jarra de peltre, era baja y delgada, una belleza de oscuros ojos y tez pálida que enmarcaban los negros rizos que le caían hasta los hombros. Y aquel acento cairhienino preciso y musical convertía su voz en un tañido de campanillas. Mat había echado el ojo a Betse Silvin desde el primer día en que había entrado en El Ciervo Dorado, pero ésta era la primera ocasión que tenía de hablar con ella; siempre había cinco cosas que precisaban de su inmediata atención y otras diez que tendrían que haber estado hechas el día anterior. Los otros hombres habían vuelto a poner toda su atención en sus copas de vino, dejándolo con la mujer tan a solas como era posible sin tener que salir de la sala. Tenían buenos modales, incluso los dos nobles.

Sonriente, Mat se giró pasando las piernas por encima del banco y levantó la copa para que se la llenara.

—Gracias, Betse —dijo y ella respondió con una reverencia. Sin embargo, cuando le pidió que se sirviera otra y se sentara con él, la muchacha soltó la jarra en la mesa, se cruzó de brazos y ladeó la cabeza mientras lo miraba de arriba abajo.

Librodot

—Dudo mucho que a la señora Daelvin le gustara eso. Oh, no, no le gustaría nada. ¿Sois un lord? Todos los demás parecen estar a vuestras órdenes, pero ninguno os llama «milord». Incluso apenas si os saludan con una inclinación de cabeza, excepto los plebeyos.

Mat enarcó las cejas exageradamente.

—No —respondió con mayor sequedad de lo que era su intención—. No soy un lord. —Rand podía dejar que la gente anduviese a su alrededor llamándolo lord Dragón y cosas por el estilo, pero eso no iba con Matrim Cauthon. En absoluto. Respiró hondo y volvió a sonreír. Algunas mujeres intentaban desconcertarlo a uno con esa clase de puntadas, pero aquél era un baile que él dominaba bien—. Llámame Mat simplemente, Betse. Estoy seguro de que a la señora Daelvin no le importará que te sientes conmigo.

—Oh, sí que le importará. Pero supongo que puedo charlar un poco. Tenéis que ser casi un lord. ¿Por qué lleváis puesto eso con el calor que hace? —Se inclinó ligeramente y le bajó el pañuelo un poco con el dedo. Mat se había despistado y lo había dejado resbalar un tanto—. ¿Qué es esto? —Pasó la yema del dedo por el pálido y alargado abultamiento que surcaba su cuello—. ¿Alguien trató de ahorcaros? ¿Por qué? Parecéis demasiado joven para ser un empedernido delincuente.

Mat echó la cabeza hacia atrás y se apresuró a ajustar de nuevo el pañuelo negro para ocultar la cicatriz, pero Betse no se había dado por vencida. Metió la mano en la pechera abierta de la camisa de Mat y cogió el medallón con la cabeza de zorro plateada que llevaba colgada de un cordón de cuero.

—¿Fue por robar esto? Parece valioso. ¿Lo es? —quiso saber.

Mat le quitó el medallón de un manotazo y volvió a guardarlo en su sitio. La mujer no perdía comba, desde luego, y ni siquiera se tomaba un respiro lo bastante largo para que él pudiera meter baza. Oyó las risitas contenidas de Nalesean y Daerid a su espalda, y su gesto se ensombreció. A veces su suerte en el juego iba de cabeza con respecto a las mujeres, y a ellas siempre les parecía divertida la situación.

—No, no os habrían dejado quedaros con él si lo hubieseis robado, ¿no es cierto? —siguió con su cháchara Betse—. Y, si sois casi un señor, supongo que podéis poseer cosas como ésa. Tal vez lo hicieron porque sabíais demasiado. Parecéis un joven que sabe un montón. O que cree que lo sabe. —Esbozó una de aquellas sonrisitas astutas que ponen las mujeres cuando quieren confundir a un hombre. Rara vez significaba que supieran algo, pero eran capaces de hacerle pensar a uno que sí—. ¿Intentaron colgaros por pensar que sabíais demasiado? ¿O fue por fingir ser un lord? ¿De verdad que no lo sois?

Ahora sí que Daerid y Nalesean estallaron en carcajadas e incluso Talmanes rió por lo bajo, aunque trataron de disimular que era por otra cosa. Entre risa y risa, y cuando le quedaba fuelle para hacerlo, Daerid relataba cierta historia sobre un hombre que caía del caballo, pero no había nada divertido en los fragmentos que escuchó Mat.

Empero, mantuvo la sonrisa. No pensaba salir huyendo con el rabo entre las piernas aunque la chica fuera capaz de hablar más deprisa que lo que él podía correr. Era muy bonita, y él se había pasado las últimas semanas hablando con gente como Daerid y peor, hombres sudorosos que a veces olvidaban afeitarse y que muy a menudo no tenían oportunidad de bañarse. En las mejillas de Betse brillaban gotitas de transpiración, pero la muchacha olía a jabón con esencia de lavanda.

—De hecho, ese rasguño lo tengo por saber demasiado poco —dijo en tono intrascendente. A las mujeres les gustaba que uno quitara importancia a sus cicatrices; la Luz sabía que él empezaba a tener más que de sobra—. Ahora sé demasiado, pero entonces era un cándido ignorante. Podría decirse que fui colgado en aras del saber.

Betse sacudió la cabeza al tiempo que fruncía los labios.

—Eso suena como si fuera algo muy ingenioso, Mat. Los señoritingos dicen cosas ingeniosas todo el tiempo, pero vos afirmáis que no sois un lord. Además, yo soy una mujer sencilla y el ingenio está fuera de mi alcance. Pienso que es mejor usar palabras corrientes. Puesto que no sois un lord deberíais hablar con sencillez o, en caso contrario, algunos podrían pensar que estáis fingiendo ser un gran señor. A las mujeres no nos gusta un hombre que se las da de lo que no es. ¿Os importaría explicarme lo que pretendías decir antes?

Mantener la sonrisa le costó un ímprobo esfuerzo. El diálogo con la chica no llevaba el derrotero que él quería, ni mucho menos. No estaba seguro de si Betse era una completa imbécil o es que se las estaba ingeniando para liarlo por empeñarse en seguirle la corriente. De cualquier modo seguía siendo bonita y seguía oliendo a lavanda, no a sudor. Daerid y Nalesean parecían a punto de ahogarse de tanto reír. Talmanes tarareaba *Una rana sobre el hielo.* Así que estaba dando patinazos y se iba a pegar un buen morrón, ¿no? Mat dejó la copa en la mesa, se puso de pie e inclinó la cabeza sobre la mano de Betse.

—Soy quien soy y nada más, pero tu rostro me inspira bellas palabras. —Aquello la hizo parpadear; dijeran lo que dijeran, a las mujeres les gustaban las frases floridas—. ¿Quieres bailar?

Sin esperar respuesta la condujo entre las mesas hacia un espacio despejado que había en la sala. Con suerte, bailar frenaría un poco su lengua; y, después de todo, él era afortunado. Además, no sabía de ninguna mujer a la que un baile no le ablandara el corazón. «Baila con ella, y te perdonará muchas cosas; baila bien, y te perdonará todo», rezaba un viejo dicho. Un dicho muy, muy viejo.

Betse vaciló y buscó con la vista a la señora Daelvin mientras se mordisqueaba el labio, pero la regordeta posadera se limitó a sonreír e indicarle por señas a la muchacha que siguiera adelante; luego se atusó infructuosamente los mechones sueltos del moño y volvió a meterles prisas a las otras camareras como si las mesas estuviesen llenas. La señora Daelvin le pararía los pies a cualquier hombre que a su modo de entender se comportara incorrectamente. A pesar de su aire plácido llevaba guardado un pequeño garrote entre la falda y a veces lo utilizaba; Nalesean todavía la miraba con cautela cuando se acercaba a él. Sin embargo, si un hombre pródigo que no reparaba en gastos deseaba echarse un baile, ¿qué mal había en ello?

Mat sostuvo las manos de Betse de manera que sus brazos quedaron extendidos a ambos lados. Había sitio suficiente entre las mesas. Los músicos empezaron a tocar más fuerte, ya que no mejor.

—Sígueme —le dijo a la muchacha—. Los pasos serán fáciles para empezar.

Arrancó al compás de la música: agacharse ligeramente y desplazarse un paso a la derecha, el pie izquierdo deslizándose detrás; agacharse ligeramente, paso a un lado y deslizarse, con los brazos extendidos.

Betse lo cogió enseguida; y tenía los pies ligeros. Cuando llegaron junto

a la tarima de los músicos, Mat le alzó suavemente las manos por encima de la cabeza y giró de manera que se quedaron espalda contra espalda. Luego vino el agacharse ligeramente, paso a un lado, giro para volver a estar cara a cara; agacharse, paso a un lado y giro, una y otra vez hasta llegar de vuelta al punto donde habían empezado. Betse también cogió enseguida esta variación, y le sonreía encantada cada vez que los giros lo permitían. Era realmente bonita.

—Ahora un poco más complicado —musitó mientras giraba de manera que estaban de cara a los músicos, costado contra costado, los brazos cruzados por las muñecas y las manos entrelazadas ante sí. Rodilla derecha arriba, patada ligera a la izquierda y a continuación deslizarse adelante y hacia la derecha. Rodilla izquierda arriba, patada ligera a la derecha, y desplazarse adelante y hacia la izquierda. Betse reía complacida mientras se encaminaban de nuevo hacia los músicos. Los pasos se fueron haciendo más complicados con cada desplazamiento, pero la chica sólo necesitó una demostración para seguirlo sin equivocarse, ligera como una pluma en sus manos con cada giro, vuelta y rotación. Y lo mejor de todo: no pronunció una sola palabra.

Se dejó llevar y la música se apoderó de él, con notas omitidas y todo, y la acompasada cadencia del baile, y los recuerdos que flotaron en su mente del mismo modo que ellos flotaban sobre el suelo. En su recuerdo era un palmo más alto, tenía los ojos azules y un largo bigote rubio. Vestía una chaqueta de seda de color ambarino, cruzada por una banda roja, con chorreras de la más fina puntilla de Barsin y corindones amarillos tachonando la pechera. Bailaba con una bella mujer de tez morena, emisaria de los Atha'an Miere, los Marinos. De la fina cadena de oro que unía el anillo de la nariz con uno de los numerosos pendientes colgaban minúsculos medallones que la identificaban como una Señora de las Olas del clan Shodin. Lo traía sin cuidado cuán poderosa era; eso era algo de lo que debía preocuparse el rey, no un noble medianamente importante. Era hermosa y ligera en sus brazos, y bailaban bajo la gran cúpula de cristal en la corte de Shaemal, cuando el mundo entero envidiaba el esplendor y poderío de Coremanda. Otros recuerdos revolotearon en el límite de su conciencia haciéndole evocar retazos de sucesos posteriores a aquel baile. Al día siguiente llegarían noticias de ataques de trollocs, cada vez más numerosos, desde la Llaga, y al cabo de un mes se conocería que Barsine, la de las torres doradas, había sido saqueada e incendiada y que las hordas trollocs proseguían su devastador avance hacia el sur. Así se iniciaría lo que más adelante se conocería como la Guerra de los Trollocs, aunque nadie llamó así al principio lo que sería una sucesión ininterrumpida a lo largo de más de trescientos años de batallas, sangre y fuego hasta que se consiguió hacer retroceder a los trollocs y se dio caza a los Señores del Espanto. Así comenzaría la decadencia de Coremanda, con todo su poder y riqueza; y de Essenia, con sus filósofos y sus famosos centros de erudición; de Manetheren y de Eharon y de todas las diez naciones, reducidas, a pesar de la victoria, a ruinas sobre las que se levantarían otras civilizaciones, países que únicamente recordaban las diez naciones como un mito de tiempos más dichosos. Pero eso aún estaba en un futuro lejano, y rechazó esos recuerdos haciendo que se desvanecieran con el placer de éste. Esta noche estaba bailando con...

Mat parpadeó, momentáneamente sobresaltado con la luz del sol que penetraba a raudales por las ventanas y la pálida tez que se alzaba hacia él

con una sonrisa radiante bajo el brillo de la transpiración. Estuvo a punto de malograr el complejo entrecruzado de sus pies con los de Betse mientras daban una vuelta, pero recobró el equilibrio antes de hacerla tropezar, ejecutando los pasos instintivamente. Este baile era tan suyo como esos recuerdos, prestados o robados, pero entretejidos tan a la perfección con los que había vivido realmente que ya no era capaz de diferenciar unos de otros sin recapacitar. Todos suyos ahora, llenando las lagunas de su propia memoria hasta el punto de que muy bien podría haberlos vivido todos ellos.

Era verdad lo que le había dicho a la joven acerca de la cicatriz del cuello. Ahorcado por el saber y por falta de éste. En dos ocasiones había cruzado un *ter'angreal* como un redomado idiota, como un estúpido cateto, creyendo que era tan sencillo como dar un paseo por el prado. Vale, casi tan sencillo. Los resultados sólo habían conseguido hacer más radical su desconfianza hacia todo lo relacionado con el Poder Único. La primera vez le dijeron que estaba destinado a morir y a revivir, entre otras cosas que no quiso escuchar. Algunas de esas cosas eran las que lo habían encaminado hacia el segundo viaje a través de un *ter'angreal,* el cual lo llevó a su vez a tener una cuerda ceñida al cuello.

Una sucesión de pasos, cada uno de ellos dado por una buena razón o por pura necesidad, todos aparentemente razonables en su momento, que lo habían conducido a cosas que jamás había imaginado. Parecía que siempre se encontraba metido en esa clase de baile. Había estado muerto, y bien muerto, hasta que Rand cortó la cuerda y lo bajó y lo revivió. Por centésima vez se hizo una promesa a sí mismo: de ahora en adelante iba a mirar dónde ponía los pies. Se acabó el lanzarse de cabeza en cosas sin antes pensar qué consecuencias podría tener.

A decir verdad, aquel día sacó algo más que una cicatriz. Por ejemplo, la cabeza de zorro plateada, con su único ojo entrecerrado de manera que remedaba el antiguo símbolo Aes Sedai. A veces se reía con tantas ganas por lo del medallón que acababa con dolor de costillas. No se fiaba de ninguna Aes Sedai, de modo que hasta se bañaba y dormía con el medallón puesto. Qué sitio tan curioso era el mundo; curiosamente extraño, por lo general.

Y era cierto que también había obtenido conocimientos, bien que unos conocimientos no deseados. Fragmentos de las vidas de otros hombres abarrotaban su mente ahora, a millares, a veces sólo un espacio de unas pocas horas, otras de años enteros aunque en retazos inconexos, recuerdos de cortes y combates que abarcaban más de un milenio, desde mucho antes de la Guerra de los Trollocs hasta la última batalla del encumbramiento de Artur Hawkwing. Todos suyos ahora; o como si lo fueran.

Nalesean, Daerid y Talmanes acompañaban con palmas la música, y los otros hombres repartidos por las mesas hacían otro tanto. Hombres de la Compañía de la Mano Roja, animando a su comandante a que siguiera bailando. ¡Luz, qué enfermo lo ponía ese nombre! Había pertenecido a un grupo de héroes legendarios que murieron tratando de salvar Manetheren. Ni uno solo de los hombres que cabalgaban o marchaban a pie tras el estandarte de la Compañía albergaba la menor duda de que también acabarían entrando a formar parte de las leyendas. La señora Daelvin también batía palmas, y el resto de las camareras había hecho un alto para mirar.

Aquellos recuerdos de otros hombres eran el motivo de que la Compañía lo siguiera ahora a él, aunque ellos lo ignoraban; porque su mente albergaba la memoria de más batallas y campañas de las que un centenar de hombres

habría podido librar. Ya estuviera en el bando vencedor o perdedor, recordaba cómo se habían ganado o perdido esas batallas, y sólo hacía falta un poco de perspicacia para aplicar esos conocimientos y convertirlos en una victoria para la Compañía. Al menos, así había ocurrido hasta el momento. Y siempre y cuando no hallase un modo de eludir la lucha.

En más de una ocasión había deseado que esos fragmentos de las vidas de otros hombres desaparecieran de su cabeza. Sin ellos ahora no se encontraría en esta situación: al mando de casi seis mil soldados y muchos más que querían unirse a la tropa cada día; a punto de conducirlos hacia el sur y ponerse al mando de la jodida invasión de un país controlado por uno de los jodidos Renegados. No era un héroe y tampoco quería llegar a serlo. Los héroes tenían la mala costumbre de que alguien acababa matándolos. Cuando ya no se necesita al héroe se lo trata como al perro de presa, al que se le echa un hueso para que se vaya a un rincón y quitárselo de en medio; eso si la recompensa no se reduce a la promesa de un hueso y mandarlo salir de caza otra vez. Pensándolo bien, lo mismo ocurría con los soldados.

Por otro lado, sin esos recuerdos ahora no tendría a seis mil soldados a su alrededor. Se encontraría solo, *ta'veren* y atado al Dragón Renacido, un blanco al descubierto y conocido por los Renegados. Al parecer algunos de ellos sabían demasiado sobre Mat Cauthon. Moraine había afirmado que él era importante, que tal vez Rand los necesitaría a Perrin y a él para ganar la Última Batalla. Si no se había equivocado, haría lo que tuviese que hacer —en serio; sólo necesitaba tiempo para acostumbrarse a la idea—, pero no estaba dispuesto a convertirse en un jodido héroe. Si fuera capaz de dilucidar qué hacer respecto al condenado Cuerno de Valere... Elevó una breve plegaria por el alma de Moraine a la par que esperaba que la Aes Sedai se hubiese equivocado.

Betse y él llegaron a un extremo del espacio despejado de la sala por última vez, y la muchacha se dejó caer contra su pecho, riendo, cuando él se detuvo.

—¡Oh, ha sido maravilloso! Me sentía como si estuviera en el palacio real de alguna corte. ¿Podemos repetirlo? ¿Repetimos, eh? Oh, sí, por favor.

La señora Daelvin aplaudió un momento y entonces se dio cuenta de que las otras camareras estaban cruzadas de brazos; se volvió hacia ellas y gesticuló vigorosamente con las manos, haciendo que salieran corriendo en todas direcciones como gallinas asustadas.

—¿Significa algo para ti «Hija de las Nueve Lunas»?

Las palabras salieron de sus labios inopinadamente. La culpa la tenía haber pensado en aquellos *ter'angreal.* Cuando quiera que se encontrara con la Hija de las Nueve Lunas —«¡Luz, por favor, que aún tarde mucho!» deseó fervientemente para sus adentros—, cuando quiera que la encontrara no estaría sirviendo mesas en la posada de una villa pequeña atestada de soldados y refugiados. Claro que, a saber, tratándose de una profecía. Porque en cierto modo había sido eso, una profecía. Morir y volver a vivir. Casarse con la Hija de las Nueve Lunas. Renunciar a la mitad de la luz del mundo para salvar al mundo, significara lo que quiera que significara eso. Ya había muerto, después de todo, balanceándose en aquella cuerda. Si eso se cumplió, también tendría que cumplirse el resto. No había escapatoria posible.

—¿Hija de las Nueve Lunas? —repitió Betse, jadeante, aunque la falta de aliento no frenó su locuacidad—. ¿Es una posada? ¿Una taberna? Aquí, en Maerone, no, de eso estoy segura. ¿Tal vez al otro lado del río, en Aringill?

Librodot

Nunca he estado en...

Mat le posó un dedo sobre los labios.

—No importa. Bailemos otra vez.

En esta ocasión fue una danza folclórica, una con un poco de aquí y de allí, sin recuerdos unidos a ella salvos los suyos propios. Aunque, a decir verdad, ahora tenía que pensarlo bien para diferenciar unos de otros.

Un carraspeo hizo que mirara hacia atrás y suspiró al ver a Edorion, plantado en la puerta, con los guanteletes metidos debajo del cinturón de la espada y el yelmo apoyado en el doblez del brazo. El joven lord teariano había sido un hombre rollizo de mejillas sonrosadas cuando Mat jugaba con él en la Ciudadela de Tear, pero su cuerpo se había endurecido y tenía la tez tostada desde que había ido al norte. El yelmo había perdido el penacho de plumas, y muescas y abolladuras marcaban el otrora dorado peto. Su chaqueta de amplias mangas era de color azul con rayas negras, pero estaba desgastada.

—Me dijiste que te recordara que hacemos la ronda a esta hora. —Se cubrió la boca con el puño para toser e hizo todo un alarde de no mirar a Betse—. Pero puedo venir más tarde si quieres.

—Iré ahora —contestó Mat. Era importante hacer rondas a diario, inspeccionar algo distinto cada día; los recuerdos de aquellos otros hombres se lo indicaban así y había terminado por confiar en ellos en cosas como ésta. Ya que estaba atado a su tarea al menos trataría de realizarla como era debido. Hacer bien las cosas podría salvarle la vida. Además, Betse se había apartado de él e intentaba enjugarse el sudor de la cara con el delantal y atusarse el cabello al mismo tiempo. La euforia empezaba a borrarse en su rostro. Bah, qué más daba. La chica lo recordaría. «Baila bien con una mujer», se jactó para sus adentros, «y habrás recorrido la mitad del camino para hacerla tuya».

»Dales esto a los músicos —le dijo a la muchacha mientras ponía en su mano tres marcos de oro. Por mal que hubiesen tocado, la melodía lo había transportado durante un rato lejos de Maerone y del futuro inmediato. Y, de todos modos, a las mujeres les gustaba la generosidad. Esto llevaba buen camino. Inclinó la cabeza, acercó los labios a su mano sin besarla, y añadió—: Hasta luego, Betse. Volveremos a bailar cuando regrese.

Con gran sorpresa de Mat la muchacha agitó el índice delante de su nariz y sacudió la cabeza en un gesto admonitorio, como si le hubiese adivinado los pensamientos. En fin, nunca se había jactado de conocer a las mujeres.

Se caló el sombrero y recogió la lanza de mango negro que había dejado junto a la puerta. Ése era otro regalo del otro lado del *ter'angreal,* con su inscripción del astil en la Antigua Lengua y su extraña punta, semejante a una cuchilla corta, marcada con dos cuervos.

—Hoy iremos a las tabernas —le dijo a Edorion y salieron al calor de pleno mediodía y a la casa de locos que era Maerone.

Era una villa pequeña, sin amurallar, aunque cincuenta veces más grande que cualquiera de las que Mat había visto antes de salir de Dos Ríos. En realidad, más bien era un pueblo muy grande, donde sólo unos pocos de los edificios de ladrillo y piedra tenían más de un piso y únicamente las posadas contaban, como mucho, con tres, y abundaban en igual número los tejados de bálago o tablillas como de pizarra o tejas. En aquel momento las calles, en su mayoría de tierra apelmazada, se encontraban abarrotadas de gente. Los habitantes eran de todo tipo, principalmente cairhieninos y

Librodot

andoreños. A pesar de estar en la orilla cairhienina del Erinin, Maerone no pertenecía ahora a ninguna de las dos naciones, sino que era más bien un puente entre una y otra, y en la que se albergaban gentes de media docena de países que vivían en ella o que estaban de paso. Desde su llegada, Mat había visto a tres o cuatro Aes Sedai. A pesar de llevar el medallón las había evitado —no era menester buscar complicaciones innecesariamente—, pero todas ellas pasaron de largo. La suerte no le fallaba cuando se trataba de algo importante. Hasta el momento.

Los vecinos iban y venían presurosos, ocupados con sus quehaceres, y en su mayor parte hacían caso omiso de los numerosos hombres, mujeres y niños andrajosos que deambulaban sin rumbo fijo. Estos últimos eran todos cairhieninos, gentes que bajaban hasta el río antes de regresar a los campos de refugiados que rodeaban la villa. Eran contados los que volvían a casa, sin embargo. Aunque la guerra civil hubiese llegado a su fin en Cairhien, todavía abundaban los salteadores, y además tenían miedo de los Aiel. Y, por lo que Mat sabía, les aterraba tropezarse con el Dragón Renacido. La pura y simple verdad era que habían huido lo más lejos posible, bien que a ninguno de ellos le quedaban fuerzas para hacer algo más que esos cortos desplazamientos hasta el río para desde allí contemplar Andor.

También había soldados de la Compañía entre la multitud, algunos solos o en grupos pequeños deambulando por las tiendas y tabernas, pero igualmente se los veía marchando en tropa, ballesteros y arqueros con jubones tachonados de placas metálicas, piqueros con petos abollados que habían desechado sus superiores o que habían saqueado a los muertos. Se veían hombres de caballería por doquier, lanceros tanto tearianos como cairhieninos, cada cual con sus característicos yelmos, e incluso algunos andoreños, los de estos últimos de forma cónica y la visera de rejilla. Rahvin había echado a gran cantidad de buenos profesionales del cuerpo de la Guardia Real por serle leales a Morgase y algunos se habían unido a la Compañía. Los mercachifles callejeaban entre la muchedumbre voceando diversas mercancías: agujas e hilos; ungüentos supuestamente indicados para cualquier herida y remedios para todo, desde ampollas hasta descomposición de vientre e incluso enfermedades infecciosas; jabón; ollas y tazas de estaño con garantía de que no se oxidaban; medias de lana; cuchillos y dagas fabricadas —en ello empeñaba su palabra el vendedor— con el mejor acero andoreño, y, en fin, todo tipo de cosas que un soldado podría necesitar; al menos los mercachifles esperaban convencerlo de que lo precisaba. El barullo era tal que las voces de los vendedores se perdían a tres pasos de distancia.

Ni que decir tiene que los soldados reconocían a Mat de inmediato y muchos lanzaban vítores, incluso aquellos que estaban demasiado lejos para ver algo más que su sombrero de ala ancha y la peculiar lanza. Ambas cosas lo identificaban tan inequívocamente como el escudo familiar de cualquier noble. Había oído toda clase de rumores referentes al motivo de que desdeñara llevar yelmo y coraza, desde que se debía a una insensata bravura hasta la afirmación de que sólo un arma forjada por el propio Oscuro podía matarlo. Algunos decían que el sombrero se lo habían dado las Aes Sedai y que mientras lo llevara puesto nada podía causarle la muerte. En realidad era un sombrero corriente y se lo ponía porque daba buena sombra. Y porque era un buen recordatorio de que se mantuviera apartado de cualquier situación que requiriese el uso de yelmo y coraza. Las historias que circulaban sobre su lanza, con aquella inscripción que incluso muy

Librodot

pocos nobles sabían leer, eran aun más extravagantes. Pese a ello, ninguna se aproximaba a la verdad, que era aun más extraordinaria. La hoja de acero con los cuervos grabados en ella había sido creada por Aes Sedai durante la Guerra de la Sombra, antes del Desmembramiento; no había que afilarla nunca, y Mat dudaba que pudiera romperla si lo intentaba.

Agitando la mano en respuesta a los gritos de «¡Que la Luz ilumine a lord Matrim!» y «¡Lord Matrim y victoria!» y sandeces por el estilo, siguió su camino entre la muchedumbre, con Edorion al lado. Por lo menos no tenía que ir empujando, ya que le abrían paso en cuanto lo veían. Deseó para sus adentros que tantos refugiados no lo contemplaran como si él tuviera la llave de sus esperanzas guardada en el bolsillo. Aparte de asegurarse de que se les proporcionara comida de las caravanas que llegaban desde Tear, no sabía qué otra cosa podía hacer por ellos. Muchos no sólo iban andrajosos, sino también sucios.

—¿Es que se ha terminado el jabón en los campamentos? —rezongó Mat entre dientes.

—Así es —dijo Edorion, que lo había oído a pesar del guirigay—. La mayoría se lo cambió a los buhoneros por vino barato. No quieren jabón. Lo que desean es cruzar el río y, si eso no es posible, entonces ahogar sus penas con la bebida.

Mat gruñó con gesto agrio. El pasaje a Aringill era algo que él no podía proporcionarles.

Hasta que la guerra civil y cosas peores desgarraron Cairhien, Maerone había sido un lugar de tránsito para el comercio entre Cairhien y Tear, lo que significaba que en la ciudad había casi tantas posadas y tabernas como viviendas. Las cinco primeras en las que asomó la nariz apenas se diferenciaban entre sí, desde El Zorro y el Ganso hasta El Látigo del Carretero, todas ellas edificios de piedra abarrotados de mesas y alguna que otra pelea en ciernes que Mat pasó por alto. Sin embargo, nadie estaba ebrio.

La Puerta del Río, en la otra punta de la ciudad, había sido la mejor posada de Maerone, pero unos gruesos tablones clavados sobre las puertas, adornadas con soles tallados, servían de recordatorio a posaderos y taberneros de que no era rentable emborrachar a los soldados de la Compañía. Con todo, hasta estando sobrios los soldados se enzarzaban en riñas, tearianos contra cairhieninos contra andoreños, infantería contra caballería, hombres de un lord contra los de otro, veteranos contra alistados recientes, soldados contra civiles. Pero, antes de que la situación se fuera de las manos, soldados armados con garrotes y con el distintivo de una banda roja que iba desde la muñeca hasta el hombro ponían fin a las peleas. Todas las unidades seguían un turno para facilitar Brazos Rojos, como se los llamaba, de manera que cada día este cuerpo especial estaba constituido por hombres distintos y sus componentes tenían que pagar los daños ocasionados durante el día que prestaban servicio. Obvia decir que todos actuaban con gran diligencia en el mantenimiento de la paz.

En El Zorro y el Ganso un juglar, un tipo de mediana edad, hacía juegos malabares con bastones prendidos, en tanto que en La Hostería del Erinin otro compañero de profesión, un individuo delgaducho y calvo, tocaba el arpa y declamaba *La Gran Cacería del Cuerno.* A despecho del calor, ambos llevaban la distintiva capa cubierta de parches multicolores que ondeaban con cada movimiento; un juglar renunciaría a una mano antes que a su capa. Los dos tenían un auditorio bastante atento —muchos de los

espectadores procedían de pueblos en los que se recibía con entusiasmo la visita de un juglar— más incluso que la chica que cantaba subida a una mesa en una taberna llamada Las Tres Torres. Era bonita, con el oscuro cabello largo y ondulado, pero una canción sobre el amor verdadero no parecía la más indicada para despertar el interés de los hombres que había bebiendo y riendo escandalosamente. Los otros establecimientos no contaban con espectáculos más allá de uno o dos músicos, pero los numerosos parroquianos eran aun más alborotadores y las partidas de dados que se jugaban en más de la mitad de las mesas hicieron que los dedos de Mat se movieran en un gesto reflejo. No obstante, era cierto que casi siempre ganaba, al menos con los dados, y no sería justo quitarles el dinero a sus propios soldados. Porque eso es lo que eran la mayoría de los hombres sentados a las mesas; pocos refugiados disponían de monedas para gastar en salones de taberna.

Sólo un puñado de clientes, dispersos entre miembros de la Compañía, no pertenecía a ella. Aquí, un kandorés enjuto, con la barba dividida en dos, una piedra de luna del tamaño de la uña de un pulgar adornando uno de sus lóbulos y cadenas de plata cruzadas sobre la pechera de su chaqueta roja; allí, una domani de piel cobriza y ojos de lince, con anillos enjoyados en todos los dedos, aunque ataviada con un recatado vestido azul; acullá, un tarabonés con un gorro cónico de copa plana, en color azul, y un espeso bigote bajo el velo transparente. Hombres orondos con chaquetas tearianas ceñidas a la cintura o tipos flacos con levitas murandianas, largas hasta la rodilla; mujeres de ojos penetrantes con vestidos de cuello alto o largos hasta los tobillos, pero de lana con buen corte y colores sobrios. Todos mercaderes, prestos para entrar en acción en el momento en que se reanudara el comercio entre Andor y Cairhien. Y en todos los salones públicos dos o tres hombres sentados aparte de los demás, por lo general solos, en su mayor parte tipos de mirada dura, algunos bien vestidos y otros con ropas poco mejores que los refugiados, pero todos ellos con el aspecto de saber muy bien cómo utilizar la espada colgada a la cadera o sujeta a la espalda. Mat incluyó a dos mujeres en ese tipo de gente a pesar de que ninguna llevaba a la vista un arma; una de ellas tenía un largo cayado apoyado contra la mesa, y Mat imaginó que la otra escondía cuchillos debajo del vestido de montar. Él mismo llevaba escondidas unas cuantas armas blancas arrojadizas, repartidas por sus ropas. Estaba convencido de saber lo que esta mujer y los otros se proponían, y sería una necia si se metía en ello desarmada.

Cuando Edorion y él salían de El Látigo del Carretero, Mat se paró para observar a una fornida mujer vestida con falda pantalón de color marrón que se abría paso entre la muchedumbre. Su penetrante mirada, que no perdía detalle de cuanto ocurría en la calle, desmentía la aparente placidez de su semblante redondo, como también lo hacían el garrote tachonado de clavos que llevaba colgado del cinturón y la daga de enorme hoja que no tenía nada que envidiar a los cuchillos de los Aiel. Así pues, una tercera mujer que añadir al grupo. Cazadores del Cuerno, es lo que eran, del legendario Cuerno de Valere cuya llamada haría regresar de sus tumbas a los héroes muertos para que combatieran en la Última Batalla. Quienquiera que lo hallara se ganaría un lugar en la historia. «Si es que queda alguien para escribir la puñetera historia», pensó irónicamente Mat.

Algunos creían que el Cuerno aparecería allí donde hubiese agitación y conflictos armados. La anterior convocatoria de la Cacería del Cuerno había

Librodot

tenido lugar hacía cuatrocientos años, y en esta ocasión era tanta la gente que había acudido a prestar los juramentos que podría decirse que habían salido hasta de debajo de las piedras. Mat había visto multitud de cazadores del Cuerno por las calles de Cairhien y esperaba ver más cuando llegara a Tear. A buen seguro que ahora también se dirigirían en tropel hacia Caemlyn. En su fuero interno deseó que cualquiera de ellos hubiese encontrado el condenado objeto. Que él supiera, el Cuerno del jodido Valere se encontraba en algún lugar recóndito y profundo de la Torre Blanca, y, conociendo a las Aes Sedai, no sería de extrañar que sólo unas pocas estuvieran enteradas de ello.

Una tropa de infantería que marchaba detrás de un oficial a caballo, equipado con un peto abollado y el yelmo cairhienino, pasó entre la fornida mujer y él; eran casi doscientos piqueros, cuyas armas formaban un bosque de afiladas puntas, y a continuación venían cincuenta o más arqueros con las aljabas en la cadera y los arcos colgados al hombro. No eran los arcos largos de Dos Ríos a los que Mat estaba acostumbrado desde pequeño, pero sí unas armas respetables. Tenía que conseguir más ballestas para alcanzar el número necesario, aunque los arqueros no aceptarían el cambio voluntariamente. Los hombres iban cantando y el conjunto de sus voces bastaba para ahogar los demás ruidos.

Judías secas y heno podrido tu sustento serán,
y con coces de caballos tu cumpleaños celebrarás.
Sudor y sangre darás hasta que te hagas viejo,
y tu única paga será la que recibas en sueños,
si es que quieres ser soldado.
Si es que quieres ser soldado.

Un numeroso grupo de civiles caminaba tras ellos, tanto vecinos de la ciudad como refugiados, todos ellos jóvenes, observando con curiosidad y escuchando. A Mat no dejaba de sorprenderlo nunca. Cuanto peores hacía parecer a los soldados la canción —y ésta estaba lejos de ser de las peores— más numerosa era la multitud que atraía. Tan seguro como que el agua mojaba, algunos de esos hombres estarían hablando con el oficial de leva antes de que acabara el día, y la mayoría habría estampado su firma o su señal en la hoja de reclutamiento. Debían de pensar que la canción era un intento para alejarlos y dejarlos fuera de su parte de gloria y de botín. Al menos los piqueros no estaban cantando *Bailar con la Dama de las Sombras.* Mat detestaba esa canción. Cuando los chicos descubrían que la Dama de las Sombras era la muerte, les entraban las prisas para hablar con el oficial de leva.

La novia que dejas con otro hombre se casará
Una tumba será la única tierra que poseerás.
Ser pasto de gusanos y nadie que te llore.
De haber nacido renegarás con maldiciones,
si vas a ser un soldado.
Si vas a ser un soldado.

—Se hacen muchas cábalas sobre cuándo emprenderemos camino hacia el sur —comentó Edorion de manera coloquial—. Corren rumores. —Miró de reojo a Mat para calibrar su estado de ánimo—. Me he fijado en que

los herradores comprobaban los tiros de caballos para las carretas de suministros.

—Nos pondremos en marcha cuando nos pongamos —replicó Mat—. No hay necesidad de advertir a Sammael que vamos hacia allí.

Edorion le asestó una mirada intensa. El teariano no era ningún zopenco. Tampoco es que Nalesean lo fuera —sólo demasiado impaciente en ocasiones—, pero Edorion poseía una mente muy perspicaz. Nalesean jamás habría reparado en los herradores. Era cuestión de mala suerte que la casa Aldiaya tuviese un rango superior a la de Selorna, porque en caso contrario Mat habría designado a Edorion para el puesto ocupado por Nalesean. Estúpidos nobles con su estúpida obsesión por el rango. No, Edorion no tenía nada de tonto y sabía que tan pronto como la Compañía se encaminara hacia el sur la noticia los precedería con el tráfico fluvial y quizá también con palomas mensajeras. Mat no habría apostado contra los espías en Maerone aunque su instinto le anunciara que iba a tener un golpe de suerte tan grande como para dejarlo atontado.

—También corre el rumor de que el lord Dragón estuvo ayer en la ciudad —añadió Edorion en un tono tan bajo como se lo permitía el estruendo callejero.

—Lo más importante que ocurrió ayer fue que pude darme un baño después de una semana —dijo Mat con sorna—. Bueno, sigamos con lo nuestro o tardaremos casi todo lo que queda de luz del día para acabar la ronda si nos entretenemos más.

Habría dado un ojo de la cara por saber cómo había empezado ese rumor. Sólo había estado ausente medio día y desde luego nadie lo había visto. Era de madrugada cuando una especie de desgarrón luminoso apareció de repente en su habitación de El Ciervo Dorado; se había zambullido sobre la cama, con una bota puesta y la otra a medio quitar, y había desenvainado la daga que llevaba entre los omóplatos antes de darse cuenta de que era Rand, saliendo a través de uno de esos jodidos agujeros en la nada, aparentemente desde el palacio de Caemlyn a juzgar por las columnas que se vieron antes de que la abertura desapareciera. Resultaba chocante que viniera en plena noche, sin ninguna Aiel y apareciendo de improviso en su cuarto, lo que todavía hacía que a Mat se le erizara el pelo de la nuca. Esa cosa podría haberlo partido en dos si se hubiese encontrado de pie en el sitio equivocado. No le gustaba nada el Poder Único. Todo el asunto había sido muy raro.

—Apresúrate sin precipitarte, Mat —dijo Rand al tiempo que paseaba arriba y abajo, sin mirar hacia donde estaba Mat en ningún momento. El sudor le resbalaba por la cara y tenía tensa la mandíbula—. Tiene que verlo venir. Todo depende de ello.

Sentado en la cama, Mat acabó de quitarse la otra bota de un tirón y la soltó en la alfombrilla que la señora Daelvin le había proporcionado.

—Lo sé —repuso con acritud e hizo una pausa para frotarse el tobillo que se había golpeado con un poste de la cama—. Tomé parte en la elaboración del jodido plan, ¿recuerdas?

—¿Cómo sabes cuando estás enamorado de una mujer, Mat? —Rand no interrumpió sus idas y venidas, y lo soltó como si tuviera relación con lo que estaban hablando. Mat parpadeó.

—¿Y cómo demonios quieres que lo sepa? Ésa es una trampa en la que nunca he metido el pie. ¿A qué viene eso ahora?

Pero Rand se limitó a sacudir la cabeza como para desentenderse de algo.

—Acabaré con Sammael, Mat. Eso te lo prometo. Se lo debo a los muertos. Pero ¿dónde están los otros? Tengo que acabar con todos.

—Sí, claro, pero de uno en uno. —Mat reprimió a duras penas un timbre interrogante al hablar; imposible saber qué se le habría metido en la cabeza a Rand esos días.

—Hay seguidores del Dragón en Murandy, Mat. Y también en Altara. Hombres comprometidos conmigo. Una vez que Illian esté en mi poder, Altara y Murandy caerán como frutas maduras. Me pondré en contacto con los seguidores del Dragón en Tarabon, y en Arad Doman, y si los Capas Blancas intentan impedirme entrar en Amadicia los aplastaré. El Profeta tiene catequizada Ghealdan, y Amadicia casi, según he oído. ¿Te imaginas a Masema como el Profeta? Saldaea vendrá a mí; Bashere está convencido de ello. Lo harán todas las Tierras Fronterizas. ¡Tienen que hacerlo! Voy a conseguirlo, Mat. Todas las naciones estarán unidas antes de la Última Batalla. ¡Voy a lograrlo! —La voz de Rand había adquirido un timbre febril.

—Claro, Rand —repuso lentamente Mat mientras dejaba la otra bota junto a la primera—. Pero paso a paso, ¿vale?

—Ningún hombre debería tener la voz de otro dentro de su cabeza —masculló, y las manos de Mat se quedaron paralizadas a medio quitar uno de los calcetines de lana. Cosa extraña, se encontró preguntándose si el par no serviría para llevarlo puesto un día más. Rand sabía algo de lo que había pasado dentro de aquel ter'angreal *en Rhuidean; al menos sabía que había adquirido conocimientos militares, pero no estaba al tanto de todo. O eso creía Mat. No estaba enterado de lo de los recuerdos de otros hombres. Rand no pareció advertir nada fuera de lo normal; se limitó a pasarse los dedos por el pelo y prosiguió:*

»Se lo puede embaucar, Mat, porque Sammael no es imaginativo, no se sale de su planteamiento; pero ¿habrá algún resquicio por el que pueda escabullirse? Si hubiese un error, morirían miles de hombres. Decenas de miles. Serán centenares lo que caigan, de todos modos, pero no quiero que sean millares.

Mat torció el gesto de tal manera que el sudoroso quincallero que intentaba venderle una daga con la empuñadura medio cubierta de cristales multicolores —gemas, según él— casi dejó caer el arma en su prisa por perderse entre la multitud. Así había sido toda la entrevista con Rand, saltando de la invasión de Illian a los Renegados y a las mujeres —Luz, pero si Rand había sido siempre al que se le daban bien las mujeres; él y Perrin—, de la Última Batalla a las Doncellas Lanceras y a cosas que Mat apenas entendió; rara vez había escuchado las respuestas que Mat le daba y en ocasiones ni siquiera había esperado a que las diera. Oír a Rand hablar de Sammael como si lo conociera resultó más que desconcertante. Sabía que Rand perdería la razón finalmente, pero si empezaba ya a tener los primeros síntomas de locura...

¿Y el asunto de los otros, de esos necios que Rand estaba reuniendo y que querían encauzar, y ese tipo, Taim, que ya podía hacerlo? Rand había comentado el asunto por encima, como sin darle importancia; Mazrim Taim, el puñetero falso Dragón, instruyendo a los puñeteros estudiantes o lo que quiera que fuesen. Cuando todos empezaran a volverse locos, Mat quería encontrarse a miles de kilómetros de distancia.

Librodot

Sólo que tenía tantas posibilidades de conseguirlo como una hoja arrastrada hacia un remolino. Era *ta'veren,* pero Rand también y mucho más fuerte. No se decía nada en la Profecías del Dragón sobre Mat Cauthon, pero estaba atrapado, más que un pez en la red. Luz, ojalá no hubiese visto nunca el Cuerno de Valere.

Su semblante estaba sombrío mientras recorrió la siguiente docena de tabernas y locales públicos en la ronda marcada desde El Ciervo Dorado. No se diferenciaban realmente de la primera taberna visitada: llenas de mesas atiborradas de hombres bebiendo y jugando a los dados, músicos cuyas canciones quedaban ahogadas por el guirigay las más de las veces, Brazos Rojos poniendo fin a disputas tan pronto como se iniciaban, un juglar recitando *La Gran Cacería* en una —por lo visto era muy popular, tanto si había cazadores presentes como si no—, en otra una mujer baja de cabello claro entonando una canción algo picante que de algún modo parecía más indecente a costa de su rostro redondo y sus ojos muy abiertos en una expresión de inocencia.

Seguía de malhumor cuando se marcharon de El Cuerno de Plata —¡qué nombre tan idiota!— con su cantante de rostro inocente. Quizá fue por eso por lo que echó a correr hacia el griterío que estalló calle abajo, delante de otra hospedería. Los Brazos Rojos se ocuparían de ello si había soldados involucrados, pero aun así Mat se abrió paso a empujones entre la multitud apiñada. Menudo panorama; Rand perdiendo la chaveta y dejándolo a él colgado en medio de la tormenta. Taim y esos otros idiotas listos para seguirlo hacia la locura. Sammael esperando en Illian y el resto de los Renegados sabía la Luz dónde, sin duda todos ellos aguardando la ocasión para, de paso, hacerse con la cabeza de Mat Cauthon. Eso sin contar con lo que le harían las Aes Sedai si volvían a echarle mano; al menos las que sabían demasiado. ¡Y todo el mundo convencido de que él iba a salir a la palestra y ser un jodido héroe! Por lo general intentaba recurrir a la labia para evitar un enfrentamiento si es que no podía eludirlo completamente, pero en aquel momento deseaba tener cualquier excusa para atizarle un puñetazo en la nariz a alguien. Sin embargo, se encontró con algo que ni siquiera se le había pasado por la cabeza.

Una multitud de vecinos, cairhieninos de talla baja vestidos con ropas parduscas y un reducido número de andoreños más altos y con atuendos de colores más vivos, formaban un círculo inexpresivo alrededor de dos hombres altos y enjutos, con bigotes rizados, largas chaquetas murandianas de brillante seda y espadas con ornamentadas empuñaduras y recazos dorados. El tipo de la chaqueta roja sonreía con regocijo mientras observaba cómo el de la chaqueta amarilla sacudía por el cuello a un chiquillo, que no debía de llegar a Mat a la cintura, como haría un perro con una rata.

Mat controló su ira y se recordó que ignoraba cuál era el motivo que había dado pie a esto.

—Eh, cuidado con el pequeño —dijo al tiempo que posaba una mano en el brazo del de la chaqueta amarilla—. ¿Qué ha hecho para merecer…?

—¡Tocó mi caballo! —espetó el hombre con acento mindeano mientras se sacudía de encima la mano de Mat. Los mindeanos se jactaban, ¡se jactaban!, de tener el peor temperamento de todo Murandy—. ¡Le romperé su flacucho cuello de campesino! ¡Le retorceré su escuálido…!

Sin mediar una palabra más, Mat levantó bruscamente la punta roma de su lanza, directamente contra la entrepierna del tipo. El murandiano abrió la boca de golpe, pero de ella no salió sonido alguno. Los ojos se le

Librodot

volvieron en las órbitas hasta que casi quedó sólo blanco. El crío salió corriendo cuando las piernas del hombre se doblaron de manera que el tipo cayó de rodillas primero y luego se fue de bruces al suelo de la calle.

—Oh, no. No lo harás —dijo Mat.

Naturalmente, eso no fue el final del asunto; el hombre de la chaqueta roja llevó la mano hacia su espada. Consiguió desenvainar un par de dedos de la hoja antes de que Mat le golpeara la muñeca con la punta del astil de la lanza. El tipo gruñó y soltó la empuñadura, pero su otra mano fue hacia la daga de larga hoja que llevaba metida en el cinturón. Mat hizo un rápido y seco movimiento con su arma de manera que acertó a darle en una sien; no fue un golpe fuerte, pero el individuo se desplomó sobre el otro hombre. «¡Condenado necio!», rezongó Mat para sus adentros, aunque no estaba seguro de si el epíteto iba dirigido al hombre de la chaqueta roja o a sí mismo.

Seis Brazos Rojos había logrado finalmente abrirse paso entre los mirones; eran soldados de la caballería teariana y resultaba chocante verlos a pie con las botas de caña alta y las abullonadas mangas negras y doradas de las chaquetas aplastadas bajo las bandas rojas. Edorion había agarrado al crío, un chiquillo demacrado de gesto hosco, de unos seis años, que retorcía los dedos de los pies descalzos sobre la tierra de la calle y que de vez en cuando probaba a soltarse de un tirón de las manos de Edorion. Debía de ser el chaval más feo que Mat había visto en su vida, con la nariz aplastada, la boca demasiado grande y las enormes orejas salientes sobresaliendo de su cabeza. A juzgar por los agujeros en su chaqueta y pantalones, era uno de los refugiados. Y estaba mugriento.

—Arregla este asunto, Harnan —ordenó Mat. El Brazo Rojo era un jefe de patrulla de cara alargada, gesto de sufrimiento que venía de antiguo, y un burdo tatuaje de un halcón en la mejilla izquierda. Al parecer era una moda que se estaba extendiendo entre la Compañía, aunque la mayoría lo llevaba en partes del cuerpo que están normalmente cubiertas—. Descubre qué originó el problema y luego saca de la ciudad a estos dos bestias. —Era lo menos que se merecían, fuese cual fuese la provocación.

Un hombre delgaducho vestido con una chaqueta murandiana de lana oscura se abrió paso entre los mirones y cayó de hinojos junto al par caído en el suelo. El de la chaqueta amarilla había empezado a emitir gemidos ahogados y el de la chaqueta roja se agarraba la cabeza con las manos al tiempo que mascullaba lo que parecían imprecaciones. El recién llegado metió más ruido que los dos juntos:

—¡Oh, milord Paers! ¡Milord Culen! ¿Os han matado? —Extendió las manos temblorosas hacia Mat—. ¡Oh, no los matéis, milord! ¡Están indefensos! Son cazadores del Cuerno, milord, y yo soy su sirviente, Padry. Héroes, eso es lo que son, milord.

—No voy a matar a nadie —lo cortó Mat, asqueado—. Pero montad a estos héroes en sus caballos y los sacáis de Maerone antes del ocaso. No me gustan los hombres hechos y derechos que amenazan con romper el cuello a un crío. ¡Al anochecer!

—Pero, milord, están heridos. No es más que un chico campesino y estaba importunando al caballo de lord Paers.

—Sólo me había sentado en él —intervino el niño—. No estaba... haciendo eso que habéis dicho.

Mat asintió con gesto sombrío.

—No se rompe el cuello a los niños por sentarse en un caballo, Padry.

Ni siquiera si son niños «campesinos». Sacad de la ciudad a estos dos o me ocuparé de que sean ellos los que acaben con el cuello roto.

Hizo una seña a Harnan, que a su vez dirigió un seco cabeceo a los otros Brazos Rojos —los jefes de patrulla no hacían nada personalmente, igual que cualquier portador de estandarte—, y éstos levantaron sin contemplaciones a Paers y a Culen y se los llevaron a empujones, con Padry siguiéndolos de cerca mientras se retorcía las manos y protestaba que sus señores no estaban en condiciones de cabalgar, que eran cazadores del Cuerno y héroes.

Mat reparó entonces en que Edorion seguía sujetando por un brazo al causante de todo el alboroto. Los Brazos Rojos se habían marchado y los vecinos empezaban a dispersarse. Nadie dirigió al chico más de una mirada por encima; tenían sus propios hijos de los que cuidar, algo que no era tarea fácil hoy en día. Mat soltó un borrascoso suspiro.

—¿Te das cuenta de que podrías haberte hecho daño sólo por «sentarte» en el caballo de un extraño, chico? —amonestó—. Un hombre como ése seguramente monta un semental que cocearía a un crío pequeño y lo mandaría al fondo de su cuadra de manera que nadie sabría que estabas allí.

—Un castrado. —El niño volvió a dar un tirón para soltarse de Edorion y al comprobar que el joven no había aflojado los dedos puso un gesto hosco—. Era un castrado y no me habría hecho daño. Les gusto a los caballos. Y no soy un «crío pequeño». Tengo nueve años. Y me llamo Olver, no chico.

—Así que Olver, ¿no? —¿Nueve años? Podría ser. A Mat le resultaba difícil calcular la edad de un niño, especialmente si era cairhienino—. Pues bien, Olver, ¿dónde están tus padres? —Miró en derredor, pero los refugiados que vio pasaban junto a ellos caminando tan deprisa como los vecinos de la ciudad—. ¿Dónde están, Olver? Tengo que mandarte de vuelta con ellos.

En lugar de responder, el chico se mordió el labio y una lágrima se deslizó por su mejilla, aunque la secó con rabia.

—Los Aiel mataron a mi padre. Uno de esos... «Shado». Entonces mamá dijo que nos íbamos a Andor. Dijo que viviríamos en una granja, con caballos.

—¿Y dónde está ahora? —preguntó suavemente Mat.

—Se puso enferma. La... la enterré en un sitio donde quedaban algunas flores. —Inesperadamente, Olver asestó una patada a Edorion y empezó a forcejear para soltarse. Las lágrimas le corrían a raudales—. Suéltame. Puedo cuidar de mí mismo. He dicho que me sueltes.

—Ocúpate de él mientras encontramos a alguien que se haga cargo —dijo Mat a Edorion, que lo miró boquiabierto mientras trataba de retirar al chico para que no siguiera pateándolo y sujetarlo al mismo tiempo.

—¿Yo? ¿Qué esperas que haga con esta fiera de mocoso?

—Darle algo de comer, para empezar. —Mat encogió la nariz; a juzgar por el olor, Olver debía de llevar bastante tiempo en la cuadra del castrado—. Y un baño. Apesta.

—Habla directamente conmigo —gritó Olver a la par que se frotaba la cara, de manera que las lágrimas le extendieron los churretes de porquería—. ¡Háblame a mí, no por encima de mi cabeza, como si no estuviera aquí!

Mat parpadeó y después se agachó.

—Lo lamento, Olver. También a mí me daba mucha rabia que la gente

Librodot

hiciese eso conmigo. Veamos. Hueles fatal, así que Edorion, este amigo mío, va a llevarte a El Ciervo Dorado, donde la señora Daelvin te dejará darte un baño. —La expresión ceñuda de Olver se acentuó—. Y, si pone alguna pega, le dices que lo he mandado yo. No podrá impedírtelo. —Mat contuvo una sonrisa ante la repentina mirada intensa del chico, ya que eso lo habría estropeado todo. Puede que a Olver no le hiciese gracia darse un baño, pero si alguien intentaba impedirle que se diera uno...—. Bien, haz lo que te diga Edorion. Es un verdadero lord teariano y va a conseguirte una estupenda comida caliente y ropas que no tengan agujeros. Y también unos zapatos. —Mejor no añadir «y alguien que cuide de ti». La señora Daelvin se ocuparía de esto último; un poco de oro superaría cualquier renuencia.

—No me gustan los tearianos —rezongó Olver, que primero miró ceñudo a Edorion y después a Mat. Edorion tenía cerrados los ojos y mascullaba entre dientes—. ¿Es realmente un lord? ¿Lo eres tú también?

Antes de que Mat pudiese decir nada, Estean llegó corriendo entre la multitud, con el tosco rostro enrojecido y todo él sudoroso. En su peto abollado apenas quedaban restos de su dorada gloria anterior, y las franjas de satén rojo de las mangas amarillas acuchilladas estaban sobadas. Ni por lo más remoto parecía el hijo del lord más acaudalado de Tear. Claro que, en realidad, nunca lo había parecido.

—Mat —resolló al tiempo que se pasaba los dedos por el lacio cabello que no dejaba de resbalar sobre su frente—. Mat... En el río...

—¿Qué? —lo cortó Mat, irritado. Iba a hacer que le bordaran en las chaquetas la frase «no soy ningún jodido lord»—. ¿Sammael? ¿Los Shaido? ¿La Guardia Real? ¿Los malditos Leones Blancos? ¿Qué?

—Un barco, Mat —dijo Estean, jadeante, sin dejar de pasarse los dedos por el pelo—. Un navío grande. Creo que son los Marinos.

Eso no parecía muy probable; los Atha'an Miere jamás se alejaban de mar abierto con sus naves, todo lo más en el puerto donde recalaban. Aun así... No había muchas poblaciones a lo largo del Erinin hacia el sur, y las provisiones que las carretas podían transportar quedarían muy mermadas antes de que la Compañía llegara a Tear. Ya había contratado barcos fluviales para que viajaran a la par del ejército, pero una nave mayor les vendría estupendamente.

—Cuida de Olver, Edorion —dijo, haciendo caso omiso del gesto de desagrado del otro—. Estean, llévame hasta ese barco.

El aludido asintió con vehemencia y habría echado a correr de nuevo si Mat no lo hubiese agarrado por la manga para frenarlo y obligarlo a caminar. Estean siempre era impetuoso y aprendía despacio; esa combinación era la causa de que tuviera cinco moretones causados por el garrote de la señora Daelvin.

El número de refugiados aumentó a medida que se acercaban al Erinin; se movían apáticamente, tanto si iban hacia el río como si volvían de él. En los muelles de tablones oscurecidos por la brea y la mugre a lo largo del tiempo había amarrados seis transbordadores de ancha quilla, pero habían retirado los remos y no se veía a un solo tripulante en ninguno de ellos. En las únicas embarcaciones donde había actividad era en la media docena de barcos fluviales, unas chalupas resistentes de uno o dos palos que hacían una breve escala en su viaje río arriba o abajo. En los barcos contratados por Mat apenas había movimiento; las bodegas estaban llenas y los capitanes le habían asegurado que podían zarpar tan pronto como diera la orden. Varias embarcaciones —barcazas de proas achatadas y velas

Librodot

cuadradas que se movían pesadamente y veloces barcos de línea estilizada y velas triangulares— navegaban a lo largo del Erinin, pero ninguno cruzaba entre Maerone y la amurallada Aringill, sobre la que ondeaba el León Blanco de Andor.

La bandera también había flameado sobre Maerone, y los soldados andoreños que ocupaban la ciudad no habían dejado entrar voluntariamente a la Compañía de la Mano Roja. Caemlyn estaría en poder de Rand, pero su autoridad no llegaba hasta la Guardia Real destacada allí ni a las unidades creadas por Gaebril, como los Leones Blancos. Éstos se encontraban ahora hacia el este —habían huido en esa dirección, al menos, y cualquiera de los numerosos rumores que corrían sobre el bandidaje en la campiña podía ser obra de ellos—, pero el resto había cruzado el Erinin tras violentas escaramuzas con la Compañía. Desde entonces, nada ni nadie había cruzado el río.

Sin embargo, en lo único que Mat se fijó realmente fue en una nave anclada en el centro de la ancha corriente. Era un bergantín de los Marinos, efectivamente, más alto y más largo que cualquiera de los barcos fluviales, pero aun así de líneas elegantes, con dos esbeltos palos. En los aparejos se veían oscuras figuras encaramadas, algunas con el torso desnudo y pantalones anchos que parecían negros con la distancia; las blusas de vivos colores que llevaban otras indicaban que eran mujeres. Más o menos la mitad de la tripulación eran féminas. Las grandes velas cuadradas habían sido recogidas en las vergas cruzadas, pero a pesar de ello colgaban en pliegues flojos, prestas para ser largadas en un instante.

—Busca un bote —ordenó Mat a Estean—. Y algunos remeros. —Al joven teariano hacía falta recalcarle algo así. Estean lo miró, parpadeando, mientras se pasaba los dedos por el pelo—. ¡Apresúrate, hombre!

El teariano asintió repetida y bruscamente y después salió corriendo.

Mat llegó hasta el extremo de uno de los muelles más cercanos, se apoyó la lanza en el hombro y sacó el pequeño anteojo que guardaba en un bolsillo. Cuando acercó el tubo chapado en bronce a su ojo, el navío pareció acercarse de repente. Los Marinos parecían estar esperando algo, pero ¿qué? Algunos miraban hacia Maerone, pero la mayoría lo hacía hacia el lado opuesto, incluidos los que estaban en el alto alcázar; allí tenía que ser donde se encontraba la Navegante y los demás oficiales del barco. Mat giró el anteojo hacia la orilla opuesta del río, pasando sobre un bote largo con hombres de tez oscura a los remos, que bogaban rápidamente hacia el navío.

Había cierto alboroto en uno de los largos muelles de Aringill, casi copias exactas de los de Maerone. Las chaquetas rojas con cuellos blancos y los petos bruñidos señalaban la presencia de los guardias reales que, obviamente, recibían al grupo que había desembarcado del bajel. Lo que hizo que Mat soltara un quedo silbido fue el par de quitasoles rojos rematados con flecos que se alzaban entre los recién llegados, uno de ellos doble, como dos pequeñas cúpulas superpuestas. A veces aquellos viejos recuerdos venían bien; ese quitasol doble señalaba la presencia de una Señora de las Olas de un clan, y el otro el de su Maestro de Espadas.

—Tengo un bote, Mat —anunció Estean, falto de resuello, junto a su hombro—. Y algunos remeros.

Mat giró de nuevo el anteojo hacia el bajel. Por la actividad en la cubierta debían de estar subiendo el pequeño bote por el otro lado, pero al mismo tiempo otros miembros de la tripulación manipulaban el cabestrante para subir el ancla, y ya empezaban a largarse las velas.

Librodot

—Me parece que ya no me hace falta —rezongó.

Al otro lado del río, la delegación Atha'an Miere desaparecía del muelle escoltada por los guardias. Nada de aquello tenía sentido. Marinos a mil quinientos kilómetros del mar. Sólo la Señora de los Barcos ostentaba un rango superior a una Señora de las Olas; únicamente un Maestro de Armas superaba en rango a un Maestro de Espadas. No, no tenía ningún sentido a la luz de los recuerdos de todos esos otros hombres. Pero eran antiguos; Mat «recordaba» que se sabía menos sobre los Atha'an Miere que de ningún otro pueblo excepto los Aiel. Sabía más de estos últimos merced a su propia experiencia con ellos que a través de esos recuerdos, y era más que suficiente. Tal vez alguien que conociese a los Marinos hoy en día entendería lo que para él no tenía ni pies ni cabeza.

Las velas se hinchaban ya sobre el bajel de los Marinos mientras se acababa de subir el ancla chorreante a la cubierta. Fuera lo que fuese lo que causaba tanta prisa al parecer no los iba a llevar de vuelta al mar. Aumentando lentamente la velocidad, el navío se deslizó río arriba, trazando una curva hacia la embocadura del Alguenya, flanqueada de marjales, a unos pocos kilómetros al norte de Maerone.

Bueno, no tenía nada que ver con él. Tras lanzar una última y pesarosa mirada al bajel —en él se habría podido transportar igual cantidad de suministros que entre todos los barcos fluviales juntos que tenía contratados—, Mat volvió a guardar el anteojo en el bolsillo y le dio la espalda al río. Estean seguían rondando cerca de él, mirándolo fijamente.

—Dile a los remeros que pueden irse, Estean —instruyó Mat, y el teariano se alejó pisando fuerte, mascullando entre dientes y pasándose los dedos por el pelo.

La franja de barro en la orilla era más ancha que la última vez que Mat había bajado al río, unos cuantos días antes; aproximadamente un palmo de cieno pegajoso entre el agua y el metro de barro reseco que había más arriba ponía de manifiesto que incluso el caudal de un río como el Erinin estaba menguando lentamente. No tenía que ver con él. En cualquier caso, tampoco podía hacer nada al respecto. Se volvió y regresó a su ronda por las tabernas y locales públicos; era importante que nada pareciera fuera de lo normal ese día.

Cuando el sol se metió, Mat estaba de regreso en El Ciervo Dorado, bailando con Betse, que no llevaba puesto el delantal, en tanto que los músicos tocaban todo lo fuerte que podían. En esta ocasión fueron bailes folclóricos, y las mesas se habían retirado para dejar sitio para seis o siete parejas. La noche trajo cierto frescor al ambiente, aunque sólo al compararlo con las temperaturas diurnas. Todo el mundo seguía sudando. Hombres riendo y bebiendo llenaban los bancos, y las camareras iban y venían presurosas sirviendo cordero, nabos y sopa de cebada, y manteniendo llenas jarras de cerveza y copas de vino.

Sorprendentemente, las mujeres parecían considerar el baile un descanso en el incesante traer y llevar bandejas de una mesa a otra. Al menos, desde la primera hasta la última sonreían con ansiedad cuando les llegaba el turno de enjugarse el sudor de la cara y quitarse el delantal para echar un baile, aunque volvían a sudar copiosamente una vez que empezaban a danzar. Tal vez la señora Daelvin les había programado alguna especie de horario. De ser así, Betse era una excepción. Esta bonita y esbelta muchacha sólo servía vino a Mat, bailaba únicamente con él, y la posadera les sonreía igual que una madre en la boda de su hija, de manera que hacía

Librodot

sentirse incómodo a Mat. De hecho, Betse bailó con él hasta que al joven le dolieron los pies y sintió agarrotadas las pantorrillas, pero la chica no dejó de sonreír un instante y sus ojos brillaban de puro placer. Salvo cuando se paraban para recuperar el aliento, claro es. Para que lo recuperase él, porque a Betse no parecía hacerle falta. Tan pronto como sus pies se paraban, su lengua empezaba a todo galope. En realidad, hacía lo mismo cada vez que intentó besarla, y siempre giraba la cabeza al tiempo que exclamaba algo sobre esto o aquello, de manera que acababa besándole el oído o el cabello en lugar de los labios. Y también parecía que eso la sobresaltaba siempre. Mat aún no lograba dilucidar si es que era completamente tonta o demasiado lista.

Eran ya más cerca de las dos que de la una de la madrugada cuando finalmente Mat le dijo que ya tenía suficiente para una noche. La decepción asomó a su semblante y sus labios se fruncieron en un mohín. Parecía dispuesta a bailar hasta el amanecer. Y no era la única; una de las camareras de más edad estaba apoyada con una mano en la pared mientras se daba masajes en un pie, pero casi todas las demás tenían los ojos tan brillantes y el rostro tan animado como Betse. La mayor parte de los hombres tenían aspecto de cansados, con sonrisas forzadas aquellos que se dejaban llevar a rastra de los bancos y otros tantos rechazando a las mujeres con ademanes. Mat no lo entendía. Llegó a la conclusión de que tenía que deberse a que el hombre cargaba con la parte más pesada del baile, con los giros y levantar en vilo a sus parejas. La parte de las mujeres era más llevadera; brincar de un lado para otro no consumía tantas energías. Parpadeó al mirar a la fornida hembra que estaba haciendo a girar a Estean en lugar de al contrario —el teariano era buen bailarín, eso no podía negarlo—, y a continuación puso en la mano de Betse una moneda de oro, una gruesa corona andoreña, para que se comprara algo bonito.

La chica contempló la moneda un instante y luego se puso de puntillas para besarlo levemente en la boca, como el roce de una pluma.

—Yo jamás os colgaría hicieseis lo que hicieseis. ¿Bailaréis conmigo mañana?

Antes de que Mat tuviese ocasión de contestar, la muchacha soltó una risita y se marchó corriendo, sin dejar de echarle miradas por encima del hombro incluso cuando tiró de Edorion intentando arrastrarlo hacia la zona de baile. La señora Daelvin interceptó a la pareja y, poniendo con firmeza un delantal en las manos de Betse, señaló la cocina con un gesto del pulgar.

Mat cojeaba ligeramente en su camino de vuelta a la mesa pegada a la pared trasera, donde Talmanes, Daerid y Nalesean estaban cómodamente arrellanados. Talmanes miraba fijamente su copa de vino como si buscase en ella respuestas a preguntas profundas. Daerid, sonriente, observaba a Nalesean, que intentaba rechazar a una regordeta camarera de ojos grises y cabello castaño claro sin admitir en ningún momento que tenía los pies machacados. Mat se apoyó en la mesa plantando los puños en el tablero.

—La Compañía emprende la marcha al sur con las primeras luces del día —anunció—, así que más vale que empecéis con los preparativos.

Los tres hombres lo miraron boquiabiertos.

—Pero si sólo faltan unas pocas horas —protestó Talmanes.

—Justo el tiempo que hará falta para sacar a los hombres de las tabernas —manifestó Nalesean al mismo tiempo.

Daerid sacudió la cabeza a la par que hacía una mueca.

—Ninguno de nosotros podrá dormir nada esta noche.

Librodot

—Yo sí —respondió Mat—. Que uno de vosotros me despierte dentro de dos horas. Con las primeras luces emprenderemos la marcha.

Así fue como se encontró a lomos de *Puntos,* su resistente castrado castaño, en la gris penumbra que precede al alba, con la lanza apoyada de través en la silla de montar y el arco largo, sin encordar, metido debajo de la cincha, sin haber dormido apenas y con un molesto dolor en el fondo de los ojos, observando cómo la Compañía de la Mano Roja abandonaba Maerone. La totalidad de los seis mil hombres que la componían, la mitad a caballo y la mitad a pie, hacían suficiente ruido para despertar a los muertos. A despecho de la temprana hora, la gente se alineaba en las calles y se asomaba a las ventanas altas contemplando boquiabierta el ajetreo.

La bandera de la Compañía abría la marcha; era cuadrada y orlada en rojo, con una mano carmesí sobre fondo blanco y debajo su lema *Dovie'andi se tovya sagain,* «es hora de que rueden los dados», bordado también en rojo. Nalesean, Daerid y Talmanes cabalgaban detrás del estandarte, seguidos por diez hombres montados tocando timbales adornados con orlas escarlatas y otros tantos trompetas acompañándolos con sus toques. A continuación marchaban los jinetes de Nalesean, una mezcla de soldados tearianos y Defensores de la Ciudadela, nobles de segunda fila cairhieninos que llevaban los *con* a la espalda e iban seguidos de cerca por sus guardias, y unos pocos andoreños, cada escuadrón y tropa precedidos por su propio estandarte de la Mano Roja, una espada y un número. Mat les había mandado que echaran a suerte qué número le correspondía a cada cual.

La mezcla había ocasionado cierto descontento; a decir verdad, más que un poco. Al principio, los jinetes cairhieninos seguían a Talmanes en su totalidad, y los tearianos a Nalesean. La infantería había sido una mezcolanza de nacionalidades desde el primer momento. También había habido protestas por unificar el tamaño de cada unidad y por los números de los estandartes. Lores y capitanes siempre reunían bajo su mando a tantos soldados como quisieran seguirlos y a los que se conocía como los hombres de Edorion o los de Meresin o los de Alhandrin. Todavía seguían con esa costumbre hasta cierto punto —por ejemplo, los quinientos al mando de Edorion se autodenominaban Martillos de Edorion, en vez de «el primer escuadrón»— pero Mat les había metido en la cabeza a fuerza de machacar que todos, del primero al último, pertenecían a la Compañía, no a este o aquel país en el que habían nacido, y que cualquiera que no estuviese conforme con su modo de hacer las cosas era libre de marcharse. Lo sorprendente era que ninguno se había ido.

Costaba entender por qué se quedaban. Vencían cuando él los lideraba, ciertamente, pero siempre había bajas. A Mat no le estaba resultando fácil mantenerlos alimentados y conseguir que recibieran la paga más o menos a tiempo, aparte de que harían bien si empezaban a olvidarse de las riquezas que, según alardeaban, iban a saquear. Hasta el momento nadie había visto una sola moneda, y Mat no creía que hubiese muchas probabilidades de que tal cosa ocurriera nunca. Era una locura.

El primer escuadrón lanzó un vítor al que de inmediato se unieron el cuarto y el quinto, los Leopardos de Carlomin y las Águilas de Reimon, como se llamaban a sí mismos:

—¡Lord Matrim y la victoria! ¡Lord Matrim y la victoria!

Si Mat hubiese tenido una piedra a mano se la habría arrojado.

La infantería venía a continuación cual una serpiente sinuosa, cada compañía precedida por un tambor que iba marcando el paso, así como uno

de los largos estandartes, éstos con una pica cruzada sobre la mano carmesí en lugar de una espada, en veinte filas que creaban un erizado bosque de lanzas seguidas por otras cinco de arqueros o ballesteros. Cada compañía tenía también una o dos flautas, y cantaban con la música:

Cantando toda la noche y todo el día bebiendo,
con las chicas guapas nuestra paga gastaremos,
y cuando hayamos gastado hasta el último céntimo
a bailar con la Dama de las Sombras nos iremos.

Mat tuvo que aguantar la canción hasta que aparecieron las primeras filas de la caballería de Talmanes, entonces taloneó los flancos de *Puntos.* No era menester quedarse para ver pasar las carretas de suministros ni las reatas de remonta que cerraban la marcha. Habría caballos que se lisiarían de allí a Tear o que morirían por cosas que los veterinarios no podrían curar, y un soldado de caballería sin montura no valía para mucho. En el río, siete barcos pequeños se deslizaban aguas abajo impulsados por velas triangulares, un poco más deprisa que la propia corriente. En cada uno de ellos flameaba un gallardete blanco con la Mano Roja. Otras embarcaciones empezaban a moverse también, dirigiéndose hacia el sur, algunas utilizando cualquier trozo de lona que sirviese de vela.

Cuando Mat alcanzó la cabeza de la columna, el sol empezó finalmente a asomarse por el horizonte, arrojando sus rayos sesgados sobre las onduladas colinas y las dispersas arboledas. El joven se caló bien el sombrero para resguardarse los ojos del resplandor. Nalesean tenía la mano, enfundada en el guantelete, puesta en la boca para reprimir fútilmente un tremendo bostezo, y Daerid iba como derrumbado en la silla, los párpados entrecerrados como si fuera a quedarse dormido en cualquier momento. Sólo Talmanes llevaba muy recta la espalda y los ojos bien abiertos y alertas. Mat se sintió más identificado con Daerid.

Aun así, levantó la voz para hacerse oír sobre los tambores y las trompetas:

—Mandad por delante a los exploradores tan pronto como hayamos perdido de vista la ciudad. —Tanto el bosque como el territorio agreste estaban bastante distantes al sur, pero una ruta razonablemente establecida atravesaba ambas zonas; la mayoría del tráfico discurría por el río, pero también había habido el suficiente trasiego a pie o en carreta a lo largo de los años para dejar un camino marcado—. Y haced que pare ese condenado ruido.

—¿Los exploradores? —repitió extrañado Nalesean—. Demonios, no hay nadie armado siquiera con una lanza en un radio de quince kilómetros, a menos que pienses que los Leones Blancos han dejado de huir; y, si lo han hecho, no se acercarán a nosotros a menos de ochenta kilómetros si tienen la menor sospecha de nuestra presencia.

—Quiero que hoy se cubran cincuenta kilómetros —continuó Mat sin hacerle caso—. Cuando podamos hacer ese recorrido cada día, comprobaremos hasta dónde podemos incrementar la distancia apretando la marcha. —Lo miraron boquiabiertos, naturalmente. Los caballos no podían mantener ese paso durante mucho tiempo, y cualquiera salvo los Aiel consideraba cuarenta kilómetros un recorrido excelente en un día de marcha a pie. Sin embargo, Mat tenía que seguir el juego como lo había acordado—. Comadrin escribió: «Ataca en un terreno en el que tu enemigo piense que no

Librodot

lo harías, desde una dirección inesperada y en un momento inesperado. Defiende cuando tu enemigo crea que no lo estás haciendo y cuando esté convencido de que vas a huir. La sorpresa es la clave de la victoria, y la velocidad la clave de la sorpresa. Para un soldado, ser veloz significa seguir con vida».

—¿Quién es Comadrin? —preguntó Talmanes al cabo de un momento, y Mat tuvo que recobrar el dominio de sí mismo antes de responder.

—Un general. Murió hace mucho tiempo. Leí su libro una vez. —O al menos recordaba haberlo leído y en más de una ocasión; dudaba mucho que existiese alguna copia hoy en día. En realidad, recordaba haber conocido a Comadrin, después de perder una batalla contra él, unos seiscientos años antes de Artur Hawkwing. Esos recuerdos seguían colándose en su mente cuando menos lo esperaba. Por lo menos no había soltado el discursito en la Antigua Lengua; por lo general, ahora se las apañaba para no caer en eso.

Mientras observaba cómo los exploradores a caballo se dispersaban en abanico por la ondulada planicie fluvial, Mat se tranquilizó. Su parte en el juego había empezado, conforme al plan: una partida casi precipitada como si estuviesen intentando desplazarse hacia el sur a hurtadillas, pero lo suficientemente ostentosa para estar seguro de que no pasaría inadvertida.

La combinación lo haría parecer un estúpido y eso también era conveniente. Enseñar a la Compañía a moverse rápidamente era una buena idea —desplazarse deprisa podía mantenerlo a uno lejos del combate—, pero su progreso sin duda se notaría desde el río como mínimo. Escudriñó el cielo; ni cuervos ni grajos, pero eso no significaba gran cosa. Tampoco palomas. Sin embargo, Mat se comería el sombrero si no salía ninguna de Maerone en ese día.

Como mucho, en cuestión de unos días Sammael sabría que la Compañía iba de camino y a buen paso, y con los comentarios dejados caer por Rand en Tear sería evidente que la llegada de Mat señalaría la inminente invasión de Illian. Aun así, por muy bien que marchara la columna tardarían más de un mes en llegar a Tear. Con suerte, Sammael estaría tan aplastado como un piojo entre dos piedras antes de que Mat hubiese llegado a menos de doscientos kilómetros de él. Sammael podía ver lo que se avecinaba —no todo, claro— pero iba a ser un baile distinto del que él esperaba. Diferente de lo que esperaba cualquiera salvo Rand, Bashere y él. Ése era el verdadero plan. De repente Mat se sorprendió a sí mismo silbando. Por una vez todo estaba saliendo del modo que esperaba.

Librodot

CAPÍTULO 6

Hilos tejidos con sombras

Con cautela, Sammael pisó en la sedosa alfombra floreada, dejando abierto el acceso por si acaso se hacía necesaria la retirada y aferrando con fuerza el *Saidin.* Por lo general rehusaba las reuniones salvo en terreno neutral o en el suyo, pero ésta era la segunda vez que acudía allí. Pura necesidad. Nunca había sido un hombre confiado y lo era aun menos desde que se había enterado de parte de lo ocurrido entre Demandred y las tres mujeres; y Graendal le había contado sólo lo justo para respaldar algún provecho que veía para sí misma. Sammael lo entendía muy bien; también él tenía sus propios planes de los que no sabían nada los otros Elegidos. Sólo habría un Nae'blis, y ese premio valía tanto como la propia inmortalidad.

Estaba de pie en un alto estrado, con barandilla de mármol a un extremo, donde mesas y sillas doradas y de marfil tallado, algunas repugnantes en los detalles, estaban colocadas de manera que dominaban el resto del largo salón con columnas, tres metros más abajo. No había escaleras que condujeran allí abajo; se trataba de un enorme y extravagante foso en el que ofrecer espectáculos. La luz del sol chispeaba a través de altos ventanales, cuyos cristales de colores representaban complejos dibujos. El abrasador calor del sol no penetraba allí; el aire era fresco, aunque Sammael sólo lo percibió vagamente. Graendal tenía tan poca necesidad como él de realizar tal esfuerzo, pero indudablemente lo haría. Lo extraño es que la mujer no hubiese extendido la red a todo el palacio.

Había algo distinto en la parte baja de la estancia desde la última vez que había estado allí, pero no acababa de discernir qué. Tres estanques, largos y someros, ocupaban la parte central del salón, cada uno con una fuente —sinuosas formas, el movimiento congelado en piedra— que lanzaban chorros de agua casi hasta las nervaduras de mármol tallado del techo en arco. Hombres y mujeres retozaban en los estanques, cubiertos con retazos de seda o menos, en tanto que otros, con vestimentas igualmente escasas, actuaban a lo largo de los laterales: acróbatas y juglares; bailarines de diversos estilos; y músicos tocando flautas, trompas, tambores y todo tipo de instrumentos de cuerda. De todas las tallas y medidas, de todos los tonos de piel, de cabellos y de ojos, cada cual era físicamente más perfecto que el anterior. Todo esto estaba pensado para el esparcimiento de quien se encontrara en el estrado. Qué idiotez. Una pérdida de tiempo y de energía. Típico de Graendal.

El estrado estaba vacío cuando él llegó, pero henchido como estaba de *Saidin* percibió el perfume dulzón de Graendal, como el aroma de un jardín de flores, y oyó el roce de sus escarpines sobre las alfombras mucho antes de que la mujer hablara a su espalda:

—¿No son bellísimos mis animalitos de compañía?

Se reunió con él en la barandilla, contemplando sonriente el espectáculo que tenía lugar abajo. Su traslúcido vestido domani, de color azul, se ajustaba a su cuerpo y hacía algo más que insinuar sus formas.

Librodot

Como tenía por costumbre, lucía un anillo en cada dedo con distintas gemas, cuatro o cinco brazaletes con piedras preciosas engarzadas en cada muñeca, y un ancho collar de enormes zafiros ceñido alrededor del cuello alto del vestido. Él no entendía de esas cosas, pero sospechaba que se había tardado horas en peinar esos bucles dorados que le caían hasta los hombros y colocar las gotas de luna que parecían estar esparcidas por el cabello; algo en su aparente colocación fortuita apuntaba una exacta precisión.

A veces Sammael sentía curiosidad respecto a ella. No la había conocido hasta que había elegido dejar una causa perdida y seguir al Gran Señor, pero gozaba de fama y era honrada por todo el mundo como una dedicada asceta que trataba a aquellos con la mente perturbada por trastornos que la Curación no podía sanar. En aquel primer encuentro, cuando la mujer le aceptó sus primeros juramentos al Gran Señor, todo rastro de sobria benefactora había desaparecido, como si de manera deliberada se hubiese convertido en la antítesis de todo lo que era antes. En apariencia, su gran obsesión era su propio placer, que casi encubría un deseo imperativo de derribar a cualquiera que tuviese una partícula de poder. Y eso a su vez casi ocultaba su propia sed de poder que muy rara vez manifestaba abiertamente. Graendal había sido siempre muy buena para ocultar cosas que estaban a la vista. Sammael creía que la conocía mejor que cualquiera de los otros Elegidos —lo había acompañado a Shayol Ghul para rendir homenaje por primera vez— pero ni siquiera él la conocía a fondo. Esta mujer tenía tantos matices como escamas tenía un *jegal,* y pasaba de uno a otro con la rapidez del relámpago. Entonces ella era la señora, y él, el acólito a pesar de todos sus logros y habilidades como general. Esa situación había cambiado.

Ninguno de los que jugueteaban en los estanques ni los que actuaban levantaron la vista hacia el estrado, pero a raíz de su aparición se tornaron más activos, más gráciles si cabe, tratando de exhibirse lo mejor posible; existían para complacerla. Graendal se aseguraba de que fuese así.

La mujer señaló con un gesto a cuatro acróbatas, un hombre de cabello oscuro que sostenía a tres esbeltas jóvenes, su piel cobriza untada con aceite, reluciendo.

—Son mis favoritos, creo. Ramsid es el hermano del rey domani. La mujer que está encaramada a sus hombros es su esposa, y las otras dos son la hermana menor del rey y su hija mayor. ¿No es extraordinario lo que la gente es capaz de aprender con el estímulo adecuado? Piensa cuánto talento se desperdicia.

Ése era uno de sus conceptos preferidos: un lugar para cada persona y cada persona en su lugar, dependiendo de sus aptitudes y de las necesidades de la sociedad, las cuales parecían centrarse siempre en sus deseos. Todo aquello hastiaba a Sammael; si le hubiesen aplicado a él los preceptos de Graendal, aún seguiría en el mismo sitio.

El acróbata giró lentamente para ofrecerles una buena vista; sostenía a una mujer en cada brazo extendido, ambas colgando de una mano de la sujeción que ofrecía la que estaba encaramada en los hombros. Graendal ya había dejado de prestarles atención para ponerla en un hombre y una mujer de piel muy oscura, con el cabello rizado, ambos de extraordinaria belleza. La esbelta pareja tocaba unas extrañas arpas alargadas, con un carillón que resonaba al pulsar las cuerdas produciendo sonidos cristalinos.

—Mi nueva adquisición, de las tierras que hay más allá del Yermo de Aiel. Deberían estarme agradecidos por rescatarlos. Chiape era Sh'boan, una

especie de emperatriz, que había enviudado recientemente, y Shaofan iba a casarse con ella y a convertirse en Sh'botay. Durante siete años ella habría gobernado sin trabas, absolutamente, y entonces habría muerto. Entonces, él habría elegido una nueva Sh'boan y gobernaría a su antojo hasta su muerte, siete años después. Han seguido ese ciclo durante casi tres mil años sin interrupción. —Soltó una risita mientras sacudía la cabeza con asombro—. Shaofan y Chiape insisten en que esas muertes son algo natural. La Voluntad del Entramado, lo llaman. Para ellos todo es la Voluntad del Entramado.

Sammael no apartó los ojos de la gente de abajo. Graendal parloteaba como una necia, pero sólo los necios de verdad la consideraban estúpida. Lo que aparentemente dejaba caer por casualidad entre tanta palabrería a menudo estaba introducido con la precisión de una aguja *conje.* La clave estaba en pillar el porqué y qué era lo que esperaba ganar con ello. ¿Por qué de repente se había apoderado de «animalitos de compañía» de un lugar tan lejano? Rara vez se salía de su curso marcado. ¿Estaría intentando que él desviara su atención hacia tierras lejanas, más allá del Yermo, haciéndole creer que tenía intereses allí? El campo de batalla estaba aquí; el primer golpe del Gran Señor se descargaría aquí cuando estuviese libre. El resto del mundo sufriría los coletazos de las tormentas o puede que incluso quedara asolado por ellas, pero esas tormentas se generarían aquí.

—Considerando que gran parte de la familia real domani mereció tu aprobación, me sorprende que no la obtuviesen más miembros —comentó en tono seco. Si lo que la mujer buscaba era distraer su atención, sin duda encontraría el modo de volver a introducir el asunto. Nunca se le pasaba por la cabeza que alguien conociese sus mañas lo bastante para descubrir el propósito que éstas encubrían.

Una mujer esbelta, de cabello oscuro, no joven pero sí con la clase de pálida belleza y elegancia que perduraría toda su vida, apareció junto a Sammael sosteniendo en las dos manos una copa de cristal con ponche de vino oscuro. Él la tomó, aunque no tenía intención de bebérsela; sólo los novatos permanecían alertas esperando un ataque violento y frontal hasta que los ojos les ardían, y en tanto dejaban que un asesino solitario se les acercara por la espalda. Las alianzas, bien que efímeras, eran convenientes; pero, cuantos menos Elegidos quedasen en el Día del Retorno, mayor la oportunidad para los supervivientes de alcanzar el puesto de Nae'blis. El Gran Señor había alentado siempre esta clase de... competición; sólo los más aptos eran merecedores de estar a su servicio. A veces Sammael pensaba que el escogido para gobernar el mundo para siempre sería el último de los Elegidos que quedase en pie.

La mujer volvió junto a un joven musculoso que sostenía una bandeja dorada con otra copa y una jarra a juego. Ambos llevaban atuendos blancos y transparentes y ninguno de ellos pestañeó siquiera por el hecho de que hubiese un acceso abierto a los aposentos de Sammael en Illian. Cuando la mujer sirvió a Graendal, su rostro era el vivo retrato de la adoración. Nunca había problema para hablar delante de sus sirvientes y favoritos, aunque entre ellos no había un solo Amigo Siniestro. Graendal desconfiaba de estos últimos y en su opinión eran fáciles de convencer para que cambiaran de bando; por el contrario el nivel de Compulsión utilizado sobre aquellos que la servían personalmente no dejaba cabida para nada más que la adoración.

—Casi esperaba ver aquí al propio rey sirviendo el vino —continuó Sammael.

—Sabes que sólo escojo lo más exquisito. Alsalam no está al nivel de mis exigencias. —Graendal tomó la copa que le ofrecía la mujer sin apenas dedicarle una mirada, y no por primera vez Sammael se preguntó si los favoritos no serían otra cortina, como la cháchara insustancial, para ocultar sus verdaderos propósitos. Quizá pinchándola un poco conseguiría que soltase algo.

—Antes o después tendrás un desliz, Graendal. Uno de tus visitantes reconocerá a la persona que le sirve el vino o que le abre la cama, y tendrá el sentido común de morderse la lengua hasta que se haya marchado. ¿Qué harás si alguien cae sobre este palacio con un ejército para rescatar a un esposo o a una hermana? Puede que una flecha no tenga la eficacia de una lanza de descarga, pero aun así puede matarte.

La Renegada echó la cabeza hacia atrás y rió con gran regocijo, obviamente demasiado estúpida para advertir el insulto implícito. Obviamente, se entiende, para quien no la conociera.

—Oh, Sammael, ¿por qué iba a dejarles ver algo más de lo que quiero que vean? Ciertamente no envío a mis animalitos para que los sirvan. Los partidarios de Alsalam y sus oponentes, incluso los seguidores del Dragón, se marchan de aquí convencidos de que los apoyo sólo a ellos. Además, no quieren molestar a una inválida.

El leve cosquilleo en la piel advirtió a Sammael que la mujer estaba encauzando y, durante un instante, su imagen cambió. Su tez se tornó cobriza, pero sin lustre, su cabello adquirió un tono oscuro, así como sus ojos, aunque carentes de brillo; su aspecto era demacrado y débil, una domani antaño hermosa que iba perdiendo lentamente la batalla contra la enfermedad. Sammael apenas pudo contener el gesto de desdén. Un simple contacto pondría de manifiesto que aquellos rasgos angulosos no eran los suyos —sólo el uso más sutil de la Ilusión pasaría tal prueba— pero Graendal parecía estar unida permanentemente a la extravagancia. Un instante después volvía a ser ella misma y exhibía una sonrisa irónica.

—No te creerías cómo confían en mí y escuchan mis consejos todos ellos.

Nunca dejaba de sorprenderle que Graendal prefiriera quedarse allí, en un palacio bien conocido en todo Arad Doman, con la guerra civil y la anarquía a su alrededor. Aunque, claro es, Sammael dudaba que la mujer hubiese permitido que cualquiera de los otros Elegidos conociera el lugar donde se había establecido. El hecho de que se lo hubiese confiado a él despertaba sus recelos. A Graendal le gustaban la comodidad y el lujo, pero nunca había estado dispuesta a dedicar demasiado esfuerzo en conservarlos; sin embargo, este palacio tenía las Montañas de la Niebla a la vista, y requería un gran esfuerzo de su parte mantener lejos el caos y evitar que alguien preguntara qué había sido del anterior propietario, así como de su familia y servidumbre. A Sammael no le habría extrañado enterarse de que todos los domani que habían acudido de visita allí se marcharan creyendo que aquellas tierras habían sido posesión de su familia desde el Desmembramiento. Utilizaba la Compulsión tan a menudo que uno podía olvidarse de que era capaz de dominar hasta los aspectos más endebles de ese arte dando vueltas y más vueltas a la mente hasta confundirla por completo y de un modo tal sutil que incluso el examen más minucioso no encontraría rastro de ella. De hecho, seguramente nunca había habido nadie que dominara como ella esta disciplina.

Dejó que el acceso desapareciera pero continuó aferrando el *Saidin;*

esos trucos no funcionaban con alguien inmerso en la Fuente. Y, a decir verdad, él disfrutaba con la lucha por la supervivencia, aunque ahora no fuese consciente de ello; sólo los más fuertes merecían sobrevivir, y él ponía a prueba su preparación para la batalla cada día. No había modo de que ella supiese si todavía aferraba el *Saidin,* pero la mujer sonrió brevemente mientras se llevaba la copa a los labios. A Sammael le gustaba tan poco la gente que aparentaba saber cosas como la que sabía cosas que él ignoraba.

—¿De qué querías hablar conmigo? —inquirió con más dureza de lo que era su intención.

—¿Sobre Lews Therin, quieres decir? Porque parece que nunca estás interesado en nada más. Vaya, él sí que sería un estupendo animalito de compañía. Lo convertiría en el centro de toda exhibición. No es que sea exactamente lo que considero un hombre apuesto, pero compensa esa carencia con sus otras dotes. —De nuevo sonrió mientras se llevaba la copa a los labios, y añadió en un murmullo tan quedo que Sammael no lo habría oído de no estar conectado con la Fuente—: Y me encantan altos.

El Renegado tuvo que hacer un esfuerzo para no estirarse todo lo posible. No era bajo, pero lo sacaba de quicio que su talla no fuese acorde con su habilidad. Lews Therin le había sacado más de un palmo de altura; igual que Al'Thor. Siempre se suponía que el hombre más alto era el mejor. También hubo de esforzarse para no tocar la cicatriz que le surcaba el rostro desde el nacimiento del pelo hasta la barba recortada en forma cuadrada. Era obra de Lews Therin y la conservaba como un recordatorio. Sospechaba que Graendal había interpretado erróneamente su pregunta a propósito, para hostigarlo.

—Lews Therin murió hace mucho tiempo —replicó duramente—. Rand al'Thor es un muchachito campesino con ínfulas, un patán que ha tenido mucha suerte.

Graendal lo miró, parpadeando como si estuviese sorprendida.

—¿Lo crees de verdad? Tiene que haber algo más que lo respalde. La suerte no lo habría llevado tan lejos en tan poco tiempo.

Sammael no había ido allí para hablar de Al'Thor, pero a pesar de ello sintió de nuevo el helor en la base de la espina dorsal. Pensamientos que se había obligado a rechazar volvían a rezumar en su mente. Al'Thor no era Lews Therin. Pero sí el alma renacida de Lews Therin, del mismo modo que el propio Lews Therin había sido la reencarnación de esa alma. Sammael no era filósofo ni teólogo, pero Ishamael había sido ambas cosas y aseguraba haber descubierto secretos ocultos en ese hecho. Ishamael había muerto demente, cierto; pero mucho tiempo atrás, cuando todavía estaba cuerdo y parecía seguro que llevaría a Therin Telamon a la derrota, afirmaba que esta lucha se había venido disputando desde la Creación, una guerra eterna entre el Gran Señor y el Creador utilizando sustitutos humanos. Lo que es más, reconocía que el Gran Señor casi preferiría haber atraído a Lews Therin a la Sombra que haber quedado libre. Tal vez Ishamael ya estuviese un poco loco por entonces, pero lo cierto es que había habido intentos de atraer a Lews Therin. E Ishamael decía que ya había ocurrido tal cosa en el pasado, que el campeón del Creador se había vuelto una criatura de la Sombra y se había convertido en el campeón del Oscuro.

En esos planteamientos había inquietantes implicaciones, ramificaciones que Sammael no deseaba considerar, pero lo cierto es que en su mente alentaba la sospecha de que el verdadero propósito del Gran Señor era hacer Nae'blis a Al'Thor. Y eso no podía suceder sin más ni más. Al'Thor

Librodot

necesitaría ayuda; ayuda que explicaría la suerte que había tenido hasta ahora.

—¿Has descubierto dónde esconde Al'Thor a Asmodean? ¿O algo sobre el paradero de Lanfear? ¿O de Moghedien?

Ciertamente el esconderse era característico de Moghedien; la Araña siempre acababa apareciendo de repente cuando uno estaba seguro de que finalmente había muerto.

—Sabes tanto como yo —repuso alegremente Graendal, que hizo una pausa para tomar un sorbo de su copa—. Aunque yo creo que Lews Therin los mató. Oh, no pongas ese gesto. Está bien, Al'Thor, si lo prefieres. —La idea no parecía alterarla ni poco ni mucho; claro que ella nunca se encontraría en la situación de un enfrentamiento abierto con Al'Thor. Jamás había sido su modo de actuar. Si es que Al'Thor llegaba a descubrirla alguna vez, Graendal se limitaría a abandonarlo todo y se establecería en cualquier otra parte; o se rendiría antes de que él tuviese ocasión de descargar el primer golpe y luego empezaría a convencerlo de que era indispensable—. Han llegado rumores de Cairhien sobre que Lanfear murió a manos de Lews Therin el mismo día en que mató a Rahvin.

—¡Rumores! Lanfear ha estado ayudando a Al'Thor desde el principio, si quieres saber mi opinión. ¡Habría tenido su cabeza en la Ciudadela de Tear si alguien no hubiese enviado Myrddraal y trollocs para salvarlo! Y ese alguien fue Lanfear, estoy convencido. He terminado con ella. ¡La próxima vez que la vea, la mataré! ¿Y por qué iba a matar Al'Thor a Asmodean? Yo sí lo haría si pudiese dar con él, pero se ha puesto de parte de Al'Thor. ¡Le está enseñando!

—Siempre encuentras excusas para justificar tus fracasos —musitó la mujer con los labios pegados a la copa, de nuevo en tono demasiado bajo para que la hubiese oído de no ser por el *Saidin.* Luego, en voz más alta, añadió—: Elige tus propias explicaciones, si es lo que quieres. Puede que incluso tengas razón. Lo único que sé es que Lews Therin parece que nos está retirando del juego uno por uno.

La mano de Sammael tembló de rabia con tanta violencia que estuvo a punto de derramar el ponche de la copa antes de lograr controlarse. Rand al'Thor no era Lews Therin. Él mismo había sobrevivido al gran Lews Therin Telamon, renunciando a las alabanzas por victorias que no estaba a su alcance obtener y dejando que otros se regodearan con ello. Su único pesar era que ese hombre no hubiese dejado una tumba para que él pudiese escupir en ella.

Moviendo los enjoyados dedos al compás de un fragmento musical que sonaba abajo, Graendal habló con aire ausente, como si en realidad tuviese puesta su atención en la melodía:

—Muchos de nosotros han muerto en enfrentamientos con él. Aginor y Balthamel. Ishamael, Be'lal y Rahvin. Y Lanfear y Asmodean, a pesar de lo que tú creas. Y quizá Moghedien; tal vez esté acechando en las sombras, esperando hasta que el resto de nosotros hayamos caído; es lo bastante necia para hacer algo así. Espero que tengas preparado un sitio al que huir, porque desde luego es obvio que tú eres el próximo en su lista. Y pronto, diría yo. Aquí no hay ejércitos a los que tenga que hacer frente, pero Lews Therin está reuniendo uno muy grande para lanzarlo contra ti. Es el precio que hay que pagar por demostrar que se tiene poder y que se utiliza.

A decir verdad Sammael tenía preparado un plan de retirada —simple prudencia— pero percibir en la voz de la mujer la certeza de que lo

Librodot

necesitaba lo enfureció.

—Y si entonces destruyo a Al'Thor no violaré ningún mandato del Gran Señor. —No lo entendía, pero no se requería comprender al Gran Señor, sólo obedecerlo—. Al menos hasta donde me has contado. Porque si me has ocultado algo…

Los ojos de Graendal se endurecieron hasta semejar pedazos de hielo. No le importaba evitar enfrentamientos, pero no le gustaban las amenazas. Al cabo de un instante volvía a exhibir sonrisitas necias. Variable como el tiempo en M'jinn.

—Lo que Demandred me contó que el Gran Señor le había dicho te lo he comunicado, Sammael. Hasta la última palabra. Y dudo que él se atreva a mentir en nombre del Gran Señor.

—No obstante, apenas has hablado de lo que planea hacer —adujo en voz queda Sammael—. Ni él ni Semirhage ni Mesaana. Prácticamente no has dicho nada.

—Te he dicho lo que sé. —Suspiró con irritación.

Quizás era sincera. Parecía lamentar no estar enterada ella misma. Quizá. Con Graendal, cualquier cosa —y todo— podía ser una actuación.

—En cuanto a los demás… —continuó la mujer—. Recuerda, Sammael. Solíamos maquinar unos contra otros casi con tanto empeño como luchábamos contra Lews Therin, y sin embargo estábamos ganando antes de que nos sorprendiera a todos reunidos en Shayol Ghul. —Se estremeció y, por un momento, su rostro se tornó demacrado. Tampoco Sammael quería recordar aquel día ni lo que vino después, un sueño sin sueños durante el cual el mundo cambió hasta resultar irreconocible, y desapareció todo cuanto había forjado—. Ahora hemos despertado a un mundo en el que deberíamos estar tan por encima de los simples mortales como si perteneciéramos a otra especie, y pese a ello estamos muriendo. Olvida durante un instante quién será Nae'blis. Al'Thor, si es así como quieres que lo llame, estaba indefenso como un bebé cuando despertó.

—Pues Ishamael no lo encontró así —repuso. Claro que por entonces Ishamael estaba loco.

—Actuamos como si éste fuera el mismo mundo que conocíamos —prosiguió ella como si no la hubiese interrumpido—, cuando no queda nada que sea igual. Morimos uno tras otro, y Al'Thor se hace más fuerte. Naciones y pueblos se agrupan bajo su mando. Y nosotros morimos. Yo no quiero morir. Aspiro a la inmortalidad.

—Si te asusta, entonces mátalo. —No bien habían salido las palabras de su boca cuando Sammael habría deseado tragárselas.

La incredulidad y la mofa se reflejaron en el semblante de Graendal.

—Yo sirvo al Gran Señor y obedezco, Sammael.

—Lo mismo que yo. Lo mismo que todos nosotros.

—Qué amable de tu parte dignarte postrarte de rodillas ante nuestro señor. —Su voz y su sonrisa eran gélidas y su gesto se ensombreció—. Lo único que digo es que Lews Therin es tan peligroso hoy en día como lo fue en nuestro tiempo. ¿Que si estoy asustada? Pues claro que sí. ¡Me propongo vivir para siempre, no sufrir la misma suerte de Rahvin!

—*¡Tsag!* —La obscenidad, al menos, la hizo parpadear y mirarlo realmente—. ¡Al'Thor! ¡Al'Thor, Graendal! ¡Un muchacho ignorante, por mucho que Asmodean logre enseñarle! ¡Un tosco patán que probablemente cree que el noventa por ciento de lo que tú y yo damos por sentado es totalmente imposible! Al'Thor hace que unos cuantos lores se inclinen ante

él y piensa que ha conquistado una nación. Le falta la voluntad para cerrar el puño y conquistarlos. Sólo tiene a los Aiel... *¡Bajad drovja!* ¿Quién habría imaginado que cambiarían tanto? —Tenía que controlarse; nunca había proferido maldiciones de este modo y eso era una debilidad—. Sólo ellos lo siguen de verdad y no todos. Pende de un hilo y caerá, de un modo u otro.

—¿De veras? ¿Y si se...? —Enmudeció y se llevó la copa a los labios con tanta rapidez que se derramó el ponche sobre la muñeca; bebió hasta dejar la copa casi vacía. La elegante sirvienta se acercó presurosa con la jarra de cristal. Graendal tendió la copa para que se la llenara y continuó entrecortadamente—: ¿Cuántos de nosotros morirán antes de que esto haya acabado? Tenemos que permanecer unidos, como no lo hemos estado nunca.

Eso no era lo que había empezado a decir. Sammael hizo caso omiso del helor que atenazó su espina dorsal una vez más. Al'Thor no sería elegido Nae'blis. ¡No lo sería! Así que Graendal quería que todos estuvieran unidos, ¿no?

—Entonces, colígate conmigo. Estando los dos vinculados superaríamos a Al'Thor. Hagamos que esto sea el comienzo de nuestra nueva postura de unidad. —La cicatriz de su cara se atirantó al sonreír ante la repentina inexpresividad en el rostro de la mujer. La coligación tenía que arrancar de ella, pero estando los dos solos no le quedaría más remedio que dejarle el control a él y confiar en que le pondría fin sin aprovechar su indefensión.

»Bien. Al parecer seguiremos como antes. —En realidad en ningún momento se lo habían planteado, ya que la confianza no era parte de la naturaleza de ninguno de ellos—. ¿Qué más tenías que decirme? —Ésa era la razón de que hubiese ido allí, no para oír su cháchara sobre Rand al'Thor. De él ya se ocuparía. Directa o indirectamente.

La mujer se quedó mirándolo fijamente mientras recobraba la compostura; en sus ojos había un brillo de enemistad.

—Muy poco —contestó finalmente. No olvidaría que la había visto perder el control. Su voz no dejó traslucir la ira que la embargaba, sino todo lo contrario; el tono era suave, incluso trivial—. Semirhage no acudió a la última reunión; ignoro el porqué, y tampoco creo que Mesaana o Demandred lo sepan. Mesaana en particular estaba molesta, aunque intentó disimularlo. Cree que Lews Therin estará pronto en nuestras manos. Claro que eso es lo mismo que ha dicho siempre. También estaba convencida de que Be'lal lo mataría o lo capturaría en Tear; se sentía muy orgullosa de la trampa tendida. Demandred te advierte que tengas cuidado.

—De modo que Demandred está enterado de nuestras entrevistas —comentó él con tono impasible. ¿Cómo pudo esperar nunca recibir de esta mujer algo más que migajas?

—Pues claro que está enterado. No de que te cuento tantas cosas, pero sí de que te informo de algo. Estoy intentando que nos unamos, Sammael, antes de que sea demasiado...

—Dale un recado de mi parte —la interrumpió bruscamente—. Dile que sé lo que se trae entre manos. —Los acontecimientos en el sur tenían la marca de Demandred; siempre le había gustado utilizar delegados—. Dile que es él quien debe tener cuidado. No permitiré que él ni sus «amigos» interfieran en mis planes. —A lo mejor podía dirigir la atención de Al'Thor en esa dirección; eso seguramente acabaría con él. Si es que no funcionaban otras cosas—. Mientras no se crucen en mi camino, sus lacayos pueden tramar cuanto quieran, pero que se mantengan lejos de mí o responderá por

Librodot

ello.

Había habido una larga lucha después de que se abriera la Perforación en la prisión del Gran Señor, mucho antes de que se hiciera suficiente acopio de fuerza para moverse abiertamente. Esta vez, cuando el último sello se hubiese roto, le ofrecería al Gran Señor naciones enteras listas para seguirlo. El hecho de que no supieran a quién seguían no tenía importancia. No fracasaría, como habían hecho Be'lal y Rahvin. El Gran Señor vería quién lo servía mejor.

—¡Díselo así! —instó.

—Si es lo que quieres —repuso la mujer con un gesto de renuencia. Un instante después aquella sonrisa indolente aparecía de nuevo en su cara. Variable—. Todas esas amenazas me agotan. Ven, escucha la música y sosiégate. —Sammael iba a decirle que no le interesaba la música y que ella lo sabía muy bien, pero la mujer se volvió hacia la balaustrada de mármol—. Ahí están. Escucha.

El hombre y la mujer de piel muy oscura se habían acercado al pie del estrado con sus peculiares arpas. Sammael suponía que las campanillas contribuían en algo a la interpretación, aunque no sabía en qué. Alzaron jubilosos la mirada hacia Graendal cuando advirtieron que los estaba observando.

En contra de la recomendación de escuchar hecha por ella misma, Graendal continuó parloteando:

—Proceden de un lugar muy peculiar. Las mujeres capaces de encauzar deben casarse con los hijos de mujeres que encauzan, y cada uno de esos linajes se marcan con tatuajes en sus rostros al nacer. Nadie que esté marcado así puede casarse con alguien que no lo esté; a los hijos de esas uniones se los mata. Los varones con tatuajes mueren al cumplir los veintiún años de todos modos, y antes permanecen enclaustrados, sin saber siquiera leer.

De modo que había vuelto al asunto que le interesaba. En verdad debía de pensar que era un necio. Sammael decidió azuzarla con una pulla de su propia cosecha:

—¿Hacen un juramento vinculante, como los criminales de antaño?

Una expresión de desconcierto asomó fugazmente al semblante de la mujer, que se apresuró a reprimirla. Obviamente no se le había ocurrido planteárselo; no había razón para hacerlo. En su época pocas personas habían cometido un crimen violento, cuanto menos más de uno. Al menos antes de la Perforación. Graendal no admitió su ignorancia, por supuesto. Había ocasiones en que convenía ocultar que uno no sabía algo, pero Graendal a menudo llevaba esa práctica a la exageración. Tal era la razón de que él hubiese hecho el comentario; sabía que la picaría, y se lo tenía merecido por las inútiles migajas que tenía a bien echarle.

—No —respondió al cabo como si hubiese entendido—. Los Ayyad, como se llaman a sí mismos, viven en pequeñas ciudades propias, evitando a todos los demás y supuestamente jamás encauzan sin el permiso o las órdenes del Sh'botay o la Sh'boan. De hecho, ellos son el verdadero poder y la razón de que los Sh'botay y las Sh'boan sólo gobiernen durante siete años. —No pudo menos de soltar una risa divertida. Ella misma siempre había sido partidaria de ser el poder que hay detrás del poder—. Sí, una tierra fascinante. Demasiado alejada del centro para ser de utilidad durante muchos años, naturalmente. —Hizo un ligero ademán con los enjoyados dedos, como desestimando la idea—. Habrá tiempo de sobra para ver qué

puede hacerse con ella después del Día del Retorno.

Sí, definitivamente Graendal quería que él pensara que tenía algún interés allí. Si hubiese sido así jamás habría mencionado el lugar. Sammael dejó la copa intacta sobre la bandeja que el musculoso tipo ya tenía extendida hacia él antes de que hubiese terminado de mover la mano. Graendal enseñaba bien a sus sirvientes.

—Estoy seguro de que su música es fascinante... —si a uno le interesaba algo así—, pero debo ocuparme de ciertos preparativos.

Graendal posó una mano en su brazo.

—Preparativos cuidadosos, espero. Al Gran Señor no lo complacería que alteraras sus planes.

Sammael apretó los labios.

—He hecho todo salvo rendirme para convencer a Al'Thor que no represento una amenaza para él, pero ese hombre parecer obsesionado conmigo.

—Podrías abandonar Illian y empezar en otro sitio.

—¡No! —Nunca había huido de Lews Therin y no pensaba huir de este payaso provinciano. Era imposible que el Gran Señor tuviera intención de poner a alguien así por encima de los Elegidos. ¡Por encima de él!—. ¿Me has comunicado todas las órdenes del Gran Señor?

—Me desagrada tener que repetirme, Sammael. —En su voz había un dejo de exasperación y en sus ojos un atisbo de cólera—. Si no me has creído la primera vez, tampoco lo harás ahora.

La observó fijamente un instante más y después asintió con un brusco cabeceo. Era muy probable que hubiese sido sincera en lo referente a eso; una mentira relacionada con el Gran Señor podría rebotar contra ella con mortífera fuerza.

—No veo razón para que volvamos a entrevistarnos hasta que tengas algo más que contarme aparte de si Semirhage ha acudido o no a una reunión. —Su leve ceño en dirección a los arpistas debería bastar para convencerla de que había tenido éxito en despertar sus sospechas sobre el supuesto interés en aquel lugar; paseó la mirada con gesto desaprobador sobre las personas que chapoteaban en los estanques, en los acróbatas y en el resto a fin de no hacerlo de un modo tan obvio. A decir verdad, todo este esfuerzo malgastado, toda esta exhibición de carne lo asqueaba—. La próxima vez puedes venir tú a Illian.

Graendal se encogió de hombros como si ello no le importara, pero sus labios se movieron ligeramente; la capacidad auditiva del Renegado, incrementada por el *Saidin,* hizo que captara sus palabras:

—Si es que aún sigues allí.

Fríamente, Sammael abrió un acceso de vuelta a Illian. El joven musculoso no se desplazó con suficiente rapidez; ni siquiera tuvo tiempo para gritar antes de que él, la bandeja y la jarra de plata fueran divididos en dos. El borde de un acceso hacía parecer embotado el filo de una cuchilla. Graendal hizo un mohín de disgusto por la pérdida de uno de sus animalitos de compañía.

—Si deseas hacer algo positivo para que sigamos con vida —le dijo Sammael—, descubre cómo se proponen Demandred y los otros llevar a cabo las instrucciones del Gran Señor. —Cruzó el acceso sin apartar un solo instante los ojos del rostro de la mujer.

Graendal conservó la expresión irritada hasta que el acceso se cerró tras Sammael y entonces se permitió tamborilear con las uñas la

balaustrada de mármol. Sammael, con su cabello dorado, podría haber sido suficientemente hermoso para estar entre sus favoritos si le hubiese permitido a Semirhage quitarle la fruncida cicatriz que le cruzaba el rostro; era la única que quedaba con la destreza para hacer algo que antaño habría sido sencillo. Qué idea tan absurda. Lo que de verdad importaba era si su esfuerzo había merecido la pena.

Shaofan y Chiape tocaban su música extrañamente atonal, repleta de complejas armonías y raras disonancias, casi con genialidad; sus rostros reflejaban gozo por la posibilidad de estar complaciéndola. Graendal asintió y el deleite de la pareja casi fue una sensación física. Eran mucho más felices ahora de lo que lo habrían sido si los hubiese dejado en paz. Tanto esfuerzo para conseguirlos y todo con el único fin de estos escasos minutos con Sammael. Ni que decir tiene que si hubiese querido no habría necesitado tomarse tantas molestias, ya que habría servido cualquiera de esas tierras, pero era exigente con el nivel de calidad incluso cuando preparaba un subterfugio pasajero. Mucho tiempo atrás había elegido buscar cualquier placer, no negarse ninguno que no amenazara su posición con el Gran Señor.

Sus ojos fueron hacia los despojos que manchaban la alfombra; encogió la nariz en un gesto de irritación. El tejido podría salvarse, pero le molestaba la idea de tener que limpiar la sangre. Impartió unas rápidas órdenes, y Osana corrió para encargarse de que se llevaran la alfombra. Y para deshacerse de los restos de Rashan.

Sammael era un idiota manifiesto. No, un idiota no. Resultaba muy mortífero cuando tenía algo contra lo que luchar directamente, algo que pudiera ver con claridad, pero era como si estuviese ciego en lo concerniente a las sutilezas. Seguramente creía que su estratagema tenía por fin ocultar lo que los otros y ella se traían entre manos. Pero nunca se plantearía que ella conocía hasta los últimos recovecos de su mente, cada giro en su modo de pensar. Después de todo, había pasado casi cuatrocientos años estudiando el proceso de mentes mucho más enrevesadas que la de él. Era diáfano, ni más ni menos. Por mucho que intentara ocultarlo, estaba frenético. Se encontraba atrapado en una jaula concebida por él mismo; una jaula que defendería hasta la muerte en lugar de abandonarla; una jaula en la que probablemente moriría.

Dio un sorbo de ponche y su frente se arrugó ligeramente. Era probable que ya hubiese alcanzado la meta que se proponía con él, aunque había esperado que le costara cuatro o cinco visitas. Tendría que encontrar un motivo para visitarlo en Illian; era conveniente observar al paciente aun después de que pareciera que las cosas iban en la dirección deseada.

Tanto si el muchacho era un simple granjero o Lews Therin en persona que había regresado —Graendal no acababa de decidirse por lo uno o lo otro— lo cierto es que se había vuelto muy peligroso. Ella servía al Gran Señor de la Oscuridad, pero no entraba en sus planes morir, ni siquiera por el Gran Señor. Viviría para siempre. Claro que nadie iba en contra del más mínimo deseo del Gran Señor a menos que quisiera pasarse una eternidad muriendo y otra eternidad deseando la menor agonía que era esa muerte lenta. Con todo, había que quitar de en medio a Rand al'Thor, aunque sería Sammael quien cargaría con las culpas. Si éste se daba cuenta de que lo había puesto sobre el rastro de Rand al'Thor como a un *dornat* entrenado para la caza, se sorprendería muchísimo. No; no era un hombre familiarizado con las sutilezas.

Librodot

Pero no era estúpido, ni mucho menos. Resultaría interesante descubrir cómo se había enterado de lo del juramento. Ella no lo habría sabido si no hubiese sido por el leve desliz de Mesaana mientras ésta daba rienda suelta a su ira por la ausencia de Semirhage; tanta era su cólera que ni siquiera se había dado cuenta de lo mucho que había revelado sobre Semirhage. ¿Cuánto tiempo llevaba Mesaana escondida en la Torre Blanca? El mero hecho de que lo estuviera abría un abanico de interesantes probabilidades. Si hubiese algún modo de descubrir dónde se habían ubicado Demandred y Semirhage tal vez la ayudara a desentrañar qué se proponían hacer. Eso era algo que no le habían confiado. Oh, no. Esos tres habían trabajado juntos desde antes de la Guerra del Poder. Al menos en apariencia. Estaba segura de que habían maquinado unos contra otros de manera tan asidua como contra cualquiera de los otros Elegidos, pero si Mesaana le ponía zancadillas a Semirhage o Semirhage a Demandred, Graendal no había encontrado todavía una fisura entre ellos en la que meter una cuña para agrandarla.

El roce de unas botas anunció una llegada, pero no de hombres para reemplazar la alfombra y llevarse los restos de Rashan. Ebram era un joven domani alto y bien formado, vestido con pantalones rojos y una amplia camisa blanca; podría haber encajado en su colección de favoritos si hubiese sido algo más que el hijo de un mercader. Sus ojos, oscuros y brillantes, se quedaron prendidos en ella mientras se arrodillaba.

—Lord Ituralde ha venido, Insigne Señora.

Graendal dejó la copa en una mesa que a primera vista parecía adornada con incrustaciones de bailarines de marfil.

—Entonces conversará con lady Basene.

Ebram se incorporó grácilmente y ofreció su brazo a la débil domani que ahora veía. Sabía quién se ocultaba tras la imagen urdida por la Ilusión, pero aun así la expresión reverente plasmada en su rostro menguó un tanto; la Renegada sabía que era a Graendal a quien adoraba, no a Basene. En ese momento no le importó. Sammael estaba, cuando menos, encarrilado hacia Rand al'Thor, y tal vez incluso lanzado contra él. En cuanto a Demandred, Semirhage y Mesaana... Sólo ella sabía que había hecho un viaje a Shayol Ghul y descendido al lago de fuego. Sólo ella estaba enterada de que el Gran Señor casi le había prometido nombrarla Nae'blis, promesa que sin duda se cumpliría quitando de en medio a Al'Thor. Sería la más obediente de los servidores del Gran Señor. Sembraría el caos hasta que la cosecha hiciera reventar los pulmones de Demandred.

Semirhage dejó que la puerta forrada con hierro se cerrara tras ella. Uno de los globos radiantes, rescatados sólo el Gran Señor sabía dónde, titiló de manera intermitente, pero aun así seguían dando más luz que las velas y lámparas de aceite con las que tenía que conformarse en esta época. Aparte de la luz, el lugar ofrecía la apariencia intimidadora de una prisión, con sus toscas paredes de piedra y el desnudo suelo salvo por una tosca mesita de madera que había en un rincón. No por elección suya; ella lo tendría de un blanco impoluto y brillante *cueran,* impecable y estéril. Este lugar había sido preparado antes de que ella supiera que se necesitaba. Una mujer de cabello claro y vestida con seda colgaba suspendida en el aire con los brazos y las piernas en aspa, en el centro del cuarto, y la miraba de manera desafiante. Una Aes Sedai. Semirhage odiaba a las Aes Sedai.

—¿Quién sois? —demandó la prisionera—. ¿Una Amiga Siniestra? ¿Una hermana Negra?

Haciendo caso omiso del ruido que eran para ella las palabras de la otra mujer, Semirhage examinó rápidamente la barrera que había entre la Aes Sedai y el *Saidar.* Si fallaba, podía aislar a la infeliz otra vez sin ningún problema —el hecho de que Semirhage pudiera permitirse el lujo de dejar la barrera atada sin vigilancia mostraba la debilidad de la mujer—, pero ser prudente era su segunda naturaleza: avanzar paso a paso, en un turno riguroso. Las ropas de la mujer. Una persona vestida se sentía más segura que estando desnuda. Tejió delicadamente Fuego y Aire y cortó vestido, ropa interior y todo lo demás, incluidos los zapatos, que cubría a la prisionera. Hizo un bulto con todo y después volvió a encauzar, esta vez Fuego y Tierra, y un fino polvillo cayó sobre el suelo de piedra.

Los azules ojos de la mujer casi se desorbitaron. Semirhage dudaba que fuera capaz de duplicar esas cosas sencillas aun en el caso de que hubiese podido seguir la ejecución.

—¿Quién sois? —En esta ocasión había un timbre distinto en su pregunta. Tal vez temor. Siempre era una buena noticia si eso ocurría enseguida.

Con gran precisión, Semirhage localizó los centros nerviosos del cerebro de la mujer que recibían mensajes de dolor enviados por el cuerpo, y con igual meticulosidad empezó a estimularlos con Energía y Fuego. Sólo un poco al principio, y después aumentando la intensidad de manera paulatina y lenta. Demasiado de golpe podía matar en cuestión de segundos, aunque resultaba sorprendente hasta qué punto era capaz de aguantar el sistema si se lo inducía con crecientes y bien medidas dosis. Trabajar con algo que no se ve era una tarea difícil, incluso a una distancia tan corta, pero era una experta conocedora del cuerpo humano, la mejor que había habido nunca.

La paciente extendida en cruz sacudió la cabeza como si así pudiera librarse del dolor y, cuando comprendió que era imposible, clavó la mirada en Semirhage. Ésta se limitó a observar, manteniendo la red. Aun en un caso tan urgente como éste, podía permitirse el lujo de tener un poco de paciencia.

Cómo odiaba a cualquiera que se llamase a sí misma Aes Sedai. Ella lo había sido, una verdadera Aes Sedai, no una necia ignorante como la estúpida que colgaba frente a ella. Había sido muy conocida, famosa, solicitada en el mundo de punta a punta por su habilidad para sanar cualquier herida, para hacer volver a la gente de ese borde entre la vida y la muerte, cuando todos los demás decían que no podía hacerse nada más. Y una delegación de la Antecámara de los Siervos le ofreció una elección que no era tal: un juramento vinculante de no experimentar jamás sus placeres de nuevo, y así vinculada ver cómo se acercaba el final de la vida; o ser seccionada y expulsada de la hermandad Aes Sedai. Habían esperado que aceptara prestar el juramento; era lo lógico, lo correcto, y eran hombres y mujeres racionales y correctos. Jamás imaginaron que huyera. Había sido una de las primeras en ir a Shayol Ghul.

Gruesas gotas de sudor perlaban el pálido rostro de la prisionera. Sus mandíbulas estaban tensas, y las aletas de la nariz se dilataban en su afán por tomar aire. De vez en cuando emitía un ahogado gemido. Paciencia. No tardaría mucho.

Había sido por envidia, la envidia de los que eran incapaces de hacer lo que ella sí podía. ¿Acaso alguna de las personas que había arrancado de las garras de la muerte había dicho que preferiría haber muerto que soportar el pequeño sufrimiento extra que exigía a cambio? ¿Y los otros? Siempre había

quienes merecían el sufrimiento. ¿Qué importaba si ella disfrutaba dándoles su merecido? La Antecámara y su hipócrita defensa sobre legalidad y derechos. Se había ganado el derecho a hacer lo que hacía; se lo había ganado. Había sido más valiosa para el mundo que el conjunto de todos aquellos que le habían proporcionado entretenimiento con sus chillidos. ¡Y por envidia y rencor la Antecámara había intentado hundirla!

Bueno, algunos de ellos habían caído en sus manos durante la guerra. Con tiempo suficiente era capaz de romper la voluntad del hombre más fuerte, de la mujer más orgullosa, y moldearlos exactamente como ella deseaba que fueran. Puede que el proceso fuera más largo que la Compulsión, pero era infinitamente más divertido y satisfactorio; dudaba de que ni siquiera Graendal supiera deshacer lo que ella realizaba. La Compulsión podía desentrañarse y quedar anulados sus efectos. Sin embargo, sus pacientes... De rodillas le habían suplicado entregar sus almas a la Sombra y habían servido obedientemente hasta su muerte. En cada ocasión, Demandred se había mostrado satisfecho del gran éxito que representaba el que otro consejero de la Antecámara proclamara públicamente su fidelidad al Gran Señor, pero para ella la mejor parte había sido el modo en que sus rostros palidecían al verla, incluso años después, y el modo en que se apresuraban a asegurarle que permanecían fieles a lo que había hecho de ellos.

El primer sollozo desgarrado salió de la mujer colgada en el aire y fue contenido. Semirhage aguardó con actitud impasible. La rapidez podía ser necesaria en este caso, pero apresurar el proceso demasiado podía echarlo a rodar todo. Estallaron nuevos sollozos que los esfuerzos de la prisionera no lograron contener, y se hicieron más y más altos hasta convertirse en aullidos. Semirhage esperó. La mujer brillaba con una capa de sudor, su cabeza se sacudía a uno y otro lado con violencia, haciendo ondear el cabello, y tiraba fútilmente de las invisibles ataduras, zarandeada por oleadas de convulsiones. Los gritos ensordecedores duraban hasta que se le acababa el aire, y volvían a empezar tan pronto como estaban llenos los pulmones. Aquellos azules ojos desorbitados no veían nada; parecían vidriosos. Ahora empezaba.

Semirhage cortó los flujos del *Saidar* de golpe, pero transcurrieron minutos antes de que los aullidos se redujeran a jadeos.

—¿Cómo te llamas? —inquirió afablemente.

La pregunta no importaba siempre y cuando fuera una que la mujer pudiera contestar. Aunque también podría haber sido «¿Todavía me desafías?» —a menudo era agradable repetir ésa una y otra vez hasta que suplicaban que les permitiera demostrarle que ya no la desafiaban— pero esta vez era preciso que cada pregunta contara.

Unos escalofríos involuntarios recorrieron todo el cuerpo de la mujer colgada. Lanzó a Semirhage una mirada cautelosa, de reojo, se lamió los labios, tosió y finalmente musitó con voz enronquecida:

—Cabriana Mecandes.

Semirhage sonrió.

—Es bueno que me digas la verdad. —En el cerebro había centros neurálgicos de dolor y de placer; estimuló uno de estos últimos, sólo durante unos instantes, pero con intensidad, y se aproximó. La sacudida hizo que Cabriana abriera los ojos desmesuradamente, hasta donde era posible; dio un respingo y se estremeció. Semirhage sacó un pañuelo del bolsillo, levantó el rostro asombrado de la mujer y le enjugó tiernamente el sudor—. Sé que

esto es muy duro para ti, Cabriana —comentó afablemente—. Así que debes intentar que no lo sea más aun. —Con suavidad retiró el cabello empapado que le caía sobre la cara—. ¿Te gustaría beber algo?

Sin esperar una respuesta encauzó, y un frasco metálico abollado flotó desde la pequeña mesa que había en el rincón hasta su mano. La Aes Sedai no quitó los ojos un solo momento de Semirhage, pero bebió con fruición. Cuando hubo tomado unos pocos tragos, la Renegada retiró el frasco y lo devolvió a la mesa.

—Sí, eso está mejor, ¿verdad? —dijo—. Recuerda, trata de no hacértelo más difícil.

Mientras se daba la vuelta, la otra mujer habló de nuevo con voz enronquecida:

—¡Escupo en la leche de tu madre, Amiga Siniestra! ¿Me has oído?

Semirhage dejó de prestar atención a sus palabras. En otro momento habría sentido una creciente oleada de placer porque el espíritu combativo de la paciente no se había quebrantado todavía. El gozo más puro provenía de ir cortando la rebeldía y la dignidad capa a capa, en finísimas láminas, viendo cómo los pacientes comprendían por fin que la vida se les escapaba y luchaban en vano para aferrarse a ese poco que les quedaba. No había tiempo para eso ahora. Con cuidado volvió a colocar la red en los centros nerviosos de dolor del cerebro de Cabriana y la ató. Por lo general le gustaba controlar el proceso personalmente, pero era necesario darse cierta prisa. Desencadenó los efectos de la red, encauzó para apagar las luces y se marchó, cerrando la puerta tras ella. También la oscuridad haría su labor. A solas, envuelta en las tinieblas, con el dolor.

A despecho de sí misma, Semirhage soltó un gruñido de enojo. No había refinamiento en esto; detestaba tener que darse prisa. Y que tuviera que dejar sola a la paciente para acudir a una llamada; la chica era voluntariosa y porfiada, y las circunstancias difíciles.

El corredor estaba en consonancia con la cámara de quebranto; era un sombrío y amplio pasaje excavado en roca, con pasillos laterales que se perdían en la oscuridad y que la Renegada no sentía el menor deseo de explorar. Sólo se veían otras dos puertas; una de ellas conducía a sus aposentos actuales. Eran estancias bastante cómodas si tenía que quedarse allí, pero la mujer no se encaminó hacia ellas. Shaidar Haran se encontraba delante de esa puerta, vestido de negro y envuelto en una penumbra que semejaba humo, tan inmóvil que casi la sobresaltó al hablar; su voz recordaba el sonido de hueso triturado y molido en polvo.

—¿Qué has descubierto?

El llamamiento a Shayol Ghul había tenido como resultado una advertencia del Gran Señor: *Cuando obedeces a Shaidar Haran, estás obedeciéndome a mí. Cuando desobedeces a Shaidar Haran...* Por mucho que escociera la admonición no hubo necesidad de más.

—Su nombre. Cabriana Mecandes. En tan poco tiempo difícilmente podría haber averiguado más.

La figura flotó a través del pasillo de aquel modo espeluznante, con la negra capa colgando como la negación de todo movimiento. En cierto momento era una estatua plantada a diez pasos, y un instante después se alzaba imponente ante ella de manera que la mujer no tuvo más opción que retroceder o doblar el cuello hacia atrás para mirar aquel rostro carente de ojos y pálido como la muerte.

—La exprimirás por completo, Semirhage. Le sacarás hasta la última

gota de información y me comunicarás todo cuanto descubras.

—Le prometí al Gran Señor que así lo haría —replicó fríamente.

Los labios exangües se torcieron en una sonrisa. Ésa fue su única respuesta. De pronto dio media vuelta y se alejó de sombra en sombra... Y desapareció repentinamente.

Semirhage deseó saber cómo hacían eso los Myrddraal. No tenía nada que ver con el Poder, pero en los límites de las sombras, allí donde la luz se convertía en oscuridad, un Myrddraal podía encontrarse de golpe en cualquier otra parte, en otra sombra lejana. Mucho tiempo atrás Aginor había experimentado con más de un centenar de ellos, sometiéndolos a pruebas que los destruyeron, en un vano esfuerzo por descubrir cómo lo hacían. Los mismos Myrddraal lo ignoraban; ella había demostrado ese punto.

De pronto se dio cuenta de que tenía las manos apretadas sobre el estómago, que parecía una bola de hielo. Habían pasado muchos años desde la última vez que había sentido miedo ante nada, salvo en presencia del Gran Señor en la Fosa de la Perdición. El nudo gélido empezó a derretirse a medida que la mujer se encaminó hacia la puerta del otro calabozo. Después analizaría la emoción experimentada, con objetividad; Shaidar Haran sería diferente de los otros Myrddraal, pero seguía siendo un Semihombre.

Su segundo paciente, suspendido como la primera en el aire, era un hombre robusto de rostro cuadrado, vestido con chaqueta y pantalones verdes, adecuados para camuflarse en el bosque. Aquí la mitad de los globos radiantes titilaban a punto de fallar —era un milagro que tantos hubiesen sobrevivido durante tanto tiempo—, pero el Guardián de Cabriana no era importante en realidad. Lo que se necesitaba, fuese para el propósito que fuese, se encontraba en la mente de la Aes Sedai; sin embargo, y aunque aparentemente el Myrddraal había recibido la orden de capturar a una de ellas, por alguna razón las mentes de Aes Sedai y Guardianes parecían algo inseparable. Más les habría valido que no fuera así. Hasta ahora Semirhage no había tenido oportunidad de quebrantar a uno de estos legendarios guerreros.

Los oscuros ojos del hombre se clavaron en ella como si quisieran horadarle la cabeza cuando la Renegada lo despojó de ropajes y botas y los destruyó del mismo modo que había hecho con los de Cabriana. Era velludo, y su cuerpo una masa de músculos y cicatrices. No hacía un solo gesto de dolor. No pronunciaba palabra. Su actitud desafiante era distinta de la de la mujer. La de ella, audaz, a las claras; la de él, una silenciosa negativa a doblegarse. Seguramente resultaría más difícil de quebrantar que su señora. En otras circunstancias, él habría sido el más interesante con mucho.

Semirhage hizo una pausa y lo observó. Había algo... Una especie de tirantez en torno a los ojos y la boca, como si ya luchara contra el dolor. Por supuesto. Aquel vínculo peculiar entre Aes Sedai y Guardián. Resultaba extraño que estas criaturas primitivas hubiesen ideado algo que ninguno de los Elegidos entendía, pero así era. Por lo poco que sabía, era más que probable que este tipo sintiera, al menos en parte, lo que estaba soportando la otra paciente. En otro momento esto habría planteado posibilidades muy interesantes, pero ahora sólo significaba que el hombre sabía a lo que se enfrentaba.

—Tu ama no cuida muy bien de ti —dijo—. Si fuera algo más que una salvaje ignorante no habría necesidad de que estuvieses marcado por todas esas cicatrices. —La expresión del hombre varió sólo levemente; un ligero

matiz de desprecio—. Vaya.

En esta ocasión Semirhage colocó la red en los centros nerviosos de placer y empezó a aumentar lenta y paulatinamente la estimulación. Era inteligente; frunció el entrecejo, sacudió la cabeza y después sus ojos se estrecharon, prendidos en ella cual oscuras esquirlas de hielo. Sabía que no debería estar sintiendo aquella dicha creciente y, aunque no podía ver la red, comprendía que tenía que ser obra de ella, de modo que se aprestó a combatir la sensación. Semirhage estuvo a punto de sonreír. Sin duda el hombre pensaba que era más fácil luchar contra el placer que contra el dolor. En contadas ocasiones había quebrantado pacientes recurriendo sólo a esto. Apenas le proporcionaba satisfacción, y después del tratamiento los afectados eran incapaces de pensar con coherencia, limitándose a desear más de aquel éxtasis que brotaba pujante en sus mentes; pero era un método rápido y los pacientes hacían cualquier cosa con tal de obtener más. Esa falta de coherencia en el razonamiento era el motivo de que no lo hubiese utilizado con la otra paciente; necesitaba respuestas de ella. Este tipo descubriría la diferencia antes de lo que pensaba.

Diferencia. Semirhage se llevó un dedo a los labios, pensativa. ¿Por qué era diferente Shaidar Haran del resto de los Myrddraal? No le gustaba encontrarse con una rareza justo cuando todo parecía ir a favor de ellos, y un Myrddraal ocupando una posición superior a los Elegidos, aun cuando fuera de vez en cuando, era algo más que una mera rareza. Al'Thor estaba cegado, su atención puesta por completo en Sammael, y Graendal le estaba pasando a Sammael la información oportuna para evitar que lo estropeara todo con su orgullo. Por supuesto que esos dos estaban maquinando para sacar ventaja de la situación, ya fuera juntos o por separado. Sammael era un *sofar* conflictivo, un exaltado, con sus retorcidos planes de gobierno, y Graendal resultaba igualmente imprevisible. No habían aprendido que el poder llegaba sólo del Gran Señor, que lo repartía a voluntad, por sus propias razones. A su capricho; eso podía pensarlo en la segura intimidad de su mente.

Más preocupante era la desaparición de los otros Elegidos. Demandred insistía en que tenían que haber muerto, pero Mesaana y ella no estaban tan seguras. Lanfear. Si había algo de justicia, el tiempo le entregaría a Lanfear. Esa mujer aparecía siempre donde menos se esperaba, actuando como si tuviera todo el derecho a meter las narices en los planes de otros, escabulléndose a un lugar seguro si sus injerencias acababan en desastre. Moghedien. Tenía por costumbre ocultarse, pero nunca había estado ausente durante tanto tiempo sin hacerse notar, justo lo suficiente para recordar al resto que también era una Elegida. Asmodean. Un traidor y, por ende, condenado, pero su desaparición era innegable. Y la existencia de Shaidar Haran, junto con las órdenes recibidas, era un recordatorio de que el Gran Señor empleaba sus propios medios en la consecución de sus propios fines.

Los Elegidos no eran más que piezas en el tablero de juego; puede que fueran Consejeros o Roques, pero aun así simples piezas. Si el Gran Señor la había movido allí en secreto, ¿por qué no podía haber hecho igual con Moghedien, Lanfear o incluso Asmodean? ¿No podría haber enviado a Shaidar Haran con instrucciones secretas para Graendal o Sammael? ¿Y por qué no a Demandred o a Mesaana? Su incierta alianza —si es que podía llamársela con un término tan rotundo— había durado mucho tiempo, pero ninguno de los dos le contaría nada si hubieran recibido órdenes secretas

Librodot

del Gran Señor, del mismo modo que ella no les participaría las que la habían llevado allí o aquellas por las que había tenido que enviar Myrddraal y trollocs a la Ciudadela de Tear para que combatieran contra los enviados por Sammael.

Si el Gran Señor se proponía hacer Nae'blis a Al'Thor, ella se arrodillaría ante él… y esperaría un desliz que lo pusiera en sus manos. La inmortalidad significaba disponer de infinidad de tiempo para esperar. Entre tanto habría otros pacientes con los que podría divertirse. Lo que la preocupaba era Shaidar Haran. Nunca había sido una entusiasta jugadora del *tcheran,* pero Shaidar Haran era una pieza nueva en el tablero y, por ende, de fuerza y propósito desconocidos. Y una estrategia osada para capturar al Gran Consejero del adversario y pasarlo al propio bando era sacrificar los Roques en un falso ataque. Sí, se arrodillaría si era necesario, durante tanto tiempo como fuera preciso, pero no sería sacrificada.

Una extraña sensación en la red la sacó de sus reflexiones. Echó un vistazo al paciente y chasqueó la lengua con exasperación. La cabeza del hombre colgaba a un lado, con la mejilla oscurecida por la sangre derramada al morderse la lengua, los ojos fijos en una mirada vacía, vidriosos ya. No había estado atenta y había dejado que la estimulación aumentara demasiado deprisa y a un nivel excesivo. Con una irritación como jamás se había plasmado en su semblante, dejó de encauzar. No tenía sentido estimular el cerebro de un cadáver.

Una repentina idea le vino a la mente. Si el Guardián podía sentir lo que sentía la Aes Sedai, ¿ocurriría lo mismo a la inversa? Recorriendo con la mirada las cicatrices que marcaban el cuerpo del hombre llegó a la conclusión de que era imposible; incluso estas ignorantes necias habrían cambiado el vínculo si ello significaba compartir la sensación de algo así. Con todo, dejó solo al cadáver y se dirigió a la otra punta del pasillo con paso vivo.

Suspiró de alivio cuando oyó los gritos antes de abrir la puerta reforzada con hierro de la celda envuelta en tinieblas. Matar a la mujer antes de sacarle toda la información que necesitaban significaría probablemente tener que quedarse allí hasta que se hubiese capturado a otra Aes Sedai. Eso, como mínimo.

Las palabras intercaladas entre aullido y aullido apenas resultaban inteligibles, pero llevaban la intensidad salida del alma:

—¡Por favoooor! ¡Oh, Luz, por faaaavooooor!

Semirhage esbozó una leve sonrisa. Después de todo había un poco de diversión en esto.

Librodot

CAPÍTULO 7

Un asunto de reflexión

Sentada en el catre, Elayne terminó la centésima pasada con la mano izquierda y a continuación guardó el cepillo del pelo en la pequeña bolsa de cuero, que metió de nuevo bajo la estrecha cama. Sentía un dolor apagado en la parte posterior de los globos oculares después de pasarse el día encauzando, haciendo *ter'angreal.* Demasiado a menudo intentándolo, más bien. Nynaeve, en precario equilibrio sobre la banqueta con la ensambladura floja, hacía rato que había terminado de cepillarse el cabello, largo hasta la cintura, y casi había acabado de tejer de nuevo la trenza, aunque más suelta para dormir. El sudor le hacía brillar la cara.

Aun teniendo abierta la única ventana, la temperatura en el pequeño cuarto era sofocante. La luna asomaba llena en el negro cielo cuajado de estrellas. El cabo de vela proporcionaba una luz parpadeante. Las reservas de velas y de aceite para lámparas eran escasas en Salidar; nadie disponía de más de una pizca de luz por la noche a no ser que estuviera trabajando con pluma y papel. El cuarto estaba realmente abarrotado, sin apenas hueco para moverse alrededor de los dos pequeños catres. La mayoría de sus pertenencias estaban empaquetadas dentro de unos deteriorados arcones forrados con latón. Los vestidos de Aceptadas y unas capas que ciertamente no necesitaban ahora colgaban de unas clavijas en las paredes, donde los desconchones del amarillento yeso dejaban ver los listones de debajo. Una mesa diminuta, que cojeaba, estaba embutida entre las camas, y, en un rincón, un palanganero desvencijado contenía una jarra y una palangana con un increíble número de desconchaduras entre ambas. Ni siquiera las Aceptadas que se ganaban palmaditas en la cabeza a cada paso recibían un trato de favor.

Un ramo de enmarañadas flores silvestres blancas y azules —que, engañadas por el tiempo, habían florecido tarde y no muy bien— sobresalían de un jarrón amarillo, con la boca rota, entre un par de tazas de barro, encima de la mesita. La otra pincelada de color era un verderón metido en una jaula de mimbre. Elayne le estaba curando una ala rota con métodos corrientes. Había intentado poner en práctica su reducida habilidad en Curación con otro pájaro, pero las aves canoras eran demasiado pequeñas para soportar el impacto.

«No te quejes», se exhortó firmemente. Las Aes Sedai vivían un poco mejor, las novicias y la servidumbre un poco peor, y los soldados de Gareth Bryne dormían en el suelo la mayoría de las veces. «Lo que uno no puede cambiar lo tiene que aguantar», es lo que Lini solía decir a todas horas. En fin, desde luego Salidar no ofrecía muchas comodidades y ningún lujo. Y tampoco frescura.

Ahuecó el escote del camisón y sopló por dentro.

—Nos interesa adelantarnos a ellas, Nynaeve. Ya sabes cómo se ponen si tienen que esperar.

No soplaba pizca de brisa y el cargado aire parecía provocar sudor por

cada poro de la piel. Tenía que haber algo que pudiera hacerse con el tiempo. Claro que, si lo hubiese, las Detectoras de Vientos de los Marinos ya lo habrían hecho; pero, aun así, podría ocurrírsele algo si las Aes Sedai le dejaran suficiente tiempo libre para ocuparse de otra cosa que no fueran los *ter'angreal.* Como Aceptada, se suponía que podía elegir el tema de estudios, pero... «Si pensaran que puedo comer y enseñarles a hacer *ter'angreal* al mismo tiempo, no tendría ni un minuto para mí misma.» Al menos habría un descanso en eso al día siguiente.

Nynaeve cambió de postura en la cama, frunció el entrecejo y jugueteó con el brazalete del *a'dam* que llevaba en la muñeca. Insistía siempre en que una de ellas lo llevase puesto incluso cuando dormían, a pesar de que provocaba sueños ciertamente extraños y desagradables. No era muy necesario; el *a'dam* controlaría a Moghedien con igual eficacia estando colgado de una clavija, y, por si eso no bastara, la Renegada compartía un diminuto cuarto con Birgitte, que era la mejor guardiana posible. Además, Moghedien casi lloraba con que Birgitte sólo frunciera el ceño. Era quien menos motivos tenía para querer que Moghedien siguiera viva y la que más deseaba su muerte, cosa que la otra mujer sabía de sobra. Esta noche el brazalete sería aun menos útil.

—Nynaeve, estarán esperándonos.

La antigua Zahorí resopló —no llevaba muy bien lo de estar a la entera disposición de nadie— pero cogió uno de los dos anillos de piedra que había en la mesita. Ambos eran demasiado grandes para ponérselos en un dedo; uno tenía franjas y motas azules y marrones, y el otro, azules y rojas, y los dos estaban retorcidos de manera que sólo tenían un borde. Desanudó el cordón de cuero que llevaba al cuello y metió el anillo azul y marrón junto con el otro, de oro y muy pesado. Era el sello de Lan. Acarició con ternura la gruesa banda de oro antes de meter ambos anillos dentro del camisón.

Elayne cogió el azul y rojo y lo miró con el entrecejo fruncido.

Los anillos eran *ter'angreal* que había hecho ella copiando el que estaba ahora en poder de Siuan, y a despecho de su apariencia sencilla eran increíblemente complejos. Si se dormía con uno de ellos tocando la piel, se acababa transportado al *Tel'aran'rhiod,* el Mundo de los Sueños, un reflejo del mundo real... o quizá de todos los mundos; algunas Aes Sedai afirmaban que existían muchos mundos, como si todas las variantes del Entramado tuvieran que existir, y que todos esos mundos juntos formaban a su vez un Entramado más grande. Lo verdaderamente importante era que el *Tel'aran'rhiod* reflejaba este mundo y tenía propiedades que resultaban extraordinariamente útiles. Sobre todo habida cuenta de que la Torre ignoraba la posibilidad de entrar en él, que ellas supieran.

Ninguno de estos anillos funcionaba tan bien como el original, aunque hacían su función. Elayne iba mejorando en eso; de cuatro intentos de producir una copia, sólo había tenido un fracaso. Un porcentaje mucho mejor que con las otras cosas que empezaba desde cero, sin disponer de un original en el que fijarse. Sin embargo, ¿y si uno de esos fracasos tenía por resultado algo peor que no funcionar o no hacerlo muy bien? Algunas Aes Sedai se habían neutralizado mientras investigaban *ter'angreal.* Consumirse, lo llamaban cuando ocurría de manera accidental, aunque era igualmente definitivo. Nynaeve no opinaba lo mismo, por supuesto; pero Nynaeve no estaría satisfecha hasta que curara a alguien que llevase tres días muerto.

Elayne jugueteó con el anillo. Lo que hacía era sencillo de entender, pero el «cómo» todavía escapaba a su comprensión. El «cómo» y el «porqué»

eran las claves. Con los anillos creía que el dibujo de colores tenía tanta importancia como la estructura —cualquier otra que no fuera un círculo retorcido no funcionaba, y el que había salido completamente azul sólo provocaba horrendas pesadillas— pero no sabía con certeza cómo reproducir el rojo, el azul y el marrón del original. Con todo, la fina estructura de las copias era idéntica hasta en los más mínimos detalles, incluso los que eran demasiado pequeños para detectarlos sin el Poder Único. ¿Por qué entonces tenían importancia los colores? Parecía haber una secuencia común en la trama de esas minúsculas estructuras para los *ter'angreal* que requerían encauzar, y otra para aquellos que simplemente hacían uso del Poder —haber tropezado con eso fue lo que le permitió intentar hacer *ter'angreal* originales— pero había mucho que ignoraba, mucho que sólo basaba en suposiciones.

—¿Vas a quedarte sentada ahí toda la noche? —dijo secamente Nynaeve haciendo que Elayne diera un respingo de sobresalto. Dejó una de las tazas de barro sobre la mesita y se acomodó en su cama, con las manos cruzadas sobre la cintura—. Eras tú la que hablaba de no hacerlas esperar. Yo al menos no tengo intención de dar a esas viejecitas una excusa para que me pongan a caldo.

Elayne se apresuró a meter el anillo moteado —en realidad ya no era piedra, aunque había empezado siéndolo— en un cordón que se ató al cuello. La otra taza de barro contenía también una tintura de hierbas que Nynaeve había preparado, ligeramente endulzada con miel para disimular su gusto amargo. Elayne se tomó más o menos la mitad, suficiente, según su experiencia, para ayudarla a dormir incluso teniendo dolor de cabeza. Aquélla era una de esas noches en la que no podía permitirse perder el tiempo.

Se tumbó en la angosta cama, encauzó brevemente para apagar la vela, y luego agitó el camisón para abanicarse y refrescarse un poco. En fin, para agitar el aire, en cualquier caso.

—Ojalá Egwene se ponga bien pronto. Estoy harta de las migajas que Sheriam y las demás nos echan. ¡Quiero saber qué está ocurriendo!

Comprendió que había tocado un tema delicado. Egwene había resultado herida hacía mes y medio, el día en que Moraine y Lanfear habían muerto. El día en que Lan había desaparecido.

—Las Sabias dicen que está mejorando —masculló Nynaeve medio dormida, en la oscuridad. Por una vez su tono no sonó como si estuviera pensando adónde habría ido Lan—. Eso es lo que Sheriam y su pequeño círculo dicen, y no tienen motivo para mentir aun en el caso de que pudieran hacerlo.

—Bueno, pues, ojalá que pudiera asomarme por encima del hombro de Sheriam mañana por la noche.

—Ya puesta, podrías desear... —Nynaeve calló para bostezar—. Podrías desear que la Antecámara te eligiera Amyrlin. Quizás ese deseo se te acabaría concediendo, porque, al paso que van, cuando elijan a alguien ya tendremos bastantes canas para encajar en el puesto.

Elayne abrió la boca para contestar; pero, contagiada por su amiga, también bostezó. Nynaeve empezó a roncar, no fuerte pero sí con obstinada persistencia. Elayne dejó que sus párpados se cerraran, pero los pensamientos intentaban seguir enfocados a despecho de sí misma.

Ciertamente la Antecámara estaba alargando mucho la decisión, ya que las Asentadas se reunían algunos días menos de una hora y a menudo ni

siquiera eso. Si se hablaba con una de ellas, cualquiera diría que no veía necesidad de apresurarse, aunque por supuesto las Asentadas de los seis Ajahs —no había Rojas en Salidar, naturalmente— no contaban a las otras Aes Sedai lo que hablaban en las sesiones, y mucho menos a una Aceptada. Ciertamente tenían motivo para mostrar prontitud. Aun en el caso de que sus intenciones siguieran siendo un secreto no ocurría lo mismo con su agrupamiento. Elaida y la Torre no harían caso omiso de ellas para siempre. Por si esto fuera poco, los Capas Blancas aún estaban a unos pocos kilómetros, en Amadicia, y empezaban a correr rumores de la presencia de seguidores del Dragón allí mismo, en Altara. Sólo la Luz sabía hasta dónde llegarían si Rand no tenía control sobre ellos. El Profeta era un buen ejemplo; o, más bien, un ejemplo terrible: disturbios, granjas y casas incendiadas, gente asesinada por no mostrar suficiente fervor en apoyo del Dragón Renacido.

Los ronquidos de Nynaeve sonaban como una tela desgarrándose, aunque a lo lejos. Otro bostezo casi desencajó las mandíbulas a Elayne; se giró de costado y mulló la fina almohada. Razones para mostrar prontitud. Sammael instalado en Illian, y sólo había unos cuantos kilómetros hasta la frontera illiana, demasiado cerca tratándose de un Renegado. La Luz sabría dónde estaban los otros Renegados o qué tramaban. Y Rand; tenían que estar preocupadas por él. No era un peligro, naturalmente. Nunca podría serlo. Pero sí era la clave de todo; en verdad el mundo giraba a su alrededor ahora. Lo vincularía a ella; lo haría de algún modo. Min. Ella y la delegación debían de estar a menos de la mitad de camino de Caemlyn a estas alturas. No había nevadas que las retrasaran. Les quedaba un mes más para llegar. Y no es que le preocupara que Min fuera a reunirse con Rand. ¿En qué estaría pensando la Antecámara? Min. El sueño se apoderó de ella, y la joven entró en el *Tel'aran'rhiod.*

Y se encontró plantada en la calle principal de Salidar, envuelta en el silencio y la noche, con la gibosa luna allá en lo alto. Veía con total claridad, más de lo que podía achacarse a la luz del astro. Siempre había una luminosidad en el Mundo de los Sueños, procedente de todas partes y de ninguna, como si la propia oscuridad poseyera un oscuro fulgor. Claro que los sueños eran así, y aquello era un sueño, aunque no uno corriente.

La villa de allí era un reflejo de la verdadera Salidar, pero de un modo extraño, más silenciosa de lo que la haría la noche. Todas las ventanas estaban oscuras y la atmósfera de vacío resultaba aplastante, como si nadie ocupase los edificios. Por supuesto allí nadie lo hacía. La aflautada llamada de un pájaro nocturno fue respondida por otra, y después por una tercera, y algo hizo un débil ruido susurrante al escabullirse en la extraña penumbra, pero los establos estarían vacíos, así como la línea de estacas en las afueras del pueblo y los claros donde ovejas y ganado estaban recogidos. Habría muchas criaturas salvajes, pero ningún animal domesticado. Los detalles cambiaban de una ojeada a la siguiente; los edificios de techo de bálago permanecían inalterables, pero un barril de agua ocuparía un sitio ligeramente distinto o no estaría allí; una puerta que antes se encontraba abierta a continuación aparecía cerrada. Cuanto más efímera la naturaleza de una cosa en el mundo real, más podía cambiar su posición o condición, menos firme resultaba su reflejo.

De vez en cuando un fugaz movimiento surgía en la oscura calle, alguien aparecía y se desvanecía al cabo de unos pasos o incluso flotaba

sobre el suelo como si volara. Los sueños de muchas personas podían tocar el *Tel'aran'rhiod,* pero sólo brevemente. Lo cual era una suerte para ellas. Otra propiedad del Mundo de los Sueños era que lo que ocurría en él seguía siendo real cuando uno despertaba. Si se moría allí, entonces no se despertaba. Un extraño reflejo. Sólo el calor era igual.

Nynaeve estaba allí, con un vestido de Aceptada, blanco y con las bandas de colores en el bajo, aguardando impaciente al lado de Siuan y de Leane. También llevaba el brazalete de plata, aunque desde allí no funcionaría en el mundo real; seguía dominando a Moghedien, pero Nynaeve, fuera de su cuerpo físico, no percibiría nada a través de él. Leane, con su esbeltez, ofrecía un aspecto majestuoso, aunque en opinión de Elayne su atuendo domani de una fina seda apenas opaca desmerecía su elegancia. El color del tejido no dejaba de cambiar; ese tipo de cosas ocurría hasta que se aprendía a dominar lo que se hacía allí. Siuan estaba mejor. Llevaba un sencillo vestido de seda azul con un escote justo lo bastante bajo para mostrar el anillo retorcido que colgaba de un collar. Por otra parte, en ocasiones aparecían puntillas adornando el vestido, y el collar cambiaba de una sencilla cadena de plata a una compleja joya con rubíes o granates o esmeraldas engarzados en oro y pendientes a juego para después volver a la sencilla cadena.

El que colgaba del cuello de Siuan era el anillo original, y el aspecto de la mujer era tan sólido como el de cualquiera de los edificios. Elayne se veía a sí misma igualmente sólida, pero sabía que para las otras su imagen resultaba un poco borrosa, como ocurría con Nynaeve y Leane. Daba la impresión de que casi se podría ver la luz de la luna a través de ellas. Esto era el resultado de llevar una copia del anillo. Elayne percibía la Fuente Verdadera, pero en su estado el *Saidar* era una sensación tenue, y si intentase encauzar también el resultado sería muy pobre. Con el anillo que llevaba Siuan no ocurriría eso, pero tal era el precio de tener secretos que otros conocían y que no interesaba que salieran a la luz. Siuan se fiaba más del original que de las copias creadas por Elayne y, en consecuencia, se lo ponía ella —o en ocasiones Leane— mientras que Nynaeve y Elayne, que podían encauzar, tenían que conformarse con los otros.

—¿Dónde están? —demandó Siuan. El escote del vestido subió y bajó. Ahora era de color verde, y el collar una sarta de gruesas piedras de luna—. Como si no fuera bastante que quieran meter un remo en mi barca y bogar a su antojo, también me hacen esperar.

—No sé por qué te molesta que vengan —le dijo Leane—. Te gusta verlas cometer errores. No saben ni la mitad de lo que creen. —Por un instante su vestido se tornó casi transparente; una torques adornada con gruesas perlas apareció y desapareció de su cuello sin que ella lo advirtiera. Tenía incluso menos dominio que Siuan en esto.

—Necesito dormir de verdad un poco —rezongó Siuan—. Bryne parece dispuesto a dejarme exhausta, pero me veo obligada a esperar al antojo de unas mujeres que se pasarán la mitad de la noche recordando cómo caminar. Por no mencionar que tengo que cargar con estas otras dos. —Miró ceñuda a Elayne y a Nynaeve y luego alzó los ojos al cielo.

Nynaeve se aferró la trenza con fuerza, una clara indicación de su creciente malhumor. Por una vez, Elayne coincidió plenamente con ella. Resultaba francamente difícil ser maestras de unas alumnas que pensaban que sabían más que ellas y que muy probablemente las reprendieran en lugar de ser al contrario. Claro que las otras eran mucho peores que Siuan y

Librodot

Leane. Y, por cierto, ¿dónde demonios estaban?

Al fondo de la calle se produjo un movimiento. Eran seis mujeres, envueltas en el brillo del *Saidar,* que no desaparecieron. Como solía ocurrir, Sheriam y el resto de su consejo se habían soñado a sí mismas en sus propios lechos y salían al exterior. Elayne no estaba segura de hasta dónde entendían los atributos del *Tel'aran'rhiod.* En cualquier caso, a menudo insistían en hacer las cosas a su manera aun cuando hubiese otra mejor. ¿Cómo iban unas Aceptadas a saber más que unas Aes Sedai?

Las seis Aes Sedai eran novicias en el *Tel'aran'rhiod,* y sus vestidos habían cambiado cada vez que Elayne las miraba. Primero era una la que llevaba un chal de Aes Sedai bordado, con los flecos del color de su Ajah y con la blanca Llama de Tar Valon cual una llamativa lágrima en la parte posterior; a continuación lo llevaban cuatro de ellas, y acto seguido, ninguna. A veces era una ligera capa de viaje, como para evitar el polvo del camino, con la Llama en la espalda y en el lado izquierdo del pecho. Sus rostros intemporales no mostraban señal alguna de calor —como ocurría siempre con las Aes Sedai— y tampoco de que fueran conscientes del continuo cambio en sus atuendos.

Su aspecto era tan etéreo como el de Nynaeve o el de Leane. Sheriam y las otras tenían más confianza en los *ter'angreal* de sueño con los que había que encauzar que en los anillos. Simplemente no parecían dispuestas a aceptar que el *Tel'aran'rhiod* no tenía nada que ver con el Poder Único. Al menos Elayne era incapaz de distinguir cuáles de ellas llevaban los originales o sus copias. Tres tenían que estar utilizando pequeños discos que en su momento habían sido de hierro, con una apretada espiral tallada en ambas caras y estimulados con un flujo de Energía, el único de los Cinco Poderes que podía encauzarse durante el sueño. Salvo allí, claro está. Las otras tres llevarían pequeñas láminas que en tiempos eran de ámbar, con la figura de una mujer dormida tallada en el interior. Aun en el caso de que Elayne tuviera delante los seis *ter'angreal,* no habría sabido distinguir los dos originales; esas copias habían salido muy bien. De todos modos, no dejaban de ser copias.

Mientras las Aes Sedai caminaban juntas calle adelante hacia ellas, Elayne captó el final de su conversación, si bien no le encontró ni pies ni cabeza:

—... desdeñarán nuestra elección, Carlinya —estaba diciendo la pelirroja Sheriam—, pero desdeñarán cualquier elección que hagamos, así que tanto da si nos mantenemos firmes en nuestra decisión. No me pidas que vuelva a enumerar las razones, porque no es menester.

Morvrin, una corpulenta hermana Marrón con hebras grises en el cabello, resopló.

—Después de todo nuestro trabajo con la Antecámara —manifestó—, no nos iba a ser fácil hacerlas cambiar de opinión ahora.

—Mientras que ningún dirigente se mofe, ¿qué nos importa? —opinó acaloradamente Myrelle. Era la más joven de las seis y llevaba pocos años siendo Aes Sedai; su tono era definitivamente irritado.

—¿Y qué gobernante osaría hacerlo? —inquirió Anaiya de un modo muy similar a como una mujer preguntaría qué chiquillo se atrevería a dejar huellas de barro en sus alfombras—. En cualquier caso, ningún rey ni reina sabe lo bastante de lo que ocurre entre Aes Sedai para comprenderlo. Sólo nos interesa la opinión de las hermanas, no la de ellos.

—Lo que a mí me preocupa —replicó fríamente Carlinya—, es que si ella

se deja guiar por nosotras tan fácilmente también podría dejarse guiar por otros. —La Blanca de piel pálida y ojos casi negros se mostraba siempre fría; algunos dirían que glacial.

Fuera lo que fuera de lo que hablaban no era algo que quisieran discutir delante de Elayne y las otras, de modo que guardaron silencio antes de llegar junto a ellas.

La reacción de Siuan y Leane ante la aparición de las recién llegadas había sido darse la espalda bruscamente, como si hubiesen estado enzarzadas en una discusión que la llegada de las Aes Sedai había interrumpido. Por su parte, Elayne comprobó rápidamente su vestimenta; el adecuado vestido blanco con las bandas de colores. No sabía bien qué sentía respecto a ir convenientemente vestida sin tener que pensarlo; apostaría a que Nynaeve había tenido que cambiar su atuendo después de aparecer allí. Claro que Nynaeve era mucho más intrépida y luchaba contra limitaciones a las que ella se sometía. ¿Cómo iba a ser capaz de gobernar Andor? Si es que su madre estaba muerta, cosa que se negaba a aceptar.

Sheriam, una mujer algo rellenita y de pómulos altos, dirigió los rasgados y verdes ojos hacia Siuan y Leane. Durante un instante llevó puesto un chal con flecos azules.

—Si sois incapaces de aprender a llevaros bien, juro que os enviaré a ambas a Tiana. —La frase sonó como algo dicho muy a menudo y que ya no iba en serio.

—Trabajasteis juntas durante mucho tiempo —intervino Beonin con su fuerte acento tarabonés. Era una Gris bastante bonita, con el cabello del color de la miel tejido en multitud de trenzas, y sus ojos azulgrisáceos tenían una perenne expresión de pasmo. Sin embargo, Beonin nunca se dejaría sorprender por nada; no creería que el sol había salido por la mañana hasta verlo por sí misma, aunque, si alguna mañana no lo hacía, Elayne dudaba que Beonin se inmutase lo más mínimo. Eso sólo confirmaría que ella tenía razón al pedir pruebas—. Podéis y debéis trabajar juntas de nuevo.

También lo dijo como si hubiese repetido las mismas palabras tan a menudo que lo hacía maquinalmente. Todas las Aes Sedai ya estaban acostumbradas a la actitud de Siuan y Leane, y habían empezado a tratarlas como habrían hecho con dos chiquillas que no podían dejar de pelearse. Las Aes Sedai tenían tendencia a ver como críos a cualquiera que no fuera una de ellas. Incluso en el caso de estas dos mujeres, que habían sido hermanas.

—Mándalas ante Tiana o no las mandes, pero deja de decirlo —espetó ceñuda Myrelle.

Elayne no creía que la mujer enigmáticamente bella estuviera enfadada con Siuan o con Leane. Quizá no lo estaba con nadie ni con nada. Tenía un temperamento voluble, excesivo incluso para ser Verde. El cuello de su vestido de seda dorada se volvió alto hasta la barbilla, pero con un corte oval que dejaba a la vista el nacimiento de los senos; también llevaba un collar muy peculiar, como una ancha banda de plata de la que colgaban tres pequeñas dagas, cuyas empuñaduras descansaban sobre la hendedura del busto. Una cuarta apareció, pero se desvaneció tan deprisa que podría haber sido imaginación. Miró a Nynaeve de arriba abajo, como buscando un fallo.

—Vamos a la Torre, ¿no es así? —dijo—. Pues, si pensamos seguir con el mismo tema, podríamos hacer algo útil mientras tanto.

Ahora sabía Elayne por qué estaba enfadada Myrelle. Hasta que Nynaeve y ella llegaron a Salidar habían estado reuniéndose con Egwene una vez por semana para transmitirse lo que habían descubierto cada cual, tarea

Librodot

que no siempre había sido fácil puesto que todas las veces Egwene acudía acompañada al menos por una de las caminantes de sueños Aiel que la estaban instruyendo. Reunirse sin que estuvieran presentes una o dos Sabias no había sido fácil. De cualquier forma, todo había terminado cuando llegaron a Salidar. Las seis Aes Sedai del consejo de Sheriam se habían ocupado de acudir a dichos encuentros cuando sólo disponían de los tres *ter'angreal* originales y poco más conocimiento del *Tel'aran'rhiod* que el modo de entrar en él. Ello había coincidido con el momento en que Egwene resultó herida, lo cual dejó Aes Sedai ante Sabias, dos grupos de mujeres orgullosas y resueltas, cada uno de los cuales desconfiaba de lo que el otro buscaba y no estaba dispuesto a ceder un centímetro ni agachar la cabeza un pelo.

Naturalmente, Elayne ignoraba lo que ocurría en esas reuniones, pero podía sacar conclusiones de sus propias experiencias y de los comentarios que Sheriam y las otras dejaban caer de vez en cuando.

Las Aes Sedai estaban convencidas de que eran capaces de aprender cualquier cosa una vez que sabían que había algo que aprender; por lo general exigían el respeto debido a una reina y esperaban siempre que se les dijera lo que querían saber sin demora ni objeciones. Al parecer habían demandado respuestas a todo, desde lo que Rand planeaba, pasando por lo que Egwene tardaría en recuperarse y acudir al Mundo de los Sueños, hasta si era posible espiar los sueños de la gente en el *Tel'aran'rhiod* o entrar físicamente en el Mundo de los Sueños o llevar a alguien al sueño en contra de su voluntad. Incluso habían preguntado en más de una ocasión si era factible hacer cosas en el sueño que repercutieran en el mundo real, algo llana y simplemente irrealizable que ellas aparentemente no aceptaban como cierto. Morvrin había leído algo sobre el *Tel'aran'rhiod,* lo suficiente para hacer infinidad de preguntas, aunque Elayne sospechaba que Siuan había contribuido en aumentar la lista. La joven creía que lo que la antigua Amyrlin andaba buscando era asistir a esas reuniones, pero al parecer las Aes Sedai consideraban suficiente concesión permitirle utilizar el anillo como una ayuda en su trabajo con las informadoras. La interferencia de las Aes Sedai en ese trabajo era lo que la irritaba.

En cuanto a las Aiel... Las Sabias —al menos las caminantes de sueños, según las conclusiones sacadas por Elayne durante sus propios encuentros con ellas— no sólo sabían todo lo que había que saber sobre el Mundo de los Sueños, sino que lo contemplaban como algo de su exclusivo dominio, su coto privado. No les gustaba que nadie entrara en él sin los debidos conocimientos y tenían un modo muy rudo de ocuparse de lo que consideraban necedades. Además de lo cual eran reservadas hasta la exageración y en apariencia ferozmente leales a Rand, poco dispuestas a decir nada más aparte de que se encontraba bien o que Egwene volvería a acudir al *Tel'aran'rhiod* cuando se hubiese recuperado del todo; y aun menos dispuestas a responder a preguntas que consideraban impropias, lo cual podía significar que no creían que la persona que planteaba la pregunta estuviera lo suficientemente preparada para escuchar la respuesta o que la una o la otra o ambas violaban de algún modo su extraña filosofía del honor y la obligación. Elayne sabía poco más sobre el *ji'e'toh* aparte de que existía y que era la causa de su peculiar y quisquilloso comportamiento.

En suma, que se reunían todos los ingredientes para acabar en desastre, y Elayne estaba convencida de que ése era el resultado cada siete días, al menos desde el punto de vista de las Aes Sedai.

Sheriam y las otras cinco habían exigido recibir lecciones cada noche al principio, pero ahora sólo lo pedían en dos ocasiones: la noche anterior al encuentro con las Sabias, como quien afila las armas por última vez antes de la liza; y la noche posterior, generalmente sin abrir la boca para nada, como buscando entender qué había salido mal y cómo ponerle remedio. A buen seguro que Myrelle estaba que ardía ya por el desastre del día siguiente, porque sin duda lo habría, de una u otra clase.

Morvrin se volvió hacia Myrelle y abrió la boca, pero de repente apareció otra mujer entre ellas. Elayne tardó un instante en reconocer a Gera, una de las cocineras, en aquellos rasgos intemporales. Llevaba un chal con flecos verdes y la Llama de Tar Valon en la espalda, aparte de que debía de pesar menos de la mitad de lo que realmente pesaba; levantó un dedo con gesto admonitorio hacia las Aes Sedai... Y desapareció.

—Así que eso es lo que sueña, ¿no? —dijo fríamente Carlinya. Las mangas de su vestido, blanco como la nieve, se alargaron en pico hasta cubrirle las manos y el cuello subió hasta la barbilla—. Alguien debería hablar con ella.

—Olvídalo, Carlinya —rió Anaiya—. Gera es una buena cocinera. Deja que tenga los sueños que quiera. Yo misma entiendo el atractivo que hay en ello. —De repente se tornó más esbelta y alta, aunque sus rasgos no cambiaron, conservando el mismo rostro sencillo y maternal de siempre. Con una risa volvió a cambiar—. ¿Es que eres incapaz de ver el lado divertido de algo por una vez, Carlinya?

Hasta el resoplido desdeñoso de la Blanca fue frío.

—Es obvio que Gera nos vio —dijo Morvrin—, pero ¿lo recordará? —Sus ojos, oscuros y acerados, estaban pensativos. Su vestido, de lana oscura, era el que menos variaciones sufría de los seis. Cambiaban detalles, pero tan sutilmente que Elayne no sabía exactamente qué había de distinto en él.

—Por supuesto que sí —ratificó mordazmente Nynaeve. Ya había explicado esto mismo con anterioridad. Seis Aes Sedai la miraron enarcando las cejas, y la joven moderó el tono de voz. Un poco. También ella detestaba fregar ollas—. Si recuerda el sueño, se acordará. Pero sólo como un sueño.

Morvrin frunció el entrecejo. Se adelantó un segundo a Beonin en pedir pruebas. La expresión de resignación de Nynaeve le iba a ocasionar problemas, adoptara el tono que adoptara; pero, antes de que Elayne tuviera ocasión de decir nada para apartar la atención de las Aes Sedai sobre su amiga, Leane habló con una actitud que rozaba la afectación:

—¿No os parece que deberíamos irnos ya?

Siuan resopló con desprecio ante semejante ñoñería, y Leane le asestó una mirada cortante.

—Sí, imagino que querréis permanecer en la Torre el mayor tiempo posible —dijo la antigua Amyrlin, tímidamente a su vez, y Leane aspiró ruidosamente por la nariz.

Realmente lo hacían muy bien. Sheriam y las otras jamás sospecharían que Siuan y Leane eran algo más que dos mujeres neutralizadas que se aferraban a un propósito que las mantuviese vivas, asiéndose al filo de lo que antaño habían sido. Dos mujeres que estaban como el perro y el gato todo el tiempo, peleándose puerilmente. Las Aes Sedai deberían haber recordado que Siuan había tenido fama de tenaz y astuta manipuladora, y, aunque en menor medida, Leane también. Si hubiesen presentado un frente común o mostrado sus verdaderas caras, las seis se habrían acordado de

ello y no habrían mirado con buenos ojos nada de lo que hubiese dicho cualquiera de las dos. Sin embargo, divididas, escupiendo rencor en la cara de la otra, rebajándose ante las Aes Sedai y sin ser obviamente conscientes de ello... Cuando una se veía obligada a regañadientes a aceptar lo que la otra decía, le daba incluso más peso. Cuando una hacía objeciones con argumentos obviamente frívolos, tenía el mismo resultado. Elayne sabía que utilizaban este artificio para guiar a Sheriam y las otras a que apoyaran a Rand, aunque habría deseado saber también para qué más lo usaban.

—Tienen razón —dijo con firmeza Nynaeve al tiempo que lanzaba una mirada de desagrado a Siuan y a Leane. Su subterfugio fastidiaba muchísimo a la antigua Zahorí, quien jamás se rebajaría ni siquiera para salvar la vida—. A estas alturas deberíais saber que cuanto más tiempo paséis aquí menos descanso real tendréis. Dormir mientras se está en el *Tel'aran'rhiod* no es tan reparador como un sueño normal. Bien, recordad que si veis algo extraño debéis tener cuidado. —En verdad detestaba tener que repetirse, y ello se hacía patente en su voz, pero Elayne no podía menos de admitir que con estas mujeres era necesario hacerlo demasiado a menudo. Empero, ojalá Nynaeve pudiera hablar sin que diera la impresión de que se dirigía a niñas de cortos alcances—. Cuando alguien se sueña a sí mismo en el *Tel'aran'rhiod,* como Gera, pero sufre una pesadilla, en ocasiones esas pesadillas perduran y entonces son muy peligrosas. Evitad cualquier cosa que os parezca inusual. Y esta vez intentad controlar vuestros pensamientos. Todo lo que se os ocurra aquí se convierte en real. Aquel Myrddraal que apareció repentinamente de la nada la última vez podría muy bien ser secuela de una pesadilla, pero sospecho que una de vosotras dejó volar su imaginación. Recordaréis que estabais hablando del Ajah Negro, y discutíais si estaban dando acceso a Engendros de la Sombra al interior de la Torre. —Como si aquello no fuera suficientemente malo, tuvo que añadir—: No impresionaréis a las Sabias mañana por la noche si hacéis aparecer un Myrddraal en medio de la reunión.

Elayne se encogió.

—Muchacha —empezó suavemente Anaiya mientras se ajustaba el chal de flecos azules que de repente apareció en torno a sus brazos—, has estado haciendo muy buen trabajo, pero eso no disculpa un lenguaje impertinente.

—Se te han concedido varios privilegios —abundó Myrelle, bien que no con tanta suavidad—, pero pareces olvidar que son eso, privilegios.

Su ceño habría debido bastar para que Nynaeve se echara a temblar. Myrelle se había mostrado más y más dura con la antigua Zahorí durante las últimas semanas. También ella llevaba puesto un chal; de hecho, lo llevaban todas. Mala señal.

Morvrin resopló con indignación antes de comentar:

—Cuando yo era Aceptada, cualquier chica que hubiese hablado de ese modo a una Aes Sedai se habría pasado el mes siguiente fregando suelos aun en el caso de que fuera a ser ascendida a Aes Sedai al día siguiente.

Elayne se apresuró a intervenir con la esperanza de poder prevenir el desastre que se les avecinaba. Nynaeve había adoptado lo que sin duda para ella era una expresión conciliadora, aunque en realidad tenía un aire terco y malhumorado.

—Estoy segura de que no lo ha dicho con intención, Aes Sedai. Hemos estado trabajando mucho. Perdonad, por favor. —Incluirse a sí misma podría ayudar, ya que no había hecho nada. También podía ocurrir que acabaran las dos fregando suelos. Al menos consiguió que Nynaeve la mirara. Y,

aparentemente, que reflexionara, puesto que sus rasgos se suavizaron en lo que parecía un gesto apaciguador al tiempo que hacía una reverencia y bajaba la vista al suelo, como avergonzada. Quizá lo estaba realmente. Quizá. Elayne continuó rápidamente como si Nynaeve hubiese pedido perdón expresamente y su disculpa hubiese sido aceptada—: Sé que todas deseáis pasar tanto tiempo como sea posible en la Torre, así que quizá no deberíamos demorarnos más. ¿Os importaría visualizar el estudio de Elaida tal y como lo visteis la última vez? —A Elaida nunca se la llamaba Amyrlin en Salidar, y ocurría otro tanto cuando se hacía referencia al estudio de la Amyrlin en la Torre Blanca—. Fijadlo todas en vuestras mentes y así llegaremos a la vez allí.

Anaiya fue la primera en asentir con la cabeza, pero hasta Carlinya y Beonin acabaron desviando su atención de Nynaeve.

No estaba claro si fueron las diez las que se movieron o si fue el *Tel'aran'rhiod* el que se desplazó a su alrededor, aunque podían haber sido ambas cosas, por lo que Elayne sabía; el Mundo de los Sueños era maleable casi hasta el infinito. En cierto momento estaban de pie en la calle de Salidar, y al siguiente se encontraban en una estancia amplia y ornamentada. Las Aes Sedai cabecearon con gesto satisfecho, todavía lo bastante inexpertas para sentirse halagadas cuando algo funcionaba como pensaban que debía hacer.

Con la misma precisión con que el *Tel'aran'rhiod* reproducía el mundo real, la habitación reflejaba el poder de las mujeres que la habían ocupado a lo largo de los últimos tres mil años. Las lámparas de pie doradas no estaban encendidas, pero había luz, bien que en el extraño modo que ocurría en el *Tel'aran'rhiod* y en los sueños. La alta chimenea era de mármol dorado procedente de Kandor, y el suelo de piedra roja pulida traída de las Montañas de la Niebla. Las paredes habían sido recubiertas hacía relativamente poco tiempo —apenas un millar de años— con paneles de madera clara, extrañamente veteada y tallada con bestias fabulosas y aves que, en opinión de Elayne, habían salido de la imaginación del artista. Piedra de brillo irisado enmarcaba las ventanas en arco que conducían al balcón desde el que se contemplaba el jardín privado de la Amyrlin; esa piedra había sido rescatada de una ciudad sin nombre que quedó sumergida en el Mar de las Tormentas durante el Desmembramiento del Mundo, y nadie había encontrado desde entonces algo que se le pareciera en ninguna parte.

Cada mujer que había utilizado esta habitación había puesto su marca personal en ella, aunque sólo fuera durante el período en que la ocupó, y Elaida no era diferente. Un pesado sillón con aspecto de trono, con la Llama de Tar Valon rematando el alto respaldo, se encontraba detrás de un enorme escritorio, prolijamente tallado con triples anillos entrelazados. El tablero del mueble estaba vacío excepto por tres cofrecillos con adornos en laca que señalaban su procedencia altaranesa, equidistantes unos de los otros con precisión milimétrica. Un liso jarrón blanco contenía rosas; su número y color cambiaban de un momento al siguiente, pero siempre aparecían arregladas con rigurosa exactitud. ¡Rosas, en esta época del año y con este tiempo! Se había desperdiciado Poder Único para que las flores crecieran. Elaida había actuado igual cuando era consejera de la madre de Elayne.

Encima de la chimenea colgaba una pintura de nueva tendencia, sobre un lienzo, de dos hombres luchando entre las nubes, arrojando rayos. Uno de ellos tenía el rostro de fuego, y el otro era Rand. Elayne había estado en

Librodot

Falme; el cuadro no se apartaba mucho de la verdad. Un desgarrón en la tela, a través del rostro de Rand, como si le hubiesen lanzado algo pesado, estaba restaurado de modo que casi pasaba inadvertido. Era obvio que Elaida deseaba tener un constante recordatorio del Dragón Renacido, al igual que era evidente que no le agradaba tener que verlo.

—Si me disculpáis —dijo Leane antes de que todos los cabeceos satisfechos hubiesen acabado—, he de comprobar si mi gente ha recibido mis mensajes.

Cada Ajah, excepto el Blanco, tenía una red de informadoras distribuidas por todas las naciones, como también tenían su red particular algunas Aes Sedai, pero en este aspecto Leane era especial, quizás única, ya que siendo la Guardiana había creado una red en la propia Tar Valon. No bien había terminado de hablar cuando desapareció.

—No debería andar por aquí sola —dijo Sheriam con tono exasperado—. Nynaeve, ve con ella y quédate a su lado.

Nynaeve se dio un fuerte tirón a la trenza.

—No creo que…

—Eso te ocurre muy a menudo —la cortó Myrelle—. Por una vez, haz lo que se te dice y cuando se te dice, Aceptada.

La antigua Zahorí intercambió una mirada sesgada con Elayne y asintió al tiempo que reprimía visiblemente un suspiro y desapareció. Elayne no sintió lástima. Si Nynaeve no se hubiese permitido el lujo de dar rienda suelta a su genio en Salidar quizás habría sido posible explicar que Leane podía encontrarse en cualquier parte de la ciudad, que sería casi imposible encontrarla y que se había estado aventurando sola en el *Tel'aran'rhiod* desde hacía semanas.

—Veamos qué podemos descubrir —dijo Morvrin; pero, antes de que ninguna de ellas hubiera dado un paso, Elaida apareció detrás del escritorio, asestándoles una mirada furibunda.

La actual Amyrlin era una mujer de rostro severo, más agraciada que hermosa, con el cabello y los ojos oscuros; llevaba un vestido de un color rojo como la sangre, y la estola de rayas echada sobre los hombros.

—Como supe por la Predicción, la Torre Blanca volverá a ser una bajo mi mando. ¡Bajo mi mando! —manifestó y después señaló bruscamente el suelo con el índice—. ¡Arrodillaos y pedid perdón por vuestras infracciones!

Sin más, desapareció. Elayne soltó un largo suspiro y se alegró al oír que no era la única.

—¿Una pronosticadora? —La frente de Beonin se arrugó en un gesto pensativo. No parecía preocupada, pero debería haberlo estado. Elaida poseía el Talento de la Predicción, aunque esporádicamente. Cuando la Predicción se apoderaba de una mujer y ésta sabía que algo iba ocurrir, ocurría.

—Un sueño —dijo Elayne, y se sorprendió de que su voz sonara tan tranquila—. Está dormida y soñando, y no es de extrañar que tenga sueños que son de su agrado. —«Oh, Luz, por favor, que sólo sea eso.»

—¿Os fijasteis en la estola? —preguntó Anaiya sin dirigirse a nadie en particular—. No llevaba franja azul.

Se suponía que la estola de la Amyrlin lucía una banda de color por cada uno de los siete Ajahs.

—Era un sueño —dijo Sheriam inexpresivamente. No parecía asustada, pero de nuevo llevaba puesto su chal con flecos azules y se lo ajustaba con fuerza. Anaiya hacía otro tanto.

Librodot

—Lo sea o no —intervino Morvrin, tan práctica como siempre—, si hemos venido para hacer algo, hagámoslo. —Pocas cosas asustaban a Morvrin.

El repentino estallido de actividad tras las palabras de la hermana Marrón puso de manifiesto la inmovilidad que habían mantenido todas ellas. Carlinya, Anaiya y Morvrin salieron rápidamente a la antesala, donde estaba el despacho de la Guardiana. Actualmente era Alviarin Freidhen, al servicio de Elaida; cosa extraña, era una Blanca a pesar de que la Guardiana siempre procedía del mismo Ajah que la Amyrlin.

Siuan las siguió con la mirada, malhumorada. Era de la opinión que a menudo se descubrían más cosas en los papeles de Alviarin que en los de Elaida, porque la Blanca a veces parecía saber más que la mujer a la que se suponía servía, y en dos ocasiones Siuan había encontrado pruebas de que Alviarin había revocado órdenes de Elaida sin que, al menos aparentemente, ello tuviera repercusiones. No había participado a Elayne ni a Nynaeve qué órdenes eran ésas. Siuan tenía claramente delimitado hasta qué punto compartía cosas.

Sheriam, Beonin y Myrelle se dirigieron al escritorio de Elaida, abrieron uno de los cofres lacados y empezaron a revolver entre los papeles que había dentro. Elaida guardaba su correspondencia y los informes recientes allí. La caja, con adornos de halcones combatiendo entre nubes blancas en un cielo azul, volvía a cerrarse de golpe cada vez que una de ellas soltaba la tapa, hasta que recordaron que tenían que mantenerla sujeta; y los propios papeles también cambiaron mientras los leían. En verdad el papel era algo efímero. En medio de irritados chasquidos de lengua y suspiros de fastidio, las Aes Sedai perseveraron en su tarea.

—Aquí hay un informe de Danelle —anunció Myrelle mientras echaba una rápida ojeada a la página.

Siuan intentó unirse a ellas, ya que Danelle era una joven Marrón que había tomado parte en la conspiración para destituirla; pero Beonin la miró con un pronunciado ceño que la hizo regresar a un rincón, mascullando entre dientes. Beonin había puesto de nuevo su atención en la caja y los papeles antes de que Siuan hubiese dado tres pasos; las otras dos mujeres ni siquiera se percataron de lo ocurrido.

—Dice que Mattin Stepaneos acepta de todo corazón —prosiguió Myrelle—. Que Roedran sigue intentando estar a bien con todos los bandos, en tanto que Alliandre y Tylin quieren más tiempo para reflexionar antes de dar una respuesta. Aquí hay una nota con la letra de Elaida: «¡Presionadlos!». —Chasqueó la lengua cuando el informe desapareció en su mano—. No decía sobre qué, pero sólo caben dos posibilidades que abarquen a esos cuatro.

Mattin Stepaneos era rey de Illian y Roedran de Murandy, mientras que Alliandre era reina de Ghealdan y Tylin de Altara. El asunto debía de estar relacionado con Rand o con las Aes Sedai que se oponían a Elaida.

—Al menos sabemos que nuestras emisarias todavía tienen tantas oportunidades como las de Elaida —comentó Sheriam.

Ni que decir tiene que Salidar no había enviado ninguna a Mattin Stepaneos; lord Brend, del Consejo de los Nueve, o más bien Sammael, era el verdadero poder en Illian. Elayne habría dado cualquier cosa por saber qué propuesta hacía Elaida para que Sammael estuviese dispuesto a apoyarla o, al menos, permitir que Mattin Stepaneos dijera que la apoyaría. Estaba convencida de que las tres Aes Sedai también habrían dado cualquier cosa

Librodot

por saberlo, pero se limitaron a seguir sacando documentos de la caja lacada.

—La orden de captura de Moraine sigue vigente —comentó Beonin, que sacudió la cabeza cuando la hoja que tenía en la mano se convirtió de repente en un grueso fajo de notas—. Aún no sabe que Moraine ha muerto. —Miró con gesto dolido las páginas y las dejó caer; se esparcieron como hojas secas y después desaparecieron en el aire antes de posarse—. Por lo visto Elaida sigue con su propósito de construirse un palacio.

—Por supuesto —repuso secamente Sheriam. Su mano tembló al coger lo que parecía una corta nota—. Shemerin ha huido. La «Aceptada» Shemerin.

Elayne estuvo a punto de rechinar los dientes. Nynaeve y ella les habían dicho que Elaida iba a degradar a Aceptada a Shemerin, una hermana Amarilla, pero naturalmente no les habían creído. A una Aes Sedai se le podía imponer una penitencia por faltas cometidas, incluso se la podía expulsar, pero no se la podía degradar a no ser mediante la neutralización. Sólo que por lo visto era exactamente lo que estaba haciendo Elaida, dijera lo que dijera la ley de la Torre. Quizá la estaba reformando.

Les habían contado cierto número de cosas a estas mujeres que ellas no habían creído realmente. Unas mujeres tan jóvenes, unas Aceptadas, no podían tener tanto conocimiento del mundo como para saber mejor que ellas lo que podía ser y lo que no. Las jóvenes eran crédulas, incautas; podrían ver y creer lo que no existía. Elayne tuvo que hacer un gran esfuerzo para no dar una patada en el suelo. Una Aceptada tomaba lo que las Aes Sedai tenían a bien ofrecer, y no pedía lo que las Aes Sedai decidían no dar. Como, por ejemplo, disculpas. Mantuvo el gesto impasible aunque por dentro ardía de rabia.

Siuan, por el contrario, no se cohibía; la mayor parte del tiempo, al menos. Cuando las Aes Sedai no la estaban mirando, las fulminaba con los ojos. Claro que si una de las tres echaba un vistazo en su dirección, su semblante adquiría una expresión sumisa en un santiamén. Tenía mucha práctica en eso. En una ocasión le había dicho a Elayne que un león sobrevivía siendo león, y un ratón siendo ratón. A pesar de ello, la interpretación de Siuan como ratón resultaba floja y forzada.

A Elayne le pareció captar preocupación en los ojos de Siuan. Esta tarea había sido suya desde que había demostrado a las Aes Sedai que podía utilizar el anillo sin peligro —tras unas lecciones secretas que Nynaeve y Elayne les impartieron a Leane y a ella, cierto— y proporcionar una excelente fuente de información. Se necesitaba tiempo para restablecer el contacto con las informadoras repartidas por las naciones, así como desviar sus informes de la Torre a Salidar. Si Sheriam y las otras se proponían ocuparse de esto, Siuan ya no sería tan útil. En la historia de la Torre ninguna red de informadoras había sido dirigida jamás por alguien que no fuera Aes Sedai hasta que Siuan llegó a Salidar con sus conocimientos de las informadoras de la Sede Amyrlin y del Ajah Azul, el cual había tenido a su cargo antes de su nombramiento como Amyrlin. Beonin y Carlinya se mostraban abiertamente reacias a depender de una mujer que ya no era una de ellas, y las otras no les andaban muy a la zaga.

Tampoco Elayne podía hacer mucho respecto a eso. Las Aes Sedai podrían llamarlo una lección, incluso podían pensar que lo era, pero por experiencias pasadas la joven sabía que, si intentaba enseñar algo sin que se lo pidieran, a no tardar la habrían puesto en su sitio sin contemplaciones.

Estaba allí para responder a cualquier pregunta que pudieran hacerle y nada más. Pensó en una banqueta —apareció una, con hojas de vid talladas en las patas— y se sentó para esperar. Una silla habría sido más cómoda, pero podía levantar comentarios. A una Aceptada sentada con demasiada comodidad a menudo se la consideraba una Aceptada sin mucho que hacer. Al cabo de un momento, Siuan hizo aparecer una banqueta casi idéntica. Dedicó una leve sonrisa a Elayne; y una mirada ceñuda a las Aes Sedai vueltas de espalda.

La primera vez que Elayne había visitado esta estancia en el *Tel'aran'rhiod* había en ella un semicírculo de banquetas así, una docena o más, delante de la mesa profusamente tallada. Desde entonces, en cada visita su número había disminuido y ahora no quedaba ninguna. Estaba convencida de que tal cosa significaba algo, aunque no alcanzaba a imaginar qué. También estaba segura de que Siuan pensaba lo mismo, y probablemente ya había sacado alguna conclusión, aunque si era así no lo había compartido con Nynaeve y con ella.

—Los conflictos en Shienar y en Arafel están remitiendo —musitó Sheriam casi para sí misma—, pero sigue sin haber nada aquí que indique por qué empezaron. Sólo escaramuzas, pero los hombres de la frontera no luchan entre sí. Para esto tienen la Llaga.

Sheriam era saldaenina, y Saldaea era una de la Tierras Fronterizas.

—Al menos la Llaga sigue tranquila —intervino Myrelle—. Quizá demasiado tranquila. No puede durar. Menos mal que Elaida tiene muchas informadoras por todas las Tierras Fronterizas.

Siuan se las arregló para encogerse y asestar una mirada fulminante a las Aes Sedai al mismo tiempo. Elayne dudaba que hubiese conseguido entrar en contacto aún con ninguna de sus informadoras en esos territorios, tan lejanos a Salidar.

—Me sentiría mejor si pudiera decirse lo mismo de Tarabon. —La página que Beonin sostenía en la mano se hizo más larga y más ancha; la mujer la miró, aspiró sonoramente por la nariz y la tiró a un lado—. Las informadoras de Tarabon siguen guardando silencio. Todas ellas. La única noticia que ha recibido sobre Tarabon son los rumores que corren en Amadicia respecto a que las Aes Sedai están involucradas en la guerra. —Sacudió la cabeza ante lo absurdo de plasmar tales hablillas en un papel. Las Aes Sedai no se involucraban en guerras civiles. Al menos no tan declaradamente como para ser detectadas—. Y por lo visto sólo hay un puñado de informes confusos desde Arad Doman.

—Muy pronto tendremos nuestra propia información de Tarabon —manifestó con tono apaciguador Sheriam—. Unas pocas semanas más.

El registro continuó durante horas. En ningún momento faltaron papeles; la caja lacada no se vaciaba nunca. De hecho, el montón que había dentro a veces se incrementaba al sacar un documento. Claro que sólo los de contenido más corto duraban lo suficiente para poder leerlos del todo, pero de vez en cuando una carta o un informe que ya habían examinado aparecía de nuevo en la caja. Hubo largos períodos de silencio, aunque algunos documentos provocaban comentarios, y sólo unos pocos eran discutidos por las Aes Sedai. Siuan empezó a jugar a hacer cunitas con un cordel, aparentemente sin prestar atención a lo que la rodeaba. Elayne deseó poder hacer lo mismo o, mejor aun, leer —un libro apareció en el suelo, a sus pies, *Los viajes de Jain el Galopador,* si bien lo hizo desaparecer al punto— pero a las mujeres que no eran Aes Sedai se les daba más libertad que a aquellas

que se preparaban para serlo. Con todo, se enteró de unas cuantas cosas escuchando.

La intervención de Aes Sedai en Tarabon no era el único rumor que había encontrado su camino hasta el escritorio de Elaida. Se decía que el agrupamiento de Capas Blancas tenía como meta desde apoderarse del trono de Amadicia —lo que ciertamente era innecesario— hasta el acabar con las guerras y la anarquía reinantes en Tarabon y Arad Doman, pasando por dar apoyo a Rand. Elayne creería esto último cuando el sol saliera por el oeste. Había informes sobre extraños sucesos en Illian y Cairhien —tal vez hubiese otros, pero ésos fueron los únicos que vieron—: pueblos enteros cayendo presa de la locura; visiones de pesadilla a plena luz del día; terneros de dos cabezas que hablaban; Engendros de la Sombra apareciendo de la nada. Sheriam y las otras dos pasaron todo eso por encima; la misma clase de historias llegaba a Salidar desde algunas zonas de Altara y Murandy y a través del río desde Amadicia.

Las Aes Sedai las desestimaron como producto de la histeria entre la gente al enterarse de la aparición del Dragón Renacido. Elayne, sin embargo, no estaba tan segura. Ella había presenciado cosas que las Aes Sedai no habían visto, por muchos años y experiencia que tuvieran. Se rumoreaba que su madre estaba agrupando un ejército al oeste de Andor —¡y bajo la antigua bandera de Manetheren, nada menos!— o que Rand la retenía como prisionera o que había huido a cualquier nación imaginable, incluidas las Tierras Fronterizas y Amadicia, cuando esto último era de todo punto inconcebible. Aparentemente la Torre no daba crédito a nada de esto. Elayne habría querido saber qué creer.

Dejó de darle vueltas a la cabeza sobre dónde estaría realmente su madre cuando oyó a Sheriam pronunciar su nombre. No dirigiéndose a ella, sino leyendo apresuradamente una hoja cuadrada de papel que se convirtió en un pergamino largo con tres sellos en la parte inferior. Elayne Trakand tenía que ser localizada y devuelta a la Torre Blanca costara lo que costase. Si había más chapucerías, quienes metieran la pata «envidiarían la suerte de la tal Macura». Aquello provocó un escalofrío a Elayne; de camino a Salidar, una mujer llamada Ronda Macura había estado en un tris de enviarlas a Nynaeve y a ella de vuelta a la Torre como quien manda bultos de ropa al lavandero. La casa regente de Andor, leyó Sheriam, era «la clave», cosa que no tenía sentido. ¿La clave de qué?

Ninguna de las tres Aes Sedai se dignó echar una ojeada en su dirección; se limitaron a intercambiar miradas y continuaron con lo que estaban haciendo. Quizá se habían olvidado de ella, aunque era igualmente probable que ocurriera justo lo contrario. Las Aes Sedai hacían siempre su santa voluntad. Si disponían protegerla de Elaida, sería decisión suya, y si resolvían por alguna otra razón entregarla a Elaida atada de pies y manos, también serían ellas quienes lo dispondrían. «El lucio no pide permiso a la rana antes de merendársela», recordó que solía decir Lini.

La reacción de Elaida a la amnistía de Rand era evidente por la condición en que estaba el informe. Elayne casi podía verla estrujando la hoja en su mano, empezando a desgarrarla y después alisándola fríamente y poniéndola en la caja junto a los otros papeles. Los estallidos de cólera de Elaida casi siempre eran fríos. No había escrito nada en ese documento, pero sí había garabateado palabras mordientes en otro, enumerando a las Aes Sedai de la Torre, dejando claro que estaba a punto de hacer público que cualquiera que no obedeciese su orden de regresar sería declarada traidora.

Sheriam y las otras dos discutieron la posibilidad con aire sosegado. Aunque hubiese hermanas que intentasen obedecer, algunas tendrían que hacer un largo viaje; otras puede que aún no hubiesen recibido la citación. En cualquier caso, un decreto así confirmaría al mundo todos los rumores de una Torre dividida. Elaida debía de estar al borde del pánico para plantearse semejante cosa o es que se había vuelto completamente loca.

Elayne sintió un escalofrío recorriéndole la espina dorsal, aunque no tenía que ver con que Elaida estuviese asustada o furiosa. Doscientas noventa y cuatro Aes Sedai en la Torre, apoyando a Elaida. Casi un tercio de todas las Aes Sedai, casi tantas como las que se habían agrupado en Salidar. Podría ser que lo mejor que cabría esperarse como resultado era que el resto también se dividiera en dos. De hecho, quizá no podía esperarse otra cosa. Tras la avalancha del principio, las llegadas a Salidar se habían reducido a un número casi inapreciable. Tal vez el flujo hacia la Torre también había menguado. Había que esperar que fuera así.

Durante un rato realizaron el registro en silencio, y después Beonin exclamó:

—Elaida ha enviado emisarias a Rand al'Thor.

Elayne se incorporó de un brinco y apenas pudo contener la lengua ante el gesto admonitorio de Siuan, echado a perder un tanto por su fracaso en hacer desaparecer antes el cordel del juego de las cunitas.

Sheriam alargó la mano hacia la hoja en cuestión, pero ésta se convirtió en tres antes de que sus dedos la tocaran.

—¿Adónde las ha enviado? —preguntó.

—¿Cuándo partieron de Tar Valon? —inquirió al mismo tiempo Myrelle.

Se notaba que las mujeres mantenían la serenidad con un arduo esfuerzo.

—A Cairhien —repuso Beonin—. Y no vi cuándo salieron, si es que se mencionaba. Pero sin duda se dirigirán a Caemlyn tan pronto como descubran que está allí.

Aun así, era una buena noticia; podrían tardar un mes o más en viajar desde Cairhien a Caemlyn. La delegación de Salidar llegaría antes, sin lugar a dudas. Elayne tenía un ajado mapa escondido debajo del colchón en Salidar, y cada día marcaba la distancia que consideraba que debían de haber recorrido hacia Caemlyn.

La hermana Gris no había terminado.

—Al parecer Elaida se propone ofrecerle su apoyo. Y una escolta a la Torre.

Sheriam enarcó mucho las cejas.

—Eso es descabellado. —La piel olivácea de las mejillas de Myrelle se oscureció—. Elaida era Roja.

Una Amyrlin pertenecía a todos los Ajahs y a ninguno, pero aun así nadie podía olvidar como si nada de dónde venía.

—Esa mujer sería capaz de cualquier cosa —intervino Sheriam—. Tal vez él encuentre atractivo el apoyo de la Torre Blanca.

—¿Y si enviamos un mensaje a Egwene a través de las Aiel? —sugirió Myrelle con tono incierto.

Siuan soltó una sonora y muy insinuante tosecilla, pero Elayne ya no pudo aguantar más. Advertir a Egwene era básico, por supuesto —la delegación de Elaida la llevaría a rastra a la Torre si la descubrían en Cairhien, y no para darle una agradable bienvenida—, ¡pero lo otro...!

—¿Cómo podéis pensar que Rand prestaría oídos a nada que dijera

Librodot

Elaida? ¿Creéis que no sabe que era del Ajah Rojo y lo que eso significa? No van a ofrecerle apoyo y lo sabéis bien. ¡Tenemos que advertirle! —Había en sus palabras una contradicción y era consciente de ello, pero la preocupación le hacía decir cosas sin pensar. Si le ocurría algo a Rand, ella moriría.

—¿Y cómo sugieres que hagamos eso nosotras, Aceptada? —inquirió fríamente Sheriam.

Elayne temía que debía de parecer un pez fuera del agua, boqueando sin emitir ningún sonido. No tenía ni idea de qué responder. La salvó momentáneamente un grito en la distancia, seguido por gritos inarticulados en la antesala. Era la que estaba más cerca de la puerta, pero aunque corrió las demás iban pisándole los talones.

La habitación estaba vacía salvo por el escritorio de la Guardiana, con sus ordenados montones de papeles y rollos de pergaminos y documentos, y una hilera de sillas pegadas contra una pared, donde las Aes Sedai solían sentarse mientras esperaban a ser recibidas por Elaida. Anaiya, Morvrin y Carlinya habían desaparecido, pero una de las altas hoja de la puerta todavía no había acabado de cerrarse. Los frenéticos gritos de una mujer penetraron por la estrecha rendija. Sheriam, Myrelle y Beonin casi derribaron a Elayne en su prisa por llegar al pasillo. Su aspecto sería vaporoso, pero sus empellones no tenían nada de etéreos.

—Tened cuidado —gritó Elayne, aunque realmente no podía hacer otra cosa que recogerse las faldas y seguirlas lo más rápido posible, junto a Siuan. Salieron a una escena de pesadilla. Literalmente.

A unos treinta pasos a su derecha, el corredor adornado con tapices se ensanchaba de manera repentina para desembocar en una caverna rocosa que parecía no tener fin y que estaba iluminada a trozos por el rojo resplandor de hogueras y braseros desperdigados. Había trollocs por todas partes, sus figuras semejantes a las de hombres muy grandes; sus rostros, en exceso humanos, estaban desfigurados por hocicos, jetas y picos bestiales, y lucían cuernos, colmillos y crestas plumosas. Los que estaban a lo lejos parecían más indistintos que los otros, sólo a medio formar, en tanto que los que se encontraban más próximos eran gigantes el doble de altos que un hombre, incluso más que cualquier trolloc real. Todos iban vestidos con cuero y cota de malla negra reforzada con pinchos, y aullaban y brincaban alrededor de lumbres y calderos, de potros de tortura y extraños armazones de pinchos.

En verdad era una pesadilla, aunque más grande que cualquiera de las que Elayne conocía por Egwene o las Sabias. Una vez liberadas de la mente que las creaba, estas visiones flotaban por el Mundo de los Sueños y a veces quedaban pegadas en un punto en particular. Las caminantes de sueños Aiel las destruían todas por norma cada vez que encontraban una, pero tanto ellas como Egwene les habían dicho que lo mejor era evitarlas del todo. Desdichadamente, por lo visto Carlinya no les había prestado atención a Nynaeve y a ella cuando les habían hecho esa advertencia.

La hermana Blanca estaba atada y colgada por los tobillos de una cadena que desaparecía en la oscuridad de las alturas. Elayne percibía aún el fulgor del *Saidar* alrededor de la Aes Sedai, pero Carlinya se retorcía frenéticamente y chillaba a medida que la descolgaban lentamente, cabeza abajo, hacia una inmensa y negra olla de aceite hirviendo.

En el momento en que Elayne salía al corredor, Anaiya y Morvrin se detuvieron al borde del punto donde el pasillo se transformaba

Librodot

repentinamente en caverna. Durante un instante permanecieron quietas allí y, de manera repentina, sus vaporosas figuras parecieron alargarse hacia la línea divisoria como humo aspirado por una chimenea. Tan pronto como tocaron el linde se encontraron dentro de la pesadilla: Morvrin gritaba mientras dos trollocs hacían girar grandes ruedas de hierro que la estiraban más y más, y Anaiya estaba colgada por las muñecas, con trollocs danzando a su alrededor y azotándola con látigos metálicos que desgarraban a tiras su vestido.

—Debemos coligarnos —dijo Sheriam, y el brillo que la envolvía se fundió con los que rodeaban a Myrelle y Beonin. Incluso así, ni siquiera se aproximaba al fulgor que emitía una sola mujer en el mundo de vigilia, una mujer que no fuera un sueño brumoso.

—¡No! —gritó con apremio Elayne—. No debéis aceptarlo como algo real. Tenéis que tomarlo como... —Agarró el brazo de Sheriam, pero el flujo de Fuego tejido por las tres mujeres, tenue aun estando coligadas, tocó la línea divisoria entre sueño y pesadilla. El flujo desapareció como si la pesadilla lo hubiese absorbido y, en el mismo instante, las figuras de las tres Aes Sedai se alargaron cual niebla atrapada por el viento. Sólo tuvieron tiempo de soltar un grito de sobresalto antes de tocar el borde y desaparecer.

Sheriam reapareció dentro, con la cabeza asomando por la parte superior de un objeto de oscuro metal con forma de campana. Los trollocs giraron manillas y tiraron de palancas que había en la parte exterior, y el rojo cabello de Sheriam se sacudió violentamente al tiempo que la Aes Sedai lanzaba aullidos cada vez más desgarradores. De las otras dos no había ni rastro, pero Elayne creyó oír más gritos en la distancia, alguien chillando «¡No!» una y otra vez en una lastimosa petición de socorro.

—¿Recuerdas lo que te contamos sobre disipar pesadillas? —inquirió Elayne.

Con los ojos prendidos en la escena que se desarrollaba ante ella, Siuan asintió.

—Negar su condición de realidad. Intentar imaginar cómo serían las cosas sin ella y aferrarse a esa idea —recitó la antigua Amyrlin.

Ése había sido el error de Sheriam; probablemente el de todas las Aes Sedai: intentar encauzar contra una pesadilla que habían aceptado como algo real, y esa aceptación las había atraído hacia su interior tan irremediablemente como si hubiesen entrado por su propio pie, dejándolas indefensas a menos que recordaran lo que habían olvidado. Cosa que no parecía probable que fuera a ocurrir. Sus desgarradores aullidos taladraban los oídos de Elayne.

—El pasillo —musitó en tanto que procuraba imaginar cómo era el corredor cuando lo había visto por última vez—. Piensa en él como lo recuerdas.

—Es lo que estoy intentando, muchacha —gruñó Siuan—. Pero no funciona.

Elayne suspiró. Siuan tenía razón. Ni una sola línea de la escena que había ante ellas acusó la menor ondulación. La cabeza de Sheriam casi vibraba por encima de la mortaja metálica que envolvía el resto de su cuerpo. Los aullidos de Morvrin llegaban en forzados jadeos; Elayne tuvo la impresión de que podía oír cómo las articulaciones de la mujer empezaban a descoyuntarse. El cabello de Carlinya, colgando bajo ella, estaba a punto de tocar la hirviente superficie del aceite. Con dos mujeres no bastaba; la pesadilla era demasiado grande.

Librodot

—Necesitamos a las otras —dijo.

—¿A Leane y Nynaeve? Muchacha, aunque supiéramos dónde encontrarlas, Sheriam y las otras estarían muertas antes de... —Dejó la frase en el aire y miró a Elayne—. No te refieres a ellas dos, ¿verdad? Hablas de Sheriam y... —Elayne se limitó a asentir con la cabeza; estaba demasiado asustada para hablar—. No creo que puedan vernos ni oírnos desde allí. Esos trollocs ni siquiera han mirado en nuestra dirección. Por lo tanto significa que tenemos que intentarlo desde dentro. —Elayne volvió a asentir—. Muchacha, tienes el coraje de una leona y quizá el poco seso de un pájaro bobo —dijo Siuan con voz inexpresiva. Soltó un sonoro suspiro y añadió—: Pero tampoco se me ocurre otro modo de hacerlo.

Elayne estaba de acuerdo en todo salvo en lo del coraje. Si no hubiese tenido las rodillas agarrotadas, a esas alturas se habría encontrado hecha un ovillo sobre las baldosas. Advirtió que tenía una espada en la mano, una enorme y brillante hoja de acero que era absolutamente inútil aun en el caso de que hubiese sabido cómo blandirla. La dejó caer, y el arma desapareció antes de tocar el suelo.

—Esperando no arreglamos nada —musitó. Si no actuaba enseguida el poco valor que le restaba se evaporaría a buen seguro.

Siuan y ella avanzaron juntas hacia la línea divisoria; uno de los pies de Elayne la tocó y, repentinamente, la joven se sintió arrastrada hacia adentro, absorbida como agua por una cañería.

Un momento antes se encontraba de pie en el pasillo, contemplando aquellos horrores, y al siguiente estaba tendida boca abajo sobre una tosca piedra gris, con las muñecas y los tobillos fuertemente atados de manera que se unían a la altura de la región lumbar, y los horrores la rodeaban por doquier. La caverna parecía extenderse ilimitadamente en todas direcciones, como si el pasillo de la Torre hubiese dejado de existir. Los gritos llenaban el aire y resonaban en las rocosas paredes y en un techo del que colgaban estalactitas. A unos pocos pasos de ella, sobre un fuego rugiente, había un gigantesco caldero negro del que salían nubes de vapor. Un trolloc con jeta de jabalí, colmillos incluidos, estaba echando en él trozos de lo que parecía un tipo indistinguible de raíces. Era una olla de cocinar. Los trollocs comían de todo, incluidas las personas. Imaginó sus manos y sus pies libres, pero la burda cuerda siguió ceñida a ellos, clavándosele en la carne. Hasta el débil brillo del *Saidar* había desaparecido, como si la Fuente Verdadera no existiera para ella allí. Una verdadera pesadilla, y estaba bien atrapada en ella.

La voz de Siuan se oyó entre los aullidos en un gemido doliente:

—¡Sheriam, escúchame! —Sólo la Luz sabía qué le estaba ocurriendo a ella; Elayne no veía a ninguna de las otras, sólo las oía—. ¡Esto es un sueño! ¡Aaaaaah! ¡Imagina cómo debería ser en realidad!

—¡Sheriam, Anaiya, todas vosotras, escuchadme! —la secundó Elayne—. ¡Tenéis que pensar en el corredor tal como era! ¡Como es de verdad! ¡Esto sólo es real mientras creáis que lo es! —Evocó mentalmente la imagen del pasillo y se aferró a ella, con sus baldosas de colores de todos los Ajahs en filas ordenadas, las doradas lámparas de pie, los bellos tapices. No se produjo ningún cambio. Los gritos seguían resonando—. ¡Tenéis que pensar en el corredor! ¡Mantened esa imagen fija en la mente y se hará real! ¡Podéis vencer esto si lo intentáis! —El trolloc la miró; ahora tenía un enorme cuchillo de hoja ancha en la mano—. ¡Sheriam, Anaiya, debéis concentraros! ¡Myrelle, Beonin, concentraos en la imagen del corredor! —El trolloc la giró

sobre el costado y la joven se retorció en un intento de apartarse de él, pero una enorme rodilla la mantuvo inmóvil sin el menor esfuerzo mientras que la criatura empezaba a cortarle el vestido como haría un cazador que desuella un ciervo. Elayne se aferró desesperadamente a la imagen del pasillo.

»¡Carlinya, Morvrin, por el amor de la Luz, concentraos! ¡Pensad en el corredor! ¡En el corredor! ¡Todas vosotras! ¡Pensad en él con todas vuestras fuerzas! —Gruñendo algo en el tosco lenguaje que ningún ser humano podría articular, el trolloc volvió a girarla boca abajo y le plantó las rodillas encima, aplastándole los brazos contra la espalda—. ¡El corredor! —gritó Elayne. El monstruo la aferró del cabello y tiró bruscamente de su cabeza hacia atrás—. ¡El corredor! ¡Pensad en el corredor! —El filo del cuchillo le rozó en el estirado cuello, debajo de la oreja izquierda—. ¡El corredor! ¡El corredor! —La hoja empezó a deslizarse.

De repente Elayne se encontró mirando las baldosas de colores que había debajo de su nariz. Se llevó las manos a la garganta, maravillada porque estuvieran libres para moverlas, y al notar humedad alzó los dedos para mirarlos. Era sangre, pero sólo un hilillo. Se estremeció de la cabeza a los pies. Si aquel trolloc hubiese cumplido su propósito de cortarle el cuello... La Curación no habría servido de nada. Estremecida por otro escalofrío se incorporó lentamente. Estaba en el pasillo de la Torre, cerca del estudio de la Amyrlin, y ni rastro de trollocs o cavernas.

Siuan se encontraba allí, llena de contusiones y con el vestido hecho jirones, y las Aes Sedai, unas borrosas formas de aspecto deplorable. Carlinya era la que estaba en mejores condiciones; se puso de pie, temblorosa y con los ojos desorbitados, mientras se tanteaba el cabello, que ahora terminaba en puntas chamuscadas a un palmo de su cuero cabelludo. Sheriam y Anaiya eran bultos de andrajos ensangrentados sacudidos por los sollozos. Myrelle estaba acurrucada, el semblante lívido, desnuda y llena de arañazos y verdugones rojizos. Morvrin gemía cada vez que se movía, cosa que hacía de manera antinatural, como si sus articulaciones no funcionaran como era debido. El vestido de Beonin estaba hecho jirones, como rasgado por garras; la mujer se encontraba de rodillas, jadeando, con los ojos más desorbitados que nunca, apoyándose en la pared para no desplomarse.

De pronto Elayne fue consciente de que su propio vestido y ropa interior le colgaban de los hombros, limpiamente cortados en dos por delante. Un cazador desollando un ciervo. La sacudió un escalofrío tan violento que estuvo a punto de caer. Recomponer las ropas era simple cuestión de pensarlo, pero no sabía cuánto tiempo tardaría en recobrarse de los recuerdos.

—Debemos regresar —dijo Morvrin, arrodillándose torpemente entre Sheriam y Anaiya. A despecho de sus torpes movimientos y sus gemidos hablaba con su habitual estilo impasible—. Hay que recurrir a la Curación, y ninguna de nosotras está en condiciones de hacerlo.

—Sí. —Carlinya volvió a tocarse el corto cabello—. Sí, será mejor que regresemos a Salidar. —Decididamente, su voz era un pobre reflejo de su frialdad habitual.

—Yo me quedaré un poco más, si no tenéis inconveniente —les dijo Siuan. O más bien lo sugirió con aquel tono humilde que tan mal encajaba con su personalidad. Su vestido estaba de nuevo intacto, pero las contusiones permanecían—. Podría descubrir algo más que fuera útil. Sólo tengo unos cuantos moretones y me los he hecho peores al caerme en una barca.

Librodot

—Por tu aspecto se diría que te han tirado una barca encima, pero la decisión es tuya —contestó Morvrin.

—Yo también me quedaré —intervino Elayne—. Puedo ayudar a Siuan, y no sufrí ninguna herida. —Era muy consciente del puntazo en su garganta cada vez que tragaba.

—No necesito ayuda —adujo Siuan.

—Esta noche has mantenido la calma muy bien, pequeña —dijo al mismo tiempo Morvrin con un timbre aun más firme—. No lo eches a perder ahora. Te vienes con nosotras.

Elayne asintió malhumorada. Discutir no la llevaría a ninguna parte, como no fuera a salir escaldada. Cualquiera habría dicho que la hermana Marrón era la maestra allí y ella la alumna. Probablemente pensaban que había caído de bruces en la pesadilla del mismo modo que ellas.

—Recordad que podéis salir del sueño directamente en vuestro propio cuerpo, que no es necesario volver antes a Salidar.

Imposible saber si la escucharon siquiera. Morvrin se había dado media vuelta en el momento en que la joven hubo asentido.

—Tranquila, Sheriam —susurró confortadoramente la fornida mujer—. Estaremos de vuelta en Salidar dentro unos instantes. Sosiégate, Anaiya. —Sheriam al menos había dejado de sollozar, aunque todavía gemía de dolor—. Carlinya, ¿querrás por favor ayudar a Myrelle? ¿Estás dispuesta, Beonin? ¿Beonin?

La hermana Gris alzó la cabeza y miró fijamente a Morvrin antes de asentir en silencio. Las seis Aes Sedai desaparecieron.

Tras echar una última ojeada a Siuan, Elayne hizo lo propio un instante después, pero no se dirigió a Salidar. Probablemente alguien iría a curarle el pinchazo del cuello, si se habían percatado de él, pero durante un rato estarían muy ocupadas con seis Aes Sedai que se despertarían con un aspecto como si las hubiesen metido a empujones entre la maquinaria de un monstruoso reloj. Elayne disponía de esos pocos minutos y un punto de destino en mente.

El salón del trono en el palacio de su madre en Caemlyn apareció a su alrededor con dificultad. Hubo una sensación de resistencia antes de conseguir encontrarse sobre el suelo de baldosas rojas y blancas, bajo el techo en arco y entre hileras de grandes columnas blancas. De nuevo la luz parecía venir de todas partes y de ninguna. Los grandes ventanales en lo alto, en cuyos cristales se representaba el León Blanco de Andor alternándose con las primeras soberanas del reino y escenas de grandes victorias andoreñas, apenas se distinguían en contraste con la noche en el exterior.

De inmediato vio la diferencia por la que le había resultado dificultoso aparecer allí: sobre el estrado que se alzaba al fondo del salón, donde tendría que haber estado el Trono del León, había en cambio un monstruoso sillón hecho con relucientes dragones dorados y esmaltes carmesíes, cuyos ojos eran piedras de sol. El trono de su madre no se había retirado de la cámara; estaba en una especie de pedestal, detrás y por encima del ostentoso solio.

Elayne caminó lentamente por el centro del salón y subió los blancos peldaños de mármol hacia el dorado trono de las reinas andoreñas. El León Blanco de Andor en lo alto del respaldo, creado con piedras de luna sobre un campo de rubíes, habría quedado por encima de la cabeza de su madre.

—¿Qué estás haciendo, Rand al'Thor? —musitó duramente—. ¿Qué demonios estás haciendo?

La asustaba terriblemente que Rand estuviese metiendo la pata sin tenerla a su lado para guiarlo entre los escollos. Cierto, había manejado muy bien a los tearianos y, aparentemente, a los cairhieninos, pero su pueblo era diferente, franco y sencillo, con un rechazo total a que lo manipularan e intimidaran. Lo que había funcionado en Tear o Cairhien aquí podía estallarle en la cara como los fuegos artificiales de un Iluminador.

Ojalá pudiera estar con él. Ojalá pudiera advertirle sobre la delegación de la Torre. Elaida debía de tener preparada alguna trampa oculta para que saltara cuando Rand menos lo esperase. ¿Sería lo bastante sagaz para advertirlo? Pensándolo bien, ignoraba qué instrucciones tenía la delegación de Salidar. A pesar de los esfuerzos de Siuan, la mayoría de las Aes Sedai de Salidar estaban indecisas respecto a Rand al'Thor; era el Dragón Renacido, el salvador de la humanidad profetizado, pero también era un hombre que podía encauzar, condenado a la locura, la muerte y la destrucción.

«Cuida de él, Min —pensó—. Llega pronto a su lado y protégelo.»

Sintió una punzada de celos porque Min estaría allí para hacer lo que querría hacer ella. Sí, puede que tuviese que compartirlo, pero tendría una parte de él para ella sola. Lo vincularía como su Guardián, costara lo que costase.

—Así se hará. —Alzó la mano hacia el Trono del León para prestar juramento como las reinas lo habían hecho desde que existía Andor. El pedestal era demasiado alto para alcanzar a tocarlo, pero la intención era lo que contaba—. Así se hará.

Se le estaba acabando el tiempo. En Salidar acudiría una Aes Sedai para despertarla y curarle el pequeño rasguño del cuello. Con un suspiro abandonó el sueño.

Demandred salió de detrás de las columnas del salón del trono y su mirada fue de donde estaban los dos solios hasta el lugar donde la muchacha había desaparecido. Elayne Trakand; a no ser que estuviera muy equivocado, y utilizando un *ter'angreal* de poca importancia a juzgar por su vaga apariencia, uno creado por estudiantes principiantes. Habría dado cualquier cosa por saber qué bullía en su cabeza, pero sus palabras y su expresión habían sido muy claras. A la chica no le gustaba ni pizca lo que Al'Thor estaba haciendo allí y se proponía tomar medidas al respecto. Sospechaba que era una joven resuelta. En cualquier caso, otro hilo en el enredo que tiraba, por flojo que resultara ese tirón.

—Que el Señor del Caos gobierne —dijo a los tronos, aunque se preguntó por qué tenía que ser así, y a continuación abrió un acceso para salir del *Tel'aran'rhiod.*

Librodot

CAPÍTULO 8

La tormenta se avecina

Nynaeve despertó al día siguiente con las primeras luces, de malhumor. Tenía la sensación de que se avecinaba mal tiempo, pero al echar una ojeada por la ventana comprobó que no había una sola nube en el cielo todavía gris; el día prometía ya ser otro horno. Tenía el camisón húmedo de sudor y retorcido de dar vueltas y más vueltas en la cama. En otro tiempo había sido capaz de Escuchar el Viento, pero desde que habían dejado Dos Ríos parecía que todas sus aptitudes se habían desvirtuado, cuando no la habían abandonado completamente.

El hecho de tener que esperar turno para utilizar el lavabo no ayudó a mejorar su humor, como tampoco escuchar la retahíla de Elayne sobre lo ocurrido después de que ella se hubo marchado del estudio de Elaida. Para ella la noche había sido una larga y fútil búsqueda por las calles de Tar Valon, desiertas a excepción de ella misma, palomas, ratas y montones de basura. Eso resultó una desagradable sorpresa. Tar Valon había estado siempre impoluta; Elaida debía de tener muy abandonada la ciudad para que apareciera tanta porquería en el *Tel'aran'rhiod.* En cierto momento había atisbado a Leane a través de la ventana de una taberna, cerca del Puerto del Sur, nada menos, pero cuando entró apresuradamente allí la sala común estaba vacía salvo por las mesas y los bancos recientemente pintados de azul. Tendría que haberse dado por vencida, pero Myrelle estaba acosándola últimamente, y quería tener la conciencia tranquila cuando le dijera que lo había intentado. Myrelle era capaz de pillarla a una en un renuncio con más rapidez que nadie. Y, para rematarlo, había salido del *Tel'aran'rhiod* para encontrarse con el anillo de Elayne ya en la mesita y a la joven profundamente dormida. Si hubiese habido un premio para el esfuerzo más inútil, ella habría salido ganadora. Y encima enterarse de que Sheriam y las demás habían estado a punto de ser asesinadas... Hasta el inocente verderón trinando en su jaula se ganó una mirada desabrida.

—Creen que lo saben todo —rezongó despectivamente—. Les hablé de las pesadillas. Se lo advertí, y anoche no fue la primera vez.

Daba igual que las seis hermanas hubiesen sido curadas antes incluso de que ella hubiese regresado del *Tel'aran'rhiod.* La cosa podría haber acabado mucho peor... porque pensaban que lo sabían todo. El brazalete del *a'dam* se le enganchaba de vez en cuando en el pelo, pero no estaba dispuesta a quitárselo. Ese día le tocaba a Elayne llevarlo, pero la muchacha probablemente lo olvidaría en una de las clavijas de la pared. El brazalete le transmitía preocupación y el inevitable miedo, pero sobre todo frustración. A buen seguro «Marigan» estaba ayudando ya a preparar el desayuno; tener que realizar quehaceres domésticos parecía exasperarla más que el estar cautiva.

—Fue una buena idea de tu parte, Elayne —añadió Nynaeve—. No me has dicho cómo saliste tú parada después de intentar advertir a las demás.

La otra joven, que seguía frotándose la cara, se estremeció.

—No fue difícil pensar en la solución —contestó—. Una pesadilla de ese tamaño requería que todas nos ocupáramos de ella. Quizás hayan aprendido un poco de humildad, y tal vez el encuentro con las Sabias esta noche no vaya tan mal como en anteriores ocasiones.

Nynaeve asintió para sus adentros. Justo lo que había pensado. No respecto a Sheriam y las otras —las Aes Sedai aprenderían a ser un poco más humildes cuando las cabras aprendieran a volar, aunque sí un día antes que las propias Sabias— sino sobre Elayne. Seguramente se había dejado atrapar en la pesadilla, aunque la muchacha jamás lo admitiría. Nynaeve no sabía con certeza si Elayne consideraba jactancioso admitir su gran coraje o realmente es que no se daba cuenta de lo valiente que era. En cualquier caso, Nynaeve se debatía entre la admiración por la bravura de la joven y el deseo de que Elayne lo admitiera aunque sólo fuera por una vez.

—Me pareció ver a Rand.

Aquella manifestación hizo que la otra mujer bajara el paño con el que se lavaba la cara.

—¿Estaba allí en carne y hueso? —Tal cosa era peligrosa según las Sabias; se corría el riesgo de perder parte de lo que hacía humana a una persona—. Ya le advertiste sobre eso.

—¿Y cuándo ha hecho caso de un consejo sensato? Sólo lo atisbé un momento. Quizá sólo tocó el *Tel'aran'rhiod* en un sueño —adujo Nynaeve, aunque lo dudaba mucho. Aparentemente Rand protegía sus sueños con salvaguardas tan fuertes que la antigua Zahorí dudaba que pudiera alcanzar el *Tel'aran'rhiod* de otro modo que no fuera físicamente, ni siquiera aunque fuera un caminante de sueños y además tuviera uno de los anillos—. A lo mejor era alguien que se parecía a él. Como he dicho, sólo lo vislumbré un instante, en la plaza que hay frente a la Torre.

—Tendría que estar allí con él —masculló Elayne. Vació la palangana en la bacinilla y se apartó para dejar sitio a Nynaeve—. Me necesita.

—Lo que necesita es lo mismo de siempre —replicó malhumorada la otra mujer mientras volvía a llenar la palangana con la jarra. Detestaba lavarse con agua que llevaba echada toda la noche. Al menos no estaba fría, aunque eso era algo que había pasado a la historia—. Que alguien le dé unos buenos sopapos una vez a la semana por norma, para mantenerlo en el buen camino.

—No es justo. —Las palabras de Elayne sonaron apagadas al estar metiéndose por la cabeza una camisola limpia—. Estoy preocupada por él todo el tiempo. —Su rostro asomó por el cuello de la prenda; a pesar de su tono, la expresión era más angustiada que indignada. Cogió uno de los vestidos blancos con el repulgo de colores de una de las clavijas—. ¡Hasta en sueños me preocupo por él! ¿Crees que él se pasa todo el tiempo preocupado por mí? Yo no.

Nynaeve asintió, aunque una parte de sí pensaba que no era lo mismo. A Rand le habían dicho que Elayne estaba a salvo con las Aes Sedai, aunque no dónde. No, la chica tenía razón. Estuviera haciendo lo que estuviera haciendo Lan, se encontrara donde se encontrara, dudaba mucho que pensara en ella ni la mitad de las veces que ella pensaba en él. «Luz, haz que siga vivo aunque no se acuerde siquiera de mí.» Seguramente eso habría bastado para que se arrancara de cuajo la trenza si no hubiese tenido las manos ocupadas con el jabón y el paño para lavarse.

—No puedes estar preocupada por un hombre todo el tiempo —repuso con acritud—, ni siquiera en el caso de que quieras ser una Verde. ¿Qué

Librodot

descubrieron anoche?

Fue un largo relato aunque con escasa importancia, y al cabo de unos minutos Nynaeve se sentó en la cama de Elayne para escuchar y hacer preguntas. Tampoco es que las respuestas le aclararan gran cosa. No era igual que si una misma veía los documentos. Estaba muy bien saber que Elaida se había enterado finalmente de la amnistía de Rand, pero ¿qué pensaba hacer al respecto? La constatación de que la Torre estaba poniéndose en contacto con los dirigentes podía ser una buena noticia; quizás eso azuzaría a la Antecámara. Algo tendría que hacerlo. El que Elaida hubiese enviado una delegación a Rand era ciertamente preocupante, pero el chico no podía ser tan necio como para hacer caso a nadie que fuera de parte de Elaida. ¿O sí? El problema es que Elayne no había oído suficiente para sacar conclusiones claras. ¿Y qué demonios hacía Rand colocando el Trono del León sobre un pedestal? Lo que es más: ¿qué demonios hacía él con un trono? Sería el Dragón Renacido, el *Car...* lo que fuese de los Aiel, pero Nynaeve no podía olvidar que había cuidado del muchacho cuando era un niño y que le había azotado el trasero cuando se lo había merecido.

Elayne siguió vistiéndose y acabó antes de que terminara con su relato.

—Te contaré el resto después —dijo apresuradamente, y salió disparada por la puerta.

Nynaeve gruñó y siguió aseándose y vistiéndose sin prisa. Ese día Elayne daba su primera clase a unas novicias, algo que a Nynaeve aún no le habían permitido. Empero, si no se confiaba en ella para enseñarle a las novicias, todavía le quedaba Moghedien. Dentro de poco la Renegada habría terminado sus quehaceres domésticos.

Sólo que, cuando Nynaeve encontró a la mujer, Moghedien tenía los brazos metidos hasta los codos en agua jabonosa; el collar de plata del *a'dam* resultaba especialmente chocante. No estaba sola; otra docena de mujeres se afanaba restregando ropas sobre tablas de lavar en un patio rodeado por una valla de madera, en medio de ollas llenas de agua caliente. Algunas estaban tendiendo la primera colada en cuerdas extendidas entre postes, pero montones de sábanas, ropa interior y todo tipo de prendas esperaban su turno en las pilas. La mirada que Moghedien asestó a Nynaeve habría bastado para levantarle ampollas en la piel. Odio, vergüenza e indignación se transmitieron a través del *a'dam* en oleadas que casi ahogaron el sempiterno miedo.

La que estaba a cargo, una mujer canosa y delgada como una vara llamada Nildra, se acercó a paso vivo sosteniendo una paleta de agitar como un cetro y con la oscura falda de lana recogida en la cintura para que no rozara el suelo embarrado por el agua derramada.

—Buenos días, Aceptada. Imagino que venís en busca de Marigan, ¿no? —Su timbre de voz era una seca mezcla de respeto y advertencia de que al día siguiente podía encontrar a cualquier Aceptada incorporada a su lavadero para un día o un mes, con el encargo de hacerla trabajar y meterle prisa con tanta o más dureza que al resto—. Bueno, todavía no puedo dejarla ir. Me faltan manos tal y como están las cosas. Una de mis chicas se casa hoy, otra se escapó y dos realizan trabajos más llevaderos porque están embarazadas. Myrelle Sedai me dijo que podía traérmela. Quizá pueda prescindir de ella en unas pocas horas. Ya veremos.

Moghedien se irguió y abrió la boca, pero Nynaeve la hizo callar con una mirada firme —y tocando de manera evidente el brazalete del *a'dam* que llevaba en la muñeca—, y la mujer reanudó la faena. Sólo sería preciso que

Librodot

Moghedien dijera algo indebido, una queja que jamás plantearía la granjera que parecía ser, para que se encontrara en el camino de la neutralización y del verdugo, y para ponerlas a Elayne y a ella en otro no mucho mejor. Nynaeve tragó saliva con alivio sin poder evitarlo cuando la Renegada se volvió de nuevo a la tabla de lavar, moviendo la boca como si mascullara entre dientes. Una intensa vergüenza y una tremenda ira brotaron impetuosamente a través del *a'dam.*

Nynaeve se las ingenió para sonreír a Nildra y musitar algo, no supo bien qué, y luego se encaminó hacia una de las cocinas comunes para desayunar. Otra vez Myrelle. Se preguntaba si la Verde la habría tomado con ella por alguna razón en especial. También se preguntó si acabaría sufriendo un ardor de estómago crónico por conservar a Moghedien. Se pasaba prácticamente el día tomando menta de ánade como si fuera una golosina desde que le había puesto el *a'dam* a esa mujer.

No tardó en conseguir una taza de barro llena de té con miel y un bollo recién sacado del horno, pero una vez que los tuvo siguió caminando mientras comía. El sudor le perlaba la cara. A pesar de la temprana hora el calor era intenso y el aire estaba seco. El sol saliente formaba una cúpula de oro fundido por encima del bosque.

Las calles de tierra estaban muy concurridas, como era habitual cuando había luz. Las Aes Sedai iban de aquí para allí con aire sereno, haciendo caso omiso del polvo y el calor, rostros misteriosos ocupados en tareas misteriosas, a menudo acompañadas por Guardianes que les pisaban los talones, lobos de ojos fríos que fingían en vano estar domesticados. Había soldados por todas partes, casi siempre marchando o cabalgando en pelotones, aunque Nynaeve no entendía por qué les permitían ocupar así las calles teniendo como tenían campamentos en la fronda. Los chiquillos corrían de un lado para otro imitando a los soldados con palos a guisa de espadas y picas. Novicias vestidas de blanco que se dirigían a sus quehaceres se movían apresuradamente entre la muchedumbre. Los sirvientes se movían con más calma: mujeres que cargaban en los brazos montones de sábanas para las camas de las Aes Sedai o cestos con pan de las cocinas; hombres que conducían carretas de bueyes llenas de leña, llevaban arcones o cargaban al hombro ovejas sacrificadas para las cocinas. Salidar no se había construido para tanta gente; el pueblo estaba a punto de reventar.

Nynaeve siguió caminando. Se suponía que una Aceptada podía disponer de la mayor parte del día —a no ser que estuviera dando clases a novicias— para dedicarse a los estudios que prefiriera, ya fuera sola o con Aes Sedai, pero a una Aceptada aparentemente desocupada podía darle trabajo cualquier Aes Sedai, y ella no tenía intención de pasarse el día ayudando a una hermana Marrón a catalogar libros o garabateando notas para una Gris. Detestaba hacer escritos, con todo ese chasquear de lengua si dejaba caer una gota de tinta o todos esos suspiros porque su caligrafía no era tan clara como la de un escribiente. Así que se abrió camino entre el polvo y la gente, ojo avizor a Siuan o Leane. Estaba lo bastante furiosa para encauzar sin necesitar a Moghedien.

Cada vez que era consciente del pesado anillo de oro que reposaba entre sus senos, pensaba: «Tiene que estar vivo. Aunque me haya olvidado. Oh, Luz, me conformo con que siga vivo.» Esto último, por supuesto, sólo conseguía ponerla más furiosa. Si a al'Lan Mandragoran se le había pasado siquiera por la cabeza olvidarla, iba a ponerlo en su sitio. Tenía que estar

Librodot

vivo. A veces los Guardianes morían vengando a sus Aes Sedai —tan seguro como que el sol salía cada mañana que ningún Guardián permitiría que nada se interpusiera en esa satisfacción— pero Lan tenía tan pocas posibilidades de vengar a Moraine como si se hubiera caído del caballo y se hubiese roto el cuello. Ella y Lanfear se habían matado entre sí. Tenía que estar vivo. ¿Y por qué tenía que sentirse culpable ella de la muerte de Moraine? Con ello Lan había quedado libre, cierto, pero no tenía nada que ver. Con todo, su primera reacción, aunque breve, cuando supo la muerte de Moraine fue de alegría porque Lan estaba libre, no de pena por la suerte de la Aes Sedai. No pudo desechar la sensación de vergüenza por ello y, en consecuencia, su enfado se acentuó más.

De repente vio a Myrelle venir calle abajo en su dirección, acompañada por el rubio Croi Makin, uno de sus tres Guardianes, un joven esbelto pero duro como una roca. Exhibiendo un gesto resuelto, la Aes Sedai no traslucía ciertamente ninguna secuela de la noche anterior. Imposible saber si Myrelle la había visto, pero por si acaso Nynaeve se metió rápidamente en un gran edificio de piedra que en tiempos había sido una de las tres posadas de Salidar.

La amplia sala común había sido despejada y amueblada como una sala de recibimiento; se les había echado unos parches a las paredes de yeso y al alto techo, se habían colgado varios tapices de tonos vivos y unas cuantas alfombras multicolores aparecían repartidas por un suelo de madera, que ya no parecía astillado pero que necesitaba muchas manos de cera. El interior en penumbra daba la impresión de frescura en contraste con la calle. Al menos, estaba un poco más fresco. Y también ocupado.

Logain estaba plantado con aire insolente delante de una de las grandes chimeneas apagadas, los faldones de la casaca roja bordada en oro recogidos hacia atrás con los brazos, bajo la atenta mirada de Lelaine Akashi; el hecho de que llevara puesto su chal de flecos azules denotaba lo ceremonioso de la ocasión. Esta mujer esbelta, de aire solemne que a veces se rompía con una cálida sonrisa, era una de las tres hermanas Azules en la Antecámara de la Torre de Salidar. Ese día era más evidente su mirada penetrante mientras estudiaba a quienes escuchaban el testimonio de Logain.

Eran dos hombres y una mujer, resplandecientes en sus ropas de seda bordada y joyas de oro, los tres con hebras canosas en el cabello; uno de los varones era casi calvo y lucía una barba cuadrada y un largo bigote para compensar esa carencia. Poderosos nobles altaraneses habían llegado el día anterior con fuertes escoltas y tanta desconfianza entre ellos como hacia las Aes Sedai que estaban reuniendo un ejército en territorio de Altara. Los altaraneses eran leales a un lord o una lady o una ciudad, y poco o nada para una nación llamada Altara; la mayoría de los nobles no pagaban impuestos ni hacían caso a lo que decía la reina en Ebou Dar, pero sí les interesaba un ejército en su territorio. Sólo la Luz sabía qué efecto causaban en ellos los rumores sobre los seguidores del Dragón. De momento, sin embargo, se habían olvidado de mirarse entre sí altaneramente o con aire desafiante a Lelaine. Sus ojos estaban prendidos en Logain del mismo modo que lo habrían hecho con una gigantesca serpiente venenosa.

Para completar el lote, el Guardián de piel cobriza, Burin Shaeren, que parecía tallado de un tocón arrancado de la tierra, observaba con actitud de alerta tanto a Logain como a los visitantes, listo para actuar repentina y violentamente en un abrir y cerrar de ojos. El Guardián de Lelaine se encontraba allí para vigilar a Logain sólo en parte —al fin y al cabo se

suponía que Logain estaba en Salidar por voluntad propia— y principalmente para protegerlo de los visitantes y de una cuchillada en el corazón.

Por su parte, Logain daba la impresión de haberse crecido bajo aquellas intensas miradas. Era un hombre alto, cabello oscuro y rizado que le llegaba a los anchos hombros, moreno y apuesto aunque de rasgos un tanto duros, y su porte era tan orgulloso y seguro de sí mismo como el de un águila. Empero, era la promesa de venganza lo que ponía aquel brillo en sus ojos. Si no tenía posibilidad de hacer pagar a todas las personas que deseaba, al menos sí a algunas.

—Seis hermanas Rojas me encontraron en Cosamelle aproximadamente un año antes de que me autoproclamara —estaba diciendo cuando entró Nynaeve—. Javindhra, se llamaba la que estaba al mando, aunque una llamada Barasine también ejercía mucha influencia. Y les oí mencionar a Elaida, como si supiera lo que se traían entre manos. Me encontraron dormido y creí que todo había acabado cuando me aislaron con un escudo.

—Aes Sedai —interrumpió con tono desabrido la mujer que estaba escuchando. Era fornida y de mirada dura, con una fina cicatriz cruzándole la mejilla, algo que a Nynaeve le pareció incongruente en una mujer. Las altaranesas tenían fama de feroces, desde luego, aunque seguramente se exageraba—. Aes Sedai, ¿cómo es posible que sea verdad lo que afirma?

—No lo sé, lady Sarena —repuso sosegadamente Lelaine—, pero me fue confirmado por alguien que no puede mentir. Dice la verdad.

El semblante de Sarena no cambió, pero apretó los puños a la espalda. Uno de sus compañeros, el hombre alto de rostro afilado, con más canas que pelo negro, tenía metidos los pulgares bajo el cinto de la espada intentando dar una imagen despreocupada, pero sus nudillos estaban blancos de tanto apretar las manos.

—Como iba diciendo —continuó Logain, que esbozó una leve sonrisa—, me encontraron y me dieron a elegir entre la muerte en ese mismo instante o aceptar lo que me ofrecían. Una rara elección que no era ni mucho menos lo que yo esperaba, pero que tampoco tuve que considerar demasiado. No es que admitieran claramente que habían hecho lo mismo con anterioridad, pero se notaba práctica en su forma de actuar. No me dieron razones, pero ahora parecen obvias al mirar atrás. Reducir a un hombre que encauza no reportaba mucha gloria; en cambio, derribar a un falso Dragón…

Nynaeve frunció el entrecejo. Con qué tranquilidad lo contaba, como un hombre charlando sobre la cacería del día, y sin embargo era de su propia caída de la que estaba hablando y cada palabra era un clavo más que cerraba el ataúd de Elaida. Tal vez el ataúd del Ajah Rojo al completo. Si las Rojas habían empujado a Logain a proclamarse el Dragón Renacido, ¿no habrían hecho otro tanto con Gorin Rogad o Mazrim Taim? Quizá con todos los falsos Dragones a lo largo de la historia. Era casi como si viera las ideas dando vueltas en las mentes de los altaraneses cual engranajes de un molino, lentamente al principio y después más y más deprisa.

—Durante todo un año me ayudaron a eludir a otras Aes Sedai —prosiguió Logain—, enviándome mensajes cuando había alguna cerca, aunque por entonces no había muchas. Después de autoproclamarme el Dragón Renacido y empezar a reunir seguidores, me enviaban aviso de dónde estaba el ejército del rey y el número de soldados que había. ¿De qué otro modo pensáis que podía saber siempre dónde y cuándo atacar?

Odiaba a las Aes Sedai. De eso estaba convencida Nynaeve merced a las

Librodot

contadas ocasiones en que había tenido oportunidad de examinarlo. Aunque no lo había hecho desde la partida de Min y tampoco había descubierto nada cuando lo hizo. Hubo un tiempo en que había creído que estudiarlo a él sería como enfocar el problema desde un ángulo diferente —la diferencia entre hombres y mujeres no se hacía tan patente en nada como al utilizar el Poder—, pero fue peor que asomarse a un agujero negro; allí no había nada, ni siquiera agujero. En suma, que resultaba inquietante estar cerca de Logain. El hombre había observado cada uno de sus movimientos con una ardiente intensidad que la hacía temblar, aun sabiendo que podía inmovilizarlo con el Poder no bien levantara un dedo de manera sospechosa. No era la clase de fervor ardiente con que los ojos masculinos se clavan en una mujer, sino un puro desprecio que en ningún momento se reflejaba en su semblante y que lo hacía todo más horrible. Las Aes Sedai lo habían privado del contacto con el Poder para siempre, lo habían amansado; Nynaeve podía imaginar lo que ella sentiría si alguien le hiciese lo mismo a ella. Sin embargo, no podía vengarse por ello de todas las Aes Sedai. Lo que sí estaba en su mano era destruir al Ajah Rojo, y llevaba buen camino de conseguirlo.

Ésta era la primera vez que habían acudido tres juntos, pero cada semana, más o menos, acudía algún lord o lady para oír su historia desde Altara —y en ocasiones incluso desde Murandy— para oír su historia, y todos ellos se marchaban apabullados tras escuchar lo que Logain les contaba. No era de extrañar; la única noticia que habría causado más conmoción habría sido que las Aes Sedai admitieran que el Ajah Negro existía realmente. En fin, no pensaban hacerlo ni mucho menos; no querían publicidad, y por eso mismo mantenían la información de Logain lo más restringida posible. Puede que fuera el Ajah Rojo el que hubiese hecho tal cosa, pero al fin y al cabo eran Aes Sedai, y había mucha gente que no distinguía entre un Ajah y otro. Total, que sólo se traía a unos pocos a oír la historia de Logain, aunque cada uno de los visitantes era elegido cuidadosamente basándose en el poder de la casa que dirigía. Casas que ahora prestarían su apoyo a las Aes Sedai de Salidar, aunque no siempre abiertamente, pero que, en el peor de los casos, rehusarían respaldar a Elaida.

—Javindhra me avisaba cuando venían más Aes Sedai —continuó Logain—, las que me perseguían, y me indicaba dónde estarían, para que así cayera sobre ellas cuando estuvieran desprevenidas.

Los serenos e intemporales rasgos de Lelaine se endurecieron un instante, y la mano de Burin fue hacia la empuñadura de la espada. Habían muerto hermanas antes de que Logain fuera capturado. Éste no pareció advertir sus reacciones.

—El Ajah Rojo nunca me engañó hasta que me traicionó al final —concluyó.

El hombre barbudo miraba a Logain con tanta dureza que saltaba a la vista que era un gesto forzado.

—¿Qué hay de sus seguidores, Aes Sedai? —inquirió—. Tal vez estuviese a buen recaudo en la Torre, pero fue capturado muchas leguas más cerca de donde estamos ahora.

—No todos acabaron muertos o capturados —abundó acto seguido el lord de rostro enjuto—. La mayoría escapó, desapareció. Conozco la historia, Aes Sedai. Los seguidores de Raolin Perdición del Oscuro osaron atacar la propia Torre Blanca cuando fue apresado, y también los de Guaire

Amalasan. El avance del ejército de Logain a través de nuestras tierras está aún muy fresco en nuestra memoria para que no nos importe que se repita y marchen de nuevo a fin de rescatarlo.

—No tenéis que temer por eso. —Lelaine miró a Logain y esbozó una fugaz sonrisa, como haría una mujer con un perro fiero que lo sabe sometido a su correa—. Ya no aspira a la gloria, sólo a ofrecer una pequeña compensación por lo que hizo. Además de lo cual, dudo que muchos de sus antiguos partidarios acudieran aunque los llamara, después de haber sido conducido a la Torre en una jaula y amansado.

La suave risa de la Aes Sedai fue coreada por los altaraneses, pero sólo unos breves instantes, y sin apenas ganas. El semblante de Logain era una máscara de hierro.

De repente, Lelaine reparó en la presencia de Nynaeve en el umbral de la puerta y sus cejas se enarcaron. Había intercambiado unas cuantas palabras agradables con la joven en más de una ocasión y había alabado los supuestos descubrimientos de Elayne y suyos, pero era tan diligente como cualquier otra Aes Sedai a la hora de hacer una llamada de atención a una Aceptada que diera un paso en falso.

Nynaeve hizo una reverencia al tiempo que gesticulaba con la taza de barro, ya vacía de té.

—Os pido disculpas, Lelaine Sedai. Tengo que llevar esto de vuelta a las cocinas. —Salió disparada al bochorno de la calle antes de que la Aes Sedai tuviera ocasión de pronunciar una palabra.

Por fortuna a Myrelle no se la veía por ninguna parte ahora. Nynaeve no estaba de humor para aguantar otro rapapolvo sobre actuar con responsabilidad o contener el mal genio o cualquier otra de la docena de estupideces por el estilo. Siguiendo la racha de suerte, vio a Siuan en medio de la calle a menos de treinta metros de distancia, frente a Gareth Bryne, con la muchedumbre rodeándolos. Como Myrelle, Siuan no mostraba señales del vapuleo descrito por Elayne; quizá sentirían más respeto por el *Tel'aran'rhiod* si no se limitaran a salir de él y que les curaran las secuelas de sus meteduras de pata. Nynaeve se acercó más.

—¿Qué demonios os pasa, mujer? —gruñó Bryne a Siuan. Su cabeza canosa se inclinó hacia el rostro aparentemente joven de ella; plantado con los pies bien separados y puesto en jarras ofrecía la apariencia de un peñasco. Hacía tan poco caso del sudor que le resbalaba por la cara que habríase dicho que no era él quien transpiraba—. Os hago un cumplido por lo suaves que han quedado mis camisas e intentáis partirme la cara. Y dije que parecíais estar alegre, lo que a mi modo de ver no es la declaración de una guerra. Era un cumplido, mujer, aunque no estuviera acompañado por flores.

—¿Cumplido? —replicó Siuan también con un gruñido, y los azules ojos le asestaron una mirada abrasadora—. ¡No quiero vuestros cumplidos! Lo que ocurre es que os complace que tenga que plancharos las camisas. Como hombre sois más poca cosa de lo que nunca imaginé, Gareth Bryne. ¿Acaso esperáis que vaya tras de vos como una de esas que siguen al ejército en su marcha, aguardando que os dignéis ofrecerme más de vuestros «cumplidos»? ¡Y no os dirijáis a mí con ese término, «mujer»! Suena como «¡Ven aquí, chucho!».

Una vena empezó a palpitar en la sien de Bryne.

—Lo que me complace es que cumpláis lo prometido, «Siuan». Y, si el ejército emprende alguna vez la marcha, confío en que sigáis haciendo honor

Librodot

a la palabra dada. Jamás os exigí que prestaseis ese juramento; lo hicisteis por decisión propia, para intentar escabulliros de la responsabilidad de lo que hicisteis. Jamás pensasteis que se os exigiría cumplirlo, ¿no es cierto? Y, hablando de la marcha del ejército, ¿qué habéis averiguado mientras os arrastráis ante las Aes Sedai y les besáis los pies?

En un abrir y cerrar de ojos, Siuan pasó de la más ardiente ira a una gélida calma.

—Eso no es parte de mi juramento. —Cualquiera habría pensado que era una joven Aes Sedai viéndola allí plantada, con la espalda muy recta en una actitud fría y arrogante y aire de desafío; una Aes Sedai que no había trabajado con el Poder durante el tiempo suficiente para adquirir un aspecto intemporal—. No espiaré para vos. Servís a la Antecámara de la Torre, Gareth Bryne, bajo juramento. Vuestro ejército marchará cuando lo decida la Antecámara. Atended sus palabras y obedeced sus órdenes.

El cambio experimentado por Bryne fue tan relampagueante como el de la mujer.

—Seríais un enemigo digno con el que cruzar las espadas. —Soltó una queda risa, con admiración—. Pero seríais una mejor... —Con igual rapidez su risa dio paso de nuevo al gesto ceñudo—. Conque la Asamblea, ¿no? ¡Bah! Decidle a Sheriam que haría bien dejando de evitarme. Decidle que un mastín metido en una jaula podría haberse convertido en un cordero cuando aparezca el lobo. No he agrupado a estos hombres para que los vendan en el mercado. —Tras saludar con un seco cabeceo, echó a andar entre la multitud. Siuan lo siguió con la mirada, fruncido el entrecejo.

—¿A qué venía todo eso? —preguntó Nynaeve, y Siuan dio un respingo de sobresalto.

—Nada que sea de tu incumbencia —espetó mientras se alisaba el vestido.

Cualquiera habría dicho que Nynaeve la había sobresaltado a propósito. Esta mujer siempre se tomaba todo como algo personal.

—Dejémoslo estar —repuso la joven fríamente. No estaba dispuesta a dejarse llevar por otros derroteros que la apartaran de lo que se proponía—. Lo que no pienso dejar a un lado es estudiarte. —Iba a hacer algo útil ese día aunque le costara la vida. Siuan abrió la boca a la par que miraba en derredor—. No, no puedo disponer de Marigan en este momento, y tampoco la necesito. Has dejado que me acerque a ti dos veces, ¡dos!, desde que descubrí un indicio de que había algo en ti susceptible de curar. Estoy dispuesta a examinarte hoy, y si no lo logro le diré a Sheriam que has desobedecido sus órdenes al no ponerte a mi disposición. ¡Juro que lo haré!

Por un momento creyó que la otra mujer iba a desafiarla a que se atreviera a hacerlo, pero al final Siuan accedió a regañadientes.

—De acuerdo, esta tarde. Estoy ocupada toda la mañana. A no ser que consideres que lo tuyo es más importante que ayudar a tu amigo de Dos Ríos.

Nynaeve se acercó más a ella. En la calle nadie les prestaba más atención que alguna ojeada por encima al pasar, pero aun así bajó la voz:

—¿Cuáles son sus planes respecto a él? Siempre dices lo mismo, que todavía no han decidido qué hacer, pero tienen que haber llegado a alguna conclusión a estas alturas. —Si era así, Siuan debía saberlo, tanto si se suponía que podía como si no.

Leane apareció inesperadamente y fue como si Nynaeve no hubiese hablado. Siuan y Leane intercambiaron una mirada iracunda, tiesa la

Librodot

espalda, erizadas como dos gatos desconocidos dentro de un cuarto pequeño.

—¿Y bien? —masculló Siuan, prietas las mandíbulas.

Leane aspiró sonoramente y sus bucles se mecieron al sacudir la mujer la cabeza. Una mueca burlona curvaba sus labios, pero sus palabras no eran acordes con su expresión ni su tono:

—Intenté persuadirlas —barbotó, aunque sin alzar la voz—. Pero por lo visto no te escucharon lo bastante para tomarlo siquiera en consideración. No estarás en la reunión con las Sabias de esta noche.

—¡Peces destripados! —maldijo Siuan y, girando sobre sus talones, echó a andar aunque no más rápido que Leane en dirección opuesta.

Nynaeve casi levantó las manos con frustración. Mira que hablar como si ella no estuviera, como si no supiera exactamente a qué se referían. Haciendo caso omiso de ella. ¡Más le valía a Siuan aparecer esa tarde como había prometido o Nynaeve hallaría el modo de retorcerla y ponerla a secar como una sábana! Dio un brinco de sobresalto cuando la voz de una mujer habló a su espalda:

—A esas dos habría que mandarlas ante Tiana para que les diera un buen escarmiento. —Lelaine se detuvo junto a Nynaeve y miró primero hacia Siuan y después hacia Leane. ¡Qué mala costumbre de acercarse a hurtadillas a la gente y darles un susto! No se veía a Logain, Burin o nobles altaraneses por ninguna parte. La hermana Azul se ajustó el chal—. Ya no son lo que eran, por supuesto, pero lo menos que podía esperarse de ellas es que guardasen un poco la compostura. No estaría bien que acabaran tirándose del pelo en plena calle.

—A veces hay gente que se le atraviesa a uno, simplemente —manifestó Nynaeve. Había muchas que lo tenían por costumbre; una costumbre que ella había intentado quitarles.

—No cuando afecta la dignidad de las Aes Sedai, pequeña —discrepó Lelaine—. Las mujeres que sirven a las Aes Sedai deberían mostrar más comedimiento en público por muy necias que sean en privado. —Nada que objetar a eso, ciertamente; al menos, sin correr algún riesgo—. ¿Por qué entraste hace un momento, cuando estaba enseñando a Logain?

—Creí que la sala estaba vacía, Aes Sedai —repuso Nynaeve sin tardanza—. Lo lamento. Espero no haberos causado molestias.

No podía confesar que se estaba escondiendo de Myrelle. No hubo respuesta, pero la esbelta Azul la miró fijamente a los ojos un momento.

—¿Qué crees que hará Rand al'Thor, pequeña?

Nynaeve parpadeó, desconcertada.

—Aes Sedai, no lo he visto desde hace medio año. Lo único que sé es lo que he oído aquí. ¿Acaso la Asamblea...?

Clavando una mirada escrutadora en Nynaeve, Lelaine frunció los labios. Aquellos oscuros ojos, que parecían ver dentro del cerebro de una, resultaban muy inquietantes.

—Qué increíble coincidencia el que seas del mismo pueblo que el Dragón Renacido. Igual que la otra chica, Egwene al'Vere. Había grandes expectativas con ella cuando entró de novicia. ¿Tienes idea de dónde está ahora? —No esperó a que Nynaeve respondiera—. Y los otros dos jóvenes, Perrin Aybara y Mat Cauthon. Los dos *ta'veren* también, según tengo entendido. Extraordinario, ya lo creo. Y estás tú, con tus grandes descubrimientos a pesar de tus limitaciones. Dondequiera que se encuentre Egwene, ¿se aventura también allí donde ninguna de nosotras ha llegado?

Librodot

Todos vosotros habéis sido el tema de muchas conversaciones entre las hermanas, como podrás imaginar.

—Confío en que se dijeran cosas buenas —comentó lentamente la joven.

Se habían planteado muchas preguntas respecto a Rand desde su llegada a Salidar, sobre todo desde que la delegación había partido hacia Caemlyn —algunas Aes Sedai parecían no tener otro tema de conversación cuando hablaban con ella— pero esto parecía diferente. Ése era el problema de conversar con Aes Sedai: la mitad del tiempo uno no estaba seguro de lo que querían decir realmente o qué se proponían.

—¿Todavía albergas esperanzas de curar a Siuan y a Leane, pequeña? —Asintiendo con un cabeceo como si Nynaeve hubiese contestado, Lelaine suspiró—. A veces creo que Myrelle tiene razón. Te consentimos demasiado. Por importantes que fueran tus descubrimientos, quizá deberíamos ponerte a cargo de Theodrin hasta que tu bloqueo para encauzar quedase roto. Considerando lo que has hecho en los últimos dos meses, imagina de lo que serías capaz entonces. —Nynaeve se aferró la trenza inconscientemente e intentó meter baza, articular una protesta cuidadosamente formulada, pero Lelaine pasó por alto su intento—. No quieras hacerles un favor a Siuan y a Leane, pequeña. Deja que olviden quiénes y qué eran y que se conformen con lo que son ahora. Por el modo en que se comportan, lo único que les impide olvidarlo por completo eres tú y tus absurdos intentos de curar lo que no tiene curación. Ya no son Aes Sedai. ¿Por qué hacerles alentar falsas esperanzas?

Había un dejo de compasión en su voz y también un atisbo de desdén. Al fin y al cabo, quienes no pertenecían a la hermandad Aes Sedai eran inferiores, y la artimaña de Siuan y Leane las había colocado definitivamente entre estas últimas. Aparte, por supuesto, de que no pocos en Salidar culpaban de los problemas en la Torre a Siuan, a sus maquinaciones mientras era Amyrlin. Seguramente creían que merecía todo lo que le había ocurrido y más.

Empero, lo que se les había hecho lo complicaba todo. Neutralizar a una mujer era infrecuente. Antes de Siuan y Leane ninguna mujer había sido procesada y neutralizada desde hacía ciento cuarenta años, y ninguna se había consumido desde hacía por lo menos doce. Una mujer neutralizada, por lo general trataba de alejarse todo lo posible de las Aes Sedai. A buen seguro que, si Lelaine hubiese sido neutralizada, habría querido olvidar que había sido Aes Sedai, si hubiera podido. E indudablemente también le gustaría olvidar que Siuan y Leane lo habían sido, que les había sido arrebatado todo. Si fuera posible verlas como dos mujeres corrientes que nunca habían sido capaces de encauzar, que jamás habían pertenecido a la hermandad, muchísimas Aes Sedai se sentirían mucho menos incómodas.

—Sheriam Sedai me ha dado permiso para intentarlo —adujo Nynaeve hablando con tanta firmeza como se atrevió con una hermana. Lelaine le sostuvo la mirada hasta que la joven bajó los ojos. Se le pusieron los nudillos blancos de tanto apretar la trenza antes de obligarse a soltarla, pero mantuvo el gesto suave. Tratar de sostener la mirada a una Aes Sedai era una solemne estupidez siendo sólo Aceptada.

—A veces nos comportamos neciamente, pequeña, pero una mujer sensata aprende a limitar las veces que cae en ello. Puesto que pareces haber terminado de desayunar, sugiero que te libres de esa jarra y busques algo que hacer antes de que te encuentres metida en un buen lío. ¿Has considerado alguna vez la posibilidad de dejarte corto el cabello? No importa.

Márchate.

Nynaeve hizo una precipitada reverencia, pero la Aes Sedai ya se había dado media vuelta cuando aún no había acabado de inclinarse. A salvo de los ojos de Lelaine, lanzó una mirada furibunda a la mujer. ¿Cortarse el pelo? Levantó la trenza y la agitó hacia la Aes Sedai que se alejaba. Que hubiese esperado hasta estar a salvo la enfurecía, pero de no haberse aguantado seguramente estaría de camino a hacer compañía a Moghedien en el lavadero, con una parada intermedia para ver a Tiana. Meses detenida allí en Salidar sin hacer nada —a efectos prácticos así era, no importaba lo mucho o lo poco que Elayne y ella consiguieran sacarle a Moghedien— entre Aes Sedai que no hacían nada excepto hablar y esperar mientras el mundo seguía caminando hacia su ruina sin ellas. ¡Y Lelaine pensaba que debería cortarse el pelo! Había perseguido al Ajah Negro; la habían capturado y había escapado; a su vez había atrapado a una Renegada —bueno, ninguna de ellas sabía eso—; había ayudado a la Panarch de Tarabon a recuperar su trono aunque fuese por poco tiempo; y ahora lo único que hacía era quedarse sentada y recibir alabanzas por lo que conseguía sacarle a Moghedien. ¿Cortarse el cabello? ¡Para lo que serviría, tanto daba si se afeitaba la cabeza!

Divisó a Dagdara Finchey caminando a largas zancadas entre la muchedumbre, tan corpulenta como cualquier hombre que había en la calle y más alta que la mayoría; la Amarilla de rostro redondo la ponía furiosa. Una razón por la que se había quedado en Salidar era para estudiar con las Amarillas, porque las hermanas de este Ajah eran las que más conocimientos tenían sobre la Curación; o eso decía todo el mundo. Pero si alguna de ellas sabía algo más de lo que sabía ya Nynaeve, entonces es que no lo compartían con una mera Aceptada. Las Amarillas tendrían que haber sido las que mejor hubiesen acogido su deseo de curar cualquier cosa, todo, incluso la neutralización, pero eran las que menos entusiasmo habían mostrado. Dagdara la habría puesto a fregar suelos desde el alba hasta el ocaso hasta que hubiese renunciado a sus «ideas absurdas y ganas de perder el tiempo» si Sheriam no hubiese intervenido, en tanto que Nisao Dachen, una diminuta Amarilla con unos ojos que podían remachar clavos, se negó incluso a hablar con Nynaeve mientras persistiera en «alterar lo que había tejido el Entramado».

Para acabar de rematarlo, su percepción del tiempo seguía advirtiéndole que se aproximaba una tormenta, ahora más cerca, mientras que el cielo despejado y el sol ardiente se mofaban de ella.

Mascullando entre dientes, dejó la jarra de barro en la parte trasera de un carro de leña y continuó caminando por la abarrotada calle. No tenía nada que hacer salvo andar hasta que Moghedien quedara libre, y sólo la Luz sabía cuánto tardaría eso. Toda una mañana perdida que añadir a una sucesión de días malgastados.

Muchas Aes Sedai le sonreían y saludaban con un cabeceo, pero con el simple recurso de devolverles la sonrisa con aire de disculpa y apretar la marcha unos cuantos pasos como si se dirigiese presurosa a alguna parte, evitó que la pararan para hacerle las inevitables preguntas sobre qué nuevas cosas podían esperar de ella. En su estado de ánimo actual podía soltar exactamente lo que pensaba, lo que sería extremadamente estúpido. Sin hacer nada. ¡Mira que preguntarle a ella qué iba a hacer Rand! ¡O que se cortara el pelo! ¡Bah!

Claro que no todo eran sonrisas. Nisao no sólo la miró como si no

existiera, sino que Nynaeve tuvo que apartarse ágilmente de su camino para que la pequeña mujer no le pasara por encima. Y una Aes Sedai altanera, de cabello claro, con una barbilla prominente, que guiaba a un alto ruano entre la multitud, le dirigió una penetrante y ceñuda mirada con sus azules ojos mientras pasaba a su lado. Nynaeve no la reconoció. La mujer iba vestida con un traje de montar de seda gris pálido, pero el ligero guardapolvo de lino que llevaba doblado sobre la silla denotaba un viaje y la señalaba como una recién llegada. Reafirmando la probabilidad de que era nueva allí, el larguirucho Guardián con capa verde que iba tras ella sobre un enorme caballo de batalla gris parecía inquieto. Los Guardianes nunca traslucían inquietud, pero Nynaeve supuso que unirse a una rebelión contra la Torre podía justificar la excepción. ¡Luz! ¡Hasta las recién llegadas venían dispuestas a ponerla en su sitio!

Y entonces apareció Ino, con su rostro surcado por una cicatriz, la cabeza afeitada excepto la cola de caballo y el ojo tuerto cubierto por un parche en el que iba pintado un rojizo remedo de globo ocular de expresión furibunda. Haciendo una pausa en el rapapolvo que echaba a un avergonzado joven equipado con armadura, que sostenía las riendas de un caballo con una lanza sujeta a la silla, Ino dirigió una afectuosa sonrisa a Nynaeve. En fin, habría resultado afectuosa sin el parche del ojo. La expresión tormentosa de la mujer lo hizo parpadear y reanudó la regañina al soldado.

No era Ino ni su parche lo que le daba ardor de estómago. No exactamente. Las había acompañado a Elayne y a ella hasta Salidar, y en cierta ocasión prometió robar caballos —«cogerlos prestados» lo llamó él— si querían marcharse de allí. Ya no había posibilidades de hacerlo. Ino lucía ahora un galón dorado en los puños de su desgastada chaqueta oscura; era un oficial que entrenaba caballería pesada para Gareth Bryne, y estaba demasiado absorto en ello para preocuparse por Nynaeve. No, eso no era cierto. Si dijera que quería irse, le procuraría caballos en cuestión de horas y saldría con una escolta de shienarianos que habían prometido lealtad a Rand y que sólo estaban en Salidar porque Elayne y ella los habían conducido hasta allí. Pero para eso tendría que admitir que se había equivocado al decidir quedarse, admitir que había mentido todas las veces que le aseguró que estaba contenta con su actual situación. Y reconocer tales cosas iban en contra de su forma de ser. La principal razón de que Ino se quedara era que pensaba que debía cuidar de Elayne y de ella. ¡Así que no iba a admitir nada ante él!

La idea de abandonar Salidar era nueva, avivada la chispa al ver a Ino, y la hizo ponerse a reflexionar. Ojalá Thom y Juilin no se hubiesen ido a hacer un recorrido por Amadicia. Y no es que hubiesen salido de viaje por gusto. En aquellos primeros días, cuando parecía que las Aes Sedai de Salidar podrían hacer realmente algo, se habían ofrecido voluntarios para salir a explorar y ver qué estaba pasando al otro lado del río. Habiéndose propuesto llegar hasta la mismísima Amador, llevaban ausentes más de un mes y no regresarían hasta dentro de varios días en el mejor de los casos. No eran los únicos exploradores, claro es; incluso se había enviado a Aes Sedai y Guardianes, aunque la mayoría de éstos se dirigían más al oeste, a Tarabon. Toda una exhibición de estar haciendo algo; y el retraso hasta que cualquiera regresara con noticias era una buena excusa para esperar. Nynaeve deseó no haber dejado que los dos hombres se marcharan. Ninguno de ellos lo habría hecho si ella se hubiese opuesto.

Thom era un viejo juglar, aunque en tiempos había sido alguien mucho más importante, y Juilin, un rastreador de Tear, ambos unos hombres competentes que sabían arreglárselas en lugares desconocidos y bastante útiles en ciertos aspectos. También las habían acompañado a Elayne y a ella, y ninguno habría hecho preguntas si les hubiese dicho que querían marcharse. Claro que se habrían despachado a gusto a sus espaldas, pero no en su cara, como haría Ino.

Resultaba mortificante reconocer que realmente los necesitaba, pero lo cierto es que ella no tenía ni idea de cómo robar un caballo. En cualquier caso, una Aceptada llamaría la atención si se acercaba a los animales, tanto en los establos como en las hileras de estacas dispuestas por los soldados, y si se cambiaba el vestido blanco con franjas de colores, la verían sin duda e informarían de ello antes de que hubiese conseguido acercarse a un caballo. Aun en el caso de que lograra su propósito, la perseguirían. A las Aceptadas que huían, al igual que a las novicias, casi siempre se las traía de regreso para afrontar un castigo que borraría cualquier idea de intentarlo una segunda vez. Cuando una empezaba a instruirse para ser Aes Sedai, las hermanas no la soltaban hasta que decidían que era el momento de hacerlo.

No era el miedo al castigo lo que la echaba atrás, naturalmente. ¿Qué importancia tenían unos cuantos varapalos en comparación con la posibilidad de que el Ajah Negro la matara, o enfrentarse a una Renegada? Era sólo una cuestión de si realmente quería marcharse o no. ¿Adónde podría ir, por ejemplo? ¿Con Rand, a Caemlyn? ¿Con Egwene, en Cairhien? ¿La acompañaría Elayne? Ciertamente sí, si se dirigían a Caemlyn. ¿Era sólo el deseo de hacer algo o el miedo de que acabaran descubriendo a Moghedien? ¡El castigo por huir no sería nada comparado con eso! No había llegado a ninguna conclusión cuando giró en una esquina y se encontró con la clase de novicias de Elayne, reunida en un espacio abierto entre dos casas de piedra con tejados de bálago, allí donde se habían limpiado las ruinas de una tercera.

Más de una veintena de mujeres vestidas de blanco, sentadas en banquetas bajas en un semicírculo, observaban a Elayne mientras guiaba a dos de ellas en un ejercicio. El brillo del *Saidar* envolvía a las tres mujeres. Tabiya, una muchachita de quince o dieciséis años, ojos verdes y pecosa, y Nicola, una esbelta mujer de cabello negro y de la edad de Nynaeve, se pasaban, inseguras, una llamita. Ésta titilaba y a veces desaparecía un instante, cuando una se retrasaba en cogérsela a la otra y mantenerla. En su estado de humor actual, Nynaeve veía claramente los flujos que tejían.

Cuando Sheriam y el resto habían huido se habían llevado a dieciocho novicias —Tabiya era una de ellas— pero la mayoría de este grupo era como Nicola, recientemente reclutadas desde que las Aes Sedai se habían establecido en Salidar. Nicola no era la única mujer mayor de lo que normalmente era una novicia; casi la mitad era de esa edad. Cuando Nynaeve y Elayne habían ido a la Torre, las Aes Sedai rara vez hacían pruebas a mujeres mucho mayores que Tabiya —Nynaeve había sido un caso excepcional, tanto por su edad como por su condición de espontánea—; pero, quizás empujadas por la desesperación, la Aes Sedai de allí habían incluido en las pruebas a mujeres que incluso sacaban uno o dos años a Nynaeve. El resultado era que en la actualidad había más novicias en Salidar que las que había tenido la Torre desde hacía años. Este éxito había inducido a las Aes Sedai a enviar hermanas por todo Altara, en una búsqueda minuciosa de pueblo en pueblo.

Librodot

—¿Te apetecería estar dando clase tú?

La voz junto a su hombro hizo que el estómago se le encogiera. Dos veces en una misma mañana. Ojalá tuviera un poco de menta de ánade en la bolsita del cinturón. Si seguía dejando que la sorprendieran, iba a acabar poniendo en orden los papeles de una Marrón.

Claro que la domani de mejillas sonrosadas no era una Aes Sedai. De haber estado en la Torre, Theodrin ya habría sido ascendida al chal, pero aquí se la había promovido a algo que estaba por encima de las Aceptadas, pero que no llegaba a ser una hermana de hecho. Llevaba el anillo de la Gran Serpiente en la mano derecha, no en la izquierda, y un vestido verde que armonizaba con su tez cobriza, pero no podía elegir un Ajah ni llevar el chal.

—Tengo mejores cosas que hacer que ocuparme de enseñar a un puñado de torpes novicias.

Theodrin se limitó a sonreír ante el tono desabrido de Nynaeve. En realidad era agradable.

—¿Una torpe Aceptada enseñando a torpes novicias?

Bueno, por lo general era agradable.

—En fin, una vez que consigamos que puedas encauzar sin estar presta a aporrearles la cabeza, también enseñarás a novicias —continuó Theodrin—. Y no me sorprendería que fueras ascendida al poco tiempo, con todas esas cosas que has descubierto. ¿Sabes? Nunca me has contado qué truco utilizas.

Casi siempre las espontáneas tenían un truco que habían aprendido, el primero que revelaba su habilidad para encauzar. La otra cosa que las espontáneas tenían en común era un bloqueo, una especie de barrera levantada en sus mentes para ocultar su don para encauzar incluso a ellas mismas.

Nynaeve logró mantener el gesto tranquilo gracias a un gran esfuerzo. Ser capaz de encauzar cuando quisiera. Ser ascendida a Aes Sedai. Ninguna de las dos cosas resolvería el problema de Moghedien, pero entonces sí podría ir a donde quisiera, estudiar lo que quisiera sin que nadie le dijese que esto o aquello no podía curarse, simplemente.

—La gente se recuperaba cuando no tendrían que haberlo hecho —contestó—. Me ponía muy furiosa que alguien fuera a morirse, que todo lo que sabía sobre hierbas no fuera suficiente... —Se estremeció—. Y se ponían bien.

—Mucho mejor que lo mío. —La esbelta mujer suspiró—. Podía hacer que un chico deseara besarme o que no quisiera hacerlo. Mi modo de salvar el bloqueo eran los hombres, no la rabia. —Nynaeve la miró con incredulidad y Theodrin rió—. Bueno, también era una emoción. Si se encontraba presente un hombre y me gustaba o me desagradaba mucho, podía encauzar. Si no sentía ni lo uno ni lo otro o no había ningún hombre, podría haber sido una roca en lo que se refiere al *Saidar.*

—¿Y cómo lograste superarlo? —inquirió con curiosidad Nynaeve. Elayne había colocado por parejas a las novicias ahora, que se esforzaban torpemente para pasarse las llamitas unas a las otras.

La sonrisa de Theodrin se ensanchó al oír la pregunta, pero también el rubor le tiñó las mejillas.

—Un joven llamado Charel, un caballerizo de los establos de la Torre, empezó a echarme miradas insinuantes. Por entonces yo tenía quince años y él una sonrisa maravillosa. Las Aes Sedai lo dejaron que se sentara cerca

durante mis lecciones, en un rincón y en silencio, y así yo podía encauzar de continuo. Lo que no sabía era que Sheriam lo había arreglado todo desde el principio para que me conociera. —Sus mejillas se pusieron más rojas—. Lo que tampoco sabía es que Charel tenía una hermana gemela ni que al cabo de unos cuantos días quien estaba sentada en el rincón era realmente Marel. Cuando se quitó la chaqueta y la camisa un día en mitad de una de mis lecciones, sufrí tal impresión que me desmayé. Pero, a partir de ese momento, pude encauzar cada vez que quise.

Nynaeve se echó a reír sin poder evitarlo y, a despecho de su sonrojo, Theodrin se sumó a sus carcajadas sin rebozo.

—Ojalá fuera algo tan fácil para mí, Theodrin.

—Tanto si lo es como si no —dijo la otra mujer, apagadas ya las risas—, romperemos ese bloqueo tuyo. Esta tarde...

—Voy a examinar a Siuan —se apresuró a interrumpirla Nynaeve, y Theodrin apretó los labios.

—Has estado esquivándome, Nynaeve. En el último mes has conseguido escabullirte siempre, salvo en tres ocasiones. Puedo aceptar que lo intentes y fracases, pero no admitiré que empieces a tener miedo de intentarlo.

—No lo tengo —empezó, indignada, Nynaeve en tanto que una vocecilla interior preguntaba si no estaría tratando de ocultarse a sí misma la verdad. Resultaba tan descorazonador intentarlo, intentarlo e intentarlo... y fracasar.

Theodrin no la dejó añadir una palabra más.

—Daré por bueno que hoy estás ocupada —dijo sosegadamente—, así que te veré mañana, y todos los días de ahí en adelante, o me veré obligada a tomar otras medidas. No quisiera tener que hacer eso y a ti tampoco te interesa, pero estoy decidida a romper tu bloqueo. Myrelle me ha pedido que ponga todo mi empeño en ello y juro que lo haré.

El que esta advertencia fuera casi un calco de la que ella había hecho a Siuan dejó boquiabierta a Nynaeve. Era la primera vez que la otra mujer había hecho uso de la autoridad que le otorgaba su nueva posición. Con la mala suerte que estaba teniendo ese día, corría el peligro de encontrarse junto a Siuan esperando ver a Tiana.

Theodrin no aguardó su respuesta. Se limitó a asentir con un cabeceo como si le hubiese manifestado su conformidad y se alejó calle arriba. Nynaeve casi pudo ver un chal alrededor de los hombros de la otra mujer. Todo estaba saliendo mal esa mañana. ¡Y otra vez Myrelle! Qué ganas tenía de chillar.

En medio de las novicias, Elayne le dedicó una sonrisa enorgullecida, pero Nynaeve sólo sacudió la cabeza y se dio media vuelta para regresar a su cuarto. La medida de cómo le estaban saliendo las cosas esa mañana fue que, antes de estar a mitad de camino de allí, Dagdara Finchey se dio de bruces con ella tan violentamente que la tiró de espaldas en el suelo. ¡Corriendo! ¡Una Aes Sedai! La mujerona no se paró, ni tan siquiera le ofreció una disculpa mientras se alejaba al trote entre la multitud.

Nynaeve se levantó, se sacudió el polvo, recorrió el trecho que quedaba hasta su cuarto y cerró de un portazo tras ella. Dentro hacía calor y las camas estaban sin hacer hasta que Moghedien pudiera ocuparse de eso; y lo peor de todo era que la percepción del tiempo de Nynaeve le anunciaba que tendría que descargarse una tormenta de granizo sobre Salidar en ese mismo momento. Pero no se dejaría sorprender en eso, ni permitiría que la pisotearan.

Se dejó caer de golpe sobre las sábanas arrugadas y permaneció

Librodot

tendida, jugueteando con el brazalete de plata, mientras su mente divagaba de un pensamiento a otro, desde lo que conseguiría sacarle a Moghedien ese día o si Siuan aparecería por la tarde, en su bloqueo o en Lan, o si iba a quedarse en Salidar. En realidad irse no significaba huir. Seguramente se dirigiría a Caemlyn, con Rand; el chico necesitaba a alguien que le bajara los humos y pusiera freno a su engreimiento, y a Elayne le gustaría esa propuesta. Aunque habría sido mejor si la idea de marcharse —¡nada de huir!— no le hubiese empezado a parecer tan tentadora después de que Theodrin le hubo comunicado sus intenciones.

Esperaba percibir alguna señal en las emociones transmitidas a través del *a'dam* que indicara que Moghedien había terminado con su trabajo y que tendría que ir a buscarla, ya que a menudo se escondía cuando estaba enfurruñada, de manera que fue toda una sorpresa cuando la puerta se abrió violentamente.

—Así que estás aquí —gruñó Moghedien—. ¡Mira! —Levantó las manos—. ¡Estropeadas! —A Nynaeve no le parecían distintas de cualesquiera otras manos que hubiesen estado haciendo la colada; blanquecinas y arrugadas, cierto, pero esas señales habrían desaparecido al cabo de un rato—. ¡No es bastante que tenga que vivir en la miseria, trayendo y llevando cosas como una sirvienta, sino que ahora se supone que debo trabajar como cualquier primitiva...!

Nynaeve la hizo callar mediante un sencillo recurso. Imaginó un rápido y breve golpe de fusta, lo que éste haría sentir, y luego transmitió el pensamiento a la zona receptora de sensaciones del cerebro de Moghedien. La otra mujer abrió mucho los oíos al tiempo que cerraba la boca bruscamente, apretando los labios. No había sido un golpe fuerte, sino un recordatorio.

—Cierra la puerta y siéntate —ordenó Nynaeve—. Puedes hacer las camas después. Ahora vamos a tener una lección.

—Estoy acostumbrada a algo mejor que esto —rezongó Moghedien mientras obedecía—. ¡Hasta un vaciador de letrinas de Tojar está acostumbrado a algo mejor!

—A menos que me equivoque en mi suposición —replicó cortante Nynaeve—, será un vaciador de letrinas en dondequiera que no tenga una sentencia de muerte pendiendo sobre su cabeza. En el momento en que quieras podemos decirle a Sheriam quién eres exactamente. —Era un farol, y la mera idea hacía que a Nynaeve se le pusiera una bola en la boca del estómago, pero una oleada de miedo enfermizo se descargó a través del *a'dam.* Nynaeve casi admiró a Moghedien por lo impasible que mantuvo el gesto; si ella se sintiera así, estaría chillando y abriendo surcos en el suelo con uñas y dientes.

—¿Qué quieres que te muestre? —inquirió la Renegada en tono aparentemente firme. Siempre tenían que decirle lo que querían saber, porque ella no revelaba nada de buen grado prácticamente nunca, a menos que la presionaran hasta un punto que Nynaeve consideraba rayano en la tortura.

—Lo intentaremos con algo en lo que no has tenido mucho éxito enseñándonos: detectar que un hombre está encauzando. —Hasta ese momento, eso era lo único que Elayne y ella no habían cogido enseguida. Sería útil si decidía ir a Caemlyn.

—No es fácil, sobre todo sin tener un hombre con el que practicar. Lástima que no hayas sido capaz de curar a Logain. —Ni en la voz ni en la

expresión de Moghedien había indicio de mofa, pero la mujer miró a Nynaeve y se apresuró a continuar—: Aun así, podemos intentar de nuevo las formas de hacerlo.

Realmente la lección no era fácil. Nunca lo era, ni siquiera con cosas que Nynaeve podía aprender de inmediato una vez que los tejidos se volvían claros. A Moghedien no le era posible encauzar sin que Nynaeve se lo permitiera, de hecho, sin que la guiara; pero en una lección nueva la Renegada tenía que dirigir el proceso para mostrar el modo de tejer los flujos. Esto planteaba un verdadero lío y era la razón principal de que no pudieran aprender una docena de cosas nuevas de la mujer cada día. En este caso, Nynaeve tenía cierta idea de cómo se tejían los flujos, pero era un intrincado hilado de encaje con los Cinco Poderes que en comparación hacía parecer sencilla la Curación, aparte de que el entramado cambiaba con relampagueante rapidez. Su complejidad era la razón de que nunca se hubiera usado con frecuencia, según Moghedien.

No obstante, Nynaeve se recostó en su cama y se dedicó afanosa a ello. Si iba a reunirse con Rand, podría necesitar esto y quizá muy pronto. También encauzó todos los flujos por sí misma; bastaba con recordar brevemente a Lan o Theodrin para mantener viva la rabia. Antes o después Moghedien tendría que responder por sus crímenes y entonces ¿en qué situación se encontraría ella, acostumbrada a recurrir a los poderes de la otra mujer cada vez que lo precisaba? Tenía que vivir y trabajar con sus propias limitaciones. ¿Podría Theodrin encontrar un modo de romper su bloqueo? Lan tenía que estar vivo para que ella pudiera encontrarlo. El ligero dolor de cabeza cobró intensidad hasta dar paso a una lacerante presión en las sienes. Una cierta tensión se marcó en torno a los ojos de Moghedien, y la mujer se frotó la cabeza de vez en cuando, pero bajo la sensación de miedo que le transmitía el brazalete Nynaeve percibió otra tenue corriente de lo que casi parecía alegría. Supuso que, incluso cuando no se quería enseñar, hacerlo debía de producir cierta satisfacción, aunque no estaba segura de que le gustara que Moghedien experimentara una reacción humana tan normal.

Ignoraba cuánto se había prolongado la lección, intercalada con rezongos de Moghedien como «casi» y «no del todo», pero cuando la puerta volvió a abrirse bruscamente casi se incorporó de un brinco de la cama. La repentina descarga de miedo experimentada por Moghedien habría venido acompañada por un aullido en cualquier otra mujer.

—¿Te has enterado, Nynaeve? —preguntó Elayne al tiempo que empujaba la puerta—. Ha llegado una emisaria de la Torre, enviada por Elaida.

Nynaeve olvidó por completo las palabras que sin duda habría gritado de no ser por que tenía el corazón en la garganta. Hasta se olvidó de la jaqueca.

—¿Una emisaria? ¿Estás segura?

—Pues claro que lo estoy, Nynaeve. ¿O es que crees que habría venido corriendo por una simple hablilla? El pueblo entero está alborotado.

—No entiendo por qué —repuso con acritud. La sensación de presión dentro del cráneo había vuelto. Y ni toda su provisión de menta de ánade guardada en el morral de hierbas le habría aliviado la acidez de estómago. ¿Es que esta chica no iba a aprender nunca a llamar a una puerta? Moghedien tenía las manos apretadas sobre el estómago, como si a ella tampoco le viniera mal un poco de menta de ánade—. Ya les dijimos que

Librodot

Elaida sabía lo de Salidar.

—Puede que nos creyeran y puede que no —argumentó Elayne, que se sentó pesadamente a los pies de la cama de Nynaeve—, pero esto despeja cualquier duda. Elaida sabe dónde estamos y probablemente lo que nos proponemos hacer. Cualquiera de las criadas podría ser su informadora. Tal vez incluso alguna de las hermanas. Eché un vistazo a la emisaria, Nynaeve: cabello claro y ojos azules tan fríos que congelarían el sol. Una Roja llamada Tarna Feir, según dijo Faolain. Uno de los Guardianes que estaba de servicio de vigilancia la escoltó hasta el pueblo. Cuando mira es como si uno fuese menos que una piedra.

Nynaeve volvió la vista hacia Moghedien.

—Hemos terminado con la clase por ahora. Regresa dentro de una hora y podrás hacer las camas. —Esperó hasta que la Renegada se hubo ido, prietos los labios y agarrándose las faldas con los dedos crispados, y luego se volvió hacia Elayne—. ¿Qué mensaje trae?

—¡Qué cosas tienes, Nynaeve! ¿Crees que iban a decírmelo a mí? Todas las Aes Sedai con las que me he cruzado se estaban preguntando eso mismo. Oí comentar que cuando le dijeron a Tarna que sería recibida por la Antecámara de la Torre se echó a reír. Y no con regocijo. No creo que... —Elayne se mordió el labio inferior—. Espero que no decidan...

—¿Regresar? —preguntó Nynaeve con incredulidad—. ¡Elaida querrá que recorran los últimos quince kilómetros de rodillas, y el último arrastrándose como gusanos! Y, aunque no sea así, aunque esta Roja les diga «Volved a casa; todo está perdonado y os espera la cena», ¿crees que podrían desembarazarse de Logain como si nada?

—Nynaeve, las Aes Sedai podrían desembarazarse de cualquier obstáculo con tal de unir de nuevo la Torre Blanca. Cualquier cosa. No las conoces tan bien como yo; había Aes Sedai en palacio desde el día en que nací. La cuestión es qué estará diciendo Tarna ahora a la Antecámara y qué le dirá la Antecámara a ella.

Nynaeve se frotó los brazos con irritación. No tenía respuesta a eso, sólo esperanzas, y su percepción del tiempo le manifestaba que la inexistente tormenta de granizo se estaba descargando con toda su fuerza sobre los tejados de Salidar.

La sensación se prolongó durante días.

Librodot

CAPÍTULO 9

Planes

—¿Habéis hecho venir a Amador a esos Iluminadores?

Muchos se habrían encogido al oír hablar a Pedron Niall en un tono tan frío, pero no así el hombre plantado sobre el dorado sol ensamblado en el suelo, delante del austero sillón de respaldo alto ocupado por Niall. Por el contrario, exudaba seguridad en sí mismo y competencia.

—Hay una razón para que tenga a dos mil Hijos guardando la frontera con Tarabon, Omerna —continuó Niall—. Tarabon está en cuarentena. No se debe permitir el paso a nadie. De estar en mi mano, ni siquiera lo haría un gorrión.

Omerna era la viva imagen de lo que se esperaba que fuera un oficial de los Hijos de la Luz: alto, de presencia imponente, un rostro aguerrido que traslucía arrojo, de fuerte mandíbula y pinceladas blancas en las sienes. Sus oscuros ojos parecían más que capaces de contemplar el campo de batalla más cruento sin inmutarse, como en realidad lo habían hecho. En ese momento reflejaban una profunda reflexión. El tabardo blanco y dorado de un capitán, Ungido de la Luz, le iba como anillo al dedo.

—Mi capitán general, desean establecer una sede de la Corporación aquí. —Incluso la voz, profunda y mesurada, encajaba con su imagen—. Los Iluminadores viajan por todas partes. Resultaría fácil introducir espías entre ellos. Espías que serían bien recibidos en cualquier ciudad, en cualquier mansión de nobles, en cualquier palacio de un dirigente. —Omerna era supuestamente un miembro poco relevante del Consejo de los Ungidos, pero en realidad era, por decirlo de algún modo, el jefe de espionaje de los Hijos de la Luz—. ¡Pensadlo!

Lo que Pedron Niall pensaba era que la Corporación de Iluminadores estaba integrada por taraboneses, desde el primer hombre y mujer hasta el último de ellos, y Tarabon estaba infestado por un caos y una locura que no permitiría que se desatara en Amadicia. Si no había más remedio que esperar para cauterizar esa herida, sí podía al menos aislarla.

—Recibirán el mismo trato que todos los que entran subrepticiamente en el país, Omerna: retenidos bajo vigilancia, sin permiso para hablar con nadie y escoltados de vuelta a la frontera, expulsados de Amadicia sin dilación.

—Si me permitís que insista, mi capitán general, su utilidad merecería el precio de los contados rumores que pudiesen propagar. Son gente muy reservada. Y, aparte de su utilidad para infiltrar a mis espías, el prestigio de contar con una sede de Iluminadores en Amador sería considerable. Constituiría la única sede en la actualidad. La de Cairhien ha sido abandonada y la de Tanchico habrá sufrido la misma suerte sin duda.

¡Prestigio! Niall se frotó el párpado izquierdo para calmar un tic nervioso. No tenía sentido enfurecerse con Omerna, pero contenerse requirió un arduo esfuerzo por su parte. El bochorno matinal era como un fuego lento sobre el que su mal humor iba alcanzando el punto de ebullición poco

Librodot

a poco.

—Ya lo creo que es gente reservada, Omerna. Viven y viajan con los de su propia clase, y apenas hablan con los demás. ¿Acaso os proponéis que vuestros espías se casen con Iluminadores? Rara vez contraen matrimonio con alguien que no pertenezca a su gremio, y no hay otro modo de convertirse en Iluminador que serlo por nacimiento.

—Oh, bien. Estoy seguro de que podría hallarse otra vía para conseguirlo.

No había nada que pudiera hacer mella en aquella apariencia de seguridad y competencia.

—Se hará como he dicho, Omerna. —El oficial volvió a abrir la boca, pero Niall se adelantó, irritado—: ¡Como he dicho, Omerna! ¡Ni una palabra más! Y bien, ¿qué información tenéis hoy? Información útil, quiero decir. Tal es vuestra función, no proporcionar fuegos de artificio para Ailron.

Omerna vaciló, obviamente deseoso de hacer otra interpelación en favor de sus preciados Iluminadores, pero al final manifestó con aire solemne:

—Los informes sobre la presencia de seguidores del Dragón en Altara son algo más que rumores, al parecer. Y quizá también en Murandy. La infección es pequeña, pero crecerá. Una acción enérgica en este momento podría resolver el problema de ellos y de las Aes Sedai de Salidar en un solo…

—¿Decidís ahora la estrategia militar de los Hijos? Limitaos a obtener información y dejad que yo haga uso de ella. ¿Qué otra cosa tenéis para despachar conmigo?

La respuesta del hombre por haberlo interrumpido fue una inclinación de cabeza sosegada, en señal de aquiescencia. Omerna era un maestro en lo de conservar la calma; quizás era lo que mejor sabía hacer.

—Tengo buenas noticias. Mattin Stepaneos está dispuesto a daros su apoyo. Todavía duda en hacer un anuncio público, pero mi gente destacada en Illian informa que lo hará pronto. Se dice que está ansioso.

—Eso sería realmente extraordinario —comentó secamente Niall. Extraordinario, desde luego.

Entre las banderas y los estandartes que se alineaban a lo largo de las cornisas de la sala, los Tres Leopardos de Mattin Stepaneos, plata sobre campo negro, pendían junto al estandarte real illiano, tres abejas hechas con hilo de oro sobre seda verde y con orla dorada. Al final el rey illiano no había salido tan mal parado de los Disturbios, aunque sí lo suficiente para forzarlo a un tratado que establecía la frontera entre Amadicia y Altara tal y como estaba antes del conflicto, pero Niall dudaba que el hombre olvidara nunca que había llevado ventaja en terreno y en número de tropas en Soremaine y que aun así había caído derrotado y capturado. Si los Compañeros Illianos no hubiesen defendido el campo para que el resto del ejército escapara a la trampa de Niall, Altara sería ahora un feudo de los Hijos, y muy probablemente también Murandy e incluso Illian. Peor aun: Mattin Stepaneos tenía una bruja de Tar Valon como consejera, aunque ocultaba tal hecho y a ella. Niall había enviado emisarios porque no osaría renunciar a una posibilidad de acuerdo sin antes intentarlo. Empero, el que Mattin Stepaneos hiciera voluntariamente un frente común con él resultaría en verdad extraordinario.

—Continuad —pidió al oficial—. Y sed breve. Hoy tengo el día muy ocupado y puedo leer vuestros informes escritos más tarde.

A pesar de esas instrucciones, la exposición de Omerna fue larga,

pronunciada en una voz sonora y llena de certidumbre. Al'Thor apenas había extendido su control en Andor más allá de Caemlyn. Su relampagueante ataque se había quedado claramente estancado, como él había pronosticado, según hizo notar Omerna. No había muchas probabilidades de que las Tierras Fronterizas se unieran a los Hijos contra el falso Dragón a corto plazo; los señores de Shienar, Arafel y Kandor estaban aprovechando la tranquilidad reinante en la Llaga para rebelarse, y la reina de Saldaea se había recluido en el campo por miedo a tal posibilidad, según Omerna. Sus espías seguían adelante con su labor, sin embargo, y al cabo se metería en cintura a los dirigentes de las naciones fronterizas tan pronto como se aplastara esas pequeñas rebeliones. Por otro lado, los dirigentes de Murandy, Altara y Ghealdan estaban a punto de agachar la cerviz y entrar en razón, aunque hasta el momento mantenían una actitud ambivalente para tranquilizar a las brujas de Tar Valon. Alliandre de Ghealdan sabía que su trono era inestable, que necesitaba a los Hijos para evitar un derrocamiento tan repentino como el de sus predecesores, en tanto que Tylin de Altara y Roedran de Murandy confiaban en que el peso de los Hijos los convirtiera finalmente en algo más que unas figuras decorativas. Saltaba a la vista que para el oficial era como si Niall tuviese ya a estos países metidos en un bolsillo.

En la propia Amadicia el panorama era incluso mejor, a entender de Omerna. Hacía años que no había tanta afluencia para alistarse bajo la bandera de los Hijos como en la actualidad. Estrictamente hablando, eso no era incumbencia de Omerna, pero el hombre tenía por costumbre salpicar sus informes con cualquier buena noticia que llegara a su conocimiento. El Profeta no causaría disturbios en la zona durante mucho más tiempo; actualmente su horda de desarrapados estaba enfrascada en saquear pueblos y caseríos en el norte, y muy bien podría desperdigarse de vuelta a Ghealdan con la siguiente arremetida de los soldados de Ailron. Las cárceles estaban abarrotadas porque se arrestaban Amigos Siniestros y espías de Tar Valon a un ritmo mayor de lo que se los podía ahorcar. En la búsqueda de brujas de Tar Valon sólo se habían encontrado dos hasta el momento, pero más de un centenar de mujeres estaban bajo sospecha, un claro indicativo del entusiasmo con que las patrullas realizaban su labor de vigilancia. El número de refugiados procedentes de Tarabon apresados se había reducido mucho, prueba de que la cuarentena se estaba volviendo más efectiva; a los que se apresaba se los volvía a echar a Tarabon tan pronto como se los podía llevar de vuelta a la frontera. Pasó por encima esto último, cosa lógica considerando su estupidez con los Iluminadores.

Niall escuchaba justo lo suficiente para saber cuándo asentir con la cabeza. Omerna había sido un comandante adecuado en el campo de batalla, siempre y cuando hubiera alguien que le dijera lo que tenía que hacer; pero, en su posición actual, su crédula necedad resultaba desquiciante. Había informado de la muerte de Morgase, asegurando que habían visto e identificado su cadáver sin lugar a dudas, hasta el mismísimo día en que Niall lo puso frente a frente con ella. Había ridiculizado los «rumores» de que la Ciudadela de Tear había caído, y aún seguía negando que la fortaleza más inexpugnable del mundo pudiera haber sido tomada por una fuerza desde el exterior; tenía que haber habido traición, insistía, algún Gran Señor que había entregado la Ciudadela a Al'Thor y a Tar Valon. Mantenía que el desastre de Falme y los problemas en Tarabon y Arad Doman eran obra de los ejércitos de Artur Hawkwing que habían regresado a

través del Océano Aricio. Estaba convencido de que Siuan Sanche no había sido depuesta en absoluto, que Al'Thor estaba loco y muriéndose, que Tar Valon había asesinado al rey Galldrain para hacer estallar la guerra civil en Cairhien de manera deliberada, y que estos tres «hechos probados» estaban ligados de algún modo a rumores ridículos, siempre procedentes de algún lugar convenientemente lejano, sobre gente que de repente ardía en llamas de manera espontánea o de pesadillas que aparecían de la nada y masacraban pueblos enteros. No sabía exactamente cómo, pero estaba trabajando en una gran teoría que prometía presentar un día de éstos, una teoría que supuestamente destaparía todas las intrigas de las brujas y pondría a Tar Valon en manos de Niall.

Así funcionaba Omerna: o inventaba enrevesadas razones para lo que ocurría o se aferraba a los chismes que corrían por la calle y se los tragaba enteros. Empleaba mucho tiempo prestando oídos a los chismorreos, tanto en grandes casas solariegas como en las calles. No sólo se lo había visto bebiendo en las tabernas con cazadores del Cuerno, sino que era un secreto a voces que había pagado grandes sumas de dinero por tres Cuernos de Valere como mínimo. En cada ocasión se había llevado el inútil trasto a la campiña y lo había soplado durante días hasta que incluso él no tuvo más remedio que admitir que ningún héroe legendario muerto iba a regresar cabalgando de su tumba. Con todo, no parecía probable que los fracasos le impidieran realizar otras futuras compras en callejones oscuros o en los cuartos traseros de las tabernas. Era tan simple como esto: mientras que cualquier jefe de espías dudaría de estar viendo su propio rostro al mirar a un espejo, Omerna creería cualquier cosa.

Finalmente el hombre se quedó sin más datos de los que informar.

—Daré la consideración debida a vuestros informes, Omerna —dijo Niall—. Habéis hecho una buena labor. —Cómo se pavoneó el tipo ante estas palabras, alisándose el tabardo—. Dejadme solo ahora. Cuando salgáis decidle a Balwer que pase. Tengo que dictarle unas cartas.

—Por supuesto, mi capitán general. ¡Ah! —En mitad de la reverencia, Omerna frunció el entrecejo y rebuscó en un bolsillo interior, del que sacó un minúsculo cilindro de hueso que le tendió a Niall—. Esto llegó con una paloma esta mañana.

A lo largo del cilindro había tres rayas rojas, lo que significaba que había que entregarlo a Niall con los sellos de cera intactos. ¡Y el hombre había estado a punto de olvidarlo!

Omerna aguardó, sin duda esperando algo que apuntara el contenido del cilindro, pero Niall hizo un ademán con la mano señalándole la puerta.

—No os olvidéis de mandarme a Balwer. Si Mattin Stepaneos parece inclinado a unirse a mí, debo escribir y ver si puedo contribuir en algo a que tome la decisión correcta.

Omerna no tuvo más remedio que hacer la reverencia de nuevo *y* marcharse. Cuando la puerta se hubo cerrado tras el hombre, Niall se limitó a toquetear el cilindro. Estos contados mensajes especiales rara vez eran portadores de buenas noticias. Se levantó despacio, ya que últimamente había ocasiones en que sentía la edad en los huesos, y llenó una copa lisa de plata con ponche, pero después la dejó sobre la mesa y abrió una carpeta de cuero repujado y forrada con lino. Contenía una única hoja de grueso papel, arrugada y parcialmente rasgada: un dibujo de un artista callejero en tizas de colores que representaba a dos hombres luchando entre las nubes, uno con el rostro de fuego y el otro con cabello rojizo oscuro. Al'Thor.

Todos los planes que había concebido para poner obstáculos al falso Dragón se habían ido al garete, así como todas sus esperanzas de frenar la oleada de conquistas del hombre, de distraerlo. ¿Habría esperado demasiado, dejando que Al'Thor se hiciera demasiado poderoso? En tal caso, sólo había un modo de ocuparse rápidamente de él: el cuchillo en la oscuridad o la flecha desde un tejado. ¿Cuánto podría arriesgarse a esperar? ¿Podía arriesgarse a no esperar? Actuar con excesiva precipitación podía significar el desastre con tanta certeza como lo haría una excesiva demora.

—¿Milord me mandó llamar?

Niall miró al hombre que había entrado tan silenciosamente. Al verlo nadie habría dicho que Balwer podría moverse sin un seco crujido que anunciara su presencia. Todo en él era enjuto y consumido; la chaqueta marrón le colgaba de los huesudos hombros, y las piernas daban la impresión de que iban a quebrarse bajo su descarnado cuerpo. Se movía como un pájaro saltando de rama en rama.

—¿Tú crees que la llamada del Cuerno de Valere traerá a los héroes muertos de sus tumbas para salvarnos, Balwer?

—Tal vez, milord —repuso el secretario mientras se retorcía las manos—. O tal vez no. Por mi parte, yo no contaría con ello.

Niall asintió en silencio.

—¿Y crees que Mattin Stepaneos se unirá a mí?

—De nuevo he de decir quizá. No querrá acabar muerto ni como una marioneta. Su primera y única preocupación es conservar en su cabeza la Corona de Laurel, y el ejército que se está agrupando en Tear debe de estar haciéndolo sudar. —Balwer esbozó una leve sonrisa, apenas una ligera presión de sus labios—. Ha hablado abiertamente sobre aceptar la propuesta de milord, pero por otro lado he sabido que ha estado en contacto con la Torre Blanca. Aparentemente ha accedido a algo, aunque aún no sé a qué.

El mundo sabía que Abdel Omerna era el jefe de espías de los Hijos. Un cargo así debería haberse mantenido en secreto, naturalmente, pero los mozos de cuadra y los mendigos lo señalaban en las calles, con precaución para que el hombre más peligroso de Amadicia no los viera. La verdad era que ese necio de Omerna era un señuelo, un estúpido que ignoraba que era una máscara tras la que se ocultaba el verdadero jefe de espías en la Fortaleza de la Luz: Sebban Balwer, el remilgado y enteco secretario de Niall, con su sempiterno gesto desaprobador en la boca. Un hombre al que nadie imaginaría en ese puesto aun cuando se lo insinuaran.

Mientras que Omerna creía cualquier cosa, Balwer no daba crédito a nada, quizá ni siquiera a los Amigos Siniestros ni al mismísimo Oscuro. Si Balwer creía en algo era en observar a la gente con disimulo, escuchar lo que hablaba en susurros, desenterrar sus secretos. Ni que decir tiene que habría servido con igual dedicación a cualquier otro amo como hacía con Niall, pero eso era buena cosa. Lo que Balwer descubría nunca estaba falseado por lo que suponía que tenía que ser verdad o quería que fuera verdad. Con su actitud incrédula hacia todo, siempre se las ingeniaba para desentrañar la verdad.

—No esperaba más de Illian, Balwer, pero incluso a Mattin Stepaneos se lo puede convencer. —Tendría que hacerse. No podía ser demasiado tarde—. ¿Hay alguna noticia nueva de las Tierras Fronterizas?

—Aún no, milord. Pero Davram Bashere está en Caemlyn, con treinta mil soldados de caballería ligera, según mis informadores, aunque en mi opinión no deben de ser ni a la mitad. Él no debilitaría tanto las defensas de

Librodot

Saldaea, por mucha tranquilidad que haya en la Llaga, ni siquiera aunque se lo ordenara Tenobia.

Niall gruñó y sintió el tic nervioso en el rabillo del ojo. Pasó un dedo sobre el dibujo que había en la carpeta; se suponía que la imagen plasmada en él guardaba bastante parecido con Al'Thor. Bashere en Caemlyn; ése era un buen motivo para que Tenobia se ocultara en el campo evitando a su enviado.

En contra de la opinión de Omerna, no eran buenas las noticias de las Tierras Fronterizas. Las «pequeñas rebeliones» sobre las que Omerna había informado sí eran pequeñas, pero no de la clase que el hombre pensaba. A lo largo de la Frontera de la Llaga los hombres discutían sobre si Al'Thor era otro falso Dragón o el Dragón Renacido. Con la idiosincrasia de las gentes de la frontera, a veces esas discusiones desembocaban en batallas a pequeña escala. La lucha se había iniciado en Shienar, más o menos, coincidiendo con la caída de la Ciudadela de Tear, lo que confirmaba, si es que era necesaria una confirmación, que las brujas estaban involucradas en ello. Aun había dudas, según Balwer, respecto a cómo se resolvería todo.

El que Al'Thor siguiera estancado en Caemlyn era una de las pocas cosas en las que Omerna no estaba equivocado. Sin embargo ¿por qué seguía allí, con Bashere, los Aiel y las brujas? Ni siquiera Balwer había sido capaz de responder a eso. Fuera cual fuese el motivo, había que dar gracias a la Luz por ello. La chusma del Profeta se había parado, instalándose en el norte de Amadicia para saquear la zona, cierto, pero estaban consolidando su posición matando o haciendo huir a cualquiera que se negara a pronunciarse en favor del Profeta del Dragón. Los soldados de Ailron habían dejado de retroceder sólo porque el condenado Profeta había dejado de avanzar. Alliandre y los otros que Omerna daba por seguro que se unirían a los Hijos en realidad estaban indecisos y daban largas a sus embajadores con excusas pobres y aplazamientos. Niall sospechaba que ni ellos mismos sabían hacia qué lado se decantarían.

A primera vista todo parecía estar a favor de Al'Thor en ese momento, excepto por lo que quiera que lo estuviera reteniendo en Caemlyn, pero Niall había sido siempre más peligroso cuando el enemigo lo superaba y él estaba con la espalda contra la pared.

Si se daba crédito a los rumores, Carridin lo estaba haciendo bien en Altara y Murandy, aunque no tan deprisa como a Niall le hubiese gustado. El tiempo era tan enemigo como Al'Thor o la Torre. Empero, aun en el caso de que Carridin sólo estuviera haciendo buenos los rumores, sería suficiente. Quizás había llegado el momento de que los «partidarios del Dragón» se extendieran y entraran en Andor. Y puede que también en Illian; aunque, si el ejército que se estaba agrupando en la frontera de Tear no bastaba para señalar el camino a Mattin Stepaneos, unas cuantas granjas y pueblos atacados difícilmente influirían en su decisión. El tamaño de ese ejército aterraba a Niall; aun cuando sólo fuera la mitad, la cuarta parte, de lo que decía la información de Balwer, seguía aterrándolo. No se había visto nada igual desde los tiempos de Artur Hawkwing. En lugar de asustar a los hombres para que se unieran a los Hijos, aquello podría intimidarlos hasta el punto de hacer que se pusieran bajo la bandera del Dragón. Si con ello pudiese disponer de un año, de seis meses, Niall habría dado por bueno todo el ejército de idiotas, villanos y salvajes Aiel de Al'Thor.

Pero no todo estaba perdido, naturalmente. Nunca estaba todo perdido mientras se tenía vida. Tarabon y Arad Doman, esos dos pozos de

Librodot

escorpiones, tenían tan poca utilidad para Al'Thor y las brujas como para él; sólo un necio metería la mano allí hasta que más escorpiones se hubiesen matado entre sí. Si Saldaea estaba perdido, cosa que no estaba dispuesto a admitir, Shienar, Arafel y Kandor seguían todavía en la balanza, y a las balanzas se las podía inclinar. Si Mattin Stepaneos quería montar dos caballos a la vez —siempre le había gustado hacer eso— todavía se lo podía obligar a elegir el correcto. A Altara y Murandy se los empujaría hacia el lado adecuado, y Andor acabaría resignándose a su intervención tanto si decidía que hacía falta o no un toque del látigo de Carridin. En Tear, los espías de Balwer habían convencido a Tedosian y a Estanda de que se unieran a Darlin, convirtiendo un simple gesto de desafío en una verdadera rebelión, y Balwer estaba convencido de que podía hacerse lo mismo en Cairhien y en Andor. Un mes más, dos como mucho, y Elmon Valda llegaría de Tar Valon; Niall no habría necesitado del concurso de Valda, pero de este modo la gran mayoría de los Hijos estarían agrupados en un solo punto, a mano para hacer uso de ellos en el momento más conveniente.

Sí, todavía tenía muchas cosas a su favor. Nada estaba consolidado, pero todo se aglutinaba e iba cobrando consistencia. Lo único que necesitaba era tiempo.

Cayó en la cuenta de que todavía tenía el cilindro en la mano; rompió el sello de cera con la uña del pulgar y extrajo cuidadosamente el fino papel que había enrollado dentro.

Balwer no dijo nada, pero sus labios volvieron a apretarse y esta vez no con una sonrisa. Soportaba lo de Omerna, consciente de que el hombre era un necio y prefiriendo con mucho permanecer en la sombra, oculto tras él, pero no le gustaba que Niall recibiera informes de los que no tenía noticia y de hombres a los que no conocía.

Una caligrafía menuda, apretada e irregular, cubría el papelito con una clave cifrada que aparte de Niall conocían muy pocos, y ninguno de ellos estaba en Amador. En cuanto a él, leerlo resultaba tan fácil como leer su propia mano. La firma al pie lo hizo parpadear, al igual que el contenido. Varadin era, o había sido, uno de sus mejores espías personales, un tratante de alfombras que había prestado muy buenos servicios durante los Disturbios mientras vendía sus mercancías por Altara, Murandy e Illian. Lo que había ganado entonces lo había situado como un próspero mercader en Tanchico que suministraba de manera regular alfombras y vinos a los palacios del rey y de la Panarch, así como a la mayoría de los nobles de sus cortes; entraba con los ojos y los oídos bien alertas y siempre se marchaba con multitud de información. Hacía mucho que Niall lo había dado por muerto en los disturbios que hubo allí; ésta era la primera comunicación que se recibía de él desde hacía un año. Considerando la información que Varadin daba, habría sido mejor que realmente llevara muerto un año. Con el estilo inconexo y a trompicones de un hombre al borde de la locura, la nota era una deslavazada divagación sobre hombres montados en extrañas bestias y criaturas voladoras, Aes Sedai sujetas a correas como perros y los *Hailene* —los Precursores, según la Antigua Lengua—, pero no había ni el menor intento de explicar por qué le aterraban a Varadin ni quiénes se suponía que eran. Obviamente el hombre había sufrido un desequilibrio mental al presenciar cómo se desintegraba su país a su alrededor.

Niall arrugó el papelito, iracundo, y lo tiró a un lado.

—Primero tengo que aguantar sentado las idioteces de Omerna, y ahora esto. ¿Qué más tienes para mí, Balwer? —Bashere. Las cosas podían

Librodot

ponerse difíciles con Bashere al mando de los ejércitos de Al'Thor. El hombre tenía una bien merecida reputación como general. ¿Qué tal una daga en la espalda desde las sombras para acabar con el problema?

Los ojos de Balwer no se apartaron un solo instante del rostro de Niall, pero éste sabía que la pequeña bola de papel caída en el suelo acabaría en las manos del hombre a menos que la quemara.

—Cuatro cosas que pueden ser interesantes, milord. Empezaré por las que lo son menos. Los rumores referentes a reuniones entre *steddings* Ogier son ciertos. Tratándose de esta raza, parece que muestran cierta prisa. —No dijo qué motivaba esas reuniones, naturalmente; infiltrar a un humano en una asamblea Ogier resultaba tan imposible como conseguir que un Ogier trabajara como espía. Antes se lograría que el sol saliera de noche—. Asimismo, hay un número inusitado de barcos de los Marinos en los puertos sureños, sin coger cargamentos y sin hacerse a la mar.

—¿Y qué están esperando?

Durante un instante los labios de Balwer se apretaron como lo haría una bolsa al tirar de los cordones.

—Todavía no lo sé, milord.

Al hombre no le gustaba admitir que hubiese secretos humanos que él no pudiera descubrir. Tratar de enterarse de más de lo que había a simple vista respecto a lo que ocurría entre los Atha'an Miere era como intentar saber cómo hacían los fuegos artificiales los Iluminadores, es decir, un esfuerzo inútil. Al menos los Ogier podían dar a conocer finalmente las decisiones tomadas en sus reuniones.

—Prosigue.

—La noticia de mediano interés es... peculiar, milord. A través de fuentes fidedignas se ha informado de la presencia de Al'Thor en Caemlyn, en Tear y en Cairhien, a veces en el mismo día.

—¿Fuentes fidedignas? Locura fidedigna, diría yo. Las brujas disponen probablemente de dos o tres hombres que se parecen a Al'Thor lo suficiente para engañar a cualquiera que no lo conozca personalmente. Eso explicaría muchas cosas.

—Tal vez, milord. Mis informadores son de fiar.

Niall cerró de golpe la carpeta de cuero, tapando así el rostro de Al'Thor.

—¿Y la novedad de mayor interés?

—Me ha llegado de dos fuentes distintas de Altara, fuentes fidedignas, milord. Al parecer las brujas de Salidar sostienen que el Ajah Rojo ayudó a Logain a convertirse en un falso Dragón. De hecho, podría decirse que fue su creación. Tienen a Logain en Salidar, o a un hombre que dice ser Logain, y lo están enseñando a nobles que acuden allí. No tengo pruebas, pero sospecho que están contando la misma historia a todos los dirigentes a los que pueden llegar.

Niall contempló las banderas que pendían en lo alto, fruncido el ceño. Representaban enemigos de casi cualquier país; nadie lo había derrotado jamás dos veces, y muy pocos una. Los estandartes estaban descoloridos, ajados por el tiempo. Como él. Empero, no estaba tan viejo como para no ver terminado lo que había empezado. Cada una de esas banderas se había tomado en sangrientas batallas, donde uno no sabía realmente lo que estaba ocurriendo más allá de donde le alcanzaba la vista, donde una victoria segura y una derrota cierta eran igualmente efímeras. La peor batalla en la que había tomado parte, con los ejércitos maniobrando a ciegas y tropezando uno contra otro en medio de la noche, cerca de Moisen, durante los

Disturbios, había sido clara como un día estival comparada con la que combatía ahora.

¿Se habría equivocado? ¿Sería posible que la Torre estuviera dividida? ¿Que existiera alguna clase de lucha entre los Ajahs? ¿A causa de qué? ¿De Al'Thor? Si las brujas estaban peleando entre sí, habría muchos Hijos dispuestos a respaldar la proposición de Carridin, un ataque para destruir Salidar y a tantas brujas como fuera posible. Hombres que creían que planear pensando en mañana era ser previsor, pero que jamás consideraban la semana próxima o el mes siguiente, cuanto menos el próximo año. Valda, por ejemplo; quizá sería mejor que no hubiese llegado todavía a Amador. Y otro, Rhadam Asunawa, Inquisidor Supremo de los interrogadores. Valda siempre estaba dispuesto a hacer uso de un hacha, incluso cuando un puñal era mejor para esa tarea en concreto. Asunawa sólo deseaba colgar —como habían hecho antaño— a cuantas mujeres hubiesen pasado una noche en la Torre, que todos los libros que mencionaran a las Aes Sedai o el Poder Único fueran pasto de las llamas, y que esas mismas palabras fueran prohibidas. Asunawa no veía más allá de esas metas ni le importaba lo que costase alcanzarlas. Niall había trabajado muy duro, había arriesgado demasiado para permitir que esto desembocara en una reyerta entre los Hijos y la Torre a los ojos del mundo.

A decir verdad, no importaba demasiado si estaba equivocado. Aun así, todavía quedaba mucho a su favor. Tal vez más que si estuviese en lo cierto. Con un poco de suerte, podría destruir la Torre Blanca hasta un punto irreparable, machacaría a las brujas en pedacitos fáciles de convertir en polvo. A buen seguro Al'Thor flaquearía entonces, aunque seguiría siendo todavía amenaza suficiente para utilizarlo como una aguijonada. Y por hacerlo no se apartaría mucho de la verdad. Apenas nada.

—La división en la Torre es cierta —dijo, sin quitar los ojos de las banderas—. El Ajah Negro se alzó, las vencedoras conservan la Torre y las perdedoras fueron expulsadas para lamerse las heridas en Salidar. —Miró a Balwer y casi sonrió. Uno de los Hijos habría protestado que no había Ajah Negro o, mejor, que todas las brujas eran Amigas Siniestras; los nuevos reclutas lo habrían dicho. Pero Balwer se limitó a mirarlo, como si no acabara de blasfemar contra todo lo que los Hijos representaban.

»La única incógnita que falta resolver es si el Ajah Negro ganó o perdió. Yo me inclino por que salió vencedor. La mayoría de la gente considera a quienesquiera que conserven la Torre como las verdaderas Aes Sedai. Dejemos que esa gente asocie a las "verdaderas" Aes Sedai con el Ajah Negro. Al'Thor es un títere de la Torre, un esbirro del Ajah Negro. —Cogió la copa de vino que había soltado en la mesa y dio un sorbo; no sirvió para aliviar el calor—. Quizá pueda esgrimirlo como la razón por la que todavía no he hecho ningún movimiento contra Salidar. —A través de sus emisarios, se había valido de esa abstención de atacar como prueba de cuán peligrosa consideraba la amenaza que representaba Al'Thor; tanto que prefería permitir que las brujas se reunieran a un paso de Amadicia que dejarse engañar desviando su atención del peligro del falso Dragón.

»Las mujeres que están allí, horrorizadas después de todos estos años por la aceptación que tienen entre sus filas las ideas del Ajah Negro, asqueadas al fin de la maldad en la que han estado inmersas... —Su capacidad inventiva se agotó; todas eran servidoras del Oscuro, así pues ¿qué maldad podría repugnarles? Sin embargo, un instante después Balwer acudió en su auxilio, y continuó en el punto donde él lo había dejado:

Librodot

—Quizás han decidido abandonarse a la clemencia de milord o incluso pedir su protección. Derrotadas en una rebelión, más débiles que sus enemigas, temerosas de ser arrasadas... Ciertamente, un hombre que va a caer por un precipicio a una muerte segura tenderá la mano incluso a su peor enemigo. Quizá... —Balwer tamborileó los huesudos dedos contra sus labios en un gesto pensativo—. ¿Quizás estén dispuestas a arrepentirse de sus pecados y a renunciar a ser Aes Sedai?

Niall lo miró de hito en hito. Sospechaba que unas de las cosas en las que Balwer no creía eran los pecados de las brujas de Tar Valon.

—Eso es absurdo —manifestó fríamente—. Es la clase de idea que esperaría de Omerna.

El semblante de su secretario no se alteró, manteniendo la misma expresión remilgada de siempre, pero empezó a frotarse las manos como solía cuando se sentía insultado.

—Puede que sea lo que milord esperaría de él, pero es exactamente el tipo de historia que se repetirá allí donde acude más a menudo para obtener información, en las calles y donde los nobles chismorrean mientras beben vino. En esos sitios los disparates no provocan risa: sólo se les presta oídos. A aquello que es demasiado absurdo de creer se le da crédito porque es demasiado desatinado para tratarse de una mentira.

—¿Con qué planteamiento lo presentarías? No quiero dar pie a rumores de que los Hijos tienen trato con brujas.

—Sólo sería un rumor, milord. —La mirada de Niall se endureció y Balwer alzó las manos—. Como milord desee. Cada vez que se repite un chisme se añaden adornos, de modo que una historia sencilla tiene más oportunidad de que sobreviva lo básico. Sugiero cuatro rumores, milord, no uno. El primero, que la división de la Torre fue causada por el levantamiento del Ajah Negro. El segundo, que el Ajah Negro venció y controla la Torre. El tercero, que las Aes Sedai de Salidar, asqueadas y horrorizadas, están renunciando a su condición de Aes Sedai. Y el cuarto, que se han dirigido a vos buscando clemencia y protección. Para la mayoría de la gente, cada uno de ellos será confirmación de los otros. —Balwer se dio suaves tirones de las solapas mientras esbozaba una leve sonrisa con aire de suficiencia.

—De acuerdo, Balwer. Hazlo así. —Niall dio un sorbo de vino más largo. El calor estaba haciendo que notara su edad; sentía los huesos quebradizos. Pero duraría lo suficiente para ver derrotado al falso Dragón y al mundo unido a fin de afrontar el Tarmon Gai'don. Aun en el caso de que no viviera para dirigir la Última Batalla, sin duda la Luz le concedería eso al menos—. Y quiero que se encuentre a Elayne Trakand y a su hermano Gawyn, Balwer, y que se los traiga a Amador. Ocúpate de ello. Puedes marcharte ahora.

En lugar de irse, Balwer vaciló.

—Milord sabe bien que nunca sugiero un curso de acción —dijo al cabo.

—Pero quieres sugerir uno ahora ¿no? ¿De qué se trata?

—Presionad a Morgase, mi señor. Ya ha pasado más de un mes y todavía está «considerando» la proposición de milord. Ella...

—Basta, Balwer. —Niall suspiró. A veces le habría gustado que su secretario no fuera amadiciense, sino un cairhienino que había mamado el Juego de las Casas con la leche de su madre—. Morgase está más comprometida conmigo cada día que pasa, aunque crea lo contrario. Habría preferido que hubiese aceptado de inmediato, así tendría Andor levantado contra Al'Thor ya, pero cada día que pasa siendo mi huésped se va atando a mí más fuerte. Al final descubrirá que está aliada conmigo porque el mundo

lo cree así, enredada de tal forma que nunca podrá escapar. Y nadie podrá alegar nunca que la coaccioné, Balwer. Eso es importante. Siempre es más difícil romper una alianza en la que el mundo cree que uno ha entrado voluntariamente que otra que uno puede probar que fue obligado a aceptar. La precipitación irreflexiva conduce al desastre, Balwer.

—Como diga milord.

Niall hizo un ademán despidiéndolo, y el hombre inclinó la cabeza y se retiró. Balwer no lo entendía. Morgase era una adversaria dura, pero sin sutileza. Si se la presionaba demasiado, se revolvería y lucharía aun estando en desventaja. Empero, si se la presionaba justo lo suficiente, combatiría al enemigo que creía ver y en ningún momento se percataría de la trampa tendida a su alrededor hasta que fuera demasiado tarde. Lo apremiaba el tiempo, todos los años que había vivido, todos los meses que necesitaba desesperadamente, pero no dejaría que la precipitación mandara al traste sus planes.

El halcón, una hembra, cayó en picado sobre en enorme pato, golpeándolo en un estallido de plumas; las dos aves se separaron, y el ánade se desplomó hacia el suelo. Tras elevarse en un vertiginoso arco hacia el cielo despejado, el halcón volvió a lanzarse sobre su presa mientras ésta caía y la aferró con sus garras. El peso del pato resultaba una carga casi excesiva, pero ella voló esforzadamente hacia la gente que aguardaba allá abajo.

Morgase se preguntó si no sería ella igual que esa hembra de halcón, demasiado orgullosa y también demasiado resuelta para darse cuenta de que había cazado una presa demasiado pesada para que sus alas aguantaran. Procuró que sus manos enguantadas aflojaran los dedos que aferraban prietamente las riendas. El sombrero blanco de ala ancha, con las largas plumas del mismo color, le proporcionaba cierta protección del abrasador sol, sin embargo, el sudor perlaba su rostro. Con el traje de montar de seda verde con bordados en oro no parecía una prisionera.

Figuras montadas y a pie llenaban el prado de hierba seca y parda, aunque no lo abarrotaban. Un puñado de músicos, uniformados con tabardos azules bordados en blanco, equipados con flautas, vihuelas y tambores, interpretaban una ligera melodía, apropiada para una tarde tomando vino frío. Una docena de adiestradores, vestidos con chalecos de cuero largos encima de camisas blancas, acariciaban a los halcones encapuchados posados sobre sus brazos protegidos, o chupaban cortas pipas y echaban bocanadas de humo azul sobre sus aves. El doble de sirvientes se movía de aquí para allí llevando bandejas y copas doradas, las primeras con frutas frescas que iban y las segundas con vino; y un grupo de hombres equipados con brillantes cotas de malla rodeaba el prado a corta distancia de los árboles cuyas ramas estaban ya casi sin hojas. Esto a beneficio de Morgase y su séquito, para asegurarse de que la cacería con halcón transcurriera sin peligro.

En fin, ésa era la razón dada, aunque los seguidores del Profeta se encontraban sus buenos trescientos kilómetros más al norte, y no parecía muy probable que hubiese asaltantes tan cerca de Amador. A despecho de las mujeres agrupadas a su alrededor, amazonas de yeguas y castrados, ataviadas con trajes de montar de brillantes sedas y sombreros de ala ancha adornados ostentosamente con plumas de colores, y el cabello peinado en los largos bucles que estaban de moda actualmente en la corte amadiciense,

Librodot

el verdadero séquito de Morgase lo constituían, por un lado, Basel Gill, incómodo sobre el caballo, con el jubón forrado de láminas imbricadas ciñéndole la oronda cintura por encima de la chaqueta roja de seda que ella le había proporcionado para que no lo eclipsaran los sirvientes, y, por otro, Paitir Conel, aun más incómodo con la chaqueta roja y blanca de paje y trasluciendo el mismo nerviosismo que mostraba desde que lo había incorporado a su reducido grupo de leales. Las mujeres eran nobles de la corte de Ailron, «voluntarias» para actuar como damas de compañía de Morgase. El pobre maese Gill toqueteaba su espada y echaba miradas de reojo a los guardias Capas Blancas con aire desconsolado. Porque eso eran, aunque, como hacían casi siempre cuando la escoltaban, no llevaban las níveas capas. Y eran guardianes. Si intentaba cabalgar demasiado lejos o alargar en exceso la salida, su comandante, un joven de mirada dura llamado Norowhin que detestaba parecer otra cosa que un Capa Blanca, le «sugeriría» que regresara a Amador porque estaba haciendo demasiado calor o por un repentino rumor sobre la presencia de bandidos en la zona. No había discusión posible con cincuenta hombres armados. Al menos sin perder la dignidad. La primera vez que se le ocurrió objetar, Norowhin había estado en un tris de arrebatarle las riendas de su caballo. Ésa era la razón por la que no permitía a Tallanvor acompañarla en estas salidas a caballo. Ese necio joven era muy capaz de intentar hacer valer sus derechos y su honor aunque hubiera cien hombres contra él. Se pasaba las horas libres practicando esgrima como si se propusiera abrirle una vía a la libertad a golpes de espada.

Inesperadamente, un soplo de brisa le acarició la cara, y entonces cayó en la cuenta de que Laurain se había inclinado en su silla de montar para darle aire con un abanico de encaje blanco. Era una joven esbelta, de ojos oscuros y un poco juntos, que exhibía una perenne sonrisa afectada.

—Qué gratificante ha de resultar para vuestra majestad saber que vuestro hijo se ha integrado a las filas de los Hijos de la Luz y que además ha adquirido rango tan pronto.

—Eso era de esperar —intervino Altalin mientras se abanicaba su oronda cara—. El hijo de su majestad tenía que ascender rápidamente, como hace el sol en su esplendor. —Se regodeó con los murmullos elogiosos dedicados a su pésimo retruécano.

Morgase tuvo que hacer un gran esfuerzo para mantener el gesto impasible. Las noticias traídas por Niall el día anterior a última hora, en el transcurso de una de sus visitas por sorpresa, la habían conmocionado. ¡Galad un Capa Blanca! Por lo menos estaba a salvo, según Niall. Pero no podía visitarla; sus deberes como Hijo de la Luz lo mantenían lejos de Amador. Aunque podía estar segura de que formaría parte de su escolta cuando regresara a Andor a la cabeza de un ejército de Hijos.

No, Galad no estaba más a salvo que Elayne o Gawyn. Quizá menos. Quisiera la Luz que Elayne estuviese segura en la Torre Blanca. Quisiera la Luz que Gawyn estuviese vivo; Niall aseguraba que no sabía su paradero, pero que no estaba en Tar Valon. Galad era un cuchillo en su garganta. Niall no mostraría nunca la falta de tacto de sugerírselo, pero una simple orden suya destinaría a Galad allí donde a buen seguro moriría. La única baza a favor del joven era que Niall pensara que a ella no le importaba tanto su seguridad como la de Elayne o Gawyn.

—Me alegro por él si es lo que desea —respondió con indiferencia—. Pero es hijo de Taringail, no mío. Mi matrimonio con Taringail fue un asunto

Librodot

de Estado, ¿comprendéis? Es curioso, pero hace tanto tiempo que murió que apenas recuerdo sus rasgos. Galad es libre de hacer lo que guste. Es Gawyn quien se convertirá en Primer Príncipe de la Espada cuando Elayne me suceda en el Trono del León. —Despidió con un ademán a un sirviente que traía una copa sobre una bandeja—. Lo menos que Niall podía haber hecho es proporcionarnos un buen vino.

La respuesta a su comentario fueron unas risitas nerviosas. Había tenido cierto éxito en atraerlas un poco hacia ella, pero ninguna se sentía tranquila ante la más leve ofensa a Pedron Niall, considerando que podía llegar a sus oídos. Morgase aprovechaba cada oportunidad que se le presentaba para hacerlo delante de ellas. Eso las convencía de su arrojo, cosa importante si quería ganarse aunque sólo fuera una lealtad parcial. Y quizá más importante, al menos en lo que le concernía personalmente, es que la ayudaba a mantener la ilusión de que no era prisionera de Niall.

—Oí comentar que Rand al'Thor exhibe el Trono del León como un trofeo de caza.

Era Marande la que habló, una mujer guapa de rostro en forma de corazón, un poco mayor que las otras. Hermana del Cabeza Insigne de la casa Algoran, era poderosa por sí misma, quizá tanto como para resistirse a Ailron, pero no a Niall. Las otras tiraron de las riendas para dejarla que adelantara su castrado bayo y se acercara más a Morgase. De Marande no podía esperar conseguir ni lealtad ni amistad.

—Sí, eso oí —repuso Morgase con aire despreocupado—. El león no es una fiera fácil de cazar, y el Trono del León aun menos. En especial por un hombre. Siempre ha matado a los hombres que aspiraron a él.

—También oí —agregó Marande sonriendo— que entrega puestos importantes a hombres que pueden encauzar.

Aquello provocó ojeadas nerviosas entre las otras mujeres y un preocupado rumor. Una de las más jóvenes, Marewin, delgada y poco más que una chiquilla, se tambaleó en la silla de armazón alto como si fuera a desmayarse. La noticia de la amnistía de Al'Thor había generado rumores aterradores; Morgase esperaba fervientemente que sólo fueran eso. Quisiera la Luz que no fueran más que rumores el que hombres capaces de encauzar se estaban agrupando en Caemlyn, de francachela en palacio, aterrorizando a la ciudad.

—Habéis oído muchas cosas —dijo Morgase—. ¿Es que os pasáis todo el tiempo escuchando tras las puertas?

La sonrisa de Marande se acentuó. No había podido resistir la presión de convertirse en miembro del séquito de Morgase, pero era lo bastante poderosa para manifestar su desagrado sin temor. Era como una espina clavada profundamente en el pie, imposible de sacar, que asestaba un pinchazo a cada paso.

—El placer de atender a vuestra majestad apenas me deja tiempo libre para escuchar en ningún sitio, pero procuro enterarme de cuantas noticias me es posible sobre Andor. Así puedo conversar con vuestra majestad. Oí que el falso Dragón confraterniza con nobles andoreños y trata con ellos a diario. Con lady Arymilla y lady Naean, con lord Jarin y lord Lir, y otros amigos suyos.

Uno de los halconeros alzó hacia Morgase un ave encapuchada, de lustroso plumaje gris y negras alas.

—No, gracias, por hoy ya basta de cetrería —respondió la reina, que a continuación levantó la voz—. Maese Gill, reunid a la escolta. Regreso a la

ciudad.

Gill dio un respingo. Sabía muy bien que para lo único que estaba allí era para cabalgar tras ella, pero empezó a hacer gestos y a gritar órdenes a los Capas Blancas como si creyera que obedecerían. Por su parte, Morgase hizo volver grupas a su yegua negra de inmediato. Puso al animal sólo al paso, naturalmente, porque Norowhin habría caído sobre ella como un rayo si hubiese creído ver una posibilidad de que pretendía escapar.

De hecho, los Capas Blancas vestidos de paisano galoparon para situarse en formación de escolta antes de que la yegua hubiese dado diez pasos; y, antes de que hubiese llegado al borde del prado, Norowhin estaba a su altura, con una docena de hombres en vanguardia y el resto pisándoles los talones. Los sirvientes, los músicos y los halconeros se quedaron atrás para organizarse y seguirlos tan rápido como fuera posible.

Gill y Paitir ocuparon sus puestos detrás de Morgase, y a continuación las damas de compañía. Marande exhibía su sonrisa ahora con gesto triunfal, aunque algunas de las otras tenían el entrecejo fruncido con aire desaprobador, si bien no muy a las claras. Por más que la mujer no tuviera más remedio que someterse a los deseos de Niall, mientras que gozaba de una reconocida influencia en Amadicia, pero la mayoría intentaba hacer lo mejor posible la labor no deseada que se les había encomendado. Casi todas habrían atendido gustosas a Morgase; lo que no les gustaba era tener que residir en la Fortaleza de la Luz.

La propia Morgase habría sonreído si hubiese sabido con seguridad que Marande no la vería. La única razón de que no hubiese insistido en que la mujer fuera apartada del séquito era la ligereza de su lengua. Marande disfrutaba zahiriéndola con comentarios que insinuaban que Andor se le había escapado de sus manos, pero los nombres que elegía eran un bálsamo para Morgase. Todos pertenecían a hombres y mujeres que se habían opuesto a ella en la Sucesión, todos aduladores de Gaebril. No esperaba ni más ni menos de ellos. Si Marande hubiese nombrado a otros, el resultado habría sido muy distinto; otros como lord Pelivar o lord Abelle o lord Luan, lady Arathelle o lady Ellorien o lady Aemlyn. Pero nunca habían sido parte de las pullas de Marande, y lo habrían sido si hubiese llegado el menor rumor de Andor al respecto. Mientras Marande no los mencionara, al menos quedaba la esperanza de que no hubiesen hincado la rodilla ante Al'Thor. Ellos habían apoyado la pretensión al trono de Morgase la primera vez y podrían volver a hacerlo, si la Luz quería.

El bosque casi deshojado dio paso a una calzada de tierra y se dirigieron hacia el sur, en dirección a Amador. Tramos de bosque se alternaban con pequeños sotos, campos en barbecho vallados, y casas y graneros de techos de bálago bastante apartados de la calzada. El camino estaba muy concurrido, y la gente levantaba una polvareda que hizo que Morgase se atara un pañuelo de seda sobre el rostro, si bien los caminantes se apartaban precipitadamente a los lados nada más ver un grupo tan numeroso de hombres armados a caballo. Algunos incluso se metían rápidamente entre los árboles o saltaban las vallas y corrían hacia el interior de los campos. Los Capas Blancas hacían caso omiso de ellos y ningún granjero apareció para agitar el puño o gritar a los que se colaban en sus tierras. Varias granjas tenían aspecto de haber sido abandonadas, sin gallinas ni animales a la vista.

Entre la gente que iba por la calzada había un carro de bueyes, un hombre con unas cuantas ovejas aquí, un joven conduciendo una bandada

de gansos allí; obviamente eran todos vecinos de la zona. Algunos llevaban un hatillo o un hinchado morral al hombro, pero la mayoría iba con las manos vacías, caminando como si no tuviesen idea de hacia dónde se dirigían. El número de estos últimos era mayor cada vez que Morgase había tenido ocasión de salir de Amador, fuera en una o en otra dirección.

Morgase se ajustó el pañuelo a la nariz y miró a Norowhin de reojo. Era más o menos de la edad de Tallanvor y aproximadamente de la misma talla, pero ahí acababa toda semejanza entre ambos. Bajo el bruñido yelmo cónico, el rostro de Norowhin estaba rojo y medio pelado por el sol, y nunca había sido apuesto. Su cuerpo larguirucho y su prominente nariz le recordaban una piqueta a Morgase. Cada vez que salía de la Fortaleza de la Luz, él conducía su «escolta», y todas las veces la reina intentaba entablar conversación con él. Fuera o no Capa Blanca, cada centímetro que pudiera apartarlo de ser su carcelero significaba un triunfo para Morgase.

—¿Estas gentes son refugiados que huyen del Profeta, Norowhin? —No parecía probable que lo fueran todos; había tantos dirigiéndose hacia el norte como hacia el sur.

—No —contestó secamente, sin dignarse mirarla. Iba escudriñando los laterales de la calzada, como si esperara que en cualquier momento apareciera alguien para rescatarla.

Ésa, por desgracia, era la única clase de respuesta que Morgase había conseguido de él hasta entonces, pero perseveró.

—Entonces ¿quiénes son? Desde luego, taraboneses no. Hacéis un buen trabajo obligándolos a que continúen la marcha. —Había visto a un grupo de taraboneses, unos cincuenta entre hombres, mujeres y niños, sucios y la mitad de ellos a punto de desplomarse por el agotamiento, que era conducido como ganado por Capas Blancas montados. Sólo la amarga certeza de saber que no podía hacer absolutamente nada le había hecho contener la lengua—. Amadicia es un país rico. Ni siquiera esta sequía puede haber desplazado a tantos de sus granjas en sólo unos cuantos meses.

Los rasgos de Norowhin se tensaron.

—No —respondió finalmente—. Son refugiados que huyen del falso Dragón. —De nuevo se hizo palpable una pugna en el rostro quemado del hombre, ya fuera para encontrar las palabras adecuadas o por su resistencia a hablar—. Creen que es el verdadero Dragón Renacido —dijo por último, con actitud asqueada—. Dicen que ha roto todos los vínculos, según las Profecías. Los hombres abandonan a sus señores, los aprendices a sus maestros, los esposos a sus mujeres y las mujeres a sus esposos. Es una plaga que se propaga con el viento; el viento que sopla del falso Dragón.

Los ojos de Morgase se detuvieron sobre una joven pareja abrazada que observaba el paso de su comitiva. El sudor formaba churretes de tierra en sus rostros, y el polvo cubría sus sencillas ropas. Tenían aspecto de estar hambrientos, con las mejillas hundidas y los ojos demasiado grandes. ¿Estaría ocurriendo esto en Andor? ¿Había hecho también esto Al'Thor a Andor? «Si es así, lo pagará.» El problema estaba en conseguir que el remedio no fuera peor que la enfermedad. Que para liberar a Andor, incluso de esto, tuviera que entregárselo a los Capas Blancas…

Morgase trató de alargar la conversación; pero, después de haber pronunciado más palabras de una sola tirada de lo que nunca había hablado con ella, Norowhin se refugió de nuevo en los monosílabos. Tanto daba; si había podido resquebrajar su reserva una vez, podría hacerlo de nuevo.

Se giró sobre la silla e intentó localizar a la joven pareja, pero se había

Librodot

quedado ya detrás de los soldados Capas Blancas. Tampoco importaba eso. El recuerdo de aquellas caras permanecería fresco en su memoria, al igual que su promesa.

Librodot

CAPÍTULO 10

Un dicho de las Tierras Fronterizas

Durante un momento Rand añoró los tiempos en que podría haber paseado solo por los corredores de palacio. Esa mañana iba acompañado por Sulin y veinte Doncellas, así como por Bael, jefe de clan de los Goshien Aiel, y su guardia de honor compuesta por media docena de *Sovin Nai,* o Manos Cuchillo, de los Jhirad Goshien, y por Bashere con otros tantos saldaeninos de nariz aguileña. Abarrotaban el amplio pasillo adornado de tapices. *Las Far Dareis Mai* y los *Sovin Nai,* vestidos con el *cadin'sor,* dirigían miradas vigilantes a los sirvientes, que hacían reverencias precipitadas y se apartaban con rapidez, y también a los saldaeninos más jóvenes, que caminaban pavoneándose, con sus chaquetas cortas y pantalones amplios metidos por las botas. Hacía calor incluso en el umbroso corredor, y las motas de polvo danzaban en el aire. Algunos sirvientes vestían el uniforme rojo y blanco que habían llevado cuando Morgase gobernaba, pero la mayoría eran nuevos y seguían con la misma ropa que tenían cuando se presentaron pidiendo el trabajo, lo que significaba una colección variopinta de sencillos atuendos de lana característicos de granjeros y vendedores, casi todos en colores oscuros aunque había de todas las tonalidades, con alguno que otro bordado y pequeños adornos de puntillas.

Rand tomó nota mentalmente de encargar a la señora Harfor, doncella primera de palacio, que encontrara suficientes uniformes para todos a fin de que los recién llegados no tuvieran que trabajar con sus mejores ropas. Los uniformes de palacio eran ciertamente prendas más finas de lo que la gente del campo habría esperado tener para los días festivos. El número de sirvientes era inferior al que había cuando Morgase regía el país, y muchos de los que vestían el uniforme rojo y blanco eran hombres y mujeres de pelo cano y espalda encorvada que vivían ya en el Alojamiento de los Jubilados. En lugar de huir como tantos otros habían hecho, habían preferido renunciar a su condición de retirados antes que ver el palacio cayendo en el abandono por falta de servidumbre. Rand tomó mentalmente una segunda nota: encargar a la señora Harfor —el de primera doncella era un título poco atractivo, aunque lo cierto es que Reene Harfor estaba a cargo de los asuntos cotidianos de palacio— que encontrara suficientes sirvientes para que estas personas mayores pudieran disfrutar de su merecido retiro. ¿Se les seguiría pagando la pensión habiendo muerto Morgase? Tendría que habérsele ocurrido antes; Halwin Norry, el jefe amanuense, lo sabría. Era como ser azotado hasta la muerte con plumas: todo le recordaba otra cosa que había que hacer. Los Atajos; eso no era una pluma ni mucho menos. Tenía la puerta que había allí, en Caemlyn, bajo vigilancia, así como las que existían cerca de Tear y de Cairhien, pero ni siquiera sabía exactamente cuántas más había.

Oh, sí, habría cambiado todas las reverencias e inclinaciones de cabeza, todas las guardias de honor, todas las consultas y las responsabilidades, toda la gente cuyas necesidades había que solventar, por aquellos días en los

que sólo tenía que preocuparse de su propia subsistencia. Ni que decir tiene que en aquellos tiempos no le habrían permitido caminar por esos pasillos a menos que hubiera ido acompañado por otro tipo de guardia, una que lo habría vigilado para que no escamoteara algún cáliz de oro y plata de su hornacina de la pared o una talla de marfil de una mesa con incrustaciones de lapislázuli.

Al menos la voz de Lews Therin no estaba murmurando dentro de su cabeza aquella mañana. Al menos parecía que empezaba a dominar el truco mental que Taim le había enseñado. El sudor resbalaba por el rostro de Bashere, pero el calor apenas afectaba a Rand. Llevaba la chaqueta de seda gris, con bordados en plata, abotonada hasta el cuello, y aunque tenía un poco de calor no sudaba ni una gota. Taim le había asegurado que con el tiempo no sentiría siquiera un calor o un frío lo bastante intenso para dejar baldado a cualquier otro hombre. Era cuestión de distanciarse de uno mismo, de concentrarse interiormente, un poco como la preparación para abrazar el *Saidin.* Qué curioso que estando tan próximo al Poder no tuviera nada que ver con él. ¿Harían lo mismo las Aes Sedai? Jamás había visto sudar a una de ellas. ¿Oh sí?

Inesperadamente rompió a reír. ¡Mira que estar divagando sobre si las Aes Sedai sudaban o no! Tal vez no estaba loco todavía, pero no haría mal papel como un necio con la cabeza llena de serrín.

—¿He dicho algo gracioso? —preguntó secamente Bashere mientras se atusaba el bigote con los nudillos. Algunas de las Doncellas lo observaron expectantes; estaban realizando un gran esfuerzo para entender el humor de las tierras húmedas.

Rand no sabía cómo era capaz Bashere de conservar la ecuanimidad. Esa misma mañana había llegado un rumor a palacio respecto a luchas en las Tierras Fronterizas, entre hombres de la frontera. Los cuentos de los viajeros brotaban como hierba tras la lluvia, pero éste había venido del norte, al parecer con mercaderes que habían llegado al menos hasta Tar Valon. Nadie decía exactamente dónde o quién, así que podía ser Saldaea como cualquier otro de los países norteños. Además, Bashere no había tenido noticias de allí desde que se había marchado meses atrás. No obstante, a juzgar por el efecto que el rumor había causado en él, habríase dicho que la noticia se refería a que el precio de los nabos había subido.

Claro que Rand tampoco sabía nada de cómo marchaban las cosas en Dos Ríos —aparte de vagos rumores sobre un levantamiento en alguna parte del oeste que afectaba a su pueblo; en los tiempos que corrían, aquello podría significar algo o nada— pero no era lo mismo. Él había abandonado Dos Ríos a su suerte. Las Aes Sedai tenían espías en todas partes, y no habría apostado ni una moneda de cobre respecto a que los Renegados no los tuvieran también. Al Dragón Renacido no le interesaba la suerte de la pequeña aldea donde había crecido Rand al'Thor; estaba por encima de eso. Si no lo hiciera así, entonces Campo de Emond se convertiría en un rehén para utilizarlo contra él. Con todo, no iba a buscarle tres pies al gato con tal de justificarse. Desentenderse era desentenderse, sin paliativos.

«Aunque encontrara un modo de escapar a mi destino, ¿me lo merecería?» Ése era un pensamiento suyo, no de Lews Therin.

Movió los hombros, que de repente parecían afectados por un dolor sordo, y respondió con un timbre ligero:

—Perdonad, Bashere. Se me acaba de ocurrir una idea chocante, pero os estaba escuchando. Decíais que Caemlyn está casi atestado. Que por

cada hombre que huyó porque temía que fuera el falso Dragón, han venido dos porque no lo soy y no tienen miedo. ¿Veis?

Bashere gruñó, lo que podía significar cualquier cosa.

—¿Cuántos han venido por otras razones, Al'Thor? —Bael era el hombre más alto que Rand había visto en su vida, su buen palmo más que el propio Rand, y hacía un contraste chocante con Bashere, que era más bajo que cualquiera de las Doncellas excepto Enaila. Las canas abundaban en el cabello rojizo oscuro de Bael, pero su enjuto rostro denotaba dureza y sus azules ojos eran penetrantes—. Tienes más enemigos que cien hombres juntos, e intentarán atacarte otra vez, ya verás. Incluso puede haber Seguidores de la Sombra entre ellos.

—Aunque no hubiese Amigos Siniestros —intervino Bashere—, el conflicto se cuece en la ciudad como el té que se deja hervir. A varias personas se las ha molido a golpes, obviamente por poner en duda que sois el Dragón Renacido, y a un pobre tipo lo sacaron a rastra de una taberna y lo ahorcaron de las vigas de un establo por haberse reído de vuestros milagros.

—¿Mis milagros? —repitió Rand con incredulidad.

Un viejo sirviente lleno de arrugas y con el pelo blanco, vestido con una librea que le sobraba por todas partes, y que llevaba un jarrón grande en las manos e intentó hacer una reverencia y apartarse al mismo tiempo, tropezó con sus propios pies y cayó cuan largo era. El jarrón verde pálido, de fina porcelana de los Marinos, voló por encima de su cabeza y rodó dando tumbos sobre las baldosas, girando y botando hasta que se detuvo, de pie, unos treinta pasos pasillo adelante. El anciano se incorporó con sorprendente agilidad y corrió a recoger el jarrón para, acto seguido, pasar las manos por su superficie, lanzando una exclamación de asombro y alivio al comprobar que no tenía ni el menor pequeño desconchón ni la más pequeña grieta. Otros sirvientes lo miraron fijamente, sin salir de su asombro, antes de recobrar la compostura y continuar apresuradamente con sus quehaceres. Evitaron mirar a Rand con tanto empeño que algunos olvidaron hacer una reverencia.

Bashere y Bael intercambiaron una mirada, y el general saldaenino resopló de tal modo que se levantó el bigote.

—Digamos entonces sucesos raros —manifestó—. Todos los días surge una historia como que un niño que se ha caído de cabeza a la calle desde una ventana doce metros más arriba y no se ha hecho ni un rasguño. O que una anciana se ha cruzado en el camino de dos docenas de caballos desbocados pero que, de algún modo, los animales no sólo no la han arrollado y pisoteado sino que ni siquiera la han rozado. Por lo visto, el otro día un tipo sacó cinco coronas veintidós veces seguidas con los dados, y eso también os lo achacan a vos. Por suerte para ese estafador.

—Se dice —abundó Bael— que ayer un cesto con tejas cayó desde un tejado a la calle y que quedaron extendidas, intactas, formando el antiguo símbolo Aes Sedai. —Mientras pasaban ante él, echó una ojeada al anciano sirviente de pelo blanco, todavía boquiabierto y aferrando el jarrón contra su pecho—. Y no dudo que ocurriera así.

Rand soltó el aire lentamente. No habían mencionado los de la otra clase, claro está. Lo del hombre que tropezó en un escalón y se ahorcó al enganchársele el pañuelo del cuello al pestillo de la puerta. Lo de las pizarras arrancadas de un tejado por un ventarrón que volaron a través de una ventana abierta y una puerta interior y mataron a una mujer que estaba

sentada a la mesa con su familia. El tipo de accidentes que podía ocurrir, pero muy de vez en cuando. Sólo que esas cosas no eran infrecuentes a su alrededor. Para bien o para mal, casi tan frecuentemente para mal como para bien, provocaba alteraciones en el azar meramente por encontrarse a pocos kilómetros. La respuesta a su anterior pregunta era no. Aunque desaparecieran los dragones de sus brazos y las garzas grabadas en sus palmas, todavía seguiría teniendo su sino marcado. En las Tierras Fronterizas existía un dicho: «La muerte es más liviana que una pluma, el deber más pesado que una montaña». Una vez que tenía la montaña cargada sobre los hombros, no había modo de soltarla. De todos modos, no había nadie más que pudiera llevarla a cuestas y no tenía sentido quejarse por algo que no se podía cambiar.

—¿Habéis dado con los hombres que llevaron a cabo el linchamiento? —inquirió con voz enérgica. Bashere sacudió la cabeza—. Entonces, encontradlos y arrestadlos por asesinato. Quiero que se ponga freno a esto. Ya. Dudar de mí no es ningún crimen.

Corría el rumor de que el Profeta sí lo consideraba de ese modo, pero él no podía hacer nada al respecto todavía. Ni siquiera sabía dónde estaba Masema, aparte de que era en Ghealdan o en Amadicia. Si es que no se había dirigido a algún otro lugar entretanto. Añadió otra nota más a las tomadas mentalmente: tenía que encontrar a ese hombre y refrenarlo de algún modo.

—¿Tenga las consecuencias que tenga? —preguntó Bashere—. Se rumorea que sois un falso Dragón que mató a Morgase con la ayuda de las Aes Sedai. Se supone que el pueblo ha de alzarse contra vos y vengar a su reina. Tal vez haya más de una persona haciendo correr ese rumor. No está claro.

El semblante de Rand se endureció. Podía vivir con lo primero —tenía que hacerlo; había demasiadas variaciones en lo sucedido para sofocar los comentarios por mucho que él lo negara— pero no toleraría la incitación a la rebelión. Andor no se iba a dividir por culpa de una guerra. Le entregaría a Elayne un país tan íntegro como había llegado a sus manos. Lo haría, si es que volvía a verla alguna vez.

—Descubrid quiénes lo empezaron —instó duramente—, y metedlos en prisión. —Luz ¿cómo descubrir quién había comenzado un rumor?—. Si buscan el perdón, que se lo pidan a Elayne. —Una joven criada que llevaba un tosco vestido marrón y que estaba limpiando el polvo a una bandeja de cristal tallado, reparó en su gesto y el recipiente cayó de sus manos repentinamente temblorosas y se hizo añicos. No siempre cambiaba el azar—. ¿Hay alguna noticia buena? No me vendría nada mal.

La joven se agachó para recoger los fragmentos de cristal, pero Sulin la miró de soslayo, sólo de soslayo, y la chica se incorporó como impulsada por un resorte, con los ojos desorbitados, y se aplastó contra un tapiz que representaba la cacería de un leopardo. Rand no lo entendía, pero algunas mujeres parecían tenerles más miedo a las Doncellas que a los varones Aiel. La muchacha miró a Bael como si esperara que él la protegiese, pero el jefe de clan ni siquiera pareció reparar en ella.

—Eso depende de lo que entendáis por buenas noticias. —Bashere se encogió de hombros—. Me he enterado de que Ellorien de la casa Traemane y Pelivar de la casa Coelan llegaron a la ciudad hace tres días o, mejor dicho, entraron a hurtadillas, y ninguno de los dos se ha acercado a la Ciudad Interior, que yo sepa. En la calle se comenta que Dyelin de la casa Taravin se

encuentra en la campiña, cerca de aquí. Ninguno de ellos ha respondido a vuestra invitación. No he oído nada que relacione a ninguno de los tres con los rumores de antes.

Miró hacia Bael, que sacudió la cabeza.

—A nosotros nos llegan menos chismes que a ti, Davram Bashere. La gente de aquí habla con más libertad con otros habitantes de las tierras húmedas.

En cualquier caso eran buenas noticias. Ésas eran personas que Rand necesitaba. Si lo consideraban un falso Dragón, encontraría un modo de sortear eso. Si creían que había matado a Morgase... En fin, tanto mejor si permanecían leales a su recuerdo y a su linaje.

—Enviadles nuevas invitaciones a visitarme. Incluid el nombre de Dyelin. Puede que sepan dónde está.

—Si envío yo esa invitación —arguyó, dubitativo, Bashere—, quizá sólo sirva para recordarles que hay un ejército saldaenino en Andor.

Rand vaciló y después asintió, repentinamente sonriente.

—Pedidle a lady Arymilla que la lleve en persona. No me cabe la menor duda de que saltará ante la oportunidad de mostrarles cuán estrecha es su relación conmigo. Pero escribidla vos.

Las lecciones de Moraine sobre el Juego de las Casas volvían a serle útiles.

—No sé si es buena o mala noticia —dijo Bael—, pero los Escudos Rojos me han informado que dos Aes Sedai han alquilado habitaciones en una posada de la Ciudad Nueva. —Los Escudos Rojos habían estado ayudando a los hombres de Bashere a patrullar Caemlyn y ahora se encargaban de hacer el trabajo ellos. Bael sonrió al advertir la mueca de disgusto del saldaenino—. Oímos menos comentarios, Davram Bashere, pero quizás a veces vemos más.

—¿Alguna de ellas es nuestra amiga a la que le gustan los gatos? —preguntó Rand. Los chismes sobre la presencia de alguna Aes Sedai en la ciudad continuaban; a veces eran dos o tres o todo un grupo. Lo único que Bashere o Bael habían conseguido sacar en claro, sin embargo, eran hablillas de una Aes Sedai que curaba a perros y gatos, pero siempre eran noticias de segunda mano, relatadas por alguien que las había oído en una taberna o en el mercado.

—No lo creo —repuso Bael sacudiendo la cabeza—. Los Escudos Rojos dicen que estas dos parecen haber llegado por la noche.

Bashere parecía interesado; rara vez dejaba pasar la oportunidad de repetir que Rand necesitaba Aes Sedai. Por el contrario, Bael tenía el entrecejo fruncido, aunque tan ligeramente que nadie lo habría advertido salvo otro Aiel. Su pueblo era precavido en el trato con Aes Sedai, incluso reacio.

Aquellas pocas palabras daban mucho que pensar a Rand, y todas las conclusiones que sacaba conducían hacia él. Dos Aes Sedai tenían que tener una razón para ir a Caemlyn considerando que sus hermanas evitaban la ciudad desde su llegada; y esa razón sin duda tenía que ver con él. Incluso en los mejores tiempos, pocas personas viajaban de noche, y los que corrían ahora no eran precisamente los más seguros. Unas Aes Sedai llegando en plena noche probablemente intentaban no llamar la atención, y a buen seguro que la suya la que menos. Por otro lado, a lo mejor se dirigían con urgencia hacia otro lugar, lo cual apuntaba una misión encomendada por la Torre. Y, a fuer de ser sincero, no se le ocurría nada que en ese momento

Librodot

tuviera más importancia para la Torre que él. O puede que estuvieran de camino para unirse con las Aes Sedai que Egwene insistía en que iban a apoyarlo.

Fuera lo que fuese, quería descubrirlo. Sólo la Luz sabía qué se proponían las Aes Sedai —tanto las de la Torre como las que se escondían de Elaida—, pero tenía que enterarse. Había muchas y podían ser demasiado peligrosas para que no le interesara. ¿Cómo reaccionaría la Torre cuando Elaida se enterara de su amnistía? ¿Cómo reaccionaría cualquier Aes Sedai? ¿Se habrían enterado ya?

Cuando se acercaban a las puertas que había al final del pasillo, Rand abrió la boca para decirle a Bael que pidiera a una de las Aes Sedai que fuera a palacio. Podía manejar a dos Aes Sedai si llegaba el caso —siempre y cuando no lo cogieran por sorpresa— pero era absurdo correr riesgos inútiles hasta que supiera quiénes eran y qué intenciones tenían.

«Estoy lleno de orgullo. ¡Me asquea el orgullo que me destruyó!»

Rand dio un traspié. Era la primera vez en ese día que la voz de Lews Therin sonaba dentro de su cabeza —y demasiado semejante a un comentario a sus reflexiones sobre las Aes Sedai para no inquietarlo—, pero no fue por eso por lo que se tragó lo que había estado a punto de decir ni por lo que se paró en seco.

A causa del calor las puertas estaban abiertas, y se veía uno de los jardines de palacio. No quedaban flores, y algunos rosales y arbustos de estrellas blancas estaban marchitos, pero los árboles caducos aguantaban todavía con hojas, aunque pocas, alrededor de la cantarina fuente de mármol blanco, en el centro del jardín. Una mujer vestida con amplias faldas de lana marrón y blusa suelta de blanco *algode* se encontraba de pie junto a la fuente, con un chal gris echado sobre los brazos, mirando el agua con la expresión maravillada con que la miraba a menudo cuando no tenía otro uso que el de ser contemplada. Rand admiró embebecido los rasgos de Aviendha, con las ondas del rojizo cabello cayéndole sobre los hombros desde el pañuelo gris doblado que le ceñía las sienes. Luz, qué hermosa era. Absorta en los chorros del agua no había reparado en su presencia.

¿La amaba? No lo sabía. En su mente y sus sueños se enredaba en una maraña con Elayne e incluso con Min. Lo que sí sabía es que él era peligroso; no tenía nada que ofrecer a una mujer excepto dolor.

«Ilyena —sollozó Lews Therin—. ¡La maté! ¡Así la Luz me consuma para siempre!»

—Un par de Aes Sedai que aparecen así podría ser importante —dijo en voz queda—. Creo que debería visitar esa posada y ver para qué han venido. —Casi todo el mundo se había parado cuando lo hizo él, pero Enaila y Jalani intercambiaron miradas y siguieron caminando en dirección al jardín. Levantó un poco el tono y lo endureció de manera considerable al añadir—: Las Doncellas vendrán conmigo. Cualquiera de ellas que prefiera ponerse un vestido y hacer de casamentera puede quedarse.

Enaila y Jalani se pusieron tensas y giraron rápidamente sobre sus talones para mirarlo con ojos brillantes de indignación. Menos mal que Somara no estaba ese día de servicio; habría seguido caminando a pesar de todo. Los dedos de Sulin se movieron veloces con el lenguaje de las manos utilizado por las Doncellas, y, fuera lo que fuese lo que dijo, ahogó la expresión de indignación y puso encendidas de vergüenza las mejillas de las dos Doncellas. Los Aiel conocían una gama completa de signos de manos para comunicarse cuando era recomendable guardar silencio. Cada clan

tenía su sistema propio, así como cada sociedad, además de todos los otros que los Aiel sabían, pero sólo las Doncellas lo habían convertido en un lenguaje propiamente dicho.

Rand no esperó a que Sulin terminara antes de dar media vuelta para alejarse del jardín. Las Aes Sedai podían abandonar Caemlyn tan rápidamente como habían llegado. Echó una ojeada por encima del hombro. Aviendha seguía contemplando el agua; no lo había visto. Aceleró el paso.

—Bashere, ¿queréis por favor mandar a uno de vuestros hombres para que tengan preparados los caballos? En la Puerta del Establo Sur.

Las puertas principales de palacio daban a la plaza de la Reina, que probablemente se encontraría abarrotada de gente esperando verlo aunque fuese de refilón. Tardaría media hora en abrirse paso entre el gentío, con suerte.

Bashere hizo una seña, y uno de los jóvenes saldaeninos se adelantó con aquellos andares bamboleantes propios del hombre habituado a la silla de montar.

—Un hombre tiene que saber cuándo esquivar a una mujer —comentó el general sin dirigirse a nadie en particular—, pero un hombre listo también sabe que a veces debe plantarse ante ella y dar la cara.

—Ah, los jóvenes —abundó Bael con aire indulgente—. Persiguen sombras y huyen de la luna, y al final se ensartan el pie con su propia lanza.

Algunos de los Aiel, Doncellas y Manos Cuchillo por igual, pero en especial los de más edad, soltaron risitas quedas. Irritado, Rand volvió a echar una ojeada hacia atrás.

—A ninguno de vosotros os quedaría bien un vestido —dijo.

Sorprendentemente, las Doncellas y los Manos Cuchillo volvieron a reír, esta vez más fuerte. A lo mejor empezaba a pillar un poco el sentido del humor Aiel.

Ocurrió lo que esperaba cuando salió por la Puerta del Establo Sur a una de las curvas calles de la Ciudad Interior. Los cascos de *Jeade'en* repicaron sobre los adoquines del pavimento cuando el caballo se puso a retozar; el rodado apenas salía de su cuadra últimamente. Había mucha gente en la calle, pero ni por asomo tanta como podía esperarse al otro extremo de palacio, y todo el mundo estaba enfrascado en sus asuntos. Aun así, se alzaron dedos para señalar y las cabezas se juntaron para cuchichear. Algunos debían de haber reconocido a Bashere quien, a diferencia de Rand, había ido y venido por la ciudad a menudo; pero cualquiera que saliese de palacio, sobre todo con una escolta de Aiel trotando, tenía que ser alguien importante. Los murmullos y los dedos señalando los siguieron a su paso.

A despecho de las intensas miradas, Rand trató de disfrutar de las bellezas de la Ciudad Interior, obra de los Ogier. Las contadas ocasiones que se le presentaban para disfrutar de algo le eran preciosas. Las calles partían del Palacio Real trazando amplias curvas que seguían el contorno de las colinas como si fueran parte del terreno. Por doquier se alzaban esbeltas torres cubiertas con tejas de colores, o cúpulas doradas o púrpuras o blancas que centelleaban bajo el sol. Aquí, se había dejado un espacio abierto para disfrutar con la vista de un parque lleno de árboles; allí, un cerro proporcionaba una excelente visión panorámica de las suaves llanuras onduladas y los bosques que se divisaban más allá de la alta muralla veteada de plata que rodeaba Caemlyn completamente. La Ciudad Interior se había planeado para deleite de la vista y sosiego del espíritu. Según los

Librodot

Ogier, sólo la propia Tar Valon y la legendaria Manetheren la superaban en belleza, y muchos humanos, en su mayoría andoreños, opinaban que las igualaba.

Las níveas murallas de la Ciudad Interior señalaban el punto donde empezaba la Ciudad Nueva, con sus propias cúpulas y esbeltas torres, algunas de las cuales intentaban igualar la altura de las de la Ciudad Interior, construidas sobre colinas. Aquí las calles más estrechas estaban abarrotadas, e incluso los anchos bulevares, divididos en el centro por hileras de árboles, se encontraban llenos de gente, carros de bueyes, carretas tiradas por caballos, y personas montadas en corceles, carruajes y palanquines. En el aire flotaba un zumbido como el de una colmena.

Aquí se abrieron paso más despacio, aunque la multitud se apartaba. Al igual que la gente de la Ciudad Interior, no sabían quién era, pero nadie deseaba cruzarse en el camino de unos Aiel trotando. Simplemente se tardaba más en pasar entre tanta gente. Y la había de toda clase y condición. Granjeros con ropas de tosca lana y mercaderes con chaquetas o vestidos de excelente corte. Artesanos que se dirigían presurosos a sus negocios y vendedores ambulantes que voceaban sus mercancías expuestas en bandejas o en carros de mano, desde alfileres y cintas hasta fruta y fuegos artificiales, estos dos últimos productos igualmente apreciados y caros por su escasez en la actualidad. Un juglar, con su capa cubierta de parches, estaba hombro con hombro junto a tres Aiel, inspeccionando las armas blancas expuestas en mesas delante del taller de un cuchillero. Dos tipos delgados, con el oscuro cabello trenzado en coletas y la espada ceñida a la espalda —cazadores del Cuerno, supuso Rand— charlaban con varios saldaeninos mientras escuchaban a una mujer y un hombre que tocaban la flauta y el tambor en una esquina. Los cairhieninos, más bajos y de tez más pálida, resaltaban entre los andoreños, al igual que ocurría con los atezados tearianos, pero Rand vislumbró murandianos con largas levitas y altaraneses con los elaborados chalecos, y a barbudos kandoreses, e incluso a un par de domanis de largos bigotes y con pendientes.

También sobresalía otra clase de personas: las que deambulaban sin rumbo fijo, vestidas con chaquetas y vestidos arrugados, a menudo polvorientos y siempre mirándolo todo con los ojos muy abiertos, obviamente sin tener adónde ir y ni idea de qué hacer a continuación. Éstos habían llegado todo lo lejos que podían hacia lo que buscaban: él. El Dragón Renacido. No tenía ni idea de qué iba a hacer con ellos, pero eran su responsabilidad de un modo u otro. Daba igual si él no les había pedido que echaran sus vidas por la borda, que no quisiera que lo hubiesen abandonado todo. Lo habían hecho. Por él. Y, si descubrían quién era, podrían arrollar a los Aiel y hacerlo pedazos en su afán por tocarlo simplemente.

Rozó con los dedos el *angreal* del hombrecillo gordo que llevaba en el bolsillo de la chaqueta. Una buena cosa, si llegaba el momento de tener que utilizar el Poder Único para protegerse contra la gente que había renunciado a todo por él. Ésa era la razón de que se aventurara tan poco por la ciudad. En fin, una de las razones. Tenía muchas cosas que hacer para perder el tiempo dando un paseo a caballo.

La posada a la que Bael lo condujo, en la zona oeste de la ciudad, se llamaba El Sabueso de Culain y era un edificio de tres plantas, techado con tejas rojas. En la sinuosa calle lateral, la multitud se apartó a ambos lados y volvió a juntarse alrededor del grupo de Rand cuando se detuvo. Rand volvió a tocar el *angreal.* Dos Aes Sedai; debería ser capaz de manejarlas a ambas

sin tener que recurrir a eso. Entonces desmontó y entró en el establecimiento, aunque no antes, por supuesto, de que lo hicieran tres Doncellas y un par de Manos Cuchillo, todos ellos de puntillas y en un tris de cubrirse con los velos. Conseguiría antes que un gato cantara que convencerlos de no estar siempre tan alerta. Tras dejar a dos saldaeninos a cargo de los caballos, Bashere y el resto de sus hombres, junto con Bael, fueron en pos de él casi pisándole los talones, y a continuación el resto de los Aiel, excepto los que se quedaron fuera montando guardia. Lo que encontraron no era lo que Rand esperaba.

La sala común podría haber pertenecido a cualquiera de las otras cientos de posadas de Caemlyn, con grandes barriles de cerveza y vino alineados contra la pared enyesada; sobre ellos, otros barriletes más pequeños con brandy, y, en lo alto de todo, un gato gris rayado. Había dos chimeneas barridas y vacías, y tres o cuatro camareras con delantales moviéndose entre las mesas y bancos repartidos por el piso de madera, bajo el techo de vigas. El posadero, un tipo de cara redonda y tres papadas, con el delantal blanco ceñido alrededor del prominente vientre, se acercó presuroso mientras se secaba las manos y echaba ojeadas a los Aiel, sólo con un atisbo de nerviosismo. Caemlyn ya había comprobado que no pensaban saquear y prender fuego a todo cuanto estaba a la vista —convencer a los Aiel que Andor no era un país conquistado y que no podían tomar el quinto no había sido tarea fácil— pero eso no quería decir que los posaderos estuviesen acostumbrados a ver aparecer en su establecimiento a dos docenas a la vez.

El posadero centró su atención en Rand y en Bashere. En este último principalmente. Ambos eran hombres acaudalados a juzgar por sus atuendos, pero Bashere era el mayor por bastantes años y, en consecuencia, seguramente el más importante.

—Bienvenido, milores. ¿En qué os puedo servir? Tengo vinos de Murandy así como andoreños, brandy de…

Rand hizo caso omiso del hombre. Lo que distinguía esta sala común de otras cientos iguales eran los parroquianos. A esa hora del día habría esperado encontrar en ella uno o dos hombres, pero no había ninguno. En cambio, casi todas las mesas estaban ocupadas por mujeres jóvenes vestidas con ropas corrientes. A decir verdad, muchachas en su mayoría, que se giraron en los bancos, con las tazas en la mano, para mirar embobadas a los recién llegados. Más de una soltó una exclamación ahogada al reparar en la altura de Bael. No todas miraban a los Aiel, sin embargo; lo que hizo abrir mucho los ojos a Rand fue la docena más o menos que lo contemplaba boquiabierta a él. Las conocía. No muy bien, pero las conocía. Una en particular atrajo su atención.

—¿Bode? —preguntó con incredulidad.

La muchacha que lo miraba con ojos como platos —¿cuándo se había hecho lo bastante mayor para llevar trenzado el pelo?— era Bodewhin Cauthon, hermana de Mat. Y allí estaba la regordeta Hilde Barran, sentada al lado de la delgaducha Jerilin al'Caar, y la bonita Marisa Ahan, con las manos puestas en las mejillas, como hacía siempre que se sorprendía, y Emry Lewin, con su busto opulento. Y Elisa Marwin y Darea Candwin, y… Eran de Campo de Emond o de los alrededores. Tras echar una rápida ojeada a las otras mesas, Rand comprendió que las otras debían de ser también muchachas de Dos Ríos. La mayoría, en cualquier caso, ya que vio un rostro domani y uno o dos más que podrían ser de lejanas tierras, pero

Librodot

todos sus vestidos se podrían haber visto cualquier día en el Prado de Campo de Emond.

—En nombre de la Luz, ¿qué hacéis aquí? —preguntó.

—Vamos de camino a Tar Valon —logró responder Bode a pesar de estar boquiabierta. Lo único que tenía de parecido con Mat era aquel no sé qué de picardía en los ojos. Su asombro al verlo desapareció rápidamente y dio paso a una amplia sonrisa de maravilla y deleite—. Para hacernos Aes Sedai, como Egwene y Nynaeve.

—Lo mismo podríamos preguntarte a ti —intervino la esbelta Larine Ayellan mientras se colocaba la gruesa trenza sobre el hombro con estudiada indiferencia. Era la mayor de las chicas de Campo de Emond, aunque debía de tener sus buenos tres años menos que él, pero era la única aparte de Bode que llevaba trenzado el pelo. Siempre había tenido muy buena opinión de sí misma y era lo bastante bonita para que todos los chicos le hubiesen confirmado estar en lo cierto—. Lord Perrin apenas ha hablado de ti excepto para decir que estabas por ahí corriendo aventuras. Y llevando excelentes ropas, cosa que veo es cierta.

—¿Se encuentra bien Mat? —preguntó Bode con repentina ansiedad—. ¿Está contigo? Madre está preocupada por él. Ni siquiera se acordaba de cambiarse de calcetines si alguien no se lo decía.

—No —repuso lentamente Rand—, no está aquí. Pero se encuentra bien.

—No imaginábamos que te encontraríamos en Caemlyn —comentó Janacy Torfinn con su voz de tono agudo. No podía tener más de catorce años; era la más joven, al menos entre las chicas de Campo de Emond—. Apuesto que Verin Sedai y Alanna Sedai se sentirán complacidas. Siempre están preguntando qué sabemos de ti.

Las dos mujeres que había nombrado eran Aes Sedai. Conocía a Verin, una hermana Marrón, bastante bien, aunque no sabía qué pensar de ella. Eso, en cualquier caso, era lo menos importante. Estas muchachas eran de casa.

—Entonces ¿todo marcha bien en Dos Ríos? ¿Y en Campo de Emond? Por lo visto Perrin llegó allí sin novedad. ¡Eh, un momento! ¿Lord Perrin, habéis dicho?

Aquello fue como abrir un dique. El resto de las chicas de Dos Ríos estaban más interesadas en observar a los Aiel con largas miraditas de reojo, en especial a Bael, y unas cuantas echaban alguna que otra mirada a los saldaeninos, pero las jóvenes de Campo de Emond se apiñaron alrededor de Rand y todas trataron de hablar al mismo tiempo, mezclando cosas y contándolo todo al revés e intercalando preguntas acerca de Mat y de él, de Egwene y de Nynaeve, la mayoría de las cuales no habría podido contestar ni en una hora aunque le hubiesen dado ocasión de hacerlo.

Los trollocs habían invadido Dos Ríos, pero lord Perrin los había expulsado. Y continuaron con la gran batalla, hablando todas a la par de modo que resultaba difícil enterarse de detalles salvo que había habido una. Todo el mundo había combatido, naturalmente, pero había sido lord Perrin quien los había salvado a todos. Siempre «lord» Perrin; cada vez que Rand se refería a él simplemente como Perrin, lo corregían del modo mecánico con que lo habrían hecho si en lugar de decir «caballo» hubiese dicho «burro».

A pesar de la noticia de que habían derrotado a los trollocs, Rand sintió opresión en el pecho. Los había abandonado a eso. Si hubiese ido, tal vez no habría habido una lista tan larga de muertos, tantos nombres que le eran

Librodot

conocidos. Pero, si hubiese ido, no tendría a los Aiel respaldándolo; Cairhien no sería suyo, en la medida que lo era; y seguramente Rahvin estaría lanzando a un Andor unido contra él y contra Dos Ríos. Siempre había que pagar un precio por cada decisión que tomaba. Ser quien era tenía un precio, que pagaban otros. Tenía que recordarse de continuo que era mucho menor que el que habrían pagado sin él. No obstante, ese razonamiento no lo ayudaba gran cosa.

Interpretando su gesto como consternación por los muertos de Dos Ríos, las chicas se apresuraron a contarle cosas más alegres. Por lo visto Perrin se había casado con Faile. Rand le deseó toda la dicha posible por ello y se preguntó cuánto duraría la poca o mucha felicidad que hallara cualquiera de ellos. Las chicas lo veían como algo muy romántico y maravilloso, y sólo parecían lamentar que no hubiese habido tiempo para las habituales celebraciones de una boda. Se veía que apreciaban a Faile, que la admiraban mucho, y también se advertía una pizca de envidia, incluso en Larine.

También había habido Capas Blancas, y con ellos, Padan Fain, el viejo buhonero que solía ir a Campo de Emond cada primavera. Las muchachas no parecían muy seguras de si los Capas Blancas habían sido amigos o enemigos; pero, para Rand, la presencia de Fain dejaba muy claro el asunto aunque hubiese albergado alguna duda al respecto. Fain era un Amigo Siniestro, quizás algo incluso peor, y sería capaz de cualquier cosa con tal de hacer daño a Mat, a Perrin y a él. Sobre todo a él. Quizá la peor noticia que pudieron darle era que nadie sabía realmente si Fain había muerto. En cualquier caso, los Capas Blancas se habían marchado, los trollocs habían desaparecido, y los refugiados llegaban a montones a través de las Montañas de la Niebla, trayendo consigo todo tipo de cosas nuevas, desde costumbres y negocios, plantas y semillas, hasta estilos de vestir. Una de las chicas era domani, y había otras dos tarabonesas y tres del llano de Almoth.

—Larine compró un vestido domani —rió la pequeña Janacy—, pero su madre la obligó a devolverlo a la modista.

Larine alzó una mano, pero lo pensó mejor y se limitó a atusarse la coleta al tiempo que aspiraba ruidosamente por la nariz. Janacy soltó otra risita.

—¿A qué viene hablar de vestidos? —exclamó Susa al'Seen—. A Rand no le importan esas cosas. —Susa era una chica delgada e inquieta, con un carácter muy excitable, y ahora estaba brincando puesta de puntillas—. Alanna Sedai y Verin Sedai hicieron la prueba a todas. Bueno, a casi todas.

—Cilia Cole querían que se la hicieran también a ella —intervino Marce Eldin, una joven baja y fornida. Rand no recordaba gran cosa sobre ella, excepto que siempre tenía la nariz metida en un libro, incluso cuando iba caminando por la calle—. ¡Insistió! Y la pasó, pero le dijeron que era demasiado mayor para hacerse novicia.

—Y todas pasamos… —le quitó Susa la palabra de la boca a Marce.

—Hemos estado viajando a lo largo de todo el día y prácticamente de toda la noche a partir de Puente Blanco —agregó Bode—. Con lo agradable que es quedarse en un sitio un poco.

—¿Conoces Puente Blanco, Rand? —interrumpió Janacy a Bode—. ¿La propia Puente Blanco?

—¡Y vamos a Tar Valon a convertirnos en Aes Sedai! —terminó Susa al tiempo que lanzaba una mirada furibunda que abarcaba a Bode, Marce y Janacy—. ¡A Tar Valon!

Librodot

—De momento no vamos a ir a Tar Valon.

La voz que sonó en la puerta de la calle atrajo la atención de las chicas, apartándola de Rand, pero las dos Aes Sedai que acababan de entrar rechazaron sus preguntas con ademanes bruscos. Toda la atención de las dos mujeres estaba centrada en Rand. Eran muy dispares a pesar del rasgo común de intemporalidad de sus rostros; tanto la una como la otra podrían tener cualquier edad, pero Verin era baja y llenita, con el rostro cuadrado y un toque de canas en el cabello, mientras que la otra, que debía de ser Alanna, era de tez morena y esbelta, una hermosa mujer de rasgos zorrunos, con una densa y ondulada melena negra y un brillo en los ojos que denotaba un fuerte temperamento. Y con una ligera rojez en los párpados, como si hubiese estado llorando, aunque a Rand le costaba trabajo imaginar a una Aes Sedai derramando lágrimas. Su traje de montar era de seda gris con aplicaciones verdes, y daba la impresión de que se lo acabara de poner, mientras que el de Verin, en color marrón claro, parecía un poco arrugado. Sin embargo, si Verin prestaba escasa atención a su atuendo, sus oscuros ojos eran en verdad penetrantes y estaban prendidos en Rand con la firmeza de unos mejillones en la roca.

Dos hombres con capas de un tono verde apagado entraron tras ellas en la sala común; uno era fornido y canoso, y el otro alto y moreno, flexible como una vara, pero ambos llevaban espada al cinto y sus movimientos felinos los habrían señalado como Guardianes aun en el caso de que no hubiesen estado las Aes Sedai. No hicieron el menor caso a Rand y en cambio observaron vigilantes a los Aiel y los saldaeninos con una quietud que proclamaba su disposición a saltar como muelles en un visto y no visto. Por su parte, los Aiel no se movieron exactamente, pero había en ellos un aire de estar prestos a subir los velos en cualquier momento, Doncellas y Manos Cuchillo por igual, y los dedos de los jóvenes saldaeninos se dirigieron de inmediato hacia las empuñaduras de sus espadas. Sólo Bael y Bashere parecían encontrarse por completo a gusto. Las mujeres, excepto las Aes Sedai, no advirtieron nada, pero el gordo posadero percibió la tensión en el ambiente y empezó a retorcerse las manos, sin duda imaginando ya su sala común hechas trizas, cuando no toda la posada.

—No habrá problemas —dijo Rand en voz alta y firme para tranquilizar al posadero y a los Aiel. Y a todo el mundo, esperaba—. No los habrá a menos que vos los empecéis, Verin.

Varias de las chicas lo miraron con los ojos desorbitados por atreverse a hablar así a una Aes Sedai, y Larine incluso aspiró por la nariz sonoramente. Verin lo estudió con sus ojillos de pájaro.

—¿Y quiénes somos para empezar un conflicto contra ti? Has llegado muy lejos desde la última vez que te vi.

Por alguna razón, Rand no quería hablar de eso.

—Si habéis decidido no ir a Tar Valon, entonces es que os habéis enterado de la escisión de la Torre. —Aquello provocó un murmullo sobresaltado entre las jóvenes; ellas, obviamente, no lo sabían. Por su parte, las Aes Sedai no mostraron reacción alguna—. ¿Sabéis dónde se encuentran las que se han opuesto a Elaida?

—Hay cosas que deberíamos discutir en privado —adujo sosegadamente Alanna—. Maese Dilham, necesitamos vuestro comedor privado.

El posadero hizo una reverencia tan pronunciada que casi se fue de bruces al suelo mientras le aseguraba que estaba a su disposición. Verin se encaminó hacia una puerta lateral.

Librodot

—Por aquí, Rand —dijo.

Alanna lo miró enarcando una ceja con gesto interrogante. Rand esbozaba una sonrisa irónica. Acababan de entrar y ya se habían puesto al mando, pero por lo visto eso era algo tan natural en las Aes Sedai como respirar. Las chicas de Dos Ríos lo observaban con mayor o menor conmiseración. Sin duda creían que las Aes Sedai lo desollarían si no hablaba como era debido y se sentaba bien derecho. A lo mejor Alanna y Verin también pensaban lo mismo. Tras hacer una leve y elegante reverencia, invitó a Alanna a adelantarse a él. Así que había llegado muy lejos, ¿no? No tenían idea de cuánto.

Alanna respondió a su reverencia inclinando ligeramente la cabeza, se recogió los vuelos de la falda y fue en pos de Verin como si se deslizara por el suelo en lugar de caminar. Empero, el problema estalló de inmediato. Los dos Guardianes hicieron intención de seguir a las Aes Sedai y, antes de que hubiesen dado un solo paso, un par de *Sovin Nai* de fría mirada se interpusieron en su camino, en tanto que los dedos de Sulin transmitían algo con el lenguaje de señas, de manera que Enaila y otra fornida Doncella llamada Dagendra se desplazaron en dirección a la puerta hacia la que se dirigían las Aes Sedai. Los saldaeninos miraron a Bashere, que les indicó con un gesto que se quedaran quietos, pero a su vez él miró a Rand, como preguntándole. Alanna soltó un ruido de enojo.

—Hablaremos a solas con él, Ihvon.

El esbelto Guardián frunció el entrecejo, pero después asintió lentamente.

Verin miró hacia atrás, con cierto aire de sobresalto, como si la hubiesen sacado repentinamente de profundas reflexiones.

—¿Qué? Oh, sí, por supuesto. Tomás, quédate aquí, por favor.

El canoso Guardián parecía vacilante y asestó a Rand una dura mirada antes de retroceder hacia la pared, junto a la puerta principal. Al menos, parecía distendido, si es que tal cosa podía decirse de un cable tenso. Sólo entonces se relajaron los Manos Cuchillo... hasta el punto en que los Aiel se relajaban, claro es.

—Quiero hablar a solas con ellas —dijo Rand, mirando directamente a Sulin. Por un instante pensó que la mujer iba a discutir su orden al advertir que tenía prietas las mandíbulas en un gesto de obstinación; finalmente, hubo un intercambio con el lenguaje de señas entre ella, Enaila y Dagendra, y estas dos retrocedieron, aunque mirándolo y sacudiendo la cabeza con desaprobación. Los dedos de Sulin se movieron de nuevo, y todas las Doncellas se echaron a reír. Rand deseó que hubiese algún modo de aprender ese lenguaje; Sulin se había escandalizado cuando le pidió que le enseñaran.

Entre las chicas de Dos Ríos se intercambiaron miradas confusas cuando Rand fue en pos de las Aes Sedai y cerró la puerta tras ellos; el murmullo subió de volumen. El comedor privado era un cuarto pequeño, pero con sillas enceradas en lugar de bancos, y candelabros de peltre tanto en la pulida mesa como sobre la repisa tallada de la chimenea. Las dos ventanas estaban cerradas, aunque ninguno de ellos hizo intención de abrirlas. Rand se preguntó si las Aes Sedai se habrían percatado de que el calor lo afectaba tan poco como a ellas.

—¿Las llevaréis con las rebeldes? —preguntó de inmediato.

Verin, con el ceño fruncido, se alisó la falda.

—Sabes bastante más sobre eso que nosotras.

—No nos enteramos de lo ocurrido en la Torre hasta que llegamos a Puente Blanco. —El tono de Alanna era frío, pero en sus ojos, prendidos en Rand, había un brillo ardiente—. ¿Qué sabes sobre las... rebeldes? —Esta última palabra la pronunció con infinito desagrado.

Así que habían oído los rumores en Puente Blanco y a continuación habían apresurado la marcha hasta allí sin decirles nada a las chicas. Y, a juzgar por la reacción de Bode y las demás, la decisión de no ir a Tar Valon era reciente. Aparentemente, habían tenido confirmación de los hechos esa misma mañana.

—Supongo que no querréis decirme quién es vuestra informadora en Caemlyn.

Se limitaron a mirarlo; Verin ladeó la cabeza para estudiarlo. Curioso lo inquietantes que le parecían en otro tiempo las miradas de las Aes Sedai, tan enteradas y serenas ocurriera lo que ocurriese. Tener clavada en él la mirada de una Aes Sedai, o incluso de dos, ya no hacía que se le encogiera el estómago. «Orgullo», rió dementemente Lews Therin, y Rand tuvo que reprimir una mueca.

—Me han dicho que existen las rebeldes —empezó—. Y vosotras no habéis negado saber dónde están. No es mi intención causarles ningún daño, todo lo contrario. Tengo razones para pensar que podrían apoyarme. —No confesó la verdadera razón por la que quería saberlo. Quizá Bashere estuviera en lo cierto; quizá necesitara el respaldo de las Aes Sedai. Pero principalmente quería saberlo porque le habían dicho que Elayne se encontraba con ellas. Necesitaba a la joven para ganarse Andor pacíficamente. Eso era lo único que lo movía a buscarla. Lo único. Era tan peligroso para ella como para Aviendha—. Por amor de la Luz, si lo sabéis, decídmelo.

—Si lo supiéramos —repuso Alanna—, no tendríamos derecho a decírselo a nadie. Si deciden apoyarte, puedes estar seguro de que te buscarán.

—Cuando ellas lo decidan —abundó Verin—, no tú.

Rand sonrió sombríamente. Debería haber sabido que no podía esperar de ellas otra cosa. Tenía grabada en la mente la recomendación de Moraine el día que murió: no confiar en ninguna mujer que llevara el chal.

—¿Está Mat contigo? —quiso saber Alanna, como si realmente se le acabara de ocurrir.

—Si supiera dónde está, ¿por qué razón habría de decíroslo? ¿Una pregunta por turno?

A las mujeres no pareció hacerles gracia.

—Es absurdo tratarnos como a enemigas —murmuró Alanna mientras se acercaba a él—. Pareces agotado. ¿Estás descansando lo suficiente? —Se detuvo cuando él retrocedió ante su mano levantada—. Igual que tú, Rand, no es mi intención hacer daño. Nada de lo que haga aquí te causará ninguna herida.

Puesto que lo había dicho directamente debía ser así. Asintió, y ella alzó la mano hacia su cabeza. Sintió un ligero cosquilleo en la piel cuando la mujer abrazó el *Saidar,* y una conocida oleada de calor le recorrió el cuerpo, la comprobación de su estado de salud.

Alanna asintió con satisfacción. Y, de repente, la sensación cálida se tornó en ardiente calor, un relampagueante fogonazo, como si durante un instante se hubiese encontrado en el interior de un horno. Aun después de que pasara, se sintió extraño, con una aguda percepción de sí mismo como

Librodot

nunca había experimentado antes, y percibiendo a Alanna con igual intensidad. Se tambaleó, mareado, notando los músculos fláccidos. Le llegó un lejano eco de confusión e intranquilidad procedente de Lews Therin.

—¿Qué habéis hecho? —demandó. Embargado por la furia entró en contacto con el *Saidin,* cuya fuerza lo ayudó a mantenerse erguido—. ¿Qué habéis hecho?

Algo golpeó contra el flujo que lo conectaba con la Fuente Verdadera. ¡Estaban intentando aislarlo! Tejió sus propios escudos y los situó violentamente alrededor de las dos mujeres. En verdad había llegado muy lejos y había aprendido mucho desde que Verin lo había visto por última vez. La hermana Marrón trastabilló y apoyó una mano en la mesa para sostenerse, y Alanna gruñó como si le hubiese asestado un puñetazo.

—¿Qué me habéis hecho? —Aun encontrándose en lo más profundo del frío e impasible vacío, su voz le sonó ronca—. ¡Decídmelo! Yo no hice promesas de no haceros daño a vosotras. Si no me lo decís…

—Te ha vinculado —se apresuró a contestar Verin; pero, aunque durante un momento había perdido su habitual serenidad, volvió a envolverse en ella un instante después—. Te ha vinculado como uno de sus Guardianes. Eso es todo.

Alanna recobró la compostura aun más deprisa. Todavía aislada por el escudo, lo miró a la cara sosegadamente, cruzada de brazos y con un atisbo de satisfacción en los ojos. ¡Satisfacción!

—Dije que no te heriría, y lo que he hecho es exactamente lo contrario a herir.

Respirando con inhalaciones lentas y profundas, Rand trató de serenarse. Se había metido en la trampa como un corderito. La ira bramaba en el exterior del vacío. Calma. Debía tener calma. Uno de sus Guardianes. Entonces, era una Verde; aunque eso daba lo mismo. Sabía muy poco sobre los Guardianes, y ciertamente nada de cómo romper el vínculo, si es que podía romperse. Lo único que percibía de Lews Therin era una sensación de estupor conmocionado. No por primera vez, Rand deseó que Lan no se hubiera marchado a galope después de la muerte de Moraine.

—Dijisteis que no ibais a Tar Valon. En ese caso, y puesto que aparentemente no sabéis dónde están las rebeldes, podéis quedaros en Caemlyn. —Alanna abrió la boca, pero él se le adelantó—. ¡Y dad gracias si decido no atar esos escudos y dejaros así! —Aquello captó su atención. Verin apretó la boca, y los ojos de Alanna remedaron a la perfección el horno en el que se había sentido—. Os mantendréis alejadas de mí, sin embargo. Las dos. A menos que os mande llamar, la Ciudad Interior está cerrada para vosotras. Intentad quebrantar esa orden y entonces sí que os dejaré aisladas por los escudos, y además dentro de una prisión. ¿Queda claro?

—Perfectamente. —A despecho del fuego que había en sus ojos, la voz de Alanna sonó fría.

Verin se limitó a asentir con la cabeza.

Rand abrió violentamente la puerta y se paró en seco. Había olvidado a las chicas de Dos Ríos. Algunas estaban hablando con las Doncellas, otras simplemente observándolas y susurrando entre sorbo y sorbo de té. Bode y un puñado de muchachas de Campo de Emond estaban interrogando a Bashere, que tenía una jarra de peltre en la mano y un pie apoyado en el asiento de un banco. Las chicas parecían entre divertidas y estupefactas. El golpazo de la puerta al abrirse hizo que giraran las cabezas hacia allí.

—Rand —exclamó Bode—, este hombre está diciendo cosas horribles de

Librodot

ti.

—Asegura que eres el Dragón Renacido —barbotó Larine. Por lo visto, el resto de las muchachas no lo había oído y ahora se quedaron boquiabiertas.

—Lo soy —repuso Rand con cautela.

Larine resopló y se cruzó de brazos.

—Tan pronto como vi esa chaqueta supe que te habías vuelto un engreído, después de escaparte con una Aes Sedai de aquel modo. Lo supe antes de que hablaras con tan poco respeto a Alanna Sedai y a Verin Sedai. Pero lo que no sabía es que te hubiesen vuelto un completo estúpido.

La risa de Bode sonó más consternada que divertida.

—No deberías decir esas cosas ni de broma, Rand. Tam te educó mejor de lo que tu comportamiento da a entender. Eres Rand al'Thor. Y deja ya esas tonterías.

Rand al'Thor. Ése era su nombre, pero en realidad no sabía quién era. Tam al'Thor lo había criado, pero su padre había sido un jefe Aiel, muerto largo tiempo atrás. Su madre fue una Doncella, pero no era Aiel. Eso era todo lo que sabía respecto a quién era.

El *Saidin* lo henchía todavía. Suavemente, envolvió a Bode y a Larine en flujos de Aire y las levantó hasta que sus pies quedaron colgando a un palmo del suelo.

—Soy el Dragón Renacido. Negarlo no cambiará ese hecho. Desearlo tampoco lo cambiará. Ya no soy el hombre que conocíais en Campo de Emond. ¿Lo entendéis ahora? ¿Lo entendéis?

Se dio cuenta de que estaba gritando y cerró la boca de golpe. Sentía el estómago como si fuera de plomo, y estaba temblando. ¿Por qué había hecho eso Alanna? ¿Qué maquinación Aes Sedai se escondía tras aquel bonito rostro? Moraine le había dicho que no confiara en ninguna de ellas.

Una mano se posó en su brazo, y Rand giró bruscamente la cabeza hacia ese lado.

—Por favor, bájalas —dijo Alanna—. Por favor. Están asustadas.

Estaban más que asustadas. Larine se había quedado lívida y abría la boca hasta donde le era posible como si quisiera gritar y hubiese olvidado cómo hacerlo. Bode sollozaba tan desconsoladamente que temblaba. No eran las únicas. El resto de las muchachas de Dos Ríos se habían arremolinado lo más lejos que podían de él y la mayoría también lloraba. Las camareras estaban igualmente en aquel apretado grupo, sollozando con tantas ganas como la que más. El posadero había caído de rodillas en el suelo, con los ojos casi en blanco y haciendo ruidos incomprensibles.

Rand bajó suavemente a las dos muchachas y cortó el contacto con el *Saidin.*

—Lo lamento. No quería asustaros. —Tan pronto como pudieron moverse, Bode y Larine corrieron a reunirse con las demás chicas, ceñidas en un abrazo—. Bode, Larine, lo siento. No os haré daño, lo prometo.

No lo miraron. Ninguna de ellas lo hizo. Sulin sí que lo miraba, al igual que las otras Doncellas, con gesto impasible y desaprobación en los ojos.

—Lo hecho, hecho está —intervino Bashere mientras soltaba la jarra—. ¿Quién sabe? Quizás haya sido mejor así.

Rand asintió con lentitud. Sí, probablemente lo era. Mejor que quisieran mantenerse alejadas de él. Mejor para ellas. Sólo que ojalá hubiese podido charlar un rato más sobre las cosas de casa. Un rato más con ellas viéndolo sólo como Rand al'Thor. Las rodillas le temblaban todavía por la vinculación, pero una vez que echó a andar no se detuvo hasta encontrarse a lomos de

Librodot

Jeade'en. Mejor que le tuvieran miedo. Mejor que se olvidara de Dos Ríos. Se preguntó si esa montaña cargada en sus hombros se tornaría alguna vez un poco más ligera durante un tiempo o sólo seguiría haciéndose más y más pesada.

Librodot

CAPÍTULO 11

Lecciones y maestros

Tan pronto como Rand salió por la puerta, Verin soltó el aire que había estado conteniendo. Una vez le había dicho a Siuan y a Moraine lo peligroso que era. Ninguna le había hecho caso y ahora, al cabo de poco más de un año, Siuan estaba neutralizada y quizá muerta, en tanto que Moraine... Las calles estaban llenas de rumores sobre el Dragón Renacido en el Palacio Real, la mayoría de ellos imposibles de creer, y ninguno verosímil que se refiriera a una Aes Sedai. Tal vez Moraine lo habría dejado creer que hacía las cosas a su modo, pero nunca habría permitido que se alejara de ella, en especial cuando estaba alcanzando tanto poder. ¿Se habría revuelto Rand contra ella con más violencia de lo que acababa de hacer con ellas? Había madurado desde la última vez que lo había visto; su rostro mostraba la tensión de una lucha continua. La Luz sabía que tenía razones de sobra para ello, pero ¿no sería también una lucha contra la locura?

Así pues, Moraine muerta, Siuan muerta, la Torre dividida y Rand posiblemente al borde de la locura. Verin chasqueó la lengua con irritación. Si uno corría riesgos, a veces le pasaban factura cuando menos lo esperaba y en el modo que menos imaginaba. Casi setenta años de cuidadoso trabajo por su parte, y ahora todo podía irse al traste por culpa de un joven. Aun así, había vivido demasiado tiempo, había soportado muchas cosas para permitirse caer en el desánimo. «Lo primero es lo primero; hay que ocuparse de lo que se puede hacer ahora en vez de preocuparse en exceso por lo que puede que nunca llegue a ser.» Esa lección se la habían enseñado a la fuerza, pero la había aprendido a pies juntillas.

Y lo primero era tranquilizar a las muchachas, que seguían apiñadas como un hato de ovejas, sollozando y abrazadas unas a otras, ocultando las caras. Lo entendía muy bien; aunque no era la primera vez que se encontraba ante un hombre capaz de encauzar, y mucho menos ante el mismísimo Dragón Renacido, sentía el estómago revuelto como si estuviese en un barco en plena mar. Empezó diciéndoles palabras reconfortantes, dando palmaditas en un hombro aquí, acariciando el cabello allí, tratando de dar a su voz un tono maternal. Tras convencerlas de que Rand se había marchado —lo que significaba conseguir que algunas abrieran los ojos— le llevó bastante rato lograr imponer cierta calma. Finalmente los lloros cesaron. Pero Janacy siguió pidiendo con un timbre agudo que alguien le dijera que Rand había mentido, que todo había sido un truco, en tanto que Bodewhin clamaba con una voz igualmente aguda que se encontrara a su hermano y lo rescataran —Verin habría dado mucho por saber dónde se hallaba el joven— y Larine manifestaba entre lloriqueos que tenían que marcharse de Caemlyn inmediatamente, sin perder un instante.

Verin se llevó aparte a una de las camareras, una mujer de rostro vulgar y al menos veinte años mayor que cualquiera de las muchachas de Dos Ríos; tenía los ojos muy abiertos, y se limpiaba las lágrimas con el delantal, sin dejar de temblar. Verin le preguntó su nombre y a continuación

le pidió:

—Tráenos té recién hecho, Azril, caliente y con mucha miel, y ponle un poco de brandy. —Al considerar el estado de las muchachas, añadió—: Mejor echa un buen chorro en cada taza. —Eso ayudaría a tranquilizarles los nervios—. Y tú y las otras camareras tomaos también una taza.

Azril sorbió, parpadeó y se limpió la cara, pero respondió con una reverencia; que le encargaran una tarea habitual consiguió frenar el flujo de lágrimas, ya que no borrar su miedo.

—Sírveselo en sus habitaciones —instruyó Alanna, y Verin convino asintiendo con la cabeza. Un rato de sueño haría maravillas. Hacía sólo unas pocas horas que se habían levantado, pero el brandy, sumado a las fatigas del duro viaje, sería un buen remedio para dormir.

La orden ocasionó un revuelo.

—No podemos escondernos aquí —logró protestar Larine entre hipidos y sorbidos de nariz—. ¡Tenemos que irnos! ¡Ahora! ¡Nos matará!

Las mejillas de Bodewhin brillaban con las lágrimas, pero en su rostro había una expresión decidida. La testarudez propia de la gente de Dos Ríos iba a causar problemas a más de una de estas chicas.

—Tenemos que encontrar a Mat. No podemos dejarlo con... Con un hombre que... ¡No podemos! ¡Aunque sea Rand, no podemos, simplemente!

—Pues yo quiero ver Caemlyn —adujo con voz chillona Janacy, aunque todavía estaba temblando.

Las demás se unieron de inmediato a las tres primeras; unas pocas respaldaron a Janacy a despecho de su miedo, pero la mayoría se decantó categóricamente a favor de la marcha inmediata. Una de las chicas de Colina del Vigía, una guapa jovencita llamada Elle, con el cabello claro en contraste con lo que era habitual en Dos Ríos, empezó a llorar de nuevo a lágrima viva.

Verin tuvo que hacer un alarde de autocontrol para no abofetearlas a todas. Las más jóvenes tenían excusa, pero en el caso de Larine, Elle y las otras, con su cabello trenzado, se suponía que eran ya mujeres. A la mayoría no las había tocado, y ya no había peligro. Por otro lado, todas estaban cansadas, la visita de Rand había sido una fuerte impresión y seguramente tendrían que hacer frente a muchas otras en un futuro inmediato, así que refrenó su exasperación.

Alanna no. Incluso entre las Verdes se la conocía por su genio vivo, y últimamente ese rasgo se le había agudizado.

—Os iréis a vuestros cuartos ahora —ordenó fríamente, pero lo único frío en ella era su voz.

Verin suspiró mientras la otra Aes Sedai urdía Aire y Fuego con Ilusión. La sala se llenó de exclamaciones ahogadas y los ojos desorbitados parecieron a punto de salirse de las órbitas. No había necesidad real de hacer algo así, pero por costumbre no se veía con buenos ojos la injerencia en la actuación de otra Aes Sedai; además, a decir verdad, el brusco cese de los sollozos de Elle fue un gran alivio para Verin. Tampoco ella tenía los nervios muy bien. Al carecer de entrenamiento, las jóvenes no podían ver los flujos, por supuesto; para ellas era como si Alanna estuviese volviéndose más y más alta con cada palabra, y su voz crecía a la par, sin cambiar el tono pero haciéndose más intenso para estar en consonancia con su aparente tamaño.

—Vais a ser novicias, y la primera lección que una novicia debe aprender es obedecer a las Aes Sedai. De inmediato. Sin protestas ni evasivas. —Alanna se encontraba en medio de la sala (sin cambiar a los ojos

Librodot

de Verin, al menos), pero merced a la Ilusión su cabeza tocaba las vigas del techo—. ¡Y ahora, moveos! La que no esté en su cuarto cuando haya contado cinco va a lamentarlo hasta el día que muera. Uno, dos...

Antes de que hubiese llegado a contar tres se produjo una precipitada desbandada hacia la escalera que había en la parte posterior de la sala; fue un milagro que ninguna de las chicas acabara pisoteada por sus compañeras.

Alanna no se molestó en pasar del cuatro. Mientras la última chica de Dos Ríos desaparecía en el piso superior, soltó el *Saidar,* la Ilusión se desvaneció y la Aes Sedai hizo un breve y seco cabeceo de satisfacción. Verin supuso que habría que engatusar a las jóvenes para lograr que asomaran la nariz fuera de sus cuartos ahora. Quizás era mejor así. Tal y como estaban las cosas, no quería que a ninguna se le ocurriera escabullirse para ir a ver Caemlyn, y tener que ir a rescatarla.

Claro que la exhibición de Alanna también había tenido efectos en otros. Fue necesario convencer con buenas palabras a las camareras para que salieran de debajo de las mesas, donde se habían escondido, y a la que sufrió un vahído mientras intentaba llegar gateando a la cocina hubo que ayudarla a ponerse de pie. No hacían ningún ruido; sólo temblaban como hojas en un vendaval. Verin tuvo que darles a todas un empujoncito para que se pusieran en movimiento y repetir las órdenes sobre el té y el brandy tres veces antes de que Azril dejara de mirarla de hito en hito como si esperara que le creciera otra cabeza en cualquier momento. El posadero estaba completamente boquiabierto y sus ojos parecían a punto de salirse de las órbitas. Verin miró a Tomás y le hizo un gesto señalando al tambaleante tipo.

El Guardián puso mala cara —siempre lo hacía cuando le pedía ocuparse de asuntos triviales, pero rara vez discutía sus órdenes—; después rodeó los hombros del posadero con su brazo y le sugirió en tono jovial que compartieran unas copas del mejor vino de la posada. Un buen tipo, Tomás, y muy hábil en situaciones inesperadas. Ihvon se había sentado en un banco, con la espalda recostada en la pared y los pies plantados en una mesa, ingeniándoselas para no perder de vista la puerta principal ni a Alanna. Se había mostrado muy solícito con ella desde que Owein, el otro Guardián, había muerto en Dos Ríos; y, denotando una gran prudencia, se había vuelto más cauteloso hacia el temperamento de la Aes Sedai, aunque por lo general la mujer controlaba mejor el genio de lo que había hecho ese día. La propia Alanna no mostró ningún interés en arreglar el alboroto que había ocasionado. Se quedó plantada en medio de la sala, mirando al vacío, cruzada de brazos. Para cualquiera que no fuese Aes Sedai probablemente habría parecido la personificación de la serenidad; pero, a los ojos de Verin, Alanna era una mujer a punto de estallar.

—Tenemos que hablar —le dijo.

Alanna la miró con ojos inescrutables y después, sin decir palabra, se encaminó al comedor privado. A su espalda, Verin oyó decir a maese Dilham con voz temblorosa:

—¿Creéis que podría decir que el Dragón Renacido es parroquiano de mi posada? Al fin y al cabo, entró en ella.

Verin esbozó una breve sonrisa; al menos el hombre se estaba recuperando. El gesto se desvaneció en su rostro cuando cerró la puerta, dejando aisladas a Alanna y a ella dentro del comedor.

Alanna se había puesto a pasear de un lado a otro de la pequeña

habitación, y la seda de la falda pantalón emitía sonidos siseantes, como espadas saliendo de la vaina. No había serenidad alguna en su rostro ahora.

—¡Ese insolente! ¡Ese desfachatado! ¡Reteniéndonos! ¡Restringiendo dónde podemos ir!

Verin la observó unos segundos antes de hablar. Le había costado diez años superar la muerte de Balinor y vincular a Ihvon. Alanna había tenido los sentimientos en carne viva desde que Owein había muerto y los había contenido demasiado tiempo sin darles rienda suelta. Los esporádicos ataques de llanto que se había permitido desde que habían salido de Dos Ríos no eran desahogo suficiente.

—Supongo que puede impedirnos entrar en la Ciudad Interior con guardias en las puertas, pero realmente no puede retenernos en Caemlyn.

Aquello la hizo ganarse la mirada furibunda que el comentario merecía. Podían marcharse sin apenas dificultad —por mucho que Rand hubiese aprendido, no era muy probable que se las hubiese ingeniado para descubrir cómo levantar salvaguardas— pero eso significaría renunciar a las muchachas de Dos Ríos. Ninguna Aes Sedai había encontrado un tesoro oculto así desde... Verin no sabía desde hacía cuánto tiempo. Quizá desde la Guerra de los Trollocs. Aunque a las jóvenes de dieciocho años —el límite de edad que habían establecido— a menudo les resultaba duro aceptar las normas estrictas y las críticas que conllevaba el noviciado, con que sólo hubiesen ampliado el límite en cinco años, Alanna y ella habrían conseguido el doble de candidatas, si no más. Cinco de estas chicas —¡cinco!— tenía el don innato, incluidas la hermana de Mat, Elle y la joven Janacy; acabarían encauzando tanto si alguien las instruía como si no, y serían muy fuertes. Y se habían dejado a otras dos para recogerlas al cabo de un año más o menos, cuando fueran lo bastante mayores para abandonar sus casas. Ese plazo era suficientemente seguro; una chica con la habilidad innata rara vez la manifestaba antes de los quince años sin entrenamiento. Las demás mostraban una prometedora capacidad de aprender; todas ellas. Dos Ríos era un filón de oro puro.

Ahora que tenía la atención de la otra mujer, Verin cambió de tema. Ciertamente no estaba dispuesta a abandonar a esas muchachas. Ni a alejarse de Rand más de lo estrictamente necesario.

—¿Crees que está en lo cierto respecto a las rebeldes? —preguntó.

Alanna apuñó su falda durante unos instantes con los dedos crispados.

—¡La mera posibilidad me repugna! ¿Habremos llegado realmente a...? —Dejó la frase en el aire; parecía perdida, y sus hombros se encorvaron. Las lágrimas brillaron en sus ojos, contenidas a duras penas.

Ahora que la rabia de la otra mujer se había apaciguado, Verin tenía una pregunta que hacer antes de que la recobrara:

—¿Hay alguna posibilidad de que tu carnicera pueda contarte algo más sobre lo que ha ocurrido en Tar Valon si la presionas un poco?

La mujer no era en realidad una informadora de Alanna; trabajaba para el Ajah Verde, y la habían encontrado porque Alanna advirtió una señal de emergencia de algún tipo en el exterior de la tienda. No es que le hubiera dicho qué era exactamente, por supuesto. Desde luego, Verin no le habría revelado a ella ninguna señal del Ajah Marrón.

—No. Sólo sabe el mensaje que me transmitió, y hacerlo le dejó la boca tan seca que casi era incapaz de articular las palabras. Que todas las Aes Sedai leales tenían que regresar a la Torre. Que todo está perdonado. —En cualquier caso, ése era en resumen el mensaje. Un destello de ira asomó a

Librodot

los ojos de Alanna, pero sólo durante un momento y no con la intensidad de antes—. De no ser por todos esos rumores, no te habría permitido saber quién es esa mujer.

Por eso y por su inestabilidad emocional. Por lo menos había dejado de pasear de un lado a otro.

—Lo sé —dijo Verin mientras se sentaba a la mesa—, y respetaré esa confidencia. Bien. Estarás de acuerdo conmigo en que ese mensaje ratifica los rumores. La pregunta es ¿qué vamos a hacer?

Alanna la miró como si se hubiese vuelto loca. No era de extrañar. Siuan tenía que haber sido depuesta por la Antecámara de la Torre, conforme a la ley de la Torre. Hasta la mera sugerencia de ir contra esa ley era impensable. Claro que también la división de la Torre lo era.

—Si no sabes todavía la respuesta, piénsalo —continuó Verin—. Y ten en cuenta esto: Siuan Sanche era partidaria de encontrar al joven Al'Thor desde el principio. —Alanna abrió la boca, sin duda para preguntar cómo sabía Verin tal cosa y si también había tomado parte en ello, pero la hermana Marrón no le dio ocasión—. Sólo una necia creería que esa decisión no influyó en su derrocamiento. No se dan coincidencias de ese calibre. Así que piensa cuál tiene que ser la opinión de Elaida respecto a Rand. Era una Roja, recuerda. Y, mientras lo piensas, contéstame una cosa. ¿Qué te propones vinculándolo a ti de ese modo?

La pregunta no tendría que haber cogido por sorpresa a Alanna, pero lo hizo. La mujer vaciló y después tomó asiento en una silla y se arregló los pliegues de la falda antes de contestar:

—Era lo más lógico, teniéndolo justo delante de nosotras. Tendría que haberse hecho hace tiempo. Tú no podías... o no debías. —Como casi todas las Verdes, le hacía cierta gracia la insistencia de los otros Ajahs de que cada hermana tuviese un único Guardián. Lo que las Verdes pensaban respecto a que las Rojas no tuvieran ninguno, era mejor no decirlo—. Todos ellos deberían haber sido vinculados en la primera ocasión que se hubiese presentado. Son demasiado importantes para dejarlos sueltos, y él el que más. —El rubor tiñó repentinamente sus mejillas; iba a tener que pasar bastante tiempo hasta que volviera a tener pleno control de sus emociones.

Verin sabía lo que había causado ese sonrojo; Alanna había soltado la lengua con ella. Habían tenido a Perrin a la vista durante las largas semanas en las que sometieron a prueba a las jóvenes de Dos Ríos, pero Alanna había abandonado enseguida la idea de vincularlo. La razón era tan simple como la acalorada promesa de Faile —pronunciada bien lejos de los oídos de Perrin— de que si Alanna hacía tal cosa no saldría viva de Dos Ríos. Si Faile hubiese sabido más sobre el vínculo entre Aes Sedai y Gaidin, aquella amenaza no habría funcionado; empero, esa ignorancia suya —si no otra cosa—, había detenido la mano de Alanna. Era más que probable que la frustración por aquello, sumado al hecho de tener los nervios de punta, la había conducido a hacer lo que hizo con Rand: no sólo vincularlo, sino hacerlo sin su permiso. Algo así no había ocurrido desde hacía cientos de años.

«Bueno —pensó Verin—, también yo me salté unas cuantas costumbres en mis buenos tiempos.»

—¿Lógico? —repitió en voz alta, sonriendo para quitar hierro a sus palabras—. Hablas como una Blanca. En fin, ahora que lo tienes, ¿qué vas a hacer con él? Considerando la lección que nos dio. Recuerdo un cuento que oí junto al fuego cuando era niña, respecto a una mujer que ensilló y embridó a un león. Cabalgar en él le pareció maravilloso, pero entonces

descubrió que no podía desmontar ni dormir.

Alanna tiritó y se frotó los brazos.

—Todavía no puedo creer que sea tan fuerte. Si hubiésemos podido coligarnos antes... Lo intenté y fracasé... ¡Qué fuerte es!

Verin apenas pudo reprimir un estremecimiento. No habrían podido coligarse antes; no a menos que Alanna estuviera sugiriendo que tendrían que haberlo hecho antes de vincularlo a él. Verin no estaba segura de cuál habría sido el resultado de ello. En cualquier caso, había sido una sucesión de momentos terribles, desde descubrir que no podían cortarle el acceso a la Fuente Verdadera hasta la desdeñosa facilidad con que él las había aislado a ellas, partiendo su conexión con el *Saidar* como si fuesen simples hilos. A las dos a un tiempo. Impresionante. ¿Cuántas harían falta para aislarlo y retenerlo? ¿Las trece que estaban establecidas? Eso sólo era una tradición, pero podría resultar necesario con él. En cualquier caso, aquél era un tema de reflexión para otro día.

—Y está el asunto de su amnistía —añadió.

Alanna abrió mucho los ojos.

—¡No creerás eso! Con cada falso Dragón han surgido historias de que estaba reuniendo hombres capaces de encauzar, todas ellas tan falsas como los hombres que se llamaban el Dragón Renacido. Sólo buscaban poder para sí mismos, no compartirlo con otros.

—Él no es un falso Dragón —adujo en voz queda Verin—, y eso puede cambiarlo todo. Si un rumor es cierto, también puede serlo otro, y la amnistía estaba en todas las bocas desde Puente Blanco.

—Aunque sea cierta, quizá no ha acudido nadie. Ningún hombre honrado desea encauzar. Si quisiera hacerlo más de un puñado, habríamos tenido un falso Dragón cada semana.

—Es *ta'veren,* Alanna. Atrae hacia sí lo que necesita.

La otra Aes Sedai abrió y cerró la boca sin emitir ningún sonido y las manos, apoyadas sobre la mesa, se apretaron tanto que se le pusieron los nudillos blancos. Hasta la última brizna de su tranquilidad de Aes Sedai se había ido al traste y la mujer temblaba visiblemente.

—No podemos permitir... ¿Hombres encauzando sueltos por el mundo? Si es cierto, tenemos que impedirlo. ¡Debemos hacerlo! —Estaba a punto de estallar otra vez, y sus ojos echaban chispas.

—Antes de que podamos decidir qué hacer con ellos —manifestó calmosamente Verin—, necesitamos saber dónde los esconde. Parece probable que sea en el Palacio Real, pero comprobarlo sería muy difícil teniendo como tenemos prohibida la entrada a la Ciudad Interior. Esto es lo que propongo...

Alanna se inclinó hacia adelante, pendiente de las palabras de la otra mujer.

Había muchas cosas que resolver, aunque la mayoría podía esperar. Muchas preguntas a las que buscar respuesta, pero más adelante. ¿Estaba muerta Moraine? En tal caso, ¿cómo había muerto? ¿Existían las rebeldes? En tal caso, ¿cuál sería la postura de ellas dos al respecto? ¿Debían intentar enviar a Rand a Elaida o a esas rebeldes? ¿Dónde estaban? Ese conocimiento sería muy valioso, tuviesen las respuestas que tuviesen las otras preguntas. ¿Qué uso le darían a la fragilísima correa que Alanna le había puesto a Rand? ¿Debería una de ellas, o ambas, tratar de ocupar el puesto de Moraine? Por primera vez Alanna había empezado a dejar que sus emociones por la muerte de Owein salieran a la superficie, y Verin se

Librodot

alegraba de que las hubiese tenido retenidas el tiempo suficiente para desestabilizarla. En su actual estado de confusión, Alanna estaba predispuesta a dejarse guiar, y Verin sabía exactamente cómo había que responder a varias de esas preguntas. Dudaba que a Alanna le gustaran algunas de esas respuestas. Más valía ocultárselas hasta que fuera demasiado tarde para cambiarlas.

Rand regresó a galope a palacio, distanciándose poco a poco incluso de los Aiel que corrían, sin hacer caso de sus gritos ni de los gestos amenazadores de la gente que tenía que saltar para apartarse del camino de *Jeade'en,* ni del revoltijo de sillas de mano volcadas y carruajes enganchados rueda con rueda con carros de mercado que dejaba a su paso. Bashere y los saldaeninos casi no podían mantener el paso con sus caballos más pequeños. Rand no estaba seguro de por qué tenía tanta prisa —sus noticias no eran tan urgentes— pero, a medida que remitía el temblor de sus brazos y piernas, iba siendo cada vez más consciente de estar percibiendo a Alanna, de estar sintiéndola. Era como si se hubiese colado dentro de su cabeza y se hubiese instalado allí. Si él podía sentirla, ¿podía sentirlo ella del mismo modo? ¿Qué más podía hacer la Aes Sedai? ¿Qué más? Tenía que alejarse de ella.

«Orgullo», rió socarronamente Lews Therin, y por una vez Rand no intentó silenciar esa voz.

Tenía en mente un destino que no era el palacio, pero Viajar requería que se conociera el sitio de partida incluso mejor que aquel al que uno se dirigía. Ya en las cuadras de la Puerta del Establo Sur entregó las riendas del semental a un mozo vestido con chaleco de cuero y echó a correr; sus largas piernas lo adelantaron a los saldaeninos por los corredores en los que los sirvientes lo miraban boquiabiertos, y pasó como alma que lleva el diablo ante reverencias interrumpidas a mitad de la inclinación. Ya en el Salón del Trono, aferró el *Saidin,* abrió un acceso en el aire, y cruzó el claro cercano a la granja, para luego interrumpir el contacto con la Fuente.

Exhaló larga y profundamente y se dejó caer de rodillas sobre las hojas muertas. El calor bajo las desnudas ramas fue como un mazazo; había perdido la concentración necesaria para mantenerlo a raya hacía bastante rato. Todavía podía sentirla, pero allí era una sensación más débil... si es que la certeza de que la mujer estaba en esa dirección podía calificarse de una sensación más débil. Podría haberla señalado con los ojos cerrados.

Aferró de nuevo el *Saidin* durante un momento, aquel torrente de fuego y hielo y repugnante cieno. Sostenía en sus manos una espada; una espada hecha de fuego, de Fuego, con la oscura figura de una garza grabada en la roja cuchilla ligeramente curvada, aunque no recordaba haber pensado en ella. Era de Fuego, pero la larga empuñadura tenía un tacto frío y firme contra sus palmas. El vacío no cambiaba nada; el Poder no cambiaba nada. Alanna seguía allí, agazapada en un rincón de su mente, observándolo.

Con una amarga risa, volvió a cortar el contacto con el Poder y continuó arrodillado. ¡Qué seguro había estado! Sólo dos Aes Sedai. Pues claro que podía manejarlas; ya había dominado a Egwene y a Elayne juntas. ¿Qué podían hacerle? Advirtió que seguía riéndose; parecía incapaz de parar. Bueno, la cosa tenía su gracia. Su estúpido orgullo. Demasiado seguro de sí mismo. Ya lo había conducido a problemas antes, y a otros con él. Había estado tan seguro de que los Cien Compañeros y él podían sellar la Perforación sin peligro...

Librodot

Las hojas crujieron cuando se obligó a incorporarse.

—¡Ése no fui yo! —gritó con voz ronca—. ¡No fui yo! ¡Sal de mi cabeza! ¡Salid todos de mi cabeza!

Lews Therin musitaba algo incomprensible, a lo lejos. Alanna esperaba en silencio, pacientemente, en un lugar recóndito de su mente. La voz parecía tener miedo de ella.

Con deliberada parsimonia, Rand se sacudió las rodilleras del pantalón. No se rendiría a esto. No confiar en ninguna Aes Sedai; lo recordaría de ahora en adelante. «Un hombre que no puede confiar en nadie puede decirse que está muerto», parloteó Lews Therin. No se rendiría.

En la granja no había cambiado nada. O mejor dicho, nada y todo. La casa y el granero seguían igual, con las gallinas, las cabras y las vacas. Sora Grady lo vio llegar desde una ventana, su rostro inexpresivo y frío. Ahora era la única mujer; todas las otras esposas y novias se habían marchado con los hombres que no superaron la prueba de Taim. Éste se encontraba con los estudiantes en un espacio despejado de tierra roja en donde crecían algunas hierbas dispersas, detrás del granero. Los siete. Aparte del marido de Sora, Jur, sólo quedaban Damer Flinn, Eben Hopwil y Fedwin Morr de aquella primera prueba. Los otros eran nuevos, todos casi tan jóvenes como Fedwin y Eben.

A excepción del canoso Damer, los estudiantes estaban sentados en fila, de espaldas a Rand. Damer se hallaba de pie ante ellos, mirando con el entrecejo fruncido una piedra, del tamaño de la cabeza de un hombre, que había a unos treinta pasos de distancia.

—Ahora —dijo Taim, y Rand sintió que Damer asía el *Saidin* y vio al hombre tejer con poca pericia Fuego y Tierra.

La piedra explotó, y Damer y los otros estudiantes echaron cuerpo a tierra para escapar de las esquirlas que salieron disparadas en todas direcciones. Pero no Taim; los fragmentos de piedra rebotaron contra el escudo de Aire que había creado en el último instante. Damer levantó la cabeza cautelosamente y se limpió la sangre de un corte superficial que tenía debajo del ojo izquierdo. Rand apretó los labios; sólo era cuestión de suerte que ninguna de aquellas esquirlas despedidas lo hubiese alcanzado. Volvió la vista hacia la granja; Sora seguía allí, aparentemente indemne. Y todavía mirándolo con fijeza. Las gallinas apenas habían hecho una pausa en su picotear y rascar la tierra; parecían estar acostumbradas a esto.

—Quizás así la próxima vez recordaréis lo que os digo —empezó Taim, calmoso, mientras dejaba que su tejido desapareciera—. Escudaos al tiempo que atacáis o podéis mataros a vosotros mismos. —Miró hacia Rand como si supiera desde el principio que estaba allí—. Continuad —ordenó a los estudiantes y fue hacia donde aguardaba Rand. Su rostro, de nariz aguileña, parecía tener un aire cruel ese día.

Mientras Damer se sentaba en la fila, Eben se incorporó y se tironeó de la oreja con nerviosismo al tiempo que utilizaba Aire para levantar otra piedra de un montón que había a un lado. Sus flujos vacilaron y la dejó caer una vez antes de ponerla en su sitio.

—¿Es seguro dejarlos solos así? —preguntó Rand cuando Taim llegó junto a él.

La segunda piedra explotó como la primera, pero esta vez todos los estudiantes habían tejido escudos. Y también Taim, envolviéndose a sí mismo y a Rand con él. Sin decir una palabra, Rand aferró el *Saidin* de nuevo y tejió su propio escudo, apartando a la fuerza el del otro hombre. Los

Librodot

labios de Taim se curvaron en aquella casi sonrisa suya.

—Dijisteis que les apretara las clavijas, mi señor Dragón, y es lo que hago. Los obligo a que hagan todo con el Poder, las tareas diarias, todo. El más nuevo tomó su primera comida caliente anoche. Si no son capaces de calentarla ellos mismos, entonces la comen fría. Para la mayoría de las cosas todavía emplean el doble de tiempo que si lo hicieran a mano, pero están aprendiendo a manejar el Poder tan deprisa como les es posible, creedme. Claro que aún no son muchos.

Pasando por alto la pregunta implícita en el último comentario, Rand miró en derredor.

—¿Dónde está Haslin? No se habrá embriagado otra vez, ¿verdad? Os dije que sólo podía tomar vino por la noche.

Henre Haslin había sido Maestro de Armas de la Guardia Real, encargado de entrenar a los reclutas, hasta que Rahvin empezó la remodelación de la guardia, licenciando a todo aquel que fuera leal a Morgase o enviándolo a combatir en Cairhien. Demasiado viejo para ir de campaña, a Haslin le habían dado su pensión y lo habían puesto en la calle; y, cuando la noticia de la muerte de Morgase se extendió por Caemlyn, empezó a beber hasta emborracharse. Pero creía que Rahvin —Gaebril para él— había matado a Morgase, no Rand, y podía enseñar. Cuando estaba sobrio.

—Lo eché —respondió Taim—. ¿Para qué sirven las espadas? —Otra piedra explotó—. Yo casi soy incapaz de sujetar una sin herirme a mí mismo, y nunca lo he echado en falta. Ahora tienen el Poder.

«¡Mátalo! ¡Mátalo ahora!» resonó hueca en el vacío la voz de Lews Therin. Rand sofocó aquella voz, pero no pudo hacer lo mismo con la cólera repentina que parecía una concha alrededor de la nada que lo envolvía. Sin embargo, el vacío hizo que su voz siguiera desprovista de emoción:

—Buscadlo, Taim, y traedlo de vuelta. Decidle que habéis cambiado de opinión. Decidle eso también a los estudiantes. O decidles lo que gustéis, pero lo quiero aquí, dando lecciones a diario. Necesitan ser parte del mundo, no estar aparte de él. ¿Qué se supone que habrán de hacer si en algún momento no pueden encauzar? Cuando las Aes Sedai os aislaron con el escudo aún podríais haber escapado si hubieseis sabido cómo utilizar una espada, cómo luchar con vuestras manos.

—Escapé. Estoy aquí.

—Algunos de vuestros seguidores os liberaron, es lo que tengo entendido. De no ser así habríais acabado en Tar Valon, como Logain, amansado. Estos hombres no contarán con seguidores. Encontrad a Haslin.

El otro hombre hizo una suave reverencia.

—Como ordene mi señor Dragón. ¿Era eso lo que trajo aquí a mi señor Dragón? ¿El asunto de Haslin y las espadas? —Un mínimo atisbo de irritación teñía su voz, pero Rand hizo caso omiso.

—Hay Aes Sedai en Caemlyn, de modo que las visitas a la ciudad tienen que terminar, tanto las vuestras como las de los estudiantes. Sólo la Luz sabe qué ocurriría si uno de ellos se da de bruces con una Aes Sedai y ella lo reconoce por lo que es. —O, ya puestos, cuando él la reconociese a ella, como sin duda ocurriría. Seguramente echaría a correr o desataría un ataque llevado por el pánico, y tanto lo uno como lo otro lo descubriría. Y lo condenaría. Por lo que Rand había visto, Verin o Alanna inmovilizarían con flujos a cualquiera de los estudiantes como si fuera un niño. Taim se encogió de hombros.

Librodot

—Hacer con la cabeza de una Aes Sedai lo mismo que con esas piedras no está fuera de su alcance ni siquiera ahora. El tejido es sólo un poco diferente. —Echó una ojeada por encima del hombro y alzó la voz—: Concéntrate, Adley. Concéntrate.

El tipo larguirucho que estaba de pie frente a los otros estudiantes, todo él brazos y piernas, dio un respingo y perdió el contacto con el *Saidin,* y luego volvió a aferrarlo torpemente. Otra piedra explotó mientras Taim se volvía hacia Rand.

—Ya puestos, puedo... eliminarlas yo, si vos no os sentís capaz de hacerlo.

—Si las quisiera muertas, las habría matado. —Creía que podría si intentaban matarlo o amansarlo. Esperaba ser capaz. Pero ¿tratarían de hacer lo uno o lo otro ahora que lo habían vinculado? Eso era algo que no tenía intención de revelar a Taim; incluso sin los murmullos de Lews Therin no confiaba en ese hombre lo suficiente para mostrar ninguna debilidad que pudiera guardar en secreto. «Luz, ¿qué clase de control me ha impuesto Alanna?»—. Si llega el momento de matar Aes Sedai, os lo haré saber, pero hasta entonces nadie debe ni siquiera gritarle a una de ellas a no ser que intente decapitarlo. De hecho, todos debéis manteneros lo más lejos posible de cualquier Aes Sedai. No quiero incidentes, nada que las ponga en contra mía.

—¿Es que pensáis que no lo están ya? —murmuró Taim.

Rand no le hizo caso una vez más. En esta ocasión porque no estaba seguro de la respuesta.

—Y no quiero a nadie muerto o amansado porque se le hayan subido los humos a la cabeza. Aseguraos de que todos estén informados. Os hago responsable de ellos.

—Como gustéis —respondió Taim, encogiéndose de hombros otra vez—. Algunos morirán antes o después, a menos que os propongáis mantenerlos encerrados aquí para siempre. Aunque lo hicierais, seguramente morirían algunos. Es casi inevitable, a no ser que baje el ritmo de las clases. No tendríais que andar con tantas restricciones si me dejaseis salir a buscar.

Otra vez con lo mismo. Rand miró a los estudiantes. Un joven sudoroso, de cabello claro y ojos azules, estaba pasando un mal rato trasladando una piedra a su sitio. Perdía constantemente contacto con el *Saidin* y la roca se movía a pequeños saltos por el suelo. Dentro de unas horas llegaría la carreta de palacio con los aspirantes que se habían presentado desde el día anterior a mediodía. Cuatro, esta vez. Algunos días sólo eran tres o dos, aunque el número se había incrementado por lo general. Dieciocho desde que había llevado a Taim allí hacía siete días, y sólo tres de ellos podían aprender a encauzar. Taim insistía en que era un número sorprendente considerando que simplemente iban a Caemlyn buscando una oportunidad. También había hecho notar en más de una ocasión que, a este paso, podrían igualar a la Torre en unos seis años. Rand no necesitaba que nadie le recordara que no disponía de seis años. Y tampoco tenía tiempo para dejar que aprendieran más despacio.

—¿Cómo lo haríais?

—Utilizando accesos. —Taim había aprendido a hacer eso de inmediato; era muy rápido en todo lo que Rand le enseñaba—. Puedo visitar dos o incluso tres pueblos al día. Al principio sería más fácil en localidades pequeñas que en ciudades. Dejaría a Flinn a cargo de las lecciones; es el más adelantado a pesar de lo que habéis visto, y me llevaría a Grady o a

Librodot

Hopwil o a Morr. Tendríais que proporcionarnos algunos caballos decentes, porque el jamelgo que tira de nuestro carro no serviría.

—¿Qué os proponéis, pues? ¿Entrar a caballo y anunciar, sin más, que estáis buscando hombres que quieran encauzar? Tendríais suerte si los pueblerinos no intentan colgaros.

—Puedo ser un poco más discreto que eso —replicó secamente Taim—. Diré que estoy reclutando hombres para seguir al Dragón Renacido. —¿Un poco más discreto? No mucho, desde luego—. Eso tendría que asustar a la gente lo bastante para que no se me tire al cuello el tiempo necesario para reunir a quienquiera que esté dispuesto a unirse a vos, y dejará fuera a quien esté en contra. Porque supongo que no queréis instruir a hombres que se revolverán contra vos en la primera oportunidad que tengan. —Enarcó una ceja con gesto interrogante, pero no esperó respuesta porque no hacía falta.

»Una vez que los tenga a una distancia prudencial del pueblo, puedo traerlos aquí a través de un acceso. Tal vez algunos se dejen llevar por el pánico, pero no creo que resulte difícil manejarlos. Una vez que han accedido a seguir a un hombre que puede encauzar, difícilmente pueden oponerse a que les haga la prueba. Los que fracasen, los enviaré a Caemlyn. Es hora de que empecéis a reunir un ejército propio en lugar de depender de otros. Bashere podría cambiar de idea; lo hará si la reina Tenobia se lo ordena. Y quién sabe lo que harán esos tal Aiel.

Esta vez hizo una pausa, pero Rand no abrió la boca. Esa misma idea ya se le había ocurrido a él, aunque ciertamente no con respecto a los Aiel, pero Taim no tenía por qué saberlo. Al cabo de un momento, el hombre continuó como si no hubiese sacado el tema a colación:

—Os hago una apuesta y dejo que seáis vos quien establezca qué nos jugamos. El primer día que reclute gente, encontraré tantos hombres capaces de aprender como los que lleguen a Caemlyn por sus propios medios en un mes. Una vez que Flinn y algún otro estén preparados para continuar sin mí... —Extendió las manos—. Igualaré a la Torre Blanca para vos en menos de un año. Y cada uno de esos hombres será un arma.

Rand vaciló. Dejar marcharse a Taim era un riesgo; era demasiado agresivo. ¿Qué haría si en uno de sus viajes de reclutamiento se topaba con una Aes Sedai? Quizá mantendría su palabra y no le quitaría la vida, pero ¿y si ella descubría quién era? ¿Y si lo capturaba y lo aislaba con un escudo? Ésa era una pérdida que no podía permitirse. Él solo no podía instruir a los estudiantes y hacer todo lo demás también. Seis años para igualar a la Torre. Eso, si las Aes Sedai no encontraban antes este sitio y lo destruían junto con los estudiantes antes de que ellos supieran lo suficiente para defenderse. O en menos de un año. Finalmente asintió. La voz de Lews Therin era un demencial zumbido en la distancia.

—Tendréis los caballos —accedió.

Librodot

CAPÍTULO 12

Preguntas y respuestas

—¿Y bien? —preguntó Nynaeve con toda la paciencia que pudo. Mantener las manos en el regazo le costó un gran esfuerzo, igual que seguir sentada en la cama sin moverse. Refrenó un bostezo. Era muy temprano y no había dormido bien desde hacía tres noches. La jaula de mimbre estaba vacía, ya que habían liberado al verderón. Ojalá estuviese libre ella, deseó—. ¿Y bien?

Elayne estaba arrodillada en su cama, con la cabeza y los hombros asomados por la ventana hacia el pequeño callejón que había detrás de la casa. Desde allí se atisbaba un poco de la parte trasera de la Torre Chica, donde la mayoría de las Asentadas estaban recibiendo a la enviada de la Torre esa mañana. Una vista muy reducida, pero suficiente para advertir la salvaguarda que envolvía la posada contra oídos indiscretos. Era de la clase que paraba a cualquiera que intentara escuchar con el Poder. Tal era el precio de compartir conocimientos.

Al cabo de un momento, Elayne se sentó sobre los talones, con la frustración reflejada en su semblante.

—Nada. Dijiste que se podían atravesar esos flujos sin que se detectara. No creo que me hayan descubierto, pero desde luego no he oído nada.

Sus palabras iban dirigidas a Moghedien, que estaba sentada en la destartalada banqueta, en un rincón. El que la mujer no sudara irritaba sobremanera a Nynaeve. La Renegada afirmaba que hacía falta estar trabajando con el Poder durante un tiempo antes de poder alcanzar el distanciamiento necesario para hacer caso omiso del calor y del frío, lo que no se diferenciaba gran cosa de las vagas promesas de las Aes Sedai respecto a que «finalmente» lo conseguirían. Elayne y ella estaban sudando a mares, mientras que Moghedien parecía tan fresca como si fuera un día de principios de primavera, y ¡Luz, cómo le crispaba los nervios eso!

—Dije que deberían. —Los oscuros ojos de la Renegada se volvieron hacia ella a la defensiva, aunque en casi todo momento tenía prendida la mirada en Elayne; siempre estaba pendiente de la que llevaba puesto el brazalete del *a'dam*—. Que deberían. Hay miles de formas de tejer distintas salvaguardas. Podría tardarse días en urdir un agujero a través de una.

Nynaeve se mordió la lengua, pero a duras penas. Lo habían estado intentando durante días. Éste era el tercero desde la llegada de Tarna Feir, y la Antecámara seguía guardando silencio sobre el mensaje de Elaida que portaba la hermana Roja. Bueno, Sheriam y Myrelle y las otras de ese grupo lo sabían —a Nynaeve no la habría sorprendido si ellas lo hubiesen sabido antes hasta que la Antecámara— pero hasta Siuan y Leane habían quedado fuera de las reuniones diarias. Al menos, supuestamente.

Nynaeve cayó en la cuenta de que estaba dándose tirones de la falda y se obligó a dejar quietas las manos. De algún modo tenían que descubrir qué se proponía Elaida y, lo que era más importante, qué respondía la Antecámara. Tenían que conseguirlo. De un modo u otro.

—He de irme —suspiró Elayne—. Tengo que enseñar a más hermanas cómo se hacen los *ter'angreal.*

Muy pocas Aes Sedai de Salidar poseían talento para ello, pero todas querían aprender y la mayoría parecía creer que podría conseguirlo una vez que Elayne les hubiese hecho tantas demostraciones como fuera menester.

—Será mejor que te quedes con esto —añadió la joven mientras se desabrochaba el brazalete—. Quiero intentar algo nuevo con el proceso de creación una vez que haya terminado con las hermanas, y después tengo una clase de novicias.

Tampoco parecía muy feliz con esto último, al menos no como lo estaba antes de empezar a enseñar. Después de cada clase, volvía tan irritada que parecía una gata erizada. Las alumnas más jóvenes habían sobrepasado la edad normal de iniciar el aprendizaje, y se adelantaban en cosas que no tenían ni idea de cómo manejar, a menudo sin preguntar antes; y las mayores, aunque un poco más prudentes, tendían a discutir o a oponerse directamente a una orden dada por alguien seis o siete años más joven que ellas. Elayne había cogido por costumbre rezongar «estúpidas novicias» o «tercas idiotas» como si llevara diez años como Aceptada.

—Tendrás tiempo para hacerle preguntas —continuó—. Quizá tengas más suerte que yo en cómo detectar a un hombre encauzando.

Nynaeve sacudió la cabeza.

—Se supone que tengo que ayudar a Janya y a Delana con sus notas esta mañana. —No pudo menos de hacer una mueca de desagrado. Delana era una Asentada del Ajah Gris, al igual que Janya lo era del Marrón, pero Nynaeve no conseguía sacarles lo más mínimo sobre nada—. Y después tengo otra «lección» con Theodrin. —Otra pérdida de tiempo. Todo el mundo en Salidar estaba desperdiciándolo—. Póntelo —le dijo a Elayne cuando la joven iba a dejarlo colgado en una clavija de la pared, junto con sus ropas.

La joven rubia soltó un sonoro suspiro, pero volvió a abrocharse el brazalete. En opinión de Nynaeve, Elayne era excesivamente descuidada con el *a'dam.* Cierto, mientras Moghedien siguiera llevando el collar, cualquier mujer capaz de encauzar podía encontrarla con el brazalete y controlarla. Si nadie lo llevaba puesto, la Renegada no podía alejarse más de doce metros de él sin caer de rodillas, sacudida por las náuseas, igual que si movía el brazalete más de un palmo del lugar donde se había dejado o intentaba desabrocharse el collar. Puede que la retuviera estando incluso en la clavija, pero a lo mejor una Renegada era capaz de discurrir un modo de evitar todo eso si se le daba la ocasión y escapar. Una vez, en Tanchico, Nynaeve había dejado a Moghedien aislada con un escudo y atada con el Poder, sólo durante unos instantes, y se las había ingeniado para escapar. Cómo lo había logrado fue una de las primeras cosas que Nynaeve le preguntó una vez que se la capturó de nuevo, aunque para sacarle la respuesta casi había hecho falta retorcerle el cuello. Un escudo atado era vulnerable, al parecer, si la mujer aislada por él disponía de un poco de tiempo y tenía paciencia. Elayne se empeñaba en que tal cosa no pasaría con un *a'dam* —no había nudo contra el que actuar, y con el collar puesto Moghedien ni siquiera podía intentar tocar el *Saidar* sin permiso— pero Nynaeve prefería no correr riesgos.

—Escribe despacio —aconsejó Elayne—. He trabajado para Delana, y detesta las manchas de tinta y los errores. Te lo hará repetir cincuenta veces si es preciso con tal de que la hoja quede limpia.

Nynaeve se enfurruñó. Puede que su caligrafía no fuera tan delicada y

precisa como la de Elayne, pero no era una palurda que acabara de aprender cuál extremo de la pluma había que mojar con tinta. La mujer más joven no advirtió su reacción y salió del cuarto tras dedicarle una sonrisa. A lo mejor sólo había intentado ayudarla. Si las Aes Sedai llegaban a enterarse de lo mucho que detestaba copiar cosas a limpio, empezarían a asignarle esa tarea de continuo como castigo.

—Tal vez deberíais ir con Rand —dijo de repente Moghedien. Estaba sentada con un aire diferente, más erguida, y sus oscuros ojos sostenían con firmeza la mirada de Nynaeve. ¿Por qué?

»Elayne y tú deberíais ir a Caemlyn, con Rand. Ella puede convertirse en reina, y tú... —La sonrisa de la Renegada no era en absoluto agradable—. Antes o después, van a sentarte hasta que te saquen cómo puedes hacer esos descubrimientos tan maravillosos y sin embargo te pones a temblar como una niña a la que se sorprende robando dulces cuando te piden que encauces.

—¡Yo no...! —No pensaba justificarse, y menos ante esta mujer. ¿Por qué mostraba tanto atrevimiento Moghedien de repente?—. Recuerda que, me ocurra lo que me ocurra a mí si descubren la verdad, tu cabeza estará en el tajo antes de que pase una semana.

—En cambio tú tendrás mucho más tiempo para sufrir. Una vez Semirhage tuvo gritando a un hombre todas las horas que estaba despierto durante cinco años. Incluso lo mantuvo en buena forma física, pero al final ni siquiera ella fue capaz de hacer que su corazón siguiera latiendo. Dudo que ninguna de esas pequeñas posea ni una décima parte de la destreza de Semirhage, pero podrías comprobar en tus propias carnes hasta dónde llegan sus conocimientos.

¿Cómo podía estar diciendo tal cosa esta mujer? Se había despojado de su habitual ansiedad y temor como una serpiente al cambiar de piel. Habríase dicho que eran dos iguales discutiendo algo de poca trascendencia. No, peor aún: la actitud de Moghedien daba a entender que era un tema de poca trascendencia para ella, pero de vital importancia para Nynaeve. Ésta deseó tener puesto el brazalete. Habría sido un alivio. Era imposible que el estado de ánimo de Moghedien fuera tan frío y tranquilo como daban a entender su rostro y su voz.

A Nynaeve se le cortó la respiración. El brazalete. Eso era. El brazalete no estaba en el cuarto. Se le hizo un nudo en la boca del estómago y de repente el sudor pareció correr más copioso por su rostro. Lógicamente, que el brazalete estuviera o no allí no tenía importancia. Elayne lo llevaba puesto —«¡Luz, por favor, que no se lo haya quitado!»— y la otra mitad del *a'dam* rodeaba firmemente el cuello de Moghedien. Sólo que la lógica no tenía nada que ver con esto. Nynaeve no había estado nunca sola con la mujer sin llevar puesto el brazalete. O, mejor dicho, las únicas veces que se había dado una situación así las cosas habían estado a punto de terminar en desastre. Moghedien no llevaba entonces el *a'dam,* pero eso tampoco tenía importancia. Era una de las Renegadas, se encontraban solas en el cuarto y Nynaeve no tenía medios de controlarla. Aferró la falda con fuerza para no llevar la mano hacia el puñal del cinturón.

La sonrisa de Moghedien se acentuó, como si hubiese leído sus pensamientos.

—Ten la seguridad de que en este asunto sólo quiero lo mejor para ti. Esto —su mano se acercó al collar un instante, con cuidado de no tocarlo— me retendrá en Caemlyn igual que aquí, bien que la esclavitud allí es mejor

Librodot

que la muerte aquí. Pero no tardes mucho en tomar una decisión. Si esas «Aes Sedai» resuelven regresar a la Torre, ¿qué mejor regalo podrían llevar a la nueva Sede Amyrlin que a ti, una mujer tan próxima a Rand al'Thor? Y a Elayne. Si siente por ella aunque sólo sea la mitad de lo que la chica siente por él, retenerla será como atarle una soga al cuello que nunca podrá cortar.

Nynaeve se puso de pie, obligando a sus rodillas a sostenerla.

—Puedes hacer las camas y limpiar el cuarto ahora. Espero encontrarlo impoluto cuando regrese.

—¿Cuánto tiempo te queda? —inquirió Moghedien antes de que Nynaeve hubiese llegado a la puerta. Por su actitud, habríase dicho que preguntaba si el agua estaba caliente para preparar el té—. ¿Unos cuantos días más, como mucho, antes de que envíen su respuesta a Tar Valon? ¿Unas cuantas horas? ¿Qué peso tendrá para ellas Rand al'Thor, incluso los supuestos crímenes de Elaida, en contra de la posibilidad de unificar de nuevo su preciosa Torre?

—Pon especial atención en las bacinillas —dijo Nynaeve sin volverse—. Quiero que queden bien limpias esta vez.

Se marchó antes de que Moghedien pudiese añadir nada más y cerró la puerta tras de sí con firmeza.

Se recostó contra la burda hoja de madera, en el estrecho pasillo sin ventanas, y respiró hondo. Buscó en la bolsita del cinturón y sacó dos arrugadas hojas de menta de ánade, que se metió en la boca. Estas hierbas tardaban un poco en calmar el ardor de estómago, pero las masticó y se las tragó como si así fueran a surtir efecto antes. Los últimos minutos habían sido como recibir un golpe tras otro a medida que Moghedien echaba por tierra todo lo que tenía por cierto. A pesar de su desconfianza, había creído que la mujer estaba acobardada. Falso. Oh, Luz, totalmente falso. Había estado segura de que Moghedien sabía apenas tan poco sobre la relación entre Elayne y Rand como las Aes Sedai. Falso. Y en cuanto a la sugerencia de ir ella donde estaba Rand... Habían hablado con demasiada despreocupación delante de la mujer. ¿Qué más habían dejado escapar y qué uso podía hacer de ello la Renegada?

Otra Aceptada entró en el pasillo por la puerta principal de la pequeña casa, y Nynaeve se irguió mientras se tragaba las hierbas masticadas y se alisaba el vestido. Todos los cuartos excepto el primero se habían convertido en dormitorios, y estaban ocupados por Aceptadas y sirvientes: tres o cuatro en cada habitación, aunque ésta no fuera mucho más grande que la que ocupaban ellas, y en ocasiones con una cama para dos. La otra Aceptada era una mujer menuda, con ojos grises y una rápida sonrisa. A Emara, una illiana, no le caían bien Siuan y Leane, cosa que a Nynaeve no le costaba trabajo comprender, y pensaba que deberían hacerlas marchar —decentemente, como decía ella— como siempre se había hecho con las mujeres neutralizadas, pero aparte de eso era agradable y no se mostraba resentida por el «espacio extra» del que disfrutaban Elayne y Nynaeve ni por que «Marigan» hiciera sus tareas. No muchas opinaban igual que ella.

—Me he enterado de que hoy trabajas para Janya y Delana —dijo con su voz de timbre agudo mientras pasaba a su lado, en dirección a su cuarto—. Hazme caso y escribe tan deprisa como puedas. A Janya le interesa más que se copien todas sus palabras que si cae algún manchón de tinta en la hoja.

Nynaeve asestó una mirada furiosa a la espalda de Emara. Escribir despacio para Delana. Escribir deprisa para Janya. Como si no tuviera

bastantes preocupaciones, ahora esos estupendos consejos. En cualquier caso, ahora era incapaz de preocuparse de si al escribir se le caían gotas de tinta o no. Y tampoco por Moghedien hasta que tuviera ocasión de comentarlo con Elayne.

Sacudiendo la cabeza y rezongando entre dientes, salió a la calle. Puede que hubiese estado dando por hecho cosas, dejando que se le escaparan otras al hablar, pero había llegado el momento de despabilarse y ponerle remedio. Sabía a quién tenía que buscar.

En los últimos días reinaba el silencio en Salidar a pesar de que las calles seguían igual de abarrotadas. Para empezar, las forjas que había en las afueras del pueblo estaban calladas. Se había advertido a todo el mundo que, mientras Tarna estuviera allí, tuviera cuidado con lo que hablaba respecto a la delegación que iba de camino a Caemlyn, respecto a Logain, a quien habían llevado a uno de los campamentos de soldados, incluso respecto a los propios soldados, y sobre el motivo por el que se habían agrupado allí. En consecuencia, todos tenían miedo de decir nada y lo poco que hablaban lo hacían en susurros. El quedo runrún de las conversaciones en voz baja tenía un sonido ominoso.

Todos estaban afectados. Los sirvientes que, por costumbre, iban deprisa ahora se movían con vacilación, echando ojeadas temerosas por encima del hombro. Incluso las Aes Sedai parecían cautelosas bajo su aparente calma, mirándose unas a otras de un modo intencionado. Ahora había pocos soldados por las calles, como si Tarna no hubiese visto todo lo que había que ver el primer día y hubiese sacado sus conclusiones. Si la Antecámara daba la respuesta equivocada, todos acabarían con lazos corredizos al cuello; hasta los dirigentes y nobles que quisieran mantenerse aparte de los problemas de la Torre, seguramente colgarían a todos los soldados a los que pudieran atrapar, aunque sólo fuera para impedir que la idea de rebelión se extendiera. Conscientes de lo inseguro de su situación, los pocos que iban y venían por las calles lo hacían con rostros inexpresivos o con ceños de ansiedad. Excepto Gareth Bryne, que esperaba pacientemente delante de la Torre Chica. Había estado allí todos los días, desde antes de que las Asentadas llegaran hasta que se marchaban. Nynaeve suponía que lo hacía porque quería asegurarse de que no se olvidaran de él y de lo que estaba haciendo por encargo suyo. La única vez que Nynaeve había visto salir a las Asentadas, no pareció que les agradara la presencia del hombre.

Sólo los Guardianes daban la impresión de no haber cambiado desde la llegada de la hermana Roja. Los Guardianes y los niños. Nynaeve se llevó un buen susto cuando tres chiquillas salieron de repente ante ella como codornices levantando el vuelo, con cintas en el pelo, sudorosas, polvorientas y riendo mientras se alejaban corriendo. Los niños no sabían qué estaba esperando Salidar, y probablemente no lo habrían entendido si lo supieran. Cada Guardián seguía a su Aes Sedai, con su consentimiento o sin él y dondequiera que fuera, sin inmutarse.

Gran parte de las quedas conversaciones parecían girar en torno al tiempo. Y sobre historias de otros sitios referentes a sucesos extraños, como terneros con dos cabezas parlantes, hombres asfixiados por enjambres de moscas, la desaparición de todos los niños de un pueblo durante la noche, y gente que se desplomaba muerta a plena luz del día por el ataque de algo invisible. Cualquiera con dos dedos de frente sabía que la sequía y el calor impropio de la estación se debían a la mano del Oscuro tocando el mundo,

pero ni siquiera las Aes Sedai daban crédito a las afirmaciones de Elayne y Nynaeve de que esos otros sucesos eran igualmente reales, que las burbujas malignas ascendían desde la prisión del Oscuro a medida que los sellos se debilitaban, y, tras llegar a la superficie, se deslizaban por el Entramado hasta que estallaban. Casi nadie era capaz de razonar con claridad. Algunos culpaban a Rand. Otros decían que el Creador estaba disgustado porque el mundo no se había unido al mando del Dragón Renacido, o porque las Aes Sedai no lo habían capturado y amansado, o porque las Aes Sedai se oponían a una Amyrlin designada. Nynaeve había oído decir a varios que el tiempo sería de nuevo normal tan pronto como la Torre volviera a unificarse. Siguió caminando entre la multitud.

—¡Juro que es cierto! —murmuraba una cocinera, con los brazos cubiertos de harina hasta los codos—. Hay un ejército de Capas Blancas agrupado al otro lado del Eldar, esperando la orden de Elaida para atacar.

Aparte del tiempo y de los terneros de dos cabezas, las historias sobre Capas Blancas superaban en número a cualquiera de los otros temas; pero ¿unos Capas Blancas esperando órdenes de Elaida? ¡El calor había afectado el cerebro de esta mujer!

—La Luz es testigo de que digo la verdad —murmuró un carretero canoso a una mujer ceñuda, cuyo vestido de buen corte la señalaba como una doncella de Aes Sedai—. Elaida ha muerto. La Roja ha venido para pedir a Sheriam que sea la nueva Amyrlin.

La mujer asintió con la cabeza, aceptando como cierta hasta la última palabra del carretero.

—Pues yo digo que Elaida es una buena Amyrlin —manifestó un hombre vestido con una burda chaqueta y que cargaba al hombro un haz de leña—. Tan buena como cualquiera. —Éste no habló en susurros a su compañero, sino en voz bien alta, intentando con empeño no mirar en derredor para ver quién lo había oído.

Nynaeve torció la boca en un gesto amargo. El tipo intentaba adelantarse a los acontecimientos. ¿Cómo era posible que Elaida hubiese descubierto Salidar tan pronto? Tarna tenía que haber salido de Tar Valon poco después de que las Aes Sedai habían empezado a reunirse en el pueblo. Siuan había hecho notar, sombría, que un buen número de hermanas Azules seguían sin aparecer —el mensaje original de reunirse en Salidar había ido dirigido a las Azules— y Alviarin había hecho notar ese detalle como sospechoso. Era una idea que revolvía el estómago, pero no tan terrible como la explicación más lógica: había partidarias secretas de Elaida allí, en Salidar. Todos se miraban de reojo, y el leñador no era el primero a quien Nynaeve había oído decir lo mismo y del mismo modo. Puede que las Aes Sedai no lo expresaran en voz alta, pero Nynaeve sospechaba que algunas habrían querido manifestarlo así. Todo ello tenía a Salidar como un guiso a punto de romper a hervir, y no precisamente uno de sabor agradable. Eso le daba una razón más para seguir con lo que pensaba hacer.

Encontrar a la persona que buscaba no le llevó mucho tiempo. Tenía que estar entre un grupo de chiquillos jugando, y no había tantos en el pueblo. Ni que decir tiene que Birgitte estaba vigilando a cinco pequeños que correteaban por la calle lanzándose una pequeña bolsa con guijarros unos a otros, y riendo a mandíbula batiente cuando alguno de ellos recibía el golpe, incluido el que lo recibía. Tenía tan poco sentido como cualquier juego de chicos. O de hombres.

Birgitte no estaba sola, naturalmente. Rara vez lo estaba a menos que

se lo propusiera con empeño. Areina se encontraba a su lado, enjugándose el sudor que le resbalaba por la cara e intentando no parecer aburrida de estar con los niños. Un año o dos más joven que Nynaeve, Areina llevaba el oscuro cabello tejido en una trenza a imitación de la de Birgitte, aunque todavía le llegaba sólo un poco más abajo de los hombros, mientras que la de la arquera le colgaba hasta la cintura. También copiaba el estilo de su indumentaria —una chaqueta corta que terminaba en la cintura, de color gris pálido, y unos amplios pantalones de tono broncíneo, fruncidos en los tobillos, por encima de las botas bajas, con tacón—, al igual que el arco que llevaba y la aljaba colgada a la cintura. Nynaeve dudaba mucho que Areina hubiese manejado nunca un arco antes de conocer a Birgitte. Hizo caso omiso de ella.

—Necesito hablar contigo —le dijo a Birgitte—. A solas.

Areina le asestó una mirada intensa, y los azules ojos traslucieron una expresión próxima al desprecio.

—No sé por qué imaginé que llevarías puesto tu chal haciendo tan buen día, Nynaeve. Vaya, pero si estás sudando como un caballo. ¿Cómo es eso?

El rostro de Nynaeve se tensó. Había hecho amistad con la mujer antes que Birgitte, pero esa relación se había ido al traste al llegar a Salidar. Descubrir que Nynaeve no era Aes Sedai le había producido algo más que decepción. Sólo gracias a la petición de Birgitte, Areina no había informado a las Aes Sedai que la joven se había hecho pasar por una de ellas. Además, Areina había prestado los juramentos como cazadora del Cuerno, y ciertamente Birgitte era un modelo mucho mejor para ese tipo de vida que Nynaeve. ¡Y pensar que en una ocasión había curado las contusiones de esa mujer!

—A juzgar por la expresión de tu cara —dijo Birgitte con una mueca—, o estás a punto de estrangular a alguien, probablemente a Areina, o es que se te cayó el vestido en medio de un grupo de soldados y no llevabas puesta ropa interior.

Areina soltó una risa ahogada, pero parecía conmocionada. Nynaeve no sabía por qué, ya que la mujer había tenido tiempo de sobra para acostumbrarse al supuesto sentido del humor de Birgitte, más propio de un hombre sin afeitar, con la nariz metida en una jarra y el estómago lleno de cerveza.

La antigua Zahorí se quedó observando el juego de los niños un momento para darse la oportunidad de apaciguar su irritación. Era absurdo dejarse llevar por la ira cuando iba a pedir un favor.

Seve y Jaril estaban entre los chicos que se tiraban y esquivaban la bolsa. Las Amarillas tenían razón respecto a ellos; lo que habían necesitado era tiempo para superar su mala experiencia, nada más. Después de casi dos meses en Salidar con otros niños y sin estar aterrados, reían y gritaban como el que más.

Una idea repentina fue como un mazazo. «Marigan» seguía ocupándose de ellos, aunque a regañadientes, para que se bañaran y comieran; pero, ahora que los chicos habían empezado a hablar otra vez, en cualquier momento podrían decir que la mujer no era su madre. Quizá ya lo habían dicho. Eso no tendría por qué dar pie a preguntas, pero también podía ocurrir lo contrario, y las preguntas podrían derrumbar sobre sus cabezas la casa de palitos que era la historia que habían montado. De nuevo se le hizo el nudo en la boca del estómago. ¿Por qué no había pensado en esto antes? Dio un brinco cuando Birgitte le tocó el brazo.

Librodot

—¿Qué ocurre, Nynaeve? Tienes un aspecto que cualquiera diría que tu mejor amiga ha muerto y te ha maldecido con su último aliento.

Areina se alejaba ya, tiesa la espalda, echándoles una ojeada por encima del hombro. La mujer era capaz de ver a Birgitte bebiendo y coqueteando con hombres sin inmutarse e incluso intentar emularla, pero se encrespaba cada vez que la arquera quería estar a solas con Elayne o Nynaeve. Los hombres no eran una amenaza; sólo las mujeres podían ser amigas en opinión de Areina, pero únicamente ella podía ser amiga de Birgitte. La idea de tener más de una amiga parecía ser completamente ajena a ella. En fin, ya estaba bien de pensar en ella.

—¿Podrías conseguirnos caballos? —Nynaeve procuró que su voz sonara firme. Eso no era lo que había ido a pedir, pero el asunto de Seve y Jaril había hecho casi imprescindible esa pregunta—. ¿Cuánto tiempo tardarías?

Birgitte la condujo fuera de la calle hasta la entrada de un angosto callejón entre dos casas destartaladas, y luego echó una ojeada cautelosa en derredor. No había nadie lo bastante cerca para oír lo que decían ni prestarles atención.

—Uno o dos días. Ino acaba de decirme que…

—¡Ino no! Él se queda fuera de esto. Sólo tú, Elayne, Marigan y yo. A menos que Thom y Juilin regresen a tiempo. Y Areina, por supuesto, si te empeñas.

—Areina es una necia en ciertos aspectos —manifestó lentamente Birgitte—, pero la vida se encargará de suprimirle esa tendencia o la suprimirá a ella. Sabes que no insistiría en traerla con nosotras si Elayne y tú no quisieseis que nos acompañara.

Nynaeve guardó silencio. ¡Esta condenada mujer actuaba como si fuese ella la que estaba celosa! Le importaba un bledo si Birgitte quería hacerse amiga de alguien tan voluble como Areina.

La arquera se frotó los labios con el nudillo del índice y frunció el entrecejo.

—Thom y Juilin son buenos hombres, pero el mejor modo de evitar problemas es asegurarse de que nadie quiera causarlos. Una docena de shienarianos con armadura, o sin ella, contribuirían en gran medida a eso. No entiendo lo que te pasa con Ino. Es un tipo duro, y os seguiría a ti y a Elayne a la Fosa de la Perdición. —Una repentina sonrisa afloró a sus labios—. Además, es un tipo bien plantado.

—No necesitamos que nadie nos lleve de la mano —repuso fríamente Nynaeve. ¿Bien plantado? Aquel parche pintado como un ojo surgió con un destello en su mente, así como las cicatrices. Esta mujer tenía unos gustos realmente raros respectos a los hombres—. Podemos ocuparnos de cualquier cosa que nos surja. Diría que ya lo hemos demostrado, si es que hiciese falta hacerlo.

—Sé que podemos, Nynaeve, pero atraeremos a los problemas como un estercolero a las moscas. Altara es una olla hirviendo a fuego lento. Cada día nos llega otra historia de los seguidores del Dragón, y apostaría mi mejor vestido de seda contra una de tus camisolas viejas a que la mitad de ellos son simplemente malhechores que verán a cuatro mujeres solas como un bocado fácil. Tendremos que demostrar que no lo somos un día sí y otro también. Murandy está aun peor, según he oído, rebosante de seguidores del Dragón, bandidos y refugiados de Cairhien que han huido por miedo a que el Dragón Renacido cayera sobre ellos en cualquier momento. Porque deduzco

Librodot

que no tienes intención de cruzar hacia Amadicia, sino ir a Caemlyn. —Su compleja trenza se meció al ladear la cabeza, al tiempo que enarcaba una ceja con gesto interrogante—. ¿Está Elayne de acuerdo contigo respecto a Ino?

—Lo estará —masculló Nynaeve.

—Entiendo. En fin, cuando lo haga, conseguiré los caballos que necesitemos. Pero quiero que ella me diga por qué no llevamos a Ino.

La inflexible firmeza de su tono hizo enrojecer a Nynaeve de rabia. Si le pedía a Elayne, siempre toda dulzura, que le dijera a Birgitte que Ino tenía que quedarse allí, seguramente encontrarían al hombre esperándolas en la calzada, y Birgitte haría toda una exhibición mostrándose sorprendida de cómo se habría enterado el shienariano de que se marchaban y en qué dirección. La arquera sería el Guardián de Elayne, pero a veces Nynaeve se preguntaba cuál de las dos estaba realmente al mando. Cuando encontrara a Lan —¡cuando, no si!— se proponía hacerle prestar tales juramentos que se le caería el pelo si no se atenía a sus decisiones.

Inhaló profunda y repetidamente para calmarse. No tenía sentido razonar con una pared de piedra. Lo mejor sería abordar el asunto que la había llevado a hablar con Birgitte.

Como si fuera fortuito, se adentró otro paso en el callejón, haciendo que la otra mujer la siguiera. En el suelo quedaba el pardo rastrojo de la maleza que se había arrancado para dejarlo limpio. En un intento de aparentar indiferencia, Nynaeve echó una ojeada al gentío que pasaba por la calle. Nadie les prestaba atención, pero aun así bajó el tono de voz:

—Necesitamos saber qué está diciendo Tarna a la Antecámara y qué respuesta le dan. Elayne y yo hemos estando intentando enterarnos, pero han protegido las reuniones con salvaguardas para evitar que se escuche nada. Pero sólo actúan contra el Poder. Están tan obsesionadas con que alguien trate de enterarse de ese modo que al parecer han olvidado que cualquiera puede pegar la oreja a la puerta. Si alguien se...

—No —la cortó Birgitte con tono seco.

—Al menos, piénsalo. Elayne y yo corremos diez veces más peligro de que nos sorprendan que tú. —Se consideró muy sagaz al incluir a Elayne, pero la otra mujer resopló con desdén.

—¡He dicho que no! Has sido muchas cosas desde que te conozco, Nynaeve, pero nunca estúpida. Luz, lo anunciarán a todo el mundo dentro de un día o dos.

—Tenemos que saberlo ahora —siseó Nynaeve, tragándose la coletilla «pedazo de idiota con cerebro de hombre». ¿Estúpida? ¡Pues claro que nunca había sido estúpida! No tenía que enfadarse. Si podía convencer a Elayne de marcharse, lo más probable era que no estuviesen allí dentro de un día o dos. Mejor no volver a abrir esa bolsa de serpientes.

Estremeciéndose —un tanto exageradamente en opinión de Nynaeve— Birgitte se apoyó en el arco.

—Me sorprendieron una vez espiando a Aes Sedai. No me soltaron hasta tres días después, y me marché de Shaemal en cuanto pude conseguir un caballo. No pienso pasar por lo mismo otra vez para proporcionarte un día que no necesitas.

Nynaeve mantuvo la calma. Hizo un gran esfuerzo para conservar una expresión relajada, para no rechinar los dientes ni tirarse de la coleta. Estaba tranquila.

—Ninguna de las leyendas que se cuentan sobre ti habla de que

Librodot

espiaras a las Aes Sedai. —Tan pronto como lo hubo dicho, quiso tragarse las palabras. Lo esencial del secreto de Birgitte estaba en que era la Birgitte de las leyendas, y no se debía mencionar nada que aludiera a esa conexión.

Durante un instante el semblante de la arquera pareció tornarse de piedra, ocultando todo lo que había detrás. Fue suficiente para hacer temblar a Nynaeve; había mucho dolor en torno al secreto de la otra mujer. Finalmente, la piedra volvió a ser carne y hueso y Birgitte suspiró.

—El tiempo cambia las cosas —dijo—. Yo misma apenas si reconozco un poco de la mitad de esas historias y nada de la otra mitad. No volveremos a hablar de ello. —Obviamente no era ninguna sugerencia.

Nynaeve abrió la boca sin saber muy bien qué iba a decir; al fin y al cabo, la deuda que ella misma tenía con Birgitte significaba que no deseara hurgar en la herida de la mujer, pero ¡que rehusara tajantemente dos simples peticiones...! Y entonces la voz de una tercera mujer sonó de improviso en la entrada del callejón:

—Nynaeve, Janya y Delana quieren que vayas ahora mismo.

La antigua Zahorí reaccionó como si quisiera trepar en el propio aire; tenía la sensación de que el corazón se le había subido a la boca.

En la entrada del callejón, la novicia Nicola se sobresaltó durante un instante, al igual que Birgitte, aunque ésta se recuperó de inmediato y estudió su arco con aire divertido.

Nynaeve tuvo que tragar saliva dos veces antes de recobrar el habla. ¿Cuánto habría escuchado la novicia?

—Si crees que ése es el modo de hablarle a una Aceptada, Nicola, más te vale aprender enseguida o alguien te lo va enseñar.

Era una réplica acorde a una Aes Sedai, pero los oscuros ojos de la mujer la miraron de arriba abajo, sopesando y midiendo.

—Lo lamento, Aceptada —dijo al tiempo que hacía una reverencia—. Intentaré ser más cuidadosa.

La reverencia era precisa al milímetro para una Aceptada, y el tono de su voz, frío, pero no lo bastante para hacerle una llamada de atención. Areina no había sido la única compañera de viaje que se sintió decepcionada al enterarse de la verdad sobre Elayne y Nynaeve, pero Nicola había accedido a guardar el secreto, como si le sorprendiera que tuvieran que pedírselo. Después, tras la prueba que reveló que era capaz de aprender a encauzar, apareció aquella expresión evaluativa en sus ojos.

Nynaeve lo entendía muy bien. Nicola no tenía el don innato —sin recibir enseñanzas jamás habría tocado el *Saidar*— pero sin embargo se había revelado ya como una promesa del gran potencial que poseería si se aplicaba. Dos años antes, con un potencial superior a cualquier novicia desde hacía siglos, habría ocasionado un verdadero revuelo. Pero eso fue antes de Elayne y Egwene y de la propia Nynaeve. Nicola nunca decía nada, pero Nynaeve estaba segura de que estaba decidida a igualarlas a Elayne y a ella, cuando no superarlas. Nunca sobrepasaba el límite de la corrección, pero sí que caminaba al borde muy a menudo.

Nynaeve asintió con un seco cabeceo. El que lo entendiera no era óbice para que tuviera ganas de darle a esta necia mujer una dosis triple de agrimonia por su estupidez.

—No lo olvides —dijo—. Y ve a decirles a las Aes Sedai que me reuniré con ellas dentro de un momento. —Nicola volvió a hacer una reverencia; pero, cuando se volvía para marcharse, Nynaeve la detuvo—. Espera. —La mujer se paró de inmediato. Ya había desaparecido de su rostro, pero

Nynaeve estaba convencida de haber visto un destello de... ¿satisfacción?—. ¿Me lo has dicho todo?

—Me enviaron para informarte que fueras, Aceptada, y es lo que he hecho. —Suave e insulsa como agua metida en la jarra una semana.

—¿Qué dijeron? Sus palabras exactas.

—¿Sus palabras exactas, Aceptada? No sé si podré recordar palabra por palabra lo que dijeron, pero lo intentaré. Pero ten presente que fueron ellas quienes las pronunciaron y que yo sólo las repito. Janya Sedai dijo algo así como: «Si esa chica estúpida no aparece pronto, juro que no podrá sentarse cómodamente hasta que sea lo bastante vieja para ser abuela». Y, Delana Sedai añadió: «Será así de vieja cuando decida venir. Si no está aquí dentro de un cuarto de hora, haré con su piel trapos para limpiar el polvo». —Los ojos de la novicia eran la viva imagen de la inocencia. Y al mismo tiempo, muy vigilantes—. Eso fue hace unos veinte minutos, Aceptada. Puede que un poco más.

Faltó poco para que Nynaeve tragara saliva otra vez. Sólo porque las Aes Sedai no pudieran mentir no significaba que hubiera que tomarse al pie de la letra cada amenaza, pero a veces hasta un gorrión se moriría de hambre al alimentarse con la diferencia. Ante cualquier otra que no hubiese sido Nicola, habría gritado «¡Oh, Luz!» y habría salido disparada. Pero no bajo aquella intensa mirada. No ante una mujer que parecía estar haciendo un inventario de todas sus debilidades.

—En ese caso, supongo que no hace falta que vayas corriendo delante de mí. Continúa con tus quehaceres. —Dando la espalda a la reverencia de Nicola como si no tuviera la menor preocupación, se dirigió a Birgitte—. Hablaré contigo después. Sugiero que no hagas nada sobre ese tema hasta entonces. —Con suerte, eso podría mantenerla alejada de Ino. Con muchísima suerte.

—Tendré en cuenta tu sugerencia —contestó seriamente Birgitte, pero no había nada de seriedad en la expresión, mezcla de compasión y regocijo, plasmada en su semblante. La mujer conocía bien a las Aes Sedai. En ciertos aspectos, sabía más sobre Aes Sedai que cualquiera de las hermanas.

No había nada más que pudiera hacer, salvo asentir y confiar. Cuando Nynaeve echó a andar calle adelante, Nicola se puso a su lado.

—Te dije que continuaras con tus quehaceres —espetó.

—Me ordenaron que regresara cuando te encontrara, Aceptada. ¿Es ésa una de tus hierbas? ¿Por qué las utilizas? ¿Es porque no puedes...? Oh, lo siento, Aceptada. No tendría que haber mencionado eso.

Nynaeve parpadeó, mirando desconcertada la bolsita de menta de ánade que tenía en la mano —no recordaba haberla cogido—, y volvió a guardarla en la bolsa del cinturón. Quería masticar todas las hojas de la bolsita. Hizo caso omiso de la disculpa de la novicia y del motivo; la primera era tan falsa como deliberado era el segundo.

—Utilizo hierbas porque la Curación no es siempre necesaria. —¿Desaprobarían las Amarillas su comentario si llegaba a sus oídos? Despreciaban las hierbas; no parecían interesadas en enfermedades que no necesitaban de la Curación. O heridas que no tuvieran el aspecto de nueces machacadas con un macho de herrero. ¿Y por qué se preocupaba de lo que le dijera a Nicola por si se lo contaba a las Aes Sedai? No era más que una novicia, las mirara como las mirara a Elayne y a ella. Tampoco importaba cómo las mirara—. Y cierra el pico —dijo irritada—. Tengo cosas que pensar.

Nicola guardó silencio mientras se abrían camino por las calles

abarrotadas, pero a Nynaeve le daba la impresión de que la otra mujer iba aflojando el paso. Tal vez sólo era imaginación suya, pero le empezaron a doler las rodillas por el esfuerzo de no apretar la marcha y dejarla atrás. Por ninguna circunstancia permitiría que Nicola la viera siquiera caminar con prisa.

La situación acabó por avivar la irritación de la antigua Zahorí. De todas las personas que podían haber mandado a buscarla, resultaba difícil imaginar a nadie peor que Nicola y sus ojos. A buen seguro que Birgitte corría en busca de Ino en ese mismo momento. Las Asentadas estarían diciéndole a Tarna que estaban dispuestas a arrodillarse ante Elaida y besarle el anillo. Seve y Jaril quizá le estaban contando a Sheriam que conocían tan poco a «Marigan» que no sabrían distinguirla de un pato salvaje. Era uno de esos días, y encima el sol lucía abrasador en un cielo despejado a pesar de haber recorrido sólo una cuarta parte de su ascenso al cenit.

Janya y Delana esperaban en la estancia delantera de la casa que compartían con otras tres Aes Sedai. Con una habitación para cada una, naturalmente. Cada Ajah contaba con una casa para sus reuniones, pero las Aes Sedai estaban repartidas por todo el pueblo, dependiendo de cuándo habían llegado a Salidar. Mirando con el ceño fruncido al suelo y con los labios apretados, Janya pareció no darse cuenta de la llegada de las dos mujeres. Delana, cuyo cabello era tan claro que resultaba imposible distinguir si había canas en él, clavó en ambas sus ojos, igualmente claros, tan pronto como cruzaron la puerta. Nicola dio un brinco. Nynaeve habría disfrutado con ello si no hubiese hecho otro tanto. Por lo general, los ojos de la fornida Gris no eran diferentes de los de cualquier otra Aes Sedai, pero cuando los enfocaba de verdad en uno, era como si no existiese nada aparte de uno mismo. Había quien decía que Delana tenía éxito como mediadora sólo porque las dos partes en conflicto llegarían a un acuerdo con tal de que dejara de mirar de ese modo. Uno empezaba a pensar qué había hecho mal aun en el caso de no haber hecho nada. La lista que pasó rápidamente por la mente de Nynaeve hizo que su reverencia fuera tan profunda como la de Nicola antes de ser consciente de ello.

—Ah —dijo Janya, que parpadeó como si las dos mujeres hubieran brotado del suelo—, ahí estás.

—Perdonad por mi retraso —se apresuró a disculparse Nynaeve, y que Nicola pensara lo que quisiera. Era Delana la que estaba mirándola de hito en hito, no Nicola—. Perdí la noción del tiempo.

—No importa. —Delana tenía un timbre de voz profundo para ser mujer, y su acento era un ronco eco del shienariano de Ino. Resultaba curiosamente melodioso en una mujer tan fornida; claro que Delana era curiosamente grácil para alguien de su corpulencia—. Nicola, puedes marcharte. Tienes que hacer recados para Faolain hasta que empiece tu próxima lección.

La novicia no perdió tiempo en hacer otra reverencia y salir a toda prisa. Quizá quería oír lo que las Aes Sedai le decían a Nynaeve por llegar tarde, pero nadie pisaba ningún límite con una Aes Sedai.

A Nynaeve le habría dado igual si a Nicola le hubiesen crecido alas. Acababa de darse cuenta de que no había tintero en la mesa donde las Aes Sedai tomaban las comidas, ni recipiente con arena ni pluma ni papel. Nada de lo que necesitaría para escribir. ¿Es que esperaban que lo llevase ella? Delana seguía mirándola de hito en hito. La mujer nunca miraba a nadie

Librodot

durante tanto tiempo a menos que tuviese una razón.

—¿Te apetece un té de menta frío? —preguntó Janya, y ahora le llegó el turno a Nynaeve de parpadear desconcertada—. Creo que el té es reconfortante. Siempre he opinado que facilita la conversación.

Sin esperar respuesta, la menuda hermana Marrón empezó a llenar tazas desparejadas con una tetera de rayas azules que había sobre el aparador. Una piedra sustituía una de las patas del mueble. Las Aes Sedai disponían de más espacio, pero su mobiliario era igualmente destartalado.

—Delana y yo hemos decidido que nuestras notas pueden esperar un poco más de tiempo —continuó la hermana Marrón—. En lugar de eso, sólo charlaremos. ¿Un poco de miel? A mí me gusta sin ella, porque tanto dulzor echa a perder el sabor del té. Sin embargo las jóvenes siempre quieren miel. Son maravillosas todas las cosas que habéis hecho. Me refiero a Elayne y a ti. —Un sonoro carraspeo hizo que alzara la vista hacia Delana con aire sorprendido. Al cabo de un momento, dijo—: Oh. Sí.

Delana había cogido una de las sillas de la mesa y la había colocado en medio del cuarto. Una silla con el asiento de mimbre. Desde el momento en que Janya mencionó una conversación, Nynaeve supo que no era eso en absoluto lo que iba a ocurrir. Delana señaló la silla, y Nynaeve tomó asiento en el mismo borde; aceptó una taza con el plato desportillado que Janya le tendía.

—Gracias, Aes Sedai.

No tuvo que esperar mucho.

—Háblanos de Rand al'Thor —dijo la Marrón. Parecía estar a punto de añadir algo más, pero Delana volvió a carraspear, y Janya parpadeó y guardó silencio para tomar un sorbo de té.

Las dos mujeres estaban de pie a ambos lados de Nynaeve. Delana lanzó una mirada intensa a Janya; luego suspiró y encauzó para servirse otra taza para ella. El recipiente flotó por el aire desde el aparador hasta sus manos. De inmediato, Delana volvió a clavar los ojos en Nynaeve de ese modo que parecían agujerearle a uno el cráneo, en tanto que Janya parecía absorta en sus pensamientos y tal vez sin verla siquiera.

—Os he contado todo lo que sé. —Nynaeve suspiró—. Bueno, se lo he contado a Aes Sedai. —Tuvo que hacerlo, ya que nada de lo que sabía sobre él podía perjudicarlo, al menos no más de lo que lo hacía saber quién era, y quizá podría ayudarlo si lograba hacer que las hermanas lo vieran como a un hombre. No uno que podía encauzar; sólo un hombre. Aunque eso no era tarea fácil tratándose del Dragón Renacido—. No sé nada más.

—No te enfurruñes —espetó Delana—. Y estáte quieta.

Nynaeve soltó la taza en el plato y se limpió la muñeca con la falda.

—Pequeña —dijo Janya, con un tono rebosante de compasión—, sé que crees habernos dicho todo lo que sabes, pero Delana... No creo que ocultases nada a propósito...

—¿Y por qué no iba hacerlo? —bramó la hermana Gris—. Nació en el mismo pueblo. Lo vio crecer. Puede que su lealtad hacia él sea más fuerte que con la Torre Blanca. —Aquella mirada cortante volvió a caer sobre ella—. Dinos algo que no nos hayas contado antes. He oído todas tus historias, muchacha, así que lo sabré.

—Inténtalo, pequeña. Estoy segura de que no querrás que Delana se enfade contigo. Vaya, pero si... —Otro carraspeo la hizo enmudecer de nuevo.

Nynaeve confiaba en que creyeran que el tintineo de la taza en el plato

Librodot

se debía a que estaba temblando de miedo. Mira que llevarla a rastras allí aterrada —no; aterrada no, pero sí preocupada— por lo enfadadas que podrían estar y ahora salir con éstas. Estar rodeada de Aes Sedai le enseñaba a uno a prestar mucha atención a lo que decían. Puede que ni aun así se cogiera lo que realmente querían decir, pero sí se tenían más oportunidades que si sólo se las escuchaba por encima, como hacía la mayoría de la gente. Ninguna de las dos había dicho claramente que pensaban que estaba ocultando algo. Sólo intentaban asustarla con la esperanza de sacarle algo nuevo. No temblaba de miedo. Bueno, no mucho. Temblaba de rabia.

—Cuando era niño —dijo con cuidado—, aceptaba el castigo sin discutir si pensaba que lo merecía; pero, si no lo creía así, se resistía desde el principio hasta el final.

Delana resopló.

—¡Eso ya se lo has dicho a todo el que ha querido escucharte! Algo más. ¡Y deprisa!

—Es posible dirigirlo, o convencerlo, pero no admitirá que lo presionen. Se planta como una mula si cree que se le...

—Y eso también. —Puesta en jarras, Delana se inclinó hasta que su cara estuvo a la misma altura que la de Nynaeve. Ésta casi deseó que Nicola estuviera sopesándola con su mirada otra vez—. Algo que no le hayas contado a todas las cocineras y lavanderas de Salidar.

—Inténtalo, pequeña —intervino Janya y, sorprendentemente, lo dejó ahí.

Siguieron escarbando, Janya apremiándola con afable compasión, Delana sin piedad, y Nynaeve sacó hasta la última pizca que era capaz de recordar. Pero hacerlo no le sirvió para darle un respiro; cada mínimo detalle lo había contado ya tantas veces antes, que podía identificar cada uno de ellos como si los saboreara. Delana se lo hizo notar amablemente. Bueno, no tan amablemente. Para cuando Nynaeve tuvo ocasión de dar un sorbo al té, le supo a rancio, y estaba tan dulzón que casi le dio una arcada. Por lo visto era verdad que Janya creía que a las jóvenes les gustaba con un montón de miel. La mañana transcurrió lentamente. Muy lentamente.

—Esto no nos está llevando a ninguna parte —dijo al cabo Delana, que asestó una mirada dura a Nynaeve, como si fuera culpa de ella.

—Entonces, ¿puedo irme? —preguntó débilmente la joven. Tenía la impresión de que cada gota de sudor que la empapaba le había sido extraída retorciéndola como una sábana en el lavadero. Se sentía desmadejada. Y también sentía unas ganas locas de abofetear aquellos fríos rostros de Aes Sedai.

Delana y Janya intercambiaron una mirada. La Gris se encogió de hombros y se acercó al aparador para servirse otra taza de té.

—Claro que puedes —dijo Janya—. Sé que esto ha debido de ser difícil para ti, pero realmente necesitamos conocer a Rand al'Thor más incluso de lo que se conoce a sí mismo él, para poder decidir qué es lo mejor. De otro modo, todo podría convertirse en una catástrofe. Oh, vaya, sí. Lo has hecho muy bien, pequeña. Claro que nunca esperé menos de ti. Cualquiera que sea capaz de hacer los descubrimientos que has hecho tú, considerando tu limitación... En fin, de ti sólo puedo esperar algo excelente. Y pensar que...

Tardó un rato en agotar todos sus comentarios y dejar que Nynaeve saliera tambaleándose. Porque así fue como salió, sintiendo temblorosas las rodillas. Todo el mundo hablaba de ella. Pues claro que lo hacían. Debería

haber hecho caso a Elayne y haber empezado a atribuir los supuestos descubrimientos a ella sola. Moghedien tenía razón: antes o después iban a empezar a azuzarla para saber cómo lo hacía. Así que tenían que decidir qué era lo mejor, evitar la catástrofe, ¿no? Eso no le daba ninguna pista sobre las intenciones que tenían respecto a Rand.

Una ojeada al sol, que ya había alcanzado casi el cenit, le confirmó que llegaba tarde a la cita con Theodrin. Al menos esta vez tenía una buena excusa.

La casa de Theodrin —la suya y la de otras dos docenas de mujeres— estaba más allá de la Torre Chica. Nynaeve aminoró el paso al llegar a la altura de la antigua posada. El corro de Guardianes apostados fuera, cerca de Gareth Bryne, ponía de manifiesto que la reunión seguía teniendo lugar. Un residuo de ira la permitió ver la salvaguardia, una cúpula casi plana, en su mayor parte de Fuego y Aire, con unos toques de Agua, brillante a sus ojos por encima de todo el edificio, con el nudo que la ataba ofreciéndose tentador. Tocar ese nudo sería tanto como ofrecer su piel a un curtidor; había muchas Aes Sedai en la abarrotada calle. De vez en cuando, algunos de los Guardianes iban y venían atravesando la brillante barrera, invisible para ellos, a medida que un grupo se formaba y otro se rompía. Era la misma salvaguardia que Elayne había sido incapaz de penetrar, un escudo para impedir que se escuchara a escondidas. Con el Poder.

La casa de Theodrin se encontraba a cien pasos más o menos, calle adelante, pero Nynaeve giró en el patio anexo a la casa de techo de paja que estaba dos más allá de la antigua posada. Una valla de madera desvencija cercaba el pequeño solar de hierba marchita que había detrás de la casa, pero tenía una puerta que colgaba de un gozne lleno de herrumbre. Chirrió escandalosamente cuando la joven empujó la tranquera. Nynaeve echó una rápida ojeada en derredor —nadie en ninguna de las ventanas; nadie en la calle que ella alcanzaba a ver—, se recogió las faldas y se metió velozmente en el estrecho callejón al que daba, en su otro extremo, la habitación que compartía con Elayne.

Vaciló un momento mientras se secaba las manos sudorosas en el vestido, recordando lo que Birgitte había dicho. Sabía que, por mucho que detestara admitirlo, en el fondo era una cobarde. En otro tiempo se consideraba muy valiente; no una heroína, como Birgitte, pero sí valerosa. La vida la había sacado de su error. Sólo de pensar lo que las hermanas le harían si la sorprendían, le entraban ganas de dar media vuelta y correr a casa de Theodrin. Además eran muy escasas las probabilidades de que encontrara una ventana en la misma habitación donde estaban reunidas las Asentadas. Muy, muy escasas.

Intentando salivar un poco para humedecerse la boca —¿cómo podía tenerla tan seca mientras el resto de su cuerpo estaba empapado?— se acercó sigilosamente un poco más. Algún día le gustaría saber cómo se sentía una siendo tan valiente como Birgitte o Elayne, en lugar de ser una cobarde.

La salvaguardia no le causó cosquilleo al atravesarla. Era como si allí no hubiese nada, pero sabía que sería así. Tocarla no podía ocasionar ningún daño, pero aun así se aplastó contra la tosca pared de piedra. Trocitos de enredadera, aferrada a las grietas, le rozaron la cara.

Avanzó lentamente hacia la ventana más próxima... y estuvo a punto de dar media vuelta y marcharse en ese momento. Estaba herméticamente cerrada, con los cristales reemplazados por tela untada de aceite que

Librodot

permitía que penetrase la luz pero que impedía ver nada a través. Ni escuchar; al menos, si había alguien dentro, no se oía ningún ruido. Respiró hondo, y se dirigió muy despacio hacia la siguiente ventana. También en ésta se había reemplazado uno de los cristales, pero el que quedaba dejaba ver una destartalada mesa en tiempos ornamentada, cubierta de papeles y tinteros, así como unas cuantas sillas, pero por lo demás la habitación estaba vacía.

Mascullando entre dientes una maldición que había aprendido de Elayne —la chica tenía un repertorio sorprendente de ellas— continuó avanzando a lo largo de la tosca pared de piedra. Había una tercera ventana abierta. Se asomó cautelosa y lentamente, pero al punto se echó hacia atrás. En realidad no había esperado encontrar nada, pero Tarna estaba allí. No con las Asentadas, sino con Sheriam, Myrelle y el resto de ese grupo. Si el corazón no le hubiese estado latiendo con tanta fuerza habría oído el murmullo de sus voces antes de mirar.

Se agachó y se acercó todo lo posible al hueco de la ventana sin que la vieran quienes estaban dentro. La parte inferior de la ventana le rozaba la cabeza.

—¿... seguras de que es ése el mensaje que queréis que transmita —era la voz de Tarna—: Que necesitáis más tiempo para pensarlo? ¿Qué es lo que tenéis que pensar?

—La Antecámara... —empezó Sheriam.

—La «Antecámara» —repitió con sorna la enviada por la Torre—. No me consideréis tan necia como para no advertir quién es aquí el verdadero poder. La opinión de la supuesta «Antecámara» es la que le marcáis vosotras.

—La Antecámara ha pedido más tiempo —manifestó firmemente Beonin—. ¿Quién sabe a qué decisión llegarán sus representantes?

—Elaida tendrá que esperar a saber su decisión —abundó Morvrin con un tono frío que no tenía nada que envidiar al de Tarna—. ¿Es que no puede esperar un poco para ver unificada de nuevo a la Torre Blanca?

—Transmitiré la respuesta de vuestra... «Antecámara» a la Amyrlin —repuso la enviada, con un timbre incluso más frío—. Veremos qué opina de ello.

Una puerta se abrió y se cerró violentamente, y Nynaeve tuvo que apretar los dientes para no gritar de frustración. Si Janya y Delana la hubiesen dejado marchar un poco antes... En fin, eso era mejor que nada. Mejor que «Regresaremos y obedeceremos a Elaida». En cualquier caso, no tenía sentido continuar allí, arriesgándose a que alguien se asomara a la ventana y la descubriera. Había empezado a desplazarse con todo el cuidado posible, cuando Myrelle habló.

—Quizá deberíamos limitarnos a enviar un mensaje, llamarla, simplemente.

Nynaeve frunció el entrecejo y siguió en su escondite. ¿De quién hablaban?

—Hay que respetar las normas —adujo ásperamente Morvrin—. Debe seguirse el procedimiento adecuado.

—Tenemos que cumplir la ley al pie de la letra —manifestó al punto Beonin utilizando su tono más firme—. El más pequeño desliz sería utilizado en contra nuestra.

—¿Y si nos hemos equivocado? —La voz de Carlinya sonaba acalorada quizá por primera vez en su vida—. ¿Cuánto tendremos que esperar? ¿Cuánto podemos permitirnos esperar?

Librodot

—Lo que haga falta —repuso Morvrin.

—Tanto como sea necesario. —Ésa era Beonin—. No he esperado tanto tiempo la disponibilidad de una muchacha manejable para ahora renunciar a nuestros planes.

Por alguna razón aquello provocó un silencio prolongado, bien que Nynaeve alcanzó a escuchar a alguien repetir «manejable» en un murmullo, como analizando el término. ¿A qué muchacha se referían? ¿A una novicia o una Aceptada? No tenía sentido. Las hermanas jamás esperaban la disponibilidad de ninguna novicia o Aceptada.

—Hemos llegado demasiado lejos para dar marcha atrás, Carlinya —adujo finalmente Sheriam—. O la traemos aquí y nos aseguramos que hace lo que debe hacer o lo dejamos todo en manos de la Antecámara y confiamos en que no nos conduzca al desastre a todas. —A juzgar por su tono, consideraba esto último una estupidez mayúscula.

—Un paso en falso —contestó Carlinya incluso con más frialdad de la habitual—, y nuestras cabezas acabarán clavadas en picas.

—Pero ¿quién las pondrá ahí? —inquirió, cavilante, Anaiya—. ¿Elaida, la Antecámara o Rand al'Thor?

El silencio se prolongó, roto únicamente por el frufrú de faldas, y la puerta se abrió y se cerró una vez más.

Nynaeve se arriesgó a echar una ojeada. La habitación estaba vacía. La mujer hizo un sonido irritado. El que se propusieran esperar era un parco consuelo: la respuesta final podía ser cualquiera. El comentario de Anaiya implicaba que seguían sintiendo tanta desconfianza hacia Rand como hacia Elaida. Puede que más. Elaida no estaba reuniendo hombres capaces de encauzar. ¿Y quién era la «muchacha manejable»? No, eso no era importante. Las hermanas podían estar urdiendo cincuenta planes desconocidos para ella.

La salvaguardia titiló, y Nynaeve dio un brinco de sobresalto. Tendría que haberse marchado ya de allí. Se incorporó y empezó a sacudirse enérgicamente el polvo que tenía en la falda por haber estado arrodillada al tiempo que se apartaba de la pared. Sólo dio un paso, y se quedó inclinada, con las manos paralizadas sobre las manchas de polvo en la falda, contemplando fijamente a Theodrin.

La domani le sostuvo la mirada, sin decir una palabra.

Nynaeve se planteó la posibilidad de justificarse diciendo que estaba buscando algo que se le había caído, pero la rechazó de inmediato por ser absurda. En lugar de ello, se puso erguida y caminó lentamente hacia la otra mujer como si no hubiese nada que explicar. Theodrin echó a andar junto a ella en silencio, con las manos entrelazadas a la altura de la cintura. Nynaeve barajó sus opciones; podía golpear a Theodrin en la cabeza y salir corriendo. Podía volver a arrodillarse y suplicar. Tanto una posibilidad como la otra tenían graves inconvenientes en su opinión, pero sí que podía decantarse por cualquier otra cosa intermedia.

—¿Has mantenido la calma? —preguntó Theodrin, con la mirada clavada al frente.

Nynaeve dio un respingo. Eran las instrucciones del día anterior encaminadas a intentar romper su bloqueo interior: estar tranquila, muy tranquila; concebir únicamente pensamientos sosegados, apacibles.

—Por supuesto —rió sin ganas—. ¿Qué podría haber que me alterara?

—Eso está bien —repuso serenamente Theodrin—. Porque hoy tengo intención de intentar algo un poco más... directo.

Librodot

Nynaeve le lanzó una intensa mirada. ¿Ninguna pregunta? ¿Ninguna acusación? Tal y como había transcurrido ese día, no podía creer que escapara de esto sin consecuencias.

No miró atrás hacia el edificio de piedra, de modo que no vio a la mujer que las observaba a Theodrin y a ella desde la ventana del segundo piso.

Librodot

CAPÍTULO 13

Bajo el polvo

Preguntándose si no sería mejor deshacerse la trenza, Nynaeve miró con rabia, por debajo de la toalla de rayas rojas, su vestido y su ropa interior colocadas sobre los respaldos de las sillas y goteando en el suelo de tablas fregado. Otra toalla de rayas verdes y blancas, bastante más grande y envuelta alrededor de su cuerpo le servía para cubrir su desnudez.

—Ahora sabemos que la impresión no funciona —dijo con voz gruñona a Theodrin, e hizo una mueca. Le dolía la mandíbula y todavía sentía ardor en la mejilla. Theodrin tenía buenos reflejos y un brazo fuerte—. Ahora podría encauzar, pero allí, durante un momento, el *Saidar* era de lo que menos me acordaba.

En aquel instante angustioso de querer inhalar aire, todo raciocinio había desaparecido de su mente y se había impuesto el instinto.

—Bien, pues seca tus cosas encauzando —rezongó Theodrin.

El dolor de mandíbula se le alivió un poco a Nynaeve por el hecho de ver a Theodrin mirándose en el triángulo de un espejo roto y tocándose suavemente el ojo. Ya lo tenía un poco hinchado alrededor, y Nynaeve sospechaba que, aparte de eso, el moretón iba a ser espectacular. Tampoco ella tenía un brazo débil. ¡Esa magulladura era lo menos que se merecía Theodrin!

Tal vez la domani era de su misma opinión, porque musitó:

—No probaré con eso otra vez. Pero, de un modo u otro, te enseñaré a rendirte al *Saidar* sin que antes tengas que encolerizarte lo bastante para emprenderla a mordiscos con quien esté más cerca.

Nynaeve echó una ojeada ceñuda a sus ropas empapadas y reflexionó un momento. Hasta entonces no había hecho nada parecido. La prohibición de realizar tareas mediante el Poder era muy seria y con toda razón. El *Saidar* resultaba tentador; cuanto más se encauzaba, más se deseaba encauzar, y, cuanto más se deseaba encauzar, mayor era el riesgo de que se acabara absorbiendo demasiado y se neutralizara una misma o incluso se matara. La dulzura de la Fuente Verdadera la hinchió fácilmente ahora. De ello se había ocupado, y bien, el cubo de agua que le había echado Theodrin, si es que ya no lo había hecho bastante el resto de lo ocurrido esa mañana. Un sencillo tejido de Agua escurrió la humedad de sus ropas derramándola en el suelo en un charco que se unió rápidamente al que se había formado con la derramada del cubo.

—No se me da bien eso de rendirme —dijo. A no ser cuando no tenía sentido luchar. Sólo una necia se empeñaría sin tener la menor oportunidad de salir airosa. Ni podía respirar bajo el agua ni volar agitando los brazos... ni encauzar salvo cuando estaba furiosa.

Theodrin apartó la mirada ceñuda del charco de agua para posarla en Nynaeve y se puso en jarras.

—De eso ya me he dado cuenta —manifestó en un tono demasiado indiferente—. Por todo lo que he aprendido, no tendrías que ser capaz de

Librodot

encauzar en absoluto. Me enseñaron que se debe estar tranquila para encauzar, sentirse por dentro fría y serena, abierta y totalmente entregada. —El brillo del *Saidar* la envolvió, y unos flujos de Agua recogieron el charco formando una bola que se quedó posada en el suelo incongruentemente—. Debes someterte antes de poder dirigir, pero tú, Nynaeve... Por mucho que intentes rendirte, y te he visto intentarlo, te aferras con uñas y dientes a no ser que estés lo bastante furiosa para olvidarte de ello.

Unos flujos de Aire levantaron la trémula bola de agua. Durante un instante, Nynaeve pensó que la otra mujer se proponía arrojársela, pero la esfera de agua flotó a través del cuarto y salió por la ventana abierta. Sonó un fuerte chapoteo al caer y un gato maulló entre sobresaltado y furioso. Quizá la prohibición de hacer tareas normales con el Poder no se aplicaba al llegar al nivel de Theodrin.

—¿Por qué no dejarlo así? —Nynaeve procuró que su voz sonara indiferente, pero no tuvo éxito. Deseaba con toda su alma encauzar cada vez que quisiera. No obstante, como rezaba el viejo dicho: «Si los deseos fueran alas, los cerdos volarían»—. No tiene sentido perder...

—Deja eso —ordenó Theodrin cuando Nynaeve empezó a utilizar el tejido de Agua para secar su cabello—. Corta el contacto con el *Saidar* y déjalo que se seque de forma natural. Y ponte la ropa.

Nynaeve estrechó los ojos.

—No me tendrás preparada otra sorpresa, ¿verdad? —inquirió.

—No. Ahora empieza a preparar tu mente. Eres un capullo de flor que percibe el calor de la Fuente, listo para abrirse a ese calor. El *Saidar* es el río y tú la orilla. El río es más poderoso que la orilla, pero ésta lo contiene y lo guía. Vacía tu mente de pensamientos, que sólo quede el capullo. El capullo es lo único que hay en tu mente. Eres el capullo de...

Mientras se metía la camisola por la cabeza, Nynaeve suspiró y se dejó envolver por la hipnótica voz de Theodrin. Ejercicios de novicias. Si hubiesen funcionado con ella, llevaría encauzando cada vez que quisiera desde hacía mucho tiempo. Debería poner fin a la sesión y ver qué podía hacer que sirviera realmente para algo, como convencer a Elayne para ir a Caemlyn. Sin embargo, quería que Theodrin tuviera éxito en su tarea, incluso si tal cosa significaba otros diez cubos de agua. Además, una Aceptada no discutía; una Aceptada no tenía opción a oponerse. Detestaba que le dijeran lo que debía hacer, pero más aun que le dijeran lo que no podía hacer.

Las horas pasaron, ahora con las dos mujeres sentadas una enfrente de la otra a cada lado de la mesa que parecía sacada de una granja destartalada; horas de repetir ejercicios que a buen seguro las novicias estaban realizando en ese mismo momento. El capullo de flor y la orilla del río. La brisa de verano y el arroyo cantarín. Nynaeve trató de ser una semilla de diente de león flotando al viento, la tierra bebiendo lluvia en primavera, una raíz abriéndose paso poco a poco a través del suelo. Todo ello sin resultado o, al menos, sin el resultado que buscaba Theodrin. Ésta llegó incluso a sugerir que Nynaeve se imaginara en brazos de su amado, lo que desembocó en desastre puesto que la hizo pensar en Lan y en cómo osaba haber desaparecido de ese modo. Pero, cada vez que la frustración encendía la rabia como una chispa prende fuego en la hierba seca y ponía a su alcance el *Saidar,* Theodrin la obligaba a soltarlo e intentarlo otra vez sosegada, tranquilamente. El empeño de la mujer en conseguir lo que quería resultaba enloquecedor y, en opinión de Nynaeve, Theodrin era muy capaz de dar lecciones a las mulas sobre cómo ser testarudas. Jamás se dejaba

llevar por la frustración; había hecho de la serenidad un arte. Nynaeve deseó volcarle un cubo de agua encima y ver qué tal le sentaba a ella. Claro que, considerando el dolor de mandíbula que tenía, aquélla no parecía una buena idea.

Theodrin le curó ese dolor antes de que Nynaeve se marchara, lo cual era al máximo que llegaba su habilidad en ese Talento. Al cabo de un momento, Nynaeve hizo una Curación a cambio. A esas alturas Theodrin tenía el ojo de un fuerte tono purpúreo, y en realidad detestaba no dejárselo así para recordarle que tuviese un poco más de cuidado en el futuro con lo que hacía, pero tal intercambio era lo más justo. Además, el respingo y el estremecimiento de Theodrin cuando los flujos de Energía, Aire y Agua le recorrieron el cuerpo fueron en cierto modo una recompensa por los que ella misma había tenido cuando le vació encima el cubo de agua. Naturalmente también se estremeció con su propia Curación, pero no podía tenerse todo.

Fuera, el sol estaba a mitad de camino del horizonte occidental. Al fondo de la calle se produjo una sucesión de reverencias e inclinaciones de cabeza entre la multitud y a continuación la apiñada muchedumbre se abrió dando paso a Tarna Feir, que avanzó cual una reina caminando por una cochiquera, con el chal de flecos rojos echado por los brazos como una ostentosa bandera. Incluso a cincuenta pasos de distancia su actitud saltaba a la vista por el modo en que erguía la cabeza, por cómo sostenía la falda para que el repulgo no tocara el polvo, por la forma en que hacía caso omiso hasta de aquellos que hacían reverencias a su paso. El primer día había habido menos muestras de respeto y muchas más actitudes jactanciosas, pero una Aes Sedai era una Aes Sedai, al menos para las hermanas de Salidar. Para dejar tal cosa muy clara, dos Aceptadas, cinco novicias y casi una docena de hombres y mujeres de la servidumbre estaban dedicando las que habrían sido sus horas libres transportando desperdicios de cocina y contenidos de bacinillas hasta el bosque y enterrándolos allí.

Mientras Nynaeve se escabullía antes de que Tarna pudiese verla, su estómago hizo un ruido lo bastante fuerte para que un tipo que cargaba con un cesto de nabos en la espalda se girara en su dirección y la mirara sobresaltado. La hora del desayuno la habían empleado en el intento de Elayne de traspasar la salvaguarda, y la de la comida se la había pasado con los ejercicios de Theodrin. Y aún no había terminado con ella. Las instrucciones de Theodrin para ese día habían sido que no durmiese esta noche. Tal vez el agotamiento funcionaría allí donde la impresión había fracasado. «Cualquier bloqueo interior puede romperse —había dicho Theodrin, su voz todo un dechado de seguridad—, y el tuyo se romperá. Sólo hace falta que ocurra una vez. Con una sola vez que encauces sin ira, el *Saidar* será tuyo.»

De momento, lo único que Nynaeve quería hacer suyo era algo de comida. Los pinches ya estaban recogiendo y limpiando cacharros, por supuesto, y les faltaba poco para terminar su tarea, pero el olor a guisado de cordero y cerdo asado que flotaba aún en los alrededores de las cocinas hicieron que su nariz aleteara. Tuvo que conformarse con dos manzanas pequeñas, un poco de queso de cabra y una rodaja de pan. El día no parecía querer encarrilarse por mejor camino del que había llevado hasta el momento.

De vuelta en su cuarto encontró a Elayne tumbada encima de la cama. La joven la miró sin levantar la cabeza y después volvió a clavar los ojos en el agrietado techo.

Librodot

—He pasado un día espantoso, Nynaeve —suspiró—. Escaralde insiste en aprender a hacer *ter'angreal* aunque le falta la fuerza necesaria para ello, y Varilin creó algo, no sé qué, y la piedra en la que trabajaba se convirtió en una bola de... bueno, no era exactamente fuego, en sus manos. De no ser por Dagdara, creo que habría muerto; nadie más de las que estábamos allí habría podido curarla, y dudo mucho que hubiese habido tiempo de avisar a alguien que tuviese facultades para hacerlo. Después, pensando en Marigan, y que si no podíamos aprender a detectar a un hombre que está encauzando tal vez sí nos sería posible aprender a detectar qué es o que ha hecho, porque creo recordar que Moraine dio a entender que era posible. En fin, como decía, estaba pensando en ella y alguien me tocó en el hombro y grité como si me hubiesen clavado una aguja. Sólo era un pobre carretero que quería preguntarme sobre un absurdo rumor, pero lo asusté tanto que casi salió corriendo.

Por fin se dio un respiro y Nynaeve renunció a la idea de arrojarle la manzana que le quedaba a fin de aprovechar su momentánea pausa para preguntar:

—¿Y Marigan?

—Estaba terminando de arreglar el cuarto, que por cierto se lo ha debido tomar con calma, así que le mandé que se fuera al suyo. Todavía llevo puesto el brazalete, ¿lo ves? —Agitó el brazo en el aire y después lo dejó caer pesadamente en el colchón, pero el torrente de palabras no se detuvo—. No dejaba de insistir de ese modo gemebundo en que deberíamos huir a Caemlyn, y no pude soportarlo un segundo más. ¡Como si ya no tuviera bastante! Mi clase con las novicias fue un desastre. Esa horrible Keatlin, la de la nariz enorme, ¿recuerdas?, sin dejar de rezongar que en su lugar de procedencia jamás había permitido que una «chica» le diera órdenes, y Faolain se acercó a hurtadillas y exigió saber por qué tenía a Nicola en clase. ¿Cómo se suponía que iba a saber yo que Nicola tenía que estar haciendo recados para ella? Y entonces Ibrella decide escoger ese momento para comprobar lo grande que puede hacer una llama y estuvo a punto de prenderle fuego a toda la clase. Y Faolain me reprendió delante de todo el mundo por no mantener a la clase bajo control. Y Nicola dijo que ella...

Nynaeve renunció a meter baza en algún resquicio de la avalancha de palabras —quizá debería haberle arrojado el corazón de la manzana— y se limitó a gritar:

—¡Creo que Moghedien tiene razón!

Aquel nombre hizo que la muchacha cerrara el pico, y también que se incorporara y se quedara sentada en la cama, mirándola de hito en hito. Nynaeve no pudo menos de echar un vistazo en derredor para comprobar que nadie la había oído, a pesar de que estaban en su cuarto.

—Eso es una estupidez, Nynaeve.

La antigua Zahorí no supo si Elayne se refería a la sugerencia o a mencionar el nombre de Moghedien en voz alta, y tampoco tenía intención de preguntarle. Tomó asiento en la otra cama y se arregló los pliegues de la falda.

—No, no lo es. Cualquier día de éstos Jaril y Seve le dirán a alguien que Marigan no es su madre, si es que no lo han hecho ya. ¿Estás preparada para afrontar las preguntas que acarreará eso? Yo no. Cualquier día, alguna Aes Sedai va a ponerse a hurgar en cómo me es posible descubrir nada si para hacerlo tendría que estar furiosa desde el amanecer hasta el ocaso. Cada dos por tres las Aes Sedai con las que hablo lo mencionan, y Dagdara

me ha estado echando miradas raras últimamente. Además, aquí no se va a hacer nada excepto quedarse de brazos cruzados y esperar. A no ser que decidan regresar a la Torre. Me acerqué a hurtadillas y oí a Tarna hablando con Sheriam...

—¿Qué hiciste qué?

—Que me acerqué a escondidas y escuché —repitió con tono impasible Nynaeve—. El mensaje que envían a Elaida es que necesitan más tiempo para pensar. Eso significa que al menos están considerando la idea de olvidar lo del Ajah Rojo y Logain. Cómo pueden hacerlo, no lo sé, pero tienen que estar planteándoselo. Si nos quedamos aquí durante mucho más tiempo es posible que acaben entregándonos a Elaida como regalo. Al menos si nos vamos ahora podemos advertirle a Rand que no cuente con que tiene Aes Sedai respaldándolo. Podemos decirle que no confíe en ninguna Aes Sedai.

Frunciendo graciosamente el entrecejo, Elayne dobló las piernas con cuidado debajo de ella.

—Si todavía lo están pensando quiere decir que aún no se han decidido. Creo que deberíamos quedarnos. A lo mejor podemos ayudarlas a tomar la decisión correcta. Además, a no ser que te propongas invitar a Theodrin a acompañarnos, nunca romperás tu bloqueo interior si nos marchamos.

Nynaeve hizo caso omiso de esto último. Para lo que había logrado Theodrin hasta ahora... Cubos de agua. Esa noche, no dormir. ¿Qué sería lo próximo? Aunque no con las palabras exactas, esa mujer había dicho que pensaba intentar cualquier cosa hasta dar con algo que funcionara. En «cualquier cosa» cabía infinidad de posibilidades, y eso no era algo que le hiciese mucha gracia.

—¿Ayudarlas a decidir? No nos harán ningún caso. Ni siquiera Siuan nos presta atención, y eso que, aunque ella nos tenga cogidas por el cuello, nosotras la tenemos a ella por la oreja.

—Pues yo creo que deberíamos quedarnos. Al menos hasta que la Antecámara decida qué hacer. Entonces, si ocurre lo peor, al menos podremos advertir a Rand de un hecho, no de una posibilidad.

—¿Y cómo se supone que vamos a enterarnos? No hay que contar con que yo encuentre la ventana adecuada para escuchar a hurtadillas en dos ocasiones. Si esperamos hasta que lo anuncien, podríamos estar bajo vigilancia para entonces. Yo, al menos. No hay una sola Aes Sedai que no esté enterada de que Rand y yo somos de Campo de Emond.

—Siuan nos lo dirá antes de que se anuncie nada —adujo Elayne con calma—. No creerás que Leane y ella piensan regresar mansamente ante Elaida, ¿verdad?

Ahí estaba el asunto. Elaida les cortaría la cabeza antes de que hubiesen tenido ocasión de hacer una reverencia.

—No, desde luego, pero eso no nos protege de que Jaril y Seve puedan hablar —insistió.

—Ya se nos ocurrirá algo. En cualquier caso, no son los primeros niños refugiados que están al cuidado de alguien que no es de la familia. —Sin duda Elayne pensaba que su sonrisa radiante era tranquilizadora—. Lo único que tenemos que hacer es pensar un rato en ello para discurrir alguna idea. Por lo menos deberíamos esperar a que Thom regrese de Amadicia. No puedo dejarlo atrás.

Nynaeve levantó las manos en un gesto exasperado. Si la apariencia fuera un reflejo del carácter, entonces Elayne tendría que parecerse a una mula empecinada en no moverse. La chica había puesto a Thom en el lugar

dejado por el padre, que había muerto siendo ella pequeña. A veces también parecía creer que el juglar sería incapaz de encontrar el camino hacia la mesa para comer a menos que lo llevara de la mano.

La única advertencia que tuvo Nynaeve fue la sensación del *Saidar* abrazado muy cerca, y entonces la puerta se abrió de par en par empujada por un flujo de Aire y dio paso a Tarna Feir. Nynaeve y Elayne se pusieron de pie de un salto. Una Aes Sedai era una Aes Sedai, y algunos de esos trabajos de enterrar desechos se habían impuesto únicamente al considerarse merecidos según lo dicho por la propia Tarna.

La hermana Roja de cabello rubio y arrogante rostro cual mármol blanco las observó con ojos escrutadores.

—Vaya. La reina de Andor y la incapacitada espontánea.

—Todavía no, Aes Sedai —repuso Elayne con fría educación—. No hasta que me coronen en el salón del trono. Y únicamente en el caso de que mi madre esté muerta —añadió.

La sonrisa de Tarna habría congelado una tormenta de nieve.

—Por supuesto. Intentaron mantener tu presencia en secreto, pero los rumores corren por doquier. —Su mirada abarcó las estrechas camas, la banqueta destartalada, las ropas colgadas en clavijas y el yeso agrietado de las paredes—. Habría imaginado que teníais mejores aposentos, considerando todas las cosas milagrosas que habéis hecho. Si hubieseis estado en la Torre Blanca, que es donde deberíais estar, no me sorprendería ver que a estas alturas a ambas se os habría sometido a la prueba para alcanzar el chal.

—Gracias —dijo Nynaeve para demostrar que podía ser tan civilizada como Elayne. Tarna la miró y aquellos azules ojos hicieron que, en comparación, el resto de su semblante pareciera cálido—. Aes Sedai —se apresuró a añadir Nynaeve.

Tarna volvió la vista hacia Elayne.

—La Amyrlin siente un cariño especial por ti y por Andor. Ha organizado una búsqueda para dar contigo como jamás podrías imaginar. Sé que la complacería sobremanera si regresaras conmigo a la Torre.

—Mi lugar está aquí, Aes Sedai —El tono de Elayne continuaba siendo agradable, pero su barbilla se alzó igualando punto por punto la arrogancia de Tarna—. Regresaré a la Torre cuando lo hagan las demás.

—Entiendo —dijo inexpresivamente la Roja—. Muy bien. Puedes marcharte ahora. Quiero hablar con la espontánea a solas.

Nynaeve y Elayne intercambiaron una mirada, pero Elayne no podía hacer nada salvo saludar respetuosamente y marcharse.

Cuando la puerta se cerró, un cambio sorprendente se produjo en Tarna. Se sentó en la cama de Elayne, subió las piernas y las cruzó por los tobillos, para después recostarse en el destartalado cabecero mientras entrelazaba las manos sobre el estómago. Su semblante se desheló e incluso sonrió.

—Pareces inquieta. No lo estés: no voy a morderte.

Nynaeve le habría creído si los ojos le hubiesen cambiado también, pero la sonrisa no se reflejó en ellos un solo instante; en contraste, ahora parecían diez veces más duros y cien veces más gélidos. La combinación le puso la piel de gallina.

—No lo estoy —repuso, envarada, mientras plantaba los pies con fuerza en el suelo para no moverlos inconscientemente y dejar traslucir que estaba nerviosa.

Librodot

—Ah, vaya. Te has ofendido, ¿no? ¿Por qué? ¿Porque te he llamado espontánea? Yo también lo soy, ¿sabes? Galina Casban en persona echó abajo mi bloqueo interno. Sabía el Ajah que elegiría antes incluso que yo y tomó un interés especial en mí. Siempre lo hace con aquellas que cree que elegirán el Rojo. —Sacudió la cabeza, riendo, en tanto que sus ojos seguían siendo unos cuchillos helados—. ¡Las horas que pasé aullando y sollozando antes de ser capaz de contactar con el *Saidar* sin tener los ojos prietamente cerrados! No se puede tejer si no se ven los flujos, ¿comprendes? Tengo entendido que Theodrin está utilizando métodos más suaves contigo.

Nynaeve movió los pies a pesar de sí misma. ¡Sin duda Theodrin no intentaría nada por el estilo! No, por supuesto que no. Tensar las rodillas no aliviaba el nudo de nervios que le revolvía el estómago. De modo que no debería sentirse ofendida, ¿eh? ¿Tenía que olvidar también lo de «incapacitada»?

—¿De qué queríais hablar conmigo, Aes Sedai?

—La Amyrlin quiere que Elayne esté a salvo, fuera de peligro, pero en muchos aspectos tú eres igualmente importante. Puede que más. Lo que sabes sobre Rand al'Thor podría ser de un valor incalculable. Y también lo que sabe Egwene al'Vere. ¿Sabes dónde está?

Nynaeve habría querido limpiarse el sudor de la cara, pero se obligó a dejar las manos colgando a los costados.

—No la he visto desde hace mucho tiempo, Aes Sedai. —Meses, desde su último encuentro en el *Tel'aran'rhiod*—. ¿Puedo preguntaros qué...? —Nadie en Salidar llamaba Amyrlin a Elaida, pero se suponía que debía mostrarse respetuosa con esta mujer—. ¿Cuáles son las intenciones de la Amyrlin respecto a Rand?

—¿Intenciones, pequeña? Es el Dragón Renacido. La Amyrlin lo sabe y se propone darle todo el honor que merece. —La voz de Tarna adquirió un leve toque de intensidad—. Piensa, pequeña. Este grupo regresará al redil tan pronto como caigan en la cuenta del verdadero alcance de lo que han hecho, pero cada día será vital. Durante tres mil años la Torre Blanca ha guiado a dirigentes; habría habido más guerras y cosas peores sin la Torre. El mundo se enfrenta al desastre si Al'Thor carece de guía. Pero no se puede guiar lo que se desconoce, al igual que es imposible encauzar con los ojos cerrados. Lo mejor para él es que regreses conmigo ahora y compartas con la Amyrlin lo que sabes sobre él, en lugar de dejar que transcurran semanas o meses. Y también lo mejor para ti. Aquí nunca podrán hacerte Aes Sedai. La Vara Juratoria está en la Torre, y la prueba sólo puede llevarse a cabo allí.

El sudor le producía escozor en los ojos a Nynaeve, pero ésta rehusó parpadear. ¿Es que esta mujer creía que podía sobornarla?

—La verdad es que nunca pasé mucho tiempo con él. Yo vivía en el pueblo mientras que él lo hacía en una granja situada en el Bosque del Oeste, a bastante distancia, ¿comprendéis? Lo que recuerdo con más claridad es a un chiquillo que nunca se avenía a razones. Había que empujarlo para que hiciera lo que debía o incluso arrastrarlo a la fuerza. Claro que eso ocurría cuando era pequeño. Puede que haya cambiado, no lo sé. Aunque casi todos los hombres son simplemente chiquillos que han crecido mucho, pero a lo mejor él ha madurado.

Durante unos instantes Tarna se limitó a mirarla. Aquellos gélidos ojos hicieron que los segundos parecieran larguísimos.

—Bien —dijo por último la Aes Sedai, y se puso de pie con tanta rapidez que Nynaeve estuvo a punto de retroceder un paso, aunque en el diminuto

cuarto no había espacio para hacerlo. Aquella inquietante sonrisa no se borró del rostro de la mujer—. Qué grupo tan extraño el que se ha reunido aquí. Tampoco las he visto, pero tengo entendido que Siuan Sanche y Leane Sharif honran con su presencia Salidar. No son la clase de personas con las que una mujer inteligente se asociaría. Y quizá tampoco lo haría con otro tipo raro de gente, ¿no? Te convendría mucho más venir conmigo. Parto por la mañana, de modo que infórmame si he de esperarte en la calzada.

—Me temo que...

—Piénsalo, pequeña. Ésta puede que sea la decisión más importante que tengas que tomar en tu vida. Piénsalo muy bien. —La máscara amistosa se desvaneció, y Tarna salió del cuarto.

Por fin las rodillas de Nynaeve no aguantaron más tiempo derechas y al flaquear la dejaron sentada en la cama. La Aes Sedai había despertado tal cúmulo de emociones dispares dentro de ella que no sabía qué conclusiones sacar. La inquietud y la ira bullían entremezcladas con la euforia. Ojalá la Roja tuviese algún modo de comunicarse con las Aes Sedai de la Torre que buscaban a Rand. Oh, cómo le gustaría ser una mosca en la pared cuando intentaran poner en práctica la pauta que debían seguir con él de acuerdo con la valoración que ella le había dado. ¡Mira que intentar sobornarla! ¡Y asustarla! En esto último había hecho un buen trabajo. Tarna parecía tan segura de que las Aes Sedai de allí acabarían arrodillándose ante Elaida, como si fuera un resultado inevitable en el que sólo quedaba la duda respecto al momento oportuno. ¿Y la última insinuación se referiría a Logain? Nynaeve sospechaba que sí. Quizás Elaida contaba con partidarios en Salidar.

Nynaeve siguió esperando a que Elayne regresara y, cuando ya había pasado más de media hora sin que la muchacha apareciera, salió a buscarla; primero recorrió las calles de punta a punta a paso vivo, y después trotando y deteniéndose de vez en cuando para subirse a la lanza de un carro, a un barril puesto boca abajo o a una piedra grande a fin de atisbar entre las cabezas de la multitud. El sol había descendido hasta casi tocar las copas de los árboles cuando regresó al cuarto mascullando entre dientes. Y allí encontró a Elayne, quien obviamente acababa de llegar también.

—¿Dónde has estado metida? ¡Temía que Tarna te hubiese echado el lazo para llevarte con ella a la fuerza!

—Estaba consiguiendo esto de Siuan. —Elayne abrió la mano. Dos de los retorcidos anillos de piedra yacían en su palma.

—¿Es alguno el verdadero? La idea de cogerlos es buena, pero tendrías que haber intentado hacerte con el real.

—No he cambiado de opinión, Nynaeve. Todavía pienso que deberíamos quedarnos.

—Tarna...

—Sólo ha conseguido afirmarme más en mi decisión. Si nos marchamos, Sheriam y la Antecámara elegirán la integridad de la Torre en detrimento de Rand. Lo sé. —Puso las manos sobre los hombros de Nynaeve, y ésta no opuso resistencia para sentarse en la cama. Elayne hizo lo mismo en la suya y se inclinó hacia adelante con una expresión intensa en su semblante—. ¿Recuerdas lo que me dijiste sobre valerse de la necesidad para encontrar algo en el *Tel'aran'rhiod*? Lo que nos hace falta es un modo de convencer a la Antecámara de que no vuelva con Elaida.

—¿Cómo? ¿Y qué? Si lo de Logain no es suficiente...

—Sabremos qué es cuando demos con ello —afirmó la joven.

Nynaeve toqueteó su gruesa trenza con gesto absorto.

—¿Accederás a que nos marchemos si no encontramos nada? —preguntó—. No me hace ninguna gracia la idea de quedarnos aquí sentadas hasta que decidan ponernos bajo vigilancia.

—Accederé a irme siempre y cuando tú accedas a quedarte si damos con algo útil. Nynaeve, con todo lo que deseo verlo, sé que podemos hacer más a su favor estando aquí.

—De acuerdo —aceptó finalmente la antigua Zahorí tras una breve vacilación. Parecía un plan bastante seguro. Sin tener la más ligera idea de qué buscar no esperaba que encontraran nada en absoluto.

Si el día había transcurrido lentamente hasta entonces, a partir de ese momento dio la impresión de avanzar a paso de tortuga. Hicieron cola en una de las cocinas para coger unos platos con lonchas de jamón, nabos y guisantes. Era como si el sol se hubiese quedado colgado sobre las copas de los árboles durante horas. Casi todos los habitantes de Salidar se acostaban al anochecer, pero unas pocas luces aparecieron en algunas ventanas, especialmente en los edificios más grandes. La Antecámara ofrecía un banquete a Tarna esa noche. Fragmentos de música de arpa llegaban de vez en cuando desde la antigua posada; al parecer las Aes Sedai habían encontrado a un arpista entre los soldados y habían hecho que se afeitara y que se metiera en una especie de librea estrecha para él. La gente que pasaba ante la posada echaba rápidos vistazos al interior antes de continuar a buen paso, o hacía caso omiso de manera tan patente que prácticamente temblaba por el esfuerzo. De nuevo, Gareth Bryne era la excepción. Tomó su cena sentado en una caja en mitad de la calle; cualquier miembro de la Antecámara que mirara por la ventana tendría que verlo. Lenta, muy lentamente, el sol se metió tras los árboles y la oscuridad cayó repentinamente, sin apenas ocaso y con las calles vacías. La melodía del arpa comenzó de nuevo. Gareth Bryne siguió sentado en la caja, al borde de un rectángulo luminoso procedente del banquete de la Antecámara. Nynaeve sacudió la cabeza, sin saber si considerar al hombre digno de admiración o un completo necio. Un poco de ambas cosas, sospechaba.

Sólo cuando se encontró en la cama, con el jaspeado anillo *ter'angreal* ensartado junto al pesado sello de oro de Lan en el cordón que llevaba al cuello y la vela ya apagada, fue cuando se acordó de las instrucciones de Theodrin. En fin, ya era demasiado tarde para eso. De todos modos, Theodrin no sabría nunca si había dormido o no. ¿Dónde estaría Lan?

El ritmo de la respiración de Elayne se tornó más acompasado y lento; Nynaeve se acurrucó en la pequeña almohada mientras suspiraba y...

Se encontró a los pies de su cama vacía, mirando a una vaporosa Elayne a la extraña luz de la noche del *Tel'aran'rhiod.* Allí no podía verlas nadie. Puede que Sheriam o alguna otra del círculo rondara por el Mundo de los Sueños, o quizá Siuan o Leane. Cierto, ellas dos tenían derecho a visitar el *Tel'aran'rhiod;* pero, considerando su propósito de esa noche, ni la una ni la otra deseaba que nadie les hiciese preguntas. Por lo visto Elayne lo veía como una cacería; consciente o no de ello, se había soñado con un atuendo semejante al de Birgitte, con la chaqueta verde y los pantalones blancos. Parpadeó al reparar en el arco plateado que sostenía en la mano, y éste desapareció de inmediato junto con la aljaba.

Nynaeve comprobó su propia vestimenta y suspiró. Llevaba un vestido de seda azul propio para un baile, bordado con flores doradas alrededor del pronunciado escote y en hileras paralelas a lo largo de la amplia falda.

Librodot

Notaba los escarpines de terciopelo para bailar que calzaban sus pies. Lo que se llevaba puesto en el *Tel'aran'rhiod* no importaba realmente, pero ¿qué se le habría pasado por la cabeza para elegir algo así?

—Eres consciente de que quizás esto no funcione —dijo al tiempo que cambiaba su vestimenta a otra sencilla de la buena lana de Dos Ríos y unos fuertes zapatos. Elayne no tenía derecho a sonreír de ese modo. Un arco de plata, nada menos. ¡Ja!—. Se supone que por lo menos deberíamos tener alguna idea de qué estamos buscando.

—Tendremos que arreglárnoslas, Nynaeve. Según tú, las Sabias dicen que la necesidad es la clave; cuanto más apremiante la necesidad, mejor, e indiscutiblemente necesitamos hallar algo o la ayuda que le prometimos a Rand va a desvanecerse salvo por lo que Elaida tenga a bien conceder. No permitiré que ocurra eso, Nynaeve. No lo permitiré.

—Baja la barbilla, Elayne. Tampoco yo pienso permitirlo si hay algo que podamos hacer para evitarlo. Podríamos ponernos a ello. —Enlazó sus manos con las de la muchacha y cerró los ojos. Necesidad. Confiaba en que alguna parte de sí misma tuviese al menos cierta idea de qué era lo que necesitaban. Tal vez no ocurriría nada. Necesidad. De repente todo pareció desplazarse a su alrededor, y notó que el *Tel'aran'rhiod* se ladeaba y se deslizaba.

Abrió los ojos de inmediato. Cada paso dado usando la necesidad se daba a ciegas; y, aunque cada uno de ellos llevaba más cerca de lo que se buscaba, cualquiera de ellos podía conducir a un nido de víboras o hasta un león que podía arrancarle a uno la pierna de un mordisco.

No había ningún león, pero aun así se encontraban en un lugar inquietante. Era mediodía, pero eso no importaba, pues allí el tiempo fluía de manera diferente. Elayne y ella estaban agarradas de las manos en una calle adoquinada, rodeadas de edificios de ladrillo y piedra. Cornisas y frisos ornamentados decoraban las casas y los comercios por igual. Las tejas de las cúpulas formaban dibujos, y puentes de piedra y madera salvaban en arco la calle, a veces a tres o cuatro pisos de altura. Montones de basura, ropas viejas y muebles rotos se apilaban en las esquinas de las calles, y las ratas, muy abundantes, corrían de un sitio a otro, a veces deteniéndose para lanzarles chillidos desafiantes sin ningún temor. La gente que se soñaba a sí misma en el límite del *Tel'aran'rhiod* aparecía y desaparecía fugazmente. Un hombre cayó gritando desde uno de los puentes y desapareció antes de estrellarse contra los adoquines de la calle. Una mujer que chillaba aterrada y que llevaba las ropas desgarradas corrió hacia ellas una docena de pasos antes de desvanecerse repentinamente. Gritos y chillidos truncados levantaban ecos por las calles, y a veces se oían risas groseras con un atisbo de locura.

—Esto no me gusta —dijo Elayne con preocupación.

En la distancia, una esbelta torre blanca se alzaba sobre la ciudad superando con mucho a las demás, muchas de las cuales estaban unidas por pasarelas que, en comparación, hacían parecer bajas las que había cerca de donde estaban las dos mujeres. Se encontraban en Tar Valon, en la zona en la que Nynaeve había atisbado fugazmente a Leane la última vez que habían estado allí. La antigua Guardiana no se había mostrado muy comunicativa respecto a lo que había estado haciendo, salvo el comentario, acompañado por una sonrisa, de haberse ocupado de aumentar el temor reverencial y la leyenda que inspiraban las misteriosas Aes Sedai.

—No importa —manifestó tercamente Nynaeve—. Nadie en Tar Valon

está enterado de lo del Mundo de los Sueños, así que no nos toparemos con ninguna persona. —El estómago se le revolvió cuando un hombre con el rostro ensangrentado apareció de repente, tambaleándose en su dirección. No tenía manos, sino que los brazos acababan en muñones por los que salía sangre a chorros.

—No me refería a eso —musitó Elayne.

—Sigamos con lo nuestro. —Nynaeve cerró los ojos. Necesidad.

Cambio.

Estaban en la Torre, en uno de los curvados pasillos adornados con tapices. Una novicia regordeta apareció de pronto a menos de tres pasos y sus ojos se abrieron de par en par al verlas.

—Por favor —sollozó—. ¡Por favor!

Y desapareció. Inopinadamente, Elayne dio un respingo.

—¡Egwene!

Nynaeve giró sobre sus talones, pero el pasillo estaba vacío.

—La he visto —insistió Elayne—. Sé que la vi.

—Imagino que también puede tocar el *Tel'aran'rhiod* en un sueño corriente, como todo el mundo —dijo Nynaeve—. Prosigamos con lo que hemos venido a hacer. —Empezaba a sentirse muy intranquila. Volvieron a enlazar las manos. Necesidad.

Cambio.

No era un almacén corriente. Los estantes llenaban las paredes y formaban dos cortas hileras en el suelo, siguiendo con precisión la línea de cajas de diversos tamaños y formas, algunas de madera corriente y otras talladas o lacadas, con objetos envueltos en paños, estatuillas y figuritas, y objetos de formas muy peculiares que parecían de metal o de cristal, de piedra o de porcelana vidriada. A Nynaeve no le hizo falta más para saber que tenían que ser objetos del Poder Único, probablemente *ter'angreal* en su mayor parte y puede que también algunos *angreal* y *sa'angreal.* Una colección tan dispar, almacenada con tanto esmero y en la Torre no podía ser otra cosa.

—No creo que tenga sentido seguir más adelante —opinó Elayne con desaliento—. No se me ocurre cómo podríamos sacar nada de aquí.

Nynaeve asestó un tirón a su trenza. Si realmente había algo en ese lugar que pudieran utilizar —tenía que haberlo, a no ser que las Sabias hubiesen mentido— entonces también debía haber un modo de llegar a ello en el mundo de vigilia. Los *angreal* y objetos por el estilo no se guardaban bajo estrecha vigilancia; cuando ellas vivían en la Torre, solían estar protegidos por un candado y una novicia de servicio. La puerta estaba hecha de gruesos tablones y cerrada con un cerrojo de hierro negro. Sin duda estaba echado, pero lo imaginó abierto y empujó.

La puerta se abrió a un cuarto de guardia. Unos estrechos catres, colocados unos encima de otros, llenaban una de las paredes, mientras que un astillero con alabardas ocupaba otra. Detrás de una pesada y destartalada mesa, rodeada de banquetas, había otra puerta reforzada con bandas de hierro y un pequeño hueco enrejado.

Al volverse hacia Elayne reparó de repente en que la puerta estaba cerrada de nuevo.

—Si no podemos conseguir lo que necesitamos aquí, tal vez lo hagamos en otro sitio. Quiero decir que quizás haya alguna otra cosa que nos sirva. Al menos ahora tenemos una pista. Me parece que todos esos objetos son *ter'angreal* que nadie ha descubierto todavía cómo utilizar. Tiene que ser la

Librodot

única razón para que estén vigilados, así. Podría ser peligroso incluso encauzar cerca de ellos. —Elayne la miró con mala cara.

—Pero, si lo intentamos otra vez, ¿no nos traerá al mismo sitio? —argumentó—. A menos que... A menos que las Sabias te dijeran cómo pasar por alto un sitio en la búsqueda.

No lo habían hecho, ya que no parecían muy dispuestas a contarle nada de nada; sin embargo, en un lugar donde se abrían cerrojos pensando simplemente que lo estaban, cualquier cosa era posible.

—Esto es exactamente lo que haremos. Fijaremos en la mente la idea de que lo que queremos no está en Tar Valon. —Nynaeve miró con el ceño fruncido los estantes y añadió—: Y apuesto a que es un *ter'angreal* que nadie sabe cómo utilizarlo. —Aunque no se le ocurría cómo podría ayudar algo así a Rand con la Antecámara.

—Necesitamos un *ter'angreal* que no se encuentra en Tar Valon —repitió Elayne, como queriendo convencerse a sí misma—. Muy bien, vamos a ello.

Alargó las manos y al cabo de un instante Nynaeve se las cogió. La antigua Zahorí no entendía por qué había acabado siendo ella la que había insistido en continuar. Al fin y al cabo, quería marcharse de Salidar, no encontrar una razón para quedarse. No obstante, si ello significaba asegurar que las Aes Sedai de Salidar respaldarían a Rand...

Necesidad. Un *ter'angreal.* No en Tar Valon. Necesidad.

Cambio.

Estuvieran donde estuviesen, la ciudad bajo la mortecina luz del alba no era Tar Valon. A menos de veinte pasos de distancia, la ancha calle pavimentada daba paso a un blanco puente de piedra con estatuas a ambos lados y cuyo arco se extendía sobre un canal encauzado entre piedras. A cincuenta pasos de distancia había otro. Por doquier se divisaban esbeltas torres circundadas por balcones, semejantes a lanzas seccionadas en tramos por ornamentaciones. Todos los edificios eran blancos, y las puertas y ventanas estaban rematadas por arcos puntiagudos, en ocasiones dobles o triples. En los edificios más grandes, amplias balconadas de hierro forjado pintado en blanco, con intrincadas rejas forjadas a guisa de pantallas que impedían ver a quien hubiese dentro, se asomaban a las calles y canales, y las níveas cúpulas, ribeteadas con colores escarlatas o dorados, se elevaban hasta acabar en puntas tan agudas como las torres.

Necesidad. *Cambio.*

Podría haberse tratado de otra ciudad distinta. La calle era angosta y con el pavimento irregular, flanqueada por edificios de cinco o seis pisos de altura, con el enjalbegado exterior agrietado y desconchado en muchos sitios, de manera que se veían los ladrillos de debajo. Aquí no había balcones y las moscas zumbaban en el aire; resultaba difícil saber si todavía estaba amaneciendo a causa de las sombras que envolvían la parte inferior de la calle.

Intercambiaron una mirada. No parecía muy probable que encontraran un *ter'angreal* en tal lugar, pero habían llegado demasiado lejos para detenerse ahora. Necesidad.

Cambio.

Nynaeve estornudó antes de haber abierto los ojos, y volvió a estornudar una vez que los abrió. Cada movimiento de sus pies levantaba nubes de polvo. Este almacén no se parecía en nada al de la Torre. Arcones, cajas y barriles abarrotaban el pequeño cuarto, apilados de cualquier forma

unos sobre otros, dejando apenas un espacio para andar entre medias, y todo cubierto por una espesa capa de polvo. Nynaeve estornudó tan fuerte que creyó que se saldría de los zapatos... Y el polvo desapareció por completo, hasta la última mota. Elayne exhibía una sonrisilla satisfecha. Nynaeve no dijo nada, limitándose a fijar en su mente la imagen del almacén sin polvo. Tendría que haber pensado en ello.

Echó un vistazo al revoltijo de objetos y suspiró. El cuarto no era más grande que aquel en el que sus cuerpos dormían en ese momento, en Salidar, pero buscar entre todo aquel embrollo...

—Tardaríamos semanas.

—Podríamos intentarlo otra vez. Puede que así al menos supiéramos entre qué cosas buscar. —La voz de Elayne ponía de manifiesto que albergaba tantas dudas como la propia Nynaeve.

Aun así, la sugerencia era tan buena como cualquier otra, de modo que Nynaeve cerró los ojos y de nuevo se produjo el desplazamiento.

Cuando volvió a mirar, estaba de pie al final del pasillo, al otro extremo de la puerta, de cara a un arcón cuadrado de madera que le llegaba más arriba de la cintura. Los herrajes de hierro parecían estar completamente oxidados, y el propio arcón tenía el aspecto de haber pasado los últimos veinte años recibiendo martillazos. Nynaeve era incapaz de imaginar un recipiente más inadecuado para guardar algo útil, y menos un *ter'angreal,* pero Elayne estaba de pie a su lado, contemplando el mismo arcón.

La antigua Zahorí puso una mano sobre la tapa —pensando que los goznes se abrirían fácilmente— y tiró de ella hacia arriba. No sonó el menor chirrido. Dentro, dos espadas llenas de herrumbre y un peto tan oxidado que tenía un agujero yacían sobre una maraña de paquetes envueltos en trapos y lo que parecía ser un apretado montón de ropa vieja de alguien y un par de hornillos. Elayne rozó una pequeña tetera con el pitorro roto.

—Semanas no, pero sí el resto de la noche.

—¿Lo intentamos de nuevo? —sugirió Nynaeve—. No tenemos nada que perder.

Elayne se encogió de hombros. Cerraron los ojos. Necesidad.

Nynaeve alargó la mano y sus dedos se posaron en algo duro y redondo, cubierto con un trapo que se deshacía al tocarlo. Cuando abrió los ojos, la mano de Elayne estaba justo pegada a la de ella. La sonrisa de la joven le llegaba de oreja a oreja.

Sacarlo no resultó tan fácil. No era pequeño, y tuvieron que retirar chaquetas harapientas, ollas abolladas y paquetes cuya envoltura se deshizo dejando a la vista figurillas, tallas de animales y toda clase de trastos inútiles. Una vez que lo hubieron sacado, tuvieron que sostenerlo entre las dos; tenía una forma redonda y aplastada y estaba envuelto en trapos podridos. Tras quitarlos, resultó ser un cuenco somero de grueso cristal, de más de medio metro de diámetro y tallado por dentro del vidrio con lo que parecían nubes arremolinadas.

—Nynaeve —dijo lentamente Elayne—. Creo que esto es...

La otra mujer dio un respingo y estuvo a punto de soltar el lado que sostenía cuando de repente se tornó de un pálido color azul acuoso y las nubes talladas empezaron a desplazarse lentamente. Un instante después, el cristal volvía a ser transparente y las nubes permanecieron inmóviles. Sólo que Nynaeve estaba segura de que eran distintas de las de antes.

—Lo es —exclamó Elayne—. Es un *ter'angreal.* Y apostaría cualquier cosa a que tiene que ver con el tiempo. Sin embargo no estoy lo bastante

Librodot

fuerte para hacer que funcione.

Nynaeve tragó saliva e intentó apaciguar los desbocados latidos que sentía en su corazón.

—¡No lo hagas! ¿Es que no te das cuenta de que podrías neutralizarte manipulando un *ter'angreal* sin saber cuál es su función específica?

La muy necia tuvo la sangre fría de lanzarle una mirada sorprendida.

—Para eso es para lo que hemos venido, Nynaeve. ¿Es que crees que haya alguien que sepa más que yo sobre los *ter'angreal*?

Nynaeve resopló. Sólo porque tuviera razón no significaba que no pudiera hacerle una pequeña advertencia.

—No digo que no sea maravilloso si con este objeto se puede hacer algo respecto al tiempo, porque lo es, pero no veo cómo puede tratarse de lo que necesitamos. Esto no cambiará la decisión de la Antecámara respecto a Rand.

—«Lo que necesitas no es siempre lo que quieres» —citó la joven—. Lini solía decir eso cuando no me dejaba ir a cabalgar o trepar a los árboles, pero quizá sirva también con esto.

Nynaeve volvió a resoplar. Puede que fuera así, pero ahora mismo ella quería encontrar lo que quería. ¿Acaso era mucho pedir?

El cuenco se desvaneció en sus manos y ahora le llegó el turno a Elayne de dar un respingo mientras rezongaba que nunca se acostumbraría a que ocurriera eso. También el arcón se había cerrado.

—Nynaeve, cuando encaucé en el cuenco, sentí... No es el único *ter'angreal* en este cuarto. Creo que también hay *angreal* y puede que incluso *sa'angreal.*

—¿Aquí? —inquirió Nynaeve con incredulidad al tiempo que miraba en derredor el abarrotado cuartucho. Sin embargo, si había uno ¿por qué no podía haber dos, o diez o incluso un centenar?—. ¡Luz, no vuelvas a encauzar! ¿Y si haces que alguno funcione por accidente? Podrías neutralizar...

—Sé lo que hago, Nynaeve. De verdad. El siguiente paso es descubrir dónde está esta habitación.

Aquello no resultó tarea fácil. Los goznes eran una sólida masa de herrumbre, pero, encontrándose en el *Tel'aran'rhiod,* la puerta no fue un impedimento. Los problemas empezaron después. El oscuro y estrecho corredor de fuera tenía sólo un ventanuco a un extremo, y por él sólo se veía una encalada pared desconchada al otro lado de la calle. Bajar los estrechos peldaños de la escalera de piedra no sirvió de nada. La calle era una copia de aquella en que habían aparecido la primera vez que habían visto ese barrio de la ciudad, fuera la que fuese, con todos los edificios tan iguales que apenas se diferenciaban. Las pequeñas tiendas que había a lo largo de la calle no tenían letreros, y la única indicación de las posadas eran las puertas pintadas de azul. El rojo parecía señalar las tabernas.

Nynaeve echó a andar buscando alguna edificación que le sirviera de referencia, algo que precisara con exactitud dónde se encontraban. Algo que indicara qué ciudad era. Cada calle que recorrió parecía igual que la anterior, pero no tardó en encontrar un sencillo puente de piedra, distinto de los otros que habían visto y sin estatuas. Desde el centro de su arco sólo alcanzó a ver el canal, que se unía a otros en ambas direcciones, y más puentes y más edificios enjalbegados. De repente se dio cuenta de que estaba sola.

—¿Elayne? ¡Elayne!

La joven rubia apareció en una esquina, cerca del arranque del puente.

—Ah, estás ahí —dijo Elayne—. Este sitio hace que la madriguera de un conejo parezca bien planeada. Volví la cabeza un momento y desapareciste. ¿Has encontrado algo?

—Nada. —Nynaeve bajó la vista de nuevo hacia el canal antes de reunirse con la muchacha—. Nada que nos sirva de ayuda.

—Al menos sabemos con certeza dónde nos hallamos. En Ebou Dar. Tiene que ser esa ciudad. —La chaqueta corta y los amplios pantalones que llevaba se transformaron en un vestido de seda verde con grandes chorreras colgándole sobre las manos y un cuello alto complejamente bordado, aunque el escote era lo bastante bajo para mostrar un buen trozo del canal entre los senos—. No se me ocurre otra ciudad con tantos canales excepto Illian, y esto ciertamente no es Illian.

—Confío en que no —musitó Nynaeve. No se le había pasado por la cabeza en ningún momento que su búsqueda a ciegas pudiera llevarlas a la guarida de Sammael. Su propio vestido había cambiado, advirtió, en un traje azul profundo muy adecuado para viajar, completo con un guardapolvo de lino. Hizo desaparecer esta última prenda, pero dejó lo demás.

—Te gustaría Ebou Dar, Nynaeve. Las Zahoríes ebudarianas saben más que nadie sobre hierbas. Pueden curarlo todo. No les queda más remedio, porque los ebudarianos se baten en duelos por un simple estornudo, tanto nobles como plebeyos, hombres o mujeres. —Elayne soltó una risita—. Thom dice que solía haber leopardos aquí, pero que emigraron porque Ebou Dar les parecía un sitio demasiado puntilloso para ser de su agrado.

—Eso está muy bien —repuso la otra mujer—; pero, por lo que a mí respecta, pueden atravesarse de parte a parte unos a otros tantas veces como quieran. Elayne, teniendo en cuenta lo que hemos conseguido hasta ahora, podríamos haber dejado los anillos y limitarnos a dormir. Soy incapaz de regresar a ese cuarto desde aquí aunque fueran a darme el chal cuando llegase allí. Si hubiese algún modo de hacer un mapa...

Hizo una mueca. Eso era tanto como pedir que a uno le crecieran alas en el mundo de vigilia; si fuera posible sacar un mapa del *Tel'aran'rhiod* podrían llevarse el cuenco de cristal, simplemente.

—Entonces tendremos que venir a Ebou Dar y buscar —manifestó Elayne con tono decidido—. En el mundo real. Al menos sabemos en qué zona de la ciudad registrar.

Nynaeve se llenó de alegría. Ebou Dar se encontraba a unos pocos cientos de kilómetros Eldar abajo desde Salidar.

—Eso me parece una idea excelente. Y nos llevará lejos del pueblo antes de que todo se nos venga encima.

—Oh, vamos, Nynaeve. ¿De verdad sigue siendo eso lo más importante para ti?

—No me negarás que es algo importante. ¿Se te ocurre alguna otra cosa que podamos hacer aquí? —Elayne sacudió la cabeza—. Entonces, podríamos regresar. Me gustaría disfrutar de un poco de verdadero sueño esta noche.

No había forma de calcular el tiempo que transcurría en el mundo de vigilia mientras se estaba en el *Tel'aran'rhiod;* a veces una hora allí también era una hora aquí, y otras veces un día o más. Con suerte, parecía que no funcionaba del mismo modo a la inversa o, al menos, no con tanta diferencia, porque de otro modo uno habría podido morirse de hambre mientras dormía.

Librodot

Nynaeve salió del sueño...

Y abrió los ojos de golpe, viendo la almohada que estaba tan empapada de sudor como ella misma. Ni el más leve soplo de aire entraba por la ventana abierta. El silencio había caído sobre Salidar, y el sonido más fuerte que se oía eran los tenues gritos de las garzas nocturnas. Se sentó en la cama, desató el cordón que llevaba al cuello y sacó el retorcido anillo de piedra, deteniéndose un instante para acariciar el grueso sello de oro de Lan. Elayne rebulló y enseguida se sentó y bostezó; luego encendió un resto de vela encauzando.

—¿Crees que servirá de algo? —preguntó en voz queda Nynaeve.

—No lo sé. —Elayne contuvo otro bostezo llevándose la mano a la boca.

¿Cómo se las arreglaba para seguir estando bonita bostezando, con el cabello revuelto y una raya roja marcada en la mejilla por un doblez de la almohada? Ése sí que era un secreto que las Aes Sedai deberían investigar.

—Lo único que sé con certeza —continuó la joven— es que ese cuenco de cristal podría hacer algo para cambiar el tiempo. Y sé que un alijo de *ter'angreal* y *angreal* debe ponerse a cargo de las manos adecuadas. Tenemos el deber de entregárselo a la Antecámara. Al menos, a Sheriam. Y sé que, si tal cosa no influye en que respalden a Rand, seguiré buscando hasta encontrar algo que sí lo haga. Y también sé que quiero dormir. ¿No podríamos hablar de esto por la mañana?

Sin esperar a que respondiera, apagó la vela, volvió a hacerse un ovillo en la cama y, tan pronto como apoyó la cabeza en la almohada, empezó a respirar acompasada y lentamente.

Nynaeve volvió a tumbarse, con la mirada prendida en el techo a través de la oscuridad. Al menos se pondrían en camino hacia Ebou Dar muy pronto. Tal vez mañana mismo. Un día o dos, como mucho, para prepararse para el viaje y detener a un barco fluvial que fuera de paso. Por lo menos...

De repente se acordó de Theodrin. Si necesitaban un par de días para prepararlo todo, Theodrin querría tener dos sesiones, tan seguro como que un pato tenía plumas. Y esperaba que ella no durmiera esa noche. Era imposible que supiera si lo había hecho o no, pero...

Suspirando hondo, se levantó de la cama. No había mucho espacio para caminar por el cuarto, pero se arregló con lo que tenía y se fue enfureciendo más y más a cada momento que pasaba. Lo único que quería era marcharse. Había dicho que no se le daba bien lo de rendirse, pero tal vez sí que estaba cogiendo bastante experiencia en eso de escapar. Sería maravilloso encauzar cada vez que quisiera. Ni siquiera advirtió que las lágrimas empezaban a deslizarse por sus mejillas.

CAPÍTULO 14

Sueños y pesadillas

Al ver a Nynaeve y a Elayne, Egwene no salió del sueño, sino que saltó fuera. No de vuelta a su cuerpo dormido en Cairhien —la noche era joven aún— sino a una vasta negrura llena de puntitos de luz parpadeantes, muchos más que las estrellas en un cielo despejado, cada uno de ellos brillante y nítido hasta donde alcanzaba la vista; si hubiese tenido ojos aquí, se entiende. Incorpórea, flotó en la infinidad existente entre el *Tel'aran'rhiod* y el mundo de vigilia, la estrecha franja entre el sueño y la realidad.

Si hubiese tenido corazón, le habría estado latiendo como un tambor enloquecido. No creía que la hubiesen visto, pero ¿qué demonios estaban haciendo allí, en una parte de la Torre que no guardaba nada de interés? En esas excursiones nocturnas evitaba con empeño el estudio de la Amyrlin, los aposentos de las novicias e incluso los de las Aceptadas. Si Nynaeve o Elayne o ambas no estaban siempre en uno de esos sitios, entonces lo estaban otras personas. Podría haberse acercado a sus amigas, naturalmente, porque sabían guardar secretos, pero algo le decía que no lo hiciese; había soñado que lo hacía, y siempre parecía una pesadilla. No de aquellas en que uno se despertaba empapado en sudor frío, sino de esas otras que hacían retorcerse de ansiedad. Esas otras mujeres... ¿Sabían las Aes Sedai de Salidar que gentes extrañas merodeaban por la Torre en el Mundo de los Sueños? Al menos, extrañas para ella. Si lo ignoraban, ella no podía advertirles. No del único modo que estaba a su alcance. ¡Era todo tan frustrante!

El inmenso y oscuro océano tachonado de luces giraba a su alrededor, parecía moverse mientras ella permanecía quieta. Sintiéndose como pez en el agua en ese océano, nadaba en él con segura confianza, sin necesitar pensarlo realmente, igual que los peces. Aquellas titilantes lucecitas eran sueños, todos los sueños de todas las gentes del mundo. De todos los mundos, en realidad; lugares que no eran exactamente el mundo que conocía, mundos que no se parecían en nada al suyo. Verin Sedai había sido la primera en hablarle de ellos; las Sabias confirmaron que era así, y ella misma, echando miradas a hurtadillas, había vislumbrado cosas que no acababa de creer, ni siquiera en un sueño. No pesadillas —éstas parecían estar envueltas siempre en color rojo o azul o un gris oscuro semejante a unas densas sombras—, pero sí rebosantes de cosas imposibles. Mejor esquivarlas; era obvio que ella no pertenecía a esos mundos. Asomarse a un sueño así era como si de repente se encontrara rodeada de espejos rotos que giraran y sin saber distinguir arriba de abajo. Le entraban ganas de vomitar y, si allí no tenía estómago, sí lo tendría al volver a su cuerpo. Vomitar no era el mejor modo de despertarse.

Había aprendido varias cosas estando sola como en ese momento, además de lo que las Sabias le habían enseñado, e incluso se aventuraba allí donde ellas le habrían cerrado el paso de saberlo. Y a pesar de todo... Estaba plenamente convencida de que habría aprendido mucho más si hubiese

Librodot

tenido una caminante de sueños vigilándola; diciéndole que esto era demasiado peligroso todavía y, en consecuencia, rotundamente prohibido, cierto, pero al tiempo sugiriéndole lo que debía intentar hacer. Dejadas atrás las cosas sencillas hacía mucho tiempo, descifrándolas fácilmente —bueno, fácil no era en realidad; eso nunca— había llegado a un punto en el que era capaz de razonar por sí misma el siguiente paso a dar, pero había algunos pasos que las Sabias caminantes de sueños habían dado largo tiempo atrás. Lo que le costaba un mes dominar por sus propios medios, ellas podían enseñárselo en una noche, en una hora. Cuando decidían que estaba preparada. Nunca antes. Así de irritante, cuando todo lo que quería era aprender. Aprenderlo todo. Ya.

Cada una de las luces parecía idéntica a las demás, pero había aprendido a distinguir un puñado. Exactamente cómo, lo ignoraba, cosa que la irritaba sobremanera. Ni siquiera las caminantes de sueños sabían eso. Aun así, una vez que identificaba qué sueño pertenecía a quién, era capaz de volver a encontrar los sueños de esa persona con la puntualidad de una flecha volando a la diana, sin importar que estuvieran al otro lado del mundo. Esa luz era Berelain, la Principal de Mayene, la mujer que Rand había puesto al mando en Cairhien. Mirar en los sueños de Berelain causaba incomodidad a Egwene. Por lo general, no eran distintos de los de otras mujeres —cualquier mujer interesada como ella en el poder, la política y la última moda en vestidos— pero a veces Berelain soñaba con hombres, incluso algunos que Egwene conocía, de un modo que hacía enrojecer a la joven cuando los recordaba.

Y aquel brillo ligeramente mortecino era Rand, sus sueños protegidos con una salvaguarda tejida con *Saidin.* Casi se detuvo en él —le picaba que algo que no podía ver ni sentir pudiera impedirle el paso como un muro de piedra—, pero en cambio lo dejó pasar. Otra noche de esfuerzos fútiles no le resultaba atractiva.

Ese lugar distorsionaba el espacio del mismo modo que el *Tel'aran'rhiod* hacía con el tiempo. Rand estaba durmiendo en Caemlyn, a menos que se hubiese trasladado a Tear, cosa que a Egwene le encantaría saber cómo hacía; pero, a poca distancia de su sueño, la joven localizó otra luz que reconoció: Bair, en Cairhien, a cientos de leguas de Rand. Dondequiera que éste se encontrara, sabía con certeza que no estaba en Cairhien esta noche. ¿Cómo demonios lo haría?

El manto de luces se desplazó rápido como un rayo cuando Egwene se alejó velozmente del sueño de la Sabia. Si hubiese visto también los de Amys y Melaine, tal vez no habría huido, pero si las otras dos Sabias no estaban dormidas y soñando podían encontrarse caminando en sueños. Cabía la posibilidad de que una de ellas estuviera en el mismo sitio que ella, e incluso dispuesta para echársele encima y sacarla a rastras del sueño o llevarla al propio sueño de la Sabia. Dudaba ser capaz de impedírselo; todavía no. Se encontraría a merced de la otra mujer, convertida en parte de su sueño. Aferrarse a uno mismo dentro del sueño de otro era muy difícil aun cuando el soñador fuera una persona corriente que ignorara por completo lo que estaba pasando, aunque no más difícil que salir antes de que dejara de soñar con uno. Con una caminante de sueños, tan consciente de los suyos propios como del mundo de vigilia, era imposible. Y ésa era la parte menos peliaguda de todas.

Se le ocurrió que estaba haciendo el tonto. Huir era inútil. Si Amys o Melaine la hubiesen encontrado, a estas alturas ya habría estado en otra

parte. Pensándolo bien, incluso podía estar corriendo hacia ellas. El veloz movimiento de las luces no aminoró la velocidad. Se detuvo de súbito, simplemente. Así era como funcionaban las cosas allí.

Irritada, pensó qué hacer a continuación. Aparte de descubrir lo que estuviera a su alcance en el *Tel'aran'rhiod,* su principal propósito al venir allí era recoger alguna información de lo que acontecía en el mundo. En ocasiones era como si las Sabias no accedieran a decirle siquiera que el sol había salido si no lograba verlo por sí misma. Argumentaban que no tenía que alterarse. ¿Cómo no iba a alterarse si no dejaba de darle vueltas a la cabeza todo lo que no sabía? Por eso había estado acudiendo a la Torre Blanca, para descubrir alguna pista de las intenciones de Elaida. Y de Alviarin. Y pistas eran lo único que había sido capaz de encontrar, además de ser pocas. Detestaba no saber las cosas; la ignorancia era como quedarse repentinamente ciega y sorda.

En fin, la Torre en su totalidad quedaba borrada de su lista ahora; no le quedaba más remedio puesto que ya no estaba segura de en qué partes de ella podía moverse sin peligro. El resto de Tar Valon ya había quedado descartado, después de la cuarta vez que estuvo a punto de toparse con una mujer de tez cobriza, a quien en esta última ocasión vio asintiendo con satisfacción mientras examinaba —nada menos— que un establo que parecía recién pintado de azul. Fuera quien fuera, no se había soñado en el *Tel'aran'rhiod* de manera accidental durante un momento, y daba la impresión de ser de niebla. Estaba, obviamente, utilizando un *ter'angreal,* lo que significaba casi con toda seguridad que era una Aes Sedai. Egwene sólo conocía un *ter'angreal* que permitiera acceder al Mundo de los Sueños sin necesidad de encauzar, y Nynaeve y Elayne lo tenían en su poder. Aquella esbelta mujer no llevaba mucho tiempo siendo Aes Sedai, sin embargo. Era muy hermosa —y llevaba un vestido escandalosamente fino— y aparentaba la misma edad que Nynaeve, no tenía un rostro intemporal.

Egwene se había planteado seguirla —podría pertenecer al Ajah Negro, después de todo, ya que habían robado *ter'angreal* de sueños—; pero, sopesando el riesgo de ser descubierta e incluso capturada con el hecho de no poder revelar nada de lo que descubriese, al menos hasta que volviera a hablar con Nynaeve y Elayne, y a no ser que se enterara de algo que pusiera todo en peligro... Al fin y a la postre, el Ajah Negro era asunto de las Aes Sedai; aunque no hubiese otras razones para guardar el secreto, de eso no podía hablar con cualquiera. En resumen, que no le quedaba otra elección.

Absorta, contempló las luces más próximas en la inmensa oscuridad. No reconoció ninguna de ellas. Permanecían absolutamente inmóviles a su alrededor, cual relucientes estrellas congeladas en un negro y transparente hielo.

Últimamente había mucha gente desconocida en el Mundo de los Sueños para sentirse tranquila allí. Dos, pero eso significaba dos más de la cuenta. La mujer de tez cobriza y otra, una mujer bonita, con aire resuelto y enérgico, ojos azules y rasgos firmes. La mujer decidida, como Egwene pensaba en ella, debía de ser capaz de entrar en el *Tel'aran'rhiod* por sus propios medios —su apariencia era sólida, no como un jirón de niebla— y, fuera quien fuese y estuviera allí por la razón que estuviera, rondaba por la Torre más a menudo que Nynaeve, Elayne, Sheriam y todas las demás juntas. Parecía estar en todas partes. Además de encontrarla en la Torre, casi había sorprendido a Egwene en su última visita a Tear —por supuesto, no a una reunión nocturna—; la mujer estuvo merodeando por el Corazón de

Librodot

la Ciudadela mascullando entre dientes con irritación. Y también se encontraba en Caemlyn en las dos últimas visitas de Egwene.

Las posibilidades de que la mujer decidida perteneciera al Ajah Negro eran tantas como con la otra; si bien, claro está, también podía proceder de Salidar. O ambas podían venir de allí, aunque Egwene nunca las había visto juntas o con nadie de esa localidad. Pensándolo bien, cualquiera de las dos podía ser de la propia Torre. Allí existían suficientes disensiones para que un bando espiara al otro, y antes o después las Aes Sedai de la Torre sabrían lo del *Tel'aran'rhiod,* si es que no estaban enteradas ya. Las dos desconocidas sólo planteaban preguntas sin respuestas, de modo que la única solución que se le ocurrió a Egwene fue evitarlas.

Ni que decir tiene que últimamente procuraba evitar a cualquiera en el Mundo de los Sueños. Había tomado por costumbre echar ojeadas por encima del hombro porque en todo momento tenía la sensación de que alguien se le acercaba a hurtadillas por detrás, además de ver cosas. Creía haber vislumbrado fugazmente a Rand, a Perrin, incluso a Lan, por el rabillo del ojo. Todo imaginación, por supuesto, o quizás era el resultado de que rozara sus sueños, pero, sumándolo a todo lo demás, lo cierto es que estaba tan nerviosa como un gato en una perrera.

Frunció el entrecejo o, mejor dicho, lo habría fruncido si hubiera tenido rostro. Una de las luces le parecía... No exactamente familiar, porque no la conocía, pero era como si... la atrajera. Dirigiese la vista donde la dirigiese, siempre volvía al mismo punto reluciente.

A lo mejor podría intentar de nuevo encontrar Salidar. Eso significaba esperar a que Nynaeve y Elayne salieran del *Tel'aran'rhiod* —conocía los sueños de ambas de vista, por supuesto; «de vista» en sus sueños, puntualizó con una risita silenciosa— y hasta ahora una docena de intentos de localizar Salidar de ese modo habían tenido tan pocos resultados con tratar de atravesar la salvaguarda de los sueños de Rand. La distancia y la ubicación allí no guardaban ninguna similitud con el mundo de vigilia; Amys decía que en ese lugar no había distancia ni ubicación. Por otro lado, era una idea tan buena como...

Advirtió con un sobresalto que el punto luminoso que no dejaba de atraer su mirada había empezado a deslizarse hacia ella, y fue creciendo hasta que lo que antes era una distante estrella se convirtió rápidamente en una luna llena. En su interior alentó una chispa de miedo. Rozar un sueño, asomarse a él, era sencillo, como tocar con un dedo la superficie del agua, un roce tan leve que el líquido se alzaba hacia la yema del dedo, pero sin romper la superficie; empero, se suponía que eso tenía que ocurrir a su voluntad. La caminante de sueños buscaba el sueño, no a la inversa. Sólo que esa luz se movía, expandiéndose hasta llenar su campo visual con su brillantez.

Frenéticamente, trató de alejarse. Luz blanca. Sólo luz blanca, absorbiéndola...

Parpadeó, estupefacta. A su alrededor se extendía un bosque de grandes columnas blancas. La mayoría aparecían borrosas, imprecisas, sobre todo las que estaban lejos, pero algo muy preciso y real era Gawyn, que corría hacia ella por el suelo de baldosas blancas, vestido con una sencilla chaqueta verde, y en su rostro una expresión mezcla de ansiedad y alivio. Mejor dicho, era casi el rostro de Gawyn. Quizás éste no fuera tan guapo como su hermanastro Galad, pero sí era un hombre apuesto, mientras que aquella cara parecía... vulgar. Intentó moverse y no pudo ni

poco ni mucho. Tenía la espalda contra una de las columnas y unas cadenas le ceñían las muñecas, por encima de la cabeza.

Debía de ser el sueño de Gawyn. Con la infinidad de puntos luminosos que existían, había tenido que pararse cerca del suyo. Y, de algún modo, se había visto arrastrada hacia él. Cómo, era una pregunta para más adelante. Ahora quería saber por qué soñaba que la retenía cautiva. Fijó firmemente la verdad en su mente: aquello era un sueño, el sueño de otra persona; ella era quien era, no lo que quiera que él deseaba que fuese; no aceptaba la realidad de nada allí; nada de allí podía alcanzar su verdadera esencia. Aquellas verdades se repitieron como un cántico en su mente. Con ello resultaba difícil pensar en algo más, pero mientras las mantuviera firmes podía correr el riesgo de quedarse. Al menos, lo suficiente para descubrir qué ideas peregrinas tenía ese hombre rondándole por la cabeza. ¡Retenerla cautiva! ¡Qué ocurrencia!

De repente, una gigantesca llamarada brotó de las baldosas, expulsando un acre humo amarillento. Rand salió de aquel infierno, vestido con ropas rojas bordadas en oro, como un rey, frente a Gawyn, y el humo y las llamas desaparecieron. Sólo que apenas parecía Rand. El verdadero Rand era de la misma talla y corpulencia que Gawyn, pero esta imagen le sacaba una cabeza a Gawyn. El semblante sólo recordaba vagamente el de Rand, pues éste era más duro y tosco: el frío rostro de un asesino. El hombre exhibía una mueca burlona, despectiva.

—No la tendrás —gruñó.

—No la retendrás —replicó sosegadamente Gawyn, y de repente los dos hombres empuñaban espadas.

Egwene se quedó boquiabierta. No era Gawyn quien la tenía prisionera. ¡Lo que soñaba era que la estaba rescatando! ¡Y de Rand! Era hora de salir de esta locura. Se concentró en estar fuera, de vuelta en la oscuridad, contemplando la escena desde el exterior. No ocurrió nada.

Las espadas chocaron con un fuerte golpe metálico, y los dos hombres iniciaron una danza mortal. Mortal si no se tratara de un sueño, mejor dicho. Qué absurdo. Soñar con un duelo con espadas, nada menos. Y no era una pesadilla; todo parecía normal, aunque borroso, no impregnado de color. «Los sueños de un hombre son un laberinto que ni siquiera él mismo conoce», le había dicho Bair en una ocasión.

Egwene cerró los ojos para concentrarse mentalmente en una sola cosa: el exterior. Estaba fuera, contemplándolo. No había lugar en su mente para nada más. Fuera, observando. Fuera, observando. ¡Fuera!

Volvió a abrir los ojos. El combate estaba llegando a su punto culminante. La espada de Gawyn se hundió en el pecho de Rand, y éste se tambaleó; el arma salió de un tirón, trazó un arco brillante, y la cabeza de Rand rodó sobre las baldosas hasta llegar casi a los pies de Egwene, con los ojos clavados en ella. Un grito salió de su garganta antes de que la muchacha pudiera contenerlo. Un sueño. Sólo era un sueño. Pero aquellos ojos muertos, mirándola fijamente, parecían muy reales.

Entonces Gawyn estuvo ante ella, con la espada envainada de nuevo. La cabeza y el cuerpo de Rand habían desaparecido. Gawyn alzó las manos hacia los grilletes, y también éstos desaparecieron.

—Sabía que vendrías —musitó ella, y entonces dio un respingo. ¡Ella no era un sueño! No podía ceder ni un instante o de lo contrario quedaría atrapada y bien atrapada.

Sonriente, Gawyn la levantó en sus brazos.

Librodot

—Me alegra que lo supieras —repuso—. Habría venido antes de haber podido. Jamás debí dejarte en peligro tanto tiempo. ¿Podrás perdonarme?

—Puedo perdonarte todo. —Ahora había dos Egwenes, una acurrucándose placenteramente en los brazos de Gawyn mientras éste la llevaba por el pasillo de un palacio adornado con hermosos tapices y enormes espejos de marcos dorados, y la otra insinuándose en un rincón de la mente de la primera.

Esto se estaba poniendo feo. Concentrarse con todas sus fuerzas en estar fuera no la sacaba de allí, seguía viendo a través de los ojos de su otro yo. Ahogó apresuradamente toda la curiosidad respecto a lo que Gawyn soñaba sobre ella. Ese tipo de interés era peligroso. ¡No admitía nada de esto! Sin embargo, no se produjo ningún cambio.

El corredor parecía muy real allí donde miraba, aunque lo que atisbaba por el rabillo del ojo parecía borroso. Su propia imagen, reflejada en un espejo, atrajo su atención; se habría girado para mirarla con más atención cuando quedó atrás, pero sólo era una pasajera en la cabeza de la mujer de los sueños de Gawyn. La persona reflejada durante ese instante era ella —no existía realmente diferencia apreciable en ninguno de sus rasgos— pero de algún modo el conjunto era... De una gran belleza, era el único modo de describirlo. Se quedó estupefacta. ¿Así era como Gawyn la veía?

¡No! ¡Nada de curiosidad! ¡Fuera!

Entre un paso y el siguiente, el corredor se convirtió en la ladera de una colina alfombrada de flores silvestres, de modo que la suave brisa estaba cargada de un intenso perfume. La verdadera Egwene dio un respingo. ¿Había hecho ella eso? La barrera entre ella y la otra se tornó más fina. Frenética, Egwene se concentró. No era real; rehusaba aceptarlo como tal; ella era ella, no otra. Fuera. Quería estar fuera, contemplándolo.

Suavemente, Gawyn la soltó sobre una capa que ya estaba extendida en la ladera, como ocurre en los sueños. Se arrodilló a su lado, le retiró un mechón que le caía sobre la mejilla y deslizó las yemas de los dedos hasta la comisura de sus labios. Concentrarse así resultaba muy difícil. No dominaba el cuerpo en el que se movía ahora, pero sí percibía todas las sensaciones, y los dedos de él parecieron soltar pequeñas descargas en la piel.

—Mi corazón te pertenece —musitó el joven—, y mi alma y todo lo que soy. —Ahora llevaba una chaqueta escarlata con complejos bordados de hojas doradas y leones plateados. Gesticulaba de manera grandilocuente, ya fuera tocándose la cabeza o el corazón—. Cuando pienso en ti, ya no hay sitio para ningún otro pensamiento. Tu perfume inunda mi cerebro y enciende mi sangre. Mi corazón late con tanta fuerza que no oiría nada aunque el mundo se partiera en dos. Eres mi sol y mi luna y mis estrellas, mi cielo y mi tierra, más preciada para mí que la vida o el aliento o... —Enmudeció de repente e hizo una mueca—. Pareces un necio hablando así —se reconvino.

Egwene se habría mostrado en desacuerdo si hubiese tenido algún control sobre sus cuerdas vocales. Era muy bonito oír esas cosas, aunque fueran un poco exageradas. Sólo un poco.

Cuando Gawyn hizo la mueca ella sintió como si estuviese soltándose del sueño, pero...

Cambio.

Suavemente, Gawyn la soltó sobre una capa que ya estaba extendida en la ladera, como ocurre en los sueños. Se arrodilló a su lado, le retiró un mechón que le caía sobre la mejilla y deslizó las yemas de los dedos hasta la

comisura de sus labios. No dominaba el cuerpo en el que se movía ahora, pero sí percibía todas las sensaciones, y los dedos de él parecieron soltar pequeñas descargas en la piel.

¡No! ¡No podía permitirse aceptar ninguna parte de su sueño!

El rostro de Gawyn reflejaba un gran dolor, y su chaqueta era de un apagado color gris. Tenía las manos apoyadas en las rodillas, apretados los puños.

—No tengo derecho a hablarte como quisiera hacerlo —dijo, envarado—. Mi hermano te ama. Sé que Galad está muerto de angustia y miedo por ti. Es un Capa Blanca, al menos en gran parte, porque cree que las Aes Sedai han abusado de ti. Sé que él... —Apretó los párpados con fuerza—. ¡Oh, Luz, ayúdame! —gimió.

Cambio.

Suavemente, Gawyn la soltó sobre una capa que ya estaba extendida en la ladera, como ocurre en los sueños. Se arrodilló a su lado, le retiró un mechón que le caía sobre la mejilla y deslizó las yemas de los dedos hasta la comisura de sus labios.

¡No! ¡Estaba perdiendo el poco control que aún le quedaba! ¡Tenía que salir de allí! «¿De qué tienes miedo?» No estaba segura de si era una idea suya o de la otra Egwene. Ahora la barrera entre ellas era fina como una gasa. «Es Gawyn. Gawyn.»

—Te amo —dijo él, vacilante. De nuevo con la chaqueta verde, todavía menos apuesto de lo que realmente era, jugueteó con uno de los botones antes de dejar que su mano bajara hasta ella. La miró como si tuviera miedo de lo que podría ver en su cara, oculto, pero no demasiado—. Jamás le he dicho eso a otra mujer, jamás he deseado decirlo. No tienes idea de lo duro que es decírtelo a ti. Y no porque no lo desee —se apresuró a añadir al tiempo que alargaba la mano hacia ella—; pero decirlo, sin un gesto de ánimo por tu parte, es como arrojar mi espada y dejar desnudo el pecho ante un arma enemiga. No es que crea que tú me... ¡Luz! No me explico como es debido. ¿Hay alguna posibilidad de que tú...? ¿Que, con el tiempo, llegues a...? ¿Que puedas sentir... afecto hacia mí? ¿Algo más que amistad?

—Mi dulce y queridísimo tonto. —Ella rió suavemente—. Te amo.

«Te amo», repitió esa parte de ella que era ella realmente. Sintió que la barrera desaparecía, tuvo un momento para darse cuenta de que no le importaba y entonces volvió a haber una única Egwene, una Egwene que enlazó los brazos, llena de felicidad, en torno al cuello de Gawyn.

Sentada en la banqueta bajo la tenue luz de la luna, Nynaeve sofocó un bostezo llevándose los nudillos a la boca y parpadeó; sentía los ojos como si los tuviera llenos de arena. Esto iba a funcionar; oh, sí. ¡Iba a quedarse dormida mientras saludaba a Theodrin, si no antes! Su cabeza se inclinó sobre el pecho, y Nynaeve se incorporó con brusquedad. La banqueta empezaba a parecer de piedra —el trasero se le había quedado insensible— pero al parecer esa incomodidad ya no era suficiente. Tal vez salir a dar un paseo funcionara. Extendió los brazos y tanteó en la penumbra para acercarse a la puerta.

De pronto, un grito lejano rompió la quietud de la noche y, al mismo tiempo, la banqueta la golpeó con fuerza en la espalda y la derribó contra la puerta. Lanzó un chillido de sobresalto y, estupefacta, miró fijamente la banqueta, ahora tendida de costado en el suelo; una de las patas parecía torcida.

Librodot

—¿Qué ocurre? —gritó Elayne a la par que se levantaba de la cama bruscamente.

Por todo Salidar se oían chillidos y gritos, algunos dentro de la misma casa en la que estaban ellas, y también sonaba un apagado retumbo y un repiqueteo metálico que parecía provenir de todas partes a la vez. La cama vacía de Nynaeve traqueteó y luego se desplazó por el suelo. Elayne le dio un empellón que por poco la saca fuera.

—Una burbuja maligna. —Nynaeve estaba sorprendida por la serena frialdad que mostraba. No tenía sentido ponerse a dar saltos y agitar los brazos, pero por dentro era así como se sentía—. Tenemos que despertar a los que aún estén dormidos. —No sabía cómo alguien podía estar durmiendo con todo ese estruendo, pero los que lo estuvieran podían morir antes de saber lo que pasaba.

Sin esperar respuesta, salió presurosa al pasillo y abrió la primera puerta que había a continuación de la suya. Tuvo que agacharse cuando una palangana pasó zumbando por el sitio que antes ocupaba su cabeza y luego fue a estrellarse contra la pared, a su espalda. Cuatro mujeres compartían este cuarto, en dos camas un poco más anchas que la suya. Ahora una de esas camas estaba patas arriba y dos mujeres intentaban salir gateando de debajo del mueble. En la otra, Emara y Ronelle, otras Aceptadas, se sacudían y emitían sonidos ahogados, envueltas prietamente en sus propias sábanas.

Nynaeve agarró y sacó a la primera mujer de debajo de la cama volcada; era una delgada criada llamada Mulinda y la empujó hacia la puerta.

—¡Corre! ¡Despierta a todo el mundo y ayuda a los que puedas! ¡Vete!

Mulinda salió tambaleándose, y Nynaeve sacó a su temblorosa compañera de lecho y la ayudó a ponerse de pie.

—Ayúdame, Satina. Échame una mano con Emara y Ronelle.

Aunque temblorosa, la regordeta mujer asintió y se puso a la tarea sin vacilar. No era sólo cuestión de desenvolver la sábana, por supuesto. La cosa parecía tener vida propia, como una enredadera que seguiría apretando hasta quebrar lo que envolvía. Entre Nynaeve y Satina sólo consiguieron separarla de las gargantas de las dos mujeres; entonces la jofaina saltó del lavabo y se estrelló contra el techo; Satina dio un brinco y soltó la sábana, que se desembarazó de las manos de Nynaeve para volver a ponerse como antes. Los forcejeos de las dos mujeres apresadas iban perdiendo fuerza; una hacía un ruido estrangulado, en tanto que la otra no hacía ninguno. Incluso con la escasa luz de la luna que entraba por la ventana se advertía que sus caras estaban hinchadas y amoratadas.

Aferrando de nuevo la sábana con las dos manos, Nynaeve se abrió al *Saidar* y no encontró nada. «¡Me estoy rindiendo a ti, maldita sea! ¡Me estoy rindiendo! ¡Necesito el Poder!» Nada. La cama vibraba contra sus rodillas, y Satina chilló.

—¡No te quedes ahí parada! —espetó a la mujer—. ¡Ayúdame!

De repente la sábana se le escapó violentamente de las manos otra vez, pero en lugar de enroscarse alrededor de Emara y de Ronelle tiró en sentido contrario con tanta fuerza que las dos mujeres chocaron entre sí mientras la tela se desenredaba. Al reparar en la presencia de Elayne en el pasillo, Nynaeve cerró la boca tan bruscamente que sus dientes sonaron. La sábana colgaba del techo. El Poder. Por supuesto.

—Todo el mundo está despierto —dijo Elayne mientras le tendía un vestido. Ella ya se había puesto el suyo—. Unos cuantos moretones y

arañazos, un par de cortes profundos que serán curados en su momento, y creo que todo el mundo va a tener pesadillas durante unos cuantos días, pero eso es todo. Toma. —Los gritos y chillidos todavía sonaban en la noche. Satina volvió a dar un brinco cuando Elayne dejó caer la sábana, pero la tela se quedó tirada en el suelo. La cama volcada se movió, sin embargo, emitiendo crujidos. Elayne se inclinó sobre las mujeres que gemían en la otra cama—. Creo que están mareadas, principalmente. Satina, ayúdame a ponerlas de pie.

Nynaeve dirigió una mirada furibunda al vestido que tenía en las manos. Ya podían estar mareadas, girando así, como peonzas. Luz, qué inútil era. Salir corriendo como una estúpida para ponerse al mando. Sin el Poder, no servía para nada.

—Nynaeve, ¿puedes echarme una mano? —Elayne sostenía de pie a Emara, que se tambaleaba, en tanto que Satina conducía a Ronelle hacia la puerta sosteniéndola para que no se cayera—. Creo que Emara va a vomitar y más vale que lo haga fuera. Me parece que las bacinillas del cuarto se han roto.

El olor confirmaba su suposición. Los trozos de loza chirriaban contra el suelo, intentando deslizarse por debajo de la cama volcada. Nynaeve metió los brazos en las mangas del vestido con gesto malhumorado. Ahora podía percibir la Fuente, un cálido fulgor al borde de su campo visual, pero hizo caso omiso de él de manera deliberada. Se las había arreglado sin el Poder durante varios años, así que ahora podía hacer lo mismo. Echó sobre sus hombros el otro brazo de Emara y ayudó a Elayne a conducir a la gemebunda mujer hacia la calle. Casi lo consiguieron.

Cuando salieron después de limpiarle a Emara la boca, todas las demás estaban ya apiñadas delante de la casa, vestidas o con lo que quiera que llevaban puesto mientras dormían. La luna llena, todavía en lo alto del despejado cielo, proporcionaba una buena luz. De las otras casas salía gente en medio de un guirigay de chillidos y gritos. Una tabla de la valla empezó a traquetear, y a continuación otra. De repente un cubo empezó a saltar calle abajo. Un carro cargado con leña se puso a rodar inesperadamente, y las lanzas abrieron surcos en la dura tierra. Comenzaba a salir humo de una casa que había más abajo, y se alzaron voces pidiendo agua a gritos.

La oscura forma de alguien tendido en la calle atrajo la atención de Nynaeve. Debía de ser uno de los vigilantes nocturnos, a juzgar por la titilante linterna que había cerca de una de sus manos. A la luz de la luna vislumbró los ojos muy abiertos en una fija mirada, la sangre que le cubría la cara, el tajo abierto en un lado de la cabeza, donde algo lo había golpeado como un hacha. Aun así, puso la mano en su garganta, buscando el latido del pulso. Sintió unas ganas locas de gritar de rabia. La gente debería morir tras una larga vida, en su cama, rodeada de familiares y amigos. Cualquier otra cosa era un despilfarro. ¡Un puro y condenado despilfarro!

—De modo que has encontrado el *Saidar* esta noche, Nynaeve. Bien.

La antigua Zahorí sufrió un sobresalto y alzó la vista hacia Anaiya. Entonces se dio cuenta de que estaba abrazando la Fuente; incluso así seguía siendo inútil. Se incorporó y sacudió débilmente el polvo de las rodillas, tratando de no mirar al hombre muerto. Si hubiese sido más rápida, ¿habría servido para que el resultado fuera otro?

El brillo del Poder envolvía a Anaiya, pero no era ella la única; el halo rodeaba también a otras dos Aes Sedai vestidas del todo, a una Aceptada en bata, y a tres novicias, dos de ellas en ropa interior. Una de éstas era Nicola.

Librodot

Nynaeve vio otros grupos brillantes, docenas y docenas de ellos, moviéndose por la calle. Algunos parecían formados por Aes Sedai únicamente, pero la mayoría no.

—Ábrete a la coligación —continuó Anaiya—. Y tú también, Elayne, y... ¿Qué les pasa a Emara y a Ronelle? —Al enterarse de que sólo estaban mareadas, masculló algo entre dientes, les dijo que buscaran un círculo y que se coligaran tan pronto como hubieran recobrado la estabilidad. Apresuradamente escogió a otras cuatro Aceptadas del grupo que rodeaba a Elayne—. Sammael, si es que es él y no alguno de los otros, va a descubrir que no estamos ni mucho menos indefensas. Daos prisa. Abrazad la Fuente, pero manteneos en ese punto. Estáis abiertas y sometidas.

—Esto no es obra de uno de los Renegados —empezó Nynaeve, pero la maternal Aes Sedai la hizo callar sin contemplaciones.

—No discutas, pequeña; limítate a abrirte. Estábamos esperando un ataque, aunque no exactamente como éste, e hicimos planes al respecto. Deprisa, pequeña, no podemos malgastar el tiempo en chácharas.

Nynaeve apretó los dientes e intentó ponerse en ese punto al borde de abrazar el *Saidar,* en el momento de rendirse a él. No era fácil. Por dos veces notó el Poder fluyendo no sólo dentro de sí, sino en Anaiya a través de ella, y otras dos lo sintió retirarse bruscamente. La Aes Sedai apretó los labios y asestó una mirada intensa a Nynaeve, como si pensara que lo estaba haciendo a propósito. La tercera vez fue como si la agarraran por la nuca. El *Saidar* fluyó a través de la antigua Zahorí hacia Anaiya, y cuando Nynaeve intentó tirar hacia atrás de él —era ella misma, comprendió, no el propio fluir— su flujo estaba ya retenido, fundiéndose en otro más grande.

Una sensación de sobrecogimiento la embargó, y se encontró mirando los rostros de las otras, preguntándose si sentirían lo mismo. Ahora era parte de algo más que ella misma, algo superior. No sólo el Poder Único. Los sentimientos se agolparon en su mente, temor y esperanza y alivio y... Sí, sobrecogimiento por encima de todo lo demás, y una sensación de calma que llegaba de la Aes Sedai, y fue incapaz de discernir cuáles sensaciones eran las suyas propias. Debería haber sido escalofriante, pero lo cierto es que se sentía más unida a estas mujeres de lo que se habría sentido con una hermana, como si todas fueran un solo ser. Una larguirucha Gris llamada Ashmanaille le sonrió afectuosamente, al ser consciente, al parecer, de lo que estaba pensando.

Nynaeve contuvo la respiración al darse cuenta súbitamente de que ya no estaba furiosa. La rabia había desaparecido, disuelta por el asombro. Empero, ahora que el control había pasado a la hermana Azul, de algún modo el *Saidar* seguía fluyendo. Sus ojos se detuvieron en Nicola y no encontraron una sonrisa de hermana, sólo aquella escrutadora evaluación. Nynaeve intentó de forma reflexiva apartarse de la coligación, sin ningún resultado. Hasta que Anaiya rompiera el círculo ella formaba parte de éste, y no había vuelta de hoja.

Elayne se unió con mucha más facilidad, si bien antes guardó el brazalete plateado en el bolsillo del vestido. Un sudor frío perló el rostro de Nynaeve. ¿Qué habría ocurrido si Elayne hubiese entrado en el círculo coligada ya a Moghedien por el *a'dam*? No tenía ni idea, y eso hacía más terrible la pregunta. Nicola frunció el entrecejo, y su mirada fue de Nynaeve a Elayne; era imposible que la mujer pudiera discernir a quién pertenecía esta o aquella emoción cuando Nynaeve era incapaz de distinguir las suyas propias de las demás. Las últimas dos entraron en el círculo con igual

Librodot

facilidad: Shimoku, una bonita kandoreña de oscuros ojos que había ascendido a Aceptada justo antes de la división de la Torre; y Calindin, una tarabonesa que llevaba el negro cabello tejido en multitud de trencillas y que llevaba sus buenos diez años siendo Aceptada. Una mujer que apenas era algo más que una novicia reciente y otra que tenía que esforzarse al máximo para asimilar cada pizca de conocimiento, pero ninguna de ellas tuvo dificultades para coligarse.

Inesperadamente, Nicola empezó a hablar como si estuviese medio dormida:

—La espada del león, la lanza dedicada, la que ve más allá. Tres en la barca, y el que está muerto pero vivo. La gran batalla terminada, pero el mundo no acaba con la batalla. La tierra dividida por el regreso, y los guardianes igualan a los servidores. El futuro se tambalea en el filo de una cuchilla.

—¿Qué has dicho, pequeña? —Anaiya la miraba de hito en hito.

Nicola parpadeó.

—¿He dicho algo, Aes Sedai? —preguntó débilmente—. Me siento... rara.

—Bueno, si vas a vomitar —dijo con tono de eficiencia Anaiya—, hazlo de una vez. Coligarse provoca náuseas en ocasiones la primera vez, pero no tenemos tiempo para ocuparnos de tu estómago ahora. —Como para dejarlo claro, se recogió los vuelos de la falda y echó a andar calle adelante—. Quedaos cerca, todas vosotras. Y avisad si veis algo de lo que haya que ocuparse.

En eso no habría problema. La gente iba y venía por las calles preguntando a voz en grito qué pasaba o simplemente chillando, y las cosas se movían. Las puertas se cerraban violentamente y las ventanas se abrían y cerraban de golpe sin que nadie las tocara. Dentro de las casas se oía el ruido de cosas rompiéndose: ollas, utensilios, piedras; cualquier cosa suelta podía saltar o salir disparada en cualquier momento. Una fornida cocinera, vestida con el camisón, atrapó un cubo que pasó volando a su lado y soltó una risa casi histérica, pero cuando un tipo delgado, de tez pálida, que iba en ropa interior, intentó apartar con un golpe un palo de leña el resultado fue el ruido del hueso de su brazo al romperse. Las cuerdas se retorcían en torno a piernas y brazos, e incluso la ropa de la gente empezó a reptar. Encontraron a un hombre velludo con su camisa enroscada alrededor de la cabeza, braceando de tal modo que mantenía apartados a los que intentaban quitarle le prenda antes de que lo asfixiara. Una mujer que había conseguido meterse un vestido pero que no lo había abrochado, se aferraba al borde del bálago del techo chillando a pleno pulmón en tanto que el vestido intentaba arrastrarla por la casa o quizá lanzarla al cielo.

Encargarse de estas cosas no presentó más problemas que encontrarlas. Los flujos de Poder tejidos por Anaiya a través de la coligación —así como los de otros círculos— no habrían tenido dificultad para detener la carga de unos toros, cuanto menos una tetera a la que de repente se le antojaba echar a volar. Y una vez que un objeto era detenido, ya fuera con el Poder o con una mano, rara vez volvía a moverse. Lo único es que eran muchos a la vez. Ni siquiera había tiempo de pararse para realizar la Curación a no ser que una vida estuviera en peligro; contusiones, hemorragias y huesos rotos tendrían que esperar. Otra tabla de una valla fue derribada contra el suelo sin contemplaciones antes de que abriese la cabeza a alguien, y se detuvo el enloquecido rodar de un barril antes de que

rompiera alguna pierna.

Una sensación de frustración fue creciendo dentro de Nynaeve. Tantas cosas que frenar; todas pequeñas, pero un hombre con el cráneo partido por el golpe de una sartén o una mujer estrangulada por su propio camisón estaban tan muertos como si los hubiese derribado el Poder. La frustración no era sólo de ella; le parecía que procedía de todas las mujeres del círculo, incluso de las Aes Sedai. Pero lo único que podía hacer era seguir adelante junto a las demás, observar cómo tejía Anaiya una combinación de sus flujos para combatir un millar de pequeños peligros. Nynaeve perdió el sentido del tiempo, sumergida en la certeza de ser un conducto, de ser una con las otras doce mujeres.

Finalmente Anaiya se detuvo y frunció el entrecejo. La disolución de la coligación cogió desprevenida a Nynaeve. Durante un instante se tambaleó, mirando en derredor con aire desconcertado. Gemidos y sollozos habían reemplazado los gritos y chillidos; en la calle alumbrada por la pálida luz de la luna reinaba la calma, nada se movía excepto las personas que intentaban ayudar a los heridos. Por la posición del satélite, había transcurrido menos de una hora, pero a Nynaeve le parecían diez. Le dolía la espalda donde la banqueta la había golpeado, sentía flojedad en las rodillas y los ojos irritados. Bostezó con tantas ganas que tuvo la sensación de que los oídos iban a estallarle.

—No ha sido en absoluto lo que habría esperado de un Renegado —masculló Anaiya entre dientes. También parecía cansada, pero se lanzó de inmediato hacia la siguiente tarea, y agarró a Nicola por el hombro—. Apenas te sostienes en pie. Vete a la cama. Vamos, vamos, pequeña. Mañana, lo primero que quiero hacer es hablar contigo, antes de desayunar. Angla, tú quédate; todavía puedes coligarte otra vez y prestar un poco de fuerza para la Curación. Lanida, a la cama.

—No fue el Renegado —dijo Nynaeve o, más bien, murmuró. Luz, qué cansada estaba—. Era una burbuja maligna.

Las tres Aes Sedai la miraron fijamente. En realidad, también la miraron las otras Aceptadas, salvo Elayne, y las novicias. Incluso Nicola, que todavía no se había marchado. Por una vez, a Nynaeve le dio igual lo mucho o lo poco que la mujer la calibrara con la mirada; estaba demasiado adormilada para que le importara lo más mínimo.

—Vimos una en Tear —explicó Elayne—. En la Ciudadela. —En realidad sólo habían visto las secuelas, pero era todo lo más que ambas habrían querido tener contacto con una de ellas—. Si Sammael nos hubiese atacado no habría lanzado palos por el aire.

Ashmanaille intercambió una mirada indescifrable con Bharatine, una Verde que se las ingeniaba para hacer que una extrema delgadez pareciera grácil esbeltez y que una nariz larga pareciera elegante. Anaiya ni siquiera pestañeó.

—Pareces estar pletórica de fuerzas todavía, Elayne. Puedes ayudar también con la Curación. Y tú, Nynaeve... Lo has vuelto a perder, ¿verdad? En fin, tienes aspecto de necesitar que te lleven a la cama enseguida, pero tendrás que arreglártelas para hacerlo sola. Shimoku, levántate y ve a acostarte, pequeña. Calindin, tú ven conmigo.

—Anaiya Sedai —llamó, con cautela, Nynaeve—. Elayne y yo hemos descubierto algo esta noche. Si pudiésemos hablar con vos a so...

—Mañana, pequeña —la interrumpió la Azul—. Vamos, a la cama, antes de que te desplomes.

Librodot

Anaiya no esperó siquiera a comprobar si la obedecía. Seguida por Calindin, tras ella, se dirigió hacia un hombre que gemía en el suelo, con la cabeza recostada en el regazo de una mujer, y se inclinó sobre él. Ashmanaille tiró de Elayne hacia otro lado, y Bharatine condujo a Angla en otra dirección. Antes de perderse entre la multitud, Elayne miró hacia atrás a Nynaeve y sacudió la cabeza levemente.

En fin, tal vez no era el mejor momento ni el lugar de sacar a relucir lo del cuenco y Ebou Dar. Había habido algo extraño en la reacción de Anaiya, como si la hubiese decepcionado saber que aquello en realidad no había sido un ataque de algún Renegado. ¿Por qué? Estaba demasiado cansada para pensar con claridad. Anaiya habría controlado los flujos, pero el *Saidar* había pasado a través de Nynaeve durante más de una hora, lo suficiente para agotar incluso a cualquiera que hubiese disfrutado de un buen sueño esa noche.

Tambaleándose, Nynaeve vio a Theodrin entre la gente. La domani caminaba cojeando junto con un par de novicias, deteniéndose allí donde alguien parecía sufrir una herida que su capacidad de Curación pudiera sanar. Ella no vio a Nynaeve.

«Me iré a la cama —pensó, resentida, la antigua Zahorí—. Anaiya Sedai me lo ordenó.» ¿Por qué le había parecido decepcionada la Azul? Una idea se insinuaba en su mente, pero estaba demasiado agotada para cogerla. Arrastraba los pies al caminar de tal manera que tropezó varias veces en el suelo libre de obstáculos. Se iría a dormir, y que Theodrin se lo tomara como quisiera.

Librodot

CAPÍTULO 15

Un montón de arena

Egwene abrió los ojos y miró al vacío. Durante un instante permaneció tendida en el catre, jugueteando ociosamente con el anillo de la Gran Serpiente ensartado en el cordón que llevaba al cuello. Lucirlo en la mano ocasionaba demasiadas miradas raras. Era más sencillo pasar por una estudiante de las Sabias si nadie la tomaba por una Aes Sedai. Cosa que no era, naturalmente, sino una Aceptada, aunque llevaba tanto tiempo fingiendo serlo que a veces casi olvidaba que no era una hermana de hecho.

Una leve claridad se coló por la solapa de la entrada, iluminando apenas el interior de la tienda. Se sentía como si hubiese pasado toda la noche en vela, y las sienes le dolían. Desde el día en que Lanfear había estado a punto de matarlas a Aviendha y a ella, el mismo en que la Renegada y Moraine se mataron la una a la otra, la cabeza le dolía cada vez que entraba en el *Tel'aran'rhiod,* aunque nunca con suficiente intensidad para considerarlo una verdadera molestia. En fin, Nynaeve le había enseñado algo sobre hierbas curativas, allá en casa, y se las había ingeniado para encontrar unas pocas de las indicadas allí, en Cairhien. La raíz de pasionaria la dejaría amodorrada, o puede que estando tan débil la hiciera dormir durante horas, pero al menos borraría todo vestigio de jaqueca.

Se levantó, estiró el arrugado y sudoroso camisón, y caminó sobre las alfombras hacia la palangana, un recipiente de cristal tallado que probablemente en otro tiempo había servido para el ponche de algún noble. En cualquier caso, resultó tan adecuado como una palangana para contener el agua que vertió de una jarra de vidrio azul, agua que apenas notó fresca cuando se mojó la cara con ella. Su mirada se encontró con sus propios ojos en el pequeño espejo de marco dorado, apoyado contra la lona de la tienda, y el rubor le tiñó las mejillas.

—Bueno, ¿qué pensabas que iba a pasar? —susurró. No lo habría creído posible, pero el reflejo de su rostro se tornó aun más colorado.

Sólo había sido un sueño, no como en el *Tel'aran'rhiod,* donde lo que ocurriese seguía siendo real al despertar. Pero lo recordaba todo, hasta el más pequeño detalle, como si hubiese sido verdad. Temió que sus mejillas echaran a arder. Sólo un sueño, y, además, uno de Gawyn. No tenía derecho a soñar con ella así.

—Todo fue cosa de él —dijo a su reflejo—. ¡No mía! ¡No tuve elección!

Cerró bruscamente la boca. Mira que intentar responsabilizar a un hombre por sus sueños. Y hablarle a un espejo como una imbécil.

Se paró ante la solapa de la entrada y echó una ojeada fuera. Su tienda se encontraba al borde del campamento Aiel. Las grises murallas de Cairhien se alzaban unos tres kilómetros al oeste de las peladas colinas, sin nada entre medias excepto el suelo carbonizado allí donde extramuros rodeaba anteriormente la ciudad. A juzgar por la escasa claridad, todavía debía de faltar un buen rato para que el sol saliera, pero los Aiel ya se movían afanosos entre las tiendas.

Esa mañana no madrugaría. Después de pasarse una noche entera fuera de su cuerpo... Sus mejillas se encendieron de nuevo; Luz, ¿es que iba a estar enrojeciendo toda la vida a costa de un sueño? Mucho se temía que sí. En fin, después de eso, podría dormir hasta la tarde. El olor de las gachas de avena no podía competir con la pesadez de sus párpados.

Débilmente regresó a las mantas y se derrumbó en ellas mientras se frotaba las sienes. Estaba demasiado cansada para preparar la raíz de pasionaria; claro que estando tan agotada, pensó, tampoco importaba mucho si no se tomaba la infusión. El sordo dolor siempre remitía al cabo de una hora más o menos, de modo que se le habría pasado cuando despertara.

Teniendo todo en cuenta, no fue de sorprender que Gawyn llenara sus sueños. A veces repetía uno de los de él, aunque no exactamente, por supuesto; en su versión, ciertos hechos embarazosos no ocurrían o, al menos, los pasaba por alto. Gawyn dedicaba mucho más tiempo a recitar poesías y a abrazarla mientras contemplaban amaneceres y puestas de sol. Y tampoco balbuceaba al decir que la amaba. Y estaba tan guapo como era realmente. Otros sueños eran suyos sólo. Tiernos besos que duraban eternamente. Él arrodillado mientras ella le cogía la cabeza entre las manos. Algunos no tenían sentido. En dos ocasiones consecutivas soñó que lo agarraba por los hombros e intentaba darle media vuelta para que la mirara en contra de su voluntad. Una de las veces él le retiraba las manos con brusquedad; en la otra, ella era de algún modo más fuerte que él. Ambos sueños se mezclaban borrosamente. En otro, Gawyn empezaba a cerrar una puerta que los separaba, y Egwene sabía que, si aquella estrecha franja de luz desaparecía, ella estaría muerta.

Los sueños se sucedían en su cabeza, no todos sobre él, y por lo general con tintes de pesadilla.

Perrin aparecía ante ella de pie, con un lobo tendido a sus pies y dos halcones, macho y hembra, posados en sus hombros y asestándose miradas desafiantes por encima de su cabeza. Aparentemente ajeno a ellos, el joven intentaba una y otra vez deshacerse de aquella extraña hacha suya hasta que, finalmente, echaba a correr con el hacha flotando en el aire, persiguiéndolo. Otra vez Perrin; le daba la espalda a un gitano y corría más y más deprisa aunque ella le gritaba que volviera. Mat pronunciaba palabras raras que ella casi llegaba a entender —la Antigua Lengua, suponía— y dos cuervos se posaban en sus hombros e hincaban las garras más y más profundamente hasta traspasar chaqueta y músculos. Al igual que Perrin, no parecía advertir la presencia de las aves, aunque una expresión desafiante asomó a su rostro fugazmente, seguida de inmediato por otra de aceptación. Otro: una mujer cuyo rostro quedaba oculto en las sombras le hacía señas para atraerla hacia un gran peligro; Egwene no sabía qué peligro, pero sí que era algo monstruoso. Varios estuvieron relacionados con Rand, no todos malos, pero sí extraños. Elayne, obligándolo a ponerse de rodillas con una mano. Elayne y Min y Aviendha, sentadas en un círculo silencioso a su alrededor, las tres tendiendo una mano para tocarlo. Él caminando hacia una montaña ardiente, y algo crujiendo bajo sus botas. Egwene se estremeció y gimió; las cosas que crujían eran los sellos de la prisión del Oscuro que se hacían pedazos con cada paso que daba Rand. Lo sabía. No hacía falta que los viera para saberlo.

Alimentados por el terror, sus sueños se volvieron más terribles. Las dos mujeres desconocidas que había visto en el *Tel'aran'rhiod* la cogían y la arrastraban ante una mesa llena de mujeres encapuchadas, y cuando se

retiraban las capuchas todas eran Liandrin, la hermana Negra que la había capturado en Tear. Una seanchan de rasgos duros le tendía un brazalete y un collar de plata unidos por una correa también de plata: un *a'dam.* Aquello la hizo gritar; los seanchan le habían puesto un *a'dam* en una ocasión. Moriría antes de permitir que aquello volviera a suceder. Rand saltaba por las calles de Cairhien, riendo mientras destrozaba edificios y gente con rayos y fuego, y otros hombres corrían con él, manejando el Poder como un arma; aquella espantosa amnistía suya se había anunciado en Cairhien, pero era inconcebible que ningún hombre escogiera voluntariamente encauzar. La Sabias la sorprendían en el *Tel'aran'rhiod* y la vendían como un animal en las tierras situadas más allá del Yermo de Aiel; eso era lo que se hacía con los cairhieninos que sorprendían en el Yermo. Permaneció fuera de sí misma, observando cómo su rostro se deshacía, su cráneo se partía y unas figuras entrevistas la pinchaban con palos. La pinchaban. La pinchaban...

Se incorporó bruscamente, jadeando, y Cowinde se sentó en los talones, junto a su cama, la cabeza inclinada bajo la capucha del blanco atuendo.

—Disculpa, Aes Sedai. Sólo quería despertarte para el desayuno.

—Para eso no era necesario que me hicieses un agujero en las costillas —rezongó Egwene, que lo lamentó al instante.

La irritación llameó en los ojos de Cowinde, de un azul profundo, pero enseguida quedó sofocada, oculta bajo la máscara *gai'shain* de dócil aceptación. Obligados bajo juramento a obedecer humildemente y no tocar un arma durante un año y un día, los *gai'shain* aceptaban todo, fuera lo que fuera, tanto una palabra grosera como un golpe o incluso una cuchillada en el corazón. Aunque matar a un *gai'shain* era lo mismo entre los Aiel que matar a un niño: no había excusa, y el autor sería abatido por su propio hermano o hermana. Empero, era una máscara, de eso estaba segura Egwene. Los *gai'shain* la mantenían obstinadamente, pero seguían siendo Aiel, el pueblo menos humilde que Egwene podía imaginar. Incluso alguien como Cowinde, que había rehusado quitarse el ropaje blanco cuando el año y el día de su servicio concluyó. Su negativa era un acto de obstinado orgullo y desafío igual al de un hombre que rehúsa retirarse ante diez enemigos. A enredos así conducía el *ji'e'toh* a los Aiel.

Ésta era una de las razones por las que Egwene tenía mucho cuidado en cómo hablaba con los *gai'shain,* sobre todo con aquellos como Cowinde. No tenían posibilidad de defenderse a menos que violaran todo aquello en lo que creían. Por otro lado, Cowinde había sido una Doncella Lancera, y volvería a serlo si se la llegaba a convencer alguna vez para que se quitara el ropaje blanco. Dejando a un lado el Poder, seguramente sería capaz de hacer un nudo a Egwene al mismo tiempo que afilaba la punta de una lanza.

—No me apetece comer nada —respondió Elayne—. Vete y déjame dormir.

—¿Que no quieres comer? —preguntó Amys, cuyos collares y brazaletes de marfil, plata y oro tintinearon cuando se agachó para entrar en la tienda. Al igual que el resto de los Aiel, no llevaba anillos; pero, en cuanto a lo demás, lucía joyas suficientes para que tres mujeres se adornaran, y todavía sobraría alguna—. Creí que al menos habías recuperado el apetito.

Bair y Melaine entraron tras ella, ambas engalanadas con joyas. Las tres pertenecían a distintos clanes, pero, mientras que la mayoría de las Sabias que habían cruzado la Pared del Dragón estaban instaladas cerca de sus septiares, las tiendas de éstas se alzaban juntas, a corta distancia de la

de Egwene. Se acomodaron en coloridos cojines adornados con borlones, al pie del jergón, mientras se ajustaban los chales que las mujeres Aiel parecían llevar siempre encima; al menos las que no eran *Far Dareis Mai.* Amys tenía el cabello tan blanco como Bair, pero en tanto que el maternal semblante de esta última estaba surcado de arrugas, el de Amys tenía una chocante apariencia juvenil, tal vez por el contraste entre el rostro y el pelo. La Sabia decía que lo había tenido casi igual de pálido desde que era niña.

Por lo general eran Bair o Amys quienes estaban al mando del grupo, pero ese día Melaine, de cabello dorado y ojos verdes, habló primero:

—Si dejas de comer no te pondrás bien. Hemos considerado la posibilidad de dejarte venir a la próxima reunión con las otras Aes Sedai. Todas las veces nos preguntan cuándo vendrás…

—Y actúan como unas necias mujeres de las tierras húmedas en cada ocasión —intervino Amys con timbre áspero. No era su carácter, pero las Aes Sedai de Salidar parecían agriárselo. Quizá se debía sólo al hecho de reunirse con Aes Sedai. Por costumbre, las Sabias las evitaban, en especial las Sabias capaces de encauzar, como Amys y Melaine. Además, no les gustaba que las Aes Sedai hubiesen reemplazado a Nynaeve y a Elayne en los encuentros. Y tampoco le hacía gracia a Egwene. Sospechaba que las Sabias tenían la sensación de haber impresionado a las dos jóvenes con la seriedad del *Tel'aran'rhiod;* por el contrario, y a juzgar por los fragmentos que había oído sobre las reuniones actuales, las Aes Sedai no estaban impresionadas ni poco ni mucho. Muy pocas cosas impresionaban a las Aes Sedai.

—Pero podríamos planteárnoslo otra vez —prosiguió calmosamente Melaine. Había estado más quisquillosa que un arbusto espinoso antes de su reciente matrimonio, pero ahora casi nada rompía su compostura—. No debes regresar al sueño hasta que tu cuerpo haya recobrado toda su energía.

—Tienes mala cara —dijo Bair con preocupación, en esa voz atiplada tan acorde con su apariencia. En muchos aspectos, sin embargo, era la más dura de las tres—. ¿Has dormido mal?

—¿Cómo iba a dormir bien? —rezongó Amys—. Intenté mirar en sus sueños anoche tres veces y no encontré nada. Nadie puede dormir bien si no sueña.

En un instante a Egwene se le quedó seca la boca y su lengua pareció pegarse al paladar. Qué oportunas, tener que comprobarlo precisamente la noche en que no había vuelto a su cuerpo en varias horas.

Melaine frunció el ceño, pero no a Egwene, sino a Cowinde, que seguía arrodillada y con la cabeza gacha.

—Hay un montón de arena cerca de mi tienda —dijo en un tono muy cercano a su antigua aspereza—. Buscarás grano a grano hasta que des con uno rojo. Si no es el que busco, tendrás que empezar de nuevo. Ve. —Cowinde se limitó a hacer una reverencia hasta casi tocar la alfombra con la cara. Melaine miró a Egwene y sonrió agradablemente—. Pareces sorprendida. Si no hace lo que debe por propia iniciativa, tendré que convencerla para que lo haga. Puesto que se empeña en decir que sigue a mi servicio, todavía soy responsable de ella.

El largo cabello de Bair se meció cuando la Sabia sacudió la cabeza.

—No funcionará —dijo al tiempo que se ajustaba el chal a los huesudos hombros. Egwene estaba sudando a pesar de llevar sólo la camisola y de que el sol apenas estaba alto en el cielo, pero los Aiel estaban acostumbrados a

Librodot

un calor mucho más intenso—. He golpeado a Juric y a Beira hasta que se me ha cansado el brazo; pero, por mucho que les diga que se quiten la túnica blanca, vuelven a llevarla puesta antes del ocaso.

—Es una abominación —masculló Amys—. Desde que entramos en las tierras húmedas, más de una cuarta parte de los que han cumplido el plazo se han negado a regresar a sus septiares. Tergiversan *el ji'e'toh* más allá de su significado.

Eso era obra de Rand. Les había revelado a todos lo que sólo los jefes de clan y las Sabias sabían antes: que en tiempos los Aiel habían rehusado tocar cualquier arma o actuar con violencia. Ahora había quienes creían que todos deberían ser *gai'shain,* en tanto que otros se negaban a aceptar a Rand como el *Car'a'carn* por la misma razón, y cada día unos pocos seguían marchándose para reunirse con los Shaido en las montañas del norte. Algunos simplemente arrojaban sus armas y desaparecían y nadie sabía lo que era de ellos. Los Aiel lo llamaban estar afectados por el marasmo. Lo más raro de todo, desde el punto de vista de Egwene, era que ninguno culpaba de ello a Rand, excepto los Shaido. La Profecía de Rhuidean anunciaba que el *Car'a'carn* los llevaría de vuelta y los destruiría. De vuelta a qué o adónde nadie parecía estar seguro, pero que los destruiría de algún modo lo aceptaban con la misma calma que Cowinde había empezado una tarea que sabía irrealizable.

En ese momento a Egwene le habría importado un bledo si todos los Aiel de Cairhien se hubiesen puesto el ropaje blanco. Como las Sabias sospecharan lo que había estado haciendo... Rebuscaría de buena gana no ya en uno, sino en un centenar de montones de arena, pero dudaba mucho que tuviera tanta suerte. Su castigo sería mucho peor. Una vez Amys le había dicho que si dejaba de hacer exactamente lo que le mandaba —el Mundo de los Sueños era un lugar demasiado peligroso sin esa promesa— dejaría de instruirla. Sin duda las otras estarían de acuerdo con ella, y ése era el castigo que temía. Mejor un millar de montones de arena bajo el sol abrasador.

—Oh, vamos, no tiembles de ese modo —rió Bair—. Amys no está furiosa con todos los habitantes de las tierras húmedas, y menos contigo, que has venido a ser como una hija en nuestras tiendas. Es con tus hermanas Aes Sedai. La llamada Carlinya sugirió que tal vez te reteníamos contra tu voluntad.

—¿Que sugirió? —Las pálidas cejas de Amys se enarcaron de tal modo que casi llegaron al nacimiento del pelo—. ¡Esa mujer nos acusó directamente!

—Y aprendió a tener más cuidado con lo que dice —rió Bair, meciéndose en el cojín escarlata—. Apuesto a que sí. Cuando las dejamos, seguía chillando e intentando quitarse aquellas pufas escarlatas del vestido. Una pura escarlata —explicó la Sabia— se asemeja mucho a un coralillo si tu vista es tan poco aguda como la de las gentes de las tierras húmedas, pero no es venenosa. Aunque se retuerce cuando se cree acosada.

—Habrían desaparecido sólo con que hubiese pensado que no estaban —dijo Amys, resoplando con desdén—. Esa mujer no aprende nada. Las Aes Sedai a las que servíamos en la Era de Leyenda no habrían sido tan necias. —A pesar de sus palabras parecía apaciguada.

Melaine reía sin disimulo, y Egwene no pudo menos de soltar una risita queda. Algunas veces el sentido del humor Aiel escapaba a su comprensión, pero no en esta ocasión. Sólo había visto a Carlinya tres veces, pero la

imagen de aquella estirada, fría y arrogante mujer dando saltos e intentando quitarse serpientes del vestido... Tuvo que hacer un esfuerzo para no prorrumpir en carcajadas.

—Al menos tu humor está eufórico —comentó Melaine—. ¿Se han repetido esos dolores de cabeza?

—Mi cabeza está estupendamente —mintió Egwene.

—Bien —asintió Bair—. Nos preocupó cuando no remitían. Siempre y cuando te refrenes de entrar en los sueños durante un poco más de tiempo, no te molestarán. No tengas miedo de que te queden secuelas; el cuerpo utiliza el dolor para avisarnos que debemos descansar.

Egwene estuvo a punto de echarse a reír otra vez, pero no con regocijo. Los Aiel pasaban por alto heridas abiertas y huesos rotos porque en ese momento no podían preocuparse de tales pequeñeces.

—¿Cuánto tiempo más tengo que mantenerme fuera? —preguntó. Detestaba mentirles, pero detestaba aun más no hacer nada. Los primeros diez días después de que Lanfear la hubo herido, con lo que quiera que lo hubiera hecho, fueron espantosos; luego había sido incapaz de pensar siquiera sin tener la impresión de que se le iba a romper la cabeza. Una vez que superó aquello, lo que su madre llamaba «la desazón de la inactividad» la había empujado al *Tel'aran'rhiod* a espaldas de las Sabias. No se aprendía nada descansando—. ¿Hasta el próximo encuentro, habéis dicho?

—Tal vez —contestó Melaine a la par que se encogía de hombros—. Ya veremos. Pero tienes que comer. Si se te ha quitado el apetito, es que algo que no sabemos va mal.

—Oh, pues claro que puedo comer. —Las gachas de avena que se cocinaban en el exterior olían bien—. Lo que pasa es que he estado perezosa, supongo. —Levantarse sin hacer una mueca de dolor resultó todo un esfuerzo; su cabeza no parecía muy conforme con que la moviera todavía—. Anoche se me ocurrieron algunas preguntas más.

Melaine puso los ojos en blanco, divertida.

—Desde que te hirieron, tus preguntas se han multiplicado por cinco.

Porque estaba intentando discernir cosas por sí misma, sin ayuda. Pero, naturalmente, eso no podía decirlo, de modo que sacó una camisola limpia de uno de los pequeños arcones alineados junto a la lona de la tienda y se quitó la sudada.

—Hacer preguntas es bueno —opinó Bair—. Adelante.

Egwene eligió las palabras con todo cuidado. Y siguió vistiéndose con aire despreocupado, poniéndose una blusa blanca de *algode* y una amplia falda de lana iguales a las que llevaban las Sabias:

—¿Es posible que lo arrastren a uno contra su voluntad hacia el sueño de otro?

—Pues claro que no —repuso Amys—, a menos que seas una manazas al rozarlo.

—Y a no ser —abundó Bair, como si eso fuera poco— que haya emociones intensas involucradas. Si intentas observar el sueño de alguien que te ama o te odia, te puede arrastrar hacia él. O si tú amas u odias a esa persona. Ésa es la razón de que no intentemos observar los sueños de Sevanna y ni siquiera hablar con las Sabias Shaido en sus sueños.

A Egwene no dejaba de sorprenderle que estas mujeres, así como las otras Sabias, siguieran viéndose y hablando con las Sabias Shaido. Se suponía que estas mujeres estaban por encima de batallas y conflictos entre clanes, pero a su modo de ver oponerse al *Car'a'carn,* jurar matarlo, situaba

Librodot

a las Shaido más allá de cualquier límite.

—Salir del sueño de alguien que te odia o te ama —continuó Bair— es como intentar trepar por un agujero profundo de paredes escarpadas.

—Exacto. —Amys pareció recobrar el buen humor de repente y lanzó una mirada de reojo a Melaine—. Por eso ninguna caminante de sueños jamás comete el error de intentar ver los sueños de su esposo. —Melaine mantenía la mirada prendida al frente, y su gesto se ensombreció—. Al menos, no comete el mismo error dos veces —añadió Amys.

Bair esbozó una sonrisa que marcó más sus arrugas y de manera ostentosa evitó mirar a Melaine.

—Puede ser muy conmocionante —dijo—. Sobre todo si está enfadado contigo, si, por poner un ejemplo, *el ji'e'toh* lo obliga a alejarse de ti, y tú, como una chiquilla tonta, fueras lo bastante necia para decirle que no se iría si te amara de verdad.

—Esto se está apartando mucho de la pregunta de la muchacha —adujo Melaine, muy estirada y colorada hasta la raíz del pelo.

Bair se echó a reír sin rebozo. Egwene, denotando un gran sentido común, contuvo la curiosidad y el regocijo.

—¿Y puede ocurrir aunque uno no intente meterse en su sueño? —inquirió, haciendo que su voz sonara con absoluta indiferencia.

Melaine le dedicó una mirada agradecida y la joven sintió un cierto remordimiento, aunque no lo bastante para que más adelante no quisiera enterarse de la historia completa. Si Melaine se había puesto tan colorada la cosa tenía que ser muy divertida.

—Me hablaron de ello cuando era joven y empezaba a aprender —contestó Bair—. Mora, la Sabia del dominio Colrada, me instruía, y dijo que si el sentimiento era muy intenso, un amor o un odio tan fuerte que no dejaba lugar para nada más, uno podía ser arrastrado simplemente siendo consciente del sueño de la otra persona.

—Nunca había oído tal cosa —adujo Melaine. Por su parte, Amys parecía dubitativa, simplemente.

—Ni yo, salvo la vez que me lo dijo Mora —respondió Bair—, pero era una mujer excepcional. Me contaron que se acercaba a los trescientos años cuando murió a causa de una mordedura de cobra sanguina, y sin embargo parecía tan joven como cualquiera de vosotras. Yo sólo era una chiquilla, pero la recuerdo muy bien. Sabía muchas cosas y podía encauzar con gran fuerza. Venían Sabias de todos los clanes para aprender de ella. Creo que un amor tan grande, o un odio tan fuerte, no es corriente, pero ella me contó que esto le había ocurrido en dos ocasiones, una vez con el primer hombre que se casó, y otra con una rival en el interés de su tercer marido.

—¿Trescientos años? —exclamó Egwene, que se paró a medio atar una de las suaves botas. Seguramente ni siquiera las Aes Sedai tenían una vida tan longeva.

—He dicho que me lo contaron —repuso Bair, sonriendo—. Algunas mujeres envejecen más despacio que otras, como por ejemplo Amys; y, cuando se trata de una mujer como Mora, empiezan a correr historias. Algún día te contaré la referente a cómo movió Mora una montaña. Supuestamente, al menos.

—En otro momento, ¿vale? —opinó Melaine con un tono un poco demasiado amable. Saltaba a la vista que todavía la mortificaba lo que quiera que hubiese ocurrido en el sueño de Bael, así como el hecho de que las otras lo supieran—. Escuché todas las historias sobre Mora siendo niña;

creo que las sé de memoria. Si Egwene acaba de vestirse de una vez, tenemos que asegurarnos de que coma algo. —Un brillo en sus verdes ojos reveló que se proponía ver cada bocado que tragara; obviamente no había desechado sus sospechas respecto a la salud de la muchacha—. Y responder a todas sus preguntas.

Egwene trató desesperadamente de pensar en otra. Por lo general tenía muchas que hacerles, pero los acontecimientos de la noche pasada le habían dejado vacía la mente de preguntas salvo ésa. Si lo dejaba así, podían empezar a preguntarse si no se le había ocurrido por haber estado espiando el sueño de alguien en contra de sus instrucciones. Tenía que hacer otra pregunta... que no estuviera relacionada con sus extraños sueños. Algunos de ellos seguramente tenían un significado, si es que era capaz de descubrirlo. Anaiya sostenía que Egwene era una Soñadora, capaz de predecir el curso de acontecimientos futuros, y estas tres mujeres pensaban que era posible, pero decían que sólo ella podía encontrar la certeza dentro de sí. Además, no estaba segura de querer discutir sus sueños con nadie. Estas mujeres sabían más de lo que sería de su agrado sobre lo que pasaba dentro de su mente.

—Eh... ¿Y las caminantes de sueños que no son Sabias? Quiero decir que si habéis visto otras mujeres en el *Tel'aran'rhiod.*

—A veces —contestó Amys—, pero no a menudo. Sin una guía para enseñarle, una mujer podría no darse cuenta de que tiene algo más que sueños muy vívidos.

—Y, por supuesto —abundó Bair—, al no saber nada, el sueño podría matarla antes de que se entere...

Habiendo conseguido desviar la conversación hacia otros temas más seguros, Egwene se relajó. Había recibido una respuesta más clara de lo que esperaba. Ya sabía que amaba a Gawyn —«Así que lo sabías, ¿no?», susurró una vocecilla en su cabeza. «¿Y estabas dispuesta a admitirlo?»— y los sueños de él indicaban que su amor era correspondido. Aunque, naturalmente, si los hombres eran capaces de decir cosas que no sentían estando despiertos, muy probablemente podían hacer lo mismo soñando. Sin embargo, verlo confirmado por las Sabias, saber que la amaba con tanta intensidad como para superar cualquier cosa que ella...

No. Éste era un tema para meditarlo después. No tenía la menor idea de dónde se encontraba Gawyn. Lo importante ahora era que sabía el peligro. La próxima vez sería capaz de reconocer los sueños de Gawyn y evitarlos. «Si es que es eso lo que realmente quieres hacer», susurró la vocecilla en su cabeza. Confió en que las Sabias tomaran el rubor de sus mejillas como un tono saludable. Ojalá supiera qué significaban sus sueños. Si es que tenían algún significado.

Bostezando, Elayne se encaramó a una piedra para poder ver por encima de las cabezas del gentío. Ese día no había soldados en Salidar, pero las personas abarrotaban la calle y se asomaban a las ventanas. El rebullir inquieto de los pies y alguna que otra tos causada por el polvo eran los únicos sonidos. A pesar del tremendo calor matinal, la gente apenas se movía aparte de agitar un abanico o un sombrero para darse un poco de aire.

Leane estaba en el hueco que había entre dos casas de techo de bálago, del brazo de un hombre de rasgos duros que Elayne no había visto nunca. Muy, muy del brazo del hombre. Sin duda era uno de los espías de Leane. La

Librodot

mayoría de los informadores de las Aes Sedai eran mujeres, pero parecía que todos los de Leane eran hombres. Mayormente los mantenía fuera de la vista de los demás, pero Elayne la había visto una o dos veces dando palmaditas en una mejilla desconocida y mirando sonriente un par de ojos extraños. No tenía ni idea de cómo lo conseguía Leane. Elayne estaba segura de que, si utilizaba esos trucos de domani, el tipo pensaría que le había prometido mucho más de lo que tenía intención de dar, pero estos hombres aceptaban la palmadita y la sonrisa de Leane y se alejaban tan contentos como si le hubiesen regalado un arcón lleno de oro.

Entre la multitud, en otra dirección, Elayne localizó a Birgitte, que muy juiciosamente se mantenía lejos de ella aquella mañana. La noche había sido más que ajetreada, y Elayne no se había ido a la cama hasta que el cielo empezó a adquirir una tonalidad gris. En realidad, no se habría ido a acostar si Birgitte no le hubiese dicho que Ashmanaille pensaba que parecía agotada. No es que eso importara, claro es, pero el vínculo con un Guardián era a la recíproca. ¿Y qué, si estaba un poco cansada? Había trabajo de sobra y todavía podía encauzar más fuerte que la mitad de las Aes Sedai de Salidar. ¡Ese vínculo, no la arquera, le reveló que Birgitte no había dormido todavía! ¡Mandándola a ella a la cama como una novicia mientras que Birgitte se pasaba toda la noche transportando heridos y despejando la calle de restos y escombros!

Miró de nuevo hacia donde se encontraba Leane y vio que estaba sola y se abría paso empujando entre la multitud para hallar un buen sitio. No había señales del hombre alto.

Nynaeve, bostezando y con los ojos embotados, se encaramó al lado de Elayne asestando una mirada iracunda al leñador vestido con chaleco de cuero que había intentado adelantarse para coger el sitio. Mascullando entre dientes, el tipo volvió a meterse entre la multitud a empellones. Elayne quería que su amiga no hiciera eso. Lo de bostezar, no lo de la mirada feroz. Sin poder remediarlo, su boca se abrió, imitando el gesto. Birgitte tenía cierta excusa, pero no Nynaeve. Theodrin no podía esperar que permaneciera despierta después de lo ocurrido la noche anterior, y Elayne había oído a Anaiya decirle que se fuera a la cama, pero allí estaba cuando Elayne llegó al cuarto, tambaleándose en la banqueta a pesar de la pata ahora torcida, dando cabezadas cada dos minutos y mascullando entre dientes algo de demostrárselo a Theodrin y a todo el mundo.

El brazalete del *a'dam* le transmitía miedo a Elayne, por supuesto, pero también algo que podría ser regocijo. Moghedien se había pasado la noche metida debajo de la cama, y al permanecer bien escondida no había levantado ni una astilla de los destrozos causados. Incluso había disfrutado de un buen descanso una vez que la primera conmoción pasó. Al parecer el viejo dicho sobre la suerte del Oscuro se cumplía a veces.

Nynaeve empezó a bostezar otra vez, y Elayne miró bruscamente a otra parte. Aun así, tuvo que llevarse el puño a la boca en un intento, con poco éxito, de no hacer lo mismo. El arrastrar de pies y las toses adquirieron un aire de impaciencia.

Las Asentadas seguían todavía en la Torre Chica con Tarna, pero el castrado ruano de la Roja ya estaba en la calle, a la puerta de la antigua posada, y una docena de Guardianes sostenían las riendas de sus caballos, con sus capas de colores cambiantes que hacían imprecisas sus formas; era una escolta de honor para los primeros kilómetros del viaje de vuelta de Tarna a Tar Valon. La multitud aguardaba para algo más que presenciar la

partida de la emisaria de la Torre, aunque en su mayoría parecían tan agotados como se sentía Elayne.

—¿Crees que estaba... estaba...? —Nynaeve abrió la boca, tapada con la mano.

—Oh, rayos y centellas —rezongó Elayne, o más bien lo intentó, porque todo lo que venía después de «oh» sonó como un gruñido estrangulado detrás del puño metido en la boca. Lini decía que ese tipo de frases era señal de un cerebro embotado, justo como se estaba antes de lavarse los dientes, pero a veces no había otro comentario que expresara en unas pocas palabras cómo se sentía uno. Habría dicho más, pero no tuvo ocasión.

—¿Por qué no le hacen también un desfile? —gruñó Nynaeve—. No entiendo a santo de qué se arma tanto jaleo por esta mujer.

Y volvió a bostezar. ¡Otra vez!

—Porque es una Aes Sedai, dormilona —dijo Siuan, que se unió a ellas—. Dos dormilonas —añadió tras echar una ojeada a Elayne—. Vais a acabar atrapando alevines si seguís abriendo la boca así.

Elayne cerró la suya de golpe y asestó a la mujer una de sus más frías miradas. Como siempre, a Siuan le resbaló como lluvia sobre unas tejas vidriadas.

—Tarna es Aes Sedai, pequeñas —continuó Siuan al tiempo que miraba hacia los caballos que esperaban. O quizá fuera el carro limpio que había sido traído delante del edificio lo que atrajo su atención—. Una Aes Sedai es una Aes Sedai, y nada cambia eso.

Nynaeve le asestó una mirada que la mujer no advirtió. Elayne se alegró de que su amiga contuviera la lengua, porque la réplica habría sido sin duda muy dura.

—¿Qué pérdidas tuvimos anoche?

—Siete muertos aquí en el pueblo. —Siuan contestó sin quitar los ojos del lugar por donde aparecería Tarna—. Casi un centenar en los campamentos de los soldados. Y todas esas espadas y hachas y cosas por el estilo moviéndose sin que hubiese nadie para que las detuviera encauzando. Hay algunas hermanas allí ahora, curando.

—¿Y lord Gareth? —preguntó Elayne con un leve timbre de ansiedad. El hombre actuaría con frialdad hacia ella ahora, pero hubo un tiempo en que siempre tenía una cálida sonrisa para una chiquilla y un bolsillo en el que siempre guardaba dulces. Siuan resopló con tanta fuerza que la gente de alrededor se volvió a mirar.

—Ése —rezongó—. Una escorpina se rompería los dientes al morder a ese hombre.

—Pareces tener un excelente humor esta mañana —dijo Nynaeve—. ¿Te has enterado por fin de cuál es el mensaje de la Torre? ¿O es que Gareth Bryne te ha pedido que te cases con él? ¿Se ha muerto alguien y te ha nombrado su...?

Elayne intentó no mirar a su amiga, pero hasta el sonido del bostezo hizo que su boca se abriera.

Siuan lanzó una mirada intensa a Nynaeve, pero, por una vez, ésta se la sostuvo con idéntica intensidad, aunque con los ojos un tanto llorosos.

—Si te has enterado de algo, dínoslo —intervino Elayne antes de que se tumbaran con las miradas la una a la otra.

—Una mujer que se hace pasar por Aes Sedai sin serlo —murmuró Siuan como si manifestara en voz alta una idea peregrina— está con el agua hasta el cuello, sí; pero, si además se ha arrogado un Ajah, ese Ajah tiene

Librodot

prioridad para pedirle cuentas. ¿Os ha contado Myrelle lo de la mujer que sorprendió en Chachin afirmando que era una Verde? Era una antigua novicia que no superó la prueba para ascender a Aceptada. Pedidle que os lo cuente, cuando disponga de una o dos horas libres, porque tardará ese tiempo en relatarlo. La estúpida chica probablemente deseó que la neutralizaran antes de que Myrelle hubiese acabado con ella. Neutralizada y también decapitada.

Por alguna razón, la amenaza no tuvo más efecto en Nynaeve que la mirada; ni siquiera el menor estremecimiento. Quizá las dos estaban demasiado cansadas.

—Dime lo que sepas —pidió Elayne en voz baja—, o la próxima vez que estemos solas te enseñaré a sentarte bien derecha, y luego puedes ir corriendo a llorarle a Sheriam si quieres.

Siuan estrechó los ojos y, de repente, Elayne soltó un chillido y se llevó la mano a la cadera.

Siuan retiró la mano con la que la había pellizcado sin intentar siquiera disimular.

—No acepto muy bien las amenazas, muchacha. Sabes tan bien como yo lo que Elaida ha dicho. Lo viste antes que nadie de aquí.

—¿Que regresemos y que todo está perdonado? —inquirió Nynaeve con incredulidad.

—Más o menos. Con un montón de esa mierda sobre que la Torre tiene que estar unida, ahora más que nunca, y un poquito de unte pringoso respecto a que nadie debe temer nada excepto quienes «se han declarado en abierta rebeldía». La Luz sabrá lo que significa eso, porque yo no.

—¿Y por qué lo mantienen en secreto? —demandó Elayne—. Es imposible que crean que nadie va a volver con Elaida. Sólo tienen que sacar a relucir a Logain.

Siuan no dijo nada y se limitó a mirar ceñuda a los Guardianes.

—Sigo sin entender por qué piden más tiempo para pensarlo —rezongó Nynaeve—. Saben lo que tienen que hacer. —Siuan siguió callada, pero Nynaeve enarcó las cejas poco a poco—. No sabías lo que habían respondido.

—Ahora sí. —Siuan masticó las palabras y masculló entre dientes algo sobre «necias pusilánimes», con lo que Elayne estuvo de acuerdo.

De pronto la puerta principal de la antigua posada se abrió y media docena de Asentadas salió con sus chales de flecos, una de cada Ajah, y después apareció Tarna, seguida por las demás. Si el gentío reunido había esperado algún tipo de ceremonia, sufrió una gran desilusión. Tarna montó en su caballo y su mirada recorrió lentamente a las Asentadas y pasó sobre la muchedumbre, manteniendo un gesto indescifrable, y después taconeó al castrado y se puso en marcha. La escolta de Guardianes avanzó con ella. Un murmullo preocupado, semejante al zumbido de una colmena zarandeada, se levantó entre los espectadores mientras se apartaban para dejar paso.

El murmullo duró hasta que Tarna se perdió de vista, fuera del pueblo, y Romanda se encaramó al carro y se colocó suavemente su chal de flecos amarillos. Se hizo un profundo silencio. Según era tradición, la Asentada de más edad hacía los pronunciamientos de la Antecámara. Romanda no se movía como una mujer mayor, naturalmente, y su rostro era tan intemporal como cualquiera, aunque hasta unos mechones canosos señalaban una edad considerable en una Aes Sedai, y el moño recogido en la nuca de la Amarilla era totalmente gris pálido, sin la menor traza de otro color. Elayne se preguntó qué edad tendría, pero preguntarle la edad a una Aes Sedai era

Librodot

lo más grosero que uno podía imaginar.

Romanda realizó un sencillo tejido de flujos de Aire para que su voz de soprano llegara a todos; Elayne la oyó como si la mujer estuviese delante de ella:

—Muchos de vosotros habéis estado preocupados estos últimos días, pero no había razón para ello. Si Tarna Sedai no hubiese venido aquí, nosotras habríamos enviado misivas a la Torre Blanca. Después de todo, no puede decirse que estemos escondiéndonos precisamente. —Hizo una pausa como para dar lugar a que la multitud riera, pero la gente se limitó a mirarla fijamente, y la Aes Sedai se ajustó el chal—. Nuestro propósito no ha cambiado. Buscamos la verdad y la justicia, hacer lo que es correcto...

—¿Lo correcto para quién? —murmuró Nynaeve.

—... y no flaquearemos ni fracasaremos. Seguid realizando vuestro trabajo como habéis venido haciendo, seguros de que continuaréis protegidos bajo nuestra tutela, ahora y después de nuestro seguro regreso a los lugares que nos corresponden en la Torre Blanca. Que la Luz os ilumine a todos. Que nos ilumine a todos.

El murmullo se levantó de nuevo, y la muchedumbre empezó a dispersarse lentamente mientras Romanda bajaba del carro. El rostro de Siuan parecía tallado en piedra; sus labios estaban exangües. Elayne deseaba hacer preguntas, pero Nynaeve se bajó de un salto de la piedra y empezó a dar codazos para abrirse paso hacia el edificio de tres pisos. Elayne la siguió rápidamente. La noche anterior Nynaeve había estado a punto de revelar lo que habían descubierto sin más ni más; había que hacerlo con cuidado y eso si es que consideraban que servía de algún modo para influir en la decisión de la Antecámara, cosa que, desde luego, parecía que era necesario. El anuncio de Romanda había sido un carretón de nada. E indudablemente había alterado a Siuan.

Metiéndose entre dos tipos fornidos que estaban asestando una mirada feroz a la espalda de Nynaeve, que no había parado mientes en pisarlos con tal de pasar, Elayne miró hacia atrás y vio a Siuan observándolas a Nynaeve y a ella. Sólo fue un instante, hasta que la mujer se dio cuenta de que la había visto, y entonces fingió que había localizado a alguien en la multitud y saltó de la piedra para reunirse con quien fuera. Elayne frunció el entrecejo y siguió adelante con paso rápido. ¿Estaba Siuan molesta o no? ¿Hasta qué punto la irritación y la ignorancia que había demostrado eran simuladas? La idea de Nynaeve de huir a Caemlyn —Elayne no sabía si su amiga había renunciado o no a ese plan— era sin duda una solemne estupidez, pero ella consideraba el viaje a Ebou Dar con ansiedad, deseosa de hacer algo verdaderamente útil. Todo este enredo de secretos y sospechas no iban con su forma de ser. Ojalá Nynaeve no metiera la pata.

Alcanzó a su amiga en el momento en que ésta llegaba junto a Sheriam, cerca del carro en el que se había subido Romanda para hablar. Morvrin también estaba allí, así como Carlinya, las tres con los chales puestos. Todas las Aes Sedai los llevaban esa mañana. El cabello corto de Carlinya, reducido a unos rizos oscuros que le cubrían la cabeza, era la única señal de la experiencia vivida en el *Tel'aran'rhiod* que casi había acabado en desastre.

—Necesitamos hablar con las tres a solas —le dijo Nynaeve a Sheriam—. En privado.

Elayne suspiró. No era el mejor modo de empezar, pero tampoco el peor.

Sheriam las observó un instante a las dos y después volvió la mirada hacia Morvrin y Carlinya.

Librodot

—De acuerdo. Vamos dentro.

Cuando se volvieron, Romanda se encontraba entre ellas y la puerta; la mujer, de ojos oscuros, poseía un atractivo que emanaba de su constitución robusta, y llevaba el chal de flecos amarillos, todo bordado con flores y enredaderas a excepción de la Llama de Tar Valon, bien ajustado a los hombros. Hizo caso omiso de Nynaeve y sonrió afablemente a Elayne; una de esas sonrisas que la joven había llegado a esperar, y a temer, de las Aes Sedai. En cambio, para Sheriam, Carlinya y Morvrin su gesto fue totalmente distinto. Se quedó mirándolas fijamente, impasible, la cabeza erguida, hasta que ellas hicieron una ligera reverencia y murmuraron un «con tu permiso, hermana». Sólo entonces se apartó, bien que aspiró sonoramente el aire por la nariz.

La gente corriente que había alrededor no lo advirtió, claro está, pero Elayne había oído fragmentos de conversaciones entre Aes Sedai respecto a Sheriam y su pequeño consejo. Algunas pensaban que sólo se preocupaban por el discurrir cotidiano de Salidar, descargando de esa función a la Antecámara para que pudiera ocuparse de asuntos más importantes. Otras sabían que tenían influencia en la Antecámara, pero la magnitud de ésta dependía de quién lo decía. Romanda era de las que pensaban que tenían demasiada; y, lo que era peor, que en su grupo había dos Azules y ninguna Amarilla. Elayne sintió los ojos de la Aes Sedai en la espalda mientras cruzaba la puerta detrás de las otras.

Sheriam las condujo a una de las estancias privadas, anexas a la sala principal, con los paneles horadados por la carcoma y una mesa llena de papeles pegada a una de las paredes. La Aes Sedai enarcó las cejas cuando Nynaeve le pidió que tejieran una salvaguarda para evitar ser escuchadas, pero protegió el cuarto con una sin hacer comentarios. Recordando la excursión de Nynaeve, Elayne comprobó que ambas ventanas estuviesen bien cerradas.

—Espero que se trate de algo tan importante como que Rand al'Thor está de camino hacia aquí —espetó secamente Morvrin. Las otras dos Aes Sedai intercambiaron una rápida mirada. Elayne refrenó la indignación; en verdad creían que estaban reteniendo información sobre Rand. ¡Qué obsesión con los secretos!

—No tiene nada que ver con eso —repuso Nynaeve—, pero sí es algo igualmente importante, aunque en otro sentido.

Y se lanzó a relatar la historia de su viaje a Ebou Dar y el hallazgo del cuenco *ter'angreal.* No siguió el orden correcto ni mencionó la Torre, pero todos los detalles esenciales estaban allí.

—¿Estáis seguras de que ese cuenco es un *ter'angreal*? —preguntó Sheriam una vez que Nynaeve concluyó el relato—. ¿Que puede afectar al tiempo?

—Sí, Aes Sedai —respondió lisa y llanamente Elayne.

Morvrin gruñó; esa mujer dudaba de todo. Sheriam asintió y se ajustó el chal.

—Entonces habéis hecho bien en contarlo. Enviaremos una carta a Merilille. —Merilille Ceandevin era la hermana Gris que habían enviado para convencer a la reina de Ebou Dar de que apoyara a Salidar—. Tendréis que darnos todos los detalles.

—Nunca lo encontrará —barbotó Nynaeve antes de que Elayne tuviera ocasión de abrir la boca—. Pero Elayne y yo sí que podremos.

Los ojos de las Aes Sedai adquirieron una expresión gélida.

Librodot

—Probablemente a ella le será imposible —se apresuró a intervenir Elayne—. Nosotras vimos dónde está el cuenco, e incluso así no nos resultará sencillo. Pero al menos sabemos lo que vimos. Dar una descripción por carta no será igual.

—Ebou Dar no es un lugar para Aceptadas —adujo fríamente Carlinya.

—Todas debemos hacer aquello para lo que estamos más preparadas, pequeñas —abundó Morvrin con un tono algo más amable, pero aun así reprobador—. ¿Creéis que Edesina o Afara o Guisin querían ir a Tarabon? ¿Qué pueden hacer ellas para poner orden en esa tierra agitada? Pero teníamos que intentarlo, así que fueron allí. Kiruna y Bera probablemente están en este momento en la Columna Vertebral del Mundo, de camino al Yelmo de Aiel a buscar a Rand al'Thor porque pensábamos, sólo pensábamos, que podría estar allí cuando las enviamos. Que tuviésemos razón no hace menos fútil su viaje ahora, que él ha salido del Yermo. Todas hacemos lo que podemos, lo que debemos. Vosotras sois Aceptadas, y las Aceptadas no salen corriendo hacia Ebou Dar o a ningún otro sitio. Lo que las dos podéis y debéis hacer es quedaros aquí y estudiar. Incluso si fueseis hermanas de hecho seguiría sin daros permiso para marcharos. Nadie ha hecho la clase de descubrimientos que vosotras habéis conseguido, tantos en tan corto espacio de tiempo, desde hace un siglo.

Siendo como era, Nynaeve hizo caso omiso de lo que no quería oír y clavó la mirada en Carlinya.

—Pues no lo hemos hecho nada mal valiéndonos por nosotras mismas, gracias —dijo—. Dudo que Ebou Dar sea tan peligrosa como Tanchico.

Elayne no creía que su amiga fuera consciente de que se estaba aferrando la trenza con todas sus fuerzas. ¿Es que nunca iba a aprender que con simple cortesía a veces se conseguía lo que con franqueza no se lograba?

—Comprendo vuestra preocupación, Aes Sedai —intervino la heredera del trono—, pero aunque peque de inmodestia lo cierto es que soy la persona más cualificada de Salidar para localizar un *ter'angreal.* Y Nynaeve y yo sabemos mejor dónde buscar de lo que podríamos indicar dando datos en una carta. Si nos enviáis con Merilille Sedai, estoy convencida de que, bajo su guía, podríamos localizarlo en poco tiempo. Sólo serían unos cuantos días de viaje en un barco fluvial hasta Ebou Dar y otros cuantos de regreso, con unos pocos allí bajo la vigilancia de Merilille Sedai. —Le costó un gran esfuerzo no pararse para coger aire—. Entre tanto, podríais enviar un mensaje a una de las informadoras de Siuan en Caemlyn, de modo que ya estará allí cuando Merana Sedai y la delegación lleguen a la ciudad.

—¿Y por qué íbamos a hacer semejante cosa? —rezongó Morvrin.

—Pensé que Nynaeve os lo había dicho, Aes Sedai. No estoy segura, pero creo que es necesaria la participación de un varón para que el cuenco funcione.

Aquello, ni que decir tiene, ocasionó una pequeña conmoción. Carlinya dio un respingo, Morvrin masculló entre dientes, y Sheriam se quedó boquiabierta. También Nynaeve se sorprendió, pero sólo un instante; Elayne estaba segura de que su amiga lo disimuló antes de que las otras mujeres se dieran cuenta. Estaban demasiado pasmadas para advertirlo. Era una mentira, pura y simplemente. Tan simple como la clave. Supuestamente los grandes logros de la Era de Leyenda se habían llevado a cabo por hombres y mujeres encauzando a la par, probablemente coligados. Casi con toda probabilidad lo ejecutaban con *ter'angreal* que requerían la colaboración de un varón para que funcionasen. En cualquier caso, si ella era incapaz de

Librodot

hacer funcionar el cuenco sola, indudablemente nadie más en Salidar podría hacerlo. Excepto tal vez Nynaeve. Si requería el concurso de Rand, no podían dejar pasar la oportunidad de hacer algo con el tiempo, y para cuando ella «descubriera» que un círculo de mujeres podía manejar el cuenco, las Aes Sedai de Salidar estarían tan comprometidas con Rand que no les sería posible desligarse de él.

—Todo eso está muy bien —dijo finalmente Sheriam—, pero no cambia el hecho de que sois Aceptadas. Enviaremos una carta a Merilille. Ya hay quien habla de vosotras y...

—¡Hablar! —espetó Nynaeve—. ¡Eso es todo lo que hacéis, vosotras y la Antecámara! ¡Hablar! Elayne y yo podemos encontrar ese *ter'angreal,* pero preferís poneros a cacarear como gallinas en un corral. —Las palabras se atropellaban para salir de su boca. La antigua Zahorí se tiraba de la trenza con tanta fuerza que Elayne casi esperaba ver que se la arrancaba de cuajo—. Os sentáis aquí, esperando a que Thom y Juilin y los demás regresen y os digan que los Capas Blancas no van a caer sobre nosotras como el tejado de una casa en ruinas, cuando es posible que vuelvan con los Capas Blancas pisándoles los talones. Os sentáis, hurgando en el problema de Elaida en lugar de hacer lo que dijisteis que haríais, titubeando respecto a Rand. ¿Sabéis ya cuál es vuestra postura hacia él? ¿Lo sabéis, con vuestra delegación de camino a Caemlyn? ¿Y sabéis por qué os sentáis y habláis? ¡Yo sí! Tenéis miedo. Miedo de que la Torre esté dividida, miedo de Rand, de los Renegados, del Ajah Negro. Anoche Anaiya dejó escapar que teníais un plan previsto en caso de que uno de los Renegados atacara. Todos esos círculos coligándose, justo encima de una burbuja maligna, porque imagino que ya creeréis que era eso, pero todos desiguales y en su mayoría formados por más novicias que Aes Sedai. ¿Por qué? Porque sólo unas pocas Aes Sedai lo sabían de antemano. Creéis que el Ajah Negro está aquí mismo, en Salidar. Teníais miedo de que se informara a Sammael o a uno de los otros de vuestro plan. No os fiáis entre vosotras mismas. ¡No confiáis en nadie! ¿Es por eso por lo que no queréis enviarnos a Ebou Dar? ¿Pensáis acaso que somos del Ajah Negro o que iremos corriendo a reunirnos con Rand, o... o...?

El resto de la frase se redujo a palabras farfulladas por la ira y la falta de resuello. Casi no había respirado a lo largo de toda la diatriba.

El primer impulso de Elayne fue intentar suavizarlo de algún modo, aunque cómo no tenía la más ligera idea. Habría sido tan fácil como intentar calmar una montaña en erupción. Fueron las propias Aes Sedai quienes hicieron que dejara de preocuparse de si Nynaeve había echado todo a perder. Aquellos semblantes inexpresivos, aquellos ojos que parecían capaces de traspasar las piedras, no tendrían que haber dejado traslucir nada en absoluto. Pero, para ella, sí transmitían algo. No era la fría cólera que debería haber fluido hacia alguien tan estúpido como para despotricar contra unas Aes Sedai. Esas expresiones eran unas máscaras, y lo único que ocultaban era la verdad, una verdad que no querían admitir ni ellas mismas: estaban asustadas.

—¿Has terminado ya? —preguntó Carlinya con una voz que tendría que haber congelado el sol.

Elayne estornudó y se golpeó la cabeza con un costado del caldero volcado de lado. El olor a sopa quemada le impregnaba la nariz. El sol de media mañana había calentado el interior de enorme perol en el que estaba metida hasta dar la impresión de que seguía puesto al fuego; el sudor le

corría por el cuerpo. No; le chorreaba. Soltó la áspera piedra pómez, salió gateando hacia atrás y asestó una mirada feroz a la mujer que estaba a su lado. O, más bien, a la mitad de la mujer que asomaba por la boca de otro caldero ligeramente más pequeño, tumbado también de lado. Le dio un pellizco a Nynaeve en la cadera y esbozó una sombría sonrisa cuando escuchó el golpe de una cabeza contra el hierro y un chillido. Nynaeve salió del perol con una expresión torva que no ocultó en absoluto el bostezo que la mujer sofocó con una mano mugrienta. Elayne no le dio ocasión de hablar:

—Tenías que explotar, ¿verdad? No podías contener tu genio durante cinco minutos. Lo teníamos todo en nuestras manos y tuviste que darnos una patada en los tobillos.

—De todos modos no nos habrían permitido ir a Ebou Dar —rezongó Nynaeve—. Y no fui yo la única que asestó patadas en los tobillos. —Alzó la barbilla en un gesto tan ridículo que tuvo que mirar hacia la punta de la nariz para ver a Elayne—. «Las Aes Sedai dominan el miedo» —declamó con un tono adecuado para reprender a un borracho haragán que se pusiera en el camino del caballo de uno—, «no dejan que las domine a ellas. Dirigidnos y os seguiremos de buen grado, pero debéis dirigir, no acobardaros, confiando en que algo haga desaparecer vuestros problemas».

El rubor tiñó las mejillas de Elayne. Ella no había adoptado una actitud tan orgullosa ni mucho menos; y desde luego tampoco había empleado ese tono.

—Vale, quizá las dos nos excedimos y olvidamos el sentido común, pero... —Se interrumpió al oír el ruido de unos pasos.

—De modo que las niñas mimadas de las Aes Sedai han decidido tomarse un descanso, ¿no? —La sonrisa de Faolain distaba mucho de ser amistosa—. No estoy aquí porque me divierta, ¿sabéis? Tenía intención de pasar el día trabajando en algo mío, algo que no es terriblemente inferior a lo que vosotras, las niñas mimadas, habéis hecho, creo. En cambio, he de vigilar que unas Aceptadas frieguen ollas como castigo a sus faltas. Vigilar para que no os escabulláis como el par de despreciables novicias que deberíais ser. Y, ahora, volved al trabajo. No puedo marcharme hasta que hayáis terminado, y no tengo intención de pasarme aquí todo el día.

La mujer de tez atezada y cabello rizado era como Theodrin, algo más que una Aceptada, pero menos que una Aes Sedai. Como lo habrían sido ella y Nynaeve, si ésta no se hubiera comportado como una gata a la que han pisado la cola. Las dos, rectificó Elayne de mala gana. Sheriam se lo había dicho mientras les informaba cuántas de sus horas «libres» pasarían en las cocinas, realizando el trabajo más sucio que las cocineras pudieran encontrar. Pero nada de Ebou Dar, en cualquier caso; también eso lo había dejado muy claro. Una carta iría de camino a Merilille a mediodía, si es que no había salido ya.

—Lo... lamento —dijo Nynaeve, y Elayne la miró parpadeando. Una disculpa de Nynaeve era como una nevada en pleno verano.

—Yo también lo siento.

—Oh, sí, lo lamentáis las dos —les dijo Faolain—. Tanto como haya podido ver en mi vida a alguien. ¡Y, ahora, volved al trabajo antes de que encuentre una razón para enviaros a Tiana cuando hayáis acabado aquí!

Elayne echó una mirada compungida a Nynaeve y a continuación volvió a meterse en el caldero, atacando la sopa pegada con la piedra pómez como si fuera a Faolain. Saltaron fragmentos menudos de la piedra y trozos de comida chamuscada. No, no a Faolain. A las Aes Sedai, que se quedaban

Librodot

cruzadas de brazos cuando tendrían que estar actuando. Iba a ir a Ebou Dar, iba a encontrar el *ter'angreal,* e iba a utilizarlo para atar a Sheriam y a las demás a Rand. ¡De rodillas! Soltó tal estornudo que casi se sale de los zapatos.

Sheriam se volvió del punto desde el que había estado observando a las jóvenes, a través de una grieta de la valla, y echó a andar por el angosto callejón, en el que crecían unas ridículas matas de hierba agostada y rastrojo.

—Lamento esto. —Considerando las palabras de Nynaeve y su tono, ¡y las de Elayne, la maldita chica!, añadió—: Hasta cierto punto.

Carlinya resopló con desdén; era muy buena en eso.

—¿Es que quieres contar a unas Aceptadas lo que poco más de dos docenas de Aes Sedai saben? —Cerró la boca de golpe al advertir la penetrante mirada que le asestó Sheriam.

—Hay oídos donde menos se espera —advirtió en voz baja.

—Esas chicas tienen razón en una cosa —intervino Morvrin—. Al'Thor me da tanto miedo que se me retuercen las entrañas. ¿Qué opciones nos quedan con respecto a él?

Sheriam no sabía con certeza si no se habrían quedado sin opciones hacía mucho.

Las tres Aes Sedai siguieron caminando en silencio.

CAPÍTULO 16

Narraciones de la Rueda

Rand estaba repantigado en el Trono del Dragón, con el Cetro del Dragón sobre las rodillas, descansando. O, al menos, lo fingía. Los tronos no se habían hecho para relajarse en ellos, y al parecer éste menos que ninguno, pero esa incomodidad sólo era una parte de la dificultad para estar a gusto. Otra era sentir a Alanna, bien que aquella sensación incordiante estaba siempre presente. Si les dijese a las Doncellas que... No. ¿Cómo se le había pasado esa idea por la cabeza? La había asustado lo bastante para mantenerla alejada; la mujer no había hecho ningún intento de entrar en la Ciudad Interior. De ser así, él lo sabría. No. De momento, Alanna era una incomodidad menor que el inadecuado acolchado del asiento.

A pesar de llevar abotonada completamente la chaqueta azul con bordados de plata, el calor apenas lo afectaba —realmente estaba dominando el truco de Taim—; pero, si la impaciencia hubiese producido transpiración, en ese momento estaría tan empapado como si acabara de salir de un río. Mantener la sensación de frescor no representaba ningún problema, pero sí permanecer inmóvil. Intentaba entregar a Elayne un Andor íntegro e intacto, y esa mañana se daría el primer paso verdadero hacia tal propósito. Si es que acudían.

—... además —prosiguió el hombre alto y huesudo que estaba de pie ante el trono, hablando en un tono casi monótono—, de mil cuatrocientos veintitrés refugiados de Murandy, quinientos sesenta y siete de Altara y ciento nueve de Illian. Hasta donde ha llegado el recuento del censo en la ciudad propiamente dicha al día de hoy, quiero añadir. —Los ralos mechones de cabello gris que le quedaban a Halwin Norry le sobresalían por detrás de las orejas como si fueran plumas de escribir, un rasgo muy adecuado ya que había sido el jefe amanuense de Morgase—. He contratado a veintitrés escribientes adicionales para realizar el trabajo, pero sigue siendo un número insuficiente para...

Rand dejó de prestar atención. Aunque estaba agradecido al hombre porque no hubiese huido como habían hecho muchos otros, le daba la impresión de que para Norry no existía nada real excepto los números en sus libros mayores. Informaba del número de muertos habidos durante la semana y del precio de los nabos llegados en carros desde la campiña con el mismo tono impersonal; organizaba los entierros diarios de los indigentes, refugiados que no tenían amigos, con una actitud en la que no había más horror ni más alegría que la que demostraba al contratar albañiles para que repararan las murallas de la ciudad. Illian era simplemente otro país para él, no la residencia de Sammael, y Rand otro gobernante, nada más.

«¿Dónde están? —se preguntó, irritado—. ¿Por qué Alanna no ha intentado al menos acercarse sigilosamente a mí?» Moraine no se habría dejado asustar tan fácilmente.

«¿Dónde están todos los muertos? —susurró Lews Therin—. ¿Por qué no guardan silencio?»

Rand soltó una risita lúgubre. Eso no había tenido gracia.

Sulin estaba sentada en cuclillas a un lado del estrado, y el pelirrojo Urien al otro. Ese día, veinte *Aethan Dor,* los Escudos Rojos, algunos de los cuales lucían la cinta roja ceñida a la frente, esperaban entre las columnas del salón del trono junto con las Doncellas. Estaban de pie o en cuclillas o sentados, algunos charlando quedamente; pero, como siempre, todos parecían estar prestos para ponerse en movimiento en un abrir y cerrar de ojos, incluso la Doncella y los dos Escudos Rojos que jugaban a los dados. Al menos un par de ojos estaban siempre vigilando a Norry; pocos Aiel se fiaban de un hombre de las tierras húmedas que estuviera tan cerca de Rand.

De repente, Bashere apareció en la alta puerta del salón. Al ver el gesto de asentimiento del general saldaenino, Rand abandonó su postura repantigada. Por fin. Por fin, maldición. El borlón verde y blanco se meció cuando gesticuló con el trozo de lanza seanchan en el que se había tallado un dragón.

—Buen trabajo, maese Norry. Vuestro informe no ha dejado nada fuera. Me ocuparé de que el oro que necesitáis se os entregue, pero ahora, si me disculpáis, debo atender otros asuntos.

El hombre no dio señales de curiosidad ni de sentirse ofendido al ser interrumpido tan bruscamente. Se limitó a dejar a medias la frase que estaba diciendo, hizo una reverencia acompañada por un «como ordene mi señor Dragón» en el mismo tono seco, y retrocedió tres pasos antes de girar sobre sus talones. Ni siquiera dirigió una mirada a Bashere cuando pasó a su lado. Nada real excepto sus libros mayores.

Impaciente, Rand hizo un gesto al general y se sentó erguido, con la espalda muy recta, en el trono. Los Aiel guardaron silencio, cosa que los hizo parecer el doble de alerta que antes.

Cuando el saldaenino entró no lo hizo solo. Dos hombres y dos mujeres lo seguían de cerca, ninguno de ellos joven y todos ataviados con ricas sedas y brocados. Trataban de actuar como si Bashere no existiera y casi lo consiguieron, pero los vigilantes Aiel entre las columnas eran harina de otro costal. La rubia Dyelin sólo vaciló un paso, pero Abelle y Pelivar, ambos canosos pero de rostros duros, dirigieron una mirada ceñuda a las figuras vestidas con *cadin'sor* y en un gesto reflejo llevaron las manos hacia unas espadas que no portaban, en tanto que Ellorien, una mujer regordeta y de cabello oscuro, que habría parecido bonita de no ser porque su semblante exhibía una expresión de fría determinación, se paró en seco y les asestó una mirada feroz antes de recobrar la compostura y alcanzar a los demás apretando el paso. La primera visión de Rand también los cogió por sorpresa, a los cuatro, y hubo un rápido intercambio de miradas sorprendidas entre ellos. Quizás habían pensado que sería mayor.

—Mi señor Dragón —anunció Bashere en voz alta mientras se paraba al pie del estrado—, Señor de la Mañana, Príncipe del Amanecer, Defensor Verdadero de la Luz ante quien el mundo se arrodilla con respeto reverencial, os presento a lady Dyelin de la casa Taravin, a lord Abelle de la casa Pendar, a lady Ellorien de la casa Traemane y a lord Pelivar de la casa Coelan.

Los cuatro andoreños miraron entonces a Bashere con los labios apretados e intensas ojeadas de soslayo. Había habido algo en su tono que dio la impresión de que hubiese traído ante Rand a cuatro caballos. Decir que sus espaldas se pusieron tiesas sería como decir que el agua se había

Librodot

vuelto más húmeda, pero ésa fue la impresión que dieron cuando alzaron la vista hacia Rand. Principalmente, porque no pudieron evitar que los ojos se les fueran hacia el Trono del León que resplandecía sobre su pedestal, detrás de su cabeza.

Rand habría querido reírse de sus expresiones ultrajadas. Ultrajadas, pero también cautelosas y puede que un poco impresionadas a pesar de sí mismos. Bashere y él habían confeccionado aquella sarta de títulos entre los dos, pero ese remate sobre el mundo arrodillándose era nuevo para él, un añadido de última hora hecho por el general saldaenino. Sin embargo, había sido Moraine la que le había dado el consejo de hacerlo así. Casi le pareció que podía oír de nuevo su voz argentina. «La primera imagen que tenga la gente de ti es la que se grabará con más fuerza en su mente. Así funciona el mundo. Puedes descender de un trono e, incluso si te comportas como un granjero en una pocilga, una parte de ellos recordará que descendiste de un trono. Pero si al principio sólo ven a un joven, un muchacho del campo, les ofenderá que tome asiento en su trono después, por mucho derecho que tenga a él y por grande que sea su poder.» Bien, si un título o dos podían causar esa impresión, todo resultaría mucho más sencillo.

«Yo fui el Señor de la Mañana —murmuró Lews Therin—. Yo soy el Príncipe del Amanecer.»

Rand mantuvo relajado el gesto.

—No os daré la bienvenida, porque ésta es vuestra tierra y el palacio de vuestra reina, pero me complace que hayáis aceptado mi invitación.

La habían aceptado después de cinco días y sólo con unas pocas horas de aviso, pero no mencionó esos detalles. Se puso de pie, dejó el Cetro del Dragón en el trono, y luego descendió del estrado. Con una sonrisa circunspecta —«Nunca te muestres hostil a menos que debas serlo —le había dicho Moraine—, pero por encima de todo no te muestres amistoso jamás. No denotes ansiedad nunca»—, señaló cinco cómodas sillas con cojines y respaldos acolchados colocadas en círculo entre las columnas.

—Acompañadme y tomemos asiento —invitó—. Beberemos un poco de vino frío mientras hablamos.

Lo siguieron, naturalmente, mirándolos a los Aiel y a él con idéntica curiosidad y quizá con igual animosidad, ambas mal disimuladas. Cuando todos estuvieron sentados, se acercaron unos *gai'shain,* silenciosos y envueltos en sus ropajes blancos, que portaban vino y copas doradas, empañadas ya por la humedad condensada. Detrás de cada silla había otro con un abanico de plumas que movía suavemente. Es decir, detrás de todas las sillas salvo la de Rand. No les pasó inadvertido, como tampoco que su rostro no transpiraba. Pero tampoco sudaban los *gai'shain,* a pesar de los amplios ropajes, ni ninguno de los otros Aiel. Rand estudió los rostros de los nobles por encima del borde de su copa.

Los andoreños estaban orgullosos de ser más francos que la mayoría, y no andaban remisos a la hora de vanagloriarse de que, aunque el Juego de las Casas era más habitual y retorcido en otros países, eran capaces de practicar el *Da'es Daemar* cuando era preciso. En cierto modo podían, pero lo cierto es que los cairhieninos e incluso los tearianos los consideraban simples en lo que atañía al sutil toma y daca del Gran Juego. Estos cuatro guardaban la compostura bastante bien, pero para alguien instruido por Moraine, y más duramente instruido en Tear y Cairhien, dejaban traslucir mucho con cada movimiento de ojos, cada leve cambio de expresión.

En primer lugar, repararon en el hecho de que no había silla para

Bashere y hubo un rápido intercambio de miradas entre ellos, una ligera animación insinuándose en sus rostros, sobre todo cuando se dieron cuenta de que el general saldaenino se dirigía hacia las puertas del salón del trono. De hecho, los cuatro lo siguieron con la mirada al tiempo que esbozaban una levísima sonrisa de satisfacción. Al parecer les desagradaba la presencia del ejército saldaenino en Andor tanto como a Naean y al resto de esa pandilla. A continuación se hizo patente lo que pensaban: quizá la influencia extranjera era menor de lo que se temían. ¡Vaya, pero si a Bashere se le había dado el mismo trato que a un servidor de alto rango!

Los ojos de Dyelin se abrieron un tanto en un gesto de sorpresa, casi al mismo tiempo que los de Pelivar, y los de los otros dos lo hicieron sólo con unos segundos de retraso. Durante un momento observaron a Rand con tanta fijeza que resultó obvio su esfuerzo para no mirarse entre sí. Bashere era un forastero, cierto, pero también era el mariscal de Saldaea, con tres títulos de lord, y tío de la reina Tenobia. Si Rand lo utilizaba como a un servidor…

—Un vino excelente. —Con la mirada prendida en su copa, Pelivar vaciló antes de añadir—: Mi señor Dragón. —Sonó como si le hubiesen sacado las palabras a la viva fuerza.

—Procedente del sur —comentó Ellorien tras dar un sorbo—. Cosecha de las colinas de Tunaighan. Es sorprendente que hayáis encontrado hielo en Caemlyn este año. He oído que la gente empieza a decir que éste es «el año sin invierno».

—¿Creéis que malgastaría tiempo y esfuerzo en encontrar hielo cuando tantas penalidades afligen al mundo? —inquirió Rand.

El anguloso semblante de Abelle palideció, y el noble pareció obligarse a dar otro sorbo. Por su parte, Pelivar vació la copa de vino deliberadamente y la tendió hacia un *gai'shain* para que volviera a llenársela; los verdes ojos del Aiel brillaron con un destello de furia que contrastaba poderosamente con la obstinada humildad plasmada en su rostro tostado por el sol. Servir a gentes de las tierras húmedas era como ser un sirviente, y los Aiel despreciaban la mera idea de la servidumbre. Cómo encajaba ese desagrado con el concepto de *gai'shain* era algo que Rand no había llegado a descubrir, pero las cosas eran así.

Dyelin sostuvo su copa de vino firmemente sobre las rodillas y a partir de ese momento hizo caso omiso de la bebida. A tan corta distancia, Rand advirtió algunas pinceladas grises en su cabello dorado; seguía siendo encantadora, aunque no se parecía en nada a Morgase o a Elayne a excepción del pelo rubio. Era la siguiente en la línea del trono, de modo que debía de ser al menos prima, y cercana. La mujer lo observó fugazmente con el entrecejo fruncido y pareció a punto de sacudir la cabeza.

—Nos preocupan los problemas que padece el mundo —dijo en cambio—, y más los que atañen a Andor. ¿Nos habéis traído aquí para encontrarles un remedio?

—Si conocéis alguno —se limitó a responder Rand—. En caso contrario, tendré que buscarlo en otro sitio. Muchos creen que tienen el remedio indicado, de modo que, si me es imposible hallar el que deseo, tendré que aceptar el que más se le aproxime.

Aquello hizo que los labios de los nobles se apretaran. En el camino hacia allí, Bashere los había llevado a través del patio en donde Arymilla, Lir y el resto de esa pandilla aguardaban, según se les había dicho. Aparentemente, instalados a sus anchas en palacio, como si estuvieran en

su casa.

—Imagino que desearéis colaborar para que Andor recupere la unidad —continuó Rand—. ¿Conocéis mi proclamación? —No tuvo que especificar cuál; en este contexto, sólo podía tratarse de una.

—Ofrecéis una recompensa a quien pueda dar noticias sobre el paradero de Elayne —dijo fríamente Ellorien, cuyo semblante se tornó aun más pétreo—, que será coronada reina, ahora que Morgase ha muerto.

—Eso me parece bien —asintió Dyelin.

—¡Pues a mí no! —espetó Ellorien—. Morgase traicionó a sus amigos y desdeñó a sus más antiguos partidarios. Tiene que ser el fin de la casa Trakand en el Trono del León. —Parecía haberse olvidado de Rand. Todos ellos.

—Yo abogo por Dyelin —dijo rotundamente Pelivar. La aludida sacudió la cabeza como si ya hubiese oído lo mismo con anterioridad, pero el noble continuó—: Es la que tiene más derecho al trono. Apoyo la candidatura de Dyelin.

—Elayne es la heredera del trono —les dijo la mujer rubia sin alterar el gesto—. Yo apoyo la de Elayne.

—¿Y qué importa que nosotros apoyemos a una u a otra? —demandó Abelle—. Si él mató a Morgase, hará…

El noble enmudeció bruscamente e hizo una mueca; luego miró a Rand, no exactamente con aire desafiante, pero sí retándolo a que hiciera lo peor. Y esperando que ésa sería su reacción.

—¿De verdad creéis eso? —Rand miró tristemente el Trono del León encaramado al pedestal—. En nombre de la Luz, ¿por qué iba a matar a Morgase si mi intención es poner en manos de Elayne el país?

—Muy pocos saben qué creer —adujo, envarada, Ellorien, cuyos pómulos habían enrojecido—. La gente comenta muchas cosas, en su mayoría necedades.

—¿Por ejemplo? —Rand dirigió la pregunta a ella, pero fue Dyelin quien respondió mirándolo directamente a los ojos:

—Que combatiréis la Última Batalla y mataréis al Oscuro. Que sois un falso Dragón o una marioneta de las Aes Sedai o ambas cosas. Que sois hijo ilegítimo de Morgase o un Gran Señor teariano o un Aiel. —De nuevo frunció el entrecejo pero siguió hablando—. Que sois hijo de una Aes Sedai engendrado por el Oscuro. Que sois el Oscuro o el propio Creador encarnado. Que destruiréis el mundo, que lo salvaréis, que lo subyugaréis, que iniciaréis una nueva Era. Tantas historias como bocas hay. La mayoría afirma que matasteis a Morgase y muchos añaden que a Elayne. Dicen que vuestra proclamación es una máscara para ocultar esos crímenes.

Rand suspiró. Algunos de aquellos rumores eran peores que cualquiera de los que habían llegado a sus oídos.

—No os pediré que me creáis. —¿Por qué seguía mirándolo ceñuda? Y no era ella la única. También lo hacía Pelivar, y Abelle y Ellorien le asestaban esa clase de miradas que habría esperado recibir de Arymilla y su grupo cuando creían que no los veía. «Observando. Vigilando.» Ésa era la voz de Lews Therin, un ronco susurro divertido. «Yo te veo. ¿Quién me ve a mí?»—. Pero sí os pregunto si me ayudaréis a devolver la unidad a Andor. No quiero que este país se convierta en otro Cairhien o, lo que es peor, en otro Tarabon o Arad Doman.

—Conozco algo del *Ciclo Karaethon* —dijo Abelle—. Creo que sois el Dragón Renacido, pero en las Profecías no se mencionaba nada de que

Librodot

gobernaréis; sólo que lucharéis en el Tarmon Gai'don contra el Oscuro.

La mano de Rand apretó con tanta fuerza la copa que la oscura superficie del vino tembló. Todo habría sido mucho más fácil si esos cuatro hubieran sido como la mayoría de los Grandes Señores tearianos o los cairhieninos, pero ninguno de ellos deseaba ni una brizna más de poder para sí mismos que el que ya tenían. Por mucho que el vino se hubiese helado mediante el Poder, Rand dudaba mucho que tal circunstancia intimidara a este grupo. «¡Lo más probable es que me dijeran que los matara y que me fuera al infierno por ello!»

«Al infierno por ello», repitió con tono taciturno Lews Therin.

—¿Cuántas veces tengo que decir que no deseo gobernar Andor? Cuando Elayne tome posesión del Trono del León, me marcharé de aquí. Y nunca regresaré, si todo sale como quiero.

—Si el trono pertenece a alguien por derecho —adujo Ellorien con voz tensa—, es a Dyelin. Si realmente tenéis intención de hacer lo que decís, ocupaos de que sea coronada y marchaos. Entonces Andor estará unificado, y estoy segura de que los soldados andoreños os seguirán a la Última Batalla, si es ése el precio requerido.

—Sigo negándome —intervino Dyelin con voz firme, y luego se volvió hacia Rand—. Esperaré y reflexionaré sobre ello, mi señor Dragón. Cuando vea que Elayne está viva y coronada y vos abandonáis Andor, enviaré a mis fuerzas a seguiros tanto si otros en Andor lo hacen como si no. Pero si el tiempo pasa y seguís reinando aquí o si vuestros salvajes Aiel repiten en este país lo que he oído contar que hicieron en Cairhien y Tear... —Lanzó una mirada feroz a las Doncellas y a los Escudos Rojos, y también a los *gai'shain,* como si los estuviera viendo incendiar y saquear—. O dejáis sueltos aquí a esos... hombres que estáis reuniendo con vuestra amnistía, entonces iré contra vos, tanto si lo hacen como si no otros en Andor.

—Y yo cabalgaré a tu lado —manifestó firmemente Pelivar.

—Y yo —corroboró Ellorien, a lo que se hizo eco Abelle.

Rand echó la cabeza hacia atrás y se puso a reír a pesar de sí mismo, entre divertido y frustrado. «¡Luz! ¡Y creía que una oposición sincera sería mejor que ese intrigar a mis espaldas o lamer mis botas!»

Lo observaron con inquietud, obviamente pensando si su reacción no estaría motivada por la demencia. Tal vez era así. Ni siquiera él estaba seguro ya.

—Reflexionad todo lo que consideréis oportuno —les dijo mientras se levantaba de la silla para poner fin a la audiencia—. Todo lo que he dicho es en serio y es lo que me propongo hacer. El Tarmon Gai'don se aproxima. No sé de cuánto tiempo disponemos para que lo empleéis en reflexiones.

Se despidieron —una cautelosa inclinación de cabeza, como entre iguales, bien que ya era más de lo que habían hecho al entrar—; pero, cuando se daban media vuelta para marcharse, Rand cogió a Dyelin de una manga.

—Tengo una pregunta para vos. —Los otros se detuvieron e hicieron intención de volverse—. Una pregunta en privado.

Al cabo de un momento, Dyelin hizo un gesto de asentimiento y sus compañeros se alejaron un poco, aunque sin salir de la sala del trono. Los observaron con atención, pero no se encontraban lo bastante cerca para poder escuchar.

—Me miráis... de un modo extraño —dijo Rand. «Vos y todos los nobles que he conocido en Caemlyn.» Al menos todos los que eran andoreños—.

¿Por qué?

Dyelin alzó la vista hacia él y luego, finalmente, asintió como respondiéndose a sí misma.

—¿Cómo se llama vuestra madre? —preguntó.

Rand parpadeó sorprendido.

—¿Mi madre? —Kari al'Thor era su madre. Así era como pensaba en ella; lo había criado desde la infancia, hasta que murió. Sin embargo, decidió responder con la cruda verdad que había sabido en el Yermo—. Mi madre se llamaba Shaiel y era una Doncella Lancera. Mi padre era Janduin, un jefe de clan de los Taardad Aiel. —Vio que la mujer enarcaba las cejas en un gesto incrédulo—. Lo juraré por lo que vos queráis. ¿Qué tiene eso que ver con lo que os he preguntado? Ambos murieron hace mucho tiempo.

Una expresión de alivio asomó al rostro de la noble.

—Por lo visto se trata de un parecido casual, nada más. No era mi intención insinuar que no conocéis a vuestros padres, pero tenéis el acento del oeste de Andor.

—¿Un parecido? Crecí en Dos Ríos, pero mis padres fueron quienes os he dicho. ¿A quién me parezco para que me hayáis mirado así?

La mujer vaciló un momento y luego suspiró.

—Supongo que no tiene importancia. Algún día tenéis que contarme cómo es que, siendo Aiel vuestros padres, os criasteis en Andor. Hace más de veinticinco años, la heredera del trono de Andor desapareció en mitad de la noche. Se llamaba Tigraine. Dejó un esposo, Taringail, y un hijo, Galad. Sé que sólo es casualidad, pero aun así veo a Tigraine en vuestro rostro. Me causó una gran impresión.

El propio Rand estaba conmocionado. Se había quedado helado. Fragmentos del relato de las Sabias giraban en su cabeza como un torbellino, «... una joven de las tierras húmedas de cabello dorado, vestida con ropas de seda... un hijo al que amaba, y un esposo al que no quería... Shaiel fue el nombre que nos dio. Nunca mencionó otro... Hay en tus rasgos cosas de ella.»

—¿Cómo es que Tigraine desapareció? Me interesa la historia de Andor.

—Os agradecería que no empleaseis el término «historia», mi señor Dragón. Era una chiquilla cuando ocurrió, pero ya no una niña, y acudía a palacio a menudo. Una mañana, Tigraine no estaba en palacio, simplemente, y no se la volvió a ver. Algunos afirman que en su desaparición estuvo involucrado Taringail, pero lo cierto es que estaba medio loco de pena. Taringail Damodred deseaba más que nada en el mundo ver a una hija suya convertida en reina de Andor y a su hijo en rey de Cairhien. Taringail era cairhienino. Ese matrimonio se convino para poner fin a las guerras con Cairhien, y lo consiguió, pero la desaparición de Tigraine los hizo sospechar que Andor deseaba romper el tratado, lo cual los condujo a la confabulación tan propia de los cairhieninos, que a su vez desembocó en lo que se conoce como la Arrogancia de Laman. Y, como vos sabréis bien, tuvo el resultado que tuvo —agregó secamente—. Mi padre decía que Gitara Sedai era la verdadera responsable.

—¿Gitara? —Le sorprendió que su voz no sonara estrangulada. Había oído ese nombre más de una vez. Había sido Gitara Moroso, una Aes Sedai con el Talento de la Predicción, quien anunció que el Dragón había renacido en las laderas del Monte del Dragón, y con ello había inducido a Moraine y a Siuan a iniciar su larga búsqueda. También había sido Gitara Moroso quien años antes le había dicho a «Shaiel» que, a menos que huyera al Yermo sin

revelárselo a nadie y se convirtiera en una Doncella Lancera, el desastre sobrevendría a Andor y al mundo.

Dyelin asintió con un atisbo de impaciencia.

—Gitara era consejera de la reina Modrellein —contestó escuetamente—, pero pasaba más tiempo con Tigraine y con Luc, el hermano de Tigraine, que con la reina. Después de que Luc salió a caballo hacia el norte, de donde nunca regresó, hubo rumores de que Gitara lo había convencido de que en la Llaga lo aguardaba la fama. O su destino. Otros decían que lo que haría sería encontrar al Dragón Renacido allí o que la Última Batalla dependía de su marcha. Eso ocurrió aproximadamente un año antes de la desaparición de Tigraine. Soy de la opinión de que Gitara no tuvo nada que ver con esto ni con la marcha de Luc. Continuó como consejera de la reina hasta la muerte de Modrellein, causada, según se dice, por la pena de la pérdida de Tigraine sumada a la de Luc. Y su muerte, naturalmente, dio lugar a la Sucesión. —Lanzó una ojeada hacia los otros, que movían los pies y fruncían el entrecejo con desconfianza e impaciencia, pero no pudo resistir añadir una cosa más—: Habríais encontrado un Andor diferente de no ocurrir eso. A Tigraine como reina, a Morgase sólo como Cabeza Insigne de la casa Trakand y Elayne ni siquiera habría nacido. Morgase se desposó con Taringail una vez que ascendió al trono, ¿comprendéis? ¿Quién sabe cuántas otras cosas habrían sido distintas?

Rand la siguió con la mirada mientras se reunía con los otros y se marchaban; se le ocurrió otra cosa que también habría sido diferente: él no estaría en Andor, porque no habría nacido. Todo se plegaba sobre sí mismo en círculos infinitos. Tigraine fue al Yermo en secreto, lo que hizo que Laman Damodred ordenara cortar *Avendoraldera,* un regalo de los Aiel, para que le construyeran un trono, hecho que trajo a los Aiel a través de la Columna Vertebral del Mundo para matarlo —ése había sido su único fin, aunque las naciones lo llamaran la Guerra de Aiel— y con ellos vino una Doncella llamada Shaiel, que murió al dar a luz. Cuántas vidas cambiadas, cortadas, para que lo diera a luz a él en el momento y lugar indicados y morir en el parto. Kari al'Thor era la madre que recordaba, aunque vagamente, pero aun así deseó haber conocido a Tigraine o a Shaiel o como quiera que deseaba que la llamaran, aunque sólo fuera durante un rato. Se conformaba con haberla visto.

Un sueño irrealizable. Había muerto hacía mucho tiempo. Punto y final. Entonces ¿por qué no dejaba de atosigarlo?

«La Rueda del Tiempo y la rueda de la vida de un hombre giran por igual sin compasión ni piedad», murmuró Lews Therin.

«¿Estás realmente ahí? —pensó Rand—. ¡Si eres algo más que una voz y unos cuantos recuerdos añejos, respóndeme! ¿Estás ahí?» Silencio. En ese momento le habría venido bien contar con el consejo de Moraine o de otra persona.

De repente se dio cuenta de que estaba mirando fijamente la blanca pared de mármol del salón del trono, en dirección noroeste. Hacia donde estaba Alanna. Había salido de El Sabueso de Culain. «¡No! ¡Así se abrase!» No reemplazaría a Moraine con la mujer que le había tendido una trampa así. No confiaría en ninguna mujer que tuviera contacto con la Torre. Salvo tres: Elayne, Nynaeve y Egwene. Esperaba que pudiera confiar en ellas. Aunque sólo fuera un poco.

Por alguna razón alzó la vista al inmenso techo abovedado, con sus cristaleras de colores en las que se representaban batallas y reinas

Librodot

alternándose con el León Blanco. Aquellas figuras femeninas, de un tamaño superior al natural, parecían observarlo fijamente, con desaprobación, como preguntándose qué hacía allí. Imaginación, desde luego, pero ¿por qué? ¿Por qué tenía que haberse enterado de lo de Tigraine? ¿Imaginación o locura?

—Ha venido alguien que creo que deberíais recibir —anunció Bashere junto a su hombro, y Rand salió bruscamente de su contemplación de las mujeres representadas en lo alto. ¿Realmente había estado sosteniendo sus miradas desafiantes? A Bashere lo acompañaba uno de sus jinetes, un tipo alto —lo que no era difícil estando junto a Bashere— con barba y bigote negros, y los rasgados ojos de color verde.

—No a no ser que se trate de Elayne —respondió Rand con más dureza de lo que era su intención—, o alguien que traiga pruebas de que el Oscuro ha muerto. Voy a Cairhien esta mañana. —No lo tenía pensado hasta que las palabras salieron de su boca. Egwene estaba en esa ciudad. Y las reinas del techo abovedado no—. Hace semanas que estuve allí por última vez. Si no los tengo vigilados, algún lord o alguna lady reclamarán el Trono del Sol a mis espaldas.

Bashere lo miró de un modo raro. Estaba dando demasiadas explicaciones.

—Como queráis, pero antes desearéis ver a este hombre. Dice que viene de parte de lord Brend, y creo que es cierto.

Los Aiel se incorporaron al instante; sabían quién utilizaba ese nombre. Rand, por su parte, dirigió una mirada de sorpresa a Bashere. Lo que menos habría esperado era un emisario de Sammael.

—Hacedlo entrar.

—Hamad —dijo Bashere a la par que hacía un gesto con la cabeza, y el saldaenino más joven se alejó a buen paso.

Al cabo de unos minutos, Hamad regresó junto con un puñado de saldaeninos que vigilaban cautelosamente a un hombre que caminaba en medio de ellos. A primera vista nada en el aspecto del hombre justificaba tal cautela. Aparentemente desarmado, llevaba una levita gris de cuello alto y rizada barba aunque no bigote, como estaba de moda entre los illianos. Tenía la nariz roma y la boca grande, ahora torcida en una mueca sonriente. A medida que se acercaba, sin embargo, Rand cayó en la cuenta de que esa mueca no variaba ni un pelo. Todo el rostro del hombre parecía petrificado en aquel gesto jovial. En contraste, sus ojos oscuros destacaban de aquella máscara, anegados en miedo.

A diez pasos, Bashere levantó la mano y la guardia se detuvo. El illiano, que miraba fijamente a Rand, no pareció advertirlo hasta que Hamad le plantó la punta de su espada en el pecho, obligándolo a detenerse si no quería atravesarse en el acero. Se limitó a echar una fugaz ojeada a la hoja ligeramente serpentina y luego volvió a clavar la vista en Rand con aquellos aterrados ojos en un rostro sonriente. Las manos le colgaban a los costados, crispadas y temblorosas en contraste con la inmovilidad de su semblante.

Rand empezó a salvar la distancia que los separaba, pero de repente Sulin y Urien se plantaron delante, no interponiéndose en su camino exactamente, pero sí situándose de manera que tendría que empujarlos para pasar entre ellos.

—Me pregunto qué es lo que le han hecho —dijo Sulin mientras estudiaba la cara del individuo. Varios Escudos Rojos y Doncellas habían salido de entre las columnas, alguno incluso con el rostro velado—. O es un servidor de la Sombra o ha sido tocado por ella.

Librodot

—Alguien así podría hacer cosas que ignoramos —manifestó Urien. Era uno de los que lucía la banda escarlata ceñida a las sienes—. Matar con un simple roce, tal vez. Buen mensaje para mandar a un enemigo.

Ninguno de los dos se había dirigido a Rand, al menos directamente, pero éste asintió. Quizá tuvieran razón.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

Sulin y Urien se desplazaron un paso a ambos lados cuando vieron que se iba a quedar donde estaba.

—Vengo de parte de... de Sammael —respondió el hombre sin alterar aquella rígida expresión sonriente—. Traigo un mensaje para... para el Dragón Renacido. Para vos.

Bueno, no podía decirse que eso no fuera bastante directo. ¿Era un Amigo Siniestro o simplemente un pobre diablo que Sammael había atrapado en uno de los tejidos más siniestros de los que Asmodean le había hablado?

—¿Qué mensaje? —inquirió.

La boca del illiano se movió, como forzada. La voz que salió de ella no era en nada parecida a la que había hablado antes. Ésta era más profunda, rebosante de seguridad, y con un acento distinto:

—Estaremos en bandos opuestos, tú y yo, cuando llegue el día del Retorno del Gran Señor, pero ¿por qué tenemos que matarnos el uno al otro ahora y dejar que Demandred y Graendal se disputen la posesión del mundo pisando nuestros huesos?

Rand conocía esa voz por uno de los fragmentados recuerdos de Lews Therin que estaban dentro de su mente. Era la de Sammael. Lews Therin emitió un sordo gruñido.

—Ya es mucho lo que tienes que digerir —prosiguió el illiano o, mejor dicho, Sammael—. ¿Por qué dar otro bocado? Y uno duro de roer, incluso si no te encuentras con que Semirhage o Asmodean te atacan por la retaguardia mientras estás ocupado en esto. Te propongo una tregua, que duraría hasta el Día del Retorno. Si tú no me atacas, yo no daré ningún paso contra ti. Me comprometeré a no llevar más allá de los llanos de Maredo mi expansión al este, ni más al norte de Lugard ni más al oeste de Jehannah. ¿Ves? Te dejo la mayor parte del pastel para ti. No pretendo hablar en nombre del resto de los Elegidos, pero al menos ahora sabes que no tienes nada que temer de mí o de las tierras que domino. Me comprometeré a no ayudarlos en nada que hagan contra ti ni a defenderlos de ti. Hasta ahora se te ha dado muy bien quitar de en medio Elegidos y no me cabe duda de que seguirás esa línea o incluso mejor que antes, sabiendo que tu flanco meridional no corre peligro y que los otros te combatirán sin mi colaboración. Sospecho que el Día del Retorno sólo quedaremos tú y yo, como tendría que ser. Como se tenía intención de que fuera.

Los dientes del hombre se encajaron con un seco chasquido tras aquella petrificada mueca sonriente. Sus ojos parecían al borde de la locura.

Rand lo miró de hito en hito. ¿Una tregua con Sammael? Aun en el caso de que hubiese podido fiarse de que la cumpliría, aunque ello significara dejar a un lado un peligro hasta haberse ocupado de todos los demás, también significaba abandonar a miles y miles de seres a merced de Sammael, y ese hombre no conocía la compasión. Percibió la ira deslizándose al borde del vacío y entonces se dio cuenta de que había aferrado el *Saidin.* En el torrente de desgarradora dulzura y heladora suciedad creyó percibir un eco de su cólera. Lews Therin. Nada que objetar a

que estuviera furioso en medio de su locura. El eco resonó con una ira propia hasta el punto de que a Rand le resultó totalmente imposible distinguir la una de la otra.

—Lleva este mensaje a Sammael —dijo fríamente—. Cada muerte que ha causado desde que despertó la pondré ante él y le pediré cuentas. Cada asesinato que haya cometido o provocado, lo pondré ante él y le pediré cuentas. Escapó al merecido castigo en Rorn M'doi, en Nol Caimaine y en Sohadra... —Más recuerdos de Lews Therin, aunque el dolor por lo que se había hecho allí, la angustia de lo que Lews Therin había visto, alentaba su cólera fuera del vacío como si se tratara de algo propio—. Pero ahora me encargaré de que se haga justicia. Dile esto: no hay tregua para los Renegados. No hay tregua para la Sombra.

El mensajero alzó una mano con gestos espasmódicos para limpiarse el sudor de la cara. No, no era sudor. Su mano se retiró manchada de rojo. Por sus poros salían gotitas carmesíes, y el hombre temblaba de la cabeza a los pies. Hamad soltó una ahogada exclamación y retrocedió un paso, y no fue él el único. Bashere se atusó el bigote con los nudillos al tiempo que hacía una mueca, e incluso los Aiel miraban al individuo de hito en hito. Manchado de rojo, el illiano se desplomó hecho un ovillo, sacudido por violentos espasmos, mientras la sangre formaba a su alrededor un oscuro y brillante charco, una pringue que se extendió con las convulsiones y embadurnó el suelo.

Rand contempló su muerte impasible, escudado en el vacío que dejaba fuera todas las emociones; en cualquier caso, tampoco había nada que él pudiera hacer. Aunque poseyera el Talento de la Curación, no creía que hubiese puesto remedio a esto.

—Me parece —dijo lentamente Bashere—, que quizá Sammael tenga su respuesta cuando este tipo no regrese. Sabía de mensajeros a los que se mataba por traer malas noticias, pero nunca había oído que se dispusiera su muerte para saber que las noticias eran malas.

Rand asintió. La muerte de este hombre no cambiaba nada; como tampoco lo cambiaba lo que había descubierto sobre Tigraine.

—Que alguien se ocupe de que se lo entierre. Una oración no lo perjudicará, aun cuando tampoco le sirva de nada.

¿Por qué las reinas de las cristaleras de colores parecían seguir teniendo un gesto acusador? A buen seguro que habían presenciado cosas tan malas o peores en sus vidas, puede que incluso en ese mismo salón. Todavía percibía a Alanna, la sentía; el vacío no era un escudo contra eso. ¿Podría fiarse de Egwene? Ella sabía guardar secretos.

—Puede que pase la noche en Cairhien —anunció.

—Un final extraño para un hombre extraño —dijo Aviendha mientras salía rodeando el estrado; detrás de éste había unas puertas pequeñas que conducían a los guardarropas en donde se ponían y quitaban las vestiduras ceremoniales, y desde los cuales podía accederse a los corredores que había a continuación.

Rand hizo intención de interponerse entre ella y los restos desplomados en las baldosas rojas y blancas, pero se detuvo. Tras echar una ojeada de curiosidad, Aviendha hizo caso omiso del cadáver. Cuando era Doncella Lancera sin duda había visto morir a más hombres que él. Para cuando había renunciado a la lanza, probablemente había matado a tantos como los que él había visto morir hasta ese momento.

Fue en él en quien se concentró ahora, repasándolo con la mirada para

Librodot

asegurarse de que no estaba herido. Algunas de las Doncellas le sonrieron y abrieron un paso hasta Rand, apartando a empellones a los Escudos Rojos cuando era necesario, pero la joven no se movió de donde estaba; se ajustó el chal y lo observó atentamente. Era una buena cosa que, a pesar de lo que creyeran las Doncellas, Aviendha sólo permaneciera cerca de él porque las Sabias le ordenaban que lo hiciera así, que lo espiara; porque en ese momento se sorprendió a sí mismo deseando estrecharla en sus brazos allí mismo. Era bueno que ella no lo quisiera. Él le había regalado el brazalete de marfil que llevaba puesto, con un trabajo de talla recreando rosas entre espinas, muy acorde con su carácter. Era la única joya que lucía, salvo el collar de plata trabajado con el complejo dibujo kandorés conocido como copos de nieve. Ignoraba quién le había regalado aquello.

«¡Luz! —pensó, asqueado por desear a Aviendha y a Elayne cuando sabía que no podía tener a ninguna de las dos—. Eres peor de lo que Mat habría soñado ser jamás.» Hasta su amigo tenía el sentido común se mantenerse apartado de una mujer si creía que podría perjudicarla.

—También yo tengo que ir a Cairhien —dijo ella.

Rand torció el gesto. Precisamente uno de los atractivos de hacer noche en Cairhien era no tener que compartir con ella el mismo cuarto.

—No tiene nada que ver con... —empezó la joven en tono brusco; entonces se mordió el carnoso labio inferior mientras sus ojos, azulverdosos, centelleaban—. He de hablar con las Sabias, con Amys.

—Por supuesto —le dijo Rand— No hay razón para que no vengas. — Siempre quedaba la posibilidad de dejarla allí cuando él se marchara.

Bashere le tocó el brazo.

—Ibais a ver cómo desfilan mis jinetes esta tarde. —El tono era coloquial, pero sus ojos rasgados dieron peso a las palabras.

Era algo importante, pero Rand tenía la necesidad de salir de Caemlyn, de Andor.

—Lo haré mañana. O pasado mañana.

Tenía que alejarse de los ojos de aquellas reinas que parecían preguntarse si uno de su linaje —¡Luz, y él lo era!— acabaría desgarrando el país como había hecho con tantos otros. Tenía que alejarse de Alanna. Aunque sólo fuera por una noche, tenía que marcharse de allí.

Librodot

CAPÍTULO 17

La rueda de la vida

Rand recogió con un flujo de Aire el talabarte y el cetro que estaban junto al trono y abrió el acceso allí mismo, delante del estrado; la línea de luz giró sobre sí misma ampliándose hasta ofrecer la vista de una cámara de oscuros paneles de madera, vacía, a casi mil kilómetros de distancia de Caemlyn, en el Palacio del Sol de Cairhien. Reservada para que Rand la utilizara de este modo, la estancia no tenía muebles, pero las baldosas de color azul oscuro y las paredes forradas con paneles brillaban de limpias. A pesar de que no había ventanas, el cuarto estaba iluminado, ya que ocho lámparas de pie doradas permanecían encendidas día y noche y los espejos aumentaban el fulgor de las llamas alimentadas con aceite. Hizo un alto para abrocharse el talabarte mientras Sulin y Urien abrían la puerta que daba al corredor y encabezaban la marcha de Doncellas y Escudos Rojos, con los rostros velados, delante de él.

En este caso Rand consideraba sus precauciones ridículas. El amplio pasillo, único modo de llegar a esta estancia, estaba abarrotado ya con unos treinta *Far Aldazar Din,* Hermanos del Águila, y casi dos docenas de los mayenienses de Berelain con sus petos pintados en rojo y yelmos con forma de olla que bajaban hasta la nuca por la parte de atrás. Si había un sitio en el que Rand sabía que no necesitaba la protección de las Doncellas era en Cairhien, menos aun que en Tear.

No bien apareció Rand cuando un Hermano del Águila se encaminó a buen paso corredor abajo, hacia la salida, y un mayeniense, aferrando desmañadamente la lanza y la espada corta, corrió en pos del Aiel. De hecho, un pequeño ejército iba detrás del *Far Aldazar Din:* sirvientes con diferentes libreas; un Defensor de la Ciudadela teariano con el bruñido peto y la capa negra y dorada; un soldado cairhienino con la parte frontal de la cabeza afeitada y el peto mucho más abollado que el del teariano; dos jóvenes Aiel vestidas con oscuras y voluminosas faldas y blusas blancas sueltas, a quien Rand creyó reconocer como aprendizas de las Sabias. La noticia de su llegada se propagaría rápidamente. Siempre ocurría igual.

Al menos Alanna había quedado lejos. Verin también, pero principalmente Alanna. Todavía la sentía, incluso a tanta distancia, como una vaga sensación de que la mujer se encontraba en alguna parte hacia el oeste. Como la sensación de una mano a punto de tocarle la nuca. ¿Habría algún modo de liberarse de ella? Volvió a aferrar el *Saidin* durante unos instantes, pero siguió sin cambiar nada.

«Nunca escapas de las trampas que tú mismo hilas. —El murmullo de Lews Therin sonaba confuso—. Sólo un poder superior puede romper lo creado por otro poder, y entonces vuelves a estar atrapado. Atrapado para siempre, de modo que no puedes morir.»

Rand se estremeció. A veces parecía realmente que la voz le hablaba a él. Si, aunque sólo fuera una vez, lo que decía tuviera sentido, entonces le resultaría más fácil tenerla dentro de su cabeza.

—Te veo, *Car'a'carn* —saludó uno de los Hermanos del Águila. Sus ojos grises estaban a la misma altura que los de Rand; la cicatriz que le cruzaba la nariz resaltaba por su palidez contra la tez curtida por el sol—. Soy Corman, de los Mosaada Goshien. Que encuentres sombra en este día.

Rand no había tenido oportunidad de responder adecuadamente cuando el oficial mayeniense, de tez sonrosada, apartó al Aiel empujando con el hombro. Bueno, no lo apartó de un empujón realmente —era demasiado esbelto para retirar con el hombro a un tipo que le sacaba una cabeza y era el doble de corpulento que él, especialmente si se trataba de un Aiel, aunque quizá sí lo bastante joven para creer que podía hacerlo—, pero sí que consiguió meterse junto a Corman para situarse ante Rand mientras se colocaba bajo el brazo un yelmo carmesí con una fina pluma roja.

—Mi señor Dragón, soy Havien Nurelle, teniente de la Guardia Alada —a los lados del yelmo se veían alas cinceladas—, al servicio de Berelain sur Paendrag Paeron, Principal de Mayene, y también al vuestro.

Corman le dirigió una divertida mirada de reojo.

—Te veo, Havien Nurelle —respondió seriamente Rand, y el muchacho parpadeó. ¿Muchacho? Pensándolo bien, no parecía ser más joven que él. La idea fue un impacto—. Si tú y Corman queréis indicarme... —De repente advirtió que Aviendha se había marchado. ¡Casi se había roto la espalda para evitarla, y la primera vez que accedía a dejarla acercarse a él desde hacía semanas se escabullía tan pronto como él volvía la cabeza! Estaba ansiosa por reunirse con la Sabias, sin duda, para informar sobre lo que había estado haciendo. Iba a dejarla allí, estaba decidido.

«Lo que se desea no se puede tener. Lo que no se puede tener es lo que se desea.» Lews Therin se echó a reír como un poseso. Ya no lo molestaba a Rand como al principio. No tanto. Lo que había que soportar por fuerza, podía aguantarse.

Discutiendo quién iba delante, Corman y Havien dejaron atrás a sus hombres, pero aun así formaban una procesión con las Doncellas y los Escudos Rojos siguiéndolos de cerca, atestando el corredor. Éste daba una agobiante sensación de lobreguez pese a las lámparas encendidas. Apenas había colorido en ninguna parte, salvo en los contados tapices, y los cairhieninos trataban de compensar esa nota discrepante haciendo que la composición tuviera una rigurosa simetría, ya fuera un tema de flores o pájaros, de ciervos o leopardos en una cacería o de nobles en una batalla. En lo tocante a los sirvientes, que se apartaban con presteza a su paso, las libreas se limitaban generalmente a unas franjas de color en los puños y la insignia de la casa bordada en la pechera; de vez en cuando, el cuello o las mangas con los colores de la casa, y muy rara vez la chaqueta o el vestido en su totalidad. Sólo los sirvientes de alto rango lucían más colores. A los cairhieninos les gustaban el orden y les desagradaba la ostentación. De tanto en tanto, una hornacina exhibía un cuenco dorado o un jarrón de los Marinos, pero austeros y de líneas rectas, procurando disimular las curvas si es que tenían alguna. Cada vez que el pasillo desembocaba en una balconada cuadrada con columnas y abajo había un jardín, los muros marcaban los límites de un trazado en cuadrículas exactas, cada arriate del mismo tamaño, los arbustos y los pequeños árboles podados y espaciados con uniforme precisión. Si la sequía y el calor hubiesen permitido que nacieran flores, Rand estaba convencido de que también habrían crecido en líneas rectas.

Rand deseó que Dyelin pudiera ver aquellos jarrones y cuencos. Los

Shaido se habían llevado todo lo que podía cogerse por dondequiera que habían pasado en su marcha a través de Cairhien, y habían quemado lo que no podían llevarse; sin embargo, esa actitud violaba el *ji'e'toh.* Los Aiel que seguían a Rand y que habían salvado a la ciudad también se habían apropiado de cosas, pero de acuerdo con sus leyes; cuando tomaban un lugar por medio de la batalla se les permitía coger un quinto de lo que contenía, y ni una cuchara más. Bael había accedido, a regañadientes, a renunciar incluso a ese quinto en Andor, pero Rand pensaba que nadie habría dicho que faltaba nada aquí a no ser que tuviera una lista exhaustiva de todos y cada uno de los objetos.

A pesar de su discusión, Corman y Havien no lograron encontrar a Rhuarc ni a Berelain antes de que éstos les salieran al paso.

Los dos acudieron solos, sin séquitos, a encontrarse con Rand en uno de los balcones y con ello consiguieron que se sintiera ridículo, como si estuviera dirigiendo un desfile. Rhuarc, con su *cadin'sor,* el cabello rojo oscuro surcado de hebras grises, empequeñecía a Berelain, una bonita joven de tez pálida, ataviada con un vestido azul y blanco de escote lo bastante bajo para que Rand carraspeara cuando ella se inclinó en una reverencia. Rhuarc, que llevaba el *shoufa* envuelto flojamente alrededor de cuello, no iba armado salvo por el pesado cuchillo Aiel. Ella lucía la Diadema del Principal, un dorado halcón en vuelo ciñendo el negro cabello que le caía en ondas sobre los hombros desnudos.

Quizás era mejor que Aviendha se hubiese marchado; a veces tenía reacciones violentas contra mujeres de las que incluso sólo sospechara que se le insinuaban.

De repente cayó en la cuenta de que Lews Therin estaba tarareando de forma poco melodiosa. Había algo en ello que resultaba inquietante, pero ¿qué? Sí. Tarareaba entre dientes, como un hombre admirando a una mujer que no es consciente de su presencia.

«¡Basta! —gritó mentalmente—. ¡Deja de mirar a través de mis ojos!» Imposible saber si lo había oído —¿acaso había alguien para que pudiera oírlo?—, pero el tarareo cesó.

Havien hincó una rodilla en el suelo, pero Berelain le hizo un gesto para que se levantara, casi distraídamente.

—Confío en que todo le vaya bien a mi señor Dragón. Y a Andor. —La mujer tenía esa clase de voz que hacía que un hombre la escuchara—. Y también a vuestros amigos, Mat Cauthon y Perrin Aybara.

—Todo marcha bien —respondió Rand. Siempre le preguntaba por Mat y Perrin, por muchas veces que le dijera que uno estaba de camino a Tear y que al otro no lo veía desde antes de partir hacia el Yermo—. ¿Y a vosotros dos?

Berelain echó una mirada a Rhuarc mientras ambos se colocaban uno a cada lado de Rand para proseguir la marcha por el siguiente tramo del pasillo.

—Todo lo bien que podría esperarse, mi señor Dragón.

—Bien, Rand al'Thor —respondió Rhuarc. En su rostro apenas había expresión; claro que rara vez la había.

Rand sabía que ambos comprendían por qué había puesto a Berelain a cargo allí: razones de fría lógica. Había sido la primera dirigente en ofrecerle alianza por propia iniciativa y podía confiar en ella porque lo necesitaba, ahora más que nunca después de esa alianza, para que Tear no se abalanzara sobre Mayene. Los Grandes Señores habían intentado siempre

Librodot

tratar a Mayene como una provincia. Además, siendo como era una extranjera de una pequeña nación situada a cientos de leguas al sur, Berelain no tenía razón para favorecer a una facción de Cairhien en detrimento de otra. Tampoco tenía aspiraciones de hacerse con el poder, y sabía cómo dirigir un país. Por razones de fría lógica. Dado lo que los Aiel sentían hacia Cairhien y viceversa, poner a Rhuarc a cargo habría conducido a un baño de sangre, y Cairhien ya había tenido más que de sobra en ese aspecto.

El arreglo parecía funcionar bien. Como con Semaradrid y Weiramon en Tear, los cairhieninos aceptaban a la mayeniense como gobernadora tanto porque no era Aiel como porque Rand la había nombrado para el cargo. Berelain sabía lo que estaba haciendo, y al menos escuchaba los consejos ofrecidos por Rhuarc, que hablaba en nombre de los jefes de clan que permanecían en Cairhien. Seguramente también tenía que tratar con las Sabias —quienes renunciarían a entremeterse, lo que ellas no veían como tal, un día después de que las Aes Sedai hicieran lo propio—, pero hasta ahora no las había mencionado.

—¿Y Egwene? —preguntó Rand—. ¿Se encuentra mejor?

Berelain apretó levemente los labios. No le gustaba Egwene. Claro que a Egwene tampoco le caía bien ella. No había razón para que existiera ese mutuo desagrado, que él supiera, pero ahí estaba.

Rhuarc extendió las manos.

—Sí, por lo poco que Amys accede a contarme. —Además de ser una Sabia, Amys era su esposa. Una de sus esposas; tenía dos, y ésta era una más de las extrañas costumbres Aiel que a Rand le resultaban chocantes—. Dice que Egwene necesita descansar, hacer un poco de ejercicio ligero, comida en abundancia y aire fresco. Creo que da paseos en las horas de menos calor.

Berelain le lanzó una mirada sesgada; la tenue capa de transpiración de su rostro no desmerecía su belleza, pero Rhuarc, por supuesto, no sudaba ni pizca.

—Me gustaría verla. Si las Sabias lo permiten —añadió Rand. Las Sabias eran tan celosas de sus prerrogativas como cualquier Aes Sedai que él conocía, y se aseguraban de dejarlas muy claras con los jefes de septiar, los jefes de clan y quizá más que nadie con el *Car'a'carn*—. Pero antes nos…

Un ruido había ido cobrando nitidez a medida que se acercaban a otro tramo donde una de las paredes del corredor era reemplazada por una balaustrada de columnas: el golpeteo de espadas de práctica. Echó una ojeada hacia abajo al pasar. Al menos, ésa era su intención, pero lo que vio lo dejó mudo y lo hizo pararse en seco. Bajo la atenta vigilancia de un envarado cairhienino vestido con una lisa chaqueta gris, una docena de mujeres sudorosas se entrenaban por parejas, algunas vestidas con faldas pantalón y otras con ropas masculinas. La mayoría ejecutaba los pasos torpemente, aunque con energía, en tanto que otras pasaban de una postura a otra con gracilidad, bien que movían con inseguridad las armas, hechas con un haz de varillas torneadas. Todas exhibían el mismo gesto de inflexible determinación, aunque esa expresión ceñuda daba paso a una risa atribulada cuando cualquiera de ellas se daba cuenta de que había cometido un error.

El tipo envarado dio unas palmas, y las jadeantes mujeres se recostaron en sus espadas de práctica; algunas sacudieron los brazos, que, obviamente, no estaban habituados a este tipo de ejercicio. Unos sirvientes, que hasta

entonces habían permanecido fuera del radio visual de Rand, aparecieron presurosos haciendo reverencias e inclinaciones de cabeza a izquierda y derecha mientras ofrecían bandejas con jarras y copas. No obstante, si eran realmente sirvientes sus libreas resultaban raras tratándose de Cairhien. Vestían de blanco, tanto mujeres como hombres.

—¿Qué es esto? —preguntó Rand.

Rhuarc hizo un ruido de desagrado.

—Algunas cairhieninas están muy impresionadas con las Doncellas —contestó, sonriente, Berelain—. Quieren ser Doncellas. Sólo que con espada, supongo, no con lanzas.

Sulin adoptó una postura estirada de indignación, y el lenguaje de las señas relampagueó entre las Doncellas; los gestos parecían ultrajados.

—Éstas son hijas de casas nobles —continuó Berelain—. Las dejo estar aquí porque sus padres no permitirían algo así. Hay casi una docena de escuelas en la ciudad ahora que enseñan esgrima a mujeres, pero muchas tienen que escabullirse para asistir a las clases. Y no ocurre sólo con las mujeres, claro está. Los cairhieninos más jóvenes en general parecen muy impresionados con los Aiel. Están adoptando el *ji'e'toh.*

—Lo están machacando —gruñó Rhuarc—. Muchos preguntan sobre nuestras costumbres y ¿quién se niega a enseñar a alguien que podría aprender lo que es correcto, aunque sea un Asesino del Árbol? —Parecía a punto de escupir—. Pero cogen lo que se les dice y lo cambian.

—No lo cambian realmente —protestó Berelain—. Sólo lo adaptan, creo.

Rhuarc enarcó levemente las cejas y la mujer suspiró. El rostro de Havien era la viva imagen de la afrenta al ver así desafiada la opinión de su dirigente. Ni Rhuarc ni Berelain lo advirtieron; ambos estaban atentos a Rand, el cual tenía la impresión de que ésta era una discusión que sostenían los dos a menudo.

—Lo cambian —insistió deliberadamente Rhuarc—. Esos necios de ahí abajo dicen que son *gai'shain. ¡Gai'shain!*

Los otros Aiel murmuraron; hubo otro intercambio del lenguaje de señas entre las Doncellas. Por su parte, Havien parecía un tanto inquieto.

—¿En qué batalla o asalto fueron capturados? ¿Qué *toh* han contraído? —inquirió el jefe de clan—. Confirmasteis mi prohibición de combatir en la ciudad, Berelain Paeron, pero sostienen duelos dondequiera que piensan que no serán descubiertos, y el perdedor se viste de blanco. Si uno golpea al otro yendo ambos armados, el que recibe el golpe aboga por un duelo y, si se le niega, se viste de blanco. ¿Qué tiene eso que ver con honor y obligación? Lo cambian todo y hacen cosas que abochornarían incluso a un sharamanés. Tendría que ponerse fin a esto, Rand al'Thor.

La mandíbula de Berelain se tensó en un gesto obstinado y apretó los puños contra la falda.

—Los jóvenes luchan siempre. —Su tono era lo bastante prepotente para que uno olvidara que ella misma era joven—. Pero desde que empezaron con esto nadie ha muerto en un duelo. Nadie. Eso por sí solo hace que merezca la pena dejarlos que continúen. Además de lo cual, me he enfrentado a padres y madres, algunos poderosos, que querían que enviara a sus hijas de vuelta a casa. No les negaré a esas jóvenes lo que les prometí.

—Pues que se queden aquí si queréis —replicó Rhuarc—. Dejad que aprendan «esgrima», si gustan. Pero impedidles que proclamen estar siguiendo el *ji'e'toh.* Que dejen de vestirse de blanco y de afirmar que son *gai'shain.* Lo que hacen es una ofensa. —Sus gélidos ojos azules se clavaron

en Berelain, pero los grandes y oscuros ojos de la mujer permanecieron prendidos en Rand.

Éste sólo vaciló un momento. Creía entender lo que impulsaba a los jóvenes cairhieninos hacia el *ji'e'toh.* Dos veces conquistados por los Aiel en veintitantos años, tenían por fuerza que preguntarse si el secreto radicaba en eso. O quizá pensaban que sus derrotas demostraban que el modo Aiel era mejor. Obviamente los Aiel estaban molestos por lo que veían como una mofa de sus creencias, pero, a decir verdad, algunas de las formas en que los Aiel se convertían en *gai'shain* parecían igualmente peculiares. Por ejemplo, hablar a un hombre de su suegro o a una mujer de su suegra —padre segundo y madre segunda, en términos Aiel— se consideraba lo bastante hostil para justificar el uso de las armas a menos que ellos los hubiesen mencionado antes. Si la parte ofendida en cambio tocaba al otro después de que hubiese hablado, con respecto al *ji'e'toh* era lo mismo que tocar a un enemigo armado sin herirlo. Eso proporcionaba mucho *ji* y hacía incurrir en mucho *toh,* pero el que era tocado podía demandar ser hecho *gai'shain* para disminuir el honor del otro y su propia obligación. Debido al *ji'e'toh,* una demanda adecuada de ser hecho *gai'shain* tenía que cumplirse, de modo que un hombre o una mujer podía acabar como *gai'shain* por mencionar a la suegra de alguien. No mucho menos absurdo que lo que estos cairhieninos estaban haciendo. Sin embargo, todo se reducía a un único punto relevante: había puesto a cargo a Berelain y tenía que apoyarla. Tan simple como eso.

—Los cairhieninos os ofenden por el mero hecho de ser cairhieninos, Rhuarc. Déjalos estar. ¿Quién sabe? A lo mejor acaban aprendiendo lo bastante para que ya no tengáis motivo para seguir odiándolos.

Rhuarc gruñó con desagrado y Berelain sonrió. Para sorpresa de Rand, por un instante le pareció que la mujer estaba a punto de sacarle la lengua al jefe de clan. Naturalmente, tenía que haber sido imaginación suya. Berelain era sólo unos pocos años mayor que él, pero ya gobernaba Mayene cuando él todavía cuidaba ovejas en Dos Ríos.

Rand mandó volver a sus puestos de guardia a Corman y a Havien y siguió adelante con Rhuarc y Berelain a cada lado y el resto siguiéndolos de cerca. Un desfile. Sólo faltaban tambores y trompetas.

El golpeteo de las espadas de práctica empezó de nuevo a su espalda. Otro cambio, por pequeño que fuese. Ni siquiera Moraine, a pesar de haber estudiado largo tiempo las Profecías del Dragón, sabía si el que él volviera a desmembrar el mundo significaba que daría inicio a una nueva Era, pero de lo que sí estaba seguro era de que traía cambios, de un modo u otro. Al parecer, tantos por casualidad como a propósito.

Cuando llegaron a la puerta del estudio que Berelain y Rhuarc compartían —unos soles nacientes que decoraban los paneles de oscura madera indicaban algún uso oficial de la realeza en el pasado— Rand se paró y se volvió hacia Sulin y Urien. Si no podía prescindir de todos estos guardianes allí, entonces no había ningún lugar donde pudiera.

—Tengo previsto regresar a Caemlyn mañana, una hora más o menos después de la salida del sol. Hasta entonces, visitad las tiendas, reuníos con vuestros amigos e intentad no iniciar ninguna enemistad de sangre. Si insistís, dos de vosotros podéis quedaros por aquí para protegerme de los ratones; no creo que nada más grande salte sobre mí en este lugar.

Urien esbozó una ligera sonrisa y asintió, aunque hizo un gesto hacia un cairhienino y murmuró:

Librodot

—Los ratones pueden ser grandes aquí.

Por un instante pensó que Sulin iba a discutir. No obstante, la mirada de desafío duró sólo un instante antes de que asintiera también, aunque todavía con los labios apretados. Sin duda tendría que escuchar su protesta una vez que sólo estuvieran presentes Doncellas.

El estudio, una estancia amplia, presentaba fuertes contrastes incluso ahora que lo veía por segunda vez. En el alto techo con adornos de escayola, las líneas rectas y pronunciados ángulos trazaban una sucesión de complejos dibujos repetidos, y alrededor de las paredes también, así como en un ancho hogar recubierto con mármol de un color azul profundo. En el centro había una mesa enorme, cubierta de papeles y mapas, que marcaba una especie de límite. Los dos altos ventanales a un lado del hogar estaban adornados con macetas de barro sobre taburetes, llenos de pequeñas plantas en las que crecían unas pocas flores diminutas, rojas y blancas. A ese lado de la mesa un gran tapiz representaba barcos en el mar y hombres tirando de redes llenas de peces clavo, la fuente de riqueza de Mayene. Un bastidor de bordar, con aguja e hilo rojo colgando de una labor a medio terminar, reposaba sobre una silla de respaldo alto, lo bastante ancha para que Berelain se sentara enroscada en ella si quería. Sólo había una alfombra en esa mitad de la habitación, con dibujos a semejanza de flores doradas, rojas y azules, y en una mesita colocada junto a la silla había una jarra de vino y copas sobre una bandeja de plata, así como un libro delgado con encuadernación roja y una tira de cuero taraceada en oro, que señalaba el sitio de Berelain.

El suelo al otro lado de la mesa estaba cubierto de alfombrillas de colores intensos y variados, con cojines de borlas en rojo, azul y verde repartidos por el suelo. Había una bolsa de tabaco, una pipa de cañón corto y un par de tenacillas colocadas junto a un brasero de bronce cubierto, encima de un pequeño arcón forrado de bronce, mientras que encima de otro arcón ligeramente más grande, reforzado con tiras de hierro, había una talla en marfil de un animal de aspecto desgalichado que Rand dudaba que existiera realmente. Dos docenas de libros de todos los tamaños, desde uno lo bastante pequeño para caber en un bolsillo de la chaqueta hasta otro tan sumamente grande que hasta Rhuarc necesitaría las dos manos para levantarlo, formaban una ordenada hilera sobre el suelo, a lo largo de la pared. Los Aiel hacían todo lo que necesitaban en el Yermo, excepto libros; los buhoneros habían ganado fortunas entre los Aiel transportando únicamente libros.

—Bien —dijo Rand cuando la puerta se hubo cerrado, dejándolo a solas con Rhuarc y Berelain—. ¿Cómo van realmente las cosas?

—Como dije —contestó Berelain—. Todo lo bien que cabía esperar. Se habla mucho en las calles de Caraline Damodred y Toram Riatin, pero la gran mayoría de la gente está demasiado cansada para desear otra guerra durante un tiempo.

—Se comenta que diez mil soldados andoreños se les han unido. —Rhuarc empezó a llenar su pipa—. Los rumores siempre multiplican las cifras por diez cuando no por veinte, pero aun así representa un problema de ser cierto. Los exploradores dicen que no son muchos, pero si se los deja crecer podrían acabar siendo una molestia. La mosca amarilla es casi demasiado pequeña para verla a simple vista; pero, si pone sus huevos en tu piel, habrás perdido un brazo o una pierna antes de que se incuben... si es que no acaban contigo.

Librodot

Rand gruñó sin comprometerse. La rebelión de Darlin en Tear no era la única a la que se enfrentaba. La casa Riatin y la casa Damodred, las últimas dos que habían estado en posesión del Trono del Sol, habían sido enemigas implacables antes de que llegara Rand y probablemente volverían a serlo si desaparecía, pero ahora habían dejado a un lado la rivalidad —al menos en apariencia; lo que había realmente debajo de la apariencia podía ser algo completamente distinto tratándose de cairhieninos— y, al igual que Darlin, se proponían reunir fuerzas en algún lugar que Toram y Caraline consideraban seguro. En su caso, las estribaciones de la Columna Vertebral del Mundo, tan lejos de la ciudad como les era posible sin salir del país. Habían reunido una mezcolanza de gente, como Darlin: nobles, principalmente de rango medio; campesinos desplazados; algunos mercenarios declarados; y quizás unos cuantos malhechores. Ahí también podía estar la mano de Niall, como era en el caso de Darlin.

Esas estribaciones no eran ni mucho menos tan impenetrables como Haddon Mirk, pero Rand no había ordenado un ataque de castigo; tenía demasiados enemigos en infinidad de sitios. Si se detenía para aplastar la mosca amarilla de Rhuarc aquí, podía encontrarse con un leopardo en la espalda en algún otro sitio. Se proponía abatir primero al leopardo. Sólo que ojalá supiera dónde estaban todos los leopardos.

—¿Qué se sabe de los Shaido? —preguntó mientras soltaba el Cetro del Dragón sobre un mapa medio enrollado. Representaba el norte de Cairhien y las montañas llamadas Daga del Verdugo de la Humanidad. Puede que los Shaido no fueran un leopardo tan grande como Sammael, pero sí un peligro mucho mayor que el Gran Señor Darlin o lady Caraline. Berelain le tendió una copa de vino, y él le dio las gracias.

—¿Han dicho algo las Sabias sobre las intenciones de Sevanna?

Había esperado que al menos una o dos podrían mirar y escuchar un poco cuando Sevanna viajara hacia la Daga del Verdugo de la Humanidad. Apostaría a que las Sabias Shaido lo habían hecho cuando ellos llegaron al río Gaelin. No comentó ni lo uno ni lo otro, claro es. Puede que los Shaido hubiesen abandonado el *ji'e'toh,* pero Rhuarc tenía un punto de vista tradicional Aiel respecto a espiar. Los puntos de vista de las Sabias eran otro cantar, desde luego, aunque exactamente en qué no era cosa fácil de precisar.

—Dicen que están construyendo dominios. —Rhuarc hizo una pausa y utilizó el par de tenazas para coger una brasa del cuenco del brasero y encender con ella la pipa. Cuando hubo soltado la primera bocanada de humo, prosiguió—: Dicen que no creen que los Shaido tengan intención de regresar jamás a la Tierra de los Tres Pliegues. Soy de la misma opinión.

Rand se pasó los dedos por el cabello. Caraline y Toram iniciando una rebelión, y los Shaido instalándose a este lado de la Pared del Dragón. Una combinación mucho más peligrosa que Darlin. Y el dedo invisible de Alanna dando la impresión de estar a punto de tocarlo.

—¿Hay más buenas noticias?

—Se combate en Shamara —informó Rhuarc sin quitarse la pipa de la boca.

—¿Dónde? —preguntó Rand.

—En Shamara. O Shara. Sus habitantes le dan muchos nombres a su tierra: Co'dansin, Tomaka, Kigali, y otros. Cualquiera podría ser cierto, o ninguno. Esa gente miente sin pensar. Desenrolla todas las piezas de seda que les compres o descubrirás que sólo la parte de fuera es seda. Y si la

próxima vez en el centro de comercio resulta que encuentras al hombre con el que ya has tratado, negará haberte visto antes o haber venido a comerciar con anterioridad. Si insistes, los otros lo matarán para apaciguarte y entonces dirán que sólo él podía tratar con sedas, e intentarán venderte agua como vino.

—¿Por qué las luchas en Shara son buenas noticias? —inquirió Rand quedamente. En realidad no quería oír la respuesta.

Berelain estaba escuchando con auténtico interés; nadie salvo los Aiel y los Marinos sabía gran cosa sobre las tierras prohibidas que se encontraban más allá del Yermo aparte de que el marfil y la seda venían de allí. Eso y los relatos de *Los viajes de Jain el Galopador,* los cuales eran probablemente demasiado fantasiosos para ser verdad. Aunque, ahora que lo pensaba, Rand recordaba que lo de mentir se mencionaba, y lo de los nombres diferentes, salvo que los ejemplos dados por Jain el Galopador no coincidían con ninguno de los mencionados por Rhuarc, que él recordara.

—Nunca hay luchas en Shara, Rand al'Thor. Se dice que la Guerra de los Trollocs fue como una plaga para ellos. —Los trollocs habían entrado también en el Yermo de Aiel; desde entonces, los trollocs le daban el nombre de Tierra de la Muerte—. Sin embargo, si desde entonces ha habido alguna batalla no ha llegado la noticia a los centros de comercio. Tampoco es que lleguen muchas noticias dentro de los muros de los centros sobre nada de lo que ocurre fuera de ellos. Dicen que su tierra siempre ha sido una, no muchas como aquí, y que siempre hay paz. Cuando llegaste de Rhuidean como el *Car'a'carn,* se corrió la noticia sobre ti y sobre el título que te dan aquí los habitantes de las tierras húmedas: el Dragón Renacido. La noticia llegó hasta los centros de comercio a lo largo de la Gran Falla y los Riscos del Alba. —Los ojos de Rhuarc traslucían calma y firmeza; esto no lo alteraba—. La noticia llega ahora a través de la Tierra de los Tres Pliegues: hay luchas en Shara, y los sharamaneses de los centros de comercio preguntan cuándo desmembrará el mundo el Dragón Renacido.

De repente el vino le supo amargo. Otro lugar como Tarabon y Arad Doman, desgarrado por el mero hecho de haber tenido noticias de su aparición. ¿Hasta dónde se extendía la reacción provocada por su presencia? ¿Se estarían librando batallas de las que nunca tendría noticia, en unas tierras de las que nunca oiría hablar, por causa suya?

«La muerte cabalga conmigo —murmuró Lews Therin—. La muerte me sigue los pasos. Soy la muerte.»

Sacudido por un estremecimiento, Rand soltó la copa en la mesa. ¿Cuánto de las Profecías, cuántos de todos aquellos grandilocuentes circunloquios e insinuaciones tentadoras en verso se requería que se cumplieran? ¿Se esperaba de él que añadiera Shara, o como quiera que se llamara realmente, a Cairhien y al resto? ¿El mundo entero? ¿Cómo, si ni siquiera era capaz de conservar completamente Tear o Cairhien? Lograr algo así requeriría una vida entera. Andor. Aunque estuviese destinado a provocar la discordia en todas las naciones, la desintegración del mundo en su totalidad, conservaría Andor indemne para Elayne. De algún modo.

—Shara, o como quiera que se llame, está muy lejos de aquí. Hay que ir paso a paso, hacer una sola cosa a la vez, y Sammael es lo primero.

—Sammael, sí —convino Rhuarc.

Berelain se estremeció y apuró de un trago su copa. Durante un rato hablaron de los Aiel que todavía marchaban hacia el sur. Rand se proponía que la tenaza preparada en Tear fuera patentemente lo bastante grande para

Librodot

aplastar cualquier cosa que Sammael pudiera poner a su paso. Rhuarc parecía satisfecho; fue Berelain la que protestó de que hacía falta que se quedaran más fuerzas en Cairhien. Hasta que Rhuarc la hizo callar. La mujer masculló algo sobre que era demasiado testarudo para su propio bien, pero cambió el tema hacia los esfuerzos que se estaban llevando a cabo para reinstalar granjeros en el país. Opinaba que para el año siguiente no sería necesario traer grano de Tear. Si es que terminaba la sequía, claro. En caso contrario, Tear no tendría cereales para cubrir siquiera sus necesidades, cuanto menos para suministrarles a otros. Los primeros elementos para crear de nuevo la infraestructura comercial empezaban a surgir. Los mercaderes habían comenzado a llegar de Andor, Tear y Murandy y desde las Tierras Fronterizas. Incluso un barco de los Marinos había echado el ancla en el río esa misma mañana, cosa que a ella le resultaba chocante, encontrándose tan lejos del mar, pero que era bienvenido.

El semblante de Berelain adquirió una expresión intensa y su voz tomó un tono enérgico mientras caminaba alrededor de la mesa de trabajo para coger este o aquel montón de papeles, comentando lo que Cairhien necesitaba comprar y qué podía permitirse comprar; lo que había que vender ahora y lo que tendría para vender dentro de seis meses, de un año. Dependiendo del tiempo, claro está. Desestimó esto último con un gesto, como si no tuviera importancia, aunque lanzando al tiempo una mirada directa a Rand que le decía que era el Dragón Renacido y que, si había algún modo de acabar con el calor, debería encontrarlo. Rand la había visto perturbadoramente seductora, asustada, desafiante, encastillada en altivez y soberbia, pero nunca así. Parecía una mujer completamente distinta. Rhuarc, sentado en uno de sus cojines y chupando la pipa, parecía divertido al observarla.

—... esta escuela vuestra podría ser positiva —continuó la mujer mientras contemplaba con el entrecejo fruncido una larga hoja cubierta de una escritura clara y precisa—, si dejan de discurrir cosas nuevas el tiempo suficiente para hacer lo que ya han pensado hacer. —Se dio unos golpecitos en el labio inferior con un dedo, la mirada perdida en el vacío con gesto pensativo—. Dijisteis que se les diera todo el oro que pidieran, pero si me permitieseis cortarles el suministro hasta que hicieran...

Jalani se asomó por la puerta entreabierta —al parecer los Aiel no entendían que había que llamar antes— y dijo:

—Mangin está aquí para hablar con Rhuarc y contigo, Rand al'Thor.

—Dile que estaré encantado de hablar con él más tarde... —empezó Rand, pero Rhuarc lo interrumpió sugiriendo en voz queda:

—Deberías verlo ahora, Rand al'Thor.

El semblante del jefe de clan tenía una expresión seria; Berelain había vuelto a dejar el papel largo sobre la mesa y miraba fijamente el suelo.

—De acuerdo —accedió lentamente Rand.

La cabeza de Jalani desapareció tras la hoja de la puerta, y Mangin entró en la estancia. Era más alto que Rand y había sido uno de los que habían cruzado la Pared del Dragón para buscar a El que Viene con el Alba, uno de los pocos que habían tomado la Ciudadela de Tear.

—Hace seis días maté a un hombre —empezó sin preámbulos—, un Asesino del Árbol, y quiero saber si tengo *toh* contigo, Rand al'Thor.

—¿Conmigo? —se extrañó Rand—. Puedes defenderte tú mismo, Mangin. ¡Luz, sabes que...! —Guardó silencio un momento, sosteniendo la mirada seria pero no temerosa, ciertamente, de sus grises ojos. Tal vez

traslucían curiosidad. La expresión de Rhuarc no le aclaraba nada, y Berelain seguía eludiendo su mirada—. Te atacó, ¿no?

Mangin sacudió levemente la cabeza.

—Vi que merecía morir, así que lo maté. —Lo dijo en un tono coloquial, como quien comenta que ha visto sucios los sumideros y los ha limpiado—. Pero tú dijiste que no podíamos matar Asesinos del Árbol excepto en combate o si nos atacaban. ¿Tengo pues *toh* contigo?

Rand recordó lo que había dicho: «... mandaré que lo ahorquen». Sintió el pecho oprimido.

—¿Por qué merecía morir?

—Llevaba algo a lo que no tenía derecho —contestó Mangin.

—¿Qué? ¿Qué demonios llevaba, Mangin?

—Esto. —Fue Rhuarc quien contestó al tiempo que se tocaba el brazo izquierdo. Se refería al dragón enroscado en el antebrazo. Los jefes de clan no lo mostraban a menudo y apenas se referían a él; casi todo lo relacionado con las marcas estaba envuelto en el misterio y los jefes estaban conformes con que fuera así—. Era un trabajo hecho con agujas y tintas, desde luego.

Un tatuaje.

—¿Se quería hacer pasar por un jefe de clan? —Rand se dio cuenta de que estaba buscando una excusa: «... mandaré que lo ahorquen». Mangin había sido uno de los primeros en seguirlo.

—No —repuso Mangin—. Estaba bebiendo y presumiendo de lo que no habría debido llevar. Veo tus ojos, Rand al'Thor. —De repente sonrió—. Es un rompecabezas. Yo hice bien al matarlo, pero ahora tengo *toh* contigo.

—Hiciste mal. Sabías el castigo por asesinato.

—Una cuerda alrededor del cuello, como acostumbran estos hombres de las tierras húmedas. —Mangin asintió pensativamente—. Dime dónde y cuándo; allí estaré. Que encuentres agua y sombra hoy, Rand al'Thor.

—Que encuentres agua y sombra, Mangin —contestó tristemente Rand.

—Supongo —dijo Berelain en cuanto la puerta se hubo cerrado detrás de Mangin— que es cierto que acudirá voluntariamente a su ejecución. Oh, no me mires de ese modo, Rhuarc. No es mi intención poner en duda ni a él ni tampoco al honor Aiel.

—Seis días —siseó, furioso, Rand volviéndose hacia ella—. Sabíais por qué estaba aquí. Lo sabíais los dos. Ocurrió hace seis días y me lo dejasteis a mí. Un asesinato es un asesinato, Berelain.

—No estoy acostumbrada a que un hombre acuda a mí y me confiese que acaba de cometer un asesinato. —La Principal adoptó una actitud regia, pero se notaba que estaba a la defensiva—. El condenado *ji'e'toh.* Los malditos Aiel y su puñetero honor.

Las maldiciones sonaban raras viniendo de su boca.

—No tienes motivo para enfadarte con ella, Rand al'Thor —intervino Rhuarc— El *toh* de Mangin es contigo, no con ella. Ni conmigo.

—Su *toh* era con el hombre al que mató —replicó fríamente Rand. Rhuarc pareció conmocionado por sus palabras—. La próxima vez que alguien cometa asesinato, no esperéis a que esté yo. ¡Cumplid la ley!

De ese modo, tal vez, no tendría que volver a dictar sentencia contra un hombre al que conocía y apreciaba. Pero lo haría si era preciso. Lo sabía, y ello lo entristeció. ¿En qué se había convertido?

«La rueda de la vida de un hombre —murmuró Lews Therin—. Sin clemencia. Sin piedad.»

Librodot

CAPÍTULO 18

Un poco de soledad

—¿Hay más problemas de los que queréis que me ocupe? —El tono de Rand dejó claro que se refería a problemas que ellos podrían haber resuelto ya. Rhuarc sacudió ligeramente la cabeza; Berelain enrojeció—. Bien. Poned fecha para la ejecución de Mangin.

«Si duele mucho —dijo Lews Therin en un ronco susurro—, haz que el dolor lo sufra otro.» Era su responsabilidad. Su deber. Enderezó la espalda para impedir que aquella montaña lo aplastara.

—Colgadlo mañana. Decidle que así lo he dispuesto yo. —Hizo una pausa, lanzando una mirada iracunda, y entonces se dio cuenta de que estaba esperando el comentario de Lews Therin, no el de ellos dos. Esperando la voz de un hombre muerto; de un muerto demente—. Voy a la escuela.

Rhuarc comentó que las Sabias seguramente venían de camino desde las tiendas, y Berelain que los nobles tearianos y los cairhieninos por igual querrían saber dónde se había metido, pero Rand les contestó que les dijeran la verdad. Y que les dijeran también a todos ellos que no lo siguieran; que volvería cuando tuviera que volver. Los dos tenían un gesto como si se hubiesen tragado unas ciruelas amargas, pero Rand recogió el Cetro del Dragón y se marchó.

En el pasillo, Jalani y un Escudo Rojo de cabello rubio, no mucho mayor que ella, se incorporaron suavemente mientras intercambiaban una mirada rápida. Aparte de ellos no había nadie en el corredor excepto unos pocos sirvientes que se escabulleron enseguida. Uno de cada asociación; no era de extrañar, aunque Rand se preguntó si Urien no habría tenido que pelearse con Sulin para que fuera de ese modo.

Les indicó con una seña que lo siguieran y se encaminó directamente al establo más próximo, donde las cuadras eran del mismo mármol verde que las columnas que sostenían el alto techo. El primer mozo de cuadras, un tipo nervudo de grandes orejas, con el emblema del Sol Naciente de Cairhien en el corto chaleco de cuero, se quedó tan pasmado al ver aparecer a Rand con sólo dos Aiel de escolta que siguió mirando las puertas esperando ver entrar más e hizo tantas inclinaciones de cabeza entre ojeada y ojeada que Rand se preguntó si finalmente conseguiría o no un corcel. Empero, una vez que el hombre gritó «¡Un caballo para el señor Dragón!», seis mozos de cuadra se apresuraron a preparar un castrado bayo de gran alzada y ojos fieros, con las bridas adornadas con flecos dorados y una silla de montar trabajada con oro sobre un sudadero azul claro, con flecos y con soles nacientes bordados en hilo de oro.

A pesar de lo deprisa que trabajaron, el orejudo primer mozo de cuadras se había marchado para cuando Rand subió a la silla. Posiblemente en busca del círculo de seguidores que el Dragón Renacido debía tener. O para decirle a alguien que Rand se marchaba de palacio prácticamente solo. Cairhien era así. El esbelto castrado tenía ganas de retozar, pero mientras

Librodot

todavía intentaba acompasar sus movimientos Rand lo hizo salir trotando del recinto de palacio, pasando ante los sobresaltados guardias cairhieninos. No le preocupaba que hubiese asesinos tendiendo emboscadas por el aviso del tipo de orejas grandes; cualquiera que lo emboscara se encontraría que había ido al esquileo sin tijeras. Cualquier retraso, sin embargo, y seguramente estaría rodeado de nobles en tal número que le sería imposible marcharse sin ellos. Era agradable estar solo, para variar.

Echó una mirada a Jalani y al joven Aiel que trotaban junto al bayo. Dedric, creía que se llamaba; un Codarra del septiar Falla Jaern. Casi solo. Todavía podía sentir a Alanna, y Lews Therin gemía en la distancia sobre su Ilyena muerta. Nunca podía estar realmente solo. Quizá nunca volvería a estarlo. Aun así, lo que había de soledad en la situación presente, después de tanto tiempo, resultaba agradable.

Cairhien era una ciudad grande, con sus calles principales lo bastante anchas para empequeñecer al gentío que las abarrotaba. Cada vía se extendía recta como una flecha a través de colinas cortadas y trazadas en terrazas con piedra hasta el punto de que parecían obra del hombre, encontrándose con todas las otras calles en un ángulo recto. Por toda la urbe se alzaban enormes torres rodeadas de andamios de madera que casi ocultaban los complejos contrafuertes de arcos cuadrados; unas torres que parecían tocar el cielo y que se proponían llegar más arriba. Hacía veinte años que las legendarias torres inacabadas de Cairhien, una maravilla del mundo, habían ardido cual antorchas durante la Guerra de Aiel, pero todavía no se había llevado a cabo su reconstrucción.

Abrirse camino no era fácil, y el trote no duró mucho. Rand se había acostumbrado a que la muchedumbre se abriera para dejarle paso ante su habitual escolta, pero con los cientos de Aiel vestidos con *cadin'sor* que había a la vista entre el gentío que se desplazaba lentamente, no era lo mismo; no con sólo dos de escolta. Le pareció que algunos Aiel lo reconocían, pero hicieron caso omiso, contrarios a provocar turbación al llamar la atención cuando el *Car'a'carn* llevaba una espada y, algo no tan malo pero tampoco digno de aplauso, cabalgaba en un caballo. Para los Aiel, la vergüenza y la turbación eran mucho peor que el dolor, aunque por supuesto el *ji'e'toh* tenía que complicar las cosas con grados que Rand sólo entendía en parte. Aviendha podía explicárselo, naturalmente; parecía querer convertirlo en un Aiel.

Muchas otras gentes abarrotaban también las calles: cairhieninos con su habitual vestimenta de tonos monótonos, pero también con las abigarradas y llamativas ropas de quienes habían vivido en extramuros antes de que ardiera; tearianos que sobresalían de la multitud por sacarles una cabeza a los otros, aunque sin llegar a la altura de los Aiel. Carros de bueyes y carretas tiradas por caballos se entremezclaban con la muchedumbre, cediendo el paso a cerrados carruajes lacados y a sillas de mano, a veces con el emblema de una casa. Los vendedores ambulantes voceaban sus mercancías, exhibidas en bandejas, y los buhoneros las suyas transportadas en carros de mano; músicos, saltimbanquis y juglares actuaban en las esquinas de las calles. Tanto lo uno como lo otro eran cosas nuevas; antaño, Cairhien era una ciudad silenciosa, apagada, excepto en extramuros. Todavía quedaba algo de aquella sobriedad. Las tiendas conservaban letreros pequeños, sin exponer mercancías fuera. Y si los antiguos habitantes de extramuros seguían pareciendo tan ruidosos como siempre, riendo y gritándose unos a otros, discutiendo en mitad de la calle,

Librodot

los otros cairhieninos continuaban mirándolos con gazmoño desagrado.

Sólo los Aiel reconocían al jinete con la cabeza destocada y chaqueta azul con bordados en plata, aunque de vez en cuando alguien cercano echaba un par de miradas al sudadero de la montura. El Cetro del Dragón todavía no era muy conocido allí. Nadie se apartaba para dejarle paso. Rand se debatía entre la impaciencia y el placer de no ser el foco de todas las miradas.

La escuela estaba instalada en un palacio distante a casi dos kilómetros del Palacio del Sol, y que en tiempos había sido propiedad de lord Barthanes, ahora muerto y sin que nadie lo llorara; el edificio era un enorme montón de bloques cuadrados de piedra, con torres angulosas y severos balcones. Las altas puertas que daban al patio principal estaban abiertas, y cuando Rand entró a caballo se encontró con una bienvenida en toda regla.

Idrien Tarsin, que dirigía la escuela, estaba en los anchos escalones del otro extremo del patio; era una mujer fornida, con un sencillo vestido gris, que mantenía la espalda tan recta que daba la impresión de ser una cabeza más alta de lo que era realmente. No estaba sola. Docenas y docenas de personas se apiñaban en la escalera de piedra, hombres y mujeres vestidos con ropas en las que abundaba más la lana que la seda, y que con frecuencia estaban desgastadas y rara vez ornamentadas. Principalmente era gente mayor. Idrien no era la única que tenía más cabellos grises que negros o todo el pelo cano o incluso nada de pelo, aunque aquí y allí alguna cara más joven observaba con ansiedad a Rand. Por más joven se entendía diez o quince años mayor que él.

Eran, en cierto modo, los maestros, aunque aquello no era exactamente una escuela. Los alumnos acudían a aprender, sí —hombres y mujeres jóvenes se asomaban, boquiabiertos, a todas las ventanas que daban al patio—, pero principalmente lo que Rand pretendía era reunir los conocimientos en un sitio. Había oído una y otra vez cuánto se había perdido en la Guerra de los Cien Años y en la Guerra de los Trollocs. ¿Y cuánto más debía de haber desaparecido en el Desmembramiento del Mundo? Si es que iba a desgarrar el mundo otra vez, se proponía crear depósitos donde el saber se preservara. Otra escuela igual existía ya en Tear, aunque desde hacía apenas nada de tiempo, y Rand había empezado a buscar un sitio en Caemlyn para hacer lo mismo.

«Nada sale como uno espera —murmuró Lews Therin—. No esperes nada y así no te llevarás una sorpresa. No esperes nada. Nada.»

Rand ahogó aquella voz y desmontó.

Idrien acudió a recibirlo e hizo una reverencia. Como siempre, cuando se irguió, volvió a chocarle sobremanera que la mujer apenas le llegara al pecho.

—Bienvenido a la Escuela de Cairhien, mi señor Dragón.

Su voz era sorprendentemente dulce y juvenil, lo cual creaba un pasmoso contraste con los vulgares rasgos de su rostro. Rand había oído endurecerse esa voz, sin embargo, tanto con estudiantes como con maestros; Idrien llevaba las riendas de la escuela con mano firme.

—¿Cuántos espías tenéis en el Palacio del Sol? —preguntó suavemente a la mujer. Ella pareció sobresaltarse, quizá porque sugiriera semejante cosa, pero más probablemente porque una pregunta tan directa se consideraba de mala educación entre los cairhieninos.

—Hemos preparado una pequeña demostración. —En fin, tampoco Rand había esperado que le respondiera. Idrien miró a los dos Aiel como lo

Librodot

haría una mujer con dos enormes y mugrientos perros con malas pulgas, pero se contentó con aspirar ruidosamente el aire por la nariz—. Si mi señor Dragón quiere seguirme...

Rand la siguió, fruncido el entrecejo. ¿Una demostración de qué?

El vestíbulo de la escuela era una vasta cámara de brillantes columnas grises oscuras y baldosas de un gris más claro, con una balconada en mármol de vetas grises que recorría todo el perímetro, a una altura de casi seis metros. Ahora estaba bastante llena de... artilugios. Los maestros que se apiñaban detrás de él corrieron hacia aquellos artefactos. Rand se quedó mirando de hito en hito, recordando de repente que Berelain había dicho algo sobre que la escuela estaba fabricando cosas. Pero ¿qué?

Idrien se lo dijo —más o menos— mientras lo llevaba de un artilugio al siguiente, donde hombres y mujeres explicaban lo que habían creado. Rand entendió incluso un poco.

Un despliegue de mamparas y rasquetas y vasijas llenas de trozos de lino producían un papel más fino que cualquiera conocido hasta entonces, o eso es lo que afirmaba su constructor. Un artilugio enorme con palancas y grandes chapas lisas era una prensa impresora, mucho mejor que las que había ahora en uso, según su constructor. Dedric mostró mucho interés en este artefacto, hasta que Jalani al parecer decidió que el joven Aiel debería estar alerta por si alguien intentaba atacar al *Car'a'carn;* le asestó un tremendo pisotón, y el Aiel cojeó en pos de Rand. Había un arado sobre ruedas pensado para abrir seis surcos a la vez —al menos eso Rand pudo reconocerlo; pensó que podría funcionar— y otra cosa con tiros para caballos que se suponía que recogía el heno en lugar de hombres con guadañas, y un nuevo tipo de telar que era más fácil de manejar, según dijo el tipo que lo había hecho. Había modelos a escala, en madera pintada, de viaductos para llevar agua a lugares donde los pozos se estaban secando, de sumideros y alcantarillas para Cairhien, incluso una mesa llena con una exhibición de minúsculas figuras de hombres y carros, grúas y rodillos para mostrar cómo podían construirse y pavimentarse las calzadas tan bien como se había hecho en tiempos remotos.

Rand ignoraba si alguna de esas cosas funcionaría, pero varias parecían merecedoras de intentarlo al menos. Aquel arado, por ejemplo, vendría bien si Cairhien volvía a proveerse a sí misma de nuevo. Le diría a Idrien que lo construyeran. No, le encargaría a Berelain que se lo dijera ella. «Respeta siempre los rangos de autoridad en temas públicos —le había dicho Moraine—, a menos que quieras saltarte a alguien y rebajarlo.»

Sabía que entre los maestros estaba Kin Tovere, un fornido fabricante de lentes que no dejaba de enjugarse la calva cabeza con un pañuelo de rayas. Aparte de anteojos de distintos tamaños —«Con esto se pueden contar los pelos de la nariz de un tipo a un kilómetro», decía; era su forma de hablar—, tenía una lente tan grande como su cabeza, un plano de un visor donde instalarla y varias más iguales, un artilugio de seis metros de largo; nada menos que un aparato para mirar las estrellas. En fin, Kin siempre quería mirar cosas lejanas.

Idrien traslucía una expresión de tranquila satisfacción mientras Rand estudiaba el plano de maese Tovere. A ella sólo le interesaban las cosas prácticas. Durante el asedio de Cairhien, ella misma había construido una gigantesca ballesta, toda palancas y poleas, que disparaba una pequeña lanza a casi dos kilómetros con fuerza suficiente para atravesar a un hombre. De hacerse las cosas a su manera, no se habría perdido tiempo en

Librodot

nada que no comportara utilidad real.

—Construidlo —le dijo Rand a Kin. Tal vez no tuviese una función práctica, como el arado, pero le caía bien Tovere. Idrien suspiró y sacudió la cabeza, en tanto que Tovere se llenaba de alegría—. Y os concedo un premio de cien coronas de oro. Esto parece interesante.

Aquello provocó un sordo murmullo general, y Rand no habría sabido decir quién se había quedado más boquiabierto, si Tovere o Idrien.

Otras cosas expuestas en el vestíbulo hacían parecer a Tovere tan práctico y equilibrado como el constructor de calzadas; estaba el tipo de cara redonda que hacía algo con estiércol de vaca que terminaba con una llama azulada ardiendo al extremo de un tubo de bronce; ni siquiera él parecía saber para qué servía. O la larguirucha joven cuya invención era principalmente un armazón de papel sujeto por cuerdas y mantenido a flote por el calor que salía de un pequeño fuego en un brasero; masculló algo sobre volar —Rand estaba seguro de que era eso lo que había dicho— y de que las alas de los pájaros eran curvas —tenía dibujos de pájaros y de lo que parecían pájaros de madera— pero hablaba tan poco al estar en presencia del Dragón Renacido que Rand fue incapaz de entender una sola palabra más, y ciertamente Idrien no sabía explicar lo que era.

Y estaba el hombre calvo, con un surtido de tubos y cilindros de bronce, varillas y ruedas, todo ello cubriendo una pesada mesa marcada con arañazos recientes y con algunos boquetes que casi traspasaban el tablero. Por alguna razón, la mitad de la cara del hombre y una de sus manos estaban envueltas con vendas. Tan pronto como Rand apareció en el vestíbulo, el tipo se había puesto ansiosamente a encender un fuego debajo de uno de los cilindros. Cuando Rand e Idrien se detuvieron delante de él, movió una palanca y sonrió enorgullecido.

El artilugio empezó a temblar y a sisear expulsando vapor por dos o tres sitios. El siseo se convirtió en una especie de chillido y la cosa se puso a trepidar. Emitía unos gemidos ominosos. El chillido se volvió ensordecedor, y el invento se sacudía con tal fuerza que movía la mesa. El hombre calvo se lanzó sobre la mesa, quitando torpemente un tapón del cilindro más grande. El vapor salió en una nube y la cosa se quedó quieta. Mientras se chupaba los dedos quemados, el hombre se las ingenió para esbozar una débil sonrisa.

—Una creación de bronce muy bonita —dijo Rand antes de dejar que Idrien se lo llevara de allí—. ¿Para qué sirve? —preguntó en voz baja cuando se hubieron apartado lo suficiente para que el hombre no lo oyera. Idrien se encogió de hombros.

—Mervin no se lo ha dicho a nadie —contestó—. A veces suenan explosiones en sus aposentos lo bastante fuertes para que las puertas tiemblen, y ya se ha escaldado seis veces hasta ahora, pero afirma que traerá una nueva Era cuando consiga que funcione. —Miró a Rand con inquietud.

—Mervin tiene mi beneplácito para traerla si puede —replicó con sequedad. ¿A lo mejor esa cosa era para hacer música? ¿Con esos pitidos y chillidos?—. No veo a Herid. ¿Ha olvidado bajar?

Idrien volvió a suspirar. Herid Fel era un andoreño que, de algún modo, había acabado leyendo en la Biblioteca Real de Cairhien —un estudioso de historia y filosofía, se llamaba a sí mismo— y difícilmente la clase de persona que se ganaría el afecto de Idrien.

—Mi señor Dragón, nunca sale de su estudio, salvo para ir a la

Biblioteca.

Marcharse requirió que hiciera un pequeño discurso, encaramado a una banqueta y con el Cetro del Dragón en el doblez del brazo, asegurándoles que sus inventos eran prodigiosos. Algunos podrían serlo, que él supiera. Después pudo escabullirse con Jalani y Dedric. Y con Lews Therin y Alanna. Dejaron tras de sí un parloteo satisfecho. Rand se preguntó si a cualquiera de ellos, aparte de Idrien, se le había pasado por la cabeza hacer un arma.

El estudio de Herid Fel se encontraba en uno de los pisos altos, donde la vista se reducía a las oscuras tejas de la escuela y una torre cuadrada y escalonada que tapaba todo lo demás. Herid decía que, de todos modos, él nunca miraba por las ventanas.

—Podéis esperar aquí —dijo Rand al llegar a la estrecha puerta (también el cuarto al otro lado lo era) y se sorprendió cuando Jalani y Dedric accedieron de inmediato.

Entonces encajaron muchos pequeños detalles. Desde que había salido de la reunión con Rhuarc y Berelain, Jalani no le había lanzado una sola mirada desaprobadora a la espada, algo que tenía por costumbre. Ni ella ni Dedric habían dedicado ni una ojeada al caballo en el establo ni hicieron ningún comentario despectivo sobre que sus propias piernas deberían bastarle, otra cosa que la Doncella repetía con regularidad.

Como confirmación, cuando Rand se volvió hacia la puerta, Jalani dirigió una breve mirada a Dedric, de la cabeza a los pies. Breve, pero con un innegable interés y acompañada de una sonrisa. Por su parte, Dedric hizo caso omiso de ella de una manera tan ostentosa que tanto habría dado si la hubiese mirado de hito en hito. Así era el estilo Aiel: fingir que no se había dado cuenta hasta que ella dejara mucho más claro su interés. Jalani habría hecho lo mismo si hubiese sido él el que hubiera empezado a echar miraditas.

—Que disfrutéis —dijo Rand por encima del hombro, lo cual provocó dos miradas sobresaltadas, y entró.

El pequeño cuarto estaba atestado de libros, pergaminos y montones de papel, o ésa era la impresión que daba. Las abarrotadas estanterías cubrían las paredes hasta el techo, excepto el hueco de la puerta y las dos ventanas abiertas. Libros y papeles tapaban la mesa que ocupaba gran parte del suelo, se amontonaban desordenadamente sobre una silla, e incluso en algunos de los pocos huecos libres que quedaban en el suelo. Herid Fel era un hombre fornido que parecía que hubiese olvidado cepillarse el ralo cabello gris esa mañana. La pipa que sostenía entre los dientes estaba apagada, y la ceniza de tabaco salpicaba la pechera de su arrugada chaqueta marrón.

Miró a Rand, parpadeando, un instante y luego dijo:

—Ah. Sí. Por supuesto. Estaba a punto de…

Frunció el entrecejo al bajar la vista hacia el libro que tenía en las manos y después se sentó detrás de la mesa y rebuscó entre algunas hojas sueltas que tenía delante mientras mascullaba algo. Volviendo a la página del título del libro, se rascó la cabeza. Finalmente miró de nuevo a Rand y volvió a parpadear con sorpresa.

—Oh, sí. ¿De qué queríais hablar?

Rand quitó los libros y los papeles de la otra silla y los puso en el suelo, dejó encima del montón el Cetro del Dragón y se sentó. Había intentado hablar con otros allí, filósofos e historiadores, mujeres eruditas y estudiosos, y era igual que intentar que una Aes Sedai se definiera. Estaban muy

Librodot

seguros de lo que sabían con certeza, y, en cuanto a lo demás, soltaban un diluvio de palabras que no significaban nada. Se enfadaban si uno los presionaba —parecían pensar que se dudaba de sus conocimientos, algo que aparentemente era un gran pecado— o aumentaban el torrente de palabras hasta que Rand no sabía lo que la mitad de ellas significaba o se tornaban obsequiosos tratando de descubrir qué quería oír para así decírselo. Herid era diferente. Una de las cosas que parecía olvidar siempre era que Rand era el Dragón Renacido, lo que a él le parecía estupendo.

—¿Qué sabéis sobre Aes Sedai y Guardianes, Herid? Respecto al vínculo que los une.

—¿Guardianes? ¿Vínculo? Lo mismo que cualquiera que no sea Aes Sedai, supongo. —Herid chupó la pipa, aparentemente sin darse cuenta de que se había apagado—. ¿Qué es lo que queréis saber?

—¿Puede romperse?

—¿Romperse? Oh, no. No lo creo. A no ser que el Guardián o la Aes Sedai muera. Eso lo rompe. Creo. Recuerdo haber oído algo sobre el vínculo en una ocasión, pero no me acuerdo... —Su vista se detuvo sobre un montón de notas que había en la mesa, y Herid las acercó a él con las yemas de los dedos y se puso a leer, frunciendo el entrecejo y sacudiendo la cabeza. Las notas parecías estar escritas por él, pero al parecer ya no estaba de acuerdo con ellas.

Rand suspiró; casi creía que si volvía la cabeza rápidamente vería a Alanna asomándose por encima de su hombro.

—¿Qué hay de la pregunta que os hice la última vez? Herid... ¡Herid!

El fornido hombre levantó bruscamente la cabeza.

—Oh. Sí. Ah, una pregunta. La última vez. Tarmon Gai'don. Bien, no sé cómo será. Con trollocs, supongo. ¿Y Señores del Espanto? Sí. Señores del Espanto. Pero he estado pensando. No puede ser la Última Batalla. No creo que lo sea. Quizá cada Era ha tenido una Última Batalla. O la mayoría de ellas. —De repente bajó la vista a la pipa que tenía entre los dientes y empezó a rebuscar por la mesa—. Tengo un yesquero aquí, en alguna parte.

—¿Qué queréis decir con que no puede ser la Última Batalla? —Rand procuró que su voz sonara reposada. Herid siempre llegaba al meollo; sólo que había que empujarlo hacia él.

—¿Qué? Sí, ése es el asunto. No puede ser la Última Batalla. Incluso si el Dragón Renacido vuelve a sellar la prisión del Oscuro tan bien como lo hizo el Creador. Cosa que no creo que sea capaz. —Se inclinó hacia adelante y bajó la voz a un tono conspirador—. Se diga lo que se diga en las calles, no es el Creador, ¿sabéis? Aun así, tiene que ser sellada por alguien. La Rueda, ¿comprendéis?

—No, no lo... —Rand dejó la frase en el aire.

—Sí, claro que lo comprendéis. Seríais un buen estudiante. —Se quitó la pipa de la boca y trazó un círculo en el aire con el cañón—. La Rueda del Tiempo. La Eras llegan y pasan y vuelven a llegar conforme la Rueda gira. Una repetición de todo el ciclo. —De repente marcó un punto en aquella imaginaria rueda—. Aquí la prisión del Oscuro está intacta. Aquí, abren un agujero en ella y se vuelve a sellar. —Movió el cañón de la pipa a lo largo del arco que había trazado—. Aquí estamos ahora. Los sellos se debilitan. Pero eso no importa, por supuesto. —El cañón de la pipa completó el círculo—. Cuando la Rueda vuelva en su giro aquí, donde abrieron el agujero la primera vez, la prisión del Oscuro tiene que quedar sellada de nuevo.

—¿Por qué? Quizá la próxima vez atraviesen el remiendo. A lo mejor es

así como lo hicieron la última vez. Quiero decir que atravesaron lo que el Creador había hecho, que quizás abrieron la Perforación a través de un remiendo y no lo sabemos.

Herid sacudió la cabeza. Se quedó mirando la pipa un instante, reparando de nuevo en que estaba apagada, y Rand pensó que tendría que volver a llamarlo. Sin embargo, Herid parpadeó y continuó hablando:

—Alguien tuvo que hacerlo alguna vez. Mejor dicho, por primera vez. A menos que penséis que el Creador hizo la prisión del Oscuro con un agujero y su correspondiente parche. —Sus cejas subieron y bajaron rápidamente ante la sugerencia—. No, estaba intacta al principio, y creo que volverá a estarlo cuando llegue de nuevo la Tercera Era. Ummmm. Me pregunto si ellos la llamaban Tercera Era. —Se apresuró a mojar una pluma con tinta y garabateó una nota en el margen de un libro abierto—. En fin. Eso no importa ahora. No es que diga que el Dragón Renacido será el que la vuelva a dejar intacta, no en esta Era necesariamente, en cualquier caso, pero tiene que estar así antes de que empiece de nuevo la Tercera Era, y que pase tiempo suficiente desde que se la dejó intacta... una Era al menos... para que nadie recuerde al Oscuro ni su prisión. Nadie lo recuerda. Ummmm. Me pregunto... —Echó una ojeada a sus notas y se rascó la cabeza; entonces dio un respingo al advertir que lo había hecho con la mano con la que sostenía la pluma. Había un manchón de tinta en su cabello—. Cualquier Era en que los sellos se debiliten tiene que recordar al Oscuro antes o después, porque tendrá que enfrentarse a él y volver a encerrarlo. —Volvió a meterse la pipa entre los dientes e intentó escribir otra nota sin mojar antes la pluma.

—A no ser que el Oscuro se libere —dijo quedamente Rand—. Para romper la Rueda del Tiempo y rehacer éste y el mundo a su propia imagen.

—Ahí está. —Herid se encogió de hombros y miró ceñudo la pluma. Al fin recordó el tintero—. Supongo que no hay mucho que vos o yo podamos hacer al respecto. ¿Por qué no venís a estudiar conmigo? Supongo que el Tarmon Gai'don no tendrá lugar mañana, y sería un modo de emplear vuestro tiempo tan bueno como...

—¿Hay alguna razón que se os ocurra para romper los sellos?

Las cejas de Herid se arquearon de golpe.

—¿Romper los sellos? ¿Romper los sellos? ¿Por qué iba nadie a querer hacer tal cosa salvo un loco? ¿Es que se pueden romper? Creo recordar haber leído en alguna parte que eso es imposible, aunque no me acuerdo ahora si decía por qué. ¿Qué os ha hecho pensar algo así?

—No lo sé. —Rand suspiró.

En un rincón de su mente, oyó el susurro de Lews Therin. «Rómpelos. Rompe los sellos y pon fin a todo. Déjame que muera para siempre.»

Abanicándose ociosamente con un pico del chal, Egwene echó un vistazo a uno y otro lado del corredor confiando en no haberse extraviado otra vez. Mucho se temía que sí, y no estaba muy contenta con ello. El Palacio del Sol tenía kilómetros de pasillos, en ninguno de los cuales hacía más fresco que fuera, y ya había pasado un rato en ellos tratando de encontrar el camino.

Había Doncellas por todas partes, en grupos de dos o tres, muchas más de las que Rand llevaba normalmente consigo; desde luego, bastantes más de lo habitual teniendo en cuenta que él no estaba allí. Parecía que se limitaban a pasear, pero algo en ellas daba una sensación de... furtivo. Varias la conocían de vista y lo menos que habría esperado es que le dijeran

Librodot

una palabra amable. Las Doncellas, especialmente, parecían haber decidido que ser alumna de las Sabias superaba el ser Aes Sedai, como creían que era ella, hasta el punto de que ya no la llamaban Aes Sedai. Sin embargo, cuando la veían, daban la impresión de estar todo lo sobresaltadas que podía esperarse de unas Aiel. Un instante después llegaban los gestos de asentimiento cómplices, y apresuraban la marcha sin decir una palabra. Ése no era el comportamiento más indicado para pedirles que la orientaran.

En vez de eso, Egwene miró ceñuda a un sirviente sudoroso que lucía finas franjas azules y doradas en los puños de la librea, preguntándose si él sabría cómo llegar desde allí a donde quería ir. La dificultad estaba en que no sabía exactamente adónde quería ir. Por desgracia, era obvio que el tipo tenía los nervios de punta con tantos Aiel por todas partes. Al ver que la que él creía una Aiel lo miraba con el ceño fruncido —nadie parecía reparar en sus ojos oscuros, rasgo que no era habitual en esas gentes, ciertamente— y con la cabeza probablemente llena de historias sobre las Doncellas, el tipo se dio media vuelta y echó a correr tan deprisa como pudo.

Egwene resopló con irritación. En realidad no necesitaba que nadie la orientara. Antes o después tenía que llegar a un sitio que reconociera. Ciertamente no tenía sentido volver por donde había venido, pero ¿cuál de las otras tres direcciones tomar? Eligiendo una al azar echó a andar con pasos firmes, e incluso algunas de las Doncellas se apartaron de su camino.

A decir verdad se sentía un poco malhumorada. Volver a ver a Aviendha después de tanto tiempo habría sido estupendo si la joven Aiel no se hubiese limitado a saludarla con un breve y frío gesto de cabeza y se hubiese metido en la tienda de Amys para sostener una reunión privada con ella. Y descubrió que era en verdad privada cuando intentó seguirla.

«No te he llamado —le había dicho secamente Amys mientras Aviendha se sentaba cruzada de piernas en un cojín y se quedaba mirando fijamente el suelo con expresión desalentada—. Ve a dar un paseo. Y come algo. Una mujer no debe parecer un junco.»

Bair y Melaine habían llegado apresuradamente, avisadas por *gai'shain,* pero Egwene quedó excluida. Se consoló un poco al ver que varias Sabias más también eran rechazadas, pero sólo un poco. Después de todo, era amiga de Aviendha y si ésta se encontraba en algún apuro Egwene habría deseado ayudarla.

—¿Por qué estás aquí? —demandó la voz de Sorilea a su espalda.

Egwene se sintió orgullosa de sí misma. Se volvió calmosamente para mirar a la Sabia del dominio Shende. Sorilea, una Jarra de los Chareen, tenía el cabello blanco y escaso y un rostro que parecía cuero curtido estirado sobre el cráneo. Era toda ella nervio y huesos, y aunque era capaz de encauzar poseía menos fuerza en el Poder que la mayoría de las novicias que Egwene conocía. De hecho, en la Torre nunca habría llegado a ser más que novicia antes de que la mandaran de vuelta a casa. De todos modos, encauzar no tenía mucho peso entre las Sabias. Fueran cuales fuesen las reglas por las que se regían, cuando Sorilea estaba presente el mando siempre recaía en ella. Egwene creía que se debía a la fuerza de carácter, simplemente.

Alta, como eran casi todas las mujeres Aiel —a Egwene le sacaba casi una cabeza—, Sorilea la miró fijamente con aquellos ojos verdes que parecían capaces de tumbar a un toro. Era un alivio, ya que ese modo de mirar era el habitual en Sorilea. Si hubiese tenido alguna cuenta que saldar, las paredes se habrían desplomado allí donde hubiese clavado la mirada y

los tapices se habrían prendido fuego. En fin, ésa era la impresión que daba.

—He venido a ver a Rand —contestó—. Venir dando un paseo desde las tiendas me pareció un ejercicio tan bueno como cualquier otro. —Desde luego, mucho mejor que dar cinco o seis vueltas en torno a las murallas de la ciudad a paso vivo, lo que era la idea Aiel de hacer un poco de ejercicio ligero. Esperaba que Sorilea no preguntara por qué quería ver a Rand. No le gustaba tener que mentir a ninguna de las Sabias.

Sorilea la observó intensamente un momento más, como si hubiese olisqueado algo oculto, y luego se ciñó el chal a los estrechos hombros.

—No está aquí —dijo—. Ha ido a su escuela. Berelain Paeron sugirió que no sería prudente seguirlo, y estoy de acuerdo con ella.

Mantener impasible el gesto supuso todo un esfuerzo a Egwene. Que Berelain les gustara a las Sabias habría sido lo último que hubiese esperado que ocurriera, pero la trataban como una mujer juiciosa y digna de respeto, lo que no tenía sentido alguno para Egwene, y no porque Rand le hubiese dado autoridad. Les importaba un pimiento la autoridad de cualquier habitante de las tierras húmedas. Era absurdo. La mayeniense se exhibía con vestidos escandalosos y coqueteaba desvergonzadamente... cuando no hacía algo más que coquetear, como Egwene sospechaba que era la mayoría de las veces. No era en absoluto la clase de mujer para que Amys le sonriera como a una hija predilecta. Ni Sorilea.

Pensamientos sobre Gawyn acudieron espontáneamente a su cabeza. Sólo había sido un sueño, y para colmo, un sueño de él. Ciertamente nada semejante a lo que hacía Berelain.

—Cuando las mejillas de una joven enrojecen sin razón aparente —dijo Sorilea—, por lo general hay un hombre involucrado. ¿Quién despierta tu interés? ¿Podemos esperar que pongas una guirnalda nupcial a sus pies pronto?

—Las Aes Sedai rara vez contraen matrimonio —replicó fríamente Egwene.

El resoplido de la Sabia sonó como una tela al desgarrarse. Las Doncellas y las Sabias, y de hecho todos los Aiel, quizá consideraban que no era Aes Sedai mientras estuviera estudiando con Amys y las otras, pero Sorilea llevaba el asunto mucho más lejos. Parecía pensar que Egwene se había convertido en Aiel y, lo que era más, que no había nada en lo que no pudiera entremeterse.

—Tú lo harás, muchacha. No eres de las que se convierten en *Far Dareis Mai* y toman a los hombres como una diversión semejante a la caza, como mucho. Esas caderas están hechas para tener niños, y los tendrás.

—¿Querrías indicarme dónde puedo esperar a Rand? —preguntó Egwene en un tono más sumiso de lo que era de su agrado. Sorilea no era una caminante de sueños capacitada para interpretarlos, y desde luego no poseía el don de la Predicción, pero decía las cosas con una certeza tan aplastante que las hacía parecer inevitables. Los hijos de Gawyn. Luz, ¿cómo iba a tener hijos de Gawyn? Era verdad que las Aes Sedai no se casaban casi nunca. Era raro el hombre que deseaba casarse con una mujer que, mediante el Poder, podría manejarlo como a un niño si así lo decidía.

—Sígueme —contestó Sorilea—. ¿Se trata de Sanduin, ese fornido Descendiente Verdadero que vi rondando por la tienda de Amys ayer? Esa cicatriz hace que el resto de su semblante parezca más atractivo...

Sorilea siguió diciendo nombres mientras conducía a Egwene por el palacio, sin dejar de observarla de reojo para captar alguna reacción.

Librodot

También se esmeró en enumerar los encantos de cada hombre, y, puesto que esto incluía describir su aspecto sin ropas —los hombres y mujeres Aiel compartían las mismas tiendas de baños de vapor—, ciertamente no faltaron las ocasiones en que se puso colorada.

Para cuando llegaron a los aposentos donde Rand pasaría la noche, Egwene estuvo más que contenta de darle las gracias con premura y cerrarle en las narices la puerta de la sala de estar. Por suerte, la Sabia debía de tener asuntos propios de los que ocuparse, porque de no ser así seguramente la habría seguido dentro ni que quisiera ni que no.

Egwene respiró profundamente y se puso a alisarse la falda y a ajustarse el chal. No era necesario, pero se sentía como si hubiese bajado rodando una cuesta empinada. A esa mujer le encantaba hacer de casamentera. Era muy capaz de preparar la guirnalda nupcial para una mujer, arrastrarla para que la pusiera a los pies del hombre que ella había elegido, y retorcerle el brazo a él hasta que la recogiera. Bueno, no es que arrastrara ni retorciera el brazo literalmente, pero el resultado venía a ser lo mismo. Por supuesto Sorilea no llevaría las cosas a ese extremo con ella. Después de todo la Sabia no creía realmente que se hubiese convertido en Aiel; sabía que Egwene era Aes Sedai; o creía que lo era, en cualquier caso. No, pues claro que no había razón para preocuparse por eso.

Estaba tanteando el pañuelo gris doblado que le sujetaba el pelo en las sienes cuando se quedó paralizada al oír el suave murmullo de unos pasos en el dormitorio. Si Rand era capaz de trasladarse de Caemlyn a Cairhien, quizás había utilizado el mismo método para regresar directamente a sus aposentos. O tal vez alguien —o algo— lo estaba esperando. Abrazó el *Saidar* y tejió varias cosas desagradables, listas para ser utilizadas. Una *gai'shain* salió del cuarto con un bulto de sábanas en los brazos y dio un respingo al verla. Egwene soltó el *Saidar* y confió en que no se hubiese puesto colorada otra vez.

Niella se parecía lo bastante a Aviendha para sorprender a primera vista, con aquella túnica blanca de amplia capucha; hasta que uno caía en la cuenta de que había que añadir seis o siete años a un rostro que quizá no era tan moreno y tal vez sí un poco más llenito. La hermana de Aviendha nunca había sido Doncella Lancera, sino tejedora, y había cumplido con creces más de la mitad del plazo de un año y un día de servicio. Egwene no saludó, porque con ello sólo habría agravado la turbación de la otra mujer.

—¿Se espera pronto a Rand? —preguntó.

—El *Car'a'carn* vendrá cuando tenga que venir —contestó Niella con los ojos agachados en un gesto humilde. Eso resultaba muy chocante; el rostro de Aviendha, aunque más lleno, no encajaba bien con ese aire sumiso—. Somos nosotros los que debemos estar preparados para cuando él aparezca.

—Niella, ¿tienes idea de por qué Aviendha necesitaba encontrarse a solas con Amys, Bair y Melaine? —Desde luego no tenía nada que ver con el caminar en sueños; en ese terreno su capacidad era tan escasa como la de Sorilea.

—¿Está Aviendha aquí? No, no sé qué razón tendrá. —Sin embargo, los ojos azulverdosos de Niella se estrecharon levemente nada más pronunciar las palabras.

—Tú sabes algo —insistió Egwene. Podía aprovechar la circunstancia de la obediencia obligada de los *gai'shain*—. Dime lo que es, Niella.

—Sé que Aviendha me azotará hasta que no pueda sentarme si el *Car'a'carn* me encuentra plantada aquí con las ropas de la cama sucias —

contestó Niella a regañadientes.

Egwene ignoraba si *el ji'e'toh* estaba involucrado de algún modo, pero cuando estaban juntas Aviendha trataba a su hermana de un modo tan estricto como a cualquier *gai'shain.* La túnica de Niella arrastró tras ella sobre la alfombra cuando la mujer se encaminó apresuradamente hacia la puerta, pero Egwene la agarró de una manga.

—¿Dejarás la vestimenta blanca cuando hayas cumplido tu plazo de servicio?

No era una pregunta adecuada, y la humildad desapareció dando paso a un orgullo digno de cualquier Doncella.

—Lo contrario sería hacer mofa del *ji'e'toh* —repuso, envarada. De improviso, una leve sonrisa asomó a sus labios—. Además, mi esposo vendrá a buscarme y eso no le gustaría nada. —La máscara sumisa volvió a aparecer—. ¿Puedo irme ya? Si Aviendha está aquí, prefiero no encontrarme con ella si puedo evitarlo, y antes o después vendrá a estos aposentos.

Egwene la dejó marchar. En cualquier caso no tenía derecho a hacer preguntas; hablar de la vida de un *gai'shain* antes o después de los ropajes blancos era deshonroso. Se sintió un poco avergonzada, aunque por supuesto ella no intentaba realmente seguir *el ji'e'toh.* Sólo lo suficiente para ser cortés.

Ya a solas, se instaló en un sillón dorado y de tallas severas que le resultó sorprendentemente incómodo después de tanto tiempo de sentarse cruzada de piernas en cojines o en el suelo. Subió las piernas y las dobló sobre el asiento; se preguntó qué estaría hablando Aviendha con Amys y las otras dos Sabias. Sobre Rand, casi con toda seguridad. Todo lo referente a él les interesaba a las Sabias. Les daban igual las Profecías del Dragón de las tierras húmedas, pero se sabían la Profecía de Rhuidean del derecho y del revés. Cuando destruyera a los Aiel, como la profecía anunciaba que haría, «un resto del resto» se salvaría, y se proponían conseguir que ese resto fuera lo más numeroso posible.

Por esa razón obligaban a Aviendha a permanecer cerca de él. Demasiado cerca para considerarlo decente. Si Egwene entrara en el dormitorio estaba convencida de que encontraría un jergón en el suelo preparado para Aviendha. Aun así, los Aiel veían esas cosas de manera distinta. Las Sabias querían que la joven le enseñara las costumbres y modos Aiel para recordarle que su ascendencia era Aiel aunque no hubiese sido educado así. Aparentemente las Sabias creían que para ello eran necesarias todas las horas de vigilia, y considerando a lo que se enfrentaban no les faltaba su punto de razón y Egwene lo reconocía. Pero aun así seguía siendo indecente hacer que una mujer durmiera en el mismo cuarto que un hombre.

No obstante, no estaba en sus manos hacer nada respecto a este asunto, sobre todo si se tenía en cuenta que Aviendha no parecía verlo como un problema. Egwene apoyó la barbilla en la mano, acodada en el sillón, e intentó discurrir cómo iniciar la conversación con Rand para llevarla hacia donde quería; pero, aunque le dio vueltas y vueltas a la cabeza, no había conseguido nada para cuando él entró, diciendo algo en voz baja a dos Aiel que había en el puerta, antes de cerrarla.

Egwene se incorporó de un brinco.

—Rand, tienes que ayudarme con las Sabias; ellas te harán caso —soltó de buenas a primeras sin poder contenerse. Eso no era ni mucho menos lo que se proponía decirle.

Librodot

—También yo me alegro de volver a verte —saludó él, sonriendo.

Llevaba ese trozo de lanza seanchan, pero ahora tenía unos dragones cincelados en el astil que no estaban la última vez que la había visto. Egwene habría querido saber dónde la había conseguido; cualquier cosa seanchan le ponía la piel de gallina.

—Yo estoy bien, gracias, Egwene —continuó Rand—. ¿Y tú? Parece que vuelves a ser la misma, con el mismo empuje de siempre.

Tenía aspecto de estar agotado. Y ofrecía un aire endurecido, tanto que hacía parecer chocante su sonrisa. Cada vez que lo veía daba la impresión de haberse vuelto más inflexible.

—No tienes que hacerte el gracioso —gruñó. Mejor seguir en la misma línea que había empezado. Mucho mejor que echar marcha atrás y darle motivo para que siguiera sonriendo—. ¿Querrás ayudarme?

—¿Cómo?

Actuando como si estuviera en su casa —bueno, en realidad estaba en sus aposentos— soltó el trozo de lanza sobre una pequeña mesa de patas talladas con figuras de leopardos, y se quitó el cinturón de la espada y la chaqueta. De algún modo conseguía no sudar, lo mismo que los Aiel.

—Las Sabias me prestan atención —prosiguió él—, pero sólo escuchan lo que quieren escuchar. He llegado a conocer bien esa mirada inexpresiva que adoptan cuando deciden que estoy diciendo tonterías, y, en lugar de avergonzarme manifestándolo en voz alta o discutirlo conmigo, se limitan a hacer caso omiso.

Acercó una de las sillas doradas para ponerla frente a la de Egwene y se sentó despatarrado, con las piernas estiradas. Se las ingenió para hacer incluso eso con arrogancia. Definitivamente había demasiada gente que le hacía reverencias.

—Es que a veces sólo dices tonterías —rezongó Egwene. Por alguna razón, el no disponer de más tiempo para pensar le aclaró las ideas. Se ajustó bien el chal y se plantó delante de él—. Sé que te gustaría tener noticias de Elayne otra vez. —¿Por qué asomó a su rostro esa expresión tan triste y tan gélida a la vez? Seguramente porque hacía mucho tiempo que no sabía nada de la joven—. Dudo que Sheriam les haya dado a las Sabias muchos mensajes suyos para ti. —Ninguno, por lo que sabía, aunque Rand apenas había estado en Cairhien para que se los hubiesen transmitido, en cualquier caso—. Es a mí a quien Elayne confiaría ese tipo de mensajes. Podría traértelos si convences a Amys de que ya estoy lo bastante fuerte para... Para reanudar mis estudios.

Ojalá no hubiese vacilado, pero Rand ya sabía demasiado sobre el caminar en sueños, si no del *Tel'aran'rhiod.* Era un nombre que se guardaba muy en secreto entre las Sabias, particularmente entre las que sabían caminar en sueños. Ella no era quién para revelar secretos que no eran suyos.

—¿Querrás decirme dónde está Elayne?

Lo preguntó como quien pide una taza de té. Egwene vaciló, pero el acuerdo entre Nynaeve, Elayne y ella —Luz, ¿cuánto tiempo había pasado desde que lo habían hecho?— seguía en pie. Rand había dejado de ser el muchacho con el que había crecido. Era un hombre adulto, pagado de sí mismo, y a pesar del tono utilizado aquella mirada intensa exigía una respuesta. Si entre las Aes Sedai y las Sabias saltaban chispas, entre las primeras y él estallaría una conflagración. Tenía que haber una barrera amortiguadora entre ellos, y las únicas disponibles eran ellas tres. Tenía que

Librodot

hacerse así, pero confiaba en no acabar estallando en llamas por llevarlo a cabo.

—No puedo decirte eso, Rand. No tengo derecho, porque no me corresponde a mí hacerlo.

Y eso también era verdad. Pensándolo bien, no es como si le dijera dónde estaba Salidar, más allá de Altara, en alguna parte a lo largo del río Eldar. Rand se inclinó hacia adelante, mirándola intensamente.

—Sé que está con Aes Sedai. Y me dijiste que esas Aes Sedai me apoyaban o podrían apoyarme. ¿Me tienen miedo? Si es por eso, juraré mantenerme lejos de ellas. Egwene, me propongo entregar el Trono del León y el Trono del Sol a Elayne. Tiene derecho a reclamar ambos; Cairhien la aceptará tan pronto como Andor. La necesito, Egwene.

La joven abrió la boca... Y entonces se dio cuenta de que había estado a punto de contarle todo lo que sabía de Salidar. Justo a tiempo la cerró con tanta fuerza que le dolieron las mandíbulas. Se abrió al *Saidar;* la dulce sensación de vida, tan intensa que superaba todo lo demás, pareció ayudarla; lentamente la urgencia de hablar empezó a remitir.

Se recostó en el sillón soltando un suspiro y lo miró con los ojos muy abiertos. Una cosa era saber que Rand era el *ta'veren* más fuerte desde Artur Hawkwing y otra muy distinta quedar atrapada en su atracción. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para no abrazarse a sí misma y estremecerse.

—No me lo dirás —musitó él, y no era una pregunta. Luego se frotó los antebrazos, recordando a la joven que aferraba el *Saidar,* así de cerca, él lo percibía como un leve cosquilleo—. ¿Crees que quiero sacártelo a la fuerza? —espetó, de repente furioso—. ¿Acaso soy ahora un monstruo tan horrible para que necesites recurrir al Poder a fin de protegerte contra mí?

—No necesito que nada me proteja de ti —adujo ella con toda la calma que fue capaz. Su estómago todavía estaba un poco revuelto. Era Rand, y también un hombre que podía encauzar. Una parte de ella deseaba farfullar y chillar, y se avergonzaba por ello, pero eso no bastó para que desapareciera la sensación. Soltó el *Saidar,* lamentando el leve atisbo de renuencia con que lo hizo. Empero, eso no tenía importancia; si la cosa llegaba a un forcejeo con el Poder, a menos que se las ingeniara para aislarlo con un escudo Rand podría someterla con la misma facilidad como lo haría luchando físicamente—. Siento no poder complacerte, Rand, pero no me es posible. Aun así, sigo pidiéndote que me ayudes. Sabes que sería como ayudarte a ti mismo.

Su ira desapareció para dar paso a una mueca inquietante; era aterrador la rapidez con que le ocurría eso.

—«Un gato por un pato o un pato por un gato» —recitó él.

«Pero nada por nada», terminó el dicho Egwene para sus adentros. Se lo había oído decir a un tipo de Embarcadero de Taren cuando era una chiquilla.

—Puedes coger tu gato y tu pato y metértelos en donde te quepan, Rand al'Thor —le replicó fríamente. Se las ingenió para no dar un portazo cuando salió, pero le faltó poco.

Mientras se alejaba a grandes zancadas, se preguntó qué iba a hacer ahora. Tenía que convencer de algún modo a las Sabias de que la dejaran volver al *Tel'aran'rhiod;* legalmente, se entiende. Antes o después Rand se encontraría con las Aes Sedai de Salidar y sería de gran ayuda si pudiera volver a hablar antes con Elayne o Nynaeve. Estaba un poco sorprendida de que Salidar no hubiese entrado en contacto con él ya; ¿qué estaba frenando

Librodot

a Sheriam y a las demás? Nada sobre lo que ella pudiera hacer algo, y probablemente sabían mejor que ella a qué atenerse.

Había algo que estaba deseando contarle a Elayne: Rand la necesitaba. Lo había dicho como si fuera lo más sincero que hubiese manifestado en su vida. Eso debería alejar cualquier preocupación sobre si seguía amándola. Ningún hombre podía decir de ese modo que necesitaba a una mujer a menos que la amase.

Durante unos instantes, Rand se quedó sentado mirando la puerta después de que se hubo cerrado tras Egwene. ¡Cuánto había cambiado! Ya no era aquella muchachita con la que había crecido. Con esas ropas Aiel se las arreglaba bastante bien para parecer una Sabia —salvo por la estatura, se entiende—, una Sabia baja, con enormes ojos oscuros. Claro que Egwene había hecho todo siempre volcándose en ello. Se había mantenido fría como cualquier Aes Sedai, aferrando el *Saidar* cuando creyó que la amenazaba. Eso era lo que él debía tener muy presente: llevara las ropas que llevara, quería ser Aes Sedai, y guardaría los secretos de las Aes Sedai aunque él le hubiera dejado muy claro que necesitaba a Elayne para consolidar la paz en dos naciones. Tenía que pensar en ella como una Aes Sedai. Qué triste.

Cansado, se puso de pie y volvió a meterse la chaqueta. Todavía tenía que ver a los nobles de Cairhien; a Colavaere, Maringil, Dobraine y los demás. Y a los tearianos. Meilan, Aracome y esa pandilla se revolverían si les dedicaba un segundo más a los cairhieninos que a ellos. Y las Sabias también querrían entrevistarse con él. Y Timolan y los otros jefes de clan que estaban allí y con los que no se había reunido todavía ese día. ¿Por qué demonios habría querido marcharse de Caemlyn? Bueno, charlar con Herid había sido agradable; no así los interrogantes que habían surgido en la conversación, pero resultaba grato hablar con alguien que nunca pensaba en él como el Dragón Renacido. Y había disfrutado de un rato en soledad sin tener un corrillo de Aiel a su alrededor; iba a buscar el modo de tener otros ratos así.

Reparó en su imagen reflejada en un espejo de marco dorado.

—Al menos no dejaste que advirtiera que estás cansado —le dijo a su reflejo. Aquél había sido uno de los consejos más concisos de Moraine: «Nunca dejes que ellos adviertan que estás débil». Sólo tenía que acostumbrarse a pensar en Egwene como una de ellos.

Acuclillada como si estuviera a sus anchas en el jardín que había bajo los aposentos de Rand al'Thor, Sulin lanzaba un pequeño cuchillo contra la tierra, entreteniéndose aparentemente en un juego de lanzamiento. El suave grito de un búho procedente de una de las ventanas la hizo incorporarse con rapidez al tiempo que mascullaba una maldición y se guardaba el cuchillo en el cinturón. Rand al'Thor había salido de nuevo de su habitación. Estar vigilándolo de este modo no iba a funcionar. Si dispusiera de Enaila o Somara, se lo dejaría a ellas. Por lo general, trataba de protegerlo de esa clase de estupideces al igual que lo haría con un primer hermano.

Trotó hacia la puerta más próxima y se reunió con otras tres Doncellas —ninguna de las cuales había llegado con ella— y empezaron a buscar por el laberinto de corredores tratando de aparentar que sólo estaban caminando. Quisiera lo que quisiera el *Car'a'carn,* nada debía ocurrirle al único hijo de una Doncella que había vuelto a ellas.

Librodot

CAPÍTULO 19

Cosas del toh

Rand pensó que dormiría bien esa noche. Estaba casi lo bastante agotado para olvidar el roce de Alanna y, lo que era más importante, que Aviendha seguía en las tiendas con las Sabias, sin desnudarse despreocupadamente aunque él estuviera presente, ni alterando su descanso con el acompasado sonido de su respiración. Empero, era otra cosa lo que le hacía dar vueltas en la cama. Sueños. Siempre salvaguardaba sus sueños para impedir que entraran en ellos los Renegados —y las Sabias—, pero protegerlos no dejaba fuera lo que ya había en ellos. Tenía sueños de enormes cosas blancas como gigantescas alas de pájaro sin el pájaro, volando por el cielo; de inmensas urbes con edificios increíblemente altos, brillando al sol, y formas como escarabajos y gotas de agua aplastadas desplazándose veloces por las calles. Había visto todo eso antes, dentro del gigantesco *ter'angreal* de Rhuidean, donde había obtenido los dragones en los antebrazos, y reconocía tales imágenes como pertenecientes a la Era de Leyenda, pero esta vez era distinto. Todo parecía distorsionado, los colores... equivocados, como si les ocurriera algo a sus ojos. Los volaplanos vacilaban y caían, llevando a la muerte a centenares. Los edificios se hacían añicos como si fueran de cristal, las ciudades ardían y la tierra se combaba cual un océano en plena tempestad. Y una vez tras otra se encontraba ante una hermosa mujer de cabello rubio y contemplaba cómo su expresión de amor se transformaba en otra de terror. Una parte de él sabía quién era. Una parte de él deseaba salvarla, del Oscuro, de cualquier mal y de lo que él mismo estaba a punto de hacer. ¡Tantas partes de él, la mente que se astillaba en brillantes fragmentos cristalinos, todos chillando!

Despertó en medio de la oscuridad, sudoroso, trémulo. Los sueños de Lews Therin. Esto, soñar los sueños de ese hombre, no había ocurrido antes. Se quedó tumbado las siguientes horas hasta que amaneció, mirando al vacío, con temor de cerrar los ojos. Mantuvo aferrado el *Saidin* como si con él pudiera combatir al hombre muerto, pero Lews Therin permaneció en silencio.

Cuando la pálida luz del alba apareció finalmente en la ventana, un *gai'shain* entró sin hacer ruido en el cuarto llevando una bandeja de plata cubierta con un paño blanco. Al ver que Rand estaba despierto, no habló, pero hizo una reverencia y se marchó tan en silencio como había llegado. Con el Poder dentro de sí, Rand olió vino aromatizado con especias, pan reciente, mantequilla y miel, así como las gachas de avena calientes que los Aiel tomaban por la mañana, todo ello como si tuviera la nariz metida en la bandeja. Soltó la Fuente, se vistió y se ciñó la espada a la cintura. No tocó el paño que tapaba el desayuno; no tenía apetito. Salió de sus aposentos con el Cetro del Dragón apoyado en el doblez del brazo.

Las Doncellas estaban de vuelta en el ancho pasillo, con Sulin, y Urien con sus Escudos Rojos, pero no eran los únicos. La gente se apiñaba, hombro con hombro, en el corredor, detrás de los guardias. Y algunos en el

interior del anillo. Aviendha se encontraba entre una delegación de Sabias formada por Amys, Bair, Melaine, Sorilea —por supuesto—, Chaelin, una Miagoma de Agua Humeante con pinceladas grises en el cabello rojo oscuro, y Edarra, una Neder del clan Shiande que no parecía mucho mayor que él mismo, aunque sus azules ojos poseían ya una calma aparentemente inquebrantable, y su pose erguida no tenía nada que envidiar a las del resto. También Berelain se encontraba con ellas, pero no así Rhuarc ni ninguno de los otros jefes de clan. Lo que tenía que hablar con ellos ya estaba dicho y los Aiel no alargaban las cosas sin necesidad. Empero ¿qué hacían allí estas Sabias? ¿O Berelain? El vestido verde y blanco que llevaba esa mañana dejaba a la vista una generosa porción de su pálido busto.

Además estaban los cairhieninos, fuera del círculo de Aiel. Colavaere, impresionantemente atractiva en su madurez, con el oscuro cabello peinado en una compleja torre de rizos; las bandas horizontales prestaban color a su vestido desde el cuello bordado con hilos de oro hasta más abajo de las rodillas, un número de bandas muy superior al de cualquiera de los presentes. Dobraine, con su rostro cuadrado y complexión robusta, el cabello casi completamente gris afeitado al estilo soldadesco y la chaqueta desgastada por el roce de las correas del peto. Maringil, tieso como un palo, el blanco cabello cayendo sobre sus hombros; no se había afeitado la frente, y su oscura levita de seda, surcada horizontalmente de franjas como el vestido de Dobraine hasta casi las rodillas, no habría desentonado en un baile. Dos docenas o más se apiñaban detrás, en su mayoría hombres y mujeres más jóvenes, muy pocos de los cuales lucían franjas horizontales que les llegaran a la cintura.

—Que la gracia le sea propicia al señor Dragón —murmuraron al tiempo que hacían reverencias o inclinaban la cabeza llevándose la mano al corazón, y añadieron—: La gracia nos honra con la presencia del señor Dragón.

También los tearianos contaban con su contingente, Grandes Señores y Señoras, sin nobles de menor rango, tocados con gorros picudos de terciopelo y ataviados con chaquetas de seda y mangas abullonadas y con franjas de satén ellos, y vestidos de colores fuertes con chorreras de encaje y tocas de perlas o gemas ajustadas a la cabeza ellas; presentaron sus respetos con un «La Luz ilumine al Dragón Luminoso». Meilan, ni que decir tiene, era el más adelantado, esbelto, impasible y duro, con su barba canosa recortada en pico. Muy cerca de él, la expresión severa y los acerados ojos de Fionnda no menguaban su belleza, mientras que la sonrisa tonta de Anaiyella sí disminuía la suya. Ciertamente no había sonrisas, ni de un tipo ni de otro, en los semblantes de Maraconn, cuyos azules ojos eran una rareza entre los tearianos, ni del calvo Gueyam, ni de Aracome, que parecía el doble de delgado en comparación con la oronda figura de Gueyam, aunque la expresión de ambos era igualmente dura. Estos últimos, así como Meilan, habían sido uña y carne con Hearne y Simaan. Rand no había mencionado a esos dos, ni su traición, el día anterior, pero estaba seguro de que tal hecho era conocido aquí, como también estaba seguro de que su silencio al respecto guardaba un significado u otro conforme a la manera de pensar de cada hombre. Se habían acostumbrado a esta actitud de Rand desde su llegada a Cairhien, y esa mañana lo observaban como si en cualquier momento fuera a impartir órdenes para que los arrestaran.

En realidad, casi todo el mundo estaba vigilando a alguien. Muchos echaban ojeadas nerviosas a los Aiel, a menudo tapando la ira con mayor o

Librodot

menor éxito. Otros observaban a Berelain casi con igual prevención; a Rand le sorprendió advertir que en los varones, incluso en los tearianos, predominaba la expresión cavilosa a la lasciva en sus semblantes cuando la miraban. En su mayoría, naturalmente, lo observaban a él; era quien era y lo que era. La fría mirada de Colavaere pasaba de Rand a Aviendha, y entonces se volvía abrasadora; ahí había una enemistad enquistada, aunque la joven Aiel parecía haberlo olvidado. Desde luego, Colavaere jamás olvidaría la paliza que había recibido de Aviendha cuando ésta la sorprendió en los aposentos de Rand, ni perdonaría el hecho de que lo sucedido fuera del dominio público ahora. Meilan y Maringil dejaban claro su mutua desconfianza al evitar mirarse entre ellos. Ambos deseaban el trono de Cairhien y ambos creían que el otro era su principal rival. Dobraine observaba a Meilan y a Maringil, aunque a saber el porqué. Melaine estudiaba a Rand, en tanto que Sorilea la estudiaba a ella, y Aviendha tenía la vista clavada en el suelo, el ceño fruncido. Una joven de ojos grandes que estaba entre los cairhieninos llevaba el cabello suelto y cortado por los hombros en lugar de peinado en alto con rizos, y ceñida a la cintura lucía una espada sobre el traje de montar en el que sólo había seis franjas de color. Muchos de los otros no se molestaban en disimular sonrisas desdeñosas cuando la miraban; ella no parecía advertirlo, ya que estaba pendiente de las Doncellas, a las que dirigía ojeadas de franca admiración, y de Rand, a quien miraba con franco terror. Rand la recordaba. Era Selande, una de las muchas jóvenes bonitas que Colavaere había enviado a sus aposentos en la creencia de que así enredaría al Dragón Renacido en sus intrigas, hasta que Rand la convenció de que no funcionaría. Con la ayuda no solicitada de Aviendha, desafortunadamente. Rand esperaba que Colavaere lo temiera la bastante para que renunciara a vengarse de Aviendha; sin embargo, le habría gustado convencer a Selande de que no tenía nada que temer de él. «No puedes complacer a todos —había dicho Moraine—. Ni puedes disipar los temores de todos.» Una mujer dura.

Para acabar de rematarlo, los Aiel vigilaban a todo el mundo salvo a las Sabias, naturalmente. Y excepto a Berelain, por alguna razón. Siempre miraban con desconfianza a las gentes de las tierras húmedas, pero por su actitud despreocupada hacia ella habríase dicho que la Principal era una Sabia más.

—Me honráis con vuestra presencia. —Rand confiaba en que su tono no sonara demasiado seco. Otra vez de vuelta a los desfiles. Se preguntó dónde estaría Egwene. Seguramente holgazaneando en la cama. Durante unos breves instantes consideró la posibilidad de buscarla y hacer un último intento para... No, si ella no quería decírselo, no sabía cómo podía convencerla de lo contrario. Mala suerte que las peculiaridades de ser *ta'veren* no funcionaran cuando más lo precisaba—. Lamentablemente hoy no podré hablar más con vosotros. Regreso a Caemlyn.

Andor era el problema que tenía que solucionar ahora. Andor y Sammael.

—Vuestras órdenes se van a llevar a cabo, mi señor Dragón —dijo Berelain—. Esta mañana, para que así podáis presenciarlo.

—¿Mis órdenes?

—Mangin —repuso escuetamente ella—. Se le comunicó esta mañana.

La mayoría de las Sabias habían adoptado una expresión impávida, pero Bair y Sorilea traslucían una manifiesta desaprobación, curiosamente dirigida a Berelain.

Librodot

—No tengo intención de presenciar el ahorcamiento de todos los asesinos —replicó fríamente Rand.

En realidad lo había olvidado o, más bien, lo había apartado a un rincón de su mente. Colgar a un hombre al que se aprecia no es algo que nadie desee recordar. Rhuarc y los demás jefes de clan ni siquiera habían mencionado el tema cuando habló con ellos. Otra cosa cierta es que no estaba dispuesto a convertir en algo especial esta ejecución. Los Aiel debían vivir conforme a la ley como todos los demás; los cairhieninos y los tearianos tenían que ver que era así y comprender que si no actuaba con favoritismo hacia los Aiel ciertamente tampoco lo haría con ellos. «Estás utilizando todo y a todos», pensó, asqueado; al menos esperaba que el pensamiento fuera suyo. Además, no deseaba presenciar un ahorcamiento, y mucho menos el de Mangin.

Meilan, desde luego, parecía pensativo y el sudor empezaba a perlar la frente de Aracome, aunque eso podría deberse al calor. Colavaere, que se había quedado pálida, parecía estar viéndolo por primera vez. Berelain repartía una mirada atribulada entre Bair y Sorilea, que asintió con un cabeceo; ¿le habrían dicho que respondería así? No parecía probable. Las reacciones de los demás variaron desde la sorpresa a la satisfacción, pero Rand reparó particularmente en la de Selande. Tenía los ojos desorbitados y se había olvidado de las Doncellas; si antes lo miraba atemorizada, ahora estaba aterrada. Bien, pues que lo hiciera.

—Parto para Caemlyn de inmediato —anunció.

Un suave rumor recorrió las filas de cairhieninos y tearianos, algo muy parecido a suspiros de alivio.

No le sorprendió que todos lo acompañaran hasta la habitación reservada para los Viajes. A excepción de Berelain, las Doncellas y los Escudos Rojos mantuvieron detrás al resto de los habitantes de las tierras húmedas; en particular no les gustaba que los cairhieninos estuviesen cerca de él, y Rand se alegró de que ese día hicieran lo mismo con los tearianos. Hubo muchas miradas enconadas, pero nadie dijo nada, al menos a él. Ni siquiera Berelain, que venía inmediatamente detrás, con las Sabias y Aviendha, charlando en voz baja y de vez en cuando soltando risitas quedas. Eso le puso de punta el vello de la nuca; Berelain y Aviendha conversando. Y riendo.

Ya ante la puerta cuadrada de la habitación de Viajes, Rand mantuvo con todo cuidado la mirada por encima de la cabeza de Berelain cuando ésta le hizo una profunda reverencia.

—Dirigiré Cairhien sin temor ni favoritismo hasta vuestro regreso, mi señor Dragón.

A lo mejor, a pesar del asunto de Mangin, en realidad había acudido esa mañana sólo para decir eso y para que la oyeran decirlo los otros nobles. Por alguna razón, sus palabras provocaron una sonrisa indulgente en Sorilea. Rand sintió la necesidad de descubrir qué se estaba cociendo ahí; no permitiría que las Sabias interfirieran con Berelain. Las demás habían llevado aparte a Aviendha; parecían hablar a la joven por turnos, con firmeza, aunque Rand no alcanzó a entender una sola palabra.

—Cuando volváis a ver a Perrin Aybara —añadió la Principal—, transmitidle por favor mi más afectuoso saludo. Y también a Mat Cauthon.

—Esperaremos con ansiedad el regreso del señor Dragón —mintió Colavaere, manteniendo con empeño una expresión impasible.

Meilan le asestó una mirada feroz por habérselas arreglado para hablar

Librodot

en primer lugar, y a continuación soltó un florido discurso con el que no dijo realmente más de lo expresado por la noble, y que, claro está, Maringil tuvo que superar, al menos en lo referente a las florituras. Fionnda y Anaiyella aventajaron con creces los de los dos, agregando tantos halagos que Rand no pudo menos de echar una ojeada inquieta a Aviendha, pero las Sabias tenían ocupada a la joven todavía. Dobraine se conformó con un «Hasta la vuelta de mi señor Dragón», mientras que Maraconn, Gueyam y Aracome farfullaban algo incomprensible al tiempo que lo observaban con cautela.

Fue un alivio para Rand entrar en el cuarto, lejos de todos ellos. La sorpresa llegó cuando Melaine lo siguió delante de Aviendha. Rand enarcó las cejas en un gesto interrogante.

—Tengo que consultar con Bael ciertos asuntos de las Sabias —le dijo ella en un tono que no admitía tonterías, y acto seguido lanzó una mirada penetrante a Aviendha, quien mostraba tal expresión de inocencia que Rand supo que estaba ocultando algo. Aviendha podía ofrecer una amplia gama de expresiones naturales, pero nunca ésa; no tan inocente.

—Como quieras —respondió. Sospechaba que las Sabias habían estado esperando una oportunidad para mandarla a Caemlyn. ¿Quién mejor para asegurarse de que Rand no ejercía una mala influencia en Bael que la propia esposa de Bael? Al igual que Rhuarc, también tenía dos, algo sobre lo que Mat comentaba siempre que o era un sueño o una pesadilla y que él no sabía decidir entre una cosa y la otra.

Aviendha observó con interés mientras Rand abría el acceso a Caemlyn, en el salón del trono. La joven solía hacerlo a pesar de que no podía ver los flujos urdidos por un varón. Una vez había abierto un acceso ella, pero fue en un inusitado momento de pánico y después había sido incapaz de recordar cómo lo había hecho. Ese día, por alguna razón, la rotante franja luminosa pareció recordarle lo ocurrido aquella vez; el rubor tiñó sus morenas mejillas, y de repente se negó a mirar en su dirección. Con el Poder hinchiéndolo, Rand percibía su olor, el aroma a hierbas del jabón que utilizaba y un leve atisbo de perfume que él no recordaba que hubiese llevado nunca. Por una vez ansioso de cortar el contacto con el *Saidin,* Rand fue el primero que pasó al vacío salón del trono. Fue como si Alanna chocara violentamente dentro de su cabeza, su presencia tan palpable como si la tuviera ante sí. Había estado llorando, le pareció percibir. ¿Porque él se había marchado? Bueno, podía llorar por eso todo lo que quisiera. Tenía que librarse de ella de algún modo.

El hecho de que cruzara el acceso primero no les sentó bien a las Doncellas ni a los Escudos Rojos. Urien se limitó a gruñir mientras sacudía la cabeza con desaprobación. Sulin, pálida, se puso de puntillas para situarse cara a cara con Rand.

—El grande y poderoso *Car'a'carn* hizo a las *Far Dareis Mai* portadoras de su honor —siseó en un quedo susurro—. Si el supremo *Car'a'carn* muere en una emboscada mientras las Doncellas lo protegen, las *Far Dareis Mai* se quedarán sin honor. Si al todopoderoso *Car'a'carn* no le importa eso, tal vez Enaila tenga razón. Quizás el infalible *Car'a'carn* es un caprichoso muchachito al que habría que coger de la mano para que no se caiga por un precipicio porque no mira hacia dónde corre.

Rand tensó las mandíbulas. En privado apretaba los dientes y aguantaba cosas así —con menos pullas, generalmente— por la deuda que tenía contraída con las Doncellas, pero ni siquiera Enaila o Somara se habían atrevido a reprenderlo abiertamente en público. Melaine ya se

Librodot

encontraba a mitad de camino del salón, las faldas remangadas y casi trotando; por lo visto estaba impaciente por restablecer la influencia de las Sabias en Bael. Rand no sabía si Urien había oído las palabras de la Doncella, aunque el Aiel parecía extrañamente volcado en dirigir a sus velados *Aethan Dor,* que registraban entre las columnas junto con las Doncellas, algo para lo que no hacía falta instrucciones. Aviendha, por otro lado, cruzada de brazos, exhibía un gesto entre ceñudo y de aprobación, por lo que a Rand no le cupo duda alguna de que lo había escuchado.

—Ayer funcionó muy bien —respondió firmemente a Sulin—. De ahora en adelante creo que con dos guardias será más que suficiente.

Los ojos de la mujer parecieron a punto de salirse de las órbitas; parecía haberse quedado sin habla. Ahora que la había pillado por sorpresa, dejándola pasmada, era el momento para resarcirse, antes de que explotara como los fuegos artificiales de un Iluminador.

—Es diferente cuando salgo de palacio, por supuesto —agregó—. La guardia que me habéis proporcionado servirá entonces, pero aquí, o en el Palacio del Sol o en la Ciudadela de Tear, bastará con dos.

Le dio la espalda mientras la boca de la Doncella seguía abriéndose y cerrándose sin emitir sonido alguno.

Aviendha lo siguió de inmediato y rodearon el estrado de los tronos hacia las pequeñas puertas que había detrás. Había abierto el acceso allí en lugar de hacerlo directamente en sus aposentos con la esperanza de dejarla atrás. Incluso sin el *Saidin* podía olerla, o quizás era sólo el recuerdo. En uno u otro caso, Rand deseó tener la nariz congestionada con un catarro; ese aroma le gustaba demasiado.

Con el chal muy ajustado, Aviendha caminó con la mirada prendida al frente, como si estuviese preocupada, sin reparar en que él le abría una de las puertas que daban a los vestidores forrados con paneles de madera con tallas de leones y la sujetaba para que pasara, algo que generalmente provocaba al menos un poco de ira en ella y a veces la cáustica pregunta sobre cuál de los dos brazos creía que se había roto para que no pudiera hacerlo ella misma. Cuando Rand le preguntó qué le ocurría, la joven sufrió un sobresalto.

—Nada. Sulin tenía razón, pero... —De repente esbozó una sonrisa, como a regañadientes—. ¿Viste su cara? Nadie le había leído la cartilla así desde... Creo que nunca. Ni siquiera Rhuarc.

—Me sorprende un poco que te pongas de mi lado.

Ella lo miró con aquellos enormes ojos. Rand habría podido pasarse todo el día tratando de decidir si eran azules o verdes. No. No tenía derecho a pensar en sus ojos. Lo que había ocurrido entre ellos después de que la joven había abierto aquel acceso —para huir de él— no había cambiado nada. Él, sobre todo, no tenía derecho a pensar en ello.

—Cuántos problemas me causas, Rand al'Thor —dijo sin acalorarse—. Luz, a veces pienso que el Creador te hizo sólo para darme dolores de cabeza.

Rand quiso decirle que era culpa de ella —en más de una ocasión le había ofrecido enviarla de vuelta con las Sabias, aunque ello sólo habría significado que la reemplazarían por otra persona—; pero, antes de que tuviera ocasión de abrir la boca, Jalani y Liah los alcanzaron, seguidas a poca distancia por dos Escudos Rojos, uno de ellos un tipo canoso que tenía el triple de cicatrices en la cara que Liah. Rand mandó volver al salón del trono al Escudo Rojo de las cicatrices y a Jalani, lo que estuvo a punto de

Librodot

provocar una discusión. No por parte del Escudo Rojo, que se limitó a mirar a su compañero, se encogió de hombros y se marchó, pero la joven Doncella se plantó muy erguida. Rand señaló la puerta que daba al salón del trono.

—El *Car'a'carn* espera de las *Far Dareis Mai* que vayan donde les ordena.

—Puede que seas un rey para las gentes de las tierras húmedas, Rand al'Thor, pero no para los Aiel. —Un asomo de malhumor echaba a perder la actitud orgullosa de Jalani, recordándole a Rand lo joven que era—. Las Doncellas jamás te fallarán en la danza de las lanzas, pero esto no es la danza.

Aun así se marchó tras un rápido intercambio en el lenguaje de señas con Liah.

Acompañado por Liah y el otro Escudo Rojo, un hombre rubio llamado Cassin que era un par de dedos más alto que Rand, éste se encaminó a buen paso hacia sus aposentos. Y con Aviendha, naturalmente. Si había pensado que aquellas amplias faldas podían dejarla atrás, estaba muy equivocado. Liah y Cassin se quedaron en el pasillo, a la puerta de la sala de estar, una amplia estancia con un friso de mármol con tallas de leones en la unión de las paredes con el alto techo, y tapices que representaban escenas de caza y montañas brumosas, pero Aviendha lo siguió dentro.

—¿No deberías estar con Melaine? —demandó él—. ¿Los asuntos de Sabias y todo eso?

—No —repuso secamente—. A Melaine no le haría gracia que interfiriera en sus cosas en este momento.

Luz, y él no tendría que alegrarse de que no se marchara. Arrojó el Cetro del Dragón sobre una mesa de patas doradas y tallas de hojas de enredadera, y se desabrochó el cinturón de la espada.

—¿Te han dicho Amys y las otras dónde está Elayne? —preguntó.

Durante unos segundos larguísimos Aviendha se quedó parada en medio del suelo de baldosas azules, mirándolo fijamente con una expresión indescifrable.

—No lo saben —contestó finalmente—. Lo pregunté.

Era lo que Rand había esperado de ella. No lo hacía desde hacía meses, pero, antes de ir a Caemlyn con él la primera vez, una de cada dos palabras que salían de su boca era para recordarle que le pertenecía a Elayne. Y era así desde su punto de vista como Aiel, y dejó muy claro que lo ocurrido entre ambos al otro lado de aquel acceso no cambiaba ese hecho; como también dejó claro que no volvería a suceder. Como tenía que ser. Rand se sentía peor que un cerdo por lamentar que fuera así. Haciendo caso omiso de todas las excelentes sillas doradas, Aviendha se sentó cruzada de piernas en el suelo y arregló los pliegues de la falda.

—Pero sí hablaron de ti —comentó.

—¿Por qué será que no me sorprende? —manifestó con acritud él y, para su sorpresa, las mejillas de la mujer enrojecieron. Aviendha no era la clase de mujer que se ruborizara, y ésta era la segunda vez que le ocurría en el mismo día.

—Han compartido sueños, algunos de los cuales te conciernen a ti. —Su voz sonaba un tanto estrangulada e hizo una pausa para aclararse la garganta; después su mirada firme y decidida se clavó en él—. Melaine y Bair soñaron contigo subido en un bote —dijo; pronunció la última palabra con un acento raro a pesar de los meses que llevaba en las tierras húmedas—, con tres mujeres cuyos rostros no pudieron ver y una balanza

Librodot

inclinándose primero a un lado y después a otro. Melaine y Amys soñaron con un hombre de pie a tu lado, que tenía una daga puesta en tu garganta, pero tú no parecías verlo. Bair y Amys soñaron que cortabas las tierras húmedas en dos con una espada. —Durante un instante sus ojos lanzaron una ojeada rápida y despectiva hacia el arma envainada y puesta encima del Cetro del Dragón; despectiva y un tanto culpable. Se la había regalado ella, un arma que en tiempos había pertenecido el rey Laman, cuidadosamente envuelta en una manta para que no pudiera decirse que ella la había tocado—. No han podido interpretar los sueños, pero pensaron que tú deberías saberlo.

El primero le resultaba tan incomprensible como a las Sabias, pero el segundo parecía obvio. Un hombre al que no veía y con una daga tenía que ser un Hombre Gris; habiendo entregado su alma al Oscuro —no meramente comprometida, sino entregada— podían moverse sin que se reparara en ellos aunque se los estuviera mirando directamente, y su único propósito real era el asesinato. ¿Por qué no habían interpretado las Sabias algo tan evidente? En cuanto al último, se temía que también era muy obvio. De hecho ya había dividido países; Tarabon y Arad Doman estaban en ruinas, las rebeliones en Tear y Cairhien podían convertirse en algo más serio que meras conversaciones a escondidas en cualquier momento, e Illian ciertamente sentiría el peso de su espada. Y eso sin contar con el Profeta y los seguidores del Dragón en Altara y Murandy.

—No veo el misterio en ninguno de esos dos, Aviendha.

Sin embargo, cuando se lo explicó, la mujer lo miró con expresión de duda. Pues claro. Si las Sabias caminantes de sueños eran incapaces de interpretar un sueño, ciertamente nadie más podía hacerlo. Rand soltó un gruñido amargo y se sentó pesadamente en una silla enfrente de Aviendha.

—¿Qué más soñaron? —preguntó.

—Hay otro que puedo contarte, aunque quizá no te concierne. —Lo que significaba que había otros que no estaba autorizada a revelarle, cosa que le hizo preguntarse por qué las Sabias los habían comentado con ella, puesto que no era una caminante de sueños—. Las tres tuvieron este sueño, lo que lo hace especialmente significativo. La lluvia —esa palabra también la pronunció torpemente—, viniendo de un cuenco. Hay trampas tendidas alrededor de ese cuenco. Si lo cogen las manos adecuadas, hallarán un tesoro quizá tan grande como el cuenco. En las manos equivocadas, el mundo está condenado. La clave para encontrarlo es hallar al que ya no es.

—¿Que ya no es qué? —Éste, ciertamente, parecía mucho más importante que el resto—. ¿Te refieres a alguien que ha muerto?

El cabello rojo oscuro de Aviendha se meció por debajo de sus hombros cuando la joven sacudió la cabeza.

—No saben más de lo que he dicho.

Para sorpresa de Rand, Aviendha se incorporó suavemente haciendo esos arreglos automáticos en las ropas que las mujeres siempre hacían.

—¿Tienes que...? —Tosió deliberadamente. Había estado a punto de preguntarle si tenía que marcharse. Luz, pero si eso era lo que quería él. Cada minuto a su lado era una tortura. Claro que también lo era cada minuto lejos de ella. En fin, en este caso podía hacer lo que era adecuado y al mismo tiempo conveniente para él, y lo mejor para ella—. ¿Quieres regresar con las Sabias, Aviendha? ¿Deseas reanudar tus estudios? En realidad no tiene sentido que te quedes más tiempo aquí. Me has enseñado tanto que se diría que me he criado como un Aiel.

La sonora aspiración por la nariz de la joven lo dijo todo, pero, claro está, no se conformó con eso.

—Sabes menos que un crío de seis años —manifestó—. ¿Por qué un hombre hace más caso a su segunda madre que a su propia madre, y una mujer a su segundo padre más que al suyo propio? ¿Cuándo puede una mujer casarse con un hombre sin hacer una guirnalda matrimonial? ¿Cuándo debe obedecer una señora del techo a un herrero? Si tomas a una orfebre de *gai'shain,* ¿por qué debes dejarla trabajar para sí misma un día por cada uno que trabaje para ti? ¿Por qué no ocurre lo mismo con una tejedora?

Rand empezó a farfullar respuestas que venían a decir que no tenía ni idea, pero de repente Aviendha empezó a toquetear su chal con gesto absorto, como si se hubiese olvidado de él.

—A veces el *ji'e'toh* conduce a situaciones chistosas. Me partiría de risa si no fuera yo el blanco de ésta. —Su voz se redujo a un susurro—. Cumpliré con mi *toh.*

Rand creía que hablaba consigo misma, pero aun así respondió:

—Si te refieres a Lanfear, no fui yo quien te salvó, sino Moraine. Murió por salvarnos a todos —dijo con tono cuidado.

El regalo de la espada de Laman la había liberado de otro *toh* con él, aunque Rand nunca acabó de comprender cuál había sido. La única obligación que ella sabía. Rand rogó que nunca descubriera la otra; porque la vería como tal, aunque él no la viera así. Aviendha alzó los ojos hacia él, con la cabeza ladeada y una leve sonrisa asomando a sus labios. Había recobrado la compostura de un modo que habría hecho sentirse orgullosa a Sorilea.

—Gracias, Rand al'Thor. Bair dice que está bien recordar de vez en cuando que un hombre no lo sabe todo. Asegúrate de avisarme cuando pienses acostarte. No quiero llegar tarde y despertarte.

Rand se quedó sentado, mirando la puerta después de que la mujer hubo salido. Por lo general era más fácil comprender a un cairhienino enredado en el Juego de las Casas que a cualquier mujer sin que ésta hiciera esfuerzo alguno por ser enigmática. Sospechaba que lo que sentía por Aviendha, fuera lo que fuese, enredaba aun más las cosas.

«Aquello que amo, lo destruyo —rió Lews Therin—. Aquello que destruyo, lo amo.»

«¡Cállate!», pensó, furioso, Rand, y la vesánica risa desapareció. No sabía a quién amaba, pero sí sabía a quién iba a salvar. De todos los peligros que estuvieran a su alcance, pero especialmente de él.

En el pasillo, Aviendha se tambaleó contra la puerta al tiempo que hacía inhalaciones profundas para calmarse. O para intentarlo. Su corazón parecía seguir empeñado en salírsele a través de la caja torácica. Estar cerca de Rand al'Thor era como si la tendieran desnuda sobre brasas y tiraran de ella hasta que tuviera la impresión de que se le iban a descoyuntar los huesos. La vergüenza que la embargaba era mayor de lo que jamás pensó que sentiría. Una situación chistosa, le había dicho, y una parte de ella quiso reír. Tenía *toh* con él, pero mucho más con Elayne. Lo único que él había hecho había sido salvarle la vida. Lanfear la habría matado si no hubiese estado él. Lanfear quería matarla a ella particularmente, y del modo más doloroso posible. De algún modo, Lanfear lo había descubierto. En

Librodot

relación con el incurrido con Elayne, su *toh* con Rand era un termitero comparado con la Columna Vertebral del Mundo.

Cassin —el corte de su chaqueta le indicó que era Goshien así como *Aethan Dor,* aunque no supo reconocer su septiar— se limitó a mirarla desde donde estaba en cuclillas, con las lanzas sobre las rodillas; no sabía nada, por supuesto. Pero Liah le sonrió, demasiado animosa para una mujer a quien no conocía, demasiado avisada para cualquier persona. Aviendha se impresionó al descubrirse pensando que los Chareen, como la chaqueta de Liah indicaba que era, a menudo le daban a la lengua y andaban con chismorreos; jamás había pensado en ninguna Doncella como otra cosa que una *Far Dareis Mai.* Rand al'Thor la había alterado hasta el punto de volver incoherente su razonamiento.

Aun así, sus dedos se movieron furiosamente con el lenguaje de señas. «¿Por qué te ríes, muchacha? ¿No tienes nada mejor en lo que emplear tu tiempo?»

Las cejas de Liah se enarcaron levemente y, si hubo algún cambio, fue que su sonrisa se tornó aun más divertida. Sus dedos se movieron en una respuesta. «¿A quién llamas muchacha, chica? Todavía no eres Sabia pero has dejado de ser Doncella. Creo que tejerás tu alma en una guirnalda para ponerla a los pies de un hombre.»

Aviendha adelantó un paso con aire iracundo —había pocos insultos peores entre las *Far Dareis Mai*— pero se detuvo. Si hubiera llevado puesto el *cadin'sor,* probablemente Liah no habría sido superior a ella, pero con faldas acabaría derrotada. Lo que es peor, Liah seguramente rehusaría hacerla su *gai'shain* —estaba en su derecho, al ser atacada por una mujer que no era Doncella y todavía no había llegado a Sabia— o exigiría azotarla delante de todos los Taardad que pudiera reunir. Una vergüenza menor que el rechazo, pero no pequeña. Lo peor de todo, tanto si ganaba como si perdía, era que Melaine encontraría el modo de recordarle que había dejado la lanza y, a buen seguro, de una manera que la haría desear que Liah le hubiera dado diez palizas frente a todos los clanes. Aplicada por una Sabia, la humillación era más afilada que la hoja de un cuchillo. Liah no movió un solo músculo; sabía todo eso tan bien como la propia Aviendha.

—Ahora os sostenéis fijamente la mirada —comentó Cassin con aire indiferente—. Algún día tengo que aprender ese lenguaje de manos que utilizáis.

Liah volvió los ojos hacia él y soltó una risa cristalina.

—Estarás muy guapo con faldas, Escudo Rojo, el día que solicites convertirte en Doncella.

Aviendha había estado conteniendo la respiración y soltó el aire con alivio cuando Liah apartó la vista de ella; en estas circunstancias no habría podido mirar a otro lado primero sin mengua de su honor. De manera automática, sus dedos se movieron en reconocimiento, los primeros signos que aprendía una Doncella, ya que era la frase que utilizaba más a menudo una novata: tengo *toh* contigo.

Liah respondió al instante: «Muy pequeño, hermana de lanza».

Aviendha sonrió con agradecimiento al faltar en el mensaje el gesto del dedo meñique doblado que habría convertido la última parte de la frase en una pulla y que se utilizaba con las mujeres que habían renunciado a la lanza y que después intentaban comportarse como si no lo hubiesen hecho.

Un sirviente de las tierras húmedas venía pasillo adelante con paso apresurado. Evitando que su rostro reflejara el desdén que sentía por

Librodot

alguien que se pasaba la vida sirviendo a otros, Aviendha se encaminó en dirección opuesta para así no tener que cruzarse con el tipo. Matar a Rand al'Thor satisfaría un *toh,* y matarse a sí misma satisfaría el segundo, pero cada *toh* impedía esa solución para el otro. Dijeran lo que dijeran las Sabias, tenía que encontrar un modo de resarcir ambos.

Librodot

CAPÍTULO 20

Desde el stedding

Rand había empezado a apretar con el pulgar el tabaco metido en la cazoleta de su pipa cuando Liah asomó la cabeza por la puerta. Antes de que tuviera ocasión de decir nada, un hombre de cara oronda, vestido con librea roja y blanca, la empujó para pasar y cayó de rodillas ante Rand, jadeando, mientras la Doncella lo miraba sin salir de su asombro.

—Mi señor Dragón —barbotó el tipo casi sin resuello—, unos Ogier han llegado a palacio. ¡Tres, nada menos! Se les ha ofrecido vino, pero insisten en que lo único que quieren es ver al lord Dragón.

Rand se obligó a dar un tono sosegado a su voz; no deseaba asustar al hombre.

—¿Cuánto hace que estás en palacio? —La librea correspondía a su talla y el hombre no era joven—. Me temo que no sé tu nombre.

El hombre arrodillado lo miró con ojos desorbitados.

—¿Mi nombre? Me llamo Bari, milord Dragón. Eh... Veintidós años en servicio, mi señor Dragón, en la próxima Noche de Invierno. Mi señor Dragón, los Ogier...

Rand había visitado un *stedding* Ogier en dos ocasiones, pero no estaba seguro del protocolo correcto. Los Ogier habían construido la mayoría de las grandes ciudades, sus zonas más antiguas, y seguían saliendo de sus *steddings* de vez en cuando para realizar reparaciones, aunque Rand dudaba que Bari se mostrara tan excitado con la llegada de alguien de menor categoría que un rey o unas Aes Sedai. Bueno, quizá por ellas no. Rand volvió a guardar la pipa y la bolsita del tabaco en un bolsillo.

—Condúceme hasta ellos.

Bari se incorporó rápidamente, casi saltando sobre las puntas de los pies. Rand supuso que había tomado la decisión correcta, ya que el hombre no mostraba sorpresa por que el lord Dragón acudiera a recibir a los Ogier en vez de ordenar que los llevara a su presencia. No cogió la espada ni el cetro; ninguna de las dos cosas impresionaría a los Ogier. Liah y Cassin lo acompañaron, por supuesto, y fue evidente que Bari habría regresado a la carrera de no verse obligado a mantener el paso marcado por Rand.

Los Ogier aguardaban en un patio en el que había una fuente, con el pilón lleno de nenúfares y peces de colores. Eran un varón y dos féminas; él tenía el pelo blanco y llevaba una larga levita cuyos vuelos caían sobre unas botas altas con la parte superior vuelta; una de las mujeres era mucho más joven que la otra, y las faldas de ambas lucían bordados de hojas y enredaderas, los de la mayor bastante más complejos. Las copas doradas, acordes al tamaño de humanos, parecían minúsculas en sus manos. Varios árboles conservaban hojas todavía y el propio palacio daba sombra. Los Ogier no estaban solos; cuando Rand apareció, Sulin y alrededor de tres docenas de Doncellas estaban arracimadas a su alrededor, y también Urien con cincuenta o más de sus hombres. Los Aiel tuvieron la delicadeza de guardar silencio al ver a Rand.

—Vuestro nombre canta en mis oídos, Rand al'Thor —dijo el Ogier con una voz semejante a un trueno lejano, e hizo las presentaciones con aire serio.

Él era Haman, hijo de Dal, nieto de Moral. La mujer de más edad era Covril, hija de Ela, nieta de Soong; y la más joven era Erith, hija de Iva, nieta de Alar. Rand recordaba haber visto a Erith una vez, en el *stedding* Tsofu, situado a dos días a caballo desde la ciudad de Cairhien. No se le ocurría qué los habría llevado a Caemlyn.

Los Ogier empequeñecían a los Aiel con su tamaño; hacían que el patio pareciera pequeño. Haman debía de ser unos noventa centímetros más alto que Rand, y su corpulencia estaba en consonancia con su talla; Covril era una cabeza más baja que su compañero —una cabeza Ogier, se entiende—, e incluso Erith sacaba cuarenta y cinco centímetros a Rand como poco. Empero, el tamaño era la diferencia menor entre Ogier y humanos. Los ojos de Haman eran tan grandes y redondos como tazas, su ancha nariz casi le tapaba la cara, y sus orejas sobresalían erguidas entre el cabello y estaban rematadas en las puntas por mechones. Lucía un largo y blanco bigote lacio y perilla, y las cejas le colgaban hasta las mejillas. Rand no habría sabido decir en qué se diferenciaban los rostros de ellas, excepto por la ausencia de barba y bigote, claro está, y porque las cejas no eran tan largas ni tan espesas. Pero de algún modo parecían más delicadas, bien que Covril mostraba un gesto severo en ese momento —por alguna razón le resultaba familiar a Rand—, y Erith parecía preocupada, con las orejas gachas.

—Si me disculpáis un momento —les dijo Rand.

Sulin no le dejó que pronunciara una sola palabra más.

—Hemos venido a hablar con los Hermanos del Árbol, Rand al'Thor —manifestó firmemente—. Has de saber que los Aiel han sido amigos de agua de los Hermanos del Árbol desde hace mucho tiempo. Acudimos a comerciar a sus *steddings* a menudo.

—Eso es muy cierto —murmuró Haman. Para un Ogier, fue un murmullo; para los demás, el retumbo de una avalancha en la lejanía.

—Estoy seguro de que los otros vinieron para hablar —le respondió Rand a Sulin. Podía distinguir a las Doncellas de su guardia a simple vista, hasta la última de ellas; Jalani se puso roja como la grana—. No me gustaría pensar que hace falta que les pida a Enaila y a Somara que te pongan a su mando. —El curtido semblante de Sulin se ensombreció de indignación, haciendo que la cicatriz que había recibido por seguirlo resaltara aun más—. Hablaré con ellos a solas. A solas —repitió, poniendo énfasis mientras miraba hacia Liah y Cassin—. A menos que creas que necesito que me protejáis de ellos.

Aquello la ofendió aun más y reunió a las Doncellas mediante rápidos signos de las manos en lo que cualquiera excepto un Aiel habría llamado una actitud airada. Algunos de los varones Aiel reían por lo bajo cuando se marcharon; Rand supuso que había hecho alguna clase de chiste.

Mientras los Aiel salían del patio, Haman se atusó la perilla.

—Los humanos no siempre nos han considerado tan pacíficos como para sentirse seguros cerca de nosotros ¿sabes? Ummm. Ummm. —El murmullo caviloso sonó como el zumbido de un gigantesco abejorro—. Está registrado en los antiguos anales. Muy antiguos. En realidad, sólo son fragmentos, pero que datan de justo después de...

—Mayor Haman —interrumpió educadamente Covril—, ¿podemos ceñirnos al asunto que nos ocupa?

Mayor Haman. ¿Dónde había oído eso Rand con anterioridad? Cada *stedding* contaba con su Consejo de Mayores.

—Está bien, Covril. —Haman suspiró profundamente—. Pero estás mostrando una premura impropia. Apenas nos diste tiempo para lavarnos antes de venir aquí. Juro que has empezado a ir corriendo de aquí para allí como un... —Aquellos enormes ojos lanzaron una fugaz mirada a Rand y luego el anciano Ogier soltó una tosecilla, tapándose la boca con una mano grande como un jamón. Los Ogier consideraban precipitados a los humanos, siempre intentando hacer ahora lo que indudablemente no era necesario hasta mañana. O hasta el próximo año; los Ogier contemplaban las cosas a largo plazo. También consideraban ofensivo recordar a los humanos que siempre tenían prisa.

»Éste ha sido un viaje de lo más excitante al exterior —continuó Haman, explicándoselo a Rand—, y una de las cosas más llamativas ha sido descubrir que los Aiel Shaido habían sitiado Al'cair'rahienallen, algo realmente extraordinario, y que vos estabais de hecho allí; pero entonces os marchasteis antes de que pudiéramos hablar con vos, y... No puedo evitar pensar que hemos sido impetuosos. No. No, tú insististe, Covril. Es por ti por quien dejé mis estudios y mis enseñanzas, para ir corriendo por todo el mundo. A estas alturas habrá un motín en mis clases.

Rand estuvo a punto de sonreír; considerando el modo en que los Ogier hacían las cosas, las clases de Haman tardarían medio año en decidir que se había marchado realmente y otro año más para discutir qué hacer al respecto.

—Una madre tiene derecho a sentirse inquieta —repuso Covril mientras sus orejas copetudas se agitaban. Parecía estar debatiéndose entre el respeto debido a un Mayor y una impaciencia por demás impropia de su raza. Cuando se volvió hacia Rand, se irguió, adelantó la barbilla y enderezó las orejas—. ¿Qué habéis hecho con mi hijo?

—¿Vuestro hijo? —Rand estaba boquiabierto.

—¡Loial! —Lo miraba como si se hubiese vuelto loco. Erith lo estaba observando anhelante, con las manos crispadas sobre el pecho.

»Le prometisteis a la más anciana de los Mayores del *stedding* Tsofu que cuidaríais de él —prosiguió Covril—. Me lo contaron. Entonces no os hacíais llamar el Dragón, pero erais vos. ¿Cierto, Erith? ¿No dijo Alar que se llamaba Rand al'Thor? —Sólo le dio tiempo a la joven para que respondiera con un breve cabeceo. A medida que aumentaba la velocidad con que hablaba, Haman empezó a mostrar una expresión dolida—. Mi Loial es demasiado joven para estar en el exterior, demasiado joven para estar corriendo de un lado al otro del mundo, haciendo cosas que sin duda le habéis mandado hacer. La Mayor Alar me habló de vos. ¿Qué tiene que ver mi Loial con los Atajos y con trollocs y con el Cuerno de Valere? Me lo entregaréis ahora mismo, por favor, para que así pueda casarlo como es debido con Erith. Ella hará que siente la cabeza y se le quiten las ganas de vagabundear.

—Es muy apuesto —musitó tímidamente Erith, cuyas orejas se agitaban de tal modo por la turbación que los copetes se sacudían de un modo extraordinario—. Y también creo que es muy valiente.

A Rand le costó unos segundos recobrar el equilibrio mental. Una Ogier mostrándose firme se asemejaba mucho a una montaña derrumbándose. Y una Ogier mostrándose firme y hablando rápidamente...

Según el entender de los Ogier, Loial, con poco más de noventa años, era demasiado joven para salir solo del *stedding.* Los Ogier eran muy

Librodot

longevos. Desde el primer día en que Rand lo conoció, Loial, ansioso por conocer mundo, se había preocupado de lo que ocurriría cuando los Mayores se dieran cuenta de que se había escapado. Sobre todo le preocupaba que su madre saliera tras él llevando una novia a remolque. Había explicado que los hombres de su raza no tenían voz ni voto en ese asunto, y las mujeres elegidas poco más; todo lo acordaban entre las dos madres. No estaba fuera de lo posible que uno se encontrara casado con una mujer a la que no se conocía hasta el día en que su madre le presentaba a su futura esposa y a su suegra.

Loial parecía pensar que el matrimonio sería el final de todo para él, al menos de sus ansias de ver mundo, y tanto si era así como si no, Rand no entregaría a un amigo a aquello que temía. Estaba a punto de decir que ignoraba el paradero de Loial y sugerirles que regresaran al *stedding* y esperaran a que el joven Ogier volviera —de hecho ya había abierto la boca para hablar— cuando se le ocurrió una pregunta. Lo avergonzaba no recordar algo tan importante; al menos para Loial.

—¿Cuánto tiempo lleva fuera del *stedding*?

—Demasiado —respondió Haman, y su voz sonó como peñascos retumbando al rodar ladera abajo—. El chico nunca fue aplicado en sus tareas. Siempre estaba hablando de ver el exterior, como si hubiese cambiado realmente algo de lo que hay en los libros que debería haber estudiado. Ummm. ¿Qué cambio representa en realidad el que los humanos hayan variado las líneas de un mapa? La tierra sigue siendo...

—Ha permanecido fuera demasiado tiempo —intervino la madre de Loial con tanta firmeza como un poste que se clava en arcilla seca. Haman la miró ceñudo, y la mujer se las arregló para sostenerle la mirada con igual firmeza a pesar de que las orejas le temblaban de azoramiento.

—M... más de cinco años —puntualizó Erith. Durante un instante sus orejas se doblaron, pero acto seguido se alzaron brusca y obstinadamente. En una buena imitación de Covril, manifestó—: Quiero que sea mi esposo. Lo supe desde el primer momento en que lo vi. No dejaré que muera. Y menos por ser un necio.

Rand y Loial habían hablado de muchas cosas y una de ellas había sido la añoranza, aunque al joven Ogier no le gustaba hablar de ella. Cuando el Desmembramiento del Mundo obligó a los humanos a huir a cualquier lugar que les ofreciera seguridad, también llevó a los Ogier fuera de los *steddings.* Durante largos años los humanos erraron por un mundo que a veces cambiaba en el mismo día, persiguiendo la seguridad, y los Ogier erraron en busca de los *steddings* perdidos en la cambiante tierra. Fue entonces cuando los aquejó la Añoranza. Un Ogier alejado del *stedding* deseaba regresar. Un Ogier alejado largo tiempo del *stedding* necesitaba regresar. Un Ogier alejado demasiado tiempo del *stedding* moría.

—Loial me dijo que un Ogier podía permanecer fuera más tiempo que eso —repuso quedamente Rand—. Diez años, creo recordar.

Haman empezó a sacudir la inmensa cabeza antes de que Rand hubiese terminado de hablar.

—No es exacto. Que yo sepa, sólo cinco han permanecido fuera tanto tiempo y han vivido para regresar al *stedding,* y creo que yo lo sabría si hubiese habido más. Se habría escrito y hablado de una locura semejante. De los cinco, tres murieron antes de transcurrir un año desde su vuelta al hogar, el cuarto fue un inválido el resto de su vida, y la mejor parada fue la quinta, una mujer, que sólo necesitó un bastón para caminar. Pero siguió

Librodot

escribiendo. Ummm... Dalar tenía algunas cosas interesantes que contar referentes a...

Esta vez, cuando Covril abrió la boca, el Mayor giró la cabeza hacia ella y la miró, enarcando bruscamente las pobladas cejas. La Ogier empezó a alisarse los pliegues de la falda con gestos furiosos, pero le mantuvo la mirada sin vacilar.

—Cinco años es un corto espacio de tiempo, lo sé —siguió diciendo Haman a Rand, aunque sin dejar de mirar intensamente a Covril por el rabillo del ojo—, pero ahora estamos anclados al *stedding.* No hemos oído nada en la ciudad que nos indique que Loial está aquí, y a juzgar por el alboroto que nuestra presencia ha causado tendríamos que haber escuchado algún comentario, pero si nos decís dónde se encuentra le estaréis haciendo un gran favor.

—En Dos Ríos —informó Rand. Salvar la vida a un amigo no era traicionarlo—. La última vez que lo vi partía hacia allí en buena compañía, con amigos. Dos Ríos es un lugar tranquilo. Y seguro. —Volvía a serlo ahora, gracias a Perrin—. Y gozaba de buena salud hace unos pocos meses. —Bode se lo había dicho cuando las muchachas de la región le estuvieron contando lo ocurrido allí.

—Dos Ríos —murmuró Haman—. Ummm. Ummm. Sí, sé dónde está. Otra larga caminata. —Los Ogier montaban a caballo en muy contadas ocasiones, ya que había pocos animales que pudieran aguantar su peso; y, en cualquier caso, preferían confiar en sus propias piernas.

—Debemos ponernos en marcha inmediatamente —dijo Erith con un retumbo firme aunque ligero. Ligero comparado con el timbre de Haman, claro está.

Covril y Haman la miraron sorprendidos, escandalizados de que se hubiese atrevido a hablar de ese modo, y las orejas de Erith se doblaron por completo. Después de todo, era una jovencita que acompañaba a un Mayor y a una mujer que, según sospechaba Rand, debía de ser muy importante a juzgar por la forma en que le plantaba cara a Haman. A buen seguro que Erith no superaba en mucho los ochenta años.

Sonriendo ante esta idea —el patinazo era propio de una chiquilla, de modo que quizá sólo tenía setenta—, Rand ofreció:

—Por favor, aceptad mi hospitalidad en palacio. Unos pocos días de descanso contribuirán a que vuestro viaje sea más rápido, Mayor Haman. —¡Claro, ahora lo recordaba! Loial estaba hablando siempre de su maestro. Según él, el Mayor Haman lo sabía todo.

»Y quizá podáis prestarme ayuda. Necesito localizar las puertas a los Atajos. Todas ellas —añadió.

Los tres Ogier empezaron a hablar a la vez:

—¿Las puertas a los Atajos? —dijo Haman, alzando cejas y orejas bruscamente—. Los Atajos son muy peligrosos. Demasiado peligrosos.

—¿Unos pocos días? —protestó Erith—. Mi Loial podría estar muriéndose.

—¿Unos pocos días? —dijo Covril a la par de la joven—. Mi Loial podría... —Enmudeció y clavó los ojos en la chica, con los labios prietos y las orejas trémulas.

Haman les asestó una mirada ceñuda a ambas mientras se atusaba la perilla con un aire irritado.

—No sé por qué me dejé convencer para meterme en esto. Debería estar impartiendo conocimientos en mis clases, y hablando con los miembros del

Tocón. Si no fueses una Oradora tan respetada, Covril…

—Querrás decir si no estuvieses casado con mi hermana —espetó categóricamente—. Voniel te dijo que cumplieses con tu deber, Haman. —Las cejas del Mayor se hundieron hasta que las largas puntas rozaron sus mejillas, y sus orejas parecieron perder gran parte de su tiesura—. Quería decir que te lo pidió —prosiguió Covril. No con precipitación exactamente, ni tampoco perdiendo el aplomo, pero, definitivamente, con presteza—. Por el Árbol y la quietud, no era mi intención ofenderte, Mayor Haman.

Éste carraspeó sonoramente —lo que en un Ogier significaba muy sonoramente— y se volvió hacia Rand al tiempo que se tiraba de la chaqueta como si la tuviera descolocada.

—Los Engendros de la Sombra están utilizando los Atajos —se le adelantó Rand antes de que Haman pudiera hablar—. He apostado guardias en las pocas puertas a las que tenemos acceso. —Eso incluía la que se encontraba a las afueras del *stedding* Tsofu, tras su última y fútil visita allí, obviamente después de que los tres hubiesen partido, o no habrían hecho este viaje—. Apenas un puñado. Todas ellas tienen que estar vigiladas o en caso contrario Myrddraal y trollocs podrían aparecer en enjambres de repente, como salidos de la nada, en lo que concierne a todos aquellos sobre los que podrían caer por sorpresa. Pero ni siquiera sé dónde están ubicadas todas.

Eso no solucionaría lo de los accesos, por supuesto. A veces se preguntaba por qué los Renegados no hacían llegar unos pocos miles de trollocs a través de uno. O diez o veinte mil. No le resultaría fácil contener un ataque semejante; si es que podía. En el mejor de los casos tendría lugar una matanza. En fin, no había nada que hacer respecto a los accesos si no estaba presente en el lugar, y en el momento, en que se abriera uno, pero sí podía hacer algo con las puertas a los Atajos.

Haman intercambió una mirada con Covril. Los dos hicieron un aparte y hablaron en susurros que, sorprendentemente, fueron lo bastantes quedos para que Rand sólo consiguiera captar un zumbido semejante al de un enjambre sobre el tejado. Debía de estar acertado en su suposición de que la Ogier era alguien importante. Una Oradora; había advertido que era una especie de título. Consideró la posibilidad de aferrar el *Saidin* —de ese modo podría escucharlos— pero rechazó la idea con desagrado. Todavía no había caído tan bajo como para ponerse a escuchar a escondidas. Erith repartió su atención entre sus mayores y Rand, sin dejar un solo momento de alisarse la falda con movimientos inconscientes.

Rand confiaba en que no le plantearan por qué no había hecho su petición al Consejo de Mayores del *stedding* Tsofu. Alar, la más anciana de los Mayores de allí, había sido muy categórica; el Tocón estaba reunido, y nada tan peculiar —tanto que ni siquiera se había pensado la posibilidad— como era entregar a un humano el control de las puertas a los Atajos podía hacerse a menos que el Tocón estuviera de acuerdo. Quién era él parecía importarle tan poco a la anciana Ogier como a estos tres.

Finalmente Haman regresó; tenía fruncido el entrecejo y se asía con fuerza las solapas de la chaqueta. También Covril estaba ceñuda.

—Todo esto es precipitado, muy precipitado —manifestó Haman en un tono bajo que recordaba un deslizamiento de grava—. Ojalá pudiera discutirlo con… En fin, no puedo. ¿Engendros de la Sombra, decís? Ummm. Ummm. De acuerdo, si hay que actuar con prisa, se actúa con prisa. Que no se diga que los Ogier son incapaces de reaccionar rápidamente cuando es

Librodot

preciso, y quizás ése es el caso ahora. Tenéis que entender que el Consejo de Mayores de cualquier *stedding* podría deciros que no, al igual que el Tocón.

—¡Mapas! —gritó Rand tan fuerte que los tres Ogier dieron un brinco—. ¡Necesito mapas!

Giró sobre sus talones buscando con la vista a alguno de los sirvientes que siempre parecían estar por los alrededores, a un *gai'shain,* o a cualquiera. Sulin asomó la cabeza por una de las puertas que daban al patio. Tenía que estar cerca, después de todo lo que le había dicho.

—Mapas —bramó a la Doncella—. Quiero todos los mapas que hay en palacio. Y una pluma y tintero. ¡Ya! ¡Deprisa!

La Doncella lo miró casi despectivamente —los Aiel no utilizaban mapas y, naturalmente, se vanagloriaban de no necesitarlos— y se dio media vuelta.

—¡Corre, *Far Dareis Mai*! —espetó Rand.

Ella miró hacia atrás... y echó a correr. Rand deseó saber cuál era el aspecto de su semblante porque así podría recordarlo para utilizarlo de nuevo.

Haman daba la impresión de que habría estado retorciéndose las manos si su dignidad se lo hubiese permitido.

—A decir verdad, es muy poco lo que podemos deciros que ya no sepáis. Cada *stedding* tiene una justo al borde del perímetro. —Las primeras puertas a los Atajos no se habían hecho dentro debido a la imposibilidad de encauzar, al estar bloqueada la conexión con la Fuente por el propio *stedding;* cuando se les dio el Talismán del Nacimiento a los Ogier y pudieron hacer por sí mismos que los Atajos crecieran hasta una nueva puerta, el Poder seguía involucrado en la creación, pero no encauzándolo—. Y en todas vuestras urbes que tenían arboledas Ogier. Aunque parece que aquí la ciudad ha crecido encima de la arboleda. Y en Al'cair'rahienallen... — Dejó la frase en el aire y sacudió la cabeza.

El propio nombre era un resumen del problema. Tres mil años antes, más o menos, había existido una ciudad llamada Al'cair'rahienallen, construida por los Ogier. Hoy en día era Cairhien, y la arboleda que los constructores Ogier habían plantado para que les recordara a sus *steddings* era parte de una finca perteneciente a la misma familia Barthanes cuyo palacio albergaba ahora la escuela de Rand. Pero nadie, con excepción de los Ogier y quizás algunas Aes Sedai, recordaba Al'cair'rahienallen. Ni siquiera los cairhieninos.

Aunque Haman pensara lo contrario, en tres mil años podían producirse muchos cambios. Grandes urbes creadas por los Ogier ya no existían, y de algunas ni siquiera quedaba el nombre. Se habían levantado otras ciudades importantes en cuya construcción los Ogier no habían tenido parte. Amador, iniciada tras la Guerra de los Trollocs, era una, o así se lo había dicho Moraine; y Chachin, en Kandor; y Shol Arbela, en Arafel; y Fal Moran, en Shienar. En Arad Doman, Bandar Eban se había construido sobre las ruinas de una ciudad destruida en la Guerra de los Cien Años, una urbe de la que Moraine conocía tres nombres supuestos, y ésta a su vez se había levantado sobre las ruinas de una ciudad sin nombre que había desaparecido en la Guerra de los Trollocs. Rand conocía la existencia de una puerta a los Atajos en Shienar, en la campiña cercana a una ciudad de tamaño moderado que había conservado parte del nombre de una gran urbe arrasada por los trollocs; y de otra ubicada dentro de la Llaga, en la Malkier destruida por la Sombra. En otros lugares se habían trasladado o la

población había crecido encima, como el propio Haman había señalado. La puerta a los Atajos de aquí, en Caemlyn, se encontraba ahora en un sótano. Un sótano fuertemente vigilado. Rand sabía que había una puerta a los Atajos en Tear, en la gran pradera donde los Grandes Señores criaban sus famosas caballadas. Tenía que haber otra en alguna parte de las Montañas de la Niebla, donde antaño se levantaba Manetheren. En lo referente a los *steddings,* sólo sabía dónde estaba el *stedding* Tsofu. Moraine no había considerado una parte vital de su educación los *steddings* ni los Ogier.

—¿Que no sabéis dónde están los *steddings*? —preguntó Haman con incredulidad una vez que Rand acabó de explicarse—. ¿Es esto un chiste Aiel? Nunca he llegado a entender vuestro sentido del humor.

—Para los Ogier —adujo suavemente Rand—, ha pasado mucho tiempo desde que se crearon los Atajos. Para los humanos es como si hubiese transcurrido una eternidad.

—¿Pero es que no recordáis siquiera Mafal Dadaranell o Ancohima o Londaren Cor o...?

Covril posó una mano en el hombro de Haman, pero la compasión reflejada en sus ojos estaba dirigida a Rand.

—No se acuerda —dijo suavemente—. Sus recuerdos se han borrado. —Lo dijo de un modo que sonaba como la mayor pérdida imaginable.

Erith, con las manos sobre la boca, parecía a punto de llorar. Sulin regresó, obviamente sin correr de manera deliberada, seguida por un nutrido grupo de *gai'shain* cargados hasta los topes con mapas enrollados de todos los tamaños, algunos lo bastante largos para que arrastraran por el pavimento del patio. Un varón *gai'shain* llevaba una escribanía trabajada con incrustaciones de marfil.

—He puesto a otros *gai'shain* a buscar más —informó, envarada, la Doncella—. Y también a algunos de los habitantes de las tierras húmedas.

—Gracias —le dijo Rand. La tirantez del rostro de la mujer se suavizó un poco.

Rand se puso en cuclillas y empezó a extender mapas allí mismo, sobre el pavimento, haciendo una selección. Algunos eran de la ciudad, y muchos de regiones de Andor. Enseguida encontró uno que mostraba toda la extensión de las Tierras Fronterizas, y la Luz sabría qué haría eso allí, en Caemlyn. Algunos eran tan antiguos que estaban hechos jirones, y marcaban unas fronteras que ya no estaban vigentes o tenían escritos nombres de países que habían desaparecido cientos de años atrás.

Las fronteras y los nombres bastaban para organizar los mapas por antigüedad. En los más viejos, Hardan limitaba con Cairhien al norte; después Hardan ya no estaba y las fronteras cairhieninas se desplazaban a mitad de camino de Shienar, antes de retroceder de nuevo como prueba palpable de que el Trono del Sol no podía dominar tal extensión de tierra. Maredo aparecía entre Tear e Illian, y a continuación Maredo desaparecía, y la frontera de Tear e Illian se situaba en los llanos de Maredo, retrocediendo lentamente por la misma razón que Cairhien. Habían desaparecido Caralain, Almoth, Mosara, Irenvelle y otras, a veces absorbidas por otras naciones y más frecuentemente convertidas en territorios deshabitados y agrestes que nadie reclamaba como suyos. Esos mapas relataban una historia de decadencia desde el desmoronamiento del imperio de Hawkwing, de una humanidad en lento retroceso. Un segundo mapa de las Tierras Fronterizas mostraba sólo Saldaea y parte de Arafel, pero también situaba la frontera de la Llaga ochenta kilómetros más al norte. La humanidad retrocediendo y la

Librodot

Sombra avanzando.

Un hombre muy delgado y calvo, vestido con una librea de palacio que le quedaba grande, entró en el patio con otro montón de mapas; Rand suspiró y prosiguió con la tarea de seleccionar y descartar.

Haman examinó seriamente la escribanía que le había entregado el *gai'shain* y después sacó una casi igual de grande, aunque muy sencilla, de un bolsillo muy amplio de su chaqueta. La pluma que cogió era de madera pulida, bastante más gruesa que el pulgar de Rand y lo bastante larga para resultar esbelta. Encajaba a la perfección en los dedos del Ogier, gordos como salchichas. A continuación se puso a gatas y repasó los mapas seleccionados por Rand, mojando de vez en cuando la pluma en el tintero sostenido por el *gai'shain* y haciendo anotaciones en una letra que parecía demasiado grande hasta que uno caía en la cuenta de que para él debía de resultar muy pequeña. Covril lo seguía, asomándose sobre su hombro aun después de que Haman le hubo preguntado por segunda vez si creía realmente que podía cometer un error.

Fue una sesión instructiva para Rand, empezando con siete *steddings* repartidos por las Tierras Fronterizas. Claro que a los trollocs los atemorizaba entrar en un *stedding,* e incluso los Myrddraal necesitaban de un motivo imperioso para inducirlos a entrar en ellos. En la Columna Vertebral del Mundo, o la Pared del Dragón, había trece, incluido uno en la Daga del Verdugo de la Humanidad, desde el *stedding* Shangtai, al sur, hasta el *stedding* Qichen y el *stedding* Sanshen al norte, distantes sólo unos cuantos kilómetros entre sí.

—El mundo cambió realmente en el Desmembramiento —explicó Haman cuando Rand hizo un comentario, pero siguió haciendo apuntes rápidamente; o, al menos, rápidamente tratándose de un Ogier—. Territorios secos pasaron a ser mares y viceversa, pero también la tierra se plegó. En ocasiones, lo que estaba lejos acabó encontrándose cerca, y al contrario. Aunque, naturalmente, nadie sabía si Qichen y Sanshen habían estado distantes o no.

—Has olvidado Cantoine —manifestó Covril, provocando que otro sirviente uniformado dejara caer otro montón de mapas que traía, al sufrir un sobresalto.

Haman le echó una mirada y luego escribió el nombre justo encima del río Iralell, un poco al norte de Haddon Mirk. En la franja occidental de la Pared del Dragón, desde la frontera meridional de Shienar hasta el Mar de las Tormentas, sólo había cuatro, todos ellos nuevos según la estimación del Ogier, lo que significaba que el más reciente, Tsofu, estaba habitado por su raza desde hacía seiscientos años y ninguno de los otros durante más de mil. Algunas de las ubicaciones resultaron ser una sorpresa tan grande como las de las Tierras Fronterizas, tales como en las Montañas de la Niebla, que contaban con seis, y en la Costa de las Sombras. Las Colinas Negras estaban incluidas, así como los bosques por encima del río Ivo y las montañas situadas más arriba del río Dhagon, justo al norte de Arad Doman.

Más triste fue la lista de los *steddings* abandonados, debido a que el número de habitantes se había reducido en exceso. La Columna Vertebral del Mundo, las Montañas de la Niebla y la Costa de las Sombras también estaban en esa lista, al igual que un *stedding* ubicado en el interior del llano de Almoth, cerca de la gran foresta llamada Paerish Swar, y otro en los montes que se alzaban a lo largo de Punta Toman, por el norte, orientados al

Océano Aricio. Quizá más triste era el señalado al mismo borde de la Llaga, en Arafel; los Myrddraal serían reacios a entrar en los *steddings,* pero a medida que la Llaga ganaba terreno hacia el sur año tras año barría todo a su paso. Haman hizo una pausa.

—A Sherandu se lo tragó la Gran Llaga hace mil ochocientos cuarenta y tres años —dijo tristemente—. Y a Chandar hace novecientos sesenta y ocho.

—Que su recuerdo florezca y alcance la plenitud en la Luz —musitaron al unísono Covril y Erith.

—Conozco uno que no habéis marcado —apuntó Rand. Perrin le había contado que se había refugiado en él en una ocasión. Acercó un mapa de Andor al este del río Arinelle y señaló un punto bastante por encima de la calzada que iba de Caemlyn a Puente Blanco. Una ubicación bastante aproximada, esperaba.

Haman hizo una mueca que casi era un gruñido.

—Donde tenía que levantarse la ciudad de Hawkwing. Aquél no se reclamó nunca. Fueron varios los *steddings* encontrados que nunca ocupamos. Tratamos de mantenernos todo lo lejos posible de las tierras de los humanos.

En efecto, todas las marcas se hallaban en montañas abruptas, en lugares a los que los humanos no les era fácil acceder o, en unos pocos casos, a cierta distancia de núcleos habitados. El *stedding* Tsofu se encontraba bastante más cerca de una población que cualquier otro, y a pesar de ello Rand sabía que había un día de distancia con el pueblo más próximo.

—Éste sería un buen tema para discutir, pero en otro momento —adujo Covril; aunque le habló a Rand, las miradas de reojo de la Ogier dejaban claro que sus palabras iban dirigidas a Haman—. Quiero emprender camino hacia el oeste y recorrer la mayor distancia posible antes de que caiga la noche.

Haman soltó un sonoro suspiro.

—Supuse que os quedaríais un tiempo —protestó Rand—. Debéis de estar exhaustos tras recorrer a pie todo el camino desde Cairhien.

—Las mujeres no se agotan, sólo agotan a los demás —dijo Haman—. Es un viejo dicho entre nosotros.

Covril y Erith aspiraron ruidosamente el aire por la nariz en perfecta sincronización. Mascullando entre dientes, Haman continuó con la lista, pero ahora se trataba de ciudades que los Ogier habían construido, urbes donde había habido arboledas, cada una de ellas con su correspondiente puerta a los Atajos a fin de facilitar los desplazamientos de los Ogier desde los *steddings* y hacia ellos sin necesidad de pasar a través de las tierras de los humanos, tan a menudo envueltas en conflictos.

Marcó, naturalmente, Caemlyn; y Tar Valon, Tear, Illian, Cairhien, Maradon y Ebou Dar. Eso completaba la lista en lo referente a ciudades que todavía existían, y en el caso de la última, Ebou Dar, la apuntó como Barashta. Quizá Barashta perteneciera, en cierto modo, más a las otras, a esos puntos marcados en lugares de los mapas donde no aparecía nada o, como mucho, un pueblo: Mafal Dadaranell, Ancohima y Londaren Cor; y, por supuesto, Manetheren, Aren Mador, Aridhol, Shaemal, Deranbar, Braem, Condaris, Hai Ecorimon, Iman... A medida que la lista crecía, Rand empezó a ver puntos húmedos en cada mapa que Haman le pasaba cuando había terminado. Le costó un momento comprender que el Mayor Ogier estaba llorando en silencio, y que sus lágrimas caían mientras señalaba las

Librodot

ciudades muertas y olvidadas. Tal vez lloraba por la gente o tal vez por los recuerdos. Lo que sí entendió Rand es que las lágrimas no eran por las ciudades en sí ni por las obras perdidas de los albañiles Ogier. Para ellos, la construcción era sólo algo que habían llevado a cabo durante el Exilio y ¿qué trabajo en piedra podía compararse con la majestuosidad de los árboles?

Unos de aquellos nombres despertó algo más que recuerdos en Rand, así como la localización, al este de Baerlon, a varios días de camino al norte de Puente Blanco, en el Arinelle.

—¿Había una arboleda aquí? —inquirió, apuntando con el dedo.

—¿En Aridhol? Sí —respondió Haman—. Sí, la había. Un caso triste, ése.

—En Shadar Logoth —corrigió Rand sin levantar la cabeza—. Un caso muy triste, sí. ¿Podríais...? ¿Querríais mostrarme esa puerta a los Atajos si os llevo allí?

Librodot

CAPÍTULO 21

A Shadar Logoth

—¿Llevarnos allí? —repitió Covril mientras miraba con un extraordinario ceño el mapa que Rand sostenía en las manos—. Nos apartaría mucho de nuestra ruta, si no recuerdo mal la localización de Dos Ríos. No pienso perder un solo día más en encontrar a Loial.

Erith asintió con un categórico cabeceo.

—No puedo permitirlo —dijo Haman, con las mejillas todavía húmedas por las lágrimas—. Aridhol, o Shadar Logoth como la llamáis ahora con toda razón, no es lugar para alguien tan joven como Erith. A decir verdad, no es un lugar adecuado para nadie.

Rand dejó caer el mapa y se puso de pie. Conocía Shadar Logoth mejor de lo que habría sido de su agrado.

—No perderéis tiempo. De hecho, lo ganaréis. Os llevaré allí mediante el Viaje, por un acceso. De ese modo habréis recorrido hoy gran parte del camino a Dos Ríos. No tardaremos mucho. Sé que podéis conducirme directamente a la puerta a los Atajos.

Los Ogier eran capaces de percibir estos accesos si se encontraban cerca de ellos.

Esta propuesta requirió otra conferencia detrás de la fuente y en la que exigió tomar parte Erith. Rand sólo logró captar fragmentos de la conversación, pero era evidente que Haman, sacudiendo obstinadamente su enorme cabeza, se oponía al plan, mientras que Covril, con las orejas tan tiesas que la Ogier parecía querer estirar su altura hasta el último centímetro, insistía en aceptar. Al principio, Covril había mirado a Erith con tanto ceño como a Haman; fuera cual fuese la relación entre suegra y nuera entre los Ogier, resultaba evidente que opinaba que la joven no tenía nada que decir en esto. Empero, no tardó mucho en cambiar de parecer. Las mujeres Ogier flanquearon a Haman y lo acribillaron sin darle cuartel:

—... muy peligroso. Demasiado peligroso —llegó como un trueno distante la voz de Haman.

—... estar casi allí hoy... —Un trueno más ligero, que era Covril.

—... ya ha permanecido en el exterior demasiado tiempo... —Un repique cercano a un trueno, de Erith.

—... quien mucho corre, pronto para...

—... mi Loial...

—... mi Loial...

—... el Mashadar bajo nuestros pies...

—... mi Loial...

—... mi Loial...

—... como uno de los Mayores...

—... mi Loial...

—... mi Loial...

Haman regresó junto a Rand tirándose de la chaqueta como si se la hubiesen arrancado casi, seguido por las dos mujeres. Covril mantenía un

Librodot

gesto más relajado que Erith, quien se esforzaba para reprimir una sonrisa, pero sus orejas copetudas se erguían en un idéntico ángulo airoso que de algún modo transmitía satisfacción.

—Hemos decidido aceptar vuestra oferta —anunció, envarado, Haman—. Acabemos de una vez con este ridículo cazcalear para que pueda volver a mis clases. Y al Tocón. Ummm. Ummm. Hay mucho que hablar sobre vos ante el Tocón.

A Rand le importaba poco si Haman le decía al Tocón que era un déspota. Los Ogier se mantenían apartados del resto del mundo excepto para efectuar reparaciones de sus antiguas construcciones, y no parecía probable que ejercieran influencia en los humanos respecto a él, para bien o para mal.

—Bien —contestó—. Mandaré a alguien a la posada en la que os alojáis para recoger vuestras pertenencias.

—Lo tenemos todo aquí. —Covril fue al otro lado de la fuente, se agachó y al incorporarse levantó dos bultos que habían permanecido ocultos por el pilón. Cualquiera de ellos habría resultado pesado para un hombre, pero ella le tendió uno a Erith y se metió la correa que ataba el otro por la cabeza de manera que le quedó cruzada sobre el pecho, en bandolera, con el fardo a la espalda.

—Veréis, si Loial hubiera estado aquí —explicó Erith mientras se acomodaba su fardo—, habríamos emprendido el regreso al *stedding* Tsofu de inmediato. Si no, habríamos estado preparados para proseguir camino. Sin demora.

—De hecho, estaba el problema de las camas —le confió Haman mientras indicaba con las manos una medida adecuada para un niño humano—. Antaño todas las posadas en el exterior tenían dos o tres cuartos para Ogier, pero ahora es complicado encontrar alguna. Resulta difícil de entender. —Echó una ojeada a los mapas marcados y suspiró—. Resultaba difícil de entender.

Esperando sólo a que Haman recogiera su propio fardo, Rand asió el *Saidin* y abrió un acceso justo al lado de la fuente; la abertura en el aire dejó a la vista una calle en ruinas y plagada de malas hierbas, así como edificios desmoronados.

—Rand al'Thor. —Sulin entró en el patio casi corriendo, a la cabeza de un puñado de sirvientes y *gai'shain* cargados de mapas. Liah y Cassin llegaron con ella, fingiendo la misma actitud despreocupada, como si estuviesen allí por casualidad—. Pediste más mapas. —En la mirada que Sulin echó al acceso apenas había un atisbo de acusación.

—Allí puedo protegerme a mí mismo mejor de lo que podéis vosotras —le dijo Rand fríamente. No era su intención hablarle así, pero cuando se encontraba dentro del vacío no estaba en su mano darle otro timbre a su voz que no sonara frío y distante—. En ese lugar no hay nada contra lo que vuestras lanzas puedan luchar, y sí algunas cosas contra las que no pueden.

En la actitud de Sulin seguía quedando gran parte de su anterior envaramiento.

—Razón de más para que vayamos —manifestó.

Eso no tenía el menor sentido para quien no fuera Aiel, pero…

—De acuerdo —accedió Rand. Trataría de seguirlo, si rehusaba; llamaría a las Doncellas, quienes intentarían saltar a través del acceso aun en el caso de que él lo estuviese cerrando—. Supongo que tienes al resto de tu guardia de hoy ahí al lado. Dales un silbido y que entren. Pero todo el mundo tiene que permanecer cerca de mí y no tocar nada. Y date prisa.

Librodot

Quiero acabar de una vez con esto. —Los recuerdos que guardaba de Shadar Logoth no eran agradables.

—Como insististe, les mandé que se marcharan —explicó Sulin con mala cara—. Dame el tiempo que tardes en contar despacio hasta cien.

—Hasta diez.

—Cincuenta.

Rand asintió y los dedos de Sulin se movieron velozmente. Jalani entró corriendo a palacio. Sulin volvió a mover las manos. Tres mujeres *gai'shain* dejaron caer los montones de mapas que cargaban en los brazos, con gesto estupefacto —los Aiel jamás evidenciaban tal estupor—, se recogieron las largas faldas blancas y desaparecieron hacia el interior de palacio en distintas direcciones; pero, a pesar de la rapidez con que actuaron, Sulin se les adelantó.

Cuando Rand llegaba a veinte en la cuenta, empezaron a entrar Aiel al patio en tropel, a través de las ventanas, saltando desde los balcones. Rand casi perdió la cuenta. Todos iban con el rostro velado y sólo había algunas Doncellas. Miraron de hito en hito en derredor, desconcertados, cuando vieron sólo a Rand y a tres Ogier, que los miraron con curiosidad, parpadeando. Algunos se bajaron el velo. Los sirvientes de palacio se abrazaban, en una temblorosa piña.

El flujo continuó incluso después de que Sulin hubo regresado, sin cubrirse con el velo, justo a la cuenta de cincuenta; el patio estaba lleno de Aiel. Enseguida se hizo evidente que Sulin había hecho correr la voz de que el *Car'a'carn* estaba en peligro, el único modo que se le ocurrió de reunir suficientes lanzas en el tiempo concedido por Rand. Hubo unos pocos entre los hombres que rezongaron, pero en su mayoría decidieron que era una buena broma, y algunos incluso rieron o hicieron sonar las lanzas contra los escudos. Sin embargo, ninguno se marchó; miraron al acceso y se pusieron en cuclillas para ver qué estaba pasando.

Con el oído aguzado por el Poder, Rand escuchó a una Doncella llamada Nandera, nervuda pero todavía atractiva a pesar de tener más cabellos grises que rubios, susurrarle a Sulin:

—Hablaste a unas *gai'shain* como a *Far Dareis Mai.*

—Lo hice, sí. —Los azules ojos de Sulin sostuvieron la mirada de los verdes de Nandera—. Nos ocuparemos de ello cuando Rand al'Thor esté hoy a salvo.

—Bien, cuando esté a salvo —accedió Nandera.

Sulin escogió rápidamente a veinte Doncellas, algunas de las cuales habían sido parte de la guardia de aquella mañana, y otras que no; pero, cuando Urien empezó a elegir Escudos Rojos, hombres de otras sociedades insistieron en que debía incluírselos a ellos. Esa ciudad que se atisbaba a través del acceso parecía un lugar donde podían hallarse enemigos, y había que proteger al *Car'a'carn.* En honor a la verdad, ningún Aiel le daba la espalda a un posible combate, y cuanto más jóvenes eran más probabilidades había de que trataran de intervenir en uno. Estuvo a punto de organizarse otra discusión cuando Rand dijo que los hombres no podían superar el número de Doncellas —eso habría sido una deshonra para las *Far Dareis Mai,* puesto que él les había hecho depositarias de su honor— y que no podían ir más Doncellas de las que Sulin ya había escogido. Realmente los iba a conducir a un sitio donde ninguna habilidad combativa podría protegerlos, y cada uno que lo acompañara sería una persona más de la que tendría que cuidar. Eso no lo dijo; a saber el honor de quién ofendería si lo

Librodot

hacía.

—Recordad —advirtió una vez que las cosas quedaron arregladas—: no toquéis nada, no cojáis nada, ni siquiera un sorbo de agua. Y quedaos donde pueda veros en todo momento. No entréis en ningún edificio por ninguna razón.

Haman y Covril asintieron con enérgicos cabeceos, lo que pareció impresionar a los Aiel más que sus palabras. Tanto daba; lo importante es que se sintieran impresionados.

Cruzaron por el acceso a una ciudad muerta desde hacía mucho tiempo; una ciudad más que muerta.

Un sol dorado, que había superado la mitad del arco hacia su cenit, caía a plomo sobre las ruinas de una pasada grandeza. Aquí y allí, una enorme cúpula intacta remataba un palacio de pálido mármol, pero abundaban más las que tenían agujeros que las que no, y en la mayoría de los casos sólo restaba un fragmento curvo y quebrado. Largas columnatas conducían hacia torres más altas que las soñadas jamás por Cairhien, en su mayor parte acabadas en picos irregulares. Había techos desplomados por doquier, ladrillos y piedras aparecían esparcidos sobre el pavimento resquebrajado por el desplome de edificios y paredes. Fuentes y monumentos rotos decoraban cada cruce. Árboles raquíticos, medio muertos por la sequía, salpicaban grandes montículos de cascotes. Hierba muerta perfilaba las grietas de calles y edificios. No se movía nada, ni un pájaro ni una rata ni un soplo de brisa. El silencio envolvía Shadar Logoth. Shadar Logoth: Donde Acecha la Sombra.

Rand dejó que el acceso desapareciera. Ningún Aiel se quitó el velo. Los Ogier miraban en derredor, los rostros tensos y las orejas echadas hacia atrás. Rand mantuvo asido el *Saidin* en esa constante pugna que, según Taim, hacía que un hombre supiera que estaba vivo. Aunque no hubiese sido capaz de encauzar —y quizá más aún en tal caso— le habría gustado tener ese recordatorio allí.

Aridhol había sido una gran capital en los tiempos de la Guerra de los Trollocs, una aliada de Manetheren y del resto de las diez naciones. Cuando aquellos conflictos se prolongaron lo suficiente para empequeñecer la Guerra de los Cien Años, cuando parecía que la Sombra se alzaba vencedora en todas partes y cada victoria de la Luz sólo servía para ganar un poco de tiempo, un hombre llamado Mordeth se convirtió en consejero en Aridhol y recomendó que, para ganar, para sobrevivir, Aridhol debía ser más dura que la Sombra, más cruel que la Sombra, más desconfiada. Así acabaron haciéndolo, poco a poco, hasta que al final Aridhol se volvió, si no más, sí igual de negra que la Sombra. Cuando todavía la encarnizada guerra contra los trollocs se hallaba en pleno apogeo, Aridhol terminó encerrándose en sí misma, replegándose sobre sí misma, consumiéndose a sí misma.

Pero dejó algo atrás, algo que había impedido que nadie volviera a vivir allí. Hasta la más pequeña piedrecilla de ese lugar estaba impregnada del odio y la desconfianza que habían acabado con Aridhol y creado Shadar Logoth. Con el tiempo, hasta el más pequeño guijarro podía contagiar ese mal, como una infección.

Y quedaba algo más que esa infección, aunque tal cosa bastara para que ninguna persona en su sano juicio se acercara a la ciudad.

Rand giró lentamente sobre sí mismo contemplando las ventanas semejantes a cuencas oculares con los ojos arrancados. A pesar de que el sol estaba alto podía percibir observadores ocultos. Cuando había estado allí por

primera vez, esa sensación no la había experimentado con tanta fuerza hasta que el sol empezó a meterse. Sí, quedaba mucho más que la contaminación. Un ejército trolloc acampado allí había muerto, desaparecido excepto por los mensajes garabateados en las paredes con sangre, suplicando al Oscuro que los salvara. La noche no era un tiempo para pasarlo en Shadar Logoth.

«Este lugar me asusta —murmuró Lews Therin más allá del vacío—. ¿A ti no?»

Rand contuvo la respiración. ¿Estaba la voz dirigiéndose realmente a él? «Sí, claro que me asusta.»

«Hay oscuridad aquí. Una negrura más profunda que el negro. Si el Oscuro decidiese vivir entre los hombres, escogería este lugar.»

«Lo haría, sí.»

«He de matar a Demandred.»

Rand parpadeó desconcertado. «¿Tiene Demandred alguna relación con Shadar Logoth? ¿Con este sitio?»

«Recuerdo haber matado finalmente a Ishamael. —Había un dejo de sorpresa en la voz ante un nuevo descubrimiento—. Merecía morir. También Lanfear lo merecía, pero me alegro de no haber sido yo quien la mató.»

¿Sería sólo casualidad que la voz se estuviese dirigiendo a él? ¿Estaba Lews Therin oyéndolo, respondiéndole? «¿Cómo maté...? ¿Cómo mataste a Ishamael? Dime cómo lo hiciste.»

«Morir. Anhelo el descanso de la muerte. Pero no aquí. No quiero morir aquí.»

Rand suspiró. Sólo coincidencia. Tampoco él querría morir en este lugar. Un palacio que se alzaba a corta distancia, con las columnas del pórtico rotas, estaba claramente inclinado hacia la calle. Se desplomaría en cualquier momento y los enterraría donde estaban parados.

—¡Adelante! —le dijo a Haman, y añadió dirigiéndose a los Aiel—: Recordad lo que os he advertido. No toquéis nada, no cojáis nada, y permaneced donde pueda veros.

—No imaginé que estaría tan mal —murmuró Haman.

—Casi se ha llevado la puerta a los Atajos —gimió Erith.

Covril daba la sensación de que habría salido corriendo de no ser por su dignidad. Los Ogier eran muy perceptivos del ambiente de un lugar. Haman, cuyo sudoroso rostro no tenía nada que ver con el calor, señaló:

—Por ahí.

El pavimento roto crujía bajo las botas de Rand como huesos desmenuzándose. Haman los condujo girando en esquinas y a lo largo de calles, pasando ante montones y montones de ruinas, pero manteniendo la dirección sin vacilar. Los Aiel, a su alrededor, avanzaban de puntillas; por encima de los negros velos, sus ojos no parecían estar esperando un ataque, sino como si éste ya se hubiese producido.

Los observadores ocultos y los desmoronados edificios revivieron en Rand unos recuerdos que habría preferido evitar. Aquí Mat había iniciado el camino que lo llevó al Cuerno de Valere, un periplo que casi había acabado con él y que tal vez lo había conducido a Rhuidean y al *ter'angreal* del que no quería hablar. Aquí Perrin había desaparecido cuando todos se vieron obligados a huir en plena noche, y cuando Rand volvió a verlo, muy lejos de este lugar, tenía los ojos dorados, un aire triste y secretos que Moraine jamás había compartido con Rand.

Él mismo no había salido indemne, aunque Shadar Logoth no lo afectó directamente. Padan Fain los siguió a todos hasta aquí: a él, a Mat y a

Librodot

Perrin, a Moraine y a Lan, a Nynaeve y a Egwene. Padan Fain, un Amigo Siniestro. Ahora más que eso, y peor, según dijo Moraine. Fain los había seguido a todos hasta este lugar, pero cuando se marchó era algo más que Fain; o algo menos. Fain, hasta donde siguiera siendo Fain, quería ver muerto a Rand. Había amenazado a todos sus seres queridos si no se reunía con él. Y Rand no había acudido. Perrin se había ocupado de ese asunto, poniendo a salvo Dos Ríos, pero ¡Luz, cómo dolía! ¿Qué habría estado haciendo Fain con los Capas Blancas? ¿Es que Pedron Niall era un Amigo Siniestro? Si podían serlo unas Aes Sedai, entonces también podía un capitán general de los Hijos de la Luz.

—Ahí está —anunció Haman, y Rand sufrió un sobresalto. Shadar Logoth era el lugar menos indicado para quedarse absorto en reflexiones.

Donde el Mayor se había parado había sido una espaciosa plaza antaño, aunque ahora un erosionado montículo de escombros llenaba uno de los extremos. En medio de la plaza, donde tendría que haber habido una fuente, se alzaba en cambio una ornamentada valla afiligranada de algún tipo de metal brillante, de altura adecuada para los Ogier, y sin sufrir los estragos del óxido. Rodeaba lo que parecía ser un tramo de un alto muro de piedra, con tallas de parras y enredaderas tan delicadas que uno esperaba sentir la brisa que las agitaba, que sorprendía que fueran grises en vez de verdes. Era la puerta a los Atajos, aunque ciertamente su aspecto no correspondía a ninguna clase de puerta.

—Talaron la arboleda tan pronto como los Ogier partieron de regreso al *stedding* —murmuró Haman enfadado; las largas cejas colgaban en un gesto de disgusto—. Antes de veinte o treinta años, y ampliaron la ciudad.

Rand tocó la valla con un flujo de Aire mientras se preguntaba cómo cruzarla, y parpadeó cuando todo el conjunto se desmoronó en veinte trozos o más con un sonoro y estremecedor golpeteo metálico que hizo saltar a los Ogier. Rand sacudió la cabeza. Por supuesto. Un metal que había sobrevivido durante tanto tiempo sin una sola picadura de óxido tenía que estar forjado con el Poder; tal vez incluso era una reliquia de la Era de Leyenda, pero las junturas que habían mantenido ensambladas las distintas piezas estaban corroídas hacía mucho tiempo, esperando un ligero empellón para venirse abajo.

—Os pediría que no la abrieseis —dijo Covril al tiempo que ponía una mano sobre su hombro—. Sin duda Loial os habrá dicho cómo hacerlo, ya que siempre mostró demasiado interés en esa clase de cosas, pero los Atajos son peligrosos.

—Puedo clausurarla —sugirió Haman—, de manera que para abrirla de nuevo sea necesario el Talismán de Nacimiento. Ummm. Ummm. Una tarea sencilla de fácil ejecución. —Empero, no parecía muy deseoso de hacerlo. En realidad, no avanzó un solo paso.

—Tal vez sea necesario utilizarla en algún momento y sin tiempo para ir a buscar ningún talismán —le dijo Rand.

Cabía la posibilidad de tener que utilizar todos los Atajos, por muy peligrosos que fueran. Si fuese capaz de limpiarlos de algún modo... Esa era una idea tan pretenciosa por su parte como la fanfarrona afirmación ante Taim de que limpiaría el *Saidin.*

Empezó a tejer el *Saidin* alrededor de la puerta a los Atajos, utilizando los Cinco Poderes al completo, e incluso volvió a levantar los fragmentos de la valla y los puso en su lugar. Desde el primer flujo que encauzó, la infección pareció vibrar dentro de él, una trepidación que aumentó

lentamente. Tenía que deberse a la perversidad de la propia Shadar Logoth, una resonancia de dos influjos malignos. Aun estando dentro del vacío se sintió mareado con esas vibraciones, como si el mundo oscilara bajo sus pies al mismo compás; la horrible náusea lo hizo desear vomitar hasta la última papilla. Aun así, perseveró. No podía destacar hombres allí para montar guardia por la misma razón que no se había planteado enviarlos a buscar la puerta.

Lo que tejió y después invirtió era una especie de trampa perversa muy apropiada a un lugar perverso; una salvaguarda de indescriptible maldad. Los humanos podían cruzarla sin sufrir daño, puede que incluso los Renegados —tenía capacidad para protegerla contra humanos o Engendros de la Sombra, no contra ambos— y ni siquiera un Renegado varón podría detectarla. Si cualquier tipo de Engendro de la Sombra la cruzaba... Ahí estaba la perversidad. No morirían de inmediato; puede que sobrevivieran incluso para tener tiempo de llegar más allá de las murallas de la ciudad. El suficiente para morir lejos, no allí, donde pondrían sobre aviso a los próximos Myrddraal que llegaran. El suficiente para que un ejército de trollocs saliera al completo, y fuera recogiendo a sus muertos a medida que lo hacía. Lo bastante cruel para ser digno de un trolloc. Crear la trampa le revolvió el estómago tanto como la infección del *Saidin.*

Atar el tejido y soltar la Fuente sólo conllevó un ligero alivio. El residuo de la contaminación que siempre persistía vibraba aún en su interior; era casi como si el suelo bajo sus pies palpitara. Le dolían los oídos y los dientes. Ardía en deseos de marcharse de allí.

Inhaló profundamente y se preparó para encauzar otra vez y abrir un acceso, pero se detuvo, fruncido el entrecejo. Contó rápidamente a todos; los contó por segunda vez, más despacio.

—Falta alguien. ¿Quién?

Los Aiel sólo tardaron unos segundos en comprobarlo.

—Liah —respondió Sulin a través del velo.

—Estaba justo detrás de mí. —Era la voz de Jalani, no cabía la menor duda.

—Quizá vio algo —dijo otra Doncella que Rand creyó identificar como Desora.

—¡Os dije a todos que permanecieseis juntos! —La ira chocó contra el vacío como olas rompiendo en un acantilado. Faltaba una de ellas, sola en este lugar, y se lo tomaban con aquella maldita frialdad Aiel. Faltaba una Doncella. Una mujer, en Shadar Logoth—. ¡Cuando la encuentre...!

Reprimió poco a poco, con denuedo, la cólera que amenazaba con desbordar el vacío que lo rodeaba. Lo que deseaba hacerle a Liah era gritarle hasta que se desmayara, enviarla a Sorilea para el resto de su vida. Esa ira ansiaba matar con una intensidad candente.

—Dividíos en parejas. Gritad, buscad en todas partes, pero no entréis en los edificios en ninguna circunstancia. Y manteneos alejados de las sombras. Podéis morir aquí antes de daros cuenta de lo que pasa. Todos podéis morir antes de que nadie se dé cuenta. Si la veis en un edificio, aunque parezca encontrarse bien, llamadme a no ser que ella salga a vuestro encuentro.

—Acortaríamos la búsqueda si vamos solos en lugar de hacerlo en parejas —adujo Urien, a lo que Sulin asintió en señal de conformidad. Fueron muchos los asentimientos de cabeza.

—¡En parejas! —Rand tuvo que reprimir de nuevo la cólera. «¡Así la Luz

Librodot

abrase la obstinación Aiel!»—. Al menos de ese modo tendréis alguien que os cubra la espalda. Por una vez, haced lo que os digo sin discutir. Ya he estado aquí, y sé un poco lo que es este sitio.

Unos minutos después, en su mayoría perdidos discutiendo cuántos debían quedarse con Rand, veinte parejas de Aiel se desplegaron por los alrededores. La que se quedó con él era Jalani, creía Rand, aunque no resultaba fácil de asegurar con el velo. Por una vez no parecía contenta de ocuparse de la seguridad de Rand; los verdes ojos traslucían un atisbo de malhumor.

—Supongo que nosotros podríamos formar otro par —sugirió Haman, mirando a Covril.

—Sí —asintió ésta—. Y Erith que se quede aquí.

—¡No! —protestaron casi al unísono Rand y Erith. Los dos Ogier mayores se volvieron hacia la joven con un gesto de severa desaprobación. Las orejas de Erith se hundieron hasta dar la impresión de que se le iban a caer.

Rand controló su genio firmemente. En tiempos parecía que estando envuelto en el vacío la ira quedaba lejos, en alguna parte, unida a él por un mero hilo; pero cada vez parecía estar más próxima a superarlo, a traspasar la barrera del vacío. Cosa que seguramente sería desastrosa. Aparte de eso, sin embargo...

—Lo lamento. No tenía derecho a gritaros, Mayor Haman, ni a vos, Oradora Covril. —¿Era ésa la forma correcta de dirigirse a ella? ¿Era siquiera algún tipo de título? Sus expresiones no le aclararon ni lo uno ni lo otro—. Os agradecería mucho que todos os quedaseis conmigo. Así podremos buscar juntos.

—Por supuesto —respondió Haman—. En realidad no veo cómo puedo ofreceros más protección de la que vos mismo os podéis dar, pero es vuestra.

Covril y Erith asintieron con aprobación. Rand no tenía la más remota idea de a qué se refería Haman, pero no consideró que fuera el momento más oportuno para hacer preguntas, con los tres aparentemente animados a protegerlo. A Rand no le cabía duda de ser capaz de protegerlos a ellos mientras se mantuvieran cerca.

—Siempre y cuando sigas tus propias reglas, Rand al'Thor. —La Doncella de verdes ojos era, efectivamente, Jalani, y hablaba como animada de que no tuviera que quedarse quieta allí y esperar.

Rand confiaba en haber sabido hacer entender mejor a los demás lo que era realmente este sitio. Desde el principio la búsqueda resultó frustrante. Recorrieron las calles de arriba abajo, observados por ojos invisibles, a veces encaramándose a los montones de escombros, turnándose para llamar «¡Liah! ¡Liah!». Los gritos de Covril hacían crujir las paredes inclinadas; los de Haman las hacían gemir de un modo ominoso. No había respuesta. Los únicos sonidos eran los gritos de los grupos de búsqueda y los burlones ecos a lo largo de las calles: ¡Liah! ¡Liah!

—No creo que haya llegado tan lejos, Rand al'Thor —dijo Jalani. Para entonces, el sol había llegado casi a su cenit—. No a menos que estuviera intentando esquivarnos, y eso no lo haría.

Rand se volvió hacia ella; había estado escudriñando a través de las columnas sumidas en sombras que se alzaban al final de una escalinata, tratando de atisbar el interior de la inmensa cámara que había detrás. Hasta donde le alcanzaba la vista, allí sólo había polvo. Ninguna huella. Los observadores ocultos se habían retirado, sin desaparecer del todo, pero casi.

Librodot

—Tenemos que buscar tanto como nos sea posible. A lo mejor se ha... —No supo cómo terminar la frase—. No la dejaré aquí, Jalani.

El sol siguió desplazándose hacia el cenit y lo rebasó; Rand se encontraba en lo alto de lo que había sido un palacio, o tal vez toda una manzana de edificios, pero que ahora era un cerro de escombros lo bastante erosionado en el transcurso de los años para que sólo unos cuantos ladrillos y fragmentos de piedra cincelada que sobresalían de la capa de tierra seca revelaran que había sido algo más que un montículo.

—¡Liah! —gritó, haciendo bocina con las manos—. ¡Liah!

—Rand al'Thor —llamó una Doncella desde la calle de más abajo; se bajó el velo para que viera que era Sulin. Ella y otra Doncella, todavía velada, se habían detenido junto a Jalani y a los Ogier—. Baja.

Él descendió del montículo levantando una polvareda y lanzando una lluvia de fragmentos de ladrillo y piedra, tan deprisa que a punto estuvo de caer dos veces.

—¿La habéis encontrado?

Sulin sacudió la cabeza.

—Deberíamos, a estas alturas, si estuviese viva. No se habría alejado mucho sola. Y, si alguien se la ha llevado lejos, se la habrá llevado muerta, diría yo; no sería fácil de otro modo. Y, si estaba tan mal herida que no pudo responder a nuestras llamadas, creo que eso también significa que ha muerto.

Haman suspiró tristemente. Las largas cejas de las mujeres Ogier cayeron hasta sus mejillas; por alguna razón, su actitud triste, de lástima, iba dirigida a Rand.

—Seguid buscando —dijo éste.

—¿Podemos mirar dentro de los edificios? Hay muchas habitaciones que no vemos desde fuera.

Rand vaciló. Acababa de empezar la tarde, y ya volvía a percibir los ojos observando. Tan intensos como a la caída del sol la primera vez que había estado allí. Las sombras no eran lugar seguro en Shadar Logoth.

—No. Pero seguimos buscando.

Rand perdió la noción del tiempo; no sabía cuánto llevaba subiendo por una calle y bajando por otra, gritando, pero finalmente Urien y Sulin se plantaron delante de él, ambos con el rostro velado. El sol se estaba poniendo tras las copas de los árboles, una bola roja como la sangre en un cielo sin nubes. Las sombras se alargaban sobre las ruinas.

—Buscaremos hasta que tú quieras —dijo Urien—, pero se ha hecho todo lo que se ha podido llamando y buscando. Si pudiéramos entrar en los edificios...

—No. —Su voz sonó ronca, y Rand se aclaró la garganta. Luz, qué ganas tenía de beber un poco de agua. Los invisibles observadores cubrían cada ventana, cada abertura, a millares, aguardando, expectantes. Y las sombras envolvían la ciudad. Las sombras no eran seguras en Shadar Logoth, pero con la oscuridad venía la muerte. El Mashadar se levantaba con el ocaso—. Sulin, yo...

Era incapaz de decir que tenían que darse por vencidos, dejar a Liah allí, estuviese viva o muerta, tal vez tendida en alguna parte, inconsciente, detrás de una pared o debajo de un montón de ladrillos que a lo mejor se habían desplomado sobre ella. Era posible.

—Lo que quiera que nos está vigilando aguarda a que llegue la noche, creo —dijo Sulin—. Me asomé a algunas ventanas donde algo me estaba

Librodot

mirando, pero no había nada. Danzar las lanzas con algo que no podemos ver no será fácil.

Rand comprendió que había querido que la Doncella le repitiera que Liah debía de estar muerta, que podían marcharse. Pero era posible que la mujer se encontrara herida en alguna parte. Tocó el bolsillo de la chaqueta; el *angreal* del hombrecillo gordo se había quedado en Caemlyn, con su espada y su cetro. Moraine era de la opinión que ni la Torre Blanca al completo podría acabar con el Mashadar. Si es que podía decirse que era algo vivo. Haman carraspeó.

—Por lo que recuerdo de Aridhol —empezó, fruncido el entrecejo—, es decir, de Shadar Logoth, cuando el sol se meta probablemente muramos todos.

—Sí. —Rand pronunció la palabra a regañadientes. Por un lado, Liah, que quizás estaba viva. Por el otro, todos los demás. Covril y Erith se habían apartado un poco y tenían juntas las cabezas. Captó un murmullo sobre «Loial».

«La muerte es más liviana que una pluma, el deber más pesado que una montaña.»

Lews Therin tenía que haber aprendido ese dicho de él —al parecer los recuerdos fluían en ambas direcciones— pero las palabras le traspasaron el corazón.

—Debemos marcharnos —les dijo—. Tanto si Liah está viva como si está muerta, tenemos... tenemos que irnos.

Urien y Sulin se limitaron a asentir con la cabeza, pero Erith se acercó y le palmeó el hombro con una sorprendente suavidad para una mano que podría abarcar su cabeza.

—No quisiera molestaros, pero nos hemos quedado más de lo que pensábamos. —Haman señaló el sol poniente—. Si nos hacéis el favor de sacarnos de la ciudad del mismo modo que nos trajisteis a ella, os quedaría profundamente agradecido.

Rand recordó la foresta que se alzaba a corta distancia de Shadar Logoth. Esta vez no habría Myrddraal ni trollocs, pero sí un denso bosque, y sólo la Luz sabía a qué distancia se encontraba el pueblo más próximo ni en qué dirección.

—Haré algo mejor —contestó—. Puedo llevaros a la misma región de Dos Ríos en el mismo tiempo.

Los dos Ogier mayores asintieron seriamente.

—Que la bendición de la Luz y la quietud sean con vos por vuestra ayuda —musitó Covril.

Las orejas de Erith se agitaron con ansiedad, quizás a partes iguales por ver a Loial y por salir de Shadar Logoth.

Rand vaciló un momento. Seguramente Loial se hallaba en Campo de Emond, pero no podía llevarlos allí. Demasiado riesgo de que la noticia de su visita saliera de la región. Entonces, a las afueras del pueblo, lo bastante lejos para evitar las granjas que se apiñaban en los aledaños.

La raya vertical de luz apareció y se ensanchó; la infección volvió a retumbar con fuerza dentro de él, peor que antes; el suelo parecía golpear en las suelas de sus botas.

Media docena de Aiel saltaron a través del acceso y los tres Ogier los siguieron con una premura que no era del todo impropia en esas circunstancias. Rand hizo un alto y volvió a mirar la ciudad en ruinas. Había prometido dejar que las Doncellas murieran por él.

Cuando el último de los Aiel hubo cruzado el acceso se oyó un siseo de Sulin y Rand la miró, pero los ojos de la mujer estaban prendidos en su mano; en la palma, donde se había abierto una raja con las uñas por la que manaba sangre. Envuelto como estaba en el vacío, el dolor podría haber sido de otra persona. La marca física no importaba; se curaría. Se había hecho otras más profundas dentro, donde nadie pudiera verlas. Una por cada Doncella muerta, y no dejaba que se le cerraran nunca.

—Hemos acabado aquí —manifestó y, pasando por el acceso, salió en Dos Ríos. El doloroso pálpito desapareció al mismo tiempo que el acceso.

Fruncido el entrecejo, Rand trató de orientarse. Situar con precisión un acceso no resultaba fácil cuando era en un lugar donde no se había estado anteriormente, pero él había escogido un campo que conocía, un prado de malas hierbas a dos horas de camino de Campo de Emond, al sur, que nadie utilizaba nunca para nada. En el refulgente ocaso, sin embargo, vio un numeroso rebaño de ovejas y a un chiquillo con un cayado en la mano y un arco a la espalda que los miraba de hito en hito a cien pasos de distancia. Rand no necesitó el Poder para darse cuenta de que el chico tenía los ojos desorbitados, y con toda razón. Dejó caer el cayado y salió corriendo hacia una granja que no había allí cuando Rand había estado por última vez. Una granja techada con tejas.

Durante un momento se preguntó si realmente estaban en Dos Ríos. Sí; el entorno, el olor del aire, le confirmaban que estaba en el hogar. Todos los cambios de los que Bode y las otras chicas le habían hablado... en realidad no los había asimilado; nada cambiaba nunca en Dos Ríos. ¿Debería mandar de vuelta a las chicas aquí, a casa? «Lo que tienes que hacer es mantenerte lejos de ellas.» Era una idea irritante.

—Campo de Emond está en esa dirección —señaló. Campo de Emond. Perrin. Tal vez Tam estaría también allí, y la Posada del Manantial, con los padres de Egwene—. Es donde Loial debería encontrarse. No sé si llegaréis antes de que oscurezca. Podríais acercaros a esa granja. Estoy seguro de que os proporcionarán un lugar donde dormir. No les habléis de mí. No le contéis a nadie cómo llegasteis aquí.

El chico lo había visto, pero lo que dijese un chiquillo podría tomarse como una exageración cuando aparecieran los Ogier.

Haman y Covril se acomodaron los bultos a la espalda e intercambiaron una mirada.

—No diremos nada sobre cómo hemos llegado —contestó la mujer—. Que la gente imagine lo que quiera.

Haman se atusó la perilla y se aclaró la garganta.

—No hagáis que os maten.

A pesar del vacío, Rand no pudo menos de sobresaltarse.

—¿Cómo decís?

—El camino que tenéis ante vos —retumbó Haman— es largo, oscuro y, mucho me temo, sangriento. También me temo que nos conduciréis a todos por ese camino. Pero debéis vivir para llegar al final.

—Lo haré —contestó Rand, cortante—. Que os vaya bien. —Trató de dar cierto tono afectuoso a su despedida, algún sentimiento, pero dudaba que lo hubiese conseguido.

—Que os vaya bien —contestó Haman, secundado por las dos mujeres antes de que los tres se volvieran en dirección a la granja. Pero, a juzgar por el tono, ni siquiera Erith parecía creerlo.

Rand se demoró un instante más. En la puerta de la casa había

Librodot

aparecido gente que contemplaba a los Ogier que se acercaban hacia ellos, pero Rand miraba al noroeste, no hacia Campo de Emond, sino en la dirección donde estaba la granja en la que había crecido. Cuando se dio media vuelta y abrió el acceso a Caemlyn, fue como si se arrancara de cuajo un brazo. Ese dolor era una marca conmemorativa mucho más adecuada a la memoria de Liah que un simple arañazo.

Librodot

CAPÍTULO 22

De camino al sur

Las cinco piedras formaban un círculo que giraba suavemente entre las manos de Mat, una roja, otra azul, otra verde claro y las dos restantes con interesantes dibujos de rayas. Montaba a lomos de *Puntos,* guiándolo con las rodillas, la lanza de mango negro metida debajo de la cincha, al lado contrario de donde llevaba su arco sin encordar. Las piedras le recordaban a Thom Merrilin, que le había enseñado a hacer malabarismos, y se preguntó si el viejo juglar seguiría vivo. Probablemente no. Rand le había mandado acompañar a Elayne y Nynaeve lo que parecía mucho tiempo atrás, supuestamente para que cuidara de ellas. O eran las dos mujeres que menos necesitaban que cuidasen de ellas o es que Mat no las conocía, pero tampoco había otras dos con las que hubiese mayor probabilidad de que metieran a los demás en un lío o hicieran que los mataran porque no atendían a razones.

Nynaeve, siempre pinchando por lo que uno decía o hacía o pensaba y tirándose de la jodida trenza todo el tiempo mientras lo miraba a uno. Y Elayne, la jodida heredera del trono, convencida de que podía salirse con la suya con sólo levantar la nariz altaneramente y tratando a la gente con tan poca consideración como Nynaeve, sólo que peor, porque, cuando lo del gélido despotismo no funcionaba, Elayne sonreía y se le hacían los hoyuelos y esperaba que todo el mundo se postrase de rodillas porque era bonita. Confiaba en que Thom se las hubiese ingeniado para sobrevivir en su compañía. También esperaba que las dos mujeres estuviesen bien, pero no le importaría si, al menos una vez, se hubiesen metido en un buen berenjenal desde que se habían escabullido la Luz sabría adónde. A ver qué tal les iba sin tenerlo a él para sacarlas de apuros; y ni una palabra de agradecimiento cuando sí estuvo para hacerlo. No pensaba en un follón gordo, cuidado; sólo lo suficiente para que desearan que Mat Cauthon estuviera por allí para rescatarlas otra vez, como un idiota.

—¿Y tú qué, Mat? —preguntó Nalesean mientras se acercaba con el caballo—. ¿Has pensado alguna vez en ser Guardián?

Mat estuvo a punto de dejar caer las piedras. Daerid y Talmanes lo miraban, con los rostros sudorosos, esperando su respuesta. El sol se desplazaba hacia el horizonte; dentro de poco tendrían que pararse. El ocaso parecía alargarse un poco más a medida que los días se acortaban, pero Mat quería estar instalado y fumando su pipa para cuando anocheciese. Además, en un territorio como éste, los caballos se rompían los remos cuando faltaba luz. Y los hombres también.

La Compañía de la Mano Roja se extendía tras ellos, hacia el norte, jinetes e infantería bajo una creciente nube de polvo, a través de cerros cubiertos con escasos matorrales y dispersos sotos; los estandartes ondeaban pero los tambores estaban callados. Once días desde que habían partido de Maerone y se encontraban a mitad de camino de Tear o un poco más, avanzando con mayor rapidez de lo que Mat había esperado. Y uno de

esos once días empleado en su totalidad en dar descanso a las monturas. Ciertamente no tenía ninguna prisa en tomar el puesto de Weiramon, pero no podía evitar pensar qué distancia máxima estarían en disposición de cubrir entre el amanecer y el ocaso en caso de ser necesario. Hasta el momento lo más que habían recorrido en ese tiempo habían sido setenta kilómetros aproximadamente, por lo que habían podido calcular. Naturalmente, las carretas de suministros se pasaban la mitad de la noche en marcha para alcanzarlos, pero últimamente los soldados de infantería parecían haberse propuesto demostrar que eran capaces de igualar a la caballería en largas distancias, ya que no en cortas.

Un poco más atrás y hacia el este, un grupo de Aiel coronó la cima de una elevación bordeada de hileras de árboles, corriendo a buen paso sin dificultad y acortando distancias con ellos. Seguramente estaban corriendo desde el amanecer y no pararían hasta la puesta del sol, si no más tarde. Si pasaban a la Compañía cuando todavía hubiese luz para ver, sería un aliciente para el día siguiente. Cada vez que los Aiel los superaban, sus hombres parecían dispuestos a alargar la marcha otros dos o tres kilómetros más al día siguiente.

Unos cuantos kilómetros más adelante los sotos volvían a agruparse en bosques; sería necesario bajar más hacia el Erinin antes de que llegaran a esas frondas. Al coronar la cima de una colina, Mat divisó el río y a cinco de los barcos fluviales contratados, con la bandera de la Mano Roja ondeando en los mástiles. Otros cuatro iban de vuelta a Maerone para coger otra carga, en su mayor parte forraje y caballos. Los que no veía, pero sabía que estaban allí, eran los grupos de gente; unos seguían el sinuoso curso río arriba, otros corriente abajo, y algunos cambiaban de dirección cada vez que se encontraban con un grupo liderado por alguien con poder de convicción. Unos pocos viajaban en carreta y algunos tiraban de carros de mano, pero en su mayoría iban únicamente con lo puesto; hasta los asaltantes de caminos más duros de entendederas habían aprendido que no tenía sentido atacar a estos últimos. Mat no tenía ni idea de adónde se dirigían, ni ellos tampoco, pero eran lo bastante numerosos para atascar la mal llamada calzada que corría a lo largo del río. A menos que apartaran a la gente a golpes, la Compañía avanzaría con mayor rapidez siguiendo su ruta actual.

—¿Guardián? —repitió Mat mientras guardaba las piedras en las alforjas. Podría encontrar otras en cualquier parte, pero le gustaban los colores. En la alforja llevaba también una pluma de águila y un fragmento de piedra blanca como la nieve que daba la impresión de haber tenido grabadas volutas. También había visto un pedrusco que daba la impresión de ser la cabeza de una estatua, pero era tan grande que habría hecho falta un carro para transportarlo—. Nunca. Son todos unos necios y unos primos que dejan que las Aes Sedai los manejen a su antojo. ¿Cómo se te ha ocurrido pensar algo así?

Nalesean se encogió de hombros. Sudaba copiosamente, pero aun así llevaba la chaqueta —roja con rayas azules ese día— abotonada hasta el cuello. Por su parte, aunque Mat llevaba la suya desbrochada estaba achicharrado.

—Supongo que es por las Aes Sedai —explicó el teariano—. Así me condene, pero da que pensar. Maldición, lo que quiero decir es qué se traerán entre manos.

Se refería a las Aes Sedai al otro lado del Erinin que, según les habían informado, se desplazaban río arriba o abajo muchísimo más deprisa que los

Librodot

caminantes que iban también por ese lado del río.

—Pues yo digo que lo mejor es no pensar en ellas. —Mat tocó la cabeza de zorro plateada que llevaba debajo de la camisa; aun llevando eso, se alegraba de que las Aes Sedai se encontrasen en la orilla opuesta. Un puñado de sus soldados viajaba en cada uno de los barcos fluviales y, si bien no eran muchos los pueblos que se alzaban en la ribera, se acercaban con un bote a todos los que había al otro lado, siguiendo sus órdenes, para ver de qué podían enterarse. Hasta el momento las noticias habían sido poco o nada reveladoras, aunque a menudo desagradables. La afluencia de Aes Sedai la que menos.

—¿Y cómo no vamos a pensar en ellas? —preguntó Talmanes—. ¿Crees que la Torre era realmente la que movía los hilos con Logain?

Ésa era una de las noticias más recientes, conocida sólo un par de días antes. Mat se quitó el sombrero y se secó el sudor de la frente antes de contestar. Al caer la noche la temperatura bajaría un poco; empero, no habría vino ni cerveza ni mujeres ni juego. ¿Quién querría ser soldado por propia iniciativa?

—Son muy pocas las cosas en las que, en mi opinión, no están detrás las Aes Sedai. —Metió un dedo entre el pañuelo y el cuello y lo aflojó. Los Guardianes, al menos por lo que había observado en Lan, no sudaban nunca—. Pero ¿eso? Talmanes, antes creería que tú eres Aes Sedai. Y no lo eres, ¿verdad?

Daerid se dobló sobre la perilla de la silla, riendo a mandíbula batiente, y Nalesean estuvo a punto de caerse del caballo. Al principio Talmanes se puso envarado, pero finalmente acabó sonriendo. Casi se rió. No tenía mucho sentido del humor, pero sí algo.

Empero, su seriedad se reafirmó enseguida.

—¿Y qué me dices de los seguidores del Dragón? Si lo que se cuenta es cierto, Mat, significa problemas.

Las risas de los otros se cortaron de golpe. Mat hizo una mueca. Ése era el rumor más reciente —o como se quisiera llamarlo—, conocido el día anterior, y hablaba de que habían incendiado un pueblo en alguna parte de Murandy. Y, lo que era aun peor, supuestamente habían matado a todos lo que se habían negado a hacerse seguidores del Dragón, y a sus familias con ellos.

—Rand se encargará de ellos. Si es que es cierto. Por suerte, ocuparse de Aes Sedai, seguidores del Dragón y todo eso le concierne a él, no a nosotros. Bastante tenemos con lo que nos toca.

Aquello, naturalmente, no hizo que la expresión de nadie se volviera menos sombría. Habían visto muchos pueblos incendiados y sin duda verían muchos más poco después de llegar a Tear. ¿Quién querría ser soldado?

Un jinete apareció en lo alto de la próxima loma y galopó hacia ellos haciendo que su montura saltara por encima de los matorrales en lugar de esquivarlos y a pesar de ir cuesta abajo. Mat ordenó parar con una seña.

—Nada de trompetas —añadió. La voz se corrió por las filas en un murmullo cada vez más apagado, pero Mat no quitó ojo al jinete.

Chorreando sudor, Chel Vanin sofrenó a su castrado pardo delante de Mat. Con su tosca chaqueta gris que le sentaba como un saco, su corpulenta figura semejaba también un saco encima de la silla de montar. Vanin estaba gordo, sin rodeos. Sin embargo, en contra de lo que podría pensarse, era capaz de montar cualquier animal de cuatro patas y era muy bueno en lo que hacía.

Librodot

Mucho antes de llegar a Maerone, Mat había sorprendido a Nalesean, Daerid y Talmanes al pedirles los nombres de los mejores cazadores furtivos y cuatreros que hubiera entre sus hombres, los que supieran que eran culpables pero que no se podía probar nada contra ellos. Los dos nobles en particular no querían admitir que tenían esa clase de hombres a su mando, pero después de insistirles dieron los nombres de tres cairhieninos, dos tearianos y, sorprendentemente, dos andoreños. Mat pensaba que los andoreños no llevaban tiempo suficiente con la Compañía para que se conocieran esas tendencias suyas, pero por lo visto la voz se había corrido.

Se llevó aparte a aquellos siete hombres y les dijo que necesitaba exploradores y que un buen explorador utilizaba muchas de las mañas de un cazador furtivo o un cuatrero. Haciendo caso omiso de las fervientes negativas de que ellos jamás habían cometido delito alguno —las protestas de cada uno fueron más numerosas que las de Talmanes y Nalesean juntos, e igualmente elocuentes aunque mucho más toscas—, ofreció el indulto de los robos cometidos hasta ese momento, triple paga y exención de fajinas siempre y cuando informaran la verdad. Y una soga al cuello en la primera mentira; un montón de hombres podía morir a causa de la mentira de un explorador. A pesar de la amenaza, no dejaron pasar la oportunidad, probablemente más por la reducción de trabajo que por el dinero extra.

No obstante, siete no eran suficientes, de modo que les pidió que se lo sugiriesen a otros y que tuvieran presente lo que había dicho respecto a las aptitudes requeridas, así como el hecho de que si vivían o no para disfrutar de la triple paga dependía en gran medida de las habilidades de aquellos que le propusieran para el trabajo. Aquello ocasionó mucho rascarse barbillas y muchas miradas nerviosas, pero entre los siete dieron otros once nombres, aunque poniendo gran énfasis en que por nombrarlos no estaban insinuando nada sobre esos tipos. Once hombres, cazadores furtivos y cuatreros lo bastante buenos para no despertar las sospechas de Daerid, Talmanes o Nalesean, pero no lo suficientemente buenos para evitar atraer la atención de los primeros siete. Mat les hizo la misma oferta y volvió a pedir más nombres. Para cuando llegó al punto de no encontrar más nombres, contaba ya con cuarenta y siete exploradores. Los malos tiempos que corrían habían empujado a un montón de hombres a enrolarse en el ejército en lugar de dedicarse a la actividad que habrían preferido realizar.

El último, nombrado por los tres que lo precedieron, fue Chel Vanin, un andoreño que había vivido en Maerone pero cuya actividad abarcaba un amplio radio a ambos lados del Erinin. Vanin era capaz de robar los huevos de un faisán sin levantar al ave de su nido, aunque no era probable que dejara de meterla también en el saco. Podía robar un caballo en el que iba montado un noble sin que éste se diera cuenta hasta dos días después. O eso era lo que afirmaban con respeto reverencial quienes lo recomendaron. Con su sonrisa desdentada y un aire de total inocencia en su redonda cara, Vanin había manifestado enérgicamente ser un honrado mozo de cuadra y herrador ocasional cuando podía encontrar ocupación, pero que cogería el trabajo por el cuádruple de la soldada normal de la Compañía. Hasta entonces, se había ganado con creces su paga.

En este momento, sentado en el caballo delante de Mat en aquella ladera, Vanin parecía agitado. Aprobaba el hecho de que Mat no quisiera que se lo llamara milord, ya que no le gustaba tener que inclinar la cabeza ante nadie, pero se las arregló para tocarse la frente a modo de saludo.

—Creo que deberíais ir a echar un vistazo, porque yo no sé qué

conclusiones sacar. Tenéis que verlo vos mismo.

—Esperad aquí —ordenó Mat a los otros. Luego dijo a Vanin—: Guíame.

No tuvieron que cabalgar muy lejos, sólo un par de colinas más adelante y subir un trecho de un sinuoso arroyo bordeado con barro seco. El hedor anunciaba lo que Vanin quería que viese antes de otear los primeros buitres que alzaban el vuelo pesadamente. Los otros aleteaban unos cuantos metros antes de posarse otra vez y, adelantando bruscamente las peladas cabezas, lanzar graznidos desafiantes. Pero lo peor eran los que no levantaban la cabeza del banquete, apiñados en montones de plumas negras.

Una carreta volcada, semejante a una pequeña casa sobre ruedas y pintada de abigarrados tonos verdes, azules y amarillos, identificaba la escena como una caravana de gitanos, pero pocos vehículos habían escapado del fuego. Por doquier yacían cadáveres con ropas de colores chillones, desgarradas y oscurecidas con sangre reseca, hombres, mujeres y niños. Una parte de Mat analizó la situación fríamente; el resto de él deseaba vomitar o salir corriendo o hacer cualquier cosa excepto quedarse allí sentado en *Puntos.* Los atacantes habían llegado por el oeste al principio. La mayoría de los hombres y muchachos de más edad yacían en esa dirección, entre lo que quedaba de un numeroso grupo de perros grandes, como si hubiesen intentado formar una línea para frenar a los asesinos con sus cuerpos mientras las mujeres y los niños corrían. Una huida inútil. Los cadáveres amontonados mostraban el punto donde se habían precipitado de cabeza contra el segundo frente de ataque. Ahora sólo se movían los buitres.

Vanin escupió con desprecio a través de la mella de su dentadura.

—Se los echa antes de que tengan tiempo de robar mucho; secuestran niños si uno no se anda con ojo, y luego los crían como uno de ellos. Quizá se les da una patada para que se larguen más deprisa, pero ¿esto? ¿Quién puede haber hecho algo así?

—No lo sé. Salteadores.

Faltaban todos los caballos. Pero los salteadores querían robar, no matar, y ningún gitano se resistiría si se le robaba hasta el último céntimo y se lo dejaba en cueros. Mat se obligó a aflojar las manos, que asían las riendas con crispación. Se mirara hacia donde se mirara había una mujer muerta, un niño muerto. Quienquiera que hubiese hecho esto no quería que quedaran supervivientes. Rodeó el lugar de la escena haciendo avanzar lentamente su caballo, tratando de no hacer caso de los buitres que siseaban y aleteaban cuando pasaba cerca —el suelo estaba demasiado seco para que hubiesen quedado huellas claras, aunque a Mat le parecía que los caballos habían partido en varias direcciones— y completó el circuito, volviendo al lado de Vanin.

—Podrías haberme informado de lo ocurrido. No hacía falta que lo viera. —«¡Luz! ¿Qué necesidad tenía de verlo?»

—Podría haberos dicho que no había huellas claras —manifestó Vanin mientras hacía dar media vuelta a su caballo para vadear el somero arroyo— . Pero quizá sí teníais que ver esto.

El fuego había acabado con gran parte del carromato tumbado de costado, pero la base de la caja se había salvado, apuntalada en las ruedas amarillas con los radios verdes. Un hombre, cuya chaqueta todavía conservaba un poco de su color azul chillón, yacía despatarrado contra ella, con un brazo extendido y la mano oscurecida por la sangre. Lo que había escrito con trazos temblorosos resaltaba más oscuro que la madera de la

Librodot

base del carromato:

DECIDLE AL DRAGÓN RENACIDO

¿Decirle qué?, pensó Mat. ¿Que alguien había asesinado a toda una caravana de gitanos? ¿O es que el hombre había muerto antes de poder escribir lo que quiera que fuese? No sería la primera vez que los gitanos habían topado con información importante. En un relato habría vivido el tiempo suficiente para garabatear la vital información que significaría la victoria. En fin, fuese cual fuese el mensaje, ahora nadie iba a saber una sola palabra más al respecto.

—Tenías razón, Vanin. —Mat vaciló. ¿Decirle qué al Dragón Renacido? No era menester dar pie a más rumores de los que corrían ya—. Ocúpate de que el resto de este carromato arda del todo antes de marcharte. Si alguien pregunta, aquí no había nada más que un montón de hombres muertos. —Y de mujeres, y de niños.

—De acuerdo —asintió Vanin—. Asquerosos salvajes —rezongó y volvió a escupir por la mella—. Podrían haber sido algunos de ellos, supongo.

La tropa Aiel, entre tres y cuatrocientos hombres, los había alcanzado. Bajaron la cuesta y cruzaron el arroyo a menos de cincuenta pasos de los carromatos. Algunos levantaron la mano para saludarlo; Mat no los reconoció, pero muchos Aiel habían oído hablar del amigo de Rand al'Thor, el que llevaba sombrero y contra el que era mejor no apostar. Pasaron y subieron la ladera del siguiente cerro, como si aquellos cadáveres no existieran.

«Condenados Aiel», pensó Mat. Sabía que los Aiel evitaban a los gitanos, que hacían caso omiso de ellos, aunque desconocía el porqué, pero esto...

—Creo que no —dijo—. Ocúpate de quemarlo, Vanin.

Talmanes y los otros dos seguían donde los había dejado, naturalmente. Cuando Mat les contó lo que había más adelante y que había que destacar a los grupos de enterramiento, asintieron con aire sombrío.

—¿Gitanos? —murmuró Daerid con incredulidad.

—Acamparemos aquí —añadió Mat.

Esperaba algún comentario; quedaba luz suficiente para recorrer varios kilómetros más, y estos tres se habían enganchado con lo de la distancia que podía avanzar la Compañía en un día hasta el punto de hacer apuestas.

—Mandaré a un hombre para que haga señales a los barcos antes de que se hayan adelantado demasiado —se limitó a decir Nalesean.

Quizá se sentían igual que él. A menos que se desviaran hasta el río, sería imposible eludir, como poco, la vista de los buitres alzando el vuelo tras ser espantados por los grupos de enterramiento. Sólo porque un hombre hubiese visto morir gente no significaba que tuviera que disfrutar con ello. En lo tocante a Mat, creía que le bastaría con ver otra vez a esos pajarracos para vomitar. Por la mañana sólo habría tumbas, fuera del alcance de la vista.

Sin embargo, el recuerdo no se le iba de la mente, ni siquiera después de que se hubo instalado su tienda en la misma cumbre de la colina, donde podría llegar un soplo de brisa del río, si es que se levantaba. Cuerpos destrozados por asesinos, despedazados por buitres. Peor que la batalla alrededor de Cairhien contra los Shaido. Allí habían muerto Doncellas, pero él no había visto ninguna, y no había habido niños. Un gitano no lucharía ni para defender su vida. Nadie mataba al Pueblo Errante. Comió con desgana,

picoteando del plato de carne con judías, y se retiró a su tienda tan pronto como le fue posible. Ni siquiera Nalesean tenía ganas de hablar, y Talmanes se mostraba más tenso que nunca.

Se había corrido la voz de la matanza, y en el campamento reinaba un silencio que Mat conocía de antes. Por lo general, la quietud de la noche se rompía al menos con risas escandalosas y a veces con cantos subidos de tono, hasta que los portaestandartes llevaban a sus mantas al puñado de soldados que no admitían estar cansados. Aquella noche era como cuando habían encontrado un pueblo con los muertos sin enterrar o un grupo de refugiados que habían intentado conservar lo poco que tenían resistiéndose a los salteadores. Pocos podían reír o cantar después de algo así, y, a los que sí, generalmente los hacía callar el resto.

Mat permaneció tumbado, mientras la noche caía, pero la tienda era un espacio cerrado y el sueño no llegaba, ahuyentado por el recuerdo de los gitanos muertos, por recuerdos más antiguos de muertos del pasado. Demasiadas batallas y demasiadas muertes. Tanteó la lanza, siguiendo con las yemas de los dedos la inscripción en la Antigua Lengua que llevaba grabada en el negro astil:

Así queda escrito el trato; así se cierra el acuerdo.
La mente es la flecha del tiempo; jamás se borra el recuerdo.
Lo que se pidió se ha dado. El precio queda pagado.
De ese pacto, la peor parte él se ha llevado.

Al cabo de un rato cogió una manta y la lanza y salió al exterior en ropa interior; la cabeza de zorro plateada, sobre su torso desnudo, reflejó la luz de la luna menguante. Corría una leve brisa, un soplo casi inapreciable, carente de frescor, que apenas movía el estandarte de la Mano Roja que colgaba del astil clavado en el suelo, delante de su tienda, pero aun así se estaba mejor que dentro.

Extendió la manta entre los matorrales y se tumbó boca arriba. Cuando era un crío, a veces solía quedarse dormido identificando las constelaciones. En aquel cielo despejado, la luna arrojaba luz suficiente para difuminar la mayoría de las estrellas a pesar de estar menguante, pero quedaban suficientes. Allí estaba el Carro de Heno, justo encima de su cabeza, y las Cinco Hermanas, y los Tres Gansos, marcando el norte. El Arquero, el Labriego, el Herrero, la Serpiente. Los Aiel llamaban a esta última el Dragón. El Escudo, que algunos llamaban el Escudo de Hawkwing —eso lo hizo rebullir; en algunos de sus recuerdos no le gustaba ni pizca Artur Paendrag Tanreall—, el Ciervo, el Carnero, la Copa. Y la Caminante, con su bastón resaltando marcadamente.

Algo lo hizo aguzar el oído, no estaba seguro qué. Si no hubiese habido tanto silencio el apagado sonido no habría parecido tan furtivo, pero en la quietud dio esa impresión. ¿Quién andaría moviéndose a hurtadillas por allí? Despierta su curiosidad, se incorporó sobre un codo. Y se quedó inmóvil como una estatua.

Unas figuras, como sombras de luz de luna, se movían alrededor de su tienda. La luz del astro cayó sobre una de ellas lo suficiente para que Mat distinguiera un rostro velado. ¿Aiel? ¿Qué demonios...? En silencio rodearon la tienda, se acercaron; un brillo de metal centelleó en la noche, se oyó el susurro de tela desgarrada, y las figuras desaparecieron en el interior. Sólo pasó un segundo antes de que volvieran a salir. Y a mirar en derredor; había

Librodot

luz suficiente para advertir ese gesto.

Mat plantó los pies en el suelo; si se mantenía agachado, a lo mejor era capaz de escabullirse sin que lo oyeran.

—Mat... —se oyó llamar a Talmanes, subiendo la ladera; parecía embriagado.

Mat no movió un solo músculo; quizás el hombre daba media vuelta si creía que estaba dormido. Los Aiel parecieron desvanecerse en el aire, pero Mat estaba seguro de que continuaban allí. Las pisadas de Talmanes se oyeron más cerca.

—Tengo un poco de brandy, Mat. Creo que deberías echar un trago. Es bueno para los sueños, Mat. No los recuerdas.

Mat se preguntó si los Aiel lo oirían, con las voces de Talmanes, si se marchaba ahora. Había unos diez pasos hasta donde estarían durmiendo los primeros hombres —el primer pelotón de caballería, los Relámpagos de Talmanes, tenía el «honor» esa noche—, y menos de diez a su tienda y a los Aiel. Eran rápidos, pero con una o dos zancadas de ventaja no deberían alcanzarlo antes de que se encontrara a un metro de casi cincuenta hombres.

—Mat... No creo que estés dormido, Mat. Te vi la cara. Te sentirás mejor después de que hayas matado los sueños. Creeme, lo sé.

Mat se agazapó y asió con firmeza la lanza e inhalaba hondo. Dos zancadas.

—¡Mat!

Talmanes estaba más cerca. El muy idiota se iba a dar de bruces con un Aiel en cualquier momento. Podían rebanarle el pescuezo sin hacer el menor ruido.

«Maldito seas —pensó Mat—. Sólo necesitaba un par de zancadas.»

—¡A las armas! —gritó al tiempo que se incorporaba de golpe—. ¡Aiel en el campamento! —Salió corriendo cuesta abajo—. ¡Acudid hacia el estandarte! ¡Reuníos bajo la Mano Roja! ¡Arriba, perros salteadores de tumbas!

Despertó todo el mundo, ya que berreaba como un toro enganchado en zarzales. Los gritos se propagaron en todas direcciones, los tambores empezaron a tocar, las trompetas a formar. Hombres del primer batallón salieron de sus mantas gritando y agitando las espadas mientras corrían hacia el estandarte.

Con todo, el hecho era que los Aiel tenían menos distancia que cubrir que los soldados. Y sabían a qué iban. Algo —el instinto, la suerte, o ser *ta'veren,* porque desde luego no oyó nada con aquel tumulto— lo hizo girarse justo cuando la primera figura velada salió tras él como si se hubiese materializado en el aire. No había tiempo para pensar. Paró el lanzazo con el astil de su arma, pero el Aiel detuvo su contragolpe con la adarga y le asestó una patada en el estómago. La desesperación proporcionó fuerza a Mat para no doblar las piernas, aunque tenía los pulmones sin aire; hizo un quiebro, frenético, para esquivar la punta de lanza que iba derecha a sus costillas, zancadilleó al Aiel con el astil de su lanza, y luego le atravesó el corazón. Luz, esperaba sinceramente que fuera un varón.

Sacó de un tirón la lanza justo a tiempo de hacer frente a la avalancha de adversarios. «¡Debería haber huido cuando tuve la puñetera oportunidad de hacerlo!» Blandió el arma como una vara de combate imprimiéndole más velocidad que nunca, girándola, parando los lanzazos de los Aiel, sin tiempo para contraatacar. Demasiados. «¡Tendría que haber mantenido cerrada la

Librodot

jodida boca y huir!» Dispuso de un instante para gritar de nuevo:

—¡Zafarrancho, apocados pichones, ladrones de ovejas! ¿Es que estáis sordos? ¡Limpiaos los oídos y a las armas!

Maravillado de no estar muerto a esas alturas —había tenido suerte con un Aiel, pero nadie era tan afortunado como para hacer frente a esto— de repente se dio cuenta de que ya no estaba solo. Un flaco cairhienino, en ropa interior, cayó casi a sus pies al tiempo que exhalaba un chillido agudo, pero de inmediato ocupó su puesto un teariano con la desabrochada camisa ondeando y blandiendo una espada. Varios más se sumaron a la refriega, lanzando todo tipo de gritos, como «¡Lord Matrim y victoria!», «¡La Mano Roja!» o «¡Muerte a las alimañas!»

Mat retrocedió y los dejó que se ocuparan ellos. «Un general que combate en primera línea es un necio.» Eso provenía de aquellos antiguos recuerdos, una cita de alguien cuyo nombre no formaba parte de la evocación. «Uno puede acabar fiambre ahí.» Eso era pura cosecha de Mat Cauthon.

Al final, fue simple cuestión de números: una docena de Aiel contra, si no toda la Compañía, sí varios centenares de hombres que se las arreglaron para llegar a lo alto del cerro antes de que la lucha hubiese acabado. Doce Aiel muertos y, por el hecho de ser Aiel, un tercio más de la Compañía, y el doble o más de esa cifra sangrando aunque todavía vivos para gemir mientras se los atendía. A pesar de haberse encontrado en una situación límite tan escaso tiempo, Mat estaba dolorido y sangraba por media docena de heridas, de las cuales tres al menos sospechaba que necesitarían puntos.

Su lanza le hizo un buen servicio como bastón cuando se encaminó, cojeando, hacia donde Talmanes permanecía tendido en el suelo, con Daerid atándole un torniquete en la pierna izquierda.

La blanca camisa de Talmanes, sin remeter en los pantalones, tenía unas manchas oscuras y brillantes en un par de sitios.

—Me parece —jadeó— que Nerim tendrá que practicar conmigo otra vez su poca maña como remendón, así la Luz lo consuma por ser tan bruto.

Nerim era su asistente, y lo remendaba tan a menudo como a sus ropas.

—¿Se pondrá bien? —preguntó Mat en voz baja.

Daerid se encogió de hombros. El cairhienino llevaba puesto sólo los pantalones.

—Está sangrando menos que tú, creo. —Alzó la cabeza para mirar a Mat. A partir de ese día tendría una nueva cicatriz en la colección de su cara—. Menos mal que te quitaste de en medio, Mat. Es obvio que iban por ti.

—Está muy bien no haberles dado lo que venían buscando. —Talmanes hizo un gesto de dolor mientras se esforzaba por incorporarse echando un brazo sobre los hombros de Daerid—. Habría sido una pena perder la suerte de la Compañía por un puñado de salvajes atacando en plena noche.

—Sí, eso es lo que me pareció a mí también —dijo Mat aclarándose la garganta. La imagen de los Aiel desapareciendo dentro de su tienda acudió a su memoria; tuvo un escalofrío. ¿Por qué demonios querían matarlo los Aiel?

Nalesean se acercó desde el lugar donde estaban colocando en una hilera los cuerpos de los Aiel. Incluso en aquellas circunstancias llevaba puesta la chaqueta, aunque no abotonada; no dejaba de mirar, ceñudo, una mancha de sangre que tenía en la solapa, quizá la suya propia o quizá no.

—Así me condene, sabía que esos salvajes se revolverían contra

Librodot

nosotros antes o después. Supongo que venían de ese grupo que nos pasó esta tarde.

—Lo dudo —dijo Mat—. Si hubiesen querido matarme entonces, me habrían tenido ensartado en un espetón y puesto al fuego antes de que cualquiera de vosotros se hubiese dado cuenta.

Se obligó a acercarse renqueando hasta los Aiel muertos y examinó los cadáveres cogiendo la linterna que alguien había llevado para reforzar la luz de la luna. El alivio de encontrar únicamente rostros de hombres casi consiguió que le flaquearan las piernas. No conocía a ninguno, aunque no era de extrañar puesto que conocía a pocos Aiel.

—Shaido, imagino —dijo mientras regresaba junto a los demás con la linterna. Podrían serlo. Y podrían ser Amigos Siniestros; sabía por propia experiencia que los había entre los Aiel. Y, naturalmente, los Amigos Siniestros tenían motivo para querer matarlo.

—Creo que mañana deberíamos intentar encontrar a una de esas Aes Sedai al otro lado del río —manifestó Daerid—. Talmanes vivirá a menos que todo el brandy que ha tragado se le filtre por los poros, pero algunos de los otros quizá no sean tan afortunados.

Nalesean no pronunció palabra, pero su gruñido lo dijo todo; al fin y a la postre era teariano y las Aes Sedai le gustaban menos aun que al propio Mat, pero éste que no vaciló en acceder a la sugerencia de Daerid. Él no permitiría que ninguna Aes Sedai lo tocara con el Poder —en cierto modo, cada cicatriz señalaba una pequeña victoria, una vez más que había evitado a las Aes Sedai— pero no podía dejar que muriera nadie si podía evitarse. Entonces les explicó lo que quería.

—¿Una zanja? —repitió Talmanes con un dejo de incredulidad.

—¿Todo alrededor del campamento? —la barba puntiaguda de Nalesean se estremeció—. ¿Todas las noches?

—¿Y una estacada? —exclamó Daerid. Miró en derredor y bajó el tono de voz. Todavía quedaban unos cuantos soldados por las inmediaciones, llevándose a los muertos—. Habrá un amotinamiento, Mat.

—No, no lo habrá —lo contradijo—. Por la mañana hasta el último hombre sabrá que los Aiel cruzaron a hurtadillas todo el campamento para llegar a mi tienda. La mitad no podrá dormir pensando que se despertará con una lanza clavada en las costillas. Vosotros tres aseguraos de que entienden que una estacada podría impedir que los Aiel vuelvan a colarse inadvertidamente. —Por lo menos sería un obstáculo que los frenaría—. Y ahora marchaos y dejadme dormir un poco.

Después de que se hubieron ido, Mat examinó su tienda. Los largos cortes abiertos en los costados por los Aiel se agitaban levemente con la brisa que soplaba intermitentemente. Suspiró y echó a andar hacia la manta tendida entre los matorrales; entonces se detuvo. Ese ruido que lo había alertado. Los atacantes no habían hecho ningún otro, ni un susurro. Los Aiel eran silenciosos como sombras, así pues ¿qué había sido?

Apoyado en la lanza, rodeó cojeando la tienda a la par que estudiaba el suelo. No estaba seguro de lo que buscaba. Las suaves botas Aiel no habían dejado marcas que pudiera distinguir con la luz de la linterna. Dos de los vientos de la tienda colgaban cortados, pero... Dejó la linterna en el suelo y tocó las cuerdas. Ese ruido podría haber sido el de una cuerda tirante al ser cortada, pero no era necesario cortarlas para entrar en la tienda. Algo en el ángulo de los cortes, en el modo en que estaban alineados el uno con el otro, le llamó la atención. Volvió a coger la linterna y la enfocó en derredor. Un

Librodot

matorral de ramaje duro y enhiesto, a corta distancia, había sido podado por un costado, de arriba abajo, y las finas ramas con pequeñas hojas se encontraban caídas en el suelo. Un corte muy limpio, perfectamente recto, que había dejado los extremos de las ramas sesgadas tan lisos y suaves como si fuera el meticuloso trabajo de un carpintero.

A Mat se le erizó el vello de la nuca. Allí se había abierto uno de esos agujeros en el aire que Rand utilizaba. Ya era bastante malo que los Aiel hubiesen intentado matarlo, pero que los hubiese enviado alguien capaz de crear uno de esos... accesos, los llamaba Rand. Luz, si no estaba a salvo de los Renegados con la Compañía a su alrededor, entonces ¿dónde lo estaría? Se preguntó cómo iba a poder dormir de ahora en adelante; con hogueras prendidas alrededor de su tienda, y con guardias. Lo llamaría una guardia de honor, para quitarle un poco de hierro a la cosa, para soportar el hecho de que hubiera centinelas rodeando su tienda. La próxima vez probablemente sería un centenar de trollocs o un millar en lugar de un puñado de Aiel. ¿O no era lo bastante importante para eso? Si decidían que era demasiado importante, la próxima vez podría ser uno de los Renegados. ¡Rayos y centellas! ¡Él no había pedido ser *ta'veren* ni estar vinculado con el jodido Dragón Renacido!

—¡Rayos y centellas!

El crujido de la tierra bajo una pisada lo alertó, y giró velozmente blandiendo el arma a la par que soltaba un gruñido. Apenas tuvo tiempo de detener la arremetida al mismo tiempo que Olver gritaba y caía patas arriba, mirando con los ojos desorbitados la punta de la lanza.

—¡Por la Fosa de la Perdición! ¿Qué demonios estás haciendo aquí? —espetó Mat.

—Yo... Yo... —El chico enmudeció y tragó saliva—. Dicen que cincuenta Aiel intentaron mataros mientras dormíais, lord Mat, pero que vos los matasteis a ellos antes y quería ver si estabais bien y... Lord Edorion me compró zapatos, ¿veis? —Levantó un pie calzado.

Mascullando entre dientes, Mat ayudó al chico a ponerse de pie.

—No me refería a eso. Lo que quiero saber es por qué estás aquí y no en Maerone. ¿Acaso Edorion no encontró a nadie que se hiciese cargo de ti?

—Esa mujer sólo quería el dinero de lord Edorion, no a mí. Tiene seis hijos. Maese Burdin me alimenta bien, y todo lo que tengo que hacer es darles de comer y de beber a los caballos, y almohazarlos. Me gusta eso, lord Mat. Sin embargo, no me deja que los monte.

Sonó un carraspeo.

—Lord Tamanes me envía por si puedo ayudaros, milord. —Nerim era flaco, y bajo incluso para un cairhienino; tenía el cabello canoso y una cara larga que parecía decir que nada iba bien ni en ese momento ni a largo plazo—. Si milord me disculpa por decirlo, esas manchas de sangre no saldrán nunca de su ropa interior, pero si milord me lo permite tal vez pueda hacer algo respecto a los desgarrones que tiene milord. —Llevaba la caja de costura debajo de un brazo—. Tú, chico, trae un poco de agua. ¡Y no me repliques! Agua para milord, y deprisa. —Nerim aprovechó que se agachaba a coger la linterna para hacer una reverencia al mismo tiempo—. Si milord tiene a bien entrar en la tienda... El aire nocturno es perjudicial para las heridas.

A poco Mat estaba tendido en el suelo, al lado del catre, ya que «milord no querría manchar las mantas», dejando que Nerim le lavara la sangre seca y lo cosiera. Talmanes tenía razón; como sastre dejaba mucho que desear;

Librodot

era un matarife. Estando presente Olver no le quedó más remedio que apretar los dientes y aguantar.

Tratando de pensar en otra cosa que no fuera la aguja de Nerim, Mat señaló el raído morral de tela que colgaba del hombro de Olver.

—¿Qué guardas ahí? —preguntó entre jadeos.

El chico sujetó fuertemente la ajada bolsa contra su pecho. Ciertamente estaba más limpio que cuando lo había conocido, aunque no más agraciado. Los zapatos tenían aspecto de ser fuertes, y la camisa y los pantalones de lana parecían nuevos.

—Todo es mío —contestó a la defensiva—. No he robado nada. —Al cabo de un momento abrió el morral y empezó a sacar cosas: otro par de pantalones, dos camisas más y varios calcetines no tenían interés para él, pero repasó una a una las demás cosas—. Ésta es una pluma de un halcón rojo, lord Mat, y esta piedra tiene el mismo color que el sol, ¿veis? —Mostró una pequeña bolsa—. Tengo cinco monedas de cobre y un céntimo de plata. —A continuación vino un trozo de tela enrollado y atado y una pequeña caja de madera—. Mi juego de serpientes y zorros. Me lo hizo mi padre; él dibujó el tablero. —Durante un breve instante su rostro se crispó, y después el chico prosiguió—: Mirad, esta piedra tiene dentro la cabeza de un pez. No sé cómo llegó ahí. Y ésta es mi concha de tortuga. De una tortuga de dorso azul. ¿Veis las rayas?

Haciendo un gesto de dolor por un pinchazo particularmente fuerte de la aguja de coser, Mat alargó la mano para tocar el trozo de tela enrollado. Le dolería mucho menos si respiraba por la nariz. Era realmente extraño el modo en que funcionaban las lagunas de su propia memoria; recordaba cómo se jugaba a serpientes y zorros, pero no haber jugado a ello alguna vez.

—Es un caparazón muy bonito, Olver. Yo también tuve uno, hace tiempo. De una tortuga verde. —Tanteó al otro lado y cogió su bolsa de dinero, de la que sacó dos coronas cairhieninas de oro—. Añade éstas a tu bolsa, Olver. Un hombre debe llevar un poco de oro en el bolsillo.

—No pido limosna, lord Mat. —El chico, envarado, empezó a recoger y guardar las cosas dentro del morral—. Puedo trabajar para ganarme un plato de comida. No soy un mendigo.

—No he dicho que lo fueras. —Mat se estrujó el cerebro para encontrar rápidamente alguna razón por la que pagar dos coronas al chico—. Yo... Necesito que alguien lleve mis mensajes. No puedo pedírselo a nadie de la Compañía; todos están demasiado ocupados con sus tareas militares. Claro que tendrás que cuidar tú mismo de tu caballo, porque no puedo pedirle a nadie que lo haga por ti.

Olver se sentó muy erguido.

—¿Tendría mi propio caballo? —preguntó con incredulidad.

—Pues claro. Ah, una cosa: mi nombre es Mat. Si vuelves a llamarme lord Mat, te haré un nudo en la nariz. —Soltó un chillido y se incorporó a medias, bruscamente—. ¡Maldito seas, Nerim, ésa es mi pierna, no un jodido costillar de vaca!

—Como diga milord —murmuró Nerim—. La pierna de milord no es un costillar de vaca. Gracias, milord, por informarme.

Olver se estaba tocando la nariz cuidadosamente, como planteándose si era posible hacerle un nudo.

Mat volvió a tumbarse con un gemido. Se había echado la carga de cuidar de un chico, y con ello no le había hecho un favor; no si se encontraba cerca la próxima vez que los Renegados intentaran reducir el

Librodot

número de *ta'veren* que había en el mundo. En fin, si el plan de Rand funcionaba, dentro de poco quedaría un Renegado menos. Y, si Mat Cauthon conseguía salirse con la suya, se proponía mantenerse bien lejos de problemas y del peligro hasta que no quedara ninguno.

Librodot

CAPÍTULO 23

Interpretación de un mensaje

Graendal se las ingenió para no mirar fijamente cuando entró en la estancia, pero su vestido recto se tornó de un negro intenso antes de que la mujer pudiera controlarse y volverlo a su anterior apariencia de neblina azul. Sammael había hecho más que suficiente para que nadie sospechara que esta habitación se encontraba en la Gran Cámara del Consejo de Illian. Claro que le habría sorprendido mucho que alguien aparte de él hubiese entrado nunca hasta allí sin haber sido invitado a los aposentos de «lord Brend».

El ambiente era agradablemente fresco; en un rincón se alzaba el cilindro hueco de un convertidor ambiental. Globos radiantes, fuentes de una constante y regular luminosidad, aparecían incongruentemente colocados sobre pesados candelabros de oro y ofrecían una iluminación mucho mejor de la que jamás podrían dar velas o lámparas de aceite. Una pequeña caja de música que había encima de la repisa de la chimenea reproducía de su memoria los suaves acordes de una composición que a buen seguro no se había escuchado fuera de esta habitación desde hacía más de tres mil años. Y Graendal también reconoció varias de las obras de arte que adornaban las paredes.

Se detuvo ante el «Tempo de infinidad», de Ceran Tol. No era una copia.

—Diríase que has saqueado un museo, Sammael. —Le costó un gran esfuerzo ocultar la envidia en su voz, y cuando vio la leve sonrisa de él comprendió que su intento había fracasado.

Sammael llenó con vino dos copas de plata cincelada y le tendió una.

—Un museo no. Sólo una cámara estática. Imagino que la gente trató de salvar cuanto pudo en los últimos días.

Al sonreír se atirantó aquella desagradable cicatriz que le cruzaba la cara mientras recorría con mirada radiante los objetos del cuarto y la detenía con una expresión de especial apego en el tablero de zara, que proyectaba su campo de cuadros todavía transparentes en el aire; siempre había tenido preferencia por los juegos violentos. Por supuesto, un tablero de zara significaba que la cámara estática había sido equipada por un seguidor del Gran Señor; la posesión de una única pieza de juego que hubiera sido humana había significado, cuando poco, confinamiento en el otro lado. ¿Qué más habría encontrado?

Graendal movió el vino de su copa y reprimió un suspiro; era un caldo de allí y del presente; había esperado un delicado satare o uno de los exquisitos comolades. Se alisó los pliegues del vestido con los dedos ensortijados.

—También encontré una, pero, aparte de la camalina, contenía la más espantosa colección de inútiles desechos. —Después de todo, puesto que la había invitado allí y le permitía ver todo aquello, era un buen momento para hacer confidencias. Pequeñas confidencias.

—Qué lástima.

De nuevo apareció aquella leve sonrisa. Había encontrado algo más que juegos, artilugios y obras de arte, de eso no cabía duda.

—Por otro lado —continuó Sammael—, imagina qué desagradable habría sido abrir una cámara estática y destapar un nido de cafaras, pongamos por ejemplo, o un jumara o cualquier otra de las pequeñas creaciones de Aginor. ¿Sabes que hay jumaras sueltos en la Llaga? Totalmente crecidos, aunque ahora ya no se transforman. La gente de allí los llama Gusanos. —Rió con tantas ganas que se sacudió.

Graendal sonrió con mucha más calidez de lo que se sentía por dentro, aunque si su vestido sufrió alguna variación fue mínima. Había tenido una desagradable experiencia, de hecho casi fatal, con una de las creaciones de Aginor. El hombre había sido genial a su modo, pero estaba loco. Sólo un demente habría creado a los gholams.

—Pareces estar de muy buen humor.

—¿Y por qué no iba a estarlo? —respondió, comunicativo—. Estoy a punto de echarle mano a un surtido de *angreal* y quién sabe qué más. Oh, no pongas esa expresión sorprendida. He sabido desde el principio que todos vosotros habéis estado espiándome con la esperanza de que os condujese hasta ese cargamento. Bien, pues no os va a servir de nada. Oh, lo compartiré, sí, pero después de que sea mío y después de que haya escogido primero. —Se repantigó en una silla recargada con dorados, o quizá fuera de oro macizo; muy propio de él. Apoyó el talón de una bota en la puntera de la otra y se atusó la rubia barba—. Además, envié un emisario a Al'Thor. Y la respuesta fue favorable.

Faltó poco para que Graendal derramara el vino.

—¿Favorable? He sabido que mató a tu mensajero.

Si el hecho de que estuviese enterada de eso lo alteró, Sammael lo disimuló bien. Incluso sonrió.

—Al'Thor no mató a nadie. Andris iba allí a morir. ¿O es que crees que me gusta esperar la llegada de mensajeros? ¿O de palomas? El modo en que murió me reveló la respuesta de Al'Thor.

—¿Que fue? —preguntó cautelosamente.

—Una tregua entre nosotros dos.

La Renegada tuvo la sensación de que unos dedos gélidos se le hincaban en el cráneo. Eso no podía ser cierto. Sin embargo, Sammael se mostraba más tranquilo de lo que lo había visto desde el despertar.

—Lews Therin jamás aceptaría…

—Lews Therin murió hace mucho, Graendal.

La interrupción sonó divertida, incluso burlona. Ni rastro de ira.

Graendal ocultó una profunda respiración simulando beber un sorbo de vino. ¿Sería verdad?

—Su ejército sigue agrupándose en Tear. Lo he visto. Eso difícilmente apunta una tregua, a mi modo de entender.

Sammael estalló en carcajadas.

—Lleva tiempo reconducir un ejército. Créeme, jamás me atacará.

—¿Crees que no? Una o dos de mis pequeñas amigas afirman que te quiere muerto porque mataste a sus queridas Doncellas. Yo en tu lugar estaría buscando otro sitio menos conspicuo, un lugar donde no pudiera encontrarme.

No movió ni una pestaña. Era como si las cuerdas que generalmente lo movían hubiesen sido cortadas.

—¿Qué importancia puede tener la muerte de unas pocas Doncellas? —

Librodot

La expresión de Sammael era de genuino desconcierto—. Fue una batalla, y los soldados mueren en las batallas. al'Thor será un campesino, pero cuenta con generales que dirigen sus batallas y le explican las cosas. Dudo de que se diera cuenta siquiera.

—En verdad no has mirado a estas gentes. Han cambiado tanto como el propio mundo, Sammael. No sólo los Aiel. En ciertos aspectos, los demás han cambiado mucho más. Esos soldados eran mujeres, y para Rand al'Thor eso guarda gran importancia.

El Renegado se encogió de hombros como desestimando el comentario, y Graendal reprimió el malhumor y mantuvo la camalina fija en una tranquila niebla. Este hombre nunca había entendido que uno debía comprender a la gente para obligarla a hacer lo que se quería. La Compulsión estaba bien, pero no podía utilizarse con el mundo entero.

Graendal se preguntó si la cámara estática habría almacenado ese surtido al que Sammael estaba «a punto de echarle mano». Si tenía en su poder aunque sólo fuera un *angreal...* De ser así, ella lo descubriría, pero probablemente no antes de que él permitiera que se enterase.

—Entonces, supongo que comprobaremos hasta qué punto es ahora más sabio el primitivo Lews Therin. —Graendal enarcó una ceja con aire dubitativo e incluso esbozó una sonrisa. Ninguna reacción en él. ¿Cuándo o cómo había aprendido a mantener a raya de este modo su genio? El mero nombre de Lews Therin habría bastado antes para que perdiera el control—. Si finalmente no te hace salir huyendo de Illian como a una coda corriendo árbol arriba, quizá...

—Eso podría significar haberse quedado esperando demasiado —la interrumpió suavemente—. Demasiado para ti, se entiende.

—¿Se supone que eso es una amenaza, Sammael? —Su vestido cambió a un pálido rosa, pero lo dejó estar. Que se diera cuenta de que estaba enfadada—. Creí que habías aprendido hace mucho tiempo que amenazarme es un error.

—Nada de amenazas, Graendal —replicó calmosamente. Ninguno de sus puntos débiles para presionarlo reaccionaban; nada parecía capaz de sacarlo de aquella divertida frialdad—. Hechos, simplemente. Al'Thor no me atacará a mí y yo no lo atacaré a él. Y, por supuesto, accedí a no ayudar a ninguno de los otros Elegidos si Al'Thor los encuentra. Todo muy acorde con los mandatos del Gran Señor, ¿no te parece?

—Por supuesto. —Mantuvo el gesto relajado, pero la cornalina se había vuelto de un rosa más fuerte, perdiendo parte de su aspecto neblinoso. En parte, el color seguía siendo consecuencia de la furia. En todo aquel asunto había algo más, pero ¿cómo podía descubrirlo?

—Lo que significa —continuó él— que en el Día del Retorno muy probablemente seré yo el único que quede para enfrentarse a Al'Thor.

—Dudo que sea capaz de matarnos a todos —contestó con acritud, pero también había acidez en su estómago. Demasiados Elegidos habían muerto ya. Sammael había encontrado un modo de quedarse aparte hasta el final; era la única explicación.

—¿De veras lo crees? ¿Ni siquiera si descubre dónde estáis todos vosotros? —La sonrisa se acentuó—. Estoy seguro de que Demandred está maquinando, pero ¿se ha ocultado? ¿Dónde se encuentra Semirhage? ¿Y Mesaana? ¿Y qué hay de Asmodean y Lanfear? ¿Y Moghedien?

Aquellos dedos gélidos volvieron a aparecer, a clavarse en su cráneo. Sammael no podía estar repantigado así y hablando de este modo —no se

atrevería a sugerir lo que estaba sugiriendo— a no ser que...

—Asmodean y Lanfear han muerto, y estoy segura de que a Moghedien tiene que haberle pasado lo mismo. —Se sorprendió de oír su propia voz, ronca y temblorosa. El vino no pareció aliviar su garganta seca.

—¿Y los otros?

Sólo era una pregunta; en la voz de Sammael no había el menor dejo de insistencia. Aquello la estremeció.

—Te he contado todo lo que sé, Sammael.

—Que es lo mismo que nada. Cuando sea Nae'blis, elegiré quién estará un escalón más abajo que yo. Esa persona tendrá que estar viva para recibir el toque del Gran Señor.

—¿Estás diciendo que has estado en Shayol Ghul? ¿Que el Gran Señor te ha prometido...?

—Lo sabrás todo a su debido tiempo, y no antes. Pero acepta un pequeño consejo, Graendal: decídete ahora. ¿Dónde están?

El cerebro de la Renegada estaba trabajando a marchas forzadas. Sammael tenía que haber recibido esa promesa. No podía ser de otro modo. Pero ¿por qué a él? No, no había tiempo para elucubraciones. El Gran Señor elegía a su voluntad. Y Sammael sabía, al menos, dónde se ocultaba ella. Podía huir de Arad Doman, establecerse en cualquier otra parte; no sería difícil. Renunciar a los jueguecillos que tenía allí e incluso a los más importantes que podría tener que abandonar sería una mínima pérdida comparado con la posibilidad de que Al'Thor —o Lews Therin— fuera por ella. No tenía la más remota intención de enfrentarse directamente a él; si Ishamael y Rahvin habían caído ante él, no estaba dispuesta a poner a prueba la fuerza de su rival, al menos de frente. Sammael tenía que haber recibido esa promesa. Si muriese ahora... A buen seguro estaba asiendo el *Saidin* —tendría que estar loco para decir las cosas que había dicho sin estar conectado al Poder— y percibiría el momento en que ella abrazara el *Saidar.* Entonces sería ella la que moriría. Tenía que haber recibido la promesa.

—Yo... No sé dónde están Demandred ni Semirhage. Mesaana... Mesaana se encuentra en la Torre Blanca. Eso es todo lo que sé. Lo juro.

La opresión que sentía en el pecho desapareció cuando Sammael asintió finalmente.

—Encontrarás a los demás y me informarás. —No era una pregunta—. A todos ellos, Graendal. Si quieres que crea que cualquiera de ellos está muerto, muéstrame un cadáver.

La Renegada deseaba con todas sus fuerzas tener valor para convertirlo a él en un cadáver. El vestido pasó de distintas tonalidades violetas al rojo, reflejando la cólera, el miedo y la vergüenza que la asaltaron incontrolablemente. Muy bien, que pensara que estaba acobardada. Si le entregaba Mesaana a Al'Thor, si se los ponía a todos en bandeja a Al'Thor, que así fuera, siempre y cuando mantuviera a Al'Thor lejos de su propia garganta.

—Lo intentaré.

—Haz algo más que intentarlo, Graendal. Algo más.

Sólo cuando la Renegada se hubo marchado y el acceso al palacio en Arad Doman se cerró, Sammael dejó que la sonrisa se borrara de su rostro. Le dolían los músculos de mantener ese gesto forzado. Graendal pensaba demasiado; estaba tan acostumbrada a hacer que otros actuaran para ella que había olvidado actuar para sí misma. El Renegado se preguntó qué diría

Librodot

si alguna vez descubriese que la había manipulado tan hábilmente como ella había hecho con tantos necios en sus tiempos. Apostaría cualquier cosa a que en ningún momento había sospechado su verdadero propósito. Bien, así que Mesaana estaba en la Torre Blanca. Mesaana en la Torre y Graendal en Arad Doman. Si Graendal hubiese podido verle la cara en ese momento, entonces sí que habría sabido lo que era el miedo. Ocurriera lo que ocurriese, Sammael se proponía ser el único que quedara vivo en el Día del Retorno, ser nombrado Nae'blis y desafiar al Dragón Renacido.

Librodot

GLOSARIO

Aclaración sobre las fechas de este glosario

El calendario Tomano (ideado por Toma dur Ahmid) se adoptó aproximadamente dos siglos después de la muerte de los últimos varones Aes Sedai y registró los años transcurridos después del Desmembramiento del Mundo (DD). Muchos anales resultaron destruidos durante las Guerras de los Trollocs, de tal modo que, al concluir éstas, se abrió una discusión respecto al año exacto en que se hallaban en el antiguo sistema. Tiam de Gazar propuso un nuevo calendario, en conmemoración de la supuesta liberación de la amenaza trolloc, en el que los años se señalarían como Año Libre (AL). El calendario Gazariano ganó amplia aceptación veinte años después del final de la guerra. Artur Hawkwing intentó establecer un nuevo anuario que partiría de la fecha de fundación de su imperio (DF, Desde la Fundación), pero únicamente los historiadores hacen referencia a él actualmente. Tras la generalizada destrucción, mortalidad y desintegración de la Guerra de los Cien Años, Uren din Jubai Gaviota Voladora, un erudito de las islas de los Marinos, concibió un cuarto calendario, el cual promulgó el Panarch Farede de Tarabon. El calendario Farede, iniciado a partir de la fecha, arbitrariamente decidida, del fin de la Guerra de los Cien Años, que registra los años de la Nueva Era (NE), es el que se utiliza en la actualidad.

Aceptadas, las: Jóvenes que se hallan en fase de formación para convertirse en Aes Sedai y que han accedido a cierto grado de poder y superado determinadas pruebas. Las novicias tardan normalmente de cinco a diez años para ascender a la condición de Aceptadas. Las Aceptadas no están tan sujetas a las reglas como las novicias y tienen la posibilidad de elegir, si bien de forma restringida, las áreas en que prefieren centrar sus estudios. Una Aceptada tiene derecho a llevar un anillo con la Gran Serpiente, pero únicamente en el tercer dedo de la mano izquierda. Cuando es promovida al rango de Aes Sedai, escoge su Ajah, accede al privilegio de vestir el chal y puede ponerse el anillo en cualquier dedo o no llevarlo, según dicten las circunstancias. (Véase también *Aes Sedai*.)

a'dam: Un artilugio creado para controlar a mujeres capaces de encauzar; sólo lo puede utilizar una mujer que encauza o una que podría aprender a hacerlo, pero no surte efecto en ninguna mujer que no posea esta habilidad. Crea un vínculo entre las dos mujeres. La versión seanchan consiste en un collar y un brazalete unidos mediante una correa, todo ello de metal plateado. Si a un hombre capaz de encauzar se lo vincula a una mujer por medio de un *a'dam,* el resultado más probable es la muerte de ambos. El simple hecho de tocar un *a'dam* puede ocasionar dolor a un hombre que encauza cuando el artilugio lo lleva puesto una mujer con la habilidad de encauzar la energía. (Véanse *coligación* y *seanchan*.)

Aes Sedai: Poseedoras del Poder Único. Desde la finalización del Desmembramiento del Mundo, todas las Aes Sedai supervivientes son mujeres. Respetadas y honradas por muchos, pero también con frecuencia inspiradoras de desconfianza, temor e incluso odio entre la

Librodot

gente, muchos les achacan la responsabilidad del Desmembramiento del Mundo y les critican su entrometimiento en los asuntos de las naciones. Aun así, pocos son los gobernantes que no disponen de una consejera Aes Sedai, incluso en las tierras en donde tal relación debe mantenerse en secreto. Tras encauzar repetidamente el Poder Único durante varios años, las Aes Sedai adquieren un aspecto físico especial que se caracteriza por la intemporalidad de sus rasgos, de modo que, por ejemplo, una Aes Sedai que podría ser abuela no aparenta señal alguna de vejez, salvo tal vez algunas canas. (Véanse *Ajah, Sede Amyrlin* y *Desmembramiento del Mundo*.)

Aiel: El pueblo del Yermo de Aiel. Duros y luchadores, se cubren los rostros antes de matar. Terribles guerreros, ya sea armados o con las manos desnudas, nunca tocan una espada aun cuando su vida corra peligro; tampoco montan en un caballo a menos que se los presione. Los Aiel llaman a la batalla «la danza» o «la danza de las lanzas». Se dividen en doce clanes: el Chareen, el Codarra, el Daryne, el Goshien, el Miagoma, el Nakai, el Reyn, el Shaarad, el Shaido, el Shiande, el Taardad, y el Tomanelle. Cada clan está repartido en septiares. A veces se refieren a un decimotercer clan, el Clan que No lo Es, los Jenn, quienes fueron los constructores de Rhuidean. Es de todos ellos sabido que, supuestamente, su pueblo faltó a su deber para con las Aes Sedai en algún momento del pasado, por lo que se los desterró al Yermo de Aiel en castigo por ese pecado, y que serán destruidos si vuelven a incurrir en la misma falta. (Véanse también *asociaciones guerreras Aiel; gai'shain*; *marasmo; Rhuidean* y *Yermo de Aiel*.)

Ajah: Sociedades entre las Aes Sedai; son siete y se designan por colores: Azul, Rojo, Blanco, Verde, Marrón, Amarillo y Gris. Todas las Aes Sedai, con excepción de la Sede Amyrlin, pertenecen a un Ajah concreto. Cada uno de ellos sigue una filosofía específica respecto al uso del Poder Único y a los cometidos de las Aes Sedai. El Ajah Rojo, por ejemplo, dedica todas sus energías a buscar y amansar a los hombres que encauzan el Poder. El Ajah Marrón, por su parte, prohíbe el compromiso con el mundo y se consagra a profundizar en el conocimiento, en tanto que el Ajah Blanco, que se abstiene en la medida de lo posible del contacto con el mundo y el saber práctico directamente relacionado con él, se concentra en las cuestiones filosóficas y la búsqueda de la verdad. El Ajah Verde (llamado el Ajah de Batalla durante la Guerra de los Trollocs) se mantiene en pie de guerra, listo para el Tarmon Gai'don, mientras que el Ajah Amarillo se concentra en el estudio de la Curación. Las hermanas Azules toman partido por las causas justas, en tanto que las Grises son mediadoras y buscan la armonía y el consenso. Hay rumores sobre un Ajah Negro, abocado al servicio del Oscuro, pero su existencia se niega oficialmente.

Altara: Nación a orillas del Mar de las Tormentas, aunque en realidad es poco lo que la unifica salvo el nombre. Las gentes de Altara se consideran, en primer lugar, oriundos de una ciudad o pueblo, o súbditos de éste o aquel noble, y sólo después, si acaso, como altararaneses. Son pocos los nobles que pagan impuestos a la corona; en general, ofrecen su acatamiento sólo de palabra y en casos contados prestan algún servicio de escasa importancia. El dirigente de Altara (en la actualidad la reina Tylin Quintara, de la casa Mitsobar) rara vez es algo más que el noble más poderoso del país, y en ocasiones ni siquiera ha sido eso. El Trono de los Vientos ostenta tan escaso poder que mucho nobles poderosos han

desdeñado ocuparlo cuando podrían haberlo hecho.

Amansar: La acción, realizada por Aes Sedai, de neutralizar la fuerza de un varón capaz de encauzar el Poder Único. Ello es necesario debido a que todo hombre que aprende a encauzarlo acaba enloqueciendo a causa de la infección que afecta al *Saidin* y puede producir horribles daños utilizando el Poder antes de que la infección lo mate. Un hombre que ha sido amansado puede detectar todavía la Fuente Verdadera, pero no establecer contacto con ella. La evolución del grado de locura se detiene con el amansamiento, aun cuando no se cura, y si éste se efectúa en el inicio es factible evitar la muerte que sobreviene tras este tratamiento. Un varón amansado, sin embargo, renuncia inevitablemente a seguir viviendo; aquellos que no tienen éxito con el suicidio acaban muriendo al cabo de un año o dos de todas formas. (Véanse *Poder Único, el* y *neutralizar*.)

Amigos Siniestros: Los seguidores del Oscuro, que abrigan expectativas de cobrar gran poder y recibir recompensas, incluida la inmortalidad, cuando aquél sea liberado de su prisión. Entre ellos a veces utilizan el antiguo nombre de Amigos de la Sombra.

Amys: Caminante de sueños y Sabia del dominio Peñas Frías, del septiar Nueve Valles de los Taardad Aiel. Esposa de Rhuarc, hermana conyugal de Lian, que es señora del techo del dominio Peñas Frías y segunda madre de Aviendha.

angreal: Un objeto, vestigio de la Era de Leyenda, que permite a quienes son capaces de encauzar el Poder Único el manejo de una cantidad superior a la que podrían utilizar nunca sin esa ayuda e incluso sin salir malparados. Unos se crearon para ser usados por mujeres, y otros, por hombres; los rumores acerca de ciertos tipos de *angreal* utilizables tanto por varones como por féminas no se han confirmado nunca. Su método de elaboración se desconoce en la actualidad, y son muy pocos los que existen hoy en día. (Véanse también *encauzar, sa'angreal* y *ter'angreal*.)

Antigua Lengua: La lengua que se hablaba durante la Era de Leyenda. Las personas nobles y cultivadas deben, en principio, haber aprendido a hablarla, pero la mayoría sólo conoce algunas palabras. A menudo su traducción resulta harto difícil, ya que es un lenguaje susceptible de ofrecer diversas interpretaciones mediante sutiles variaciones en el significado. (Véase *Era de Leyenda*.)

Arad Doman: Una nación situada en las costas del Océano Aricio. En la actualidad sufre los estragos de una guerra civil además de las guerras que sostiene de manera simultánea contra quienes se han declarado partidarios del Dragón Renacido y contra Tarabon. Las domani tienen fama —o, más bien, mala fama— por su belleza, su seductor encanto y sus escandalosos atuendos.

Artur Hawkwing: Rey legendario, Artur Paendrag Tanreall, que reinó entre 943-994 AL, y unió todas las tierras situadas al oeste de la Columna Vertebral del Mundo, así como algunos países que se extendían más allá del Yermo de Aiel. Llegó incluso a enviar ejércitos al otro lado del Océano Aricio (AL 992) pero se perdió todo contacto con éstos a su muerte, que desencadenó la Guerra de los Cien Años. Su emblema era un halcón dorado volando. (Véase *Guerra de los Cien Años*.)

asociaciones guerreras Aiel: Los guerreros Aiel están incorporados sin excepción a una de las doce asociaciones guerreras: los Buscadores del Agua (*Duadhe Mahdi'in),* los Corredores del Alba *(Rahien Sorei),* los Danzarines de Montaña *(Hama N'dore),* los Descendientes Verdaderos

Librodot

(Tain Shari), las Doncellas Lanceras *(Far Dareis Mai),* los Escudos Rojos *(Aethan Dor),* los Hermanos del Águila *(Far Aldazar Din),* los Hijos del Relámpago *(Sha'mad Conde),* los Lanceros Nocturnos *(Cor Darei),* los Mano Cuchillo *(Sovin Nai),* los Ojos Negros *(Seia Doon),* y los Soldados de Piedra *(Shae'en M'taal).* Cada agrupación tiene sus propias costumbres y, en ocasiones, cometidos específicos. Por ejemplo, los Escudos Rojos hacen las veces de policía. Los Soldados de Piedra actúan como tropas de retaguardia durante una retirada, mientras que las Doncellas Lanceras realizan el cometido de exploradoras. Los clanes Aiel luchan con frecuencia entre sí, pero los miembros de una misma asociación no se enfrentan jamás, aun cuando lo hagan sus clanes. Así, siempre hay vías de contacto amistosas entre los clanes, incluso cuando se encuentran en estado de guerra declarada. (Véanse *Aiel, Far Dareis Mai* y *Yermo de Aiel*.)

Atha'an Miere: Véase *Marinos, Los.*

Avendoraldera: Un árbol que creció en la ciudad de Cairhien a partir de un retoño de *Avendesora.* Los Aiel regalaron dicho retoño a la ciudad en el 566 NE, a pesar del hecho de que ningún documento demuestra relación alguna entre los Aiel y el legendario Árbol de la Vida. (Véase *Guerra de Aiel*.)

Bair: Una caminante de sueños y Sabia del septiar Haido de los Shaarad Aiel. No posee la habilidad de encauzar. (Véase *caminante de sueños*.)

Berelain sur Paendrag: Principal de Mayene por la gracia de la Luz, Defensora de las Olas, Sede Suprema de la casa Paeron. Una bella y voluntariosa joven, y una gobernante muy hábil. (Véase *Mayene*.)

Birgitte: Legendaria heroína de relatos, renombrada por su belleza casi en igual medida que por su valentía y su destreza como arquera. Utilizaba un arco y flechas de plata, con los que nunca erraba el tiro. Está entre los héroes llamados a volver de la tumba cuando suene el Cuerno de Valere. Se la vincula siempre con Gaidal Cain, un legendario espadachín. A excepción de su belleza y su destreza con el arco, guarda poco parecido con la mujer que describen las leyendas. (Véase *Cuerno de Valere*.)

cadin'sor: Atuendo de los guerreros Aiel, compuesto por chaqueta y calzones en tonos grises y pardos que se confunden con las rocas del entorno o con las sombras, así como botas de cuero suave, altas hasta las rodillas y atadas con cordones. En la Antigua Lengua, «ropas de trabajo», aunque ésta, por supuesto, es una traducción imprecisa.

Cairhien: Nombre dado a una nación situada junto a la Columna Vertebral del Mundo y a su capital. La ciudad fue quemada y saqueada durante la Guerra de Aiel, al igual que muchas otras poblaciones. El subsiguiente abandono de las zonas de cultivo próximas a la Columna Vertebral del Mundo obligó a la importación de grandes cantidades de cereales. El asesinato del rey Galldrain (998 NE) provocó una guerra civil entre las casas nobles que se disputaban el Trono del Sol, la interrupción de los envíos de cereales y la hambruna. La capital sufrió el asedio de los Shaido en lo que algunos han dado en llamar la Segunda Guerra de Aiel; a dicho asedio le pusieron fin otros Aiel al mando de Rand al'Thor. La enseña de Cairhien representa un radiante sol dorado elevándose sobre un fondo azul cielo. (Véase *Guerra de Aiel.*)

calendario: Una semana tiene diez días, y un mes, veintiocho; el año consta de trece meses. Varios festivos no forman parte de ningún mes, entre ellos el Día Solar (el más largo del año), la Fiesta de Acción de Gracias (celebración cuatrienal, en el equinoccio de primavera), y el Día de la

Salvación de las Almas, también llamado Día de Todas las Ánimas (fiesta decenal, en el equinoccio de otoño).

Callandor: La Espada que no es una Espada, La Espada que no Puede Tocarse. Una espada de cristal que estuvo guardada en la Ciudadela de Tear. Es un poderoso *sa'angreal* para ser utilizado por un varón. El que fuera retirada de la cámara llamada el Corazón de la Ciudadela, junto con la caída de la fortaleza, fue uno de los signos principales del Renacimiento del Dragón y de la proximidad del Tarmon Gai'don. Rand al'Thor volvió a colocarla en el Corazón de la Ciudadela, hincada en las baldosas. (Véanse también *Ciudadela de Tear, la; Dragón Renacido, el* y *sa'angreal*.)

caminante de sueños: Término con que los Aiel denominan a la mujer capaz de entrar en el *Tel'aran'rhiod,* de interpretar los sueños y hablar con otros en sus sueños. Las Aes Sedai también utilizan este vocablo al referirse a las Soñadoras, aunque en muy contadas ocasiones. (Véanse *Talentos* y *Tel'aran'rhiod*.)

Capas Blancas: Véanse *Hijos de la Luz.*

Car'a'carn: En la Antigua Lengua, «jefe de jefes». Según la profecía Aiel, un hombre que llegaría de Rhuidean al amanecer, marcado con dos dragones, y que los conduciría a través de la Pared del Dragón. La Profecía de Rhuidean augura que unirá a los Aiel y los destruirá, salvo a un resto del resto. (Véanse *Aiel* y *Rhuidean.*)

Carridin, Jaichim: Un Inquisidor de la Mano de la Luz, comandante de los Hijos de la Luz y un Amigo Siniestro.

Cauthon, Abell: Un granjero de Dos Ríos, padre de Mat Cauthon. Está casado con Natti; las hijas del matrimonio se llaman Eldrin y Bodewhin, a la que se conoce por el diminutivo de Bode.

Cinco Poderes, los: El Poder Único tiene varias vías de utilización que reciben su nombre según el tipo de efectos que pueden producir —Tierra, Aire (a veces llamado Viento), Fuego, Agua y Energía— y se denominan conjuntamente los Cinco Poderes. Todos los poseedores del Poder Único disponen de un mayor grado de fuerza con uno o quizá dos de ellos y un potencial menor con los restantes. En la Era de Leyenda el dominio de la Energía se manifestaba igualmente en hombres y mujeres, pero los varones tenían más habilidad en el manejo de la Tierra y el Fuego, en tanto que el Agua y el Aire eran vías que con frecuencia encauzaban mejor las mujeres. Ha habido excepciones a esta regla, pero tan raras que la Tierra y el Fuego pasaron a ser considerados como Poderes masculinos y el Aire y el Agua, femeninos.

Ciudadela de Tear: Una gran fortaleza situada en la ciudad de Tear, que se cree que fue erigida poco después del Desmembramiento del Mundo utilizando el Poder Único. Asediada y atacada sin éxito en incontables ocasiones, cayó en el transcurso de una noche a manos del Dragón Renacido y de unos pocos cientos de Aiel, cumpliéndose así dos pasajes de las Profecías del Dragón. (Véase *Dragón, Profecías del.*)

coligación: La capacidad que poseen las mujeres que encauzan para combinar sus flujos del Poder Único. Aunque el flujo unificado no es tan fuerte como la suma de los flujos individuales, los dirige la persona que conduce la coligación, por lo que puede utilizarse de un modo mucho más preciso y eficaz que cualquier flujo individual. Los varones no están capacitados para unir sus habilidades sin la presencia de una o varias mujeres en el círculo, mientras que el número de mujeres que pueden coligarse sin que sea necesaria la presencia de un hombre llega hasta

trece. Con la incorporación de un varón, el círculo se puede ampliar hasta veintiséis mujeres, con la de dos varones, el número aumenta hasta treinta y cuatro, y así sucesivamente hasta un máximo de seis hombres y sesenta y seis mujeres. Hay coligaciones compuestas por más varones que féminas; pero, salvo en la coligación de un hombre y una mujer, en el círculo siempre ha de haber, como mínimo, una mujer más que el total de varones. En la mayoría de los círculos, la coligación puede estar controlada indistintamente por un individuo de uno u otro sexo, pero tiene que ser un hombre quien controle el círculo de setenta y dos, así como los círculos mixtos de menos de trece. A pesar de que los varones son, por lo general, más fuertes en el Poder que las mujeres, los círculos más poderosos son aquellos conformados por un número lo más equilibrado posible de ambos sexos. (Véanse *Aes Sedai.*)

Columna Vertebral del Mundo: Una imponente cordillera de montañas, que sólo puede atravesarse por algunos puertos y que separa el Yermo de Aiel de las tierras occidentales. También se la llama la Pared del Dragón.

Cuerno de Valere: El legendario objeto de la Gran Cacería del Cuerno. Al Cuerno se le atribuye el poder de llamar a los héroes fallecidos y sacarlos de sus tumbas para combatir a la Sombra. Se ha convocado una nueva Cacería del Cuerno, y los cazadores que han prestado juramento están dispersos por muchos países.

Desmembramiento del Mundo, el: Durante la Época de Locura, los varones Aes Sedai modificaron en su enajenamiento la faz de la tierra. Provocaron grandes terremotos, arrasaron cordilleras de montañas, hicieron surgir nuevas cumbres, elevaron tierra firme en terrenos ocupados por mares y anegaron con océanos zonas continentales. Muchas partes del mundo quedaron completamente despobladas, y los supervivientes se vieron diseminados como polvo azotado por el viento. Esta destrucción es recordada en relatos, leyendas y en la historia como el Desmembramiento del Mundo.

Dragón, el: Nombre con que se conocía a Lews Therin Telamon durante la Guerra de la Sombra, hace unos tres mil años o más. Poseído por la misma locura que aquejó a todos los varones Aes Sedai, Lews Therin mató a todas las personas de su familia y a todos sus seres queridos, con lo que se ganó el nombre de Verdugo de la Humanidad. (Véanse *Dragón Renacido* y *Dragón, Profecías del*)

Dragón, falso: Así se llama a los diversos hombres que han pretendido ser el Dragón Renacido. Algunos provocaron guerras en las que se vieron involucradas muchas naciones. A lo largo de los siglos, la mayoría han sido hombres incapaces de encauzar el Poder Único, pero unos cuantos lo han logrado. Todos, no obstante, han desaparecido o han sido capturados o ejecutados sin que se cumpliera ninguna de las Profecías del Dragón. Entre quienes fueron capaces de encauzar el Poder, los más poderosos fueron Raolin Perdición del Oscuro (335-336 DD), Yurian Arco Pétreo (alrededor de 1300-1308 DD), Davian (351 AL), Guaire Amalasan (939-943 AL), Logain (997 NE) y Mazrim Taim (998 NE). (Véase *Dragón Renacido.*)

Dragón, Profecías del: Apenas conocidas excepto entre los eruditos, y escasamente mencionadas, las Profecías, expuestas en *El Ciclo Karaethon,* predicen que el Oscuro volverá a liberarse y que Lews Therin Telamon, el Dragón, volverá a nacer para librar el Tarmon Gai'don, la Última Batalla, contra la Sombra. Según las Profecías, el Dragón salvará al mundo y, volverá a desmembrarlo. (Véase *Dragón, el.*)

Dragón Renacido: De acuerdo con las Profecías, el hombre en el que se ha reencarnado Lews Therin Verdugo de la Humanidad. La mayoría de la gente, aunque no toda, reconoce a Rand al'Thor como el Dragón Renacido. (Véanse *Dragón, el; Dragón, falso* y *Dragón, Profecías del*)

Elaida do Avriny a'Roihan: Aes Sedai que antes pertenecía al Ajah Rojo y que ha sido ascendida a Sede Amyrlin. En otra época actuó como consejera de la reina Morgase de Andor. A veces realiza predicciones.

Encauzar: Controlar el flujo del Poder Único. (Véase *Poder Único.*)

Entramado de una Era: La Rueda del Tiempo teje los hilos de las vidas humanas formando el Entramado de una Era, con frecuencia denominado simplemente el Entramado, el cual compone la sustancia de la realidad de dicha Era. (Véase *ta'veren.*)

Era de Leyenda: La era concluida con la Guerra de la Sombra y el Desmembramiento del Mundo, una época en que los Aes Sedai ejecutaron prodigios que actualmente sólo caben en la imaginación. (Véanse *Desmembramiento del Mundo, Guerra de la Sombra* y *Rueda del Tiempo.*)

espontánea: Una mujer que ha aprendido a encauzar el Poder Único por sus propios medios y ha sobrevivido a la crisis que sólo una de cada cuatro supera. Dichas mujeres suelen erigir barreras con el fin de no conocer racionalmente lo que hacen, pero, si finalmente logran desprenderse de tal actitud defensiva, las espontáneas llegan a situarse entre las más poderosas encauzadoras. Este término se utiliza a menudo en sentido despectivo.

Far Dareis Mai: En la Antigua Lengua, literalmente «Doncellas Lanceras» o «Doncellas de la Lanza». Una asociación guerrera Aiel, la cual, a diferencia de las demás, únicamente admite mujeres como miembros. A una Doncella no le está permitido casarse y permanecer en la sociedad, ni luchar durante los meses de gestación. Al nacer, los hijos de las Doncellas son entregados a otra mujer para que se encargue de su crianza, de tal modo que nadie sepa quién fue la madre del pequeño. («No puedes pertenecer a un hombre, ni tener hombre ni hijo. La lanza es tu amante, tu hijo y tu vida.») (Véanse también *Aiel* y *asociaciones guerreras Aiel.*)

Fuente Verdadera: La fuerza vital del universo que hace girar la Rueda del Tiempo. Está dividida en una mitad masculina *(Saidin*) y una mitad femenina (*Saidar*), las cuales interactúan colaborando y enfrentándose a un tiempo. Únicamente un hombre puede absorber el *Saidin;* únicamente una mujer puede absorber el *Saidar.* Desde hace más de tres mil años, el *Saidin* permanece contaminado a causa del contacto del Oscuro. (Véase *Poder Único*)

Gaidin: En la Antigua Lengua, literalmente, «Hermano para Batallas». Un título utilizado por las Aes Sedai para designar a los Guardianes. (Véase *Guardián*)

gai'shain: En la Antigua Lengua, «Comprometidos con la Paz en la Batalla» es la traducción más fiel posible. Un Aiel tomado prisionero por otro Aiel durante una incursión o batalla queda obligado por el *ji'e'toh* a servir a su aprehensor —sea éste hombre o mujer— sumisa y obedientemente durante un año y un día, y en ese plazo no tocar un arma ni actuar con violencia. Está mal visto tomar como *gai'shain* a una Sabia, un herrero, un niño o una mujer con hijos menores de diez años. (Véase *marasmo.*)

Galad: Lord Galadedrid Damodred, más conocido por el diminutivo Galad. Hermanastro de Elayne y Gawyn al ser los tres hijos del príncipe Taringail Damodred. Su insignia es una espada de plata alada, con la punta hacia

Librodot

abajo.

Gareth Bryne: Anteriormente el capitán general de la Guardia Real de Andor y a quien Morgase exilió. Está considerado como uno de los mejores generales vivos. El emblema de la casa Bryne es un toro salvaje, con la corona de rosas de Andor alrededor del cuello. Su insignia personal representa tres estrellas doradas, con cinco rayos cada una.

Gawyn de la casa Trakand: Hijo de la reina Morgase y hermano de Elayne, que será Primer Príncipe de la Espada cuando Elayne ascienda al trono. Hermanastro de Galad. Su emblema es un jabalí blanco.

gitanos: Su denominación más correcta es los Tuatha'an. Pueblo nómada también conocido como el Pueblo Errante, que vive en carromatos pintados con abigarrados colores y practica una ideología pacifista llamada la Filosofía de la Hoja. Se cuentan entre los pocos que pueden cruzar el Yermo de Aiel sin ser molestados, pues los Aiel evitan todo contacto con ellos. Poca gente imagina siquiera que los Tuatha'an son descendientes de unos Aiel que se escindieron del grupo principal con el fin de encontrar el modo de recuperar los tiempos de paz. (Véase *Aiel.*)

Gran Llaga, la: Una región situada en los confines del norte, totalmente corrompida por el Oscuro. Guarida de trollocs, Myrddraal y otras criaturas del Oscuro.

Gran Señor de la Oscuridad: El nombre que dan los Amigos Siniestros al Oscuro, en la creencia de que el uso de su verdadero nombre resultaría blasfemo.

Gran Serpiente: Símbolo del tiempo y la eternidad cuyos orígenes se remontan a una época anterior a la Era de Leyenda, que representa a una serpiente mordiéndose la cola. Las mujeres que acceden al grado de Aceptadas entre las Aes Sedai reciben un anillo moldeado con la forma de la Gran Serpiente.

Grandes Señores de Tear: El consejo de Grandes Señores gobierna la nación de Tear, que no tiene soberano. No está constituido por un número fijo de miembros y a lo largo de los años su composición ha variado desde veinte integrantes a tan sólo seis. No confundir con los Señores de la Tierra, aristócratas tearianos de menor categoría.

Guardián: Un guerrero vinculado a una Aes Sedai. El lazo que los une proviene del Poder Único y, por medio de él, el Guardián recibe dones entre los que se cuentan la rápida curación de las heridas, la posibilidad de resistir largos períodos sin comida, bebida o reposo y la capacidad de detectar la infección del Oscuro a cierta distancia. Mientras el Guardián permanezca con vida, la Aes Sedai a quien está vinculado tendrá conciencia de ello por más lejos que se encuentre y, cuando muera, conocerá el momento y el modo en que ha muerto. Mientras que la mayoría de los Ajahs sostienen que una Aes Sedai puede disponer de un solo Guardián unido a ella, el Ajah Rojo rechaza el nexo con cualquier Guardián, y el Ajah Verde cree que una Aes Sedai es libre de disponer de tantos Guardianes como desee. Éticamente, el Guardián debe acceder a que se establezca la vinculación, pero se tienen noticias de casos en que ésta se le impuso en contra de su voluntad. Los beneficios que obtienen las Aes Sedai de esta unión constituyen un secreto celosamente guardado. (Véase *Aes Sedai.*)

Guerra de Aiel: (976-978 NE) Cuando el rey Laman de Cairhien cortó el *Avendoraldera,* cuatro clanes Aiel atravesaron la Columna Vertebral del Mundo, y saquearon y quemaron la capital de Cairhien así como otras

muchas ciudades y pueblos. El conflicto se propagó hasta Andor y Tear. Oficialmente se sostiene que los Aiel fueron finalmente derrotados en la Batalla de las Murallas Resplandecientes, delante de Tar Valon, pero, de hecho, el rey Laman pereció en dicha batalla y, habiendo cumplido su objetivo, los Aiel volvieron a cruzar la Columna Vertebral del Mundo. (Véanse *Avendoraldera, Cairhien* y *Columna Vertebral del Mundo*)

Guerra de la Sombra: También conocida como Guerra del Poder. Comenzó poco tiempo después de que se efectuara un intento de liberar al Oscuro, y pronto se vieron involucradas en ella todas las naciones. En un mundo donde incluso el recuerdo de la guerra había caído en el olvido, se redescubrieron todos y cada uno de los rostros de la guerra, a menudo desfigurados por la mano del Oscuro que se cernía sobre el mundo, y el Poder Único fue utilizado como arma. La guerra se concluyó volviendo a sellar las puertas de la prisión del Oscuro en un ataque llevado a cabo por Lews Therin Telamon, el Dragón, y un centenar de varones Aes Sedai conocidos como los Cien Compañeros. El contraataque del Oscuro tuvo por resultado la contaminación del *Saidin,* lo que hizo enloquecer a Lews Therin y a los Cien Compañeros. Así comenzó la Época de Locura y el Desmembramiento del Mundo. (Véanse *Dragón, el* y *Poder Único*)

Guerra de los Cien Años: Una serie de guerras sucesivas entre alianzas de naciones constantemente modificadas, precipitada por la muerte de Artur Hawkwing y las luchas por acceder al mando de su imperio que ésta acarreó. Esta contienda dejó despobladas extensas zonas de las naciones situadas entre el Océano Aricio y el Yermo de Aiel y entre el Mar de las Tormentas y la Gran Llaga. La destrucción tuvo tal alcance que apenas se conservan algunos documentos dispersos sobre la época. El imperio de Artur Hawkwing se desmoronó, lo que dio lugar a la actual distribución de naciones. (Véase *Artur Hawkwing*)

Guerra de los Trollocs: Una serie de guerras, iniciadas hacia el 1000 DD, que se prolongaron durante más de tres siglos, a lo largo de los cuales los trollocs arrasaron el mundo bajo el mando de los Myrddraal y los Señores del Espanto. Finalmente los trollocs fueron abatidos u obligados a refugiarse en la Gran Llaga, pero algunas naciones dejaron de existir, mientras que otras quedaron casi despobladas. Toda la información que resta sobre aquel período es fragmentaria. (Véanse *Myrddraal; Señores del Espanto* y *trollocs*)

Guerra del Poder: Véase *Guerra de la Sombra.*

heredera del trono: La hija mayor de la reina de Andor, la cual sucede en el trono a su madre. Si la reina no tiene ninguna hija, la corona pasa a la mujer de parentesco más próximo a ella. Las disensiones sobre quién está más cerca en la línea sucesoria han desembocado en luchas por el poder en varias ocasiones, la última conocida como «la Sucesión» en el propio Andor, y como «la Tercera Guerra de Sucesión de Andor» en el resto de los países, y que llevó a Morgase de la casa Trakand a ocupar el trono.

hermana conyugal: Término Aiel de parentesco. En ocasiones, dos mujeres que son medio hermanas o primeras hermanas descubren que aman al mismo hombre, o simplemente no quieren que un varón las separe. Se casan, pues, ambas con él, y de ese modo se convierten en hermanas conyugales. A veces, las Aiel que no tienen lazos de parentesco y se enamoran del mismo hombre tratan de ver la posibilidad de convertirse en medio hermanas y adoptarse como primeras hermanas, un primer paso para llegar a ser hermanas conyugales.

Hijos de la Luz: Una asociación que no debe sumisión a reino alguno, que mantiene estrictas creencias ascéticas y está consagrada a derrotar al Oscuro y a la destrucción de todos los Amigos Siniestros. Fundada durante la Guerra de los Cien Años por Lothair Mantelar para perseguir al creciente número de Amigos Siniestros, se transformó durante la guerra en una organización de marcado carácter militar, de creencias extremadamente rígidas, entre las que destaca la certeza de que ellos son los únicos que se hallan en posesión de la verdad. Profesan un profundo odio por las Aes Sedai, a las cuales consideran, al igual que a sus simpatizantes, Amigos Siniestros. Se los conoce despectivamente como Capas Blancas, y su emblema es un sol dorado sobre fondo blanco. (Véase *interrogadores.*)

Hombre Gris: Alguien que ha entregado voluntariamente su alma para convertirse en un asesino al servicio de la Sombra. Los Hombres Grises tienen un aspecto tan anodino que con frecuencia nadie suele reparar en su presencia. La gran mayoría de los Hombres Grises son, como su nombre indica, varones, pero un reducido número de ellos son mujeres. También se los conoce como los Sin Alma.

Illian: Gran ciudad portuaria del Mar de las Tormentas, capital de la nación del mismo nombre.

interrogadores, los: Una orden de los Hijos de la Luz. Su cometido es descubrir la verdad en controversia y desenmascarar a los Amigos Siniestros. En su búsqueda de la verdad y de la Luz, utilizan habitualmente la tortura como método de interrogatorio; su actitud normal es la de conocer con antelación la verdad, con lo cual únicamente deben obligar a sus víctimas a confesarla. Los interrogadores se autodenominan la Mano de la Luz, la Mano que arranca la verdad, y en ocasiones actúan como si se hallaran al margen de los Hijos y del Consejo de Ungidos, órgano de máxima autoridad entre los Hijos. El dirigente de los interrogadores es el Inquisidor Supremo, el cual forma parte del Consejo de Ungidos. Su enseña es una vara de pastor de color rojo sangre. (Véase *Hijos de la Luz.*)

Juego de las Casas: Nombre dado a las intrigas, conspiraciones y manipulaciones urdidas por las casas nobles para conseguir ventajas. En él se da gran valor a la sutileza, a simular apuntar a un objetivo cuando en realidad se dedican las energías a otro, y a obtener resultados con el menor esfuerzo aparente. También conocido como el Gran Juego y por su nombre en la Antigua Lengua: *Da'es Daemar.*

Juglar: Un narrador de historias, músico, malabarista, acróbata y animador errante. Conocidos por sus singulares capas de parches multicolores, actúan normalmente en los pueblos y ciudades pequeñas.

Juilin Sandar: Un rastreador de Tear.

Juramentos, los Tres: Los juramentos que presta una Aceptada al ser ascendida a Aes Sedai. Se pronuncian asiendo la Vara Juratoria, un *ter'angreal* que les confiere un carácter vinculante, y que son: 1) No decir nunca algo que no sea cierto. 2) No fabricar ninguna arma con la que un hombre pueda matar a otro. 3) No utilizar nunca el Poder como arma salvo contra los Engendros de la Sombra o, como último recurso, en defensa de la propia vida, la del propio Guardián o la de otra Aes Sedai. El segundo juramento fue el primero en adoptarse, como reacción a la Guerra del Poder. Aunque el primero se mantiene al pie de la letra, se lo suele eludir por medio de una cuidadosa selección de las palabras. Existe

la creencia de que los dos últimos son inviolables.

Lan, al'Lan Mandragoran: Rey no coronado de Malkier, una nación que desapareció, consumida por la Llaga, el año en que él nació (953 NE), Dai Shan (Señor de la Guerra) y el último señor superviviente malkieri. A los dieciséis años inició una guerra personal contra la Llaga y la Sombra, que se prolongó hasta que Moraine lo vinculó como su Guardián, en el 979 NE. (Véanse *Guardián* y *Moraine*.)

Lews Therin Telamon, Verdugo de la Humanidad: Véase *Dragón, el.*

Lini: Antigua nodriza de lady Elayne, y anteriormente de Morgase, su madre, y también de su abuela. Es una mujer de gran fortaleza interior, muy perspicaz y conocedora de infinidad de dichos.

Logain: Un hombre que se proclamó el Dragón Renacido. Capturado después de desencadenar la guerra por todo Ghealdan, Altara y Murandy, fue llevado a la Torre Blanca y allí se lo amansó, bien que después escapó aprovechando la confusión generada por la destitución de Siuan Sanche. Un hombre al que todavía le aguarda un destino de grandeza. (Véase *Dragón, falso*.)

Llaga, la: Véase *Gran Llaga, la.*

Llama de Tar Valon: Símbolo de Tar Valon, de la Sede Amyrlin y de las Aes Sedai. Una representación estilizada de una llama; una lágrima blanca con la parte más delgada hacia arriba.

Manetheren: Una de las diez naciones aliadas en el Segundo Pacto y también la capital de dicha nación. Tanto la ciudad como el reino fueron completamente arrasados durante la Guerra de los Trollocs. Su emblema es un águila roja en vuelo. (Véase *Guerra de los Trollocs*.)

marasmo, el: Término dado por los Aiel a la conmoción provocada en muchos al conocer que, en lugar de haber sido siempre guerreros feroces, sus antepasados fueron pacifistas a ultranza que se vieron forzados a defenderse durante el Desmembramiento del Mundo y los años posteriores. Muchos creen que fue por ese cambio por lo que les fallaron a las Aes Sedai. Algunos arrojan las lanzas y huyen. Otros se niegan a quitarse las ropas blancas de *gai'shain* cuando se ha cumplido su período de servicio. Empero, también los hay que niegan que tal cosa sea cierta y, por ende, niegan que Rand al'Thor sea el verdadero *Car'a'carn;* estos últimos regresan al Yermo de Aiel o se unen a los Shaido, el clan que se le opone. (Véanse *Aiel; Car'a'carn; gai'shain* y *Yermo de Aiel*)

Marinos, los: Su denominación más correcta es los Atha'an Miere, el pueblo el mar. Son gentes reservadas, y apenas se sabe nada sobre sus costumbres y estilo de vida. Habitantes de las islas del Océano Aricio y del Mar de las Tormentas, viven poco tiempo en dichas islas, pues pasan la mayor parte de sus vidas en sus barcos. Gran parte del comercio marítimo lo realizan los bajeles de los Marinos.

Mayene: Ciudad-estado del Mar de las Tormentas que históricamente ha estado supeditada a la opresión de Tear. El título del dirigente de Mayene es «el Principal», si bien antaño era Supremo Señor o Suprema Señora; los Principales afirman ser descendientes de Artur Hawkwing. El título «Viceprincipal», que antiguamente poseía un único lord o lady, lo han ostentado incluso hasta nueve nobles a la vez en los últimos cuatro siglos. El emblema de Mayene es un halcón dorado en posición de vuelo, sobre campo azul.

Mazrim Taim: Un falso Dragón que causó estragos en Saldaea hasta que fue derrotado y capturado. No sólo puede encauzar, sino que al parecer es

muy fuerte en el Poder. (Véase *Dragón, falso*)

medio hermano/hermana: Términos Aiel de parentesco que indican una estrecha relación de amistad muy próxima a la de primeros hermanos o primeras hermanas. A menudo las medio hermanas se adoptan oficialmente como primeras hermanas. Por el contrario, los medio hermanos casi nunca lo hacen.

Melaine: Caminante de sueños y Sabia del septiar Jhirad de los Goshien Aiel. Es moderadamente fuerte con el Poder. Está casada con Bael, jefe de clan de los Goshien, y es hermana conyugal de Dorindha, señora del techo del septiar Manantial Humeante. (Véase *caminante de sueños*)

Moraine Damodred: Una Aes Sedai del Ajah Azul. Nacida en el 956 NE, en el Palacio Real de Cairhien. Tras su ingreso en la Torre Blanca como novicia en el 971 NE, su ascensión fue meteórica y adquirió el grado de Aceptada en sólo tres años, y el de Aes Sedai en otros tres más, al final de la Guerra de Aiel. A partir de entonces emprendió la búsqueda de un joven que, según Gitara Moroso —una Aes Sedai con el Talento de la Predicción— había nacido en las laderas del Monte del Dragón, durante la Batalla de las Murallas Resplandecientes, y que sería el Dragón Renacido. Fue ella quien condujo a Rand al'Thor, Mat Cauthon, Perrin Aybara y Egwene al'Vere fuera de Dos Ríos. Desapareció a través de un *ter'angreal* en Cairhien mientras luchaba contra Lanfear, por lo que se supone que acabó con su propia vida y con la de la Renegada.

Morgase: Por la gracia de la Luz, reina de Andor, Defensora del Reino, Protectora del Pueblo, Sede Suprema de la casa Trakand. Ahora exiliada y dada por muerta, asesinada, en opinión de muchos, por el Dragón Renacido. Su emblema consta de tres llaves doradas. La enseña de la casa Trakand es una piedra angular de plata.

Myrddraal: Criaturas del Oscuro, bajo cuyo mando se encuentran los trollocs. Deformes descendientes de los trollocs en los que la materia humana utilizada para crear a los trollocs ha regresado a la superficie, pero infectada por la malignidad que generó a los trollocs. Físicamente son como los hombres, exceptuando el hecho de que no tienen ojos, aun cuando dispongan de la agudeza visual de un águila, tanto de día como de noche. Gozan de ciertos poderes emanados del Oscuro, entre los que se cuenta la capacidad de paralizar de terror con la mirada y la posibilidad de esfumarse en los lugares que se hallan a oscuras. Uno de sus pocos puntos débiles de que se tiene conocimiento es su temor a cruzar corrientes de agua. Los espejos sólo reflejan una imagen vaga de estos seres. En diferentes países se los conoce con muchos nombres, entre ellos: Semihombres, Seres de Cuencas Vacías, Hombres de la Sombra, Acechantes, Perseguidores y Fados.

neutralización: La acción, realizada por Aes Sedai, mediante la cual se corta el acceso al Poder Único de una mujer capaz de encauzarlo. La mujer que ha sido neutralizada detecta la Fuente Verdadera, pero no puede establecer contacto con ella. Oficialmente, la neutralización es consecuencia de un juicio por un delito y su sentencia. Las novicias deben aprender los nombres de todas las mujeres que la han padecido y los delitos por los que recibieron el castigo. Cuando ocurre de manera accidental, se lo llama «consunción», pero en la práctica se suele utilizar el término «neutralización» para ambos casos. Las mujeres que han sido neutralizadas rara vez sobreviven mucho tiempo; parecen renunciar a la vida y mueren a menos que encuentren algo con lo que reemplazar el

vacío dejado por el Poder Único.

Ogier: 1) Una raza no humana, caracterizada por una gran estatura (tres metros de altura media en los varones adultos), anchas narices casi hocicudas y largas orejas copetudas. Viven en áreas llamadas *steddings,* que rara vez abandonan, y suelen mantener escaso contacto con los hombres. Los humanos apenas conocen detalles acerca de ellos y son muchos los que creen que los Ogier son sólo seres de leyenda. Su destreza como albañiles y canteros es extraordinaria, y son obra suya la mayoría de las urbes edificadas después del Desmembramiento del Mundo. Aunque se los tiene por un pueblo pacífico y les cuesta llegar a enfurecerse, algunas narraciones antiguas afirman que lucharon junto a los humanos en la Guerra de los Trollocs y los describen como implacables enemigos. Valoran sobremanera el conocimiento, y sus libros e historias contienen a menudo información que la humanidad ha perdido ya. La esperanza media de vida de un Ogier es tres o cuatro veces superior a la de un humano. 2) Cualquier individuo perteneciente a dicha raza no humana. (Véanse *Desmembramiento del Mundo* y *stedding*.)

Oscuro: El nombre más comúnmente utilizado en todos los países para mencionar a Shai'tan. El origen del mal, la antítesis del Creador. Encarcelado por el Creador en el momento de la Creación en una prisión de Shayol Ghul. El intento de liberarlo de ella desencadenó la Guerra de la Sombra, la contaminación del *Saidin,* el Desmembramiento del Mundo y el fin de la Era de Leyenda. (Véanse *Dragón, Profecías del*)

Padan Fain: Antaño un buhonero que comerciaba en Dos Ríos y Amigo Siniestro, fue transformado en Shayol Ghul de manera que no sólo se lo capacitó para encontrar al joven que se convertiría en el Dragón Renacido del mismo modo que un perro encuentra la presa para el cazador, sino que también se le inculcó la necesidad perentoria de hallarlo. El horrible dolor padecido mientras se llevaba a cabo dicha transformación, infundió en Fain un odio profundo tanto por el Oscuro como por Rand al'Thor. Mientras seguía el rastro de Al'Thor se encontró con el espíritu de Mordeth, confinado en Shadar Logoth, y éste intentó apoderarse del cuerpo de Fain. A causa de la transmutación sufrida por Fain, sin embargo, el resultado fue una amalgama que en su mayor parte es Fain y que posee unas habilidades muy superiores a las que tenían originalmente cualquiera de los dos hombres, si bien Fain todavía no las entiende ni las domina por completo. La mayoría de los seres humanos sienten miedo ante la mirada sin ojos de un Myrddraal, pero a los Myrddraal los atemoriza la mirada de Fain.

Pared del Dragón, la: Véase *Columna Vertebral del Mundo.*

Poder Único, el: El poder que se obtiene de la Fuente Verdadera. La gran mayoría de la gente está completamente incapacitada para aprender a encauzarlo. Un reducido número de personas puede llegar a hacerlo recibiendo enseñanzas de expertos y algunas, las menos, disponen de una capacidad innata para entrar en contacto con la Fuente Verdadera y encauzar el Poder involuntariamente, sin siquiera ser conscientes a veces de ello. Esta disposición innata suele manifestarse al final de la adolescencia o en el inicio de la edad adulta. Si nadie les enseña a controlar el Poder o no aprenden por sí solos a hacerlo (lo cual es extremadamente difícil y únicamente llega a conseguirlo uno de cada cuatro), están destinados a una muerte segura. Desde la Época de la Locura, ningún varón ha sido capaz de encauzar el Poder sin acabar

Librodot

enloqueciendo de un modo espantoso, aun cuando hubiera logrado cierto control, para luego morir a causa de una devastadora enfermedad que hace que quienes la padecen se descompongan vivos, y que está producida, al igual que la locura, por la contaminación del Oscuro en el *Saidin.* (Véanse *Aes Sedai; encauzar; Cinco Poderes, los; Desmembramiento del Mundo* y *Fuente Verdadera*.)

primer hermano/primera hermana: Términos Aiel de parentesco con los que se indica que se tiene la misma madre. Entre los Aiel, el parentesco consanguíneo materno es más estrecho que el paterno.

Renegados, los: Nombre dado a trece de los Aes Sedai más descollantes de la Era de Leyenda y, por ende, los más poderosos que se hayan conocido nunca, los cuales se incorporaron a las filas del Oscuro durante la Guerra de la Sombra a cambio de la promesa de inmortalidad. Se designan a sí mismos «los Elegidos». De acuerdo con las leyendas y los fragmentos de documentos históricos conservados, fueron encarcelados junto con el Oscuro cuando volvió a sellarse su prisión. Sus nombres aún se utilizan hoy en día para asustar a los niños, y son: Aginor, Asmodean, Balthamel, Be'lal, Demandred, Graendal, Ishamael, Lanfear, Mesaana, Moghedien, Rahvin, Sammael y Semirhage.

Rhuidean: Una gran urbe, la única del Yermo de Aiel, cuya existencia es desconocida por el resto del mundo. Durante casi tres mil años permaneció abandonada, y antaño a los hombres Aiel se les permitía entrar en ella una sola vez a fin de someterse a una prueba, dentro de un gran *ter'angreal,* con la que demostraban su capacidad para convertirse en jefe de clan (sólo un hombre de cada tres sobrevivía a la experiencia), mientras que las mujeres podían hacerlo en dos ocasiones, también para pasar una prueba en el mismo *ter'angreal* y así convertirse en Sabias, si bien la media de supervivencia entre ellas era considerablemente superior a la de los varones. En la actualidad, la ciudad vuelve a estar habitada por Aiel, y el extremo del valle de Rhuidean lo ocupa un gran lago que se alimenta de un océano subterráneo de agua dulce, y que a su vez da origen al único río del Yermo. (Véase *Aiel*.)

Rueda del Tiempo: El tiempo es una rueda con siete radios, cada uno de los cuales constituye una Era. Con el girar de la Rueda, las Eras vienen y van, dejando recuerdos que se convierten en leyendas y luego en mitos, para caer en el olvido llegado el momento del retorno de esa Era. El Entramado de una Era es ligeramente distinto cada vez que se inicia dicho período, y está progresivamente sujeto a cambios de mayor consideración.

sa'angreal: Un objeto, vestigio de la Era de Leyenda, que permite que un individuo pueda encauzar una gran cantidad de Poder Único sin sufrir daños. Un *sa'angreal* es similar a un *angreal,* pero más poderoso que éste. La diferencia en la cantidad de Poder que puede manejarse con un *sa'angreal* y la que permite esgrimir un *angreal* es equiparable a la que media entre el Poder utilizado con un *angreal* y el poseído sin ninguna clase de ayuda. Su método de elaboración se desconoce hoy en día. Al igual que con los *angreal,* también hay *sa'angreal* para su uso específico por hombres o mujeres. Quedan muy pocos ejemplares, muchísimo más escasos que los *angreal.*

Sabia: Entre los Aiel, las Sabias son mujeres elegidas por otras Sabias para instruirlas en el arte de la curación, en el uso de las hierbas y en otras materias, de un modo muy parecido a las Zahoríes. Poseen gran autoridad y responsabilidad, así como una poderosa influencia sobre los jefes de

septiares y clanes, aunque a menudo estos hombres las acusen de entremeterse demasiado en sus asuntos. Algunas de estas mujeres pueden encauzar en mayor o menor grado; encuentran a todas las mujeres Aiel que han nacido con el don y a la mayoría de aquellas con capacidad para aprender a hacerlo. De acuerdo con una tradición Aiel, el hecho de que las Sabias puedan encauzar no se hace público. También por costumbre, las Sabias evitan, con mayor empeño que el resto de los Aiel, todo contacto con las Aes Sedai. Las Sabias no se involucran en pleitos de sangre y batallas entre clanes, y de acuerdo con el *ji'e'toh* no se les debe hacer daño ni poner trabas de ningún tipo a su labor. El que una Sabia participe en una batalla constituirá una grave violación de costumbres y tradiciones. En la actualidad hay tres Sabias que son caminantes de sueños, con facultad para entrar en el *Tel'aran'rhiod* y hablar con otras personas en sus sueños, entre otras cosas. (Véanse *caminante de sueños* y *Tel'aran'rhiod*.)

Saidar, Saidin: Véase *Fuente Verdadera.*

seanchan: 1) Descendientes de los ejércitos que mandó Artur Hawkwing al otro lado del Océano Aricio y que conquistaron aquellas tierras. Consideran que cualquier mujer capaz de encauzar debe estar controlada por el bien y la seguridad de los demás, y, por la misma razón, que ha de darse muerte a cualquier hombre que pueda encauzar. 2) La tierra de donde proceden los seanchan.

Sede Amyrlin: 1) Título de la dirigente de las Aes Sedai. Elegida vitaliciamente por la Antecámara de la Torre, el máximo consejo de las Aes Sedai, que consta de tres representantes (llamadas Asentadas) procedentes de cada uno de los siete Ajahs. La Sede Amyrlin posee, al menos en teoría, una autoridad casi suprema entre las Aes Sedai. Su rango es equiparable al de un rey o reina. La forma de tratamiento ligeramente menos ceremoniosa para referirse a ella es la Amyrlin. 2) El trono en el que se sienta la dirigente de las Aes Sedai.

Señores del Espanto: Los hombres y mujeres que, disponiendo de la capacidad de encauzar el Poder Único, pasaron al servicio de la Sombra durante la Guerra de los Trollocs y cumplieron las funciones de comandantes de las huestes de trollocs y Amigos Siniestros. Las gentes ignorantes los confunden a veces con los Renegados.

Shayol Ghul: Una montaña ubicada en las Tierras Malditas, más allá de la Gran Llaga, donde está encarcelado el Oscuro.

Soñadora: Véase *Talentos.*

Sorilea: Sabia del dominio Shende, una Jarra de los Chareen, con escasa capacidad para encauzar y que es la Sabia más anciana de todas, aunque no por tantos años como creen muchos.

stedding: Tierra natal de un Ogier. Muchos *steddings* fueron abandonados desde el Desmembramiento del Mundo. Están protegidos, de alguna manera indescifrable hoy en día, de forma que ningún Aes Sedai puede encauzar el Poder Único, ni siquiera detectar la existencia de la Fuente Verdadera, en el interior de sus límites. Los intentos de esgrimir el Poder Único desde fuera del *stedding* no surten efecto dentro de sus márgenes. Ningún trolloc entra por propia voluntad en un *stedding* e incluso los Myrddraal lo hacen únicamente impelidos por una extrema necesidad y con la mayor de las aprensiones. Los propios Amigos Siniestros, si están enteramente dedicados al servicio del Oscuro, se sienten incómodos dentro de un *stedding.*

Librodot

Talentos: Habilidades en el uso del Poder Único en áreas concretas. La aptitud en los distintos Talentos varía mucho de una persona a otra y rara vez guarda relación con la fuerza de la habilidad de encauzar de esa persona. Hay Talentos mayores, de los cuales el más conocido es, por supuesto, la Curación. Otros ejemplos son la Danza de las Nubes, o control del tiempo atmosférico, y el Canto de la Tierra, que supone controlar los movimientos de la tierra, como por ejemplo prevenir u ocasionar terremotos o avalanchas. También existen los Talentos menores, a los que rara vez se les da nombre, tales como la habilidad de ver la condición de *ta'veren* de una persona o copiar el efecto de alterar el destino de los *ta'veren,* bien que en una área pequeña y localizada que rara vez cubre más de unos cuantos metros cuadrados. En la actualidad muchos de los Talentos sólo se conocen de nombre y a veces con descripciones vagas. Algunos, como el Viaje (la capacidad de desplazarse de un sitio a otro sin cruzar el espacio que media entre ellos), empiezan a descubrirse de nuevo recientemente. Otros, como la Predicción (la posibilidad de prever acontecimientos futuros, pero de una manera general) y el Ahondamiento (la localización de minerales metalíferos y posiblemente su extracción de la tierra) se dan en muy contadas ocasiones. Otro Talento que se tenía por perdido desde hace tiempo es el del Sueño, en el que se incluye, entre otras cosas, la interpretación de los sueños de la Soñadora para augurar eventos futuros de una manera más específica que en el caso de la Predicción. Algunas Soñadoras estaban dotadas para entrar en el *Tel'aran'rhiod,* el Mundo de los Sueños, y se dice que incluso en los sueños de otras personas. La última Soñadora conocida fue Corianin Nedeal, que falleció en el 526 NE, pero actualmente hay otra, si bien su condición es conocida por pocas personas. (Véase *Tel'aran'rhiod*.)

Tallanvor, Martyn: Lugarteniente de la Guardia Real que ama a su reina más que a la vida o al honor.

Tam al'Thor: Granjero y pastor de Dos Ríos que en su juventud partió para hacerse soldado y a su regreso trajo consigo una esposa (Kari, ahora fallecida) y un hijo (Rand).

Tarabon: Nación bañada por el Océano Aricio, en otros tiempos un país con un gran desarrollo comercial, exportador, entre otros productos, de alfombras, tintes y fuegos artificiales producidos por la Corporación de Iluminadores. Apenas ha habido noticias de este país desde que entró en decadencia por los estragos de una guerra civil y por las contiendas entabladas contra Arad Doman y los seguidores del Dragón Renacido, personas que han jurado seguirlo.

Tarmon Gai'don: La Última Batalla. (Véanse *Dragón, Profecías del* y *Cuerno de Valere*).

ta'veren: Una persona en torno a la cual la Rueda del Tiempo teje los hilos vitales de quienes se hallan a su alrededor, quizá de la *totalidad* de los hilos de las vidas. (Véase *Entramado de una Era.*)

Tear: Una nación a orillas del Mar de las Tormentas y su capital, una gran ciudad portuaria. El emblema de Tear es tres lunas crecientes sobre un fondo mitad rojo y mitad dorado. (Véase *Ciudadela de Tear.*)

Telamon, Lews Therin: Véase *Dragón, el.*

Tel'aran'rhiod: En la Antigua Lengua, «el Mundo Invisible» o «el Mundo de los Sueños». Un mundo entrevisto en sueños que, según las creencias de los antiguos, impregnaba y rodeaba el resto de los mundos posibles. Muchas

personas pueden entrar durante unos segundos en el *Tel'aran'rhiod* mientras duermen, pero son muy pocas las que han tenido la habilidad de entrar en él a voluntad. A diferencia de los sueños comunes, lo que les ocurre a los seres vivos en el Mundo de los Sueños es real; una herida recibida allí seguirá existiendo al despertar, y quien muera allí ya no despertará. Aparte de eso, no obstante, lo que se haga allí no tiene ningún tipo de consecuencias en el mundo de vigilia. (Véase *ter'angreal*.)

ter'angreal: Una clase específica de los objetos que quedaron de la Era de Leyenda que utilizan el Poder Único. A diferencia de los *angreal* y *sa'angreal,* cada *ter'angreal* fue creado para realizar una función concreta. Las Aes Sedai usan algunos de ellos, pero desconocen los cometidos originales de la gran mayoría. Unos requieren que se encauce para funcionar, mientras que otros puede utilizarlos cualquier persona. Algunos causan la muerte o destruyen la capacidad para encauzar de cualquier mujer que los utilice. Como ocurre con los *angreal* y los *sa'angreal,* su método de elaboración se desconoce desde el Desmembramiento del Mundo. (Véanse *angreal* y *sa'angreal*.)

Thom Merrilin: Un juglar muy poco corriente y viajero empedernido. (Véase *juglar*.)

Tierras Fronterizas, las: Las naciones que bordean la Gran Llaga: Saldaea, Arafel, Kandor y Shienar. Su historia es una sucesión continua de ataques y guerras contra trollocs y Myrddraal. (Véase *Gran Llaga, la*.)

Torre Blanca: Sede donde radica el poder de las Aes Sedai, localizada en el centro de la gran ciudad insular de Tar Valon.

trollocs: Criaturas del Oscuro, creadas durante la Guerra de la Sombra. De elevada estatura, son una deforme mezcolanza de animal y materia humana. Perversos por naturaleza, matan por el mero placer de dar muerte. Engañosos y traidores, únicamente pueden confiar en ellos quienes les infunden temor. Comen cualquier cosa, incluidas las personas. (Véase *Guerra de los Trollocs.*)

Yermo de Aiel: El inhóspito, accidentado y casi estéril país situado al este de la Columna Vertebral del Mundo, y al que los Aiel llaman la Tierra de los Tres Pliegues. Son pocos los forasteros que se aventuran en él, ya que los Aiel se consideran en guerra con todos los otros pueblos y no reciben con buenos ojos a los extranjeros. Los buhoneros, los juglares y los Tuatha'an son los únicos a quienes se les permite entrar libremente, aunque los Aiel evitan todo contacto con estos últimos, a los que llaman «los Errantes». No se conoce la existencia de ningún mapa del Yermo.

Zahorí: En los pueblos, una mujer elegida por el Círculo de Mujeres por sus conocimientos como curandera, su habilidad para predecir el tiempo y su sentido común. Generalmente la importancia de su posición se consideraba equiparable a la del alcalde y, en algunas localidades, incluso superior. La Zahorí es designada de por vida y es muy raro que alguna de ellas sea destituida de su cargo antes de morir. Según los países, su función se designa con nombres distintos, como Guía, Curandera, Mujer Sabia, Sabia o Indagadora.

Librodot